# Sacrificio

## Prólogo

—*Hoy en la mañana, justo hace tres horas, los países Hekvon, Galvon y Tervon acaban de unirse a la terrible guerra del continente en contra de su vecino. Las autoridades de la CNP han dicho que ésta podría ser la cuarta guerra mundial que nuestro mundo podría experimentar. Los descontentos, la competencia por los orbes Nox y las constantes amenazas de sus portadores han mermado las posibilidades de firmar la paz. No sólo los lideres, los pueblos enteros están más que deseosos de ir a la guerra. Son sin dudas tiempos oscuros* —mencionaba un reportero desde su escritorio en el noticiero que se proyectaba por medio de un televisor viejo. Su dueña, una chica de apenas 19 años se alistaba para salir en ese momento al escuchar de fondo dicho programa.

—Bien, Renata. Todo está en orden —dijo para sí misma al verse en un espejo roto de su algo descuidada habitación, cuyas paredes viejas y muebles carcomidos indicaban que el ambiente ya no era tan favorable ni a la vista o la salud.

—*En otras noticias, el número de Noxakos ha aumentado desproporcionalmente en los últimos meses. Los cazadores afirman que las criaturas, sin lugar a dudas, se han vuelto no sólo más hostiles, sino que también más inteligentes. Les pedimos a los ciudadanos no salir de las localidades sin compañía de profesionales y a los que se dedican a esto, tener extrema precaución. Ustedes son la esperanza de nuestro pueblo.* —Aquello fue escuchado con mucha atención y algo de miedo por la chica de cabello rubio, misma que se sujetó el corazón con una mano y apretó el otro puño, sembrado un terror en ella, para luego tragar saliva y suspirar hondo.

—Hoy es el día. No temas ya —dicho aquello, la chica tomó una mochila que parecía ser bastante nueva y bajó por las desgastadas y ruidosas escaleras de su hogar, para pronto encontrarse con sus padres, mismos que la vieron vestida con aquellas ropas llenas de reforzamientos de cuero, junto a guantes y botas que le ayudarían a no lastimarse.

—¡Renata, hija! Ven a comer con nosotros, por favor —pidió la señora, una linda mujer de ojos verdes que tenía una apariencia un poco desalineada—. Te hice tu favorito: estofado de pescado.

—Ma… ¡No debiste! Mejor guárdenlo para ustedes. El estado me proveerá de lo necesario para mantenerme en el viaje —explicó la chica algo tímida, cosa que casi hace llorar a su progenitora.

—Ven, mi niña —dijo la mujer al acercarse a su hija y tomarla del rostro maternalmente—. Hoy te vas a ir por no sé qué tantos días, y yo te voy a extrañar.

—Los dos lo vamos a hacer, Renata —agregó el padre con una leve sonrisa, cuya voz parecía algo lastimada y su aspecto se notaba enfermo.

—Gracias, pero no quiero que malgasten lo poco que nos queda.

—Sólo esta vez, Renata. —Lo dicho hizo que la joven asintiera, para luego acomodarse los tres y comer pacientemente. Todos platicaron de manera jovial y energética, como una verdadera familia feliz. A su alrededor, la chica observó, sólo por unos instantes, no una casa que manifestaba por su apariencia que se caería a pedazos, sino un bello hogar con sus padres sanos y felices, algo que añoraba demasiado, aunque la imagen se desvaneció en la fría realidad. Las paredes se pudrieron, los suelos se agrietaron y las expresiones tranquilas y felices de sus padres se volvieron rostros cansados y tristes, siempre, a pesar de haber sonrisas en ellos.

—Todo va a cambiar —aseguró de la nada Renata, cosa que llamó la atención de sus padres—. Les prometo que, cuando regrese, todo va a ser como antes. —Aquellas palabras la hicieron llorar, al igual que a sus padres, mismos que estaban tratando de contenerse.

—Estamos muy orgullosos de ti, hija —aseguró el padre, seguido de su esposa.

—Nunca nos hemos sentido más orgullosos en la vida que en estos momentos. Gracias, mi nena. —Aquello terminó en un abrazo de los tres, pues la hija se puso de pie y los sostuvo en sus brazos con fuerza.

—Voy a hacerlo. Voy a regresar con esa maleta llena de orbes y todo acabará. Verán que sí —dicho aquello, la chica se separó de su familia, comieron juntos y Renata se preparó con su mochila tras su espalda para salir, no sin antes despedirse de sus padres cariñosamente.

La chica caminó entre las contaminadas y nefastas calles de su colonia, misma que alguna vez fue un lugar próspero, ahora se caía a pedazos y la gente que la habitaba era muestra de ello, habiéndose convertido la mayoría en criminales y gente despreciable.

Al caminar, Renata recibía insultos, alegorías de muerte y amenazas, mas ella no escuchó nada, sólo continuó su camino hacia la frontera, misma que era vigilada detrás de una muralla de acero de cinco metros, cuyos guardias patrullaban sin descanso alguno.

Una vez ahí, uno de los comandantes de zona recibió a la chica, misma que mostró su credencial de haber acabado el curso en la academia de cazadores y pasó todos los exámenes médicos que en la proximidad se le hicieron. Así mismo, se le acompañó a la salida de su ciudad, no sin antes hacerle una advertencia al recorrer el frío túnel gris dentro de la muralla.

—Renata Kawba, usted a partir de hoy se convierte en una cazadora del país Grehebarn. Todas sus ganancias serán repartidas de un 30% para usted y 70% para el gobierno al ser patrocinada por éste mismo. A su vez, si llena la mochila con 9 orbes Nox, se le dará un 35% y si obtiene los 12 será un 45% de las ganancias. Cada orbe tiene un valor de 75,000 monedas de diamante. Lo suficiente para comprar una casa en la zona alta de la ciudad. ¿Entiende lo dicho? —Al escuchar nuevamente el precio, la chica sonrió y casi lloraba. El valor de los orbes era tan ridículo, que había destrozado la economía de todo el mundo. Con sólo uno, cualquiera podría salir de la pobreza, sin importar que tan bajo estuviese sumergido en ella.

—Lo entiendo.

—Bien. Entonces yo, Gerald Armand Gal le concedo el permiso para salir. Mucha suerte, Renata Kawba. Regrese a salvo y con un gran lote de orbes. —Una vez dicho aquello, las puertas se abrieron hacia el exterior. Renata temía de lo que podía encontrar al otro lado, jamás había salido de la ciudad, mas aquello le sorprendió más de lo debido.

Un bello paisaje con pastizales verdes estaba del otro lado, lleno de bellos árboles, sonidos de animales libres y un aire que se respiraba completamente fresco. La luz del atardecer estaba próxima y la vereda para salir del lugar se hallaba marcada con tierra fina delante de los pies de la joven.

El panorama verde y vívido, completamente opuesto a su gris y tenebrosa ciudad, le hizo sonreír maravillada a la joven, misma que vio al comandante impresionada y sonriente.

—Ésta es tu aventura. Vívela al máximo, Renata —declarado aquello, la joven asintió y corrió a la salida, saludando militarmente el comandante a la chica, a la par que las puertas eran cerradas bruscamente detrás de ella, quien las vio extrañada unos momentos, mas claro que entendía el porqué de ello.

Aun así, se sintió maravillada de lo hermoso que era todo, corrió alegre, bailó y emitió risas al dar vueltas y disfrutar del panorama. Tocó la hierba alta, los troncos de los árboles cercanos y sintió la fresca brisa de primavera que le acariciaba el rostro. Todo indicaba que el camino de cazadora no sólo iba a ser espeluznante.

Al final, caminó por la vereda hasta una pequeña colina, lo que reveló del otro lado un paisaje paradisiaco con largas praderas, altas montañas, vastos lagos y un cielo tornasol precioso gracias a que el sol se ocultaba ya tras las montañas.

Renata, con las manos en las correas de su mochila, regresó la mirada una última vez hacía la ciudad y sonrió feliz. Ella estaba segura de que todo saldría bien de ahora en adelante, que sacaría a su familia de la miseria y que, tan pronto regresará, tendría una vida cómoda y segura.

—No tardaré, papá, mamá. Lo prometo. —En ese instante, un extraño sonido provino del aire, seguido de una oscuridad que cubrió a la chica tan pronto un estruendo cercano se hizo presente.

Al voltear, Renata descubrió que frente a ella se había posado una criatura gigantesca, de aspecto sombrío y un largo cuello, misma que le cubría la luz del sol.

La escena dejó paralizada a la joven, nunca había visto algo así ni sabía exactamente qué le podría hacer, así que sólo la miró unos instantes, al mismo tiempo que éste ser parecía también observarla con su lánguida y puntiaguda cabeza.

De la nada, aquella criatura extendió sus grandes alas a los costados, mientras emitía un chillido que venía desde su interior, pues no parecía poseer boca, y al hacer esto, alrededor de todo su cuerpo y extremidades, aparecieron muchísimos ojos que se fueron abriendo uno tras otro, proyectando luz hacia Renata.

La chica fue cegada, y la criatura se irguió con sus patas traseras aún más, lo que reveló su figura esbelta, para pronto extendió las extremidades de adelante a los costados en favor de proyectar más energía hacia la cazadora. El ruido se hizo más intenso, y junto a ello, Renata tiró un grito desgarrador al ser bañada más y más por la luz de aquel ser, hasta que se desvaneció entre ella cuando el grito emitido se volvió mucho más fuerte, para luego perderse entre el chillido de la criatura.

Aquel ser cerró todos sus ojos, agachó su cuerpo y salió volando del lugar. Detrás, únicamente quedó ceniza y restos de la mochila perteneciente a Renata, quien fue obliterada en segundos.

## Primer Ofrenda: Bala perdida

22 de febrero de 1911, en el país Mayenwa, del continente Nwarvus, se reportó la aparición del primer Noxako: una criatura de pesadilla con apariencia semi antropomórfica que es inmune a todo ataque común, poseedora de una sed de sangre humana insaciable y que no descansa ni parece realmente estar viva como tal.

En la misma fecha, en el continente Vonrvus, en el país Helvon, una mujer de 25 años consiguió calentar el agua de una tina con tan sólo tocar dicho objeto. La misma aseguró que nunca había experimentado algo así y que no practicaba algún tipo de brujería o algo que la llevara a producir semejante cosa.

En aquellas fechas, había muchas guerrillas por territorios y poder en el país de Mayenwa, lo que provocó que muchísima gente fuera asesinada por el primer noxako en las propias narices de los lideres del continente de occidente, hasta que, de una manera que la historia olvidó, la guerra terminó, y no sólo se encontró la presencia de un noxako, sino de decenas de ellos.

Para ese entonces, alrededor de todo el mundo, varias personas habían ya desarrollado habilidades sorprendentes. No fue hasta 1920 que, por primera vez en la historia, un noxako fue eliminado, por el joven Fianne Gheran de trece años de edad. El chico tenía la habilidad de controlar el metal a conveniencia, y con ello, no sólo destruyó a la criatura que amenazaba su vida y de su familia, sino también formó el primer orbe nox.

En 1923, las personas con habilidades extraordinarias comenzaron a cazar a los noxakos, consiguiendo eliminar a grandes cantidades de estos y, por consecuente, por cada derrota, creaban un orbe nox que, en principio, simplemente se abandonaba o coleccionaba, pues destruirlos ocasionaba catástrofes de proporciones mayores.

En 1929, Mario Hago, científico de Hekvon, descubre que los orbes poseen una cantidad enorme de energía y que, posiblemente, podría ser utilizada de alguna manera si se aprende a controlar. Seis años más tarde, el científico muere en un accidente tras experimentar con un orbe nox.

En 1954, la unión de científicos de Nwarvus decide continuar con los experimentos del físico Mario Hago, hasta que, en 1968 consiguen medir por primera vez la energía del orbe, equivalente a billones de terajoules, suficientes para alumbrar una urbe entera por quince días. Dicho descubrimiento alentó a todas las naciones explorar los misterios del orbe.

1979 es la fecha donde, por primera vez, la energía del orbe es sustraída sin generar problemas, y con ello, se alumbró el país entero de Miranwa por casi todo un día. Esto dejó asombrados a los lideres del mundo, y la recolección de orbes, como su valor, empezó a subir de una manera drástica y ridícula.

Pronto, todos los países aprenderían a utilizar adecuadamente los orbes, y con ello, no sólo las personas con habilidades especiales eran rápidamente reclutadas para cazarlos, sino que todo giraba ya en torno a los objetos con energía que provenían de las pesadillescas criaturas, las cuales parecían nunca acabar.

Esto, lejos de ayudar, destrozó el balance económico de todo, creando muchísimos sectores de pobreza extrema, esclavitud por parte de aquellos que estaban muy cerca de la cima de la sociedad y creación constante de personas que eran enviadas a cazar noxakos, los cuales, lejos de ser criaturas débiles, son seres con mucha destreza que, tarde o temprano, terminan matando a los cazadores más diestros.

Hoy en día, año 2015, las personas ya se han acostumbrado a la cruda realidad. Si no posees poderes especiales, o alguien cercano como tu hijo o hermano no los tiene, posiblemente será tu fin. Te expulsarán a la larga de la ciudad al exterior de los grandes muros, donde los noxakos te asesinarán sin duda alguna.

En cuando a los cazadores, no todos obtienen dieciséis orbes y dejan el puesto, lo cual te garantiza una buena vida hasta los 70-75 años. Hay otros con ambiciones más especiales de las imaginables.

En Mayenwa, cerca de la capital, una cazadora de cabello rosado, botas, guantes y falda del mismo color, con medias blancas y blusa roja caminaba tranquilamente por las calles del barrio medio, llevando audífonos en sus oídos. Aquella bailaba apasionadamente mientras andaba, aparentemente coreografiando la canción que estaba escuchando, la cual parecía algún tipo de hip-hop en una lengua extranjera.

Los movimientos de la chica, así como su concentración, llamaban mucho la atención de los transeúntes, al mismo tiempo que los incomodaba un poco, pues no era una danza especialmente bella o estética a la vista, era más que nada brusca, aunque bien ejecutada y con movimientos sincronizados a la perfección a pesar de ella no ver el suelo y hacer saltos o piruetas que podrían verse comprometidas al andar.

—¡Ey! Horacio, mira a esa perra de allá —dijo un sujeto que estaba fumando junto a dos de sus compañeros, todos corpulentos y de estatura alta.

—¿Qué putas le pasa? ¿No tiene los brazos muy musculosos para ser una mujer? —contestó Horacio, mismo que observaba de pies a cabeza a la chica.

—Debe ser una lencha, con muy buenas piernas —concluyó el último de los sujetos, no dejando de ver cómo la chica continuaba avanzando al bailar cada vez de manera más extraña.

—¡Ey! ¡Tortillera! ¡Deja de bailar! ¡Me irritas! —gritó Horacio, ignorado por la mujer, misma que aparentemente no lo escuchaba.

—Tiene audífonos. Creo que le subió todo el volumen.

—¿Bromeas, Gustavo? ¡Hasta acá escucho la música basura que está reproduciéndose! ¡Es perra no tiene respeto! ¿Crees que deberíamos hacer algo al respecto, Horacio?

—Sí, enseñémosle a respetar nuestro barrio —dicho esto, los tres sujetos se acercaron a la chica, cosa que hizo que todos los transeúntes se alejaran, pues ellos ya tenían fama de ser personas problemáticas.

A su vez, la cazadora continuaba su baile sin molestar a nadie intencionalmente, hasta que, de la nada, abrió los ojos y notó que los tres tipos estaban delante de ella, mismos que la observaban molestos. Por ello, la chica se quitó un auricular y continuó bailando sin parar.

—¿Me disculpan? Estoy por pasar —pidió la chica con una actitud un tanto desinteresada.

—¡Oye, perra! Te estuve hablando hace un momento.

—¿Ah? ¡No me digas! Perdona, no sabía que eras ciego —contestó la chica a Horacio, mismo que se confundió por lo dicho.

—¿De qué demonios hablas, lesbiana de porquería?

—Sólo una persona ciega le hablaría a alguien con audífonos. No, es más, un ciego sabría que los traigo puestos porque están a todo volumen. No eres ciego, sólo eres estúpido —Aquello provocó que el hombre se desesperara y, con una fuerza llena de ira, tomó a la mujer del top que le cubría los hombros y el cuello, por lo que la pudo cargar y dejarla suspendida en el aire, puesto ella medía 1.74 m y él 1.89.

—¿Quieres morir hija de puta?

—¡Oye! ¡Bájame! ¡Estoy bailando! —dijo la chica ya evidentemente molesta.

—¡Maldita lencha! ¡A ver qué te parece cuando que meta mi ver…! —Pero antes de terminar la frase, la chica apuntó con un arma a la cabeza del hombre, colocándola justo por encima de su ceja derecha.

—¿Qué decías, estúpido? —preguntó la chica, asustado Horacio al momento, dispuesto a no moverse ya ni un poco, hasta que escuchó a Gustavo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Menuda pelotuda! ¿Qué piensas hacer con esa pistola de juguete? —cuestionó el sujeto al burlarse de la desconocida.

—Ju-juguete… ¿Me estás amenazando con un arma de juguete?

—Sí, es una pistola rosa con blanco de juguete. ¡Acabala, Horacio! —rectificó Gustavo alegre.

—Horacio, ¿eh? —bufó la chica confiada, cosa que extrañó al sujeto que la sostenía—. ¿De verdad crees que mi arma es de juguete? ¿Quieres probar? —enunciado esto, la joven jaló el martillo del arma hacia atrás hasta que hizo un pequeño «click», cosa que puso nervioso al hombre—. ¿Qué crees que pase cuando jale el gatillo?

—¡E-Estás alardeando! ¡Es sólo un arma de juguete! ¡Aunque poseas magia no hay forma de que uses como canalizador una pistola de plástico como esa!

—¿De verdad crees que vas a sobrevivir? ¿Piensas que tus sesos no van a volar y mancharnos a todos de inmediato? ¿Quieres probar? —continuaba amenazando la chica con un rostro sombrío y serio, mismo que cada vez parecía más retorcido, como si disfrutara de la situación a pesar de estar en una posición incómoda.

—¡Dispara, lencha!

—¡Sí! ¡Ándale! ¡Estamos esperando! —mencionaban los acompañantes de Horacio, cosa que le regresó algo de confianza al hombre.

—Claro, a ellos no les están apuntando. Si disparo y mueres, ellos pueden salir corriendo, si no pasa nada, te presumirán que ellos tenían la razón y que eres un cobarde por dudar, siempre salen prácticamente ilesos. «¡Vamos, dispara!». Es fácil decir eso desde allá. ¿No crees, Horacio? —preguntaba la mujer a la par que pegaba más la boquilla del arma a la frente del hombre, presionándola.

—¡Ya quémala, Horacio!

—¡Sí, acaba ya con ella!

—¿Vas a seguir? ¿En serio quieres que te mate? ¿Disparo? ¿Disparo? ¿Disparo? ¿Disparo? —repetía múltiples veces la chica, cada vez más rápido y más fuerte, hasta que desesperó al sujeto, el cual encendió sus brazos en fuego, lo que hizo sonreír a la chica—. ¡Adiós! —Fue entonces que, el gatillo fue jalado y el martillo golpeó al arma de juguete. En ese instante, Horacio soltó a la mujer y retrocedió asustado, aunque aparentemente no había pasado nada, sólo sus brazos se apagaron por el susto.

—¡Ja, ja, ja! ¡Menudo cobarde que eres, Horacio!

—¡Por eso sólo pudiste obtener dos orbes!

—¡Silencio! Maldita perra, prepárate a morir. —Al decir esto, el cuerpo del hombre se encendió en llamas y, de la nada, su cabeza comenzó a inflamarse, como si algo dentro de ella quisiera escapar, hasta que, finalmente, aquella estalló llenando de sangre los alrededores, incluidos los acompañantes del hombre, paredes, la acera y las botas de la desconocida.

—¡Tch! ¡Qué fastidio! Lo que sea. —La chica se puso sus audífonos y continuó con su extraña danza, mientras, anonadados, los otros dos seguían viendo a la mujer sin poder moverse—. ¿USTEDES TAMBIÉN QUIEREN MORIR? —gritó aquella y, de inmediato, ambos hombres salieron corriendo sin mirar atrás, al mismo tiempo que ella reanudaba su coreografía, hasta que, al poco tiempo, un hombre mayor que vestía un hermoso traje pulcro se le puso en frente.

—¿Ahora qué? ¿No viste lo que le pasó al otro tipo, anciano? —preguntó la mujer evidentemente molesta al quitarse un auricular.

—Eres Annia Lawrence, ¿cierto?

—¿Quién la busca? —cuestionó Annia al momento de quitarse su otro auricular y dejar de bailar.

—Soy George Matthews. Accionista de la empresa Hill & Proud.

—Sí, he escuchado de ella. ¿Qué hay con eso?

—Quisiera contratar sus servicios para una cacería especial de noxakos —propuso el hombre, cosa que hizo a la chica deformar su rostro de seriedad en uno de aburrimiento.

—¿Eh? ¿Especial dice? ¿Mas bien no quiso decir: «Tráenos los orbes y te quedas con un 10% de todo? —preguntó la chica alardeando al señalar al hombre que continuaba tranquilo ante la situación.

—Un 30% le parece bien.

—Quiero el 55% o nada. Así de simple. —Esto dejó al hombre más serio, cosa que luego fue respondida con una sonrisa siniestra.

—Muy bien, 55% será.

—¿Q-qué? —El hombre se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia un auto que se encontraba cerca—. ¿Es en serio?

—Sígame, por favor, señorita Annia.

—¡E-espera un momento! Dije eso para que rechazaras la oferta y me dejaras en paz. ¿Realmente piensas darme el 55%? ¿Qué clase de cacería es?

—Necesitamos que elimine a unos cazadores que arruinan nuestros intereses en una zona cercana —respondió el hombre, con mucha tranquilidad.

—¿Qué? ¿Cazadores?

—Sí, hay una zona con una gran acumulación de noxakos, pero se ha reportado que unos cazadores de origen desconocido han interceptado a nuestros agentes para quedarse con el botín. Aparentemente son muy poderosos, pues han logrado asesinar ya a varios de los miembros que hemos enviado. Entonces, para no sacrificar más elementos de nuestra empresa…

—Desea contratar a alguien que sea un chivo expiatorio o los mate de una vez. ¡Vaya sorpresa! —Aseguró la chica de manera sarcástica y con los brazos cruzados.

—Hemos escuchado que usted fue entrenada por Kaito Zhou, quien era famoso por asesinar cazadores rebeldes. Me ha demostrado ser su verdadera heredera al asesinar a ese cazador promedio. Horacio Puente, consiguió sólo dos orbes que no compartió con su familia. Un verdadero parasito, pues regresó a las dos semanas de salir de caza por primera vez, con heridas graves y llorando por su vida. Sé que implantó una bala de agua en su cráneo, misma que le provocó a la cabeza explotar al llenarse el tonto de llamas y hacer que el agua hiciera ebullición. He escuchado que las balas elementales están altamente concentradas en materia. No me sorprende el resultado que dio, incluso la introdujo sin lastimarlo mucho. ¡Es admirable! —analizó Matthews maravillado, a la par que Annia lo observaba molesta.

—¡Oye! ¡Kaito Zhou no fue mi maestro!

—¿Eh?

—¡Qué te quede bien claro, anciano! —amenazó la chica apuntándole con su arma al ejecutivo, mismo que no dejó de sonreír confiado, ni un sólo momento.

—¿Tenemos un trato? 55% de todos los orbes que consiga en la expedición a asesinar a los cazadores.

—65% si mato a ambos. 60% si mató a uno —exigió la chica, cosa que no hizo titubear a Matthews.

—Acompáñeme entonces, Annia. En la oficina de la empresa le daré los detalles del trabajo junto a sus compañeros. —Esto hizo que la chica suspirará, mas, al final, subió al auto lujoso del hombre. Aquel los esperaba al otro lado de la acera.

Con los ojos puestos en la ventana, la chica observó la ciudad con algo de nostalgia, pues en sus memorias el lugar se veía completamente distinto a lo que era en ese momento.

## Segunda Ofrenda: Incontrolable

En Mayenwa, la gran corporación Hill & Proud, fue fundada muchísimos años atrás como una cervecera que alcanzaría la cúspide del país en un par de décadas. Al ser descubiertos los orbes nox, los lideres de la misma apostaron todo a hacerse con estos objetos y basar su giro ahora en los beneficios que otorgan dichos objetos, además de su original «materia prima».

Gracias a lo anterior, Hill & Proud se volvió tan influyente, que se dice que son ellos quienes eligen a los lideres políticos alrededor de todo el país de Mayenwa, que controlan a los mejores cazadores del lugar e incluso el flujo de noxakos que hay a los alrededores de las ciudades y zonas rurales para su beneficio.

Annia, acompañada del señor George Matthews, bajaron del automóvil enfrente del edificio principal de la corporación, el cual podría decirse es todo un gigantesco palacio administrativo de unos 70 pisos. Una torre que se distingue a la lejanía de la ciudad, incluso, misma que se ha dicho es el farol de algunos cazadores que están en los alrededores, al poseer la estructura luces encendidas todo el tiempo.

La chica pelirrosa se adentró al sitio un tanto curiosa. Observó cada esquina de las instalaciones notando sus cámaras, personal, posibles salidas y cosas que podría usar en caso de que todo fuera una estafa o se arrepintiera a último momento y no la dejaran irse sin dar pelea.

Luego de subir por un elevador, la muchacha fue recibida en una espaciosa sala de juntas por lo que parecían ser otros cuatro cazadores, de los que destacó un sujeto de piel morena y ojos dorados, quien se alegró de ver a la chica cuando entró.

—¿Annia?

—¡Franco! ¿También te pidieron ir?

—No, en realidad vi un anuncio y apliqué —mencionó el sujeto al ponerse de pie y saludar a la chica afectuosamente con un abrazo, observados por los demás cazadores que no decían absolutamente nada al momento.

—¿Cuánto ofrecían en el anuncio?

—Un 50%. Increíble, ¿no? —respondió el hombre, cosa que provocó a Annia voltear hacia George, mismo que, sonriente, caminaba hacia la cabeza de la mesa, en donde se colocó con los brazos por detrás de su espalda y su rostro viendo a los cazadores.

—Sí, increíble —respondió Annia con un tono de desconfianza, invitada por un gesto de George hecho con su mano para que la chica tomara asiento, cosa que hizo sin pensarlo ya mucho.

—¡Gracias por esperar, cazadores! Me alegra ver que hemos reunido un gran equipo tan pronto. Estoy seguro que la misión va a ser sencilla para ustedes si trabajan en equipo y se concentran en eliminar a los dos intrusos que dañan los intereses de H&P. —Comenzó a decir el hombre mayor con una voz solemne y carismática.

—¡Tengo una pregunta! —dijo una cazadora de cabello muy corto al momento de levantar la mano, lo que llamó la atención de todos—. ¿Su compañía no se meterá en problemas por contratarnos para matar a alguien? —preguntó la mujer un tanto curiosa.

—No. Va a sonar ojete, pero mientras seamos nosotros quienes asesinemos a los cazadores, entra en la norma de «Conflicto mágico». La ley no puede intervenir con nosotros, a menos quien el dañado sea un «aMagi» —contestó otro cazador. Se trataba de un hombre musculoso y con pinta de ser experimentado.

—¡Oye! No uses ese término. Aquí hay una persona sin poderes. ¡Es ofensivo! —reclamó otra chica de cabello muy largo y piel clara como la nieve. Aquella era la quinta cazadora presente.

—No se preocupen, no me ofende dicha terminología. Además, para responder a la señorita Fernanda, efectivamente los conflictos entre cazadores no son nuestra responsabilidad. En su contrato, vendrá especificado que sólo fueron por los orbes nox, aunque ya saben cuál es el objetivo principal —mencionó el hombre despreocupado, cosa que puso nerviosos a todos—. ¡Adelante! —Al decir esto George, dos personas entraron a la sala, uniformados y con documentos en mano que repartieron a los cazadores—. Aquí están sus contratos, ya están personalizados con lo prometido. Espero no haya problema, pueden leerlos si gustan. —Cada uno de los cazadores se pusieron a revisar el contenido, menos Annia, quien pasó a la página final, donde se debe firmar, puso dicha cosa y nombre completo ahí, para pronto abandonar el documento en la mesa y ponerse a ver su móvil con las piernas cruzadas por encima del brazo de su silla.

Los demás cazadores la vieron extrañados, excepto Franco, mismos que continuaron con la labor de lectura hasta terminar, firmados todos los acuerdos sin aparentes problemas a como se vio en su momento. Luego de ello, los empleados que entregaron los documentos los recogieron y se pusieron a los costados de George, el cual continuó.

—Ellos son Marco y Harvan. Son los cazadores de nuestra empresa que los acompañaran para substraer los orbes con ustedes. No se preocupen, no deben protegerlos, sólo encargarse de los sujetos. Ahora, les daremos información sobre los mismos —dicho esto, Marco apaga la luz y un proyector dibuja una imagen en el centro de la mesa, cosa que todo mundo volteó a ver—. Los cazadores que se interpondrán en su camino se llaman August VII y Lumier Gaast. Son originarios de Zhanwa, pero se dice que fueron contratados por algún otro continente para esta labor.

—¿Cómo está tan seguro, George? —preguntó Annia, incrédula y altanera.

—Porque en este país ninguna empresa hace un movimiento sin que lo sepamos. Debe ser una del extranjero.

—También hay algunos cazadores que actúan por cuenta propia, ¿sabe? Otros que están en contra de corporaciones como la suya. No me extrañaría que H&P les haya hecho algo y ésta sea su venganza —teorizó Franco, lo que llamó la atención de todos, pues el hombre mayor calló unos momentos y sonrió pronto para responder.

—No es el caso, afortunadamente, cazador Franco Bron. Por suerte, lo que sí sabemos con certeza es qué habilidades ambos poseen. Para empezar, Lumier lanza flechas de acero, mismas que no pueden viajar largas distancias, mas están cargadas con un poder eléctrico de 1500 a 2000 voltios —explicó George mostrando imágenes del hombre con su arco y las flechas que maneja.

—Suficiente para achicharrarte o al menos paralizarte —agregó el cazador musculoso.

—Así es, además de eso, su compañero August tiene la habilidad de manipular el acero a largas distancias. Cosa que los vuelve extremadamente peligrosos —sumó el hombre un poco más serio, ahora mostrando imágenes de August.

—Ahora entiendo porque vencen a sus cazadores. Lumier lanza una flecha cargada mortalmente con electricidad que August evita que esquives. ¿Por qué no envían alguien con especialidad de elemento tierra? —preguntó Annia luego de hacer la anterior conclusión.

—Ya lo hicimos, y el especialista terminó con seis flechas en la cabeza. —La información dicha por George dejó a todos impresionados, más cuando se mostraron las imágenes en el proyector, cosa que alertó a algunos cazadores.

—¿Maximus fue dicho cazador?

—Con razón ya no había escuchado de él.

—¡Señor Maximus! ¡No puede ser! —mencionaron el hombre musculoso, Franco y la chica de cabello largo, respectivamente.

—Estas personas son buenas en lo que hacen. Por eso decidimos reunir no solamente un equipo más grande, sino más experimentado en luchar contra otros cazadores. Todos aquí tienen grandes habilidades e historial de haber vencido colegas suyos durante los últimos años. Así que, siendo honesto, no espero otra cosa más que un triunfo de su parte. Sé que volverán con muchos orbes nox y la noticia de que por fin no tendremos problemas con ese par de sujetos —mencionó alegre el hombre, aunque los cazadores estaban realmente preocupados por la información dada, excepto Annia, la cual había retomado su móvil con un rostro lleno de aburrimiento.

—¿Cuándo partiremos? —cuestionó Fernanda, la cazadora de cabello corto.

—Mañana a primera hora. Este lugar cuenta con dormitorios. Los cazadores Marco y Harvan los llevarán a sus respectivas habitaciones y mañana se les va a despertar para que se preparen y puedan irse sin problemas. Eso sería todo por el momento. ¡Mucha suerte! —dicho esto, el hombre se retiró sin más. Marco encendió las luces e invitó a los cazadores a acompañarlo para que los llevasen a sus habitaciones.

En el camino, Franco se acercó a Annia, misma que guardó su móvil apenas el hombre se acercó a ella.

—¡Ey! ¿Cómo has estado? Ya ni había sabido nada de ti —mencionó el moreno alegre, respondido de la misma manera por su amiga.

—Bueno, es que no he ido a dar la vuelta al barrio alto. Supongo que debe ser eso.

—¿Cuánto llevas sin salir de caza?

—Como un mes.

—¿Un mes? ¿Cuántos orbes te quedan? —cuestionó impresionado Franco ante lo dicho.

—La última vez que salí regresé con nueve. Sólo me queda la mitad de la ganancia de uno —explicó Annia sin pena, algo que llamó la atención de los demás cazadores.

—¡Wow! No te lo puedo creer…

—¿Qué tal tú? ¿Hace cuánto?

—Hace nueve meses ya casi. Se ha pasado algo rápido a pesar de todo. Me quedan aún tres orbes prácticamente, pero temo que se me acaben o pase alguna emergencia —explicó Franco un tanto preocupado.

—Supongo que es por tu familia.

—Así es. No puedo creer que yo teniendo dos hijos y una esposa gaste mucho menos que tú. Yo regresé con los doce orbes y mírame.

—Bueno, es que tú eres un simplón, mi estimado. Por cierto, alguno de los niños…

—No —tajó de inmediato el hombre, a la par que bajó la mirada y su tono de voz.

—¡No puede ser! —exclamó en voz baja Annia, para luego acercarse a Franco y poner una mano tras su espalda—. ¿Qué edad tienen?

—Tres y siete. —La respuesta no hizo otra cosa más que preocupar a la mujer, misma que miró hacia el suelo apenada—. Por eso quiero más orbes. Juntaré muchísimos para que nunca falte nada —aseguró Franco bastante decidido, justo cuando llegaron a las habitaciones.

Ambos cazadores se despidieron y procedieron a acomodarse en sus respectivos cuartos, cansados y con ganas de no hacer nada, excepto Annia, pues ella veía la ciudad desde la ventana de su espaciosa y lujosa habitación, pensativa y deseosa de partir pronto.

A la mañana siguiente se despertó a los cazadores dos horas antes de la salida para que se prepararan. Algunos hicieron ejercicio, otros simplemente se ducharon y desayunaron sin más, tal fue como el caso de Annia, la cual seguía despeinada y mojada mientras comía un cereal que pidió le trajeran, con leche sabor a coco que tanto le gustaba.

Una vez todos listos, fueron convocados en la entrada de la empresa, donde les esperaba George, Marco y Harvan. Aquellos habían preparado un vehículo para transportarlos hasta la muralla exterior y estaba ya listo para ser abordado.

—Bueno, ustedes ya sabrán cómo van a trabajar. Sólo les pido, por favor, que traten de hacerlo en equipo para que todos regresen sanos y salvos pronto. Se les va a dar otro vehículo fuera de la muralla para que conduzcan hasta la zona donde se encontraran con los objetivos y los noxakos que deben eliminar. ¡Éxito, cazadores! —dicho aquello, todos subieron al transporte y se bajaron en la muralla, donde registraron sus datos a los militares que vigilaban el lugar y, finalmente, les dieron acceso a la salida de la metrópolis, donde el otro vehículo aguardaba, mismo que era una especie de *jeep* lo suficientemente grande como para que cupieran los siete, conducida por Harvan.

En el camino, Annia no aguantó el silenció y decidió empezar una conversación, pues todos parecían muy tensos, incluido su amigo Franco.

—Bueno, ya que vamos a hacer equipo, ¿por qué no vamos diciendo cuáles son nuestras habilidades?

—¡Ha! ¿Para qué? ¿Para qué nos mates y te quedes con más orbes? ¡No, gracias! —exclamó Fernanda, molesta y desconfiada.

—Yo manejo todo tipo de vibraciones. Incluido el sonido. Puedo detectar latidos, respiraciones y pasos desde la distancia. También lanzo ondas sónicas para atacar, principalmente oídos y ojos —explicó el hombre musculoso, cosa que puso en ridículo a la otra cazadora.

—Mi poder es manipulación de fuerza de gravedad. Puedo hacer que uno o varios objetivos sientan atracción a la tierra más intensa o ligera, dependiendo de qué quiera provocar. Si me concentro en un objetivo, es obvio que se vuelve más intensa —contó Franco despreocupado.

—Soy un usuario de venenos. Creo nubes del mismo y puedo camuflarme detrás de estás —aclaró la chica de cabello largo, para todos guardar silencio algunos segundos. Esto le dio pauta a Fernanda de responder.

—Fuego y hielo. Comúnmente es juego de temperaturas, pero puedo crear también ambos elementos a mi alrededor. Sobre mi cuerpo no los resisto —confesó la chica sin mirar a sus compañeros y con los brazos cruzados, para luego ver los demás a Annia.

—Soy una pistolera elemental. —Lo dicho impresionó a los que no la conocían, lo que les hizo entender varias cosas.

—¡No puedo creerlo! Eres Annia Lawrence, la heredera de Kaito Zhou.

—Ahora veo que H&P está desesperado por eliminar a ese par de cazadores.

—Se supone que habías jurado no seguir los pasos de Kaito, ¿no? —mencionaron la chica de cabello corto, el hombre musculoso y la mujer de pelo largo, respectivamente, algo que incomodó a Annia, cuyo semblante estaba apretado, con los ojos viendo a la lejanía.

—Annia no es una asesina de cazadores. Es alguien como todos nosotros. Estoy seguro tiene sus razones para venir a esta misión —defendió Franco a su amiga, la cual continuaba sin voltear a ver a los demás.

—Ya vamos a llegar. Prepárense —explicó Marco y todos notaron una zona grande, desolada y con muchas rocas gigantes a los alrededores. La tierra árida y naranja estaba presente por todos lados, y el sol pegaba mucho a pesar de acercarse el crepúsculo en menos de una hora.

Los cazadores bajaron del vehículo y, con cuidado, fueron guiados por el cazador musculoso, el cual retiró la suela de sus botas, pues eran desplegables, para sentir las vibraciones del suelo.

—Detecto noxakos, mas no a los cazadores —explicó el hombre y todos caminaron detrás de él con cuidado, yendo detrás la chica de pelo largo y en medio los cazadores de la compañía.

Luego de adentrarse al terreno por un par de docenas de minutos, y extrañarse de no encontrar rastros humanos aun, el grupo se vio emboscado por varios noxakos, mismos que tenían apariencia de seres humanos deformes, con torcidas bocas, rostros aparentemente destrozados y cuerpo torcidos, cuya piel de color negro azulado resaltaba al momento estos de moverse y notárseles los raros huesos que guardan en el interior.

—¡Rayos! ¡Ataquen! —gritó Franco y los cazadores comenzaron su labor, destrozando a los noxakos como les fue posible, usando sus habilidades y generando orbes que recogían Marco y Harvan. El problema es que continuaban saliendo más de estas criaturas, como si no tuvieran fin.

—¡Son demasiados! ¿Qué demonios? —gritó Fernanda alterada, congelando y quemando los cercanos.

—¡No eran tantos! ¡No se suponía que hubieran…! —Pero antes de terminar, Harvan fue decapitado por uno de los noxakos cercanos, mismo que Annia asesinó disparándole.

Pronto, cada uno de los cazadores fue acorralado por la gran ola de monstruos, desmembrada la chica del veneno, partida a la mitad Fernanda y mordisqueado el hombre musculoso hasta ser devorado por completo.

—¡Corre! —Gritó Franco al detener con su poder a tantos noxakos como pudo, ayudado por Annia para tratar de escapar al disparar y hacer estallar quienes les estorbaban.

Fue en ese momento que la chica notó que, detrás de una de las grandes rocas, se encontraban un par de cadáveres en descomposición, pertenecientes aquellos a Lumier y August, pues había un arco y flechas en las manos de uno y mucho acero alrededor del otro.

—¡Maldita sea! Franco, ¿dónde quedó Marc…? —Pero al momento de voltear, la chica vio que la cabeza de su amigo estaba en manos de varias criaturas, mientras ella misma era emboscada por más de éstas, las cuales consiguió vencer con sus pistolas, pues se vio en la necesidad de sacar la otra que era de color roja y blanco.

La chica, atemorizada, corrió hasta un pino solitario y comenzó a escalarlo tan rápido pudo, dejando balas de viento en el camino que expulsaban grandes corrientes, las cuales lograron impedir que los noxakos la siguieran. A su vez, disparó a las ramas y estas caían para también impedirles el paso a los monstruos.

Una vez en la copa, la chica disparó tanto como pudo, hasta que el agotamiento le invadió, al igual que la desesperación, pues su mana estaba por agotarse y estaba completamente rodeada por un mar de esas horribles abominaciones que, desesperadas, trataban de alcanzarla, hasta que, de tanto peso, y rasguños que recibió en la base, lograron tumbar el tronco que la separaba de todos, cayendo la chica en una zona donde quedó completamente a merced de la horda.

## Tercera Ofrenda: Lobo solitario

…

En algún lugar lejano, a horas muy tempranas del amanecer, cuando el sol apenas y está por asomarse, Annia estaba practicando su tiro con un arma de fuego que parecía ser una que podría disparar balas de verdad, misma que era de color negro.

La mujer, la cual se veía mucho más joven, apuntaba con cuidado a unas latas que colocó sobre una cerca de madera, misma que rodeaba el área de una cabaña vieja la cual estaba detrás de la chica de cabello rosado y ojos menta.

Luego de esperar un par de minutos y apuntar bien, Annia comenzó el tiroteo de manera seguida, cuyas balas alcanzaron una a una a todos los objetivos, derribados aquellos con una gran facilidad, hasta que estos cayeron al suelo sin problemas, atinados sin desperdiciar un tiro.

—¡Vaya! Me impresiona que hayas podido tirarlas sin haber lastimado a alguien en el proceso —dijo una voz que provenía detrás de la chica. Al voltear, Annia vio cómo un sujeto de estatua baja, muy delgado, piel aperlada y mirada desafiante caminaba hacia ella sin mirarla, hasta que aquel se colocó a su lado—. Atinaste a todas casi en medio, por lo que veo. Por fin vas mejorando —agregó el hombre de pantalón ajustado y sudadera holgada, mismo que no cambiaba su semblante de pocos amigos.

—¡Todas fueron derrumbadas rápido y con una puntería casi perfecta! —Se quejó la joven

—«Casi» no es suficiente —respondió molesto el sujeto y cruzó los brazos, todavía sin ver a Annia.

—¿Entonces cuando va a ser suficiente? ¿Cuándo vas a reconocer lo mucho que me he esforzado y avanzado? ¿Cuándo vas a estar satisfecho? ¿Cuándo sea perfecto? ¡Dime! —reclamaba molesta la chica, para luego el sujeto tomar un arma de juguete que tenía colores rojizos y blancos en ella, con la cual apunto hacia Annia.

—Nunca va a ser suficiente. No en contra de esas mierdas. —Al decir esto, el sujeto volteó a ver a la chica con sus ojos rojo carmesí, a la par que movía el arma hacia la dirección de la cerca y daba varios disparos rápidos y de manera coordinada de izquierda a derecha. Cada una de las latas fue golpeada en serie por los proyectiles, cosa que las empujó y acomodó una sobre la otra sin que se cayera la torre de las mismas. Siete balas fueron las que acomodaron el mismo número de latas, de manera perfecta y sin que el hombre las viera al momento de usar su arma—. La perfección no existe. Metete eso en la cabeza. Perseveramos para sobrevivir, no para recibir aplausos. No lo olvides, Annia —dicho esto, todo alrededor se volvió oscuro, hasta que las imágenes y la voz del hombre se disolvió en las memorias de la chica que recordaba aquellos lejanos momentos.

…

Annia, quien se encontraba acostada, despertó repentinamente, en alerta y asustada. La mujer se sienta de golpe en la cama donde estaba acomodada y se retira la sabana que la cubría, misma que revela que no trae puestos sus guantes, botas o calcetas, al igual que busca en su cuerpo sus armas o de más pertenencias. Todo lo que no tenía con ella lo alcanzó a ver cerca de la oscura habitación, acomodado en una esquina no muy lejana de ella.

El lugar, el cual está bajo una media penumbra, parecía ser una vieja habitación hecha completamente de madera, la cual está dañada y podrida por lo vieja, mas también se ve que alguien la había estado cuidando por un tiempo. El lugar se veía tenuemente iluminado por una linterna que se notaba algo antigua, puesta aquella sobre un mueble viejo de madera hinchada y de color oscuro.

La luz que despedía el aparato era producida por nada más y nada menos que un orbe nox, el cual estaba posicionado dentro de éste y aparentemente se hallaba girando sobre su propio eje lentamente, emitido un ligero sonido desde dentro, susurrante y constante.

—¿Qué rayos? —preguntó la chica, para luego abrirse la puerta de la entrada al lugar desde el exterior, lo que dejó ver a una extraña sombra que se asomó desde el marco oscuro que se formó al retirar el trozo de madera viejo que obstruía la vista hacia afuera.

La figura humanoide poseía largo tentáculos que caían de su cabeza y hondeaban con el viento que entró al sitio, a la vez que parecía estar atada con cadenas por su dorso, aunque extrañamente se encontraba perfectamente erguida a pesar de ser un monstruo.

—¡Maldición! —gritó Annia y juntó sus dos manos para apuntar al enemigo con sus dedos índices reunidos, entrelazados los tres dedos inferiores y los pulgares rectos hacia arriba como si hubiera formado un arma usando dichas extremidades.

—¡Alto! No soy un noxako —dijo aquel extraño, levantó las manos y trató de dar un paso al frente lento—. Tampoco soy tu enemigo —continuó la voz del hombre, mientras que Annia no dejaba de apuntar, insegura.

Pronto, la figura entró a la luz, lo que reveló a un sujeto de cabello corto que poseía vendajes viejos y maltratados cubriéndole el rostro. Eran tres de ellos los que pasaban por enfrente de su ojo izquierdo, cubriéndolo completamente y dándole la vuelta entera a su cabeza.

—Qué… ¿Quién demonios eres? —preguntó la chica, a la par que bajaba sus manos.

—Finalmente despertaste. Y tienes energía, así que ya puedes irte a una ciudad a resguardarte —respondió el sujeto de manera fría y sin prestarle mucha atención a la mujer.

—¡Oye! Te hice una pregunta, por si no escuchas bien.

—Todas tus cosas están aquí. Por suerte no recibiste mucho daño, sólo el de la caída. —Continuaba el sujeto diciendo al ignorar la petición de Annia.

—¡Bien! Vete a la mierda. Me largo, maldito engreído —expresó la cazadora al retirarse la sabana de encima, para luego el hombre pasarle sus cosas. La mujer las recibió molesta, arrebatadas de la mano del hombre que llevaba ropas azules y holgadas, al igual que extrañas protecciones en antebrazos y pantorrillas, sujetas por cordones en los extremos. Además de eso, el dorso del tipo se hallaba envuelto en cadenas, mismas que parecían no estar exactamente amarradas a él.

—Camina todo al norte y llegaras a Mayenwa. No tiene pierde —explicó el sujeto, para luego Annia verlo lista con un rostro de enojo—. No vuelvas a aceptar trabajos de compañías grandes. Parece dinero fácil, pero no lo es —explicó el sujeto, para adelantarse y salir del lugar.

—¿Eh? ¿Cómo sabes eso?

—En serio no recuerdas nada, ¿verdad? Aun estabas consciente cuando llegué. —Al declarar aquello, Annia salió detrás de él, notando que toda el área alrededor de la cabaña estaba tapizada de orbes nox, mismos que parecían estar abandonados sin que les prestaran atención. La imagen entonces le hizo recordar a la cazadora lo ocurrido.

—R-rayos… Entonces no fue un sueño. De verdad acabaste con todos ellos así de fácil —comentó la chica anonadada, lo que detuvo al desconocido que caminaba lejos de la mujer, la cual se extrañó al verlo parado entre todos los orbes.

—Sí, caíste desde el árbol y los noxakos fueron a por ti. Por suerte me di cuenta a tiempo que estaban atacándolos y pude salvarte usando mi arma. La misma que estaba debajo de la cama donde te hallabas dormida —explicó el sujeto, para luego mirar a Annia con su único ojo, pues giró su cabeza hacia ella. A su vez, el viento sopló un poco más fuerte, lo que meció los largos vendajes que colgaban por detrás de la nuca del hombre.

—Sabía que no sólo eras un sujeto extraño con un pésimo gusto en moda… Evidentemente eres fuerte…

—Por favor, regresa a Mayenwa.

—¡No, aguanta! Creo que Marco está vivo.

—Sí te refieres al chico metaformo, está muerto. —Lo dicho dejó fría a Annia, quien no supo qué más decir—. Vi su cadáver entre los noxakos. Se debió transformar en la chica veneno para confundir a las criaturas, sólo que la cazadora se ocultó en su técnica para salvarse, lo que dejó expuesto al chico —explicó sin más el sujeto.

—Y-ya veo… ¿Y qué tal ella?

—Desapareció. Supongo regresó a Mayenwa, lo que tú deberías hacer —agregó un tanto molesto el sujeto y luego continuó su camino.

—¿Cómo es posible?

—¿Qué cosa?

— ¡Tanto poder! ¡Mira todos estos orbes nox! Había decenas, tal vez más de cien noxakos en ese lugar y los destrozaste con una facilidad increíble, al menos a muchos de un sólo tajo. Recuerdo ver una especie de cuchilla que voló y mató a todos de inmediato. Luego regresó a ti y ya es todo… —explicó la cazadora un tanto confundida.

—Te desmayaste en ese momento. No importa cómo lo hice, lo importante es que estás a salvo y esas asquerosidades muertas.

—¡Bien! No me digas cómo lo conseguiste, pero entonces explícame sobre la advertencia de las empresas.

—¿De qué sirve que te explique? No puedes hacer nada al respecto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó molesta Annia, a la par que iba caminando rápido hacia el sujeto—. Tal vez si supiera lo que sabes, podría…

—¡Están tratando de deshacerse de cazadores! —exclamó el hombre, lo que detuvo a la chica de hablar y caminar—. Han estado enviando a mucho a esta zona que esta infestada de noxakos. Comúnmente vienen en grupos de tres o cinco, donde más de uno son cazadores de la empresa que se ocultan y recogen los orbes que alcanzan a matar los contratados. Esta vez fueron más de lo controlado, pero a H&P no le importa eso. Sólo que baje el número de cazadores —explicó el desconocido a Annia, cosa que la dejó fría.

—Suena estúpido. ¿Por qué querrían eso? ¡Hay mucho noxakos aquí! Si los cazadores disminuimos, entonces…

—Pocos cazadores tendrán orbes, y la mayoría de ellos pertenecerán a H&P. Eso les dará un mejor control del flujo económico que envuelve a los orbes, los volverá estúpidamente ricos, pues los únicos que se acercan a sus entradas multi trillonarias son los cazadores veteranos. —Terminó de explicar el sujeto, lo que hizo entender a Annia todo.

—E-es cierto. Los cazadores que venían conmigo parecían ser del tipo que siguen buscando más y más orbes…

—También lo eran Lumier y August. Se trataban de los más ricos en Mayenwa, pero eran discretos, por eso la mayoría no los conoce y los usaron como excusa para que ustedes vinieran.

—¿Cómo sabes tanto?

—Porque lo leí en los reportes digitales de Harvan y Marco. —Al decir eso, el hombre lanzó un dispositivo móvil a la cazadora. Ella lo tomó en sus manos y pudo leer por medio de su pantalla desplegable la información que corroboró lo dicho—. No es la primera vez que pasa, ya lo había visto con otros cazadores. Desgraciadamente no puedo salvarlos a todos. Es algo con lo que uno debe cargar —agregó el hombre y continuó caminando después de decir eso con algo de nostalgia.

—¿Y quién eres entonces? ¿Un héroe humilde que no le importan los orbes? ¡No me hagas reír! —Se burló Annia del sujeto que no se detuvo.

—Toma los que quieras. Sirve que no regresas en un rato —dicho esto, la chica se quedó sin habla, para luego continuar siguiendo al sujeto.

—¿Puedes al menos decirme tu nombre? —preguntó ya bastante molesta la mujer, cosa que hizo enfadar al hombre. Él volteó su cuerpo para ver de frente a Annia y responderle enojado.

—¿Para qué lo quieres saber?

—¡Para agradecerte! —Lo dicho con furia dejó impresionado al desconocido, cuyo semblante se fue disolviendo del enojo a la tranquilidad, observando el rostro sonrojado de la cazadora, la cual se notaba que hacia un esfuerzo por decir eso, tragándose su orgullo.

—Mergo… Me llamo Mergo.

—Gracias por salvarme, Mergo. Soy Annia Lawrence —agradeció con una sonrisa confiada la chica, extendió su mano y miró los ojos confundidos del hombre. Dicho levantó su extremidad para regresar el gesto.

—No hay de qué, Annia —respondió Mergo tranquilo al tratar de tomar la mano de la mujer, pero ella acercó más su extremidad y sujetó su antebrazo, cosa que impresionó al cazador, mas la imitó al momento.

—¿Trabajas con alguien?

—No, siempre estoy sólo. Es mejor así —explicó Mergo y soltó el brazo de la cazadora, a la par que su expresión cambio a una melancólica.

—¿Vives en esa pocilga? —cuestionó Annia al señalar la extraña «cabaña» de una habitación donde estaba dormida.

—Es una especie de viejo almacén. La granja a la que pertenecía fue completamente devastada por los noxakos hace décadas. Es lo único que sobrevivió gracias a la linterna que viste. Al menos eso creo.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver la linterna?

—La luz de esa cosa vuelve ciegos a los noxakos. La luz les paraliza sus sentidos. Mientras duermas a luz de una no te pasará nada. Por eso antes los orbes nox se utilizaban para eso únicamente —explicó Mergo, lo que impresionó a Annia.

—¿Qué? ¡Jamás había escuchado sobre algo como eso! ¿Es verdad?

—Completamente. No tengo por qué mentirte —respondió el hombre, para luego detenerse de la nada.

—¿Se puede saber a dónde vas ahora?

—Ahí vienen de nuevo.

—¿Eh?

—Cientos de noxakos vienen para acá —aseguró el hombre, lo que asustó a la chica.

—¿C-cientos? ¿Más que la vez pasada?

—Así es. Regresa al almacén y con suerte ninguno te va a atacar. He estado aquí ya casi dos meses tratando de destrozar el exceso de noxakos, pero sigue sin acabarse. Perdona que terminaras involucrada en esto. —Al terminar de decir aquello, el hombre levantó su mano al aire y abrió la palma, lo que hizo aparecer por encima de él una enorme cuchilla de dos filos en forma creciente y opuestos, cuya empuñadura se hallaba en medio de ésta, envuelta en cuerda. Dicho objeto cayó en manos del hombre, guardado en su vaina doble que estaba unida por una cadena.

Al sujetar el arma, Mergo la desenfundó con una agilidad increíble, tomada rápido posición de combate al escucharse como cientos de gritos de noxakos eran emitidos a la distancia, los cuales se aproximaban hacia donde los cazadores estaban.

## Cuarta Ofrenda: Letalidad

Mirando hacia el poniente, Annia vio algo que era digno únicamente de sus pesadillas. Un ejército completo de noxakos iba hacia Mergo y ella, de los cuales sólo el primero se veía listo para pelear, mientras que la mujer estaba indecisa, pues la cantidad era simplemente fuera del control de cualquier cazador.

—¡M-Mergo! Olvídalo, son demasiados. Deja de hacerte el valiente y huyamos —propuso la chica, a la par que observaba al hombre, decidido en pelear.

—Vete tú, yo no voy a dejar pasar la oportunidad de acabar con estas cosas —contestó Mergo, seguro de su poder, a pesar de verse un valle tupido de las criaturas que estaban por arribar al lugar.

—¡Haz lo que quieras! —dicho eso, la cazadora se dio a la fuga corriendo lo más rápido que pudo en dirección contraria a la ola de monstruosidades que venía hacia ellos.

Justo en ese momento, Mergo se colocó en posición al aguardar con las piernas extendidas a los costados, el cuerpo bajo, una mano en la tierra y la otra por detrás sosteniendo en alto su extraña arma. Annia, curiosa, volteó y observó aquello con cautela sin detenerse, pues quería saber si lo que vio antes en realidad había ocurrido o sólo fue una ilusión de las verdaderas habilidades del cazador.

Cuando los noxakos, apresurados, estuvieron al alcance del hombre, éste dio un salto de unos dos metros de alto y giró su cuerpo con gran habilidad en el aire, lo que le permitió lanzar el arma con una eficacia demoniaca. El instrumento mortal, como si fuera un boomerang, voló girando hacia los noxakos y los devastó uno a uno de una manera voraz, acabando así con las primeras tres filas de estos, aproximadamente, para luego regresar el arma a Mergo y sostenerla aquel de nuevo sin mucho problema, girando un poco por el impulso que le metió aquella de momento.

—M-mierda… ¡Podemos ganar! —exclamó la chica y corrió hacia Mergo, mismo que continuaba lanzando su arma para destrozar a las criaturas, a la vez que retrocedía, pues, aunque los noxakos vieran lo poderoso que era, no cedían.

Luego de arrojar tres veces el arma, algunas de las aberraciones lograron evitarlo, por lo que se estaban ya acercando al hombre, el cual parecía estar preparado para enfrentarles aunque su instrumento mortal siguiera lejos de él, pero entonces los noxakos que huyeron fueron cayendo gracias a las balas de Annia, la cual se posicionó al lado de Mergo para cubrirlo, luego de que recuperara su arma.

—¡Vete, con un…!

—¡Cállate y ataca! ¡Te cubro! —ordenó la mujer, para luego Mergo, sin más opción, caminar hacia atrás junto a Annia y seguir lanzando su arma, misma que esquivaban cada vez más las criaturas, derrumbadas éstas por la mujer.

La batalla continuó, y ambos mantuvieron el ritmo del combate durante casi quince minutos sin detenerse. Gracias a ello eliminaron a gran cantidad de criaturas una y otra vez hasta que el número ya se veía bajo considerablemente.

Esto puso mucha confianza en Annia, misma que continuaba atacando ya sin huir, pues las tres docenas aproximadas que quedaban no serían problema para el poderoso ataque de Mergo. Pronto, el hombre nuevamente lanzó su arma y ésta abatió a la mitad de los noxakos, por lo que Annia se apresuró y disparó a los más cercanos, continuando con los que le seguían antes de que Mergo obtuviera su instrumento de vuelta.

Ya con la espada doble en manos, Mergo y Annia corrieron hacia los últimos siete noxakos para destrozarlos sin necesidad de usar el ataque más poderoso. El cazador usó su arma cuerpo a cuerpo y rebanó con gran facilidad a las criaturas, mientras que la cazadora dio grandes tiros certeros con sus pistolas, lo que logró hacerles estallar la cabeza o el pecho a las aberraciones hasta acabar con ellas.

—¡Lo logramos! *¡Yeah!* ¡Eso estuvo brutal! De verdad eres bastante fuerte. ¿De dónde sacaste esa arma que puede vencer a los noxakos? Pasa el contacto de tu herrero mágico —comentó de manera jocosa Annia al verse agotada, pero animada de haber destrozado a todas aquellas criaturas con una relativa facilidad.

—Gracias, pero… —En ese momento, el cazador se percató de algo, por lo que volteó hacia la cabaña—. ¡Maldita sea! —dicho esto, el hombre corrió de vuelta al lugar, seguido por la chica que se desconcertó al verlo así.

—¡Oye! Espera, ¿A dónde vas? —preguntó la mujer al correr detrás de Mergo, mismo que se veía preocupado.

—¡Tenemos que matar al noxako que está allá! —señaló a una de las aberraciones que se encontraba entre todos los orbes nox. Éste sujetaba uno que parecía brillar de una manera más aparatosa que el resto.

—¡Qué raro! No recuerdo haber visto uno que brille así —mencionó la cazadora sin entender lo que pasaba y menos la preocupación de su camarada en combate.

—¡No! ¡Muere maldito! —gritó Mergo al lanzar su arma, pero era demasiado tarde. El noxako introdujo a su pecho el orbe, lo que provocó que una gran energía celeste le invadiera el cuerpo y provocara un estallido de la misma, alrededor. Esto levantó una nube de polvo, a la cual el arma del hombre se introdujo, para luego salir del otro lado y regresar a manos de su dueño, quien se detuvo y se puso en guardia, nervioso.

—¡Hey! ¡Me estás asustando! Ya murió, ¿no? Dudo que no lo hayas golpeado —dijo Annia un tanto mortificada al ver la cara del hombre.

—No lo sé. ¡No bajes la guardia hasta confirmarlo!

—¿Qué te pasa? Aunque debo admitir que jamás había visto a un noxako introducirse un orbe… ¿Por qué haría eso? ¿Acaso…? —En ese momento, un enorme chillido se escuchó provenir desde la nube de tierra, cosa que asustó a ambos cazadores.

—¡Mierda! —gritó Mergo y de aquella pantalla se alcanzó a ver tenuemente un enorme monstruo que lanzó su largo brazo hacia el cazador, el cual esquivó el hombre agachándose, rebanada la extremidad por él al hacer un corte limpio con su espada. No obstante, de la misma extremidad creció otra que alcanzó a sujetarlo por el pecho y lo azotó fuertemente contra el suelo, provocando que el hombre sangrara de la boca.

—¡PUTA MADRE! —gritó la chica y disparó con ambas pistolas a la enorme extremidad, haciéndola explotar y liberando a Mergo de ella. Dicho destruyó el resto que tenía encima con su arma, para luego tratar de ponerse de pie agotado y evidentemente lastimado por el golpe—. ¿Qué mierda fue eso? —preguntó Annia al colocarse al lado del cazador y darle la mano, cosa que rechazó el hombre cuando se levantó por su cuenta enojado.

—¡En guardia, maldita sea! ¡No lo pierdas de vista! —ordenó el cazador, cosa que hizo a Annia apuntar a la sombra detrás de la tierra, a la cual regresaba la extremidad cercenada.

Finalmente, el cumulo de suciedad se despejó, lo que dejó ver a una criatura al menos cuatro veces más grande que el pequeño noxako que vieron antes, con muchísimos apéndices colgándole de su gigantesco cuerpo, cuyas piernas pequeñas resaltaban de su gigantesco tórax y titánicos seis brazos, al igual que su cabeza que parecía ahora estar pegada al cuerpo completamente, teniendo una boca que iba de hombro a hombro y poseía a las orillas numerosos dientes puntiagudos.

—¡Pero qué carajos es eso! —Pronto, la criatura abrió la boca y de ella apareció una especie de figura humanoide que no poseía cabeza, y que de su dorso brotaba un orbe noxako de color rojo, el cual emitía una luz ignominiosa y palpitante.

—No hay tiempo de explicar. Hay que golpearlo en el orbe —explicó de inmediato el hombre, cosa que asustó a la chica.

—¿Qué? ¿Estás loco, acaso? ¡Nos volará en mil pedazos si lo destruimos! —Al comentar eso, Mergo corrió hacia la criatura y ésta le lanzó dos de sus brazos, los cuales se estiraban para alcanzar largas distancias. Mergo evadió uno y rebanó el otro con su arma, mas, nuevamente, de la extremidad rebanada crecieron más extensiones que iban a por el cazador.

Por suerte, Annia estaba preparada y destruyó dichas antes de que alcanzaran al cazador, mismo que, concentrado en su objetivo, continuó su camino hacia la atrocidad. Aquella lanzó sus otras dos extremidades hacia el hombre, Mergo evadió ambas al saltar una y otra vez sobre éstas conforme trataban de arroyarlo e iban envolviéndose a sí mismas en dirección al cielo. EL hombre continuó escalándolas y finalmente se posicionó en el aire para lanzar su arma hacia la criatura.

En ese momento, el monstruo ocultó el orbe dentro de su boca y el cazador cedió a efectuar su técnica, lo que extrañó a Annia al momento, a la par que se dio cuenta de algo.

—¡Perra madre! ¡Cuidado, Mergo! —gritó la chica y disparó varias veces a los brazos que ya iban a por su compañero, destruyendo ella dos y Mergo los otros dos que había ignorado antes, mas la criatura tenía uno más disponible y cada extremidad destrozada creó otra extensión que casi golpean al hombre directamente, pues sólo una pudo darle en el brazo derecho, la que estaba intacta.

Gracias a esto, Mergo cayó en la tierra y saltó hacia su costado derecho, pues el monstruo dejó caer sus brazos sobre el suelo en favor de aplastar al cazador, cosa que le hizo sacar el orbe de su boca una vez más.

—¿Por qué no la atacaste? —preguntó Annia desesperada, y entonces Mergo señaló a la criatura, la cual se estaba regenerando por completo, como si no le hubieran hecho nada de daño.

—Si mi arma no lo penetra de un golpe, puede quedar atorada en él y será nuestro fin. ¡Hay que darle un golpe directo! —explicó el sujeto, lo que hizo entender a Annia qué debía de hacer.

—Muy bien. ¡Cúbreme! —Al decir esto, la cazadora tomó sus pistolas y apuntó hacia el monstruo mientras corría, cosa que alertó a Mergo.

—¡Espera, idiota! —No obstante, la chica ya se encontraba disparando en contra de la aberración, a la par que saltaba y evadía las extremidades una tras otra al barrerse en el suelo y girando sobre este mismo, pues rodeaba al monstruo y no dejaba de atinar balas sobre su cuerpo que parecían no hacerle ningún daño—. ¡Maldición! —Mergo corrió hacia la criatura por su lado en favor de tratar de apoyar a Annia, mas el enemigo podía con ambos sin problema gracias a sus seis extremidades, todo eso mientras gritaba a todo pulmón generando un chillido horrendo.

Luego de atinar muchísimas balas, la chica guardó su pistola roja y tomó con ambas la rosada, cerró un ojo y concentró mana en ésta para conseguir un disparo aparentemente fuerte. Lo malo es que esto la dejó a merced de los brazos que iban a por ella, por lo que Mergo tuvo que intervenir y consiguió cortarlos antes de que la golpearan, ya estando él cerca del orbe.

Desgraciadamente, esto funcionó poco, pues de las extremidades cercenadas crecieron tentáculos puntiagudos que atravesaron el cuerpo de la chica, cosa que no le hizo perder ni por un momento su concentración a pesar de haber sido empalada por al menos seis de estas estacas de carne.

—¡Ve hacia él, imbécil! —vociferó la chica al ver que Mergo recuperó su arma y pensaba auxiliarla, y aunque no entendía, el hombre decidió hacerle caso y abandonarla, pues todas las extremidades estaban sobre la chica, cosa que le dio oportunidad a su camarada de poder atacar directamente.

En ese momento, la criatura nuevamente escondió el orbe dentro de su boca, Mergo frunció el ceño al ver esto, mas Annia sonrió aun con la boca llena de sangre y los tentáculos en el cuerpo.

—Menudo estúpido. Creciste de tamaño, pero sigues siendo un puto descerebrado. —Annia disparó una poderosa bala de fuego que atinó al cuerpo de la criatura. Dicha se introdujo dentro de éste y provocó que las balas de agua que habían tupido la carne maldita del monstruo comenzaran a evaporarse, lo que generó un efecto de ebullición tal que terminó por inflar a la criatura y hacerla explotar al instante, cosa que dejó expuesto al orbe nox rojizo, mismo que Mergo tenía ya enfrente.

El hombre saltó, pegó un fuerte grito y atravesó la esfera luminosa con su arma, acción que creó numerosas gritas en el objeto por donde escapó una luz celeste que iluminó los alrededores de manera cegadora, hasta que cedió y desintegró rápidamente al noxako mayúsculo que se había creado. Del cuerpo de éste cayó una pirámide de cristal con una luz celeste intensa dentro de él, cosa que quedó en el suelo sin hacer más escándalo.

Rápido, Mergo volteó hacia donde estaba Annia, la cual se encontraba en el suelo aparentemente debilitada por el ataque, por lo que fue hasta allá a tratar de auxiliarla, pero la cazadora se levantó ilesa, a la par que se retiraba una especie de jeringa hecha de acero y con tres inyectores de la pierna, la cual aparentemente se había encajado ella misma.

—¡Qué suerte! Olvidé que tenías una de esas cosas. ¿Cómo la conseguiste? —preguntó el cazador, a lo que la chica, luego de un suspiro, respondió.

—Viaje a Ghalax hace unos años y conocí ahí a Morgrem. Es una suerte que le haya caído bien, porque me vendió dos de sus elixires a un precio razonable. Desgraciadamente ya no me queda ni uno sólo —explicó la chica, cosa que hizo a Mergo caminar hacia ella para ofrecerle otro al sacarlo de su bolsillo y tenderle la mano—. ¿Es en serio?

—Toma. ¡Muchas gracias! —La mujer vio el elixir, pero lo rechazó la retirar la mano del hombre con la suya.

—No me debes nada, Mergo. Tú me salvaste ya dos veces. Mejor explícame qué demonios fue eso —propuso la chica, al mismo tiempo que el cazador guardaba su elixir de nuevo en su bolsillo.

—Siendo honesto, no sé si tengan algún nombre, pero yo los llamo «noxakos mamados». —Aquellas palabras fueron dichas con mucha seriedad y estoicismo impresionante, mas el nombre dado arruinó el ambiente creado por el mismo Mergo.

—Es… ¿en serio? —preguntó la chica con un rostro inigualable de decepción.

—¿Qué? Están super *mamadisimos.* ¡Pudo habernos matado, chica lista! —Se quejó el hombre, a lo que la cazadora respondió con más confianza.

—¡Deberías pensar algo más inteligente! Tal vez «noxakos ogro» o «noxakos omega», algo así que suene más *ad hoc.* —Se quejaba la chica, cosa que ignoró Mergo luego de hacer una mueca de fastidio y girar los ojos, pasando a retirarse—. ¡Oye! ¿A dónde vas? —preguntó Annia al ver cómo el hombre enfundaba su arma y la colgaba de su espalda—. ¿No va a explicarme?

—¿Vas a seguir juzgándome? —preguntó el hombre, lo que molestó a la chica.

«¡Vaya! Para ser tan fuerte es muy sensible», pensó Annia de momento, luego suspiró y respondió.

—Perdona. Continua por favor —expresó la cazadora al cruzarse de brazos, desviar la mirada y luego poner atención a Mergo.

—No sé porque sucede, pero hay algunos noxakos que son aparentemente compatibles con ciertos orbes, tal vez con más de uno, pero nunca he visto algo similar. Cuando consumen uno de esos con los que son compatibles, pasa lo que vimos, y el orbe se convierte en eso al asesinarlos: una pirámide nox —señaló el hombre al mostrarle el objeto que surgió del enemigo que vencieron, acercándose la chica a él y sujetándolo en sus manos.

—¿Tendrá más energía que los orbes?

—No tengo idea y no quiero averiguarlo. Los noxakos que encuentran un orbe compatible son extremadamente peligrosos, lo bueno es que escasean, aunque pronto eso puede cambiar —dicho esto, el hombre miró hacia detrás suyo para avistar los cientos de orbes que tapizaban los alrededores, creados por él y ahora también Annia.

## Quinta Ofrenda: Terror profundo

La siniestra aura ocasionada por los orbes que cubrían el valle dejó aterrorizada a Annia, misma que tragó saliva al entender que más noxakos no dudarían en llegar por uno de esos objetos que le «embonaran» como había sucedido anteriormente. Algo que sin dudas le helaba la sangre, ver a más de una monstruosidad como recién abatida sin dudas podría significar un verdadero problema.

—Vete ya, Annia. Es posible que mueras si te quedas —mencionó Mergo, para luego comenzar a caminar hacia el almacén donde descansó la cazadora hace poco.

—¿Qué? ¿Y tú sí vas a sobrevivir a esto? ¿Estás demente? —preguntó la chica, cosa que detuvo por unos momentos al hombre.

—No tengo porque responder a eso. No es una orden, es una recomendación. Tómala o déjala bajo tu propio riesgo —condenó el cazador e hizo enfadar todavía más a Annia.

—¡Menudo imbécil! Por un momento creí que serías más que un presumido temerario. ¡Uy, sí! Trabajo solo y soy fuerte. ¡Miren lo «emo y vengador» que soy! —satirizó la mujer en modo de arremedo a palabras que dedujo diría Mergo a su entendimiento por su actitud—. ¡Patrañas! Haz lo que quieras, ridi… —Pero antes de continuar, la chica notó algo colgando del cinturón de Mergo, un llavero de un pequeño muñeco que se le hizo familiar. — ¿Te gusta Dandy, el dragón gomoso? —preguntó impresionada la joven, con un tono completamente distinto al anterior.

—¿A-a ti también te gusta? —cuestionó sonrojado el sujeto, a la par que miraba con cuidado a Annia sin girar su cuerpo completamente, sólo su cabeza.

—¡ME ENCANTA! ¡Tengo en casa todas las figuras que salieron desde 1873 a la fecha!

—¿En verdad? ¿Tienes fotos? —respondió impresionado Mergo, a lo que Annia tomó su móvil y le mostro desde ahí donde estaba las pruebas.

—¡Claro que sí! ¡Mira! —Al decir esto, la chica colocó el aparato con las imágenes por enfrente de ella, a lo que Mergo casi corrió a verlas, impresionado por lo que veía.

—¡No lo puedo creer! ¡Tienes razón! Son tan geniales esas figuras. Yo tuve está de aquí.

—Es el modelo invernal de 1989. Muchos de nuestra generación lo tuvieron, pues siempre han sido juguetes que regalan por todo el mundo en ciertas zonas —explicó la chica, deduciendo que el hombre tendría aproximadamente su edad.

—¡Espera! —Dicho eso, Mergo le regresó a Annia su móvil y corrió al almacén, regresando con una caja que abrió para mostrarle su contenido—. Tengo todas las tarjetas holográficas y normales donde salió Dandy desde que era niño. Incluso, he conseguido algunas de años anteriores a cambio de orbes nox —señaló el joven al mostrar su colección, cosa que alegró mucho a la chica.

—¡Im-impresionante! ¡Estás casi no se consiguen ya! Yo no coleccionó tarjetas, pero las vi muy caras en el mercado negro. ¡Todas están aún en su envoltura!

—Sí, jamás las abría incluso de niño. Cuando crecí, me di cuenta que había gente que hacía lo mismo y eso me hace muy feliz —concluyó el hombre con una enorme sonrisa, observado por Annia que también se notaba muy feliz.

—*Sí tú quieres comenzar…* —Inició Annia cantando, seguida por Mergo.

—*Hoy un día a celebrar…* —continuó Mergo para luego interpretar la canción ambos al unísono.

—*¡Recuerda que Dandy contigo va a saltar! Con sus brincos él traerá, mucho amor y mucha paz. Con risas Dandy él amor y vida da. La luz de la mañana que brilla más. El destello que en la noche nos trae paz. La fuerza y el furor que brinda ya. La pureza del calor que regala más. ¡Dandy, Dandy, símbolo de paz! ¡Dandy, Dandy, armonía sin igual! ¡Dandy, Dandy, un dragón voraz! ¡Dandy, Dandy, gomoso e imparcial! ¡Sí!* —Después de bailes y mucho júbilo, ambos se terminaron dando un abrazo, alegres, para luego separarse apenados, cosa que los extrañó un poco al momento.

—¡Emm! Bueno… Me alegra saber que no soy la única loca a la que le gusta un personaje infantil así de mucho —mencionó apenada Annia, cosa que Mergo, con una ligera sonrisa, replicó.

—Yo también estoy feliz de ello. Pensé que era el único que creía que Dandy era lo máximo. Marcó mucho mi infancia y fue prácticamente a lo único que me he apegado desde que tengo memoria para ser mínimamente feliz. —Esa declaración dejó a Annia con el corazón sensible, dando unos pasos hacia su colega y poniendo su mano sobre su hombro. A esto, Mergo volteó a ver el rostro solidario de la chica, lo que le generó una pequeña calidez en su interior.

—Perdón, pero mejor vete… Es peligroso, en verdad —reiteró Mergo, para pronto seguir su camino en soledad cargando su caja con tarjetas.

—Sabes, siempre digo que me gasto el dinero de los orbes en casinos o prostitutos, pero en realidad lo hago en mi colección de Dandy. Nadie había entendido eso hasta ahora. Y cuando encuentro a alguien, lo único que quiere es que desaparezca. ¡Qué tontería! —replicó decepcionada la chica.

—Pienso igual, pero lamentablemente, la personas que me rodean terminan muertas, asesinadas por noxakos. Puedo defenderme, sólo a mí. No tengo la capacidad de estar al pendiente de ti. Además, mi arma «Palkelenber», puede llegar a golpearte accidentalmente. Ya ha pasado —explicó el hombre apenado, con la mirada baja y avergonzada.

—Nunca he tenido un compañero de caza por lo mismo. Siento que sería horrible perderlo… Sólo quiero un amigo. ¡Podemos pasarnos un contacto o algo!

—¡No, Annia! Te agradezco tu tiempo y buenas intenciones, pero mi misión está por encima de todo. Hasta por encima de Dandy —dicho esto, el hombre apretó la caja y tembló, algo que llamó la atención de la chica.

—¿Puedes decirme qué misión? —Pasó un silenció incomodo que duró 10 largos segundos, luego Mergo suspiró, y con temor a todo, respondió.

—Eliminar a todos los noxakos —aseguró el hombre con una mirada fría y una lágrima brotándole de su ojo descubierto, a lo que Annia quedó paralizada y extrañada.

—¿C-cómo? Eso es…

—¿Imposible? Muchos me lo han dicho y se han burlado de mí —interrumpió el hombre, claramente molesto.

—¡No me estoy burlando de ti!

—Lo sé, pero crees que es algo que nadie puede lograr —interpretó Mergo y miró a Annia, la cual agachó la mirada cuando ambos cruzaron sus ojos—. No sé cómo lo haré, pero acabaré con todos. No importa lo que tenga qué hacer, lo haré. Si no, este mundo y todo lo que conocemos desaparecerá. —La declaración extrañó a Annia, por lo que decidió confrontar a Mergo y ponerse delante de él.

—¿Qué es lo que sabes?

—Hay muchas cosas que nos están ocultando los grandes gobiernos y las corporaciones. ¿No te has dado cuenta que ya no mandan personas al espacio exterior? En 1866 se hizo una expedición a nuestro satélite natural con éxito, pero luego de que los noxakos aparecieran, ya no hemos hecho algo así. Tengo una teoría de porque pasa esto, además de que el número de noxakos esté aumentando tanto —explicó Mergo, para luego abrir la caja donde tenía sus tarjetas y mostrarle a Annia unas fotos viejas al igual que una cámara.

—Hace mucho no veía una cámara instantánea…

—Le perteneció a mi abuelo. Mira estás fotos, todas son de los terrenos que pertenecieron a mi familia. ¿Notas algo raro? —Cuando la chica vio las fotos, no percibió algo extraño de buenas a primeras, hasta que de repente pudo distinguir algo.

—Estás fotos son más oscuras que éstas. Supongo que se debe a que son más viejas —concluyó la chica al señalar dicha diferencia.

—No, te equivocas. Éstas son más recientes que éstas —explicó Mergo, algo que extrañó a Annia en sobremanera—. Las fotos más claras eran de cuando yo tenía unos 6 años de edad. Estás, que son un poco más oscuras, son de cuando tenía 15. Ahora bien, hace 5 años vine a justamente este sitio y me tomé una foto. Es ésta. —En la fotografía, se apreciaba el almacén y a Mergo parado junto a él—. Tómame una foto, ¿quieres? —La cazadora accedió, y tan pronto tomaron una fotografía lo más idéntica posible, la mujer se percató de lo que Mergo quería darle a entender.

—N-no puede ser… ¡Debe ser porque aún no se revela la imagen! —expuso la chica, a lo que Mergo denegó con la cabeza.

—Te equivocas… No es la foto, el mundo entero está cayendo en la penumbra. —La joven se quedó estupefacta ante tal hecho, algo que la atemorizó en sobremanera. —Esta oscuridad que tapiza incluso el cielo, avanza tan lento que nadie se da cuenta de ella. Estamos sumergiéndonos lentamente en la oscuridad, y creo que impide que podamos salir al exterior del planeta. Creo que hay noxakos en nuestra orbita y están impidiendo lentamente el paso de la luz. Si esto continua así, puede que el mundo caiga en una completa negrura que no sólo traerá más de esas mierdas, sino que acabará con la vida de todo, y por completo. —Estás palabras fueron dichas con tal seriedad, que la pobre de Annia hasta tragó saliva de momento.

—¿Ti-tienes más pruebas? —preguntó la chica, para pronto Mergo pedirle que la siguiera.

Ambos se adentraron a una zona boscosa que se veía nada amigable, aunque, extrañamente, en todo el camino no se vieron en la necesidad de luchar contra algún noxako. Lo que sí, es que el ambiente se sentía más y más pesado conforme avanzaban, tanto que Annia se vio en la penosa necesidad de vomitar, teniendo el vello de sus brazos completamente erizado y su piel chinita como la de una gallina. Era obvio que estaban por presenciar algo horrible.

Mergo mencionó a la mujer que todo eso era normal, y que se preparará para lo que iban a ver, porque podría no volver a ser la misma. Aun así, las advertencias no terminaron por acobardarla, y continuaron su camino hasta una siniestra cueva iluminada por lámparas viejas de orbes nox, mismas que guindaban del techo.

El sitio parecía una extraña mina abandonada, tenía algunos marcos de madera viejos, cables que caían por doquier, vías oxidadas por el suelo y algunos materiales o instrumentos que se usaban en dicha labor. Las paredes poseían un color oscuro y poroso, lo que llevó a concluir a la mujer que se trataba de una antigua mina de carbón.

Todo el asunto lo único que conseguía era que la chica se sintiera más y más en desconfianza, por lo que tomó su arma rosa y se puso en alerta, todavía siguiendo los pasos de Mergo hasta que llegaron a una zona de donde se podía escuchar provenir mucho ruido. Era como si muchísimas personas estuvieras andando de un lado al otro, a la par que el área se iluminaba más y más.

Pronto, Mergo y Annia llegaron a un espacio bajo la tierra tremendamente extenso, iluminado por lámparas de orbes que estaban incrustadas en las paredes, lo que hacía visible por completo el vasto lugar subterráneo.

Los cazadores se encontraban no sólo en la entrada, también se veían a sí mismos sobre en una especie de balcón, alejados de la superficie. Dicho sitio era imposible de alcanzar desde la el suelo del enorme domo, pues se hallaba a varios metros por encima del fondo, pegado a una pared completamente recta que se extendía también a los lados.

La cara de sorpresa de Annia pasó a ser una de terror absoluto al descubrir que los ruidos que escuchó antes provenían del fondo de ese lugar, pues estaba completamente abarrotado de noxakos, tanto así que ya estaban apilados unos sobre otros. Los seres estaban desesperados por salir, mas no les era posible gracias a las linternas que había en las orillas de la mina, lo que les impedía ver las paredes o tan siquiera sentirlas. Eso les causaba repelús y regresaban al centro del sitio a como podían, mismo que estaba completamente lleno de todas las criaturas antes mencionadas.

Al verlo bien, parecía que ya había capas enteras de estas criaturas ahí atrapadas, tanto así que había noxakos que sin poder evitarlo estaban pegados a la luz de las linternas, teniendo que sufrir dicha tortura contra su voluntad, lo que generaba que gritaran y se movieran bruscamente sin control alguno.

—¿Q-qué demonios es esto? ¿Tú lo hiciste? —preguntó Annia, y al escuchar su voz, los noxakos del lugar se alborotaron, tratando de alcanzar a Annia desde abajo, mas siéndoles inútil.

—No, esto es una coincidencia. Antes había una escalera de este lado, y por ahí algunos conseguían subir, pero la destruí hace cinco años. Desde entonces debieron acumularse aquí abajo. Ésta era una vieja mina de carbón, donde hace mucho tiempo ocurrió el primer ataque de noxakos conocido en la zona. Dicen que la criatura apareció de la nada y asesinó a tres mineros de una forma horripilante, apuñalándolos en el pecho con un pico —explicó el hombre, para luego Annia notar que, de la nada, cayó otro noxako al montón, pues tenía los ojos puestos en la acumulación de éstos.

—¿Qué fue eso? ¿De dónde salió? —preguntó la chica asustada al tratar de hallar el sitio de donde emergió la criatura al voltear para todos lados.

—No te esfuerces. No hay agujero ni nada por el estilo. Mira al techo un rato y tal vez vuelva a pasar pronto. —La mujer hizo caso al hombre, y luego de unos cuantos minutos, de la nada, del techo volvió a parecer otro noxako, mismo que cayó a la acumulación de criaturas.

—¡No puede ser! ¿Cómo demonios pasó? —gritó Annia al momento, respondida por Mergo.

—Ni yo lo sé. Es aquí donde entra mi teoría: Los noxakos comenzaron a aparecer por todo el mundo de la nada. La gente dice que por años se buscó la fuente, pero era extraño. Las criaturas se vieron por todo el mundo en lugares completamente azarosos. Era como si simplemente aparecieran ahí de la nada. Y eso debió ser. Los noxakos brotan de algún sitio aquí en nuestro mundo, de eso no cabe duda, pero son teletransportados a todos lados de manera casi azarosa una vez que son creados. Al menos esa es mi teoría. Esta mina es un lugar de «desove», prácticamente.

—¿Des-qué?

—*Respawn,* chica.

—¡Ah! Ya… —manifestó Annia al entender, para luego continuar observando el sitio—. Si encuentran la forma de salir, es un ejército suficiente como para destruir la ciudad entera.

—Efectivamente.

—Y supongo no los eliminas porque, si llegan más y encuentran un orbe que les embone…

—Exactamente —concluyó Mergo, lo que regresó su mirada a Annia—. Debo encontrar la fuente de estas cosas y destruirla. Si lo logro, entonces sólo será cuestión de eliminarlas una por una hasta que no aparezcan más. Esa es mi misión, Annia. Espero lo entiendas. —Al escuchar esto y ver el desastre que había ahí en el fondo, la chica se quedó pensativa unos momentos sin decir nada.

Mergo, quien entendía que el choqué de saber todas esas cosas le había afectado a la cazadora, decidió retomar la palabra, mas Annia se le adelantó de inmediato.

—«Nuestra misión», Mergo. No voy a dejar que esas mierdas sigan jediéndonos. No creas que soy así de egoísta. ¡Por supuesto que después de saber esto voy a ayudarte! ¡No puedes hacerlo sólo! Algo debo poder hacer para apoyarte en esto —explayó la chica, mas no convencía a Mergo de acompañarlo, hasta que, de la nada, ambos escucharon un grito de una extraña bestia provenir de la entrada de la mina, por lo que ambos corrieron hacia allá.

Al salir, no pudieron observar absolutamente nada, sólo un bosque vacío y tenebroso que se extendía a los alrededores. Ambos cazadores se preguntaron el uno al otro si habían escuchado lo anterior y ambos se respondieron de manera afirmativa, por lo que, sea lo que haya sido, era real y estaba cerca, asechándolos.

## Sexta Ofrenda: Aristocracia

—También lo escuchaste, ¿no? —preguntó Annia mientras observaba la penumbra a su alrededor, misma que abrazaba los numerosos arboles torcidos del extraño bosque, cuya alta vegetación ocultaba aquella mina de carbón maldita.

—Claro que lo escuché. Era como el grito de un noxako —respondió Mergo, algo que sin dudas dejó todavía más asustada a la cazadora.

—¿U-un noxako? Jamás los había escuchado gritar de esa manera. ¿Sería uno como el que derrotamos hace poco?

—He escuchado a los noxakos hacer peores ruidos. Hay que buscarlo. —Decidió el hombre al caminar hacia el norte, de donde percibió una extraña presencia, al igual que Annia.

—¿Desde cuándo este viajecito se volvió una película de terror? ¡Maldición! —Se quejó la chica al ir detrás de su compañero, sostenida sus dos armas en manos y muy alerta de lo que fuera a pasar.

—¿De qué hablas? Este mundo es toda una saga de películas de horror. Los noxakos por si solos son criaturas horrendas. Es sólo que te has acostumbrado a ellos, por eso no los ves como algo temible —dedujo Mergo al caminar un tanto tranquilo.

—El que destruimos hace poco no se me hizo nada lindo, ¿sabes? ¡Claro que estoy consciente de eso y…! —Pero antes de continuar, de la nada, el cazador se detuvo, lo que dejó a Annia caminar unos cuantos pasos más que él. Al verlo, la chica notó que estaba asustado, se veía algo pálido de momento, por lo que, extrañada, comenzó a voltear hacia la dirección que estaba observando.

Antes de ver, desde la tenebrosa niebla que estaba tras ella, el llanto de un infante se hizo presente. No era uno muy ruidoso ni a gritos, sino un simple sollozo ligero acompañado de una respiración dificultosa por una nariz llena de mucosidad. Sonaba muy cerca, y parecía que quien lo generaba estaba parado sin moverse.

Annia, aterrorizada, pensó de inmediato que se trataba de un noxako, uno que imitaba muy bien aquel sonido, por lo que, con una velocidad impresionante, volteó hacia aquella dirección apuntando con sus armas, hasta conseguir ver que, a unos tres metros de ella, efectivamente se encontraba un niño de unos 4 o 5 años de edad, cabello corto castaño claro, delgado, ojos azules y piel muy clara. Se veía que era un muchacho de su mismo continente.

Lo más curioso es que el muchachito llevaba un pequeño *short* y una playera de mangas cortas bien cuidadas, al igual que unos tenis blancos algo sucios, pero, al fin y al cabo, casi nuevos. Él se frotaba su ojo derecho al limpiarse las lágrimas, y con la otra mano disponible, cargaba nada más y nada menos que un peluche de Dandy.

Aquellos detalles dejaron a la joven extrañada, mas luego escuchó cómo Mergo desenfundó su arma Palkelenber y estaba listo para lanzarla. La cazadora, espantada, vio cómo el hombre atacó al niño sin pensarlo, mismo que gritó al ver la escena.

—¡No! —De inmediato, Annia disparó a la poderosa arma y consiguió desviarla, lo que destrozó varios árboles gracias a la cuchilla que voló hasta que regresó a manos de Mergo en sentido de boomerang, como siempre lo hace—. ¿Qué te pasa? ¡Es sólo un niño! —señaló la chica al ver al infante aterrorizado, hincado sobre el pasto, completamente asustado y abrazando a su peluche.

—¡También puedes verlo! —gritó desesperado Mergo a la par que caminaba hacia Annia, quien temerosa pensó en apuntar al hombre, pues creía que se había vuelto loco—. ¡Dijiste que había un niño ahí! ¡Annia, por favor dime! ¿Puedes verlo? —preguntó fuera de sus cabales Mergo, soltó el arma y sujetó de los hombros a la chica, por lo cual ésta decidió no amenazarlo con sus armas.

—S-sí, puedo verlo… —respondió la chica un tanto preocupada y espantada.

—¿Cómo es? ¡Descríbelo, por favor! —La mujer hizo lo pedido a la perfección, lo que causó a Mergo soltarla y mirar asustado hacia el suelo, para luego tocarse el rostro, justo donde las vendas le cubrían el ojo. —Maldita sea. Entonces de verdad no me estoy volviendo loco... —dijo al aire el hombre, para luego voltear hacia el menor que continuaba llorando entre la maleza.

—¿Qué está pasando, Mergo?

—Ese niño que está ahí, soy yo de pequeño —declaró el hombre, extrañada Annia al escuchar eso. Mas, cuando la chica miró al infante, se dio cuenta que efectivamente tenía los mismos rasgos que el cazador, mismo color de cabello y ojos. Era la viva imagen de Mergo, sólo que su piel estaba más clara, posiblemente eso era porque el cazador se la pasaba bajo el sol y eso le oscureció un poco el tono, al igual que a ella.

—P-pero, ¿cómo es eso tan siquiera posible? ¿Qué demonios…? —preguntó Annia confundida, incrédula, hasta que Mergo señaló el muñeco que llevaba aquel infante.

—Ese muñeco de Dandy. Lo perdí en un incidente que sucedió cuando tenía esa edad. ¡Míralo! Es imposible que un niño de ahora tenga uno como ese —declaró el hombre y Annia observó bien el juguete. Mergo tenía razón, el peluche se veía casi nuevo y pertenecía a una línea que salió muchos años atrás. Una que estaba descontinuada por completo.

—T-tienes razón. ¿Por qué? ¿Te clonaron o una estupidez así?

—No digas mamadas, Annia —dicho esto, Mergo tomó su arma en manos y la vio con enojo—. Esto es con lo que he tenido que cargar los últimos años. —Al terminar, el hombre lanzó un ataque con su arma al niño, y al ser golpeado con ésta, aquel se desvaneció en el aire después de simular como el ataque lo lastimaba de gravedad, desapareciendo al volverse vapor al instante. —Creí que eran alucinaciones que sólo yo estaba viendo, pero ahora sé que es algo más perverso y grave —declaró Mergo al tomar su arma nuevamente.

—¿Qué clase de idioteces son éstas? ¡Jamás había sabido de algo así en todo lo que llevo de cazadora!

—Pasan muchas cosas raras desde que esas mierdas aparecieron. Si vas a ayudarme, debes estar preparada para descubrir cosas peores —explicó Mergo, algo que hizo dudar a la mujer por unos momentos, para luego continuar el cazador caminando, seguido por Annia, sin decir nada.

Luego de andar un rato más buscando el sonido que habían escuchado, el cazador se encontró con algo extraño. Varios animales de la zona se veían un tanto débiles o soñolientos. Parecía que algo les había afectado de momento.

Esto también lo vio Annia, y se extrañó mucho, pues todos saben que los noxakos y los animales prácticamente no pueden interactuar unos con otros, hasta parece que les fuera imposible hacerlo, pues se ignoran por completo así estén encerrados en una sola habitación. Por ello, lo que estuviera haciendo que los animales estén en ese estado, debía de tratarse de algo más.

Mergo mencionó a su acompañante esto, y ambos decidieron investigar qué era lo que sucedía, hasta que, de la nada, notaron que en el aire había un olor extraño, uno que se hacía más y más fuerte mientras avanzaban.

Luego de percatarse de ello, tanto Mergo como Annia comenzaron a sentirse un poco más débiles, por lo que el cazador, de inmediato, tomó una mascarilla que tenía para cubrirse la nariz y la boca, mientras que Annia se subió su *top* hasta taparse la misma zona.

—¿Qué diablos crees que sea? —preguntó la mujer, un tanto mareada.

—Veneno mágico. Es más efectivo contra noxakos, pero igual afecta a los seres vivos. Hay que encontrar la fuente, porque creo que sabes quién lo está produciendo.

—¡Es verdad! Ella escapó… ¡Está viva! —concluyó Annia al instante.

—¿Cómo se llama?

—No sé —respondió avergonzada la mujer, cosa que hizo girar los ojos a Mergo.

—No debe estar lejos, y está herida. Por eso suelta el veneno así, oculta en algún lado. Hay que ayudarla —mencionó el hombre, algo que se le hizo raro a la chica, mas lo siguió hasta que ambos encontraron lo que parecía ser una pequeña madriguera de algún tipo de animal pequeño, como lo sería un zorro o mapache.

En la entrada se podía ver un rastro de sangre, como si alguien herido hubiera entrado lastimado al lugar, arrastrándose, de donde también se podía observar que escapaba un extraño humo color morado que se esparcía a en el aire, despareciendo e inundando el ambiente.

—Me siento muy mal… Hay que entrar…

—El veneno ahí dentro es muy potente, puede matarte si entras. Será mejor que me esperes aquí —sugirió Mergo, para luego ser detenido por la chica, misma que lo sujetó del brazo para impedir que se fuera.

—¡Oye! No te reconoce y pareces un psicópata con esas cadenas y las vendas por la cara… Hallémosla rápido y ella seguro podrá curarme —explicó la chica, cosa que ofendió un poco al cazador, pero acordó al final de ir juntos.

Pronto, ambos se adentraron con cuidado al lugar, mareada en demasía Annia, misma que casi no tenía tantas fuerzas para andar ya, mas Mergo la animó un poco y consiguió terminar de adentrarse al sitio a rastras, hasta que, en el fondo, observaron una luz tenue, pues había unos cinco orbes nox esparcidos en el sitio, y justo en medio de la cuevecilla, la joven de cabello largo que fue contratada por H&P junto con Annia se hallaba acostada y recargada en una pared de tierra, misma que estaba manchada aparatosamente de sangre y no tenía una pierna, de la cual aún sangrada un poco a pesar de estar amarrada con lo que parecía ser un pedazo de su ya casi inexistente blusa.

Al verla, Mergo fue lo más pronto que pudo a ella, notó que parecía estar desvariando y trató de entrar en comunicación con ella al darle palmadas en el rostro, cosa que logró, luego de insistir un poco, hacerla entrar en sí. La chica, al ver a Mergo, se asustó mucho, mas luego Annia le habló y aquella se tranquilizó.

—A-annia Lawrence… Estás viva…

—Chica, el veneno… —pidió la mujer, cosa que hizo a aquella cazadora retirarlo, a la par que pedía a la pistolera acercarse, con lo que le quitó las toxinas de su sistema con tan sólo tocarla.

—Lo siento, esas asquerosidades me siguieron hasta acá, no estaban contentos con sólo haberme dejado coja, me querían muerta. Solté todo el veneno que pude y conseguí matarlos, aunque si consiguieron dos de ellos alcanzarme y arañarme con sus últimas fuerzas. He estado aquí desde entonces lanzando toxinas con la esperanza de que alguien me hallara, o morir tranquila. Menos mal que la primea opción fue la buena —bromeó un poco la joven que estaba pálida y con los labios secos, además de que se veía bastante mal, casi como si estuviera a punto de morir.

—Hay que llevarla a la ciudad o morirá. Al menos al almacén donde podemos darle agua y alimento para que recupere fuerzas en lo que vamos hasta Larho —explicó el hombre, cosa que asustó a Annia.

—Creo que mejor nos vamos a la capital. Larho no creo que sea segura después de lo que dijiste de H&P —mencionó la chica pelirosa, algo que extrañó a la tercera presente.

—¿Hay algo malo?

—Te explicaremos en el camino. ¿Cómo te llamas, por cierto? —preguntó la cazadora, para ser respondida por la chica.

—Soy Dan… Danielle Basilisco. —Aquello dejó petrificada a Annia, pues parecía conocerla.

—¿Eres la hija de Danya Basilisco? ¡Imposible! —exclamó la mujer, cosa que dejó a Mergo extrañado, algo que ella notó y respondió—. ¡Ella es una aristócrata! Es parte del círculo más rico de Nwarvus. —Eso hizo que Dan bajara la mirada, evidentemente molesta, para luego ambos observar esto y ya no hablar del tema.

Pronto, Annia destruiría la madriguera para poder cargar a la chica herida y así, finalmente, llevarla hasta el almacén, mismo que aquella vio impresionada gracias a la ridícula cantidad de orbes nox que se observaban por todos lados.

Luego de que los cazadores trataron lo mejor que pudieron las heridas de la chica, Mergo les trajo de comer a ambas frutas y agua, cosa que consumieron sin respingar a pesar de que eran silvestres. La misma Annia encontró un pequeño gusanillo en una de sus frutas, el cual comió junto con el producto sin hacer algún escándalo, pues estaba acostumbrada a eso. Sobrevivir como sea.

Al paso de unos minutos, después de comer, Dan les explicó a ambos que se sentía débil y le gustaría dormir antes de partir a Nwazenor, la capital de Nwarvus, la cual estaba muy cerca del lugar.

Annia y Mergo se turnaron para hacer guardia fuera, primero la chica y luego el hombre. Cuando eran aproximadamente las tres de la madrugada, el cazador salió del almacén para relevar a su compañera, misma que se puso de pie, mas antes de entrar, preguntó algo.

—Oye, no quiero sonar grosera, pero cuando te conocí, me dio un aire de que eras alguien egoísta que sólo se preocupaba por sí mismo y deshacerse de noxakos. Luego, recordé que me ayudaste y también lo hiciste con Dan sin pensarlo. ¿Por qué? No lo entiendo —cuestionó la chica al sentarse en las afueras Mergo, con su espada sobre su cuerpo, envuelto su brazo en ella.

—Los cazadores me salvaron la vida —confesó el hombre—. Decidí volverme uno y ayudar a mis colegas si tenía la oportunidad. Todos estamos en contra de los noxakos, de esas malditas criaturas de porquería. El mundo entero debería estar unido por destrozarlas, pero…

—No es así —interrumpió Annia—. Aún hay guerras entre la gente y conflictos entre los cazadores. Yo no salgo limpia de eso último. Tal vez nunca lo vi así, y creo que me siento una estúpida por ello. Lo siento, Mergo.

—¿Por qué te disculpas conmigo?

—Por no habernos dado cuenta de que el mundo se cae a pedazos en nuestras propias narices. Te lo prometo, voy a hacer todo lo posible para arreglar el cielo y acabar con todos los noxakos —dicho aquello, el hombre sonrió levemente y cerró los ojos, a la par que Annia se despedía y entraba al almacén para descansar.

A la mañana siguiente, Annia salió del lugar y no encontró a Mergo, cosa que se le hizo extraño, hasta que lo vio llegar en el vehículo de la empresa H&P que les habían prestado a los cazadores para llegar hasta allá.

—Esto nos va a servir. ¡Bien pensado, Mergo! —declaró la chica cuando el hombre se estacionó cerca, luego ambos prepararon los asientos de atrás para acomodar ahí a Dan y fueron por ella. La subieron con cuidado al vehículo y se alistaron para irse, no sin antes Annia tomar las mochilas de sus compañeros caídos y llenarlas de tantos orbes fueran posibles, al igual que la suya y la de Dan—. Vamos a necesitar dinero allá, y esto cubrirá cualquier gasto que tengamos.

—La cajuela también tiene compartimiento para eso. Llénenla, porque puede que vayan a necesitar más —mencionó la joven, a lo que Mergo abrió el compartimiento y efectivamente estaba adecuado para ello.

—Entre más orbes canjeemos, mejor. Además, algo me dice que vamos a estar ocupando mucho dinero de ahora en adelante si vamos a hacer esto juntos —explicó el cazador, cosa que alegró a Annia.

—Ayer los escuché —dijo Dan de la nada, impresionando a sus salvadores—. Sé que quieres destruir a todos los noxakos de una vez por todas, y no es la primera vez que escucho algo así —declaró la joven, sin poder decir nada los demás ante eso—. Hay alguien, muy cercano a mamá, que dijo exactamente lo mismo, y que vive en la capital desde hace mucho tiempo. Puedo contactarlos con él, en agradecimiento por su ayuda. —Esas palabras hicieron que tanto Mergo como Annia sonrieran, para luego abordar el vehículo lleno y partir hacia la capital del continente Nwarvus, el gran país de Nwazenor.

## Séptima Ofrenda: Genio oculto

Nwazenor es no sólo un país prometedor, sino admirado en todo el continente. Poseedor de grandes ciudades, bellísimos hábitats naturales y hogares de muchos políticos y cazadores destacados. Así mismo, la capital del continente se podría decir que es un paraíso desde afuera. No obstante, la realidad, como en cualquier otro país de este mundo, es la misma historia podrida que trajeron los noxakos.

La ciudad capital no es diferente a las demás metrópolis, pues también está dividida en tres secciones. La más aproximada a la frontera y muro exterior, es donde viven las personas que están en pobreza extrema, cuyos miembros de la familia o ellos mismos no son cazadores, por lo que no hay forma en la que asciendan otro peldaño en la sociedad. Las fábricas comúnmente se hallan en esta zona, pues los obreros de éstas son empleados de la misma.

El segundo es el aro del medio, donde viven aquellos hijos o descendientes de personas que alguna vez fueron ricas. Descendientes de cazadores que fallecieron y les dejaron buen dinero para mantenerse en un empleo estable y poseer un lugar cómodo hasta que envejezcan o tengan hijos cazadores, a la par que conviven pacíficamente entre ellos. Hay buenos colegios, áreas comunes bastante bellas y un ambiente precioso, pero estancado.

El tercero es de lejos el más tranquilo, eso se lo dejarían al anterior. La zona más alta de las ciudades contiene no sólo enormes mansiones y palacios, sino que también hay lugares de entretenimiento, tiendas de artículos tremendamente caros y ningún hogar se vende, todos se rentan anualmente. Hay que pagar también servidumbre y de más cosas, pues estas casas están no sólo bien cuidadas, sino custodiadas por mucha seguridad y el gobierno mismo asegura que se trata de la zona más segura de todas mientras no salgas de casa.

La realidad es que en la zona alta sólo viven cazadores expertos y ambiciosos, al igual que sus familias que pueden ser mantenidos o también cazadores, mismos que pueden llegar a pelear entre ellos o con otros, cosa que arrastra varias víctimas accidentales muy comúnmente, y por ley, los conflictos entre cazadores no pueden ser intervenidos por las autoridades de la ciudad. Si un cazador daña a un civil, la ley se interpone. Si un civil daña a otro civil, la ley se interpone. Si un civil daña a un cazador, la ley se interpone. Pero, si un cazador daña a otro, o incluso, lo asesina, la ley no se debe interponer.

Esto es algo que se implementó hace mucho, pues hubo una temporada donde los cazadores, cansados de estar presionados por las autoridades cuando había conflictos entre ellos, terminaron por armar una pequeña revolución tan sencilla que fue no cazar. Esto aumentó el número de noxakos en la zona, y en aquellos días, al no estar listos para dicha situación, los gobiernos del mundo entero decidieron apartarse de los conflictos entre los cazadores, con la condición de seguir eliminando a las horrendas criaturas y no dañar a los civiles.

Desde entonces se acordó que entre cazadores la ley era nula, no obstante, también se aclaró que los mismos jamás podrían ocupar cargos políticos ni de gran importancia en macroempresas, así como abrir sus propios pequeños negocios. Debian ser trabajadores comunes o cazadores. Así de simple.

Luego de recorrer varias horas de camino y llegar a la frontera del país, los jóvenes solicitaron un «Tregua de transporte». En todo el continente de Nwarvus, la tregua de transporte permite a los cazadores registrar el número de orbes que llevan consigo, para ser estos transportados a su nombre hasta un centro de intercambio y depositarles en sus cuentas una vez que ellos lleguen hasta uno de éstos.

Los militares de la zona, impresionados, contaron los orbes que cargaban los cazadores, conseguidos 127 en total, aunque al final, Mergo tomó 4, Annia conservó 3 y Dan 5, lo que dejó un total de 115 que se registró a la cuenta de la chica pelirosa, pues Mergo no quería cargar con ese dinero, o al menos esa fue su excusa.

A cambio de un orbe de Dan, y a petición de la misma, se les dio un vuelo hasta la capital del país desde una pequeña ciudad cercana, pues la joven deseaba ir a la ciudad más importante del país para ser tratada. Fue ahí donde llevaron a la herida a un hospital especializado de la zona alta, un sitio que de inmediato la trató por sus heridas, pues la chica ya se la había pasado desmallada una gran parte del tiempo.

Al llegar, los cazadores dieron los cuatro orbes de Dan como pago, cosa que fue más que suficiente para cubrir todos los gastos necesarios hasta que la chica se recupere. De igual manera, los cazadores rentaron las habitaciones de un hotel de la zona media con un orbe de Mergo, cosa que fue suficiente para pagar el año ahí mismo, en un *penthouse* con dos habitaciones para cada uno, una cocina grande, un bello recibidor y una vista increíble de la ciudad.

Los días pasaron, y ambos cazadores atendían su rutina diaria. Hacían ejercicio en las mañanas, desayunaban, salían a pasear y regresaban en la noche para cenar juntos y volver a dormir. Poco a poco se fueron conociendo más en los tres días que mantuvieron dicha vida, hasta que, finalmente, el hospital los llamó para decirles que Dan se había estabilizado y estaba lista para recibir visitas.

Al día siguiente, en la mañana, ambos cazadores fueron a ver a la joven. Ella estaba vendada, con un par de catéteres en los brazos, oxigeno enviado directo a sus fosas nasales y su pierna ya tratada y curada, al menos lo que quedó de ella.

Al verla mejor, ambos cazadores se sintieron un poco aliviados, por lo que Dan les sonrió levemente, aunque su sonrisa se apagó rápido al escuchar unos pasos que iban hacia el lugar, cosa que llamó la atención de sus compañeros, los cuales voltearon hacia atrás y percibieron cómo alguien entró a la habitación de la chica.

Accedió al sitio una mujer de tes blanca, semblante duro, maquillaje hermoso, largo cabello nocturno, ropas negras adornadas con plumas oscuras, una capa que caía desde su costado derecho hasta sus rodillas y que cubría también su espalda, grandes aretes de plata en forma de cráneos de cuervos, botas negras de cuero que llegaban a mitad de su muslo y unos guantes de tela opacos que alcanzaban sus codos.

La mujer de mirada imponente y porte elegante miró a los cazadores de con estoicismo y saludó agachando un poco la cabeza, cosa que imitaron ambos al verse intimidados por la señora de labial verde en el labio superior y negro en el inferior.

—Gracias por cuidar a mi hija, Annia Lawrence. A usted no tengo el gusto de conocerlo, señor —mencionó la mujer, cosa que impresionó a la cazadora de cabello rosa, para luego voltear hacia Mergo.

«N-no puedo creerlo», pensó la pelirosa al ver a la mujer, impresionada. «¡Danya es muy chaparrita!», continuó diciendo dentro de su mente.

—Soy Mergo, *madam* —atinó a decir el hombre, cosa que hizo levantar una ceja a la mujer por unos momentos, como un tintineo.

—Muy bien, señor Mergo. Soy Danya Basilisco, cazadora con 29 años de experiencia en el campo. Y ella es mi hija, Danielle, misma que tiene apenas tres años siendo cazadora y que, estúpidamente, se involucró con los imbéciles de H&P —repudió la madre a su hija. Dicha no podía ni mirarla mientras decía aquello.

—Señora Danya, es un honor conocerla en persona. Permítame extender mi felicitación por los reconocimientos que se le dieron hace un par de años, además de hacerle saber que soy una admiradora de su gran carrera y logros —explicó la chica, cosa que no hizo cambiar la expresión de la mujer por un segundo.

—Gracias, Annia. Opino lo mismo de su difunto maestro. Mis condolencias, aunque ya haya pasado tiempo, me parece que el luto se lleva hasta que olvidemos a la persona. Sé lo mucho que Kaito y usted pasaron, y lo unidos que debieron ser —agregó la mujer, cuyas ofrendas de pésame hicieron bajar la mirada de Annia, a la par que sonreía con nostalgia.

Esa información provocó que Mergo observara impresionado a la cazadora, pues no tenía idea de que fuera cercana a Kaito Zhou.

—Nuevamente, quiero agradecerles el haber salvado a mi tonta hija. Espero esto sea una lección para que no vuelva a escapar de la capital y menos involucrarse con empresarios que no nos dan un ápice de seguridad en las misiones. Ahora, si me disculpan, voy a hablar con mi hija. No se preocupen, permitiré que conversen una vez que acabemos. Pueden esperar afuera o venir más tarde. —Aquello hizo que ambos voltearan hacia Dan, la cual tenía la mirada puesta en la ventana del hospital, pues trataba de ocultar su vergüenza de todos.

Pronto, ambos cazadores abandonaron la sala y, antes de poder salir, Danya comenzó a regañar a su hija de una manera nada amigable.

—¿Ahora te das cuenta de lo inmadura que eres? ¡Tienes apenas 21 años, Danielle! ¿Qué pensabas que iba a pasar si te largabas así? ¡Tu padre está preocupado y no ha dejado de fastidiarme por un segundo con que esto es parte mi culpa! —Esto fue todo lo que consiguieron escuchar, pues la puerta se cerró detrás de ambos y la conversación era ya complicada de entender.

—¿Vamos por una malteada o qué? —preguntó Annia desinteresada y llevándose ambas manos tras la nuca, mas Mergo se sentó al lado de la entrada a la habitación de Dan, en unas bancas que son justo para eso.

—Ve tú, yo esperaré aquí. Cualquier cosa te marco al teléfono que compramos el otro día —aseguró el hombre al mostrar su móvil, cosa que la chica aceptó, para luego irse del sitio.

Pasó aproximadamente una hora y media, Annia ya había regresado con dos malteadas, una de vainilla y otra de fresa, aceptando la segunda Mergo y dando las gracias. Ambos cazadores hablaron sobre Dandy, algunos problemas durante la caza y cosas comunes que comparten personas de su profesión, hasta que la curiosidad le ganó a Mergo.

—Oye, ¿qué clase de reconocimiento ganó la señora Danya? —preguntó el hombre un tanto apenado, para pronto responder la chica, emocionada.

—Pues ha ganado muchos, pero los más importantes han sido «Mejor cazador del año» en 2013. «Cazador pacifista» en 2014 y este año, a inicios, ganó el «Cazador ejemplar» —respondió la mujer, cosa que dejó casi igual a Mergo.

—¿Y esos se otorgan por?

—Por puras estupideces —respondió Danya al salir de la habitación—. Disculpen la demora, ya pueden acceder —mencionó la mujer de negro, para luego voltear hacia Mergo—. El mejor cazador del año es quien junte más orbes nox. El cazador pacifista es quien tenga menos conflictos registrados entre compañeros, yo obtuve cero en ese año. Y el cazador ejemplar es quien usa sus orbes para cosas como caridad y beneficencias. No sólo en sí mismo o en sus seres queridos. Son formas de hacer que los demás sientan envidia por uno, y por eso me encanta obtenerlos —aseguró la mujer, cosa que impresionó a Annia.

—B-bueno. Yo siempre creí que era para que todos nos esforzáramos más en nuestra labor. —La declaración de la joven hizo reír a Danya, algo que ya empezaban a creer era imposible.

—Eres muy joven como para entenderlo. Nosotros los cazadores no podemos aspirar a más de ser esto: simples perros del gobierno. Los premios son la forma de poder escalar un pequeño peldaño más en los ojos de la gente común, pues en lo que concierne a nuestros colegas, sólo generan más conflictos de lo que parece. A los jóvenes como tú les parezco un ídolo, a los veteranos una maldita engreída de mierda. Y lo soy, porque me lo he ganado con los años que he cazado sin descanso. —Esto dejó a Annia un tanto decepcionada, mientras que Mergo continuaba serio—. Debiste aprender mejor de Kaito. ¡Nos vemos! —dicho esto, la mujer abandonó el lugar, cosa que dejó un mal sabor de boca en ambos cazadores.

—¡Vaya personaje! ¿De verdad la admiras?

—Ahora más que antes —aseguró la chica con una sonrisa siniestra, para luego entrar en la habitación junto con Mergo, los cuales notaron que Dan estaba sumamente molesta y no parecía ya querer recibir visitas.

—¿Les divirtió el circo? —preguntó la chica sin poder voltear hacia ellos, cosa que hizo a ambos verse el uno al otro.

—Eso no importa… —comentó Mergo desinteresado, a lo que Dan respondió molesta.

—¡Claro que importa! ¡Sólo se la pasa humillándome siempre que puede! ¡Por eso me fui! Nunca me escucha —interrumpió a gritos la joven, cosa que asustó a Annia, mas no al hombre.

—Tal vez te hace falta escucharla tú a ella.

—¿Cómo dices? —cuestionó molesta Dan a Mergo.

—Oye, creo que no es buena id…

—Sé que los padres pueden ser insensibles, pero se nota que le preocupas. Escuché un poco de lo que hablaron, no era mi intención, pero estuvieron gritando. Sabemos que la vida en nuestro mundo es difícil y que las cosas van de mal en peor. Lo malo es que, aunque lo sepas, no le das la suficiente importancia que deberías. Tu madre ha luchado toda su vida por tener el estatus social del que tu familia y tu gozan, y lo único que quiere es que lo uses y te vuelvas mejor para que, el día de mañana que no esté, seas autosuficiente. ¿Es mucho pedir? —Las palabras duras de Mergo dejaron boquiabierta a Annia, mientras que a Dan la hicieron llorar.

—Pero yo no quiero ser como ella… ¡No quiero ser un ejemplo! Sólo quiero ser yo sin queme juzguen. ¡Odio ser un estúpido cazador! —confesó la chica bastante triste.

—Entonces dinos quién quiere eliminar a todos los noxakos de una vez por todas —pidió Mergo serio, lo que hizo cambiar la expresión de Dan—. Si ellos desaparecen, podrías tener una vida normal. No tendrías que ser una cazadora, como tu madre, ni como nosotros. —Aquellas palabras llenaron la mente de la joven, para luego responder.

—Hace mucho, hubo una fiesta aquí en la capital, en la mansión de uno de los magnates. Ahí, en nuestra mesa, estaban algunos miembros de la antigua unión de científicos de Nwarvus, entre ellos, Anette Rosè —contó la chica, cosa que impresionó a ambos cazadores.

—¿No fue él quien prácticamente creó la máquina que absorbe la energía de los orbes nox? ¿Qué edad tiene?

—Es correcto —respondió Mergo a Annia—, debe tener unos 77 años en estos momentos —aseguró el hombre al hacer un pequeño calculo en su mente.

—El señor, luego de escuchar que todos hablaban del aumento de noxakos y los beneficios para ellos de esto, él enfureció. Dijo que tenían que concentrarse en eliminarlos, no cultivarlos como si no fueran peligrosos. Todos le pidieron calmarse, pero entonces él reveló con gritos a todos los invitados que estaba investigando una manera de deshacerse de los noxakos para siempre, y que si alguien estaba interesado en ayudarle, que le dijera de una vez. Explicó que las criaturas estaban destruyendo todo lo bueno del mundo, y que, si no lo veíamos, era porque estábamos ya muy cegados por la codicia. Al final, dijeron que estaba muy ebrio, aunque él negó dicho estado, y los guardias lo sacaron de la fiesta. Desde entonces no sé nada de él. Nunca le volví a ver, pero dicen que sigue por ahí, investigando en secreto. —La historia dejó tanto a Annia como a Mergo impresionados, mismos que agradecieron la ayuda de la chica y luego partir del lugar en favor de dejar descansar a Dan.

Al regresa al hotel, los cazadores decidieron discutir la información mañana temprano y buscar fuentes que pudieran darles pistas del paradero de Anette Rosè, pero, justo cuando estaban ya en cama ambos, recibieron un mensaje a sus móviles nuevos, uno que rezaba lo siguiente en el de Annia: «Buscan destrozar a los noxakos, ¿cierto? Es menester que vengan a verme». Además de eso, le enviaron una especie de imagen de un rectángulo extraño con formas raras dentro.

La chica salió de su habitación, al mismo tiempo que Mergo de la suya, y ambos comentaron lo mismo, la diferencia es que el mensaje del hombre decía lo siguiente: «No vengan con nadie más, y con esto podrán encontrarme a la media noche en Mayenwa». Al igual que el otro, esta misiva traía una imagen de un rectángulo que era diferente, mas Mergo notó que, si los unían, formaban un mapa de una zona de Mayenwa, mismo que marcaba un lugar en específico.

## Octava Ofrenda: Olvidado

Temprano en la mañana, Annia y Mergo fueron a la habitación de Dan, donde la chica seguía rehabilitándose, con la mirada puesta en la ventana y una expresión que se veía nada alegre.

Al llegar, la mujer fue quien tomó la palabra, pues fue ella la que decidió ir a hablar con la joven antes de partir hasta Mayenwa para encontrarse con Anette Rosè.

—Me temo que debemos irnos. Tenemos información que nos sirve sobre lo que buscamos. Espero te recuperes pronto, y si nos necesitas, puedes buscarnos. Aunque no tengamos forma de contactarnos como tal, me parece que hallarás la forma —dijo la mujer con una leve sonrisa en el rostro, cosa que respondió la chica en la cama.

—Mucha suerte en su viaje, y gracias de nuevo por salvarme. Les debo la vida.

—No hay nada qué agradecer —comentó Mergo—. Somos del mismo equipo al final del día. Aunque los cazadores se maten unos a otros, los noxakos son nuestro prioritario enemigo común.

—Sí, es verdad —concluyó la chica—. Me encantaría poder acompañarlos, pero sólo sería un estorbo en este estado —aseguró la muchacha al ver su pierna cercenada, para luego poner Annia una mano sobre el miembro apuntado.

—Eres una cazadora fuerte. Sé que sabrás superar esto —dicho aquello, Dan tomó la mano de su colega y le mostró una leve sonrisa, para luego ambos despedirse de ella.

No obstante, en la entrada del sitio, se encontraron con Danya, misma que los detuvo de momento al saludarlos de manera cordial, sin perder la postura recta y aún con las manos tras la espalda.

—Supongo que sólo fue una visita corta por hoy —teorizó la mujer de negro.

—En realidad ya nos vamos del país. Tenemos unos asuntos que atender con H&P por lo sucedido —mintió Annia, cosa que hizo reír a la mayor.

—Si yo fuera tú, no regresaba allá. Esas empresas buscan reducir el número de cazadores.

—Te lo dije —bufó Mergo a su compañera, misma que se sonrojó, apartó la mirada y torció la boca.

—¡Vaya estupidez! ¿Usted no hará nada? Por su culpa Dan está lisiada.

—No será necesario. Danielle desobedeció mis órdenes y obtuvo esto como recompensa. Le toca entrenar hasta que pueda pelear aún con sin miembro faltante. Serán tiempos difíciles para nuestra familia. Sólo espero no se meta de nuevo en problemas, y que nadie la incite a ello. —Al decir esto, la mujer vio con una expresión molesta a los cazadores, ofendida Annia de momento, la cual pensaba responder, hasta que Mergo le puso una mano en el hombro y se adelantó.

—Mucha suerte con su hija, señora Danya. Un gusto conocerla —comentó el hombre, para luego hacerle una señal a su amiga en favor de irse de ahí.

—Con permiso. Un gusto —dicho esto, ambos se retiraron del lugar, y ya afuera del hospital, Annia no resistió a quejarse—. ¿Qué se cree esa bruja? ¡Menuda ridícula!

—Es una madre preocupada. Hace lo mejor que puede para proteger a su hija. Además, tú también estabas en esa misión. Tiene todo el derecho de pensar mal de nosotros —explicó Mergo al caminar al lado de la mujer molesta, que se hallaba cruzada de brazos y respingando.

—Lo que sea. Tomemos el siguiente vuelo directo a Mayenwa, a la ciudad que muestra el mapa.

—Estoy seguro que es justo donde estabas con Dan. La ciudad de May’en, y el punto que marca es de las zonas medias del sitio. ¿Por qué crees que nos cite en ese lugar y no en la zona alta?

—Supongo que algo hizo que lo andan buscando. Lo que me impresiona es que supo de nosotros. ¿Crees que Dan o su madre le dijo algo? —Esta pregunta hizo pensar un poco a Mergo, el cual finalmente respondió inseguro.

—No lo creo. Me parece que tiene buenos contactos, al menos unos que de verdad saben lo que hacen, porque hasta nuestros nuevos números supieron —explicó el hombre, para luego ambos ir a imprimir las imágenes que les enviaron, por separado para no levantar sospechas.

Luego de eso, fueron al aeropuerto más cercano y volaron hasta May’en, la ciudad capital del país vecino, Mayenwa.

Una vez ahí, la chica llevó a Mergo a su hogar, donde tenía su colección de Dandy. El hombre quedó fascinado con todos los coleccionables que la chica poseía. Desde peluches, posters, discos, figuras de acción y varios álbumes de estampillas que estaban completos con las estampas pegadas y otros sin ellas.

Todo eso tenía bien entretenido a los adultos, mismos que consiguieron ducharse y arreglarse para la noche, pues debían preparase bien para ir a buscar al señor Anette Rosè en favor de hablar sobre la eliminación total de los noxakos, lo único que de verdad les interesaba a ambos.

No obstante, a altas horas nocturnas, mientras Mergo fue a baño, Annia sacó de su mochila algo que el hombre no se esperaba del todo que ella hubiera tomado, y eso fue el prisma nox que había generado el noxako que destruyeron entre ambos.

La mujer examinaba el objeto, como queriendo entender su origen, justo cuando su compañero se reunió con ella, notando lo que tenía en mano.

—Sabía que lo tomarías —confesó el hombre, algo que ni siquiera hizo voltear a Annia, la cual estaba acostada en un sillón individual, con sus piernas apoyadas en un brazo y su cabeza en el contrario, sostenido el objeto con su mano derecha por encima de su rostro.

—No entiendo cómo demonios esas cosas pueden generar algo como esto. Siento que es digno de ser investigado, sobre todo por Anette Rosè. Tal vez le pueda encontrar un uso en contra de esas cagadas que tanto odias. —Ese comentario creó un silencio incomodo, luego la chica colocó el objeto sobre su estómago, vio al techo unos momentos y continuó. —¿Por qué las detestas con tanta intensidad? —preguntó para luego voltear hacia Mergo, mismo que no se veía nada contento de momento.

—Ya falta media hora para nuestra cita. Párate y vamos, que hay que descender de zona todavía y no hay que llamar la atención —aseguró el hombre, cosa que le molestó un poco a Annia por haber evadido la pregunta, pero al final sólo giró los ojos y lo siguió sin más.

Luego de salir de la zona alta, ambos llegaron al barrio marcado, justo cinco minutos antes de la hora indicada, donde encontraron que el lugar de la reunión era una casa común y corriente en un barrio sin mucho chiste, misma que poseía una puerta de madera un tanto vieja y tambaleante, la cual Annia procedió a abrir a pesar de las advertencias de Mergo.

El recibidor del hogar no era nada más que una habitación oscura, con muebles viejos y olvidados, paredes despintadas, mucha basura y un piso maltratado. Lo que sí, es que al fondo y al frente se encontraba una puerta de acero bastante lustre. Aquella poseía una especie de lente rojizo en la parte de en medio muy vistoso.

Luego de examinar de cerca la dichosa puerta y Mergo revisar que nadie los estaba siguiendo, ambos se reunieron enfrente del extraño objeto para poder discutir sobre lo visto.

—Bueno, es obvio que es aquí. ¿Y ahora? —cuestionó la chica pelirosa.

—Supongo que nos van a abrir pronto. Se paciente, Annia. Falta un minuto para media noche.

—¿Ya qué le hago? —refunfuñó la chica, cruzada de brazos y mirando alrededor—. Me pregunto si en realidad este lugar fue habitado antes. —Al decir esto, la mujer caminó hasta una de las paredes, en donde había un cuadro viejo y maltratado, mismo que mostraba a una familia cuyos rostros habían sido rallados con una especie de navaja hasta ser borrados por completo.

—Ni idea —concluyó Mergo, para luego escucharse un extraño sonido provenir de la puerta, a la par que el lente despedía una luz roja que proyectó sobre el cuerpo del cazador, ya que lo tenía justo enfrente, algo que llamó la atención de ambos.

—Supongo que ya es la hora.

—No me digas…

—¿Qué crees que signifique eso? ¿Esperamos a alguien o hay que hacer algo? —preguntaba curiosa la chica al ya estar al lado del hombre. Aquel pensó un poco al ver el aparato, mas nada se le venía a la mente, hasta que Annia dijo algo en tono de broma—. Menudo aparatejo, parece escáner de supermercado de cuarta.

—¡Claro! —concluyó Mergo y tomó su mitad del mapa—. ¡Dame tu mitad, Annia! —ordenó el hombre y la chica lo miró raro, mas le hizo caso.

—Un «por favor» sería lindo de tu parte —agregó la mujer, para pronto Mergo unir ambas piezas y notar algo más.

—El mapa se parece mucho a los códigos FR —aclarado aquello, el hombre unió ambos mapas y los puso enfrente de la luz del lente. La acción provocó un pitido y abrió la puerta de aceró desplegándose hacía arriba, cosa que impresionó a la cazadora.

—¡Wow! Eso sí no me lo esperaba. Buena esa, detective Mergo —comentó de forma burlesca la chica con las manos tras la nuca, para luego caminar desinteresada hacia la habitación ahora accesible, mientras Mergo la veía con un rostro de decepción inigualable. Después de denegar con la cabeza y girar los ojos, fue detrás de ella.

Al entrar ambos, la puerta se cerró detrás de ellos cayendo de manera aparatosa, cosa que los dejó en completa oscuridad, hasta que las luces del lugar se encendieron, lo que reveló una casa común y corriente y a ambos cazadores en posición de combate, con Mergo teniendo su arma desenvainada en manos y Annia apuntando con sus pistolas. Espalda con espalda ambos compañeros.

—Supongo que fue falsa alarma —comentó Annia.

—¡Bienvenidos! —dijo una voz desde lo alto de una escalera al fondo de la casa, lo que espantó a los cazadores.

—*¡Conchatumare!* —gritó Annia y apuntó hacia la voz con sus armas, para luego ver a un hombre de mediana edad muy bien vestido ahí presente—. ¡La puta madre! ¡No hagas eso! ¿Quién eres? —Preguntó la mujer, para ser respondida de inmediato.

—Soy Geron, amigo cercano y empleado del señor Anette Rosè. Ustedes están aquí para hablar con él sobre el exterminio total de los noxakos, ¿no es así? —Al escuchar eso, tanto Annia como Mergo bajaron la guardia. —Síganme, por favor —pidió el hombre y ambos fueron detrás suyo.

—¿Cómo nos encontraron? —cuestionó Mergo aún incrédulo de todo.

—El señor Rosè tiene muchos amigos por todo el continente. Hemos estado monitoreando desde hace un tiempo a los cazadores para encontrar a alguno que desee lo mismo que el señor Rosè. Por suerte, ustedes aparecieron justo a tiempo, cuando creímos que ya no había esperanza —explicó el hombre, cosa que hizo a los compañeros verse el uno al otro extrañados.

—Sigo sin saber cómo lo lograron… —confesó Annia.

—Una enfermera los escuchó en el hospital. De ahí, unos compañeros hablaron con los que les vendieron los teléfonos y les pasaron sus datos. También sabemos dónde se hospedaban y qué hicieron cada día. La gente que apoya al señor Rosè está en todos lados, y juraron ayudarlo hasta los últimos días de su vida por lo generoso que fue con ellos, así como conmigo —confesó Geron, cosa que hizo entender a ambos cazadores todo el asunto.

Más temprano que tarde, los invitados llegaron hasta una habitación a media luz, misma que tenía una cama al lado de una ventana por donde entraba tenuemente la luz de la luna. Ahí, conectado a varias máquinas que monitoreaban su salud, se encontraba Anette Rosè, débil, viejo y bastante acabado. Se notaba que no le quedaba mucho tiempo.

—¿Qué pasó? —mencionó la mujer preocupada, respondida por Geron.

—Una tragedia, en verdad. Hay gente muy poderosa que no quiere que los noxakos desaparezcan y trataron de asesinarlo. Desgraciadamente, el señor Rosè es una persona mayor y no resistirá mucho tiempo. Me temo que no pasará más de un par de días más. —Esto dejó a ambos cazadores boquiabiertos, a la par que el hombre en la cama abría los ojos y los veía desde el otro lado del cuarto.

—Geron, amigo mío. Acércalos, por favor —pidió Anette con una voz cansada y vieja, cosa que hicieron tanto Annia como Mergo—. Mucho gusto, cazadores. Soy Anette Rosè, un pobre hombre que ha trabajado en favor de la humanidad desde que tiene memoria. Lamento tanto que me tengan que encontrar en este estado tan deplorable, pero las cosas son así para nosotros ahora. Están aquí porque, al igual que yo, desean el exterminio total de los noxakos, ¿cierto? —Ambos asintieron ante esto, cosa que hizo sonreír al hombre. —Me alegra ver que tenemos esperanza en el mundo. Me llena de dicha el corazón… ¡Coff, coff! Demonios, no creo que pase el día ya siquiera. —Se condenó el hombre, cosa que hizo bajar la mirada a Geron, quien se veía muy triste.

—Señor Rosè, disculpe, pero ¿usted sabe algo que nos pueda ayudar a eliminar a los noxakos de una vez por todas? ¿Conoce algún método? —preguntó Mergo, cosa que respondió el hombre de inmediato.

—Tengo esperanzas de que sí. Tal vez no lo hayan notado, pero el mundo cada vez cae más en penumbras.

—Sí lo sabemos. De hecho, fue Mergo el que lo descubrió gracias a cámaras instantáneas y me lo dijo. Por eso también estamos aquí —explicó Annia, cosa que le causó una grata sonrisa a Anette—. Creemos que es porque los noxakos están acaparando la atmosfera.

—No, no es eso —explicó el hombre, cosa que impresionó a ambos—. Son los orbes nox los que hacen esto. —Esa confesión dejó anonadados a los presentes, para luego continuar el viejo. —La energía que emana el orbe, al ser usada en diferentes medios, despide una sustancia microscópica que llena el aire y sube hasta la atmosfera, lo que crea lentamente una capa que impide pasar a la luz del sol como debería. Nosotros mismos estamos cubriéndonos de este manto de oscuridad. Gracias a ello, varias plantas han empezado a morir, al igual que las corrientes marinas se desbalancean, entre otras cosas. Los noxakos están sin dudas destruyendo nuestro mundo con nuestra ayuda, y no hay nada humanamente posible que podamos hacer para remediarlo. —La información creó un horrible hueco en el pecho de los invitados, para luego Mergo hablar.

—¿Entonces? ¿Cuál es el plan? —preguntó el hombre, cosa que hizo a Anette voltear hacia la ventana, observando la luz de la luna.

—¿Han oído hablar de Dandy, el dragón gomoso? —Aquella pregunta desconcertó a los compañeros, para luego verse temerosos y asentir con miedo. —¿Qué pensarían si les digo que Dandy en verdad existe? —Aquella noticia dejó a ambos paralizados. No sabían si emocionarse o asustarse por lo confesado.

— ¿Q-qué cosa? ¡Debe estar bromeando! ¿Dandy, el dragón gomoso es real? ¿La mascota infantil?

—La misma, jovencita —rectificó el anciano, cuyos ojos regresaron a los cazadores, junto a una leve sonrisa—. Hace muchos años, desde mucho antes que esto comenzara, Dandy era un poderoso dragón que vivía aquí en Nwarvus. Poseía un enorme palacio en Zhakenwa en la cima del monte Gomoth. Desde ahí, el único dragón de nuestro mundo era adorado y visto por los habitantes del mundo como un gran ser divino, mismo que se paseaba por los cinco continentes para traer dicha y paz a todos. Era el símbolo de prosperidad de nuestro planeta, y por ello, desde pequeños se nos enseñaba sobre él por medio de juguetes y canciones en su nombre. Tal vez hayan escuchado alguna vez. —Esto hizo a ambos cazadores cantar, lo que puso muy feliz a Anette. —¡Justamente esa! ¡Vaya! Esto debe ser un hecho predestinado. El destino en realidad exis… ¡Coff! ¡Coff! —tosió con más intensidad, escupiendo sangre, por lo que Geron trató de auxiliarlo, pero el viejo le hizo una señal de que lo dejara.

—¿Si-sigue vivo? ¿Dandy sigue ahí? —preguntó Mergo un tanto inquieto.

—Si está vivo, ¿por qué no sabemos nada de él? ¿Por qué no nos ayuda en contra de los noxakos? ¡Es un dragón! ¡Un hijo de la luz! —exclamó Annia un tanto incrédula y molesta.

—Justo eso. Estoy seguro que, si encuentran a Dandy, él podrá no sólo volver a iluminar el mundo con su poder, sino también sabrá eliminar para siempre a esas criaturas horrendas —explicó el hombre para luego tomar algo de su escritorio y entregárselo a Mergo—. Vayan al monte Gomoth, al palacio de Dandy y encuéntrenlo. La gente del poblado de Zhakenwa los guiarán con gusto hasta allá. La gente aún no lo ha olvidado, yo sé que no. Desapareció desde que los noxakos llegaron, pero sé que no está muerto. Sé que está ahí, yo lo sé. Yo mismo fui y lo sentí, mi corazón me dictó que estaba ahí, pero no pude verlo. Yo sé que ustedes lo podrán ver. Es nuestra última esperanza. Es la última que tiene el mundo de salir de este… horrible… agujero… Perdón si no pude hacer más… confió en ustedes… caz… —Luego de eso, el señor Anette Rosè falleció, lo que dio paso a un pitido largo y frío de las maquinas, además del llanto de Geron.

## Novena Ofrenda: Mazmorra celestial

Desde la ventana, Annia observaba el paisaje de Zhakenwa mientras era llevada en la camioneta que Mergo conducía, misma que compraron en una pequeña ciudad cercana a la frontera del país desértico.

Los grandes campos áridos, las pocas plantas y el intenso sol dejaron pensando a la mujer en todo lo que había pasado, lo que le habían explicado hace un par de días atrás después de la muerte de Rosè.

Ella no lo podía creer, e incluso el mismo Mergo se mostró un tanto negativo, ante todo, pero luego de que Geron les mostrara la información recopilada, además de testimonios de varias personas encargadas de medios de difusión que estaban obligadas a mostrar a Dandy como ya algo ficticio, ambos se comenzaron a convencer más de la verdad.

Tal como lo explicó Geron, las grandes compañías y lideres del mundo se dieron cuenta que, con la ayuda de los orbes nox, la gente privilegiada podría volverse más rica y poderosa que nunca, algo que anhelaban con toda su fuerza. Por ello, ocultaron la existencia del dragón, quien sabían era el único que tal vez podría deshacerse de estos seres para siempre. Incluso, se cree que trataron de silenciar a Dandelan, el pueblo que está a las faldas del monte Gomoth, hogar de Dandy.

Sin la bestia mitológica, las personas poderosas alcanzarían el pináculo del poder, controlando a los cazadores y haciendo del mundo el horrible lugar que ahora era. Podía entrar en guerra cuando quisieran y destrozar el ambiente si lo requerían sin que nadie se opusiera. Los medios controlaban todo, la ignorancia estaba en su apogeo. Una nueva era de oscurantismos estaba cegando a todos de manera literal y no literal sin poderse detener ya.

—Estamos llegando ya. Ese es el monte Gomoth —mencionó Mergo, para luego Annia voltear y ver que mucha vegetación estaba surgiendo de repente a los alrededores, así como a lo lejos se observaba una gran montaña que poseía en la cima y a su costado este un palacio de piedra blanca, mismo que era visible perfectamente desde donde estaban.

—Creí que sería más grande —comentó la chica sin mucho ánimo.

—Ni siquiera estamos en las faldas del lugar y podemos verlo a la perfección. Es titánico —agregó Mergo, cosa que no terminó por impresionar a Annia, quien continuaba pensando en todo lo ocurrido.

Luego de unas horas, cuando el crepúsculo se acercaba, ambos cazadores consiguieron llegar hasta Dandelan, un pueblo antiguo rodeado por muchísimas linternas nox. Ahí, se les recibió de manera común por algunas personas que poseían armas un tanto rusticas, como lanzas y espadas, quienes vieron que se trataban de cazadores y les dieron la bienvenida como mucha alegría.

Sin pensarlo, los habitantes de la ciudad los llevaron a una posada, donde los cazadores pagaron con dinero su estadía, cosa que se les hizo un tanto raro, pues tenían muchos años que no manejaban eso, sino intercambios digitales o por medio de orbes nox.

En la noche, los cazadores preguntaron a la gente de la posada si había un restaurante donde pudieran cenar, y el encargado les recomendó ir a una casa que estaba justo cerca de la plaza principal del pueblo, a donde ambos visitantes fueron luego de agradecer el dato.

Annia y Mergo caminaron tranquilos por las calles de tierra del sitio, observaron las pequeñas pero pintorescas casas a su alrededor, los faros con velas de aceite que alumbraban los alrededores y la luna brillante en el cielo junto a un hermoso pergamino negro repleto de estrellas que se avistaban de manera hermosa, algo que Annia tenía mucho sin ver.

—Había olvidado lo hermosas que son en un lugar que no esta invadido por la luz —explicó la chica con la mirada en el cielo, mientras Mergo hizo lo mismo y respondió.

—Sí, es una visión bella, llena de horribles recuerdos para mí —secundó el hombre, cosa que extrañó a la mujer, la cual iba a preguntar, pero entonces llegaron a la plaza, donde estaba reunida mucha gente del pueblo con velas en las manos.

Al arribar, todos les abrieron paso a los cazadores, hasta que un camino se formó hasta el centro, donde una persona mayor con ropas ceremoniales los esperaba con los brazos abiertos.

—¡Demos la bienvenida a estos poderosos cazadores al poblado de Dandelan! *¡Benvenuti, cacciatori!* —Al decir esto el señor, la gente levantó la mano que tenían libre con la palma abierta y la movió sobre su propio eje como un aplauso silencioso, cosa que puso nerviosos a Annia y Mergo.

—Vamos —dijo el hombre, para ser seguido por su compañera. Ambos caminaron un tanto apenados, observaron la felicidad de la gente y recibieron algunos regalos que estos les ofrecían, hasta llegar al centro.

—El día de hoy, Dandy nos trae nuevas esperanzas. Nuevas personas que nos pueden traer la luz de nuestro señor a nuestras vidas nuevamente. Le agradecemos al padre de la luz que haya pintado con su radiante presencia el camino a estos jóvenes. ¿Cuáles son sus nombres?

—Annia.

—Mergo.

—¡Annia y Mergo! ¡Gracias por venir hasta Dandelan! Díganos: ¿Qué es lo que han venido a buscar hasta acá? —Aquello dejó a todos en silencio, para luego Mergo, un tanto nervioso, respondiera con toda la seguridad que su corazón le dio.

—Venimos a buscar a Dandy, el dragón Gomoso. —Esto hizo que la gente del pueblo gritara emocionada, alegre de escuchar esas palabras, mas el hombre que parecía ser el portavoz, temeroso, pidió silencio, para luego mirar hacia el castillo con miedo en sus ojos.

Ya tranquilo, sonrió hacia todos y volvió a hablar.

—¡Finalmente! Sabía que ustedes sí venían a buscarlo. ¡La profecía se está cumpliendo! —mencionó el hombre, feliz y casi a punto de llorar.

—Bueno, disculpen, pero no entendemos nada. ¿Pueden explicarnos? —preguntó Annia ya muy incómoda, para luego el hombre iniciar.

—Disculpen todo esto, pero supongo que no debimos asumir nada. Soy Soriletes de Dandelan, el alcalde de este pueblo. Durante las últimas generaciones desde hace 100 años, la última sacerdotisa portavoz de Dandy predijo que un par de cazadores de pesadillas vendrían a nuestro pueblo buscando al señor de la luz y la justicia. Ella mencionó que nuestro amo se vería ausente hasta que ellos vinieran y subieran al monte Gomoth junto con uno de sus descendientes, que también poseería un don para hacerle frente a los seres avernales que estaban por aparecer en nuestro mundo. La gente del pueblo, en sus entonces, no entendía a qué se refería, ¿qué cazadores de pesadillas? ¿Cómo se puede ir detrás de algo así? Hasta que los noxakos aparecieron al igual que los cazadores. Entonces todo cobró sentido.

—¿Y en todo este tiempo nunca vinieron dos cazadores a buscar a Dandy?

—No, señor Mergo. Han venido uno, tres, o más. Nunca dos. Ésta es la primera vez que sucede, y me parece que es tiempo para que el señor Dandy regrese. Aunque… —Fue entonces que las palabras del hombre vinieron acompañadas con un poco de tristeza. Se notaba que algo le preocupaba enormemente. —La persona que ha obtenido poderes de cazador y es heredero de Marzia Luggero, es muy joven. ¡Acércate, Dante! —Pronto, un niño apenas de 11 años dio unos pasos al frente, vestido de una forma similar que Soriletes, pero de colores diferentes. —Éste es mi nieto, Arquímides Dante Luggero. Es el único de nuestra familia que ahora tiene un don de cazador. Los demás… murieron o abandonaron este lugar en búsqueda de una mejor vida, sin esperanzas de volver a ver a Dandy —confesó avergonzado el viejo, mientras que el infante parecía tener un semblante serio y decidido.

Annia y Mergo se vieron el uno al otro, un tanto confundidos, y luego hablaron de nuevo respecto a lo que estaban entendiendo.

—Muy bien. Entonces nos van a guiar hasta el palacio de Dandy, ¿no?

—La tarea divina de Dante es hacerlo el mismo, señora Annia. —Aquello impresionó a ambos cazadores, los cuales notaron la mirada estoica en los ojos de Dante.

—No creo que sea buena idea que un niño nos acompañe. ¿Alguien más…?

—Lo siento, señor Mergo. Señora Annia, pero deben respetar nuestras tradiciones, así como al señor Dandy. Sé que suena como una locura, yo mismo… ¡Me atrevo a decir que el pueblo entero teme que esta decisión de mandar a un niño al «Palacio celeste» es una mala idea! Pero fue la instrucción que Marzia nos dejó. Debemos todos cumplirla al pie de la letra, si no, Dandy no regresará nunca. —Esto hizo que Mergo y Annia dudarán, mas pronto Dante habló.

—¡Yo no tengo miedo! —exclamó el chico, seguro y dando un paso al frente—. ¡Voy a subir y encontraré a Dandy! ¡Por mi familia! ¡Vengaré a papá! ¡Voy a verlo y me va a escuchar! —gritaba el niño con lágrimas en los ojos, para luego salir una mujer llorando de entre las personas del pueblo, misma que sujetó al niño entre sus brazos, a la par que él la quería quitar de encima molesto—. ¡No! ¡Suéltame! ¡Quiero ir! ¡Tengo que ir! —ordenaba el niño, mismo que golpeaba a la mujer para liberarse.

—¡Padre! ¡Por favor! Es sólo un niño. ¡Debe de haber otra forma! ¡El señor Dandy lo entenderá! —pedía desesperada la mujer, cuyas palabras enternecieron al alcalde.

—¡No! ¡Yo voy a ir! ¡Tengo que hacerlo! ¡Por mi padre! —aseguraba el chico, para luego voltear hacia los cazadores—. ¡Ustedes dos! ¡Dejen de estar ahí perdiendo el tiempo! ¡Subamos a la montaña! ¡Acabemos con esto de una vez! —dicho esto, el chico soltó una onda eléctrica que lastimó a su propia madre y la hizo volar lejos de él. La mujer cayó al suelo, paralizada, con lágrimas en los ojos y tratando de regresar a su hijo.

Mergo, al ver esto, caminó hacia el niño y le dio una cachetada con mucha fuerza. El pueblo entero se sorprendió al ver esto, y cuando Dante trató de atacar a Mergo, el hombre lo golpeó con su arma enfundada hasta lanzarlo lejos de él, cosa que alteró a todos.

—¡Por favor, señor Mergo! ¡No peleen!

—¿Cómo te atreves a tratar así a tu madre que sólo se preocupa por ti? ¡Maldito mocoso inútil! —condenó Mergo, cosa que impresionó hasta a Annia.

—¡Tú no sabes nada!

—¡Ni me importa, mocoso mal criado y mal agradecido! —declaró el hombre, cosa que hizo llorar al infante.

—¡Sin mí jamás llegaran hasta el palacio!

—¡No te necesitamos! ¡Lárgate!

—¡Pues bien! ¡Eso haré! ¡VAN A MORIR, *STRONZO DI MERDA!* —Luego de ese insulto, el chico se puso de pie y corrió lejos, abierto el paso por la gente del pueblo.

—¡Sabemos que la humanidad está sumiendo al mundo en oscuridad! ¡Los noxakos son un problema que debe ser erradicado y vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para acabar con ellos! Annia y yo encontraremos a Dandy y, con su ayuda, una nueva era de paz y luz vendrá a nosotros. Por favor, confíen en nosotros —dicho esto, la gente del pueblo se hincó y levantó sus velas, agradecidos y temerosos, a la par que el alcalde levantaba a su hija del suelo, la cual comenzaba a recuperarse del daño que le hicieron.

—Mergo, ¿de verdad piensas que podemos llegar sin el mocoso? —preguntó insegura Annia en voz baja al ponerse al lado de su compañero.

—No lo sé, habrá que hacerlo. —Una vez dicho esto, la chica se separó de él, no sin antes decirle que la esperara.

Una vez que se fue, la gente del pueblo continuó con la ceremonia que planeaban hacer, mas sólo con Mergo.

—Esta noche les preparamos a ambos un banquete y celebración para que conozcan más del pueblo y Dandy… Lo ideal es que Dante, Annia y usted estuvieran aquí. Mas me temo que…

—Atenderé la ceremonia. Annia se nos unirá pronto, sé que sí. Por favor, que esto no los desanime. Su fe y esperanza es lo que me da confianza para subir hasta el monte Gomoth y encontrarme con Dandy. Gracias. —Luego de esto, todo continuó de la manera planeada, mientras que Annia buscaba a Dante, pues estaba siguiendo al chico justo como su maestro Kaito le había enseñado seguir rastros, hasta que se dio cuenta que, el joven había salido del pueblo hacia la montaña.

—Maldita sea —maldijo la mujer y corrió detrás del niño, mismo que estaba en un territorio peligroso.

El chico, llevando una linterna nox en mano, se había ya adentrado mucho a la montaña, lo que hizo despertar a varios noxakos que había alrededor, mismos que eran más activos durante la noche.

Los pocos que se acercaban al joven fueron atacados por su electricidad y eliminados con facilidad, cosa que le hizo avanzar bastante en el sitio, hasta que, de la nada, el número de criaturas aumentó considerablemente, por lo que hizo retroceder al chico.

De igual manera, por detrás de él se acumularon más, así que trató de rodear el área, mas le fue imposible, ya estaba totalmente rodeado. El chico, inteligente, bajó la linterna y se colocó cerca de ella, salvaguardándose de las criaturas para que le perdieran el rastro. Éstas parecían no verlo, pero pronto, arrastrándose y palpando la zona, se acercaban a él.

Dante lloraba, atemorizado, abrazando sus rodillas, observando cómo aquellas pesadillescas cosas se retorcían y lo buscaban desesperadamente, pues percibían tenuemente su agitada respiración, el calor de su cuerpo y el sonido de sus lamentos.

Pronto, una de ellas entró en la luz, cegada por completo, misma que comenzó a hacer algo que jamás Dante se esperó.

—*EsTáS AqUí, PEqUeñA. VEn, No tE vOy a HAcer dAñO. SóLO qUiERo sABer cóMO eRes. QUIero sAbER CómO eS QUe sERás. QUIeRo quE sEAs cOmo LAs dEMás. ¡Va A DOlEr SóLO uN PocO!* —Aquellas palabras dichas con una voz suave y torcida, salieron del hocico desmembrado del noxako que estaba dentro de la luz, cuya mandíbula colgante babeó y formó una asquerosa sonrisa a la par que las extremidades del ser se acercaban más y más a Dante—. *¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHH!* —chilló la aberración agudamente, como si fuera la voz de una niña en lugar del hombre adulto que se escuchó al inicio, y pronto alcanzó a sujetar a Dante, mismo que gritó de terror, lo que ocasionó cierta excitación en la criatura, misma que abrió sus múltiples ojos dispersos en su deforme rostro al igual que se le formó una enorme sonrisa, sacando varias lenguas de su hocico y cuerpo, a la par que de la oscuridad más noxakos se aproximaron a Dante, listos a atacar.

—Lluvia elemental: ¡Rebote quemarropa! —Se escuchó desde la distancia y cientos de balas comenzaron a ser disparadas hacia los monstruos, a la par que éstas chocaban con otras y hacían un revoloteó de las mismas por todos lados, las cuales atravesaron bruscamente a las amalgamas o se introdujeron en ellas para luego hacerlas estallar desde adentro.

Dos balas se metieron en el noxako que molestaba a Dante y de todos sus orificios salió tierra de éste, hasta matarlo y convertirse en un orbe nox, al igual que a los demás. Desgraciadamente, las balas también alcanzaron a Dante, pues dos de ellas le lastimaron el rostro y un brazo.

—¡Dante! ¡Corre hacia mí! ¡Soy yo, Annia! ¡Deprisa! —gritó la mujer al seguir disparando a otros noxakos que iban hacia el muchacho, mismo que corrió sin la linterna y pensaba regresarse por ella—. ¡Deja es mierda ahí! ¡Vámonos! —ordenó Annia, para pronto correr hacía él pequeño y tomarlo del brazo, huyendo de las faldas de la montaña, abriéndose el paso entre los noxakos.

En medio de la ceremonia del pueblo, mientras todos comían y trataban de disfrutar del evento, llegó Annia con Dante en brazos, ambos lastimados y cansados, por lo que de inmediato les atendieron, lo que terminó por detener la celebración.

## Primera Ceremonia: Iustitia

Reunidos en la habitación de Dante, se encontraban su madre, el alcalde, Mergo, Annia y el propio niño, mismo que estaba siendo curado por una mujer que poseía habilidades sanadoras, aunque sus heridas eran para nada graves.

De un momento a otro, el chico se desplazó de manera brusca para darle la espalda a la mujer que lo estaba curando, misma que anunció que estaba ya bien y que se iba a retirar.

—Lamento de verdad todo lo que han pasado —reiteró el alcalde al dirigirse hacia los cazadores—. Además de eso, quiero agradecerle señorita Annia por haber salvado al joven Dante. Le debemos mucho ya.

—No tiene porque agradecer. Nadie hubiera creído que se atrevería a ir en la noche al monte. Por suerte pude identificar sus huellas y ver hacia donde iba —aclaró Annia al observar al pequeño.

—Supongo que igual nos van a guiar hacia el palacio de Dandy mañana al amanecer —comentó Mergo, cosa que fue contestada por Dante.

—¡No hay forma de que lleguen con vida! ¡Está repleto de noxakos! ¡Un par de idiotas como ustedes serán presa fácil!

—¡Dante! —gritó la madre molesta, cosa que respondió Annia.

—Eso no será problema para nosotros durante el día. Los noxakos atacan de noche con más agilidad, cuando haya luz será más fácil derrotarlos. Ya deberías saber eso, niño —explicó la chica, cosa que molestó al joven.

— ¿De verdad no hay nadie más que nos pueda guiar?

—Me temo que no, señor Mergo. La profecía dice…

—¡Al carajo la profecía! ¡Vamos todos los cazadores del pueblo a matarlo! —Aquello dicho por el infante dejó tanto a Annia como a Mergo extrañados, para luego ambos voltear hacia el anciano, mismo que terminó por revelar algo.

—Creo que debo advertirles de algo que se encuentra en el castillo de Dandy —dijo temeroso el hombre mayor y con la mirada baja.

—¡Ese es el dragón! ¡Dejen de negarlo! —Gritaba el niño, con lágrimas en los ojos—. El mató a mi papá. Lo asesino enfrente de todos en pleno día. Fue el dragón que vive en el castillo. —Esto hizo que los cazadores se miraran mortificados, mas el alcalde respondió a aquello.

—Hay una criatura en el castillo. No sabemos qué es. Suponemos que es un noxako, pero tiene alas y forma de…

—¿De dragón? —preguntó Annia, a lo que asintió el mayor.

—Él no puede ser Dandy. Se dice que el dragón era un ser lleno de luz y bondadoso. Lo que sea que esté en el palacio en este momento es una criatura oscura y malévola —aseguró la madre de Dante, misma que prosiguió con los hechos—. Cuando hay mucho ruido en el pueblo, se escucha un rugido desde lo alto del monte Gomoth, acto seguido, la criatura baja como una sombra ignominiosa y asesina con un poder brutal al primero que se tope. Lo hemos visto más de una vez, han muerto muchos así, como también algunos que han intentado ir al palacio por su cuenta. —El relato de la mujer dejó a los cazadores aterrorizados, quienes estuvieron en silencio unos segundos.

—¿Crees que esa sea la razón por la que Dandy no aparece? ¿Un noxako lo mató? —preguntó Annia a Mergo, temerosa.

—No, los noxakos no son así. Siempre tienen la estatura de una persona promedio y están deformes. No poseen alas ni son de un color diferente al azul oscuro —explicó el alcalde, algo que llamó la atención de los cazadores.

—¿De qué color es? —preguntó la chica, respondida por Dante.

—Amarillo. Es de un color amarillo muy oscuro. —Esta información hizo que ambos invitados pensaran un poco antes de hablar, para luego proseguir el chico. —¿Me van a llevar sí o no hasta el palacio? A eso vinieron, ¿no? —cuestionó molesto el niño, a la par que tanto Annia como Mergo salían de la habitación, escuchando los gritos del infante.

Ya una vez afuera los adultos, comenzaron a discutir el asunto en cuestión.

—¿De verdad no hay otra manera?

—No. Para subir, ocupan que el heredero cazador lleve una linterna que no sea con orbe nox para que él vea el camino. Eso es justo la representación actuada que vio usted ayer, señor Mergo.

—Lo sé, alcalde. Pues supongo que no habrá de otra.

—¿Estás seguro de eso? Esa cosa suena a que es peligrosa. ¿De verdad podemos vencerla? —preguntó Annia.

—Creo que se trata de algún ente que está evitando que subamos a con Dandy. Una vez que lleguemos, siento que será cuestión de hallar al dragón para que todo acabe —teorizó Mergo, y después miró hacia el alcalde y su hija—. Nos vamos a llevar a Dante al lugar mañana temprano. Por favor, preparen todo —dicho aquello, el alcalde agradeció y los llevó a su habitación, para pronto regresar la madre a la recamara del chico, en favor de hablar con él.

Ya en la habitación de ambos, a solas, Mergo y Annia prepararon sus cosas para el día de mañana, mas antes de disponerse a dormir, la mujer le dijo a su compañero que daría una vuelta a los alrededores para distraerse después de todo ese conflicto. Mergo no tuvo problema y la dejó ir, para luego salir el mismo de la habitación y dirigirse hacia la de Dante.

Una vez en el lugar, el hombre tocó la puerta y escuchó al menor permitirle pasar, cosa que éste no se esperaba, menos del cazador con el rostro vendado.

—¿Qué quieres? ¿Vienes a convencerme de que no vaya? —interrogó molesto el niño, mientras que Mergo sólo se pasó directo a la ventana del cuarto sin ver al infante.

—¿Sí sabes que el mundo se está oscureciendo poco a poco? —preguntó Mergo con sus ojos puestos en el cielo nocturno.

—Lo escuché de mi abuelo. Parece ser que está sucediendo en todo el mundo, pero casi nadie lo nota —contestó más calmado el niño.

—Si no encontramos a Dandy, todos moriremos en unos cuantos años más. La raza humana se va a extinguir. Hay una cantidad de noxakos brutal ya allá afuera, esperando a atacar, y cuando sean demasiados, estoy seguro que hallaran la forma de pasar las linternas de orbes nox. Sé que quieres vengar a tu padre, pero si vienes con nosotros y no haces lo que te digamos, no sólo morirás, sino que vas a condenar a toda la humanidad entera. ¿Entendiste? —Las duras palabras de Mergo, quien al final miró al chico con el semblante apretado, hicieron sudar a Dante, quien lejos de responder, hizo otra pregunta.

—¿Por qué te vendas la cara así? —Esto provocó que la faz del cazador se relajara, luego regresó sus ojos al cielo nocturno hasta que vio la luna, misma que le trajo un horrible recuerdo.

—Cuando era más pequeño que tú, un noxako me atacó y desfiguró. Me dejó tuerto y… me hizo mucho daño. Fue el peor día de mi vida —explicó cabizbajo el hombre, cosa que hizo a Dante tragar saliva, para luego revelar un secreto.

—Sé que no me vas a creer, pero cuando estaba en el monte Gomoth, escuché a una de esas cosas hablar. —Esto hizo reacción inmediata en Mergo, pues su expresión cambio a una de terror y volteó hacia Dante rápido. —Lo que dijo fue… horrible. Me dio demasiado miedo, creí que no sólo iba a matarme, sino a hacerme algo mucho peor.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó un tanto desesperado Mergo.

—Y-yo no recuerdo bien que…

—¡Haz un intento! ¿Qué te dijo? —Alterado, Mergo tomó de los hombros al niño y lo sacudió de una manera un tanto brusca, lo que provocó que se asustara y comenzara a llorar.

Al darse cuenta de esto, Mergo lo soltó y dio unos pasos hacia la puerta, dándole la espalda al infante. Dante notó que el cazador estaba más asustado que él.

—¿Estás bien? —cuestionó el pequeño, mismo que vio temblar al hombre.

—Estaré bien —replicó Mergo con un tono de voz más tranquilo y sin voltear atrás—. Descansa, que mañana iremos al palacio celeste de Dandy —dicho eso, el cazador abandonó el sitio y regresó a su habitación.

Por su parte, Annia se encontraba en la calle, admirando las estrellas y pensando en lo que les habían revelado a ambos hace aproximadamente media hora. De pronto, la chica escuchó pasos, por lo que tomó una de sus pistolas, dispuesta a atacar, hasta que oyó quien era.

—Disculpe, señorita Annia. Lamento molestarla nuevamente —mencionó la madre de Dante, Alison, la cual se presentó ante la chica con su nombre.

—Mucho gusto. Perdona por lo que hizo antes Mergo. Es un sujeto raro, pero tiene todas las mejores intenciones del mundo.

—No es necesario que se disculpe. Entiendo que las cosas fueron muy lejos con mi hijo y creo que le hace falta mano dura —explicó la mujer, cosa que extrañó un tanto a Annia.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarla? —dijo la cazadora, pues sabía que la buscaba por algo.

—¿Podría desistir de llevar a Dante al palacio celeste?

—Alison…

—¡Yo sé que es la única forma! Pero no podrían esperar a que al menos tenga 15 años. Hemos soportado más de cien años esto. Cuatro más no harán la diferencia —interrumpió la madre, un tanto desesperada.

—Mire, sé que suena duro, pero yo enfrenté a los noxakos por primera vez a los 8. Entrené un año muy duro y de ahí, lo he seguido haciendo durante 23 años ya. Hay muchos que mueren en los primeros días, otros que llegan a viejos. En estos tiempos oscuros, en este infierno, nadie está a salvo. Mire lo que le pasó a su marido.

—Él no era mi esposo —explicó la mujer, cosa que extrañó un tanto a Annia.

—Bueno, su ex novio, amante o lo que…

—Era mi hermano —esto dejó sin palabras a la cazadora, observadas las lágrimas que dejaba caer Alison al continuar explicando—. Me violó cuando tenía 13 años, teniendo él 20, y de ahí nació Dante.

—Cuanto lo sie…

—No importa. Pero, ¿sabes algo? Lo único bueno que salió de ese maldito día y de sus abusos, fue mi hijo. No me importa de quién sea padre, Dante es un niño dulce, amable y respetuoso. Desgraciadamente, tenía un fuerte vínculo con ese malnacido, y cuando murió, se volvió una persona completamente diferente —contó la mujer sin ya siquiera poder ver a la cara a Annia, para luego limpiarse las lágrimas molesta—. Cuando veo el rostro de mi hijo, su bella sonrisa, olvidó el dolor que Marcus me hizo sentir. Es lo único bueno que tengo.

—Lo vamos a proteger con todo lo que tengamos —aseguró Annia, estoica—. Tal vez no lo parezca, pero somos cazadores fuertes. Más Mergo, es capaz de destrozar docenas de noxakos de un sólo ataque. Sea paciente, y verá que las cosas irán mejor una vez que encontremos a Dandy —dicho eso, la mujer asintió confiada y Annia le dio un abrazo, correspondido por Alison.

Minutos después, Annia regresó a su habitación, cerró la puerta al ver a Mergo acostado con sus manos tras su cabeza y se lanzó a su cama bocabajo luego de dar un suspiro de fastidio.

—¿Cómo te fue en tu paseo?

—De la chingada. Menudo pueblo de mierda. Creí que iba a ser una experiencia grata y sólo hay problemas. Ni siquiera la bienvenida que nos prepararon estuvo disfrutable. Puros pinches *pedos* tienen aquí todos —lo dicho por la chica hizo sonreír a Mergo, el cual cerró los ojos para tratar de dormir, cosa que imitó Annia.

A la mañana siguiente, justo luego de que saliera el sol, parte del pueblo, así como Alison y el alcalde, acompañaron a los cazadores y a Dante a la entrada del monte Gomoth, la cual era una especie de arco viejo con un raro símbolo en medio de éste, perteneciente al amo luminoso.

Ahí mismo, se le entregó una linterna de aceite a Dante, la cual tomó con su mano derecha. Al hacerlo, el infante abrió los ojos, sorprendido, pues parece ser que podía ver algo en la montaña.

—P-puedo verlo. El camino al palacio está siendo revelado —aseguró el chico, cosa que los demás no podían ver.

—Supongo que es tiempo entonces. Mucha suerte en su viaje y espero que Dandy los reciba y proteja hasta el final —comentó el alcalde, para luego continuar la madre de Dante.

—Por favor, hijo. Atiende lo que digan los señores Annia y Mergo. No te separes de ellos y tengan mucho cuidado.

—Sí, madre. Lo prometo. ¡Vámonos! —ordenó el niño un tanto apresurado, despedidos los tres por las personas, seguido Dante por Annia y Mergo, los cuales tenían sus armas en mano.

Al paso de un rato, y luego de asesinar a varios noxakos, finalmente los tres cazadores consiguieron llegar hasta las puertas del gran palacio celeste, hogar de Dandy, cuya entrada titánica medía al menos 30 metros de alto.

—Ok, retiro lo que dije cuando íbamos llegando —mencionó la mujer, observando que los escalones estaban divididos en secciones de diez de éstos, luego una superficie plana y nuevamente otra decena, lo que para un ser grande serían también escalones comunes desde su perspectiva.

—Andando, no hay tiempo que perder —mencionó Mergo, seguido por Dante y Annia, esta última observando fascinada todo su alrededor.

—Perdón —mencionó el pequeño al detenerse con la mirada baja y quedándose atrás, a lo que los adultos voltearon a verlo—. No quise ser grosero, en serio. Solo quería que me tomaran en cuenta para esto. Lamento tanto haberme comportado mal, señor Annia, señor Mergo —mencionó el chico a punto de llorar, a lo que Annia se acercó a él y acarició su cabello tiernamente.

—Perdiste a tu papá. Es normal que te sientas así —explicó la chica, para luego ponerse en cuclillas y revelar algo—. Mis padres fueron asesinados por noxakos cuando tenía cinco años, y tardé mucho en dejar de estar enojada. Pronto pasará, lo prometo —dicho esto, la mujer ofreció su mano al chico y este la tomó. Pronto ambos caminaron hacia el palacio, cosa que hizo sonreír a Mergo.

Una vez adentro, los tres observaron grandes columnas a los costados, titánicos cuadros en las paredes, candelabros y porta velas dorados, además de alfombras blancas y un techo abierto en la mayoría de los salones.

Al avanzar más adentro, hallaron una estatua gigantesca de un hermoso dragón puesto sobre sus patas traseras, erguido y rugiendo con sus alas bien abiertas, intimidante. Éste estaba rodeado por 5 braceras apagadas, distribuidas equitativamente alrededor del podio de piedra circular donde estaba parada la figura.

—Conque éste es Dandy —dijo Mergo al observar la estatua, cosa que extrañó a Annia.

—Se ve diferente a como lo imaginé. ¿Cómo sabes que es él?

—Aquí en la base hay una placa que tiene algo escrito en el idioma de los dragones. ¿Ves este símbolo? Es el mismo que representa a todos los hijos del amo luminoso, así como a él —señaló Mergo a la mujer, la cual vio dicha placa tratando de leer algo, pero le fue imposible.

—Entonces estamos cerca. Hay que seguir buscando —propuso la chica, para luego los tres continuar con la búsqueda al pasar de largo esa sala que parecía ser el recibidor, cuyos pasillos se encontraban alrededor de la estatua, posicionada ella en medio de la sala hexagonal.

Luego de un corto recorrido, los tres llegaron a un lugar que poseía una fuente, un gran salón circular con columnas a los costados y una gran vista hacia el exterior, por donde entraba una enorme cantidad de luz.

Al verla, los tres sonrieron, pues vieron el cielo despejado y celeste, al igual que la enorme cantidad de luz que entraba por el agujero. No obstante, todo cambió al escuchar un estruendo, mismo que provenía desde el techo, para ser más exactos, del otro lado del enorme hueco que tiene aquel, mismo que apenas y estaban por estar bajo de él.

Nuevamente el estruendo se escuchó, acompañado del avistamiento de lo que parecía ser una especie de pata que se asomó en la orilla del techo, misma que se sujetó de ahí y jaló el resto de su cuerpo, revelándose a sí mismo la enorme criatura oscura que se ocultaba en el lugar.

Fue entonces que la vieron, erguida allá en la altura, surgió un ser lánguido, de cuello largo, cara alargada y nariz chata, cuernos curvos hacía adelante y grandes alas de carne. La bestia cuadrúpeda y escamosa no tardó en levantar las escamas de su cuerpo de manera extraña, como si tuviera algo debajo de éstas, para luego rugir desde lo alto con su oscura piel escamada. Luego éste se adentró al salón, cayó sobre sus cuatro patas aparatosamente en el sitio y destruyó la fuente que había en medio al mostrar su larga y ágil cola, misma que movía de un lado al otro.

—¿Qu-que mierda es eso? ¡Eso no es un noxako! ¿o sí? —preguntaba Annia, mientras que Mergo trataba de pensar en algo, ya ambos apuntando agresivamente a la criatura que parecía rugirles.

—No tengo idea, pero estoy seguro que no es para nada amigable…

—No es Dandy, ¿verdad? ¡No se parece nada a la figura de la entrada! —Al decir esto, la aberración miró hacia la cazadora y escupió un poderoso aliento de luz, cosa que la mujer pudo evitar al saltar detrás de un pilar, mismo que absorbió muy bien el ataque. —¡Eso fue peligroso! ¿Qué hacemos? —Nuevamente, la bestia rugió y lanzó otro ataque igual de poderoso a la columna, no moviéndose Annia del sitio para defenderse.

—N-no tengo la más mínima idea… Supongo que tenemos que matarlo. Si nos ataca, no es bueno, ¿cierto? —dicho eso, la criatura volteó hacia Mergo mostrando sus afilados dientes, por lo que escupió su aliento hacia él ahora, imitando el hombre a su amiga y salvaguardándose en el pilar que estaba enfrente al de Annia.

—Esto es una locur… ¿Dónde está Dante? —La pregunta de la chica mortificó al cazador, quien buscó desesperado al niño con la mirada, mientras que el dragón oscuro caminaba ahora hacia Annia, rugiendo y listo para atacar.

La mujer, luego de asomarse, notó que, detrás de la criatura, se hallaba Dante, el cual lejos de estarse cubriendo, se acercaba al monstruo lentamente, con los pies descalzos y temeroso, pero con todo el valor que tenía encima.

—¡Sal de ahí, imbécil! ¡Te va a matar! —gritó Annia mortificada, a lo que la bestia, al escucharla, frunció el ceño y lanzó su cola hacia la columna donde la cazadora estaba, destruyendo gran parte de ésta, aunque la mujer consiguió escapar del lugar antes de ser atropellada por la extremidad que fácil rodeó la estructura ahora dañada.

—¡Annia! —llamó Mergo a su compañera, a la par que la bestia volteaba hacia él y lanzaba su aliento, protegido el hombre por la columna.

Mientras sucedía eso, el niño por fin, a paso lento y tembloroso, consiguió postrarse al lado de aquel ser, para luego, un tanto indeciso, conseguir tocarlo de la pierna y propinarle una descarga eléctrica de proporciones mayores.

Gracias a esto, el cuerpo del monstruo se vio envuelto en tanta electricidad que varios rayos de la misma emergieron de éste mientras el ser se retorcía del dolor al recibir el ataque, lo que aprovecharon Annia y Mergo para contratacar.

La mujer lanzó varias balas a un sólo punto, mientras que el hombre arrojó su espada como boomerang para tratar de rebanar la cabeza del objetivo. Ambos ataques no le hicieron casi nada de daño, pues las balas apenas y lastimaron la piel y el arma sólo hizo un corte diagonal en la criatura, misma que continuaba chillando de dolor, hasta que, usando una de sus patas delanteras, dio un arañazo y mandó a volar lejos al niño, mismo que chocó contra una columna y escupió sangre al impacto.

—¡Dante! —emitió Annia, lo que llamó la atención del enemigo.

—¡Es ciego! —gritó luego Mergo, ahora dirigida la aberración hacia él—. Esa cosa es ciega, por eso se pudo acercar Dante a él. Ni siquiera tiene ojos, así que basta de palabras y ataca —reveló el cazador a su compañera, misma que asintió, tomó un fragmento de columna de suelo y corrió a un costado de la criatura justo cuando iba a atacar a Mergo con su aliento.

Protegido detrás de un pilar, Mergo consiguió evitar ser atropellado por el poder del rival, para luego Annia lanzar varias balas de fuego a la herida hecha por la espada del hombre, lo cual pareció molestarle en sobremanera a este ser, quien volteó para atacar a la pistolera.

Al notar eso, la chica lanzó la piedra por detrás de ella y corrió a toda velocidad. Cuando el ser alado estaba a punto de lanzarse hacía la mujer, escuchó el aparatoso ruido de la piedra, así que lanzó su aliento hacia el objeto, confiado en que ahí estaba la cazadora, aprovechado esto por los adultos, pues lanzaron otro ataque al mismo punto, lo que hizo rebanarle más la herida al enemigo, mismo que gruñó del dolor.

«Es peligroso, pero no es nada que no podemos manejar Annia y yo. Un par de golpes más y estará muerto», pensó Mergo, al ya no moverse, al igual que su amiga. No obstante, el dragón maldito levantó su cabeza molesto, para después hacer lo mismo con sus escamas, revelando que debajo de estás, que eran inusualmente más grandes, tenía varios agujeros, los cuales poseía por todo el cuerpo.

De esa manera, el dragón consiguió escuchar la respiración y el corazón de ambos cazadores, por lo que se apresuró en atacar a Annia con su cola y a Mergo con su aliento. Aquello llamó la atención de ambos, pues no entendieron qué era lo que sucedía, sólo pudieron esquivar, pero donde cayeran, la criatura continuaba atacando sin piedad, lo que causó que la cola pudiera atinar a Mergo, el cual salió disparado hasta dar contra la pared aparatosamente, para luego caer sobre una pierna.

«¡Maldita sea! ¿Cómo nos está detectando?», pensó la chica al ver a aquella criatura, misma que rechinó los dientes y causó que el monstruo volteara hacia ella. «No puede ser. Esos orificios, ¿son más oídos?», concluyó Annia, para pronto esquivar los brutales ataques de la bestia, todo mientras continuaba ella lanzando balas al cuello, esta vez de viento.

Mergo, adolorido, consiguió ponerse de pie y caminar lento hacia su compañera, pero el dragón lo escuchó y trató de atacar.

—¡No tiene caso ser silencioso! ¡Tiene muchos oídos! ¡Escucha el mínimo ruido! —explicó a gritos la mujer, cosa que hizo saltar pronto a Mergo y lanzar su arma, evadida por la criatura al poder escucharla aproximarse, dada al vuelo por encima de los cazadores de manera majestuosa y pegando un rugido bestial.

Por debajo, tanto Annia como Mergo se reunieron, observada la escena por ambos.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Es muy resistente!

—Concéntrate en seguir disparando a esa herida. Es nuestra única salida. Si oye mucho, tal vez sea hora de llenarle los oídos de ruido. —La cazadora asintió ante la idea, por lo que ambos se separaron al escuchar que el dragón iba a lanzarles su aliento, evadido aquel sin problemas.

Annia usó su pistola rosada y lanzó varias balas a las columnas que había alrededor, mientras Mergo gritaba para llamar la atención de la bestia, la cual parecía estar más concentrada ahora de tratar de acabar con él usando únicamente su aliento, mismo que el hombre evadió con facilidad para luego lanzar su espada, la cual el enemigo evadió sin problemas.

Luego de mucho esfuerzo, la chica consiguió su objetivo, por lo que le gritó una señal a su camarada, cosa que llamó la atención del ser volador. Dicho se fue en picada hacía ella, listo para dar un zarpazo y Annia, no sorprendida por esto, lanzó varias balas hacia la cabeza de este ser, mismas que hicieron un mínimo daño.

A su vez, Mergo lanzó su espada para interceptar a la criatura en el acto, lo cual la hizo detenerse en favor de evitar el ataque, para así Annia conseguir quitarse del medio y salvaguardarse. Lo que no esperaba es que el dragón le escupiera de inmediato, por lo que estuvo a punto de ser atropellada por su aliento, el cual detonó cerca de ella, arrojada por él y cayendo al suelo, donde rodó un par de veces hasta recuperar la postura.

Luego de eso, ambos cazadores se quedaron inmóviles, hasta que el dragón, nuevamente, abrió sus oídos para encontrarlos, por lo que la cazadora disparó balas de aire a una columna que estaba cerca. Éstas se introdujeron a la misma y provocó una poderosa explosión ruidosa dentro de a estructura, gracias a que había fuego acumulado dentro que se vio fuertemente agredido por el aire suministrado, lo que le hizo reaccionar como una explosión.

Este ruido fue aprovechado por Mergo, pues lanzó su arma al instante y aquella dio en el blanco, ya que parecía que la bestia había sido ensordecida la explosión elemental hecha.

Sin pensarlo, Annia disparó a la herida introduciendo balas de fuego y agua. Dichas hicieron ebullición en el cuello de aquel ser y le provocaron un alarmante sangrado, cosa que no sólo hizo retorcerse a la bestia, sino que también la puso más agresiva, pues se lanzó en contra de la pelirosada.

Mergo gritó para tratar de llamar la atención de la criatura, mas no le hizo caso en ningún momento al tratar de golpear a la pistolera con sus patas y cola, hasta que consiguió arañarle el estómago, lo que hizo heridas alarmantes en la chica.

—¡Annia! —gritó el hombre, para luego arrojar su arma y alejar al dragón de su compañera, cosa que consiguió que retomara el vuelo.

—Maldita sea… —emitió la mujer al darse cuenta de sus heridas, las cuales no eran tan profundas, pero sí estaban sangrando mucho—. Más vale acabar con esto pronto —mencionó la mujer, misma que cayó sobre una rodilla, respirando hondo y mareada—. ¡Puta madre!

A la par de ello, Mergo esquivaba el aliento del dragón que tenía sus orejas cerradas, pues no podía volar y escuchar al mismo tiempo, así que, de la nada, Mergo se quedó quieto, lo que hizo a este ser tener que bajar para escuchar mejor, y en ese momento Annia disparó otra bala de viento a otra columna, lo que generó el mismo efecto.

Aprovechando aquello, Mergo atacó, pero la bestia se movió un poco por el dolor que sentía y apenas el arma consiguió rozarle la herida, cosa que le causó un mínimo de daño.

Desesperado, Mergo tomó el arma y trató de golpear al dragón oscuro el mismo. La criatura se dio cuenta de sus intenciones y lo quiso interceptar de momento, cosa que no pudo hacer gracias a que Annia detonó otra columna al acercarse, ensordeciéndolo y consiguiendo así Mergo encajarle su arma en la garganta.

La bestia, molesta y sumamente dañada, tomó en sus garras a Mergo y trató de devorarlo, a la par que el arma cayó al suelo. El hombre observó la garganta oscura que estaba a punto de tragarlo. Sin embargo, al abrir el hocico, Annia disparó múltiples balas de tierra y fuego a ésta, lo que le ocasionó un daño brutal a la bestia, para pronto soltar un poco a Mergo, éste escapar y tomar su arma que se hallaba en el suelo, aunque el dolor que tenía en su cuerpo por el primer golpe y el apretón que le dio su enemigo le impidió dar un golpe, cosa que aprovechó la aberración y dio un cabezazo a Mergo antes de que reaccionara, sembrándolo en el suelo.

—¡Mergo! —gritó Annia, cosa que hizo enfadar al dragón.

La bestia empezó a correr hacia ella, preparada para lanzar otro ataque desde su hocico, no obstante, la chica, lejos de huir, se quedó inmóvil, aunque el dragón estuviera amenazándola con disparar su rayo.

Eso extrañó a la bestia, por lo que abrió sus oídos y fue entonces que Annia lanzó balas a otra columna, aunque ésta detonó no tan aparatosamente, pues el fuego dentro estaba ya empezando a extinguirse, lo que no desvió la atención del dragón hacia la chica.

La cazadora, atemorizada, observó cómo el dragón se irguió frente a ella, listo para atacarla de frente, apuntada su garganta por la cazadora que estaba decidida a morir junto a él. Fue entonces que el dragón tiró un chillido y escupió su aliento hacia el cielo por el dolor, pues estaba siendo electrocutado por Dante, el cual se hallaba abrazado de una de las patas de la bestia.

Aprovechando la situación, Annia apuntó a la garganta al sujetar su arma roja con ambas manos, acumulando poder de ésta y así consiguiendo lanzar una poderosa bala de agua, la cual cortó todavía más el cuello de la criatura.

Molesto, el enemigo movió su pata tanto como pudo hasta que salió volando Dante, que cayó cerca en el suelo, herido y apenas pudiendo sostenerse con sus manos, para tratar de regresar al combate. Pero esto le sería ya imposible, pues fue atravesado desde la espalda por la punta de la cola del dragón, misma que le surgió del pecho.

—¡No! —gritó Annia y disparó desperada con su arma rosa al cuello de la criatura. El ser oscuro volteó hacia la chica y se dispuso a disparar su aliento, pero entonces una última descarga eléctrica golpeó al dragón, por lo que agitó su cola y mandó contra una pared a Dante, misma que manchó con su sangre y dejó caer al niño moribundo debajo.

Cuando el monstruo regresó su mirada a la joven, detrás de él, Mergo lanzó su arma con todo el poder que tenía, lo que le ocasionó un tremendo daño en la parte trasera del cuello a la bestia, y antes que la espada volviese, consiguió golpear a Mergo con una de sus patas, acción que lo dejó lejos de su espada, la cual cayó al suelo.

—D-demonios… —mencionó el hombre al tratar de ponerse de pie, con sangre en la boca y algunos huesos dañados, observando cómo el dragón estaba dispuesto a matarle, abriendo sus oídos para encontrarle. Mas luego Annia habló.

—¡Hey, hijo de puta! —vociferó la mujer, lo que llamó la atención del dragón y lo hizo voltear hacia ella—. ¡Nunca me des la espalda, imbécil! —dicho esto, la mujer disparó una bala de su arma roja al cuello, concentrada aquella, que pudo introducirse sin problemas a éste, lo que despertó la acumulación de agua que tenía dentro hasta congelarle todo el cuello al combinarse la fuerte corriente de viento con el líquido, enfriándola devastadoramente.

Hecho esto, la mujer disparó nuevamente hacia la columna aledaña al dragón, misma que él había destrozado al inicio, ataque que consiguió derribarla sobre la cabeza de la criatura, para conseguir así cercenarla por completo al chocar contra ésta y hacer el hielo que lo poco que la unía con su cuerpo cediera. El ser fue asesinado luego de escucharse un tremendo grito de su parte.

Annia cayó sobre sus rodillas, desangrada y agotada, al igual que Mergo trataba de ponerse de pie, mas luego ambos vieron algo impresionante. El cadáver del dragón oscuro se desintegró por completo y sus restos, evaporados, se acumularon por encima de éste, hasta formar una esfera de luz dorada que pronto se disparó hacia el cielo, cosa que impactó en el techo celeste e iluminó la zona con una luz maravillosa, algo que destruyó toda la oscuridad de Nwarvus.

Por doquier, el ambiente oscuro que los orbes nox habían creado fue completamente obliterado, acción que causó impresión en todos los habitantes del continente, a la par que otro fenómeno se suscitó, uno que generó caos en las grandes ciudades por alrededor de un par de minutos, regresando aquello a la normalidad, más no el cielo, que continuaba completamente limpio.

Por su parte, Annia y Mergo se vieron felices, completamente satisfechos con lo sucedido.

A los pocos segundos, debajo de la cazadora, un círculo mágico dorado se dibujó, mismo que la llenó de una poderosa luz dorada que pareció darle algo de fuerza y le hizo sentirse más poderosa, desapareciendo aquel de momento.

—¿Qué fue eso? —Se preguntó la mujer en voz alta.

—¿Estás bien?

—Sí, eso creo —respondió Annia, para luego recordar a Dante, por lo que corrió con todas sus fuerzas hacia el niño y lo sentó ahí donde estaba, notando su pálida piel y mirada perdida—. ¡Resiste, Dante! ¡Vamos a llevarte al pueblo! ¡Te vas a recuperar! Sólo tienes que quedarte conmigo hasta que estemos abajo —pidió la mujer, mas el infante, con una débil sonrisa, respondió a aquello.

—Lo siento… Sólo estorbé —lamentó el chico débilmente.

—Eso no es verdad. Sin ti no lo hubiéramos logrado —aseguró Annia, a punto de romper en llanto.

—Te vengué… Padre… Soy un… hombre ya… Ma… má… per… —Con eso último, el niño murió en brazos de Annia, misma que pegó un grito de dolor al ver el alma del chico dejar su cuerpo.

—Él nos salvó. Era un chico muy valiente… —agregó Mergo, para luego llegar con Asu compañera, quien lloraba enrabietada, ahora con el niño en brazos.

Ambos se dirigieron a la salida del palacio, pues creían que ya habían logrado su cometido, pero entonces Mergo observó la estatua que vieron al inicio, notando dos cosas. La primera, es que una de las braceras poseía por encima de ésta una poderosa llama dorada que se alzaba ferozmente al cielo, mientras que la estatua ahora tenía una importante fisura encima, cosa que no había antes.

—Annia, tienes que ver esto —la mujer volteó extrañada ante eso, mas no entendió qué mortificaba tanto a Mergo—. Sé que va a sonar descabellado, pero me parece que esto no ha terminado.

— ¿Qué? ¿De qué hablas? —preguntó asustada la chica, confundida.

—Cinco braceras, y una de ellas se encendió al derrotar a esa cosa. Existen cinco continentes, y se sabe que Dandy viajaba por todos ellos.

—No, por favor —emitió la mujer al entender.

—Me temo que hay otras cuatro de esas cosas rondando en Vonrvus, Arnbvus, Hexlevus y Qwinbakvus. —Dicha declaración dejó a la mujer paralizada, mientras que el temor de ambos cazadores crecía al observar la estatua del dragón que tanto estaban buscando, mismo que encerraba todavía muchos misterios.

## Décima Ofrenda: Cinco continentes

En medio del crepúsculo, cansados y con heridas en todo el cuerpo, tanto Annia como Mergo bajaron hasta las faldas del monte Gomoth, quienes no fueron interrumpidos en su viaje por algún noxako gracias a la impresionante iluminación que ahora había, misma a la cual ambos cazadores no estaban acostumbrados, por lo que se sentía un tanto cegados por ésta.

A su vez, en la entrada del pueblo, la gente del mismo corrió a recibirlos. Ellos notaron la sangre en las ropas de los cazadores, su apariencia fatigada y que Annia llevaba en brazos a un aparentemente inconsciente Dante.

—¡Dante! ¡Ayuda a mi hijo! ¡Está mal herido! —gritó la madre del infante a la par que corría hacia él, cosa que hizo detenerse a Mergo y Annia, ambos bajando la mirada ante esto, sin poder ver a los ojos a la madre—. Dante, mi amor. ¿Por…? ¿Por qué está tan frío? ¿Qué pasó? ¡Por la luz! ¿Qué sucedió allá? ¡¿QUÉ LE HICIERON A MI HIJO?! —vociferaba desesperada la mujer, arrebató el menor de las manos de Annia y cayó al suelo junto con él.

Desconsolada, la mujer lloró sobre el pecho de su pequeño hijo muerto, cosa que creó un ambiente oscuro y horrendo a pesar de la enorme cantidad de luz que aún había, aun estando en la puesta del sol.

Al ver la escena, el alcalde se acercó a su hija para consolarla, mientras pedía a los demás apoyar a los cazadores, cosa que no le agradó a la madre del difunto niño, pues los insultó y agredió, llamándolos mentirosos y asesinos.

La mayoría del pueblo, junto con la única curandera, se llevaron a su ya asignada habitación a los invitados, lo que dejó atrás al alcalde, algunos miembros de su familia y a la hija solos, cuyo cadáver de Dante continuaba en el suelo protegido por su madre.

Los cazadores fueron curados hasta donde se pudo, primero Annia, pues al llegar al cuarto, cayó sobre sus rodillas y escupió sangre. Parecía que la fuerza extraña que entró en ella estaba por agotarse y eso la puso en un mal estado.

Por su parte, al desnudarse, todos pudieron ver que Mergo tenía varios huesos rotos, clavados en su piel y a punto de romperla, además que ésta tenía un tono morado muy horrendo, amén de otras cicatrices ya viejas.

La curandera del lugar hizo todo lo que estuvo en su alcance para sacarlos de peligro, tuvo que abrir a Mergo para acomodar sus huesos y le dio una intensiva curación al dorso de Annia. Al final, ambos pudieron dormir tranquilamente cada uno en su cama sin más problemas.

En ese momento, dentro de sus sueños, la chica de cabello rosado comenzó a ver imágenes extrañas. Cosas que nunca antes había podido observar antes y mucho menos de esa manera.

Primero, recordó cuando vivía en una de las zonas más fértiles y verdes de su desértico continente con Kaito, mismo que nunca volteaba a verla cuando estaba junto a ella. Sólo parecía darle ordenes, como si fuera su jefe.

—*Lanza mientras corres. Debes entender que las balas dependen también de la fricción que hay en el aire y de tu movimiento, así como del tiro curvo que forman. No hay tiros rectos en el aire, siempre son curvos, Annia* —decía Kaito al instruirla en sus sueños, observado el ambiente primaveral alrededor de la chica, a la par que tenía frente un noxako de una apariencia nauseabunda—. *¡Corre!* —ordenó el hombre, lo que hizo a la pequeña niña de apenas 9 años desplazarse hacia un costado del monstruo, mismo que iba detrás de ella—. *¡No temas! ¡Eres más fuerte que él! ¡Dispara sin miedo!* —regañaba el hombre a la niña, y ella proyectó varias balas en el blanco, mas la cosa parecía estar a punto de alcanzarla, por lo que la pequeña Annia se volteó y corrió tan pronto sus piernas se lo permitían, lejos del noxako.

Luego, se escuchó un disparo, la criatura cayó y Annia, con lágrimas en los ojos, se detuvo para ver el cadáver de su enemigo convertirse en un orbe nox.

—*¡Moriste! El miedo te hace lenta, por lo que esa mierda te iba a alcanzar. ¡No temas! ¡Confróntalos! ¡Ellos son los que deben temer! Si no quieres morir, mas vale que mejores, niña tonta* —aseguró el hombre al acercarse a la pequeña, y lo que Annia vio entonces fue cómo la figura de Kaito fue rápidamente opacada por una gran sombra, proveniente del dragón oscuro que Mergo y ella habían asesinado.

Con temor, la niña cayó al suelo, y cuando la criatura se acercó a ella enseñando sus dientes, en lugar de correr, la pequeña tomó su arma y le disparó a quemarropa, decidida a combatir, dando un grito y llorando desesperada.

Las balas parecieron no hacerle nada, pero de pronto, estás abrieron huecos en aquel ser hasta que la luz lo penetró desde detrás y provocó su desvanecimiento en el aire. Aquella calidez que la iluminación le dio a Annia, también la envolvió, y le hizo sentir un extraño aliento dentro de su garganta, algo que quería ser expulsado. Por lo que, la chica, extrañada, decidió vomitar aquello, expulsó un montón de luz de su interior, parecido al rayo que ejecutó aquel horrible ser alado cuando lucharon con él.

El aliento pasó, y la chica se veía ya adulta, tranquila y recuperada. No obstante, algo sucedió, pues en el cielo revoloteaban cuatro figuras que volaban justo por encima de ella, como si fueran buitres.

Lo sabía, sentía que esas cosas eran iguales a la que había destrozado, y que, de alguna manera, estaban causando problemas justo como la anterior. Annia apuntó a ellas con sus armas, y cuando pensaba disparar, las cuatro se separaron en direcciones diferentes, sin ya ver atrás.

—*¡No temas, Annia!* —dijo la voz de Kaito desde detrás de la mujer, lo que la hizo voltear y ver al hombre justo como lo vio por última vez—. *Nunca olvides todo lo que te enseñado. No mueras* —Luego de eso, la chica despertó sudando frío y respirando de manera acelerada.

Aquella acción consiguió despertar a Mergo, el cual continuaba algo adolorido a pesar de estar curado.

—¿Todo bien? —preguntó el hombre, cosa que la mujer respondió con una leve sonrisa y con su cabeza.

—Estaré bien. Sólo necesito una pizza de champiñones con tocino para que se me pase el susto de todo lo que vivimos allá —declaró Annia con un tanto de humor, cosa que le hizo a Mergo emitir una pequeña sonrisa sobre su rostro.

—Sé que la muerte del pequeño Dante no es un trago fácil de pasar, pero lo harás con el tiempo —mencionó el hombre al tratar de ser solidario.

—Mergo, vivimos en un mundo donde mueren niños a diario. La muerte de Dante es horrible, pero no me afecta en lo más mínimo. Gracias por preocuparte, mas no es bueno hacerse ideas. Es mejor preguntar. —Esas palabras borraron la sonrisa del hombre, a lo que Annia entendió lo que pasaba. —¡Oh! ¿Te reflejaste en mí? —Justo en ese momento, tocaron la puerta de la habitación, y Annia pidió que pasara la persona que estaba ahí.

—Con permiso, señores —dicho esto, entró el alcalde, el cual les dio los buenos días de manera formal, respondido por los cazadores—. Me es grato saber que ambos regresaron a salvo. Aparentemente encontraron a Dandy y pudieron resolver el problema de la oscuridad en el cielo. Aun así, ¿qué fue lo que pasó? ¿Dónde está el dragón? —preguntó el hombre, preocupado, a lo que Annia decidió contestar.

—No encontramos a Dandy como tal. Sólo a la cosa esa oscura que atormentaba a todos. Conseguimos eliminarlo gracias al sacrificio que hizo Dante al darle una última descarga. Él fue el verdadero héroe aquí —confesó la chica con una sonrisa un tanto dolorosa.

—Fue un enemigo formidable. Por un momento creí que moriríamos. Pero Dante fue muy valiente y consiguió darnos la ventana que necesitábamos para acabar con esa cosa —agregó Mergo de manera condescendiente.

—¿Qué era esa criatura? ¿Era… Dandy? —La pregunta temerosa del hombre hizo que ambos cazadores se vieran el uno al otro, pues no sabía exactamente qué responder.

—Pues, supongo que no lo era. No obstante, está relacionada con él —mencionó Mergo, un tanto inseguro.

—Es verdad. Creo que debemos volver y buscar bien por todo el palacio para ver si lo encontramos dormido o algo así. Siendo honestos, sólo recorrimos una parte del lugar, y como estábamos muy heridos y con una baja, decidimos volver —secundó la chica, cosa que puso nervioso al anciano.

—Y-yo… Ya no hay quien pueda guiarlos…

—No se preocupe —interrumpió Annia sin necesidad de verse grosera—, me sé el camino de memoria. Por eso no habrá problema.

—Entonces, tan pronto se recuperen, iremos para allá —dijo más tranquilo el mayor.

—Yo puedo ir ya —comentó Mergo al salir de la cama, con muchas vendas por todo su cuerpo, pues no llevaba ninguna prenda sobre el dorso, únicamente vestía un *boxer.*

—Igual yo —resaltó Annia, levantándose con únicamente un pantalón puesto, al igual que un brasier ligero que le cubría el pecho, mismo que no le pertenecía, pero le prestaron para la ocasión.

—Me parece que es una mala idea. Necesitan descansar.

—Hemos pasado por peores situaciones. Yo sé que sí —resaltó Mergo al ver a su compañera, misma que asintió con una leve sonrisa—. Nos prepararemos y los alcanzamos en la salida hacia el lugar.

Luego de oír esas palabras, el alcalde se retiró en acuerdo con los cazadores. Ellos se arreglaron y asistieron al punto de encuentro pactado, lugar en donde les esperaba no sólo el viejo, sino varios cazadores del pueblo.

—Hoy en la noche velaremos a mi nieto. Espero puedan acompañarnos y contarnos qué fue lo que pasó en honor a su memoria —propuso el mayor, cosa que asintieron los foráneos.

Luego de un rato, la escuadra consiguió subir hasta el palacio celeste, en donde se esparcieron en tres grupos en favor de hallar pistas sobre Dandy, cosa que no iba a ser sencilla al parecer.

Pasaron unas tres horas y nadie encontró absolutamente ningún rastro del dragón. Estuvieron en su basta biblioteca, en donde tomaba sus baños, en su almacén, su habitación, el comedor, la cocina y de más lugares curiosamente enormes y a veces pequeños, algo que se les hizo raro a todos.

Al acabar, se reunieron en la estatua del dragón, la cual el alcalde aseguró que era una fiel representación del dueño del castillo, a lo que la llama dorada captó la total atención del viejo desde que llegaron, para luego, una vez reunidos, comentara sobre ello.

—Ese fuego dicen que se encendió tan pronto acabaron con ese monstruo, ¿cierto? —Asintieron los cazadores, para luego hablar Annia.

—Tenemos la sospecha de que sea la representación de Nwarvus y que las demás estén ahí en nombre de cada uno de los demás continentes. Suena lógico, porque son 5 y la del nuestro ahora está encendida.

—¿Quieren decir que hay otras cuatro criaturas así rondando por el mundo?

—Así parece, señor alcalde. Posiblemente Annia y yo tengamos que partir pronto para ir a eliminarles y así, tal vez, podremos ver nuevamente a Dandy —explicó Mergo acercándose a la estatua—. Esa fisura que ven ahí tampoco estaba. Algo me dice que con magia podemos liberar a Dandy de la estatua, o algún tipo de maleficio relacionado con ella será destruido si lo hacemos. —Concluido eso, uno de los cazadores subió al podio de la figura y descubrió algo interesante.

—Me parece que su teoría es completamente cierta. En la superficie de la piedra, por debajo de las braceras, se encuentran los nombres de los otros continentes. Y, efectivamente, la encendida es la de Nwarvus —mencionó el joven que subió, algo que mortificó a la cazadora.

— ¡Ah! ¡Maldita sea! No me gusta mucho viajar que digamos. Además, Vonrvus y Qwinbakvus están en guerra. Bueno, sé que las zonas conflictivas en Vonrvus son las aledañas al continente, pero Qwinbakvus sí es una zona muy peligrosa. Está cien por ciento militarizada y no se permite acceso a nadie. A NADIE del extranjero, Mergo. —Se quejó Annia con su compañero, el cual apretó el semblante y respondió sin ver hacia ella.

—No tienes que hacer esto, Annia. Es mi misión…

—¡Deja de decir estupideces! —interrumpió la chica, lo que hizo a Mergo verla a la cara—. Esas cosas son muy peligrosas, casi morimos al enfrentar a ésta y quién sabe qué cosas puedan hacer las otras. Dante murió, y de no haber sido por él, nosotros también lo estuviéramos. No se trata de hacerse el héroe ni nada por el estilo, en estas situaciones, se debe pensar con la cabeza fría. ¡Puta madre! —regañó la mujer al hombre, para luego tranquilizarse, suspirar y continuar—. Estamos juntos en esto hasta el final. Voy a acompañarte a acabar con esas mierdas sin importar qué pase. Tenlo por seguro. Sólo, déjame quejarme… Lo hago para desahogarme y perdona que te frustre, pero es la realidad. Qwinbakvus va a ser el último continente al que vayamos. ¿De acuerdo? —Todo esto hizo sonreír gratamente a Mergo, el cual asintió orgulloso.

—¡Así será, Annia!

—Me llena de tanta emoción ver a dos jóvenes decididos a hacer algo por este mundo y por Dandy. De parte de todos, muchísimas gracias. Estamos en deuda con ustedes —mencionó el alcalde y todos los presentes hicieron una reverencia ante los cazadores.

—No es así. Esto es lo mínimo que podemos hacer en nombre de Dante.

—Así es, su muerte no será en vano —explicaron Annia y Mergo respectivamente, cosa que logró sacar lágrimas de los ojos del viejo.

Luego de esto, todos decidieron bajar la montaña, pues el crepúsculo estaba cerca y los noxakos podrían atacarlos en cualquier momento, cosa que pondría en peligro a los foráneos y al alcalde.

Ya abajo, varias personas alertadas llegaron a recibir al grupo. Dichas se dirigieron directamente con el alcalde y parecían no estar para nada bien, por lo que todos esperaban terribles noticias. Tal vez menos de lo que eran.

—Señor, lamento decir esto, pero… ¡Por la luz! —decía una mujer, la cual se veía triste y apenada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué están tan alterados? —preguntó el alcalde, respondido por otra persona.

—Es la señora Alison. La encontraron muerta en su habitación. —La noticia devastó a todos, para luego Annia preguntar si había sido un noxako, mas la respuesta fue negativa. —Ella cometió suicido. —Lo revelado hizo que el alcalde casi se cayera ahí donde estaba, sostenido por los foráneos, mismos que trataban de darle un poco de ánimo para que no se desmayara.

Annia vio hacia Mergo preocupada, y su compañero no supo ni qué decir o hacer, sólo le restó bajar la mirada y dejar que los pueblerinos se llevaran al hombre a su hogar, mientras ellos dos se quedaban ahí parados, profundamente lastimados.

Tiempos oscuros y difíciles siguen abordando a las personas del mundo, aunque la luz regrese a ellos con la intensidad que ahora se le puede apreciar gracias a los esfuerzos de Annia, Mergo y el fallecido Dante.

## Décima Primera Ofrenda: Tóxico

Danielle seguía acostada en la cama del hospital, cuya mirada estaba clavada en la bella luz que entraba por la ventana y en el cielo completamente despejado que había a los alrededores. Todo ello le regresó los ánimos que necesitaba para mejorar y salir de ese lugar, para volver a vivir y mejorar en todo aspecto posible.

Horas atrás, un doctor y unas enfermeras le comentaron que ya podía abandonar las instalaciones, que la darían de alta esa tarde. Esto la llenó de emoción, aunque también le preocupó un poco, pues saldría en silla de ruedas, ya que perdió su pierna.

Aun así, bastante segura e inspirada por la luz que ella estaba segura Annia y Mergo trajeron, pidió a las enfermeras traerle unas muletas, y aunque éstas se negaron, la chica insistió. Estaba lista a salir usando dichos instrumentos, por su cuenta, de pie a como diera lugar. No se pensaba rendir, no iba a hacerlo, menos ahora con el enorme rayo de esperanza que cubría el cielo.

En aquel momento, cuando la chica esperaba a que la dieran de alta, escuchó unos pasos inconfundibles acercarse a su habitación. La joven estaba segura de que se trataban de malas noticias para variar, mas no iba a dejarse llevar por las cosas negativas que trataran de derrumbarle su buen humor.

Danya Basilisco entró a la habitación, vestida con una capa larga oscura de tergal que tocaba el suelo, botas de alto tacón que superaban sus rodillas, al igual que guantes y grandes hombros, todo de ello de cuero negro. La mujer se colocó al lado de la cama de su hija con las manos tras la espalda, y Danielle ni siquiera volteó a verla, continuaba con la mirada postrada en la luz del día.

—¿Ni siquiera piensas…?

—¡Buenos días, mamá! —interrumpió lo joven, cosa que molestó todavía más a su madre.

—Preferiste interrumpirme. ¡Ya no me extraña ni un poco viniendo de ti! —Se quejó la mujer, para luego ver las muletas que estaban apoyadas en la pared cerca de la cama. —Te van a dar de alta en unos momentos. Espero estés lista para salir.

—Lo estoy. Tenlo por seguro —respondió la chica de manera fría y sin seguir viendo a su madre, la cual respiró profundo y continuó.

—Espero que vuelvas directo a casa y no hagas…

—¿Qué quieres, mamá? —preguntó la joven molesta, interrumpida la mayor y, finalmente, mirada por su hija—. Deja esa mierda de lado y ve al grano de una buena vez —exigió la chica, a lo que la madre, recta y sin alterarse, atendió la petición.

—¿Qué planeaban hacer tus amigos cazadores? —La pregunta sorprendió a Danielle, pues no esperaba algo así, menos de su madre, quien no parecía prestar atención a lo que su hija hacía con los demás.

—No lo sé. Cazar más noxakos, supongo. Eso hacemos todos, ¿no? —contestó desinteresada la menor, mas sudó un poco en frío y eso llamó la atención de la progenitora.

—Hay rumores de que hablaron contigo más de una vez, que incluso se vinieron a despedir de ti. Son más cercanos de lo que parecen y no sabes qué iban a hacer o a dónde fueron —recriminó la mayor al dar un par de pasos hacia enfrente para acercarse a su hija en cama.

—¿Cómo mierda voy a saber? Los conocí unos días antes de venir a parar aquí y estuve desmallada la mitad del camino para acá. ¡Perdona por no ser tan sociable, mamá! —exclamó molesta la joven, acción que hizo a la mujer retroceder y darle la espalda. Danya se comenzó a pasear en la habitación mientras hablaba.

—Estoy segura que lo notaste. Pasó no sólo aquí en la capital, sino en el continente entero, justo cuando el cielo se iluminó. El arma que tenía Mergo era sin dudas una reliquia excepcional, tu misma me comentaste que Annia te platicó que es capaz de destrozar decenas de noxakos de un sólo ataque, mientras que la chica es nada más y nada menos que la heredera de Kaito Zhou, el asesino de cazadores. Una de las personas más temidas, respetadas y odiadas de nuestro mundo. Justo después de rescatarte, no te esperan a que mejores. Sólo se van, como si tuvieran prisa. Hacen un depósito fuerte en el banco y un par de días después, esto —aquello dejó a Danielle atemorizada, más cuando su madre volvió a verla por encima de su hombro, todavía dándole la espalda.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? ¿No crees que estás exagerando? ¡Pudieron haber pasado mil cosas! Además, si sabes tanto de ellos, ¿por qué me preguntas a mí? Dudo que se hallan ido caminando —explicó la chica, pero la madre estaba segura de sus sospechas.

—Justo por eso los tengo bajo la mira, niña tonta. —Al decir eso, la mujer se empezó a acercar a Danielle. —Toda la gente que tiene contacto con nuestra familia es investigada por mi grupo de inteligencia. Cuando me dijeron que no tenían idea de a dónde fueron, me pareció extraño, pues alguien parecía cubrir sus huellas. Luego, me entero de esto. —La mujer, desde debajo de sus vestimentas, sacó un periódico que lanzó a la chica, misma que mostraba en primera plana que Anette Rosè había fallecido—. Casualmente, mis contactos me dicen que vieron a Annia y a Mergo en la capital de Mayenwa, justo donde se reportó la muerte de ese viejo loco, el mismo que alguna vez dijo que los orbes nox estaban haciendo daño a nuestro mundo y debían ser erradicados. ¿No te suena eso? Creo que alguien más estaba ahí cuando escuché eso.

—Yo… —Pero antes de decir algo, Dan tomó del cuello a su propia hija, y ésta sujetó la mano de su madre, atemorizada, pues el rostro de la mujer se veía completamente molesto, lleno de ira y odio.

—Escúchame bien, mocosa inútil. Si sabes algo, más te vale que lo digas, o las consecuencias que vas a pagar van a ser peores de las que puedes imaginar, ¿entendiste? Nuestra familia depende de ello, deja de ser una puta niñata egoísta y apóyame una vez en tu perra maldita vida. ¡Inútil de porquería! —exigió la madre expulsando levemente un poderoso veneno verdoso que comenzó a llenar la habitación, a la par que el rostro de su hija se turnaba un poco rojo, y luego azul al faltarle el aire, cuyas lágrimas brotaron del horror y dolor que sentía al momento.

—Yo… No… sé… Perdón —dicho esto, Danya lanzó a su hija al suelo de un movimiento. La chica cayó a los pies de su madre y tosió al tratar de jalar aire, observada por la mujer de negro.

—Me das vergüenza y asco. No entiendo qué hice mal contigo, Danielle. Mas te vale que no hagas más estupideces —concluyó la mujer al retirar el veneno de alrededor y salir de la habitación, lo que dejó a su hija llorando en el suelo, sujeta de su pecho y gritando de dolor.

Mergo y Annia, luego de ser despedidos por la gente del pueblo de Dandelan, se apresuraron en regresar a May’en para descansar y decidir hacia qué continente incursarían primer, pues deseaban resolver el problema lo más pronto fuera posible.

—¡Cómo odio este calor! —Se quejaba Annia al sudar muchísimo, recargada en el asiento trasero del vehículo todo terreno, donde el sol le estaba dando directamente, pues éste no poseía un techo o algo que impidiera el paso de la luz.

—Ahora que la luz volvió a la normalidad, se siente un poco más la sensación del sol, y eso que estamos apenas en primavera.

—¡En este continente de mierda desértica no se siente la primavera! Es sólo más calor de la chingada. ¡Ya me tiene hasta la madre! Ya quiero que sea otoño otra vez —se quejó la cazadora, cosa que hizo reír al conductor y a su copiloto, Mergo.

—¿Siempre es así?

—Cuando hace calor, parece ser que sí. Camino acá también se estaba quejando, pero creo que ahora aumentarán los lloriqueos.

—¡Hey! ¡No es mi culpa que les guste traer el culo sudado todo el tiempo! —Se quejaba la mujer, algo que hizo reír a los hombres.

—No me gusta, pero no me molesta —dijo el conductor alegremente.

—¡Gyu! Entonces, ¿sí te suda? —Se burló y asqueó la chica de momento, lo que hizo a Mergo girar los ojos amistosamente.

—Cuando lleguemos a la capital puedes encerrarte con el aire acondicionado día y noche hasta que nos vayamos —propuso el cazador, cosa que hizo pensar a Annia.

—¿Y a dónde será ese lugar al que nos iremos? ¿Ya te decidiste? —cuestionó la pelirosa y dejó pensativo unos momentos a su compañero.

—No. Siendo sincero, aún no lo sé —confesó Mergo un tanto preocupado, llamada la atención del conductor dicha platica.

—Así que piensan viajar por el mundo, ¿no? ¿Turismo o trabajo? —La pregunta hizo que ambos cazadores se vieran el uno al otro, mas respondieron sin mucho problema.

—Turismo. Tenemos curiosidad de saber cómo es el mundo —mintió Annia ya fastidiada del calor y abanicándose con su mano el rostro.

—Yo les recomiendo que vayan primero a Vornvus. Es el más cercano de todos. Luego a Arnbvus, porque la capital del anterior se encuentra a un viaje de unas dos horas. Por último, Hexlevus, que aunque está lejos, es la única opción que queda. Todos sabemos que Qwinbakvus no deja entrar a nadie al continente —sugirió el hombre, algo que animó un poco a los cazadores.

—No lo sé, Vornvus está también en conflicto con Qwinbakvus. Me suena a que será peligroso.

—Eso parecería, señorita Annia, pero unos familiares viven allá y me comentan que solamente las zonas aledañas al gran continente son peligrosas. Las demás hasta parece que no están en guerra —esas palabras hicieron que la pelirosa pensara un poco en ello, seguido Mergo de hablar.

—Aún tenemos tiempo de pensarlo bien. Por eso no te preocupes, no hará ninguna diferencia, al fin y al cabo. —Aquello dejó a la chica un tanto tranquila, para luego volverse a quejar del calor, acción que hizo reír a sus acompañantes.

En la noche, ya cuando ambos cazadores estaban muy hambrientos, llegaron hasta May’en, lugar que parecía estar más tranquilo de lo común, pues era algo reconocido por ser un tanto ajetreado durante todas las horas del día.

Esto extrañó un poco a Annia, mas no fue impedimento para que ambos cazadores fueran hasta la casa de la chica que tenía en el lugar, en donde se dispusieron a cenar y descansar para liberarse de la preocupación que implicaba buscar a las otras entidades oscuras que tenían relación con Dandy.

Luego de dormir unas cuantas horas, el amanecer llegó, y con ello, Mergo despertó e inició su rutina diaria de ejercicio, seguido de Annia, la cual hizo lo mismo, pero desde su habitación. Ambos no lo sabían, pero estaban activos casi al mismo tiempo, y acabaron también de ejercitarse en paralelo. Cuando la chica iba a meterse a bañar, fue sorprendida por su compañero, el cual tocó la puerta de su habitación.

—¿Qué pasó? —preguntó la anfitriona extrañada.

—Buenos días. ¿Puedo usar tu regadera?

—¡Claro! La de huéspedes está entre tu habitación y la sala. Hay toallas en la alacena más alta.

—¡Gracias! —dicho aquello, la mujer sonrió, se duchó, secó su cabello, peinó, se acomodó ropas nuevas y salió de la habitación, encontrándose a Mergo también ya arreglado, con la misma ropa.

—Necesitamos encontrarte trapos nuevos. ¡Prepárate mientras arreglo mi maleta! Comeremos fuera —aseguró la chica, cosa que hizo sonreír a Mergo, cuya expresión provocó alivio en Annia.

Ambos cazadores abandonaron el hogar y fueron hasta un restaurante cercano a desayunar. Ahí convivieron de manera amena, sin ningún problema, saludados cordialmente por los comensales y el personal del lugar, pues parecían conocer a la mujer de mucho tiempo.

Al terminar, ambos llegaron a una tienda de ropa donde había tanto prendas genéricas, como diseñadores que estaban listos para prepararte cualquier cosa que quisieras, por lo que Mergo eligió algunos pantalones, playeras y Annia le encargó algunas prendas en su nombre con su diseñador favorito, Acoss, quien era la persona que vestía a la chica.

El hombre de anteojos, curioso y tímido, tomó las medidas del cazador y le preguntó por su color favorito. Mergo respondió serio a las preguntas y, luego de una conversación un tanto incomoda por parte de ambos, y las risas reprimidas de Annia, consiguieron llegar a acuerdos para el diseño de todo.

Al irse de la tienda con las compras, la chica no dudó en decir unas palabras de burla a su camarada.

—Creo que le gustaste —expresó la pelirosa, cosa que sonrojó al cazador.

—¿Tú crees? ¡Qué pena!

—¿Qué te parece?

—Pues, es un hombre apuesto. Lástima que no me vienen los batos —esto dejó a la cazadora impresionada de momento, para luego salir del pequeño trance en el que se quedó al escuchar eso.

—¿Qué? ¿De verdad no eres gay? —preguntó extrañada, a lo que Mergo contestó confundido.

—No, ¿por qué lo dices?

—Pues, no sé. Me pareció que lo eras. Mi *gaydar* debe estar atrofiado ya —concluyó la chica.

—No deberías asumir la sexualidad de la gente a la ligera. Es un poco grosero.

—Tienes razón. Debí preguntar —replicó un tanto avergonzada, lo que hizo reír a Mergo.

—No te preocupes, sólo estoy jodiendo contigo —aseguró el hombre con una enorme sonrisa, algo que sonrojó a la cazadora, para luego patear a su compañero.

—¡Eres un tonto! —Las risas fueron sonoras, y tan pronto llegaron al hogar de Annia, las maletas de Mergo fueron preparadas. Fue entonces que ambos se sentaron en la sala de la chica, junto al enorme ventanal que tenían a su derecha, donde podían ver el perfecto cielo celeste que habían ayudado a restaurar.

—No puedo creer que hayamos podido hacer eso, Mergo.

—Yo tampoco, y nos faltan cuatro más. —Esto fue dicho con algo de fatiga, lo que provocó que la chica se pusiera de pie al instante.

—¡Vámonos de fiesta! —sugirió la anfitriona, impresionado el hombre—. ¡Divirtámonos esta noche y ya mañana decidimos a donde ir! —Esto generó una sincera sonrisa en Mergo, el cual se puso de pie y asintió, para pronto ambos salir del hogar de Annia hacia la zona más alta de la ciudad.

No obstante, en la entrada de ésta, varias personas se acumularon de tal forma que no permitieron el paso a ambos, saliendo de entre todos ellos Danya, la cual parecía bastante seria de momento.

Tanto Mergo como Annia tomaron sus armas y se prepararon para lo que sea. Intercambiaron miradas con la madre de su colega, dicha lista para hacer lo que sea y llegar al fondo del evento que había ocurrido días atrás, justo cuando el cielo volvió a iluminarse, en el momento que Mergo y Annia derrotaron a la horrenda criatura de pesadilla que estuvo atormentando el pueblo de Dandelan durante ya mucho tiempo.

Las cosas estaban a punto de complicarse para los cazadores y aparentes héroes.

## Décima Segunda Ofrenda: Exilio venenoso

…

Horas después de que el cielo se hay esclarecido, los altos mandos de las empresas más reconocidas en Nwarvus, al igual que poderosos cazadores, se encontraban reunidos en la casa del presidente de la capital, mismo que no sabía qué hacer respecto a los eventos ocurridos recientemente.

Todos en el sitio se encontraban discutiendo, hablaban sin un orden aparente y se notaban bastante frustrados o molestos, algunos ya de pie en sus lugares gritando a los demás al estar inconformes.

Pronto, las puertas de la sala se abrieron, y el presidente, molesto, volteó hacia el lugar para llamar la atención de quien haya interrumpido, mas calló de inmediato al observar a la persona que estaba ya frente de él.

Sin más, un manotazo duro y ruidoso fue dado sobre la mesa que todos tenían enfrente, lo que hizo a los presentes guardar silencio y ver hacia donde fue producido el sonido, hallada con la vista de todos Danya Basilisco, misma que venía acompañada de uno de sus hombres, el cual poseía un elegante traje negro, acompañado de una mascara de gas negra que le cubría completamente el rostro.

—Buenas tardes, damas y caballeros. Me alegra ver que se hayan reunido tan pronto en la capital, y me ofende un poco que no me hallan avisado —explicó la mujer al levantar su mano y ponerla frente a sus ojos, donde frotó los dedos de ésta como si tuviera tierra o algo entre ellos, obtenida de la mesa que golpeó.

—S-señora Danya. No recurrimos a su familia porque aún no ha declarado quién será el heredero y usted nos dijo que ya se había jubilado. No deseábamos molestarla —aclaró el presidente temeroso, para luego la mujer dar un paso para atrás, lo que hizo que su empleado tomara la silla que le pertenecía a su señora y la retirara en favor de ella poder sentarse sin problemas, acomodada nuevamente por quien la acompañaba.

—Hay situaciones que requieren ciertamente excepciones. Me parece que ésta es una de ellas —acertó a decir la mujer de negro, a la par que todos se veían los unos a los otros, ciertamente atemorizados—. ¿Y bien? ¿Qué información tienen? —dicho aquello, una mujer se puso de pie y comenzó a hablar.

—Hoy a las 13:21 horas, el cielo de Nwarvus se aclaró por completo. Su color se volvió mucho más claro de cómo lo ha sido durante los últimos años desde que se comenzó a usar el orbe nox como fuente principal de energía. Justo después de eso, en cuestión de segundos, sucedió… eso… —lo dicho no impresionó a Danya, misma que sacó un cigarro que su empleado encendió con cuidado, procediendo la mujer a fumar.

—¿Algo más? —preguntó Danya un tanto decepcionada.

—Es todo, señora Basilisco. No hay más información al respecto —respondió un muchacho, seguido de un hombre mayor.

—¡Han pasado apenas algunas horas! ¿Cómo espera que sepamos más sobre esto? ¿Acaso usted sabe algo? No, ¿cierto?

—Por supuesto que sé más que ustedes —respondió a las palabras dichas con un tono de molestia del anciano. Éste que guardó silencio al ver que la mujer hacía una seña con la mano a su empleado, el cual rápido apagó la luz y conectó una memoria USB en una de las paredes del lugar, lo que mostró, en un televisor que tienen en la sala, varias imágenes que Danya procedió a explicar—. Hace unos años, Anette Rosè se dio cuenta de qué era lo que hacia que el cielo se estuviera volviendo oscuro. La energía de los orbes nox, al ser utilizada para nuestro beneficio, soltaba un componente intangible que subía hasta la capa de ozono y la manchaba lentamente hasta conseguir lo que nosotros veíamos como un cielo más opaco. El señor Rosè expuso más de una vez que, si no hacíamos algo, nuestro mundo moriría sin dudas dentro de unos 50 o 60 años. Estoy segura que se acercó a más de uno de ustedes para que le ayudaran en su búsqueda por la eliminación de la capa que estaba tapizando el cielo, pero creo que nadie accedió, porque posiblemente significaría dejar de usar los orbes de un inicio. —Las palabras de la mujer dejaron a todos atentos ante las imágenes, las cuales mostraban pruebas de que el hombre continuó por muchos años esos experimentos a pesar de haberlo rechazado todos, cosa que lo llevó a la ruina hasta desparecer de entre la gente rica del continente.

—Entonces Rosè lo logró. Encontró la forma de jodernos y limpiar el cielo. Hay que ir a por él —dijo una mujer de edad avanzada, respondida por Danya.

—No, el hombre está muerto. —Aquello impresionó a todos, para luego Danya mostrar imágenes de lo dicho. —Anette Rosè murió viejo y enfermo en cama hace apenas un par de días. Se dice que el hombre no recibió visitas y sólo era cuidado por una enfermera a la que le pagaba muy bien, cuya identidad es desconocida hasta ahora. Mis fuentes confirmaron que de verdad está muerto, y justo en este preciso momento, sus únicos familiares, que lo habían abandonado en sus ideales, están velándolo. —Esa información dejó a todos perplejos, mas pronto surgieron las preguntas.

—Entonces, señora Basilisco, ¿cree que alguien más lo hizo? ¿Cómo está relacionado Rosè con esto?

—¿No creen que es extraño? Ese anciano muere y, a los dos días, lo que siempre soñó ocurre. Es demasiada coincidencia para mi gusto. Algo sabía ese desgraciado, y antes de morir, lo compartió con alguien, una persona o un grupo de éstas capaces de hacer algo como lo que ocurrió hoy. No tengo pruebas, ni dudas. —Esto hizo que todos conversaran en voz baja, mas luego Danya se puso de pie y las imágenes en la televisión cambiaron a fotos de Annia y Mergo. —Estos dos, casualmente los encontré hace unos días aquí en la capital y se les vio en la misma ciudad donde encontraron a Rosè muerto. Parecen dos cazadores comunes, pero me fue imposible seguirles completamente el rastro. Jamás me había ocurrido algo similar. Estoy segura que algo tienen que ver con eso. Son Annia Lawrence, hija adoptiva de Kaito Zhou, y Mergo, un sujeto del que, hasta ahora, no sé nada más que su nombre. Necesito que les pongan un ojo a ese par, porque no voy a dejar que esto vuelva a ocurrir. No mientras viva —aseguró la mujer al observar el rostro de los sospechosos, cerrados sus puños con fuerza.

…

Danya, acompañada de un ejército de cazadores que usaban mascaras anti gas, se mostró frente a Annia y Mergo, mismos que tenían sus armas en manos, pues sentían la vibra de que algo malo estaba por ocurrir en ese mismo momento.

—¡Hola, jóvenes! ¿Dónde se habían metido todo este tiempo? —preguntó la mujer de negro a ambos camaradas, los cuales parecían no querer responder al sentirse amenazados—. ¿Qué pasa? ¿Así de fácil van a admitir que ustedes son los culpables del apagón? —Esto dejó tanto a la mujer como al hombre impresionados, para luego voltearse a ver el uno al otro sin saber qué decir o siquiera pensar. —¡Oh! ¿No lo sabían? Supongo que eso refuerza mi teoría —aseguró Danya, para luego dar un par de pasos al frente al bajar las escaleras en dirección a los sospechosos—. Tan pronto el cielo se esclareció, todos los orbes nox alrededor de Nwarvus parpadearon y dejaron de brindar energía. El continente entero se quedó sin poder por al menos unos cinco segundos. Hubo un caos tremendo a causa de eso. Claro, pudimos controlarlo en el transcurso del día, mientras ustedes estaban desparecidos. ¿Qué fue lo que hicieron? —preguntaba Danya, sin recibir una respuesta pronta.

—¡Nosotros no hicimos absolutamente nada malo!

—¡Mergo!

—Estábamos fuera cazando, como cualquier otro de nuestra profesión. No nos dimos cuenta del apagón porque los orbes estaban dentro de nuestras mochilas. ¡Nos está culpando sin pruebas! —gritó el hombre a quien estaba claramente amenazándolo, para luego ella sonreírle confiada.

—¿Creen que de verdad soy así de estúpida? —preguntó la matriarca, para luego borrarse su faz alegre—. ¡Atrápenlos! —dicho eso, los subordinados de la familia Basilisco se movilizaron para atacar, y cuando Mergo pensaba lanzar su arma, Annia lo detuvo.

—¡Huyamos!

—¿Qué?

—¡Hazme caso! —gritó Annia, para ser respondida por su enemiga.

—¡No escaparan! —aseguró la madre de Danielle, quien pronto soltó de su cuerpo una poderosa toxina en forma de vapor escarlata que rápido se esparció a su alrededor, lo que cubrió las calles por completo.

—¡Corre, maldita sea! —ordenó Annia, seguida por Mergo camino abajo hacia la salida de la ciudad, acosados por varias bolas de elementos, electricidad y otras municiones mágicas que les lanzaban desde el interior de la nube venenosa.

— ¿Qué demonios es eso?

—Veneno de frenesí. Es capaz de alterar tu estado mental en ira pura. Atacarás a lo primer ser vivo desintoxicado que tengas enfrente hasta matarlo. Es un veneno muy peligroso que, al dejarlo de aspirar, te debilita horriblemente. —Pronto, el veneno superó a los cazadores por los costados, lo que hizo que varias personas afectadas por él aparecieran y quisieran atacarlos. Mergo iba a responder, pero una vez más su compañera lo detuvo. —¡Son civiles! Si les hacemos el mínimo daño, nos perseguirá también las autoridades y no podremos salir tan fácil del continente.

—¿Qué haremos entonces? ¡Nuestras cosas!

—No te preocupes. Nadie sabe dónde vivo, excepto una persona. Le pediré que nos envíe todo lo que ocupemos una vez estemos en el continente de Vonrvus.

—¿Ya te decidiste?

—Dudo que nos sigan hacia allá. —A la par de esa conversación, un cazador repleto de tierra se lanzó contra ambos cazadores, lo que terminó por separarlos, para luego ambos atacarlo sin piedad, lo que lo dejó moribundo. —¡Vamos! Están alcanzándonos —gritó la mujer y avanzaron ambos hacia el muro que conecta con el exterior.

Mientras sucedía esto, Danya tomó su móvil dado por uno de sus empleados, mismo que usó para comunicarse con las fuerzas armadas del país. Dichas cuidaban las entradas y salidas de la ciudad, por lo que la mujer sabía exactamente qué hacer.

—Buenas tardes, capitán. Habla Danya Basilisco. Un par de personas están tratando de salir de la ciudad. Le pido por favor selle todas las salidas en para impedir que escapen —dicho aquello, recibió una inmediata respuesta.

—¡Por supuesto que sí, señora Basilisco! Se cerrarán de inmediato. —El hombre, sin pensarlo, mandó a cerrar cada entrada y salida de la metrópolis, cosa que notó Annia desde lejos, pues varias de las puertas son bastante grandes y una de ellas fue avistada por la mujer.

—¡Maldición! Nos cerraron las salidas del lugar. ¡Danya no está jugando! —exclamó la pelirosa, ya al lado de Mergo.

—¿Tienes un plan?

—No exactamente… No sé cómo salir si no es por ahí. —Cuando respondió eso, Mergo vio que las murallas no estaban tan lejos de algunas casas que son la mitad de altas que la protección exterior de la ciudad, por lo que pensó en algo que podría ayudarlos.

—Escúchame, tengo una idea. Tal vez no funcione, pero es nuestra única salida. ¿Qué tanta fuerza tienes? —preguntó el hombre, cosa que extrañó mucho a Annia.

—Pues, te puedo cargar fácilmente. ¿Qué planeas?

—¡Sígueme! —pidió Mergo, a la par que ambos escalaron hasta el techo de una casa cercana, ahora moviéndose por medio de los tejabanes de los hogares, rodeados aquellos de un montón de veneno escarlata que ya inundaba la ciudad—. ¿Tú ídolo no se meterá en problemas por intoxicar la ciudad con eso?

—No lo creo. No está lastimando a los civiles en sí. Creo que puede zafar con eso, así como lo hizo años atrás. Es una persona muy influyente.

—Ya lo noté. No le gusta la idea de que los orbes se vuelvan inútiles. Debe tener muchos guardados o hizo inversiones fuertes en ellos —concluyó Mergo, hasta que llegaron a la casa más cercana al muro—. Muy bien, sujétame fuerte cuando te lo diga, ¿ok? Luego prepárate para lanzarme.

—Sí, está bien. Espera, ¿lanzarte? —aclarado eso, Mergo arrojó su arma tan lejos pudo hacia el lado contrario del muro, luego de un rato, el hombre extendió su mano derecha hacia su arma y giró su cuerpo en dirección a la salida, dado un puñetazo hacia aquel lugar, lo que hizo a su arma detenerse y dispararse como proyectil de regreso a ellos, sin girar.

La acción asustó un poco a Annia, pues parecía que la espada quisiera atravesar a alguno de los dos, además que iba a una velocidad considerable, pero confió en Mergo, además que ya los cazadores estaban por alcanzarlos.

—¡No me vas a soltar hasta que te diga! —ordenó Mergo, y ambos se sujetaron fuertemente. La espada pasó al lado de ellos y el hombre la sujetó ágilmente de la empuñadura, lo que lanzó lejos a los dos, impulsados por el movimiento. No obstante, aunque estaban muy cerca del muro, todavía no superaban su altura, así que Mergo pidió a Annia soltarlo, para luego el dar una vuelta en el aire sujetando a la mujer, a quien disparó al aire utilizando el impulso del giro, amarrada la cadena del hombre a su cinturón, casi llegando a la cima del muro la cazadora gracias a esto.

Annia notó aquello y pronto entendió el plan de Mergo, por lo que imitó su movimiento anterior y, antes de que la cadena se tensara por la caída de su compañero y su ascenso, la mujer consiguió usar su fuerza sobre su cuerpo, al igual que el impuso del elemento fuego y aire, para jalar de la cadena y lanzar a Mergo lo suficientemente alto como para alcanzar la cima del muro, de donde él se sostuvo. Con ello Annia pudo colocarse sobre la pared y saltar hasta la cima, tomado a Mergo de la mano y viendo los dos hacia atrás la ciudad sumida en caos por el veneno de Danya.

Sin más qué hacer, los cazadores se vieron el uno al otro y bajaron hacia el exterior de la metrópolis, encontrado el auto que Annia había rentado para llegar ahí, encendido con las llaves de repuesto que por suerte Mergo llevaba consigo y consiguiendo huir del lugar.

La noticia pronto llegó a la mujer de negro, la cual no la recibió para nada bien, mas tampoco se alteró, sólo vio hacia enfrente con las manos tras su espalda y el rostro en alto.

—Síganlos. No quiero que los pierdan de vista.

—¡Sí, mi señora! —aclarado eso, el hombre se apartó de su lado y fue a dar las órdenes a los demás, retirado el veneno por Danya, la cual se dio la vuelta y pasó a abandonar la escena.

Por su parte, Mergo y Annia se hallaban ya en camino hacia otro lugar, uno de donde pudieran esconderse para huir del continente tan pronto fuera posible.

—Ve hacia May’al. Ahí podremos tomar un transporte que nos lleve a un aeropuerto en Funwa. Es la ciudad más cercana que nos queda de Mayenwa —explicó Annia a Mergo, pues él iba conduciendo.

—¿Estás segura que Vonrvus es nuestra mejor opción?

—Me parece que sí. Espero estés listo para ir hasta allá. Las cosas se acaban de complicar muchísimo —comentó la mujer al observar el cielo tornasol que tenía encima, pues el crepúsculo estaba a punto de ocurrir, mientras que Mergo sólo se concentraba en avanzar lo más pronto posible para perder de vista a quienes seguramente los estaban siguiendo.

## Décima Tercer Ofrenda: Primavera

Habían pasado ya algunas horas desde que Mergo y Annia habían abandonado la ciudad de May’en, camino hacia la ciudad más cercana en donde podrían abordar para ir al país vecino y de ahí hasta Vonrvus, su verdadero objetivo.

Mergo conducía el vehículo y se notaba bastante cansado, mientras que la mujer estaba a su lado no sólo fastidiada, sino que también bañada en sudor.

—¡Cómo odio este maldito calor de porquería! ¡Me estoy derritiendo! —gritaba la cazadora a todo pulmón al viajar a medio día por el desierto, cuyo clima era no sólo árido, sino que el sol estaba picante en esa ocasión.

—Siempre te estás quejando del calor. ¿No eres de Nwarvus acaso?

—¡Claro que lo soy! Pero soy del sur y ahí el calor no es tan horrible. Aun así, lo odio también allá. Detesto el calor, es una bazofia.

—¿Por qué? ¿No deberías estar acostumbrada ya?

—¿A qué? ¿A estar bañada de sudor todo el tiempo? ¿A sentirme pegajosa y oler a difunto? ¿A sudar todo el maldito día y morir de sed a cada rato? ¿A que me arda la piel cuando me sobre expongo a la luz del sol? ¡No señor! ¡Jamás me voy a acostumbrar! Es tortura pura este maldito lugar. Estúpido desierto y estúpido calor. ¡Hubiera preferido nacer con dones de hielo! —Continuaba quejándose Annia, lo que generó una sonrisa en Mergo.

—Sabías que el recorrido a May’al era largo. Dieciséis horas, para ser exactos. En una hora más estaremos llegando, para que te prepares a comprar los boletos y así puedas descansar en el avión con aire acondicionado.

—¡Qué el creador te oiga, Mergo! —Justo en ese momento, al estar recargada en su asiento, con los brazos abiertos y el rostro viendo al cielo despejado, el teléfono de la mujer sonó, contestado por la chica al momento. —¿Sí? ¿Qué pasó?

—*Señorita Annia, soy Geron* —explicó la voz detrás del móvil, la cual sonaba algo nerviosa*.*

— ¡Ah! ¡Por supuesto! ¿Cómo está, Geron?

—*Muy bien. Puedo ver que completaron su misión y encontraron a Dandy. ¡Buen trabajo!* —felicitó alegre el hombre, respondido por Annia.

—Todavía no podemos celebrar. Pasa y resulta que no encontramos a Dandy, pero sí una manera de recuperar el cielo de los continentes a como era antes. Desgraciadamente, hay gente que no está muy contenta con la idea. —Dichas palabras crearon un silencio incomodo del otro lado del teléfono, para luego continuar.

—*Estoy enterado que Danya Basilisco los atacó en May’en.*

—Pues sí, pero creo que tanto Mergo como yo estamos acostumbrados a los malos tratos. —Al mencionar aquello, la mujer volteó a su compañero y éste sonrió en señal de ella tener razón.

—*Me alegra saber que están bien. Por favor, si necesitan algo, no duden en informarme para tratar de ayudarles en lo que me sea posible.*

—De hecho, sí hay algo. Estamos yendo hacia otra ciudad y arribaremos a Funwa a más tardar mañana en la noche. ¿Podría adquirirme boletos hacia Vonrvus? —La pregunta causó curiosidad en Geron, mas entendía que, entre menos supiera, más seguro iba a ser para los cazadores.

—*¿A qué parte?*

—A la capital estaría bien.

—*Me temo que por cosas de la guerra eso no es posible. Les recomiendo ir al oeste o al sur. Desde cualquiera de esos puntos pueden dirigirse a la capital sin problemas.*

—¡Perfecto! Entonces pídalo a la ciudad que usted crea es la mejor para llegar.

—*De acuerdo. Les darán los boletos en Funwa, en la ciudad de Fu’cek uno de nuestros aliados les hará entrega de dichos pases.*

—Me parece bien. Muchas gracias por ayudarnos a borrar nuestros pasos.

—*Es lo mínimo que podemos hacer por ustedes. Por favor, anote este número: 856 200 4.*

—¡Anotado!

—*Si necesitan de mi ayuda, usen esa línea. Destruiré este teléfono y esperaré ordenes de ustedes. La persona que les va a entregar los boletos sabrá encontrarlos.*

—Entiendo. Así será, Geron. Y no son ordenes, son peticiones. No se sienta obligado, por favor.

—*Es lo mínimo que podemos hacer, Además, hay más personas, no sólo Danya, que harán todo lo posible para detenerlos. El apagón fue algo sorprendente, pero necesario. Nos veremos pronto.*

—Así será. ¡Adiós, Geron! —dicho eso, ambos colgaron y el antiguo ayudante de Rosè destruyó su móvil para luego continuar con sus labores comunes.

Por su parte, finalmente Mergo y Annia llegaron a la primera ciudad dentro de Mayenwa que era su objetivo. Ahí vendieron el vehículo a un medio independiente, llamaron a Acoss para que le enviara sus cosas al país vecino y tomaron un avión hacia Funwa, en donde se encontraron con el aliado que les dio los boletos que los llevaría a Vonrvus, el viejo continente, al igual que sus cosas enviadas por el diseñador.

El viaje en el aeroplano fue bastante tranquilo y sin ningún tipo de complicación. Tan pronto arribaron a Vonrvus, Mergo y Annia no tardaron en impresionarse al ver el cambio de panorama, pues el lugar era un bello continente poseedor de largos pastizales verdes, esplendidas cadenas montañosas y muchísimos mares de belleza inigualable.

Ahí el clima era sin duda diferente, y aunque era un poco caluroso, se podía respirar un aire un poco más fresco.

El único problema de los cazadores era que, ahora estando en Vonrvus, se notaba mucho la diferencia entre un cielo corroído y otro despejado. De inmediato sintieron el enorme peso y las terribles tinieblas que estaban obstruyendo los rayos del sol, así como los numerosos noxakos que sin dudas estaban por ahí libres sin ningún peso gracias a esto.

Ghalvon, el país al sur del continente, poseía hermosas ciudades un tanto modernas. Una de ellas era Ghal’kho, la cual parecía ser un lugar industrial más que cualquier otra cosa, pues había pocos hoteles y hostales donde podían quedarse los extranjeros. El más disponible era sin dudas el del aeropuerto, a donde fueron a parar los cazadores.

Una vez ahí, preguntaron al recepcionista sobre una forma de llegar a la capital del continente, a lo que él contestó que la única forma de llegar era en auto, y que era un viaje de casi diez días desde Ghalvon.

Esto desesperó mucho a Annia, misma que se apresuró en comprar un vehículo todo terreno para poder viajar hasta allá, de batería nox que pudieran cargar con orbes si es que se le acababa la energía en medio del viaje. Adquirieron bolsas para dormir, instrumentos de cocina y otras cosas básicas que sin dudas serían útiles para el camino.

Luego de tener todo listo, lo cargaron a maletas y durmieron en el hotel sin ningún tipo de complicaciones, para al día siguiente, en la mañana, acomodar las cosas en el automóvil y por fin partir hacia la capital del continente.

—¡Ah! Maldito calor. ¡Adiós, comodidad! Te voy a extrañar —lamentó Annia al ver el hotel y la ciudad con tristeza, a la par que Mergo subía la última maleta y se subía al vehículo del lado del conductor.

—¡Oye, exagerada! Ya es hora de irnos —mencionó el hombre, a lo que la cazadora, cabizbaja, hizo caso para abordar el auto y así su compañero arrancar.

Por suerte, la cara larga de la mujer desaparecería pronto, pues al ver el panorama natural del país las cosas cambiaron.

No sólo el clima era más agradable, también la vista era sumamente hermosa y era para el disfrute de ambos cazadores, pues al recorrer el sitio montados en su medio de transporte, pudieron admirar todos los milagros naturales que era Vonrvus, el gran continente verde.

—Nunca había visto tantas flores en el pasado. Todos los árboles aquí están repletos de ellas. ¡Qué bello! —comentó la chica, cosa que generó una tierna sonrisa en el cazador.

El tiempo pasó rápido, y Mergo estacionó el auto en favor de ambos bajar, encender una fogata y acomodar sus bolsas de dormir a los costados de donde tenían puesto el fuego. No sin olvidar que debían recolectar leña y cazar, algo que se repartieron de momento, hecho lo primero por Mergo y lo restante por Annia.

Las tareas fueron ejecutadas con éxito, y al regresar, el hombre se ofreció a cocinar, acción que sin dudas impresionó a la mujer.

—¿De verdad sabes cocinar bien, Mergo?

—Es en serio. En mi casa me enseñaron a cocinar desde muy pequeño. Tu siéntate y sácame platica mientras preparo la cena —aseguró el hombre al hacer dicha petición a su compañera, la cual aceptó sin respingar.

Con una habilidad impresionante, Mergo preparó los alimentos de manera delicada, hasta obtener una cena que no sólo se veía deliciosa y olía riquísimo, sino que sabía a algo hecho por un chef destacado, hecho que extrañó mucho a la mujer y alabó sin dudas al primer bocado.

Mergo, sonrojado, aceptó los buenos comentarios y se preparó a comer al lado de la cazadora, la cual aparentemente iba a querer repetir plato, pues estaba devorando todo el alimento como si no hubiera comido nada antes.

Al terminar, los cazadores se relajaron un poco mientras les daba sueño, y fue entonces que Mergo trató de sacarle un poco de platica a la mujer.

—Annia, tengo una pregunta.

—Adelante. Estoy lista para despejar tus dudas.

—¿No tienes miedo a lo que podríamos encontrar aquí en Vonrvus? Quiero decir, puede que el siguiente dragón sea mucho más peligroso y no podamos vencerlo de la misma manera como lo hicimos con el anterior.

—¡Ah! ¡Mierda! —exclamó la chica y se puso de pie de inmediato.

—¿Todo bien? —preguntó el cazador al ver que la mujer se sonrojo. Aquella respiró hondo y, con mucha pena, explicó que pasaba.

—Tengo que ir a orinar, pero no deberíamos separarnos. Geron tiene razón, nos van a empezar a perseguir. No hay que bajar la guardia —dicho esto, el hombre también se puso de pie, cosa que le generó muchos nervios a Annia.

—Estoy completamente de acuerdo. ¿Dónde lo harás? —Esta frialdad alteró todavía más a Annia, tanto que la hizo gritar.

—¡No seas tonto! ¡No quiero que me acompañes! —gritó sonrojada la mujer, confundido Mergo al respecto.

—¿Entonces qué es lo que tienes en mente?

—Y-yo… ¡Iré a orinar por allá! —señaló unas cuantas rocas cerca de unos grandes árboles que parecían ser los primeros en dirección de un enorme bosque—. Si pasa algo malo, gritaré y tú me auxilias. ¿Entendido?

—¡Perfectamente! —Una vez aclaro aquello, Mergo se volvió a sentar y Annia se retiró hasta las rocas señaladas. Dichas no estaban retiradas, y es ahí, salvaguardada por las enormes piedras, que se colocó en cuclillas, se bajó su ropa y bragas, para luego proceder a orinar.

—¡Maldito Mergo! ¿Acaso no sabe cómo orinamos las chicas? ¡Menudo virgen! —Se quejaba la mujer, hasta que escuchó algo moverse cerca de los árboles, lo que la puso nerviosa, tomada su arma rosa en mano, detenido el flujo de agua que salía de ella. —¿Qué demonios? ¿Quién anda ahí? —preguntó segura la mujer, lista para atacar, revelada la cosa detrás de la hierba alta—. ¡KYA! —gritó Annia a todo pulmón, lo que alertó a Mergo.

—¡Annia! —gritó el hombre al tomar su arma, desenfundarla y correr hacia donde estaba la cazadora. Ahí se encontró a la misma en cuclillas, con los pantaloncillos abajo y cargando un panda rojo que parecía estar jugando con ella.

De pronto, la mujer se dio cuenta de que Mergo estaba ahí cerca de ella, observándola, por lo que volteó a verlo por unos momentos, incómodamente generado un silencio al caer en cuenta ambos de lo que estaba pasando.

—…

—… —sin querer, un poco de orina salió de la mujer, lo que empeoró todo.

—¿QUÉ DEMONIOS TE PASA? ¡LARGO! —gritó la cazadora mientras disparaba azarosamente su arma, lo que hizo a Mergo cubrirse del otro lado de la enorme roca donde estaba apoyada su compañera.

—¡Te escuché gritar! ¡Creí que algo malo había pasado! —Se excusó Mergo completamente avergonzado, al igual que Annia, la cual estaba subiéndose su ropa interior y short de momento.

—¡Tenías que venir si gritaba tu nombre! ¡No seas tonto, Mergo!

—¡No especificaste eso! ¡No seas ridícula!

—¡Era obvio! ¡Maldita sea! —Se quejaba la mujer con la mano en la cara, para luego Mergo comenzar a reír, algo que contagió a Annia luego de un par de segundos. —Demonios, eso fue vergonzoso —admitió la cazadora ya un poco más tranquila, avanzó hasta donde estaba Mergo escondido y le dedicó una sonrisa apenada, cosa que fue bien recibida por el hombre.

—Lo siento. Debí preguntar antes de venir.

—No, sólo querías ayudar. Gracias por preocuparte. —Ya hecho las paces, ambos regresaron a quedarse al lado de la fogata, para luego una de las vendas de Mergo comenzar a caerse. —¡Cierto! Espera un momento —pidió Annia y fue hasta el automóvil, abrió la cajuela y una de las maletas, de donde sustrajo algo que pronto entregó al hombre en la mano—. Ten, las compré para ti —Mergo miró a lo que ahora tenía en posesión: unas vendas que la chica le había adquirido, pues aquella notó que las que llevaba el cazador sobre el rostro estaban a punto de desistir.

—Gracias. Un segundo —dijo el hombre al momento de notar a su compañera alegre—. No te lavaste las manos, ¿o sí? —Esto volvió a avergonzar a Annia, la cual apuntó a Mergo con su arma, molesta y con una mirada asesina.

—Tú quieres morir, ¿verdad? —Al ver la reacción de la cazadora, el hombre no pudo evitar reír, imitado aquello por la mujer, quien regresó a su lugar y vio cómo su compañero abría su regalo y examinaba las vendas.

Al ya sentir la textura de las nuevas y desenrollarlas un poco, pasó a retirarse las que tenía puestas. Al inicio dudo en hacerlo, mas luego empezó a desatarlas.

—Si quieres me voy, Mergo.

—No es necesario. No tengo problemas con que lo veas. —Al revelar su rostro, Annia notó que éste tenía unas horribles cicatrices sobre éste, así como el ojo de Mergo era uno aparentemente falso, lo que significaba que lo perdió en algún punto de su vida.

—Perdona por decirlo, pero ¿puedo saber qué pasó? —Esa pregunta hizo que Mergo bajara la mirada, cuyo rostro lleno de dolor se hizo presente. —¡Sí no te sientes cómodo hablando de eso, lo entenderé!

—Fue un noxako —tajó el hombre sin poder ver a su compañera—. Cuando tenía unos cinco años un noxako me atacó, me hizo esto y… —Mientras contaba aquello, el rostro de Mergo se apretó en dolor, ira y tristeza, liberada una lágrima del ojo ciego de Mergo, la cual recorrió su rostro hasta caer de él.

Annia, conmovida, se puso de pie, caminó hasta donde se hallaba Mergo y colocó su mano sobre uno de los hombros del cazador.

—Está bien. No te preocupes más. —Esas palabras hicieron que la faz del hombre recuperara un poco de brillo, a la par que una sonrisa nació desde el fondo de su corazón. —Déjame ayudarte con eso —ofreció su ayuda Annia, acción que Mergo respondió de inmediato.

—No, todavía no te lavas las manos…

—¡Cómo chingas! ¡Te voy a manosear toda la cara, ridículo!

—¡Lávate las manos, mujer! ¡No seas puerca! —Forcejearon, se siguieron y juguetearon durante el resto de la velada, hasta que la hora de descansar llegó y ambos pudieron dormir tranquilos.

## Décima Cuarta Ofrenda: Fama desbordante

Dentro de una vasta biblioteca, alumbrada únicamente por la luz que entra a través de los gigantescos ventanales que se hallan a un costado de ésta, se encontraba un hombre muy bien vestido, sentado en un banquillo plácidamente, con un caballete frente a él donde descansaba un lienzo enorme, mismo que utilizaba para plasmar una imagen a la que daba forma usando pintura de una paleta, cuyos trazos eran suavemente ejecutados con un pincel que movía de forma fluida, como si de una ligera corriente de agua se tratara.

La paz del sitio le daba a aquel artista el ambiente perfecto para poder trabajar sobre su creación. Imperturbable, él daba pincelazos y tomaba pintura a un ritmo que podría apreciarse como si fuera música, pues el ritmo que poseía al trazo era algo digno de presenciarse. Todo lo que hacía, sin dudas, era un movimiento artístico.

De pronto, aquel singular caballero de piel morena y gafas escuchó unos pasos en la suave y elegante alfombra que tapizaba el suelo, cosa que no le extrañó mucho, por lo que no volteó a ver de quién se trataba. Él simplemente continuó con su labor sin problema alguno.

—Papá, perdona por interrumpirte —mencionó la joven, cosa que no detuvo, ni descuidó el trabajo del hombre.

—Una visita tuya jamás significa una interrupción, mi pequeña. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —respondió el pintor con una voz sabia y dulce, sin apartar los ojos del lienzo o las manos de su trabajo.

—Voy a irme —confesó la chica, con algo de temor en su voz—. Lejos, muy lejos. No sé si volveré, tal vez no lo haga, al menos no en mucho tiempo. —Las palabras fueron dichas con la cabeza baja y los ojos cerrados, temerosa a la respuesta de su progenitor.

—¿No hiciste eso hace poco?

—Sí, pero esa vez fue un berrinche.

—¿Y por qué está vez no lo es? —La pregunta provocó que la chica derramara un par de lágrimas en silencio, para luego levantar el rostro.

—Porque esta vez no daré marcha atrás —prometió la joven, cosa que provocó a su padre detener su trazo.

—Danielle, siempre voy a apoyarte en todas tus decisiones, y está casa siempre te va a recibir de vuelta, no importa qué tanto erres. No tengas miedo de hacer algo que consideres lo correcto —dicho esto, el hombre giró su rostro y miró con una sonrisa a la chica, la cual miró a los enternecidos ojos de su padre.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por no ser como mis hermanos.

—No tienes que ser como ellos. Ni mejor, ni peor. Sólo tienes que ser tú misma. Debes ser la mejor versión de Danielle Basilisco que puedas ser. Es todo lo que necesitas para que me sienta todavía más orgulloso, porque ya lo estoy. —Luego de esas palabras, la chica corrió hasta abrazar al adulto, mismo que le regresó el afecto, colocadas sus manos lejos de la paleta y brocha que sujetaba.

—Muchas gracias, papá. Eres el único que siempre me ha entendido. No sabes cuánto te amo.

—Y yo a ti, así como amo a los demás miembros de nuestra familia. —Luego de eso, ambos se separaron y se vieron al rostro. —Sólo prométeme que vas a cuidarte mucho. Veo que ya sólo usas una muleta. Creo que lograrás hacerte con una prótesis sin problemas pronto. Ese es el talento que espero de mi hija. —Eso alegró mucho a Dan, la cual sonrió de oreja a oreja, para luego agradecer y despedirse, cuyo caminar se dirigió a la salida, aunque fue detenida por unas últimas palabras de su padre. —Tu madre siempre ha querido lo mejor para ustedes, para nuestra familia —esto causó un hueco tremendo en Dan, cuya expresión se transformó en una de enojo.

—No sé por qué te casaste con ella o qué le viste.

—Tal vez necesites ver más allá de lo que hay en la superficie de la mujer que demuestra ser Danya para que la entiendas mejor. En tu viaje, date el tiempo de explorar eso. Hazme ese favor, ¿sí? —pidió el artista al continuar con su obra, observado por su hija, la cual no podía negarle nada a su amado padre.

—Claro que lo haré, papá. —Al término de esas palabras, la chica abandonó el sitio, lo que dejó al hombre completamente solo.

…

El sol apenas y se encontraba asomando por el horizonte, las aves cantaban, los animales y algunas personas despertaban de su letargo para hacer sus actividades matutinas, las plantas floreaban y el viento soplaba gentilmente. El ambiente primaveral se sentía vibrante, y esto era aprovechado por Annia, pues había madrugado sin avisarle a Mergo y estaba un tanto alejada de él, pero a su vista, en donde parecía estar practicando algo.

La mujer se encontraba de pie, con las piernas separadas, los ojos cerrados y el rostro concentrado. Respiraba hondo y pronto, jaló mucho aire, levantó sus manos a la altura de sus codos con las palmas abiertas y mirando hacia arriba.

En ese momento, Annia comenzó a recordar cosas que parecían perturbarle, pues apretaba el entrecejo al hacerlo, su templada faz se veía perturbada cada vez que a su mente venían esas imágenes que le llenaban la visión de sus pensamientos, las cuales eran cada vez más fuertes.

Ella veía al dragón oscuro rugir por encima del palacio celeste, al ejército de noxakos atacarla, a muchas personas sufriendo, asesinadas por otros cazadores, por monstruos, por ella misma. Observaba el cielo oscurecerse, miles de orbes nox apagarse y encenderse como si palpitaran, primero lento, luego rápido, por último, de manera dispareja y alucinante.

Annia escuchó un rugido del dragón oscuro, sintió un terremoto que azotó el mundo entero, y luego vio la imagen de Kaito, mismo que le apuntaba con un arma y le decía unas palabras.

—*Concéntralo en el arma. Sé que puedes hacerlo. Hazlo o muere* —decía el hombre a lo lejos, cuyos ecos de voz se perdían en los recuerdos de la mujer que ya estaba sudando frío.

—Vamos… ¡Tú puedes! —Se trataba de animar la cazadora, respiraba hondo y continuaba concentrándose, lo que regresó las imágenes anteriores a su cabeza, mas está vez pasaban mucho más rápido y parecían más y más aterradoras, hasta que todas acabaron en la estatua de Dandy, la cual se agrietó sin detenerse, lo que permitió salir una luz blanca del interior de ésta.

A la par de eso, una extraña energía comenzó a ser creada frente al pecho de Annia, la cual ella no veía, pero percibía a la perfección, cosa que era justo lo que quería lograr, por lo que se concentró todavía más y se esforzó tanto como pudo, hasta que la voz de Mergo la desconcentró.

—Buenos días.

—¡AAAH! ¿Disfrutas asustarme o qué? —preguntó la mujer luego de espantarse y perder la concentración, lo que deshizo la energía reunida—. ¡Tch! Maldición… ¡Quítate esa manía de saludar a la gente por la espalda!

—Perdona, no creí que estuvieras haciendo algo importante. No fue mi intención, aunque debo confesar que es gracioso verte exaltarte así —eso fue dicho con un rostro total de paz, cosa que molestó todavía más a Annia.

—¡Ah! ¡Lo que sea! ¿Llevas mucho despierto?

—No tanto. Unos minutos, supongo. Prepararé el desayuno para ambos, porque parece que te gustó la cena de anoche.

—Sigo sin creer que eso haya sabido tan bien. Todavía creo que fue suerte, así que estoy lista para que pruebes lo contrario, sujetito —retó al apuntar a su compañero, con la otra mano en la cintura.

—Será un placer hacerlo —Una vez pasada la discusión y el desayuno que Annia disfrutó muchísimo, los dos se subieron al auto y aceleraron, acción que les puso en ruta para llegar a la capital del continente, aunque parecía que faltaba mucho para arribar al destino.

Durante la tarde, el clima se tornaba un poco más caluroso, por lo que Annia nuevamente se quejaba todo el tiempo de la sensación que se percibía en el aire, cosa que le sorprendía un poco a Mergo, pues, a comparación de Nwarvus, se sentía fresco, pero no era suficiente para la pelirosa que gritaba desear morirse.

Luego de un par de días de continuar durmiendo en la intemperie, finalmente, los cazadores llegaron, en el atardecer, a lo que parecía ser una gran metrópolis, en el país de Meivon, por lo que no dudaron en ir allá a descansar, sin olvidar de ser lo más discretos posibles para no darle pistas a Danya de su paradero.

Hubo muchas cosas que impresionaron a ambos, como lo fue la arquitectura de las edificaciones, los rasgos finos de las personas, sus extrañas y elegantes vestimentas, la vasta cantidad de árboles en las calles, y el ambiente primaveral que toda esquina poseía, al igual que los desbordantes anuncios que lo tapizaban todo, comúnmente llevando estos publicidad presentada por personas.

—¡Wow! Había escuchado que los demás continentes son tanto cultural como ambientalmente diferentes al nuestro, pero no creí que este grado. ¿Habías visto algo así antes? —Preguntó Annia al ver asombrada alrededor, acción que también ejecutaba Mergo.

—No, nunca. Esto parece sacado de un cuento de hadas o algo parecido. Se ve tan irreal.

—Lo sé. Mira toda esa publicidad y esos modelos. ¡Se ve increíble! Sí que me dan ganas de comprar esos productos que anuncian, aunque ni siquiera sé para qué son —confesaba al encontrarse completamente enamorada de los panorámicos y los posters de tamaño real que había pegados en las paredes por doquier.

Mergo observó bien los rostros de los modelos, al igual que los múltiples anuncios, para luego hacer una conjetura sobre todos ellos.

—Me parece que son todos cazadores —teorizó el hombre un tanto serio, percibido un fuerte viento por ambos, azotadas sus ropas y cabellos, al igual que muchos pétalos de los árboles floreados que se hallaban en las calles los rodeaban junto con la fuerte brisa. Al mismo tiempo, la voz de un hombre joven les habló a los visitantes.

—Efectivamente, los mejores cazadores de nuestro país son también figuras públicas que comúnmente aparecen en publicidad o programas de televisión nacional. —Cuando la persona terminó de hablar, todos los presentes se dieron cuenta que la voz provenía desde lo alto de una de las casas situadas al lado de los extranjeros, producida por un hombre joven que vestía pantalones cortos holgados, medias por debajo de estos, botines de agujetas, una bandana atada por encima de su frente y anudada por detrás de su cabeza, un chaleco abierto sin mangas que llegaba hasta las rodillas y unas muñequeras con el mismo patrón que la prenda anterior mencionada.

Además de eso, el chico mostraba su desnudo dorso y llevaba consigo una sombrilla de bambú, la cual sostenía apoyada sobre su hombro.

—¡Bienvenidos a Fengmai! Supongo que no vienen de vacaciones. —Esto hizo que Mergo y Annia adquirieran pose de batalla, pero luego se desconcentraron al ver que todas las personas alrededor se acumularon cerca del edificio donde estaba el joven, a la par que gritaban, tomaban fotos y pedían atención del mismo.

—¿Q-qué demonios significa esto? —preguntaba Annia confundida y con un tono de decepción increíble.

—Debe de ser un cazador famoso, como el de los… ¡Ahí está! ¡Míralo! —Señaló Mergo a uno de los panorámicos más grandes, donde estaba el hombre presente anunciando un perfume, vestido muy provocativamente.

—¡Vaya! Pensé que nunca se darían cuenta —comentó el cazador sonriente, algo que derritió a sus fans.

—Esto es tan raro… —explayó la cazadora al bajar sus pistolas y poner una cara de desencanto sin igual.

—No bajes la guardia —mencionado eso, Annia volvió a apuntar al cazador de la región con ambas pistolas, ya desenfundada la Palkelender y lista para ser lanzada—. ¿Acaso tienes asuntos que resolver con nosotros?

—¿Qué? ¡Claro que no! Ni siquiera los conozco —confesó el famoso, dirigida su mirada hacia su público, al cual le dedico un guiño que les hizo gritar—. Sólo estaba de paso por la zona y los vi actuar extraño. Al acercarme me di cuenta que eran extranjeros y quise saber qué hacían por acá, pues éste no es especialmente un lugar turístico, además, casi nadie quiere venir para acá gracias a la guerra, aunque nosotros no estamos realmente involucrados en ella —explicó el pelinegro, algo que les hizo bajar la guardia a Annia y Mergo.

Los cazadores del extranjero se vieron el uno al otro y decidieron creerle, pues no era lógico que el sujeto los atacara con todos sus fans ahí presentes. Bajaron sus armas y dejaron que el hombre descendiera grácilmente del techo con un sólo salto, cuyo descenso le hizo parecer tan ligero como un pétalo. Los fans del joven se abrieron para hacerle espacio, maravillados por el acto ejecutado.

—Déjenme presentarme. Soy Zhāng Chūnfēng, cazador de la capital y embajador de varias marcas que están publicitadas por todo el continente. Estoy aquí por asuntos de negocios y me encuentro en mi tiempo libre, así que todos recibirán un autógrafo si son ordenados. —Lo declarado logró que la gente hiciera una fila y que Chūnfēng pudiera firmarles a todos con una velocidad que dejó impresionados a los extranjeros, hasta que el modelo quedó libre y se reunió con ellos.

—Yo soy Annia Lawrence, de Nwarvus, y él es mi camarada, Mergo.

—Mucho gusto, Chūnfēng.

—El gusto es mío. Ahora, ¿a dónde quieren ir? Puedo mostrarles un buen hotel y excelentes restaurantes de la zona.

—Me encantaría ir a cualquier lugar que tuviera un maldito aire acondicionado.

—¡Verdad que hace mucho calor!

—¡Por fin! ¡Alguien que habla mi idioma! —celebró Annia al escuchar la declaración de Chūnfēng, algo que hizo girar los ojos a Mergo, pero no se negó a seguirlos a donde sea, con la esperanza de pasarla bien antes de continuar su cansado recorrido a la capital, aunque también pensó que podría ser una buena oportunidad para conseguir información, pues una persona tan influyente como Chūnfēng debería tener alguna idea sobre Dandy o de terribles acontecimientos que hayan pasado en una localidad en específico, ligadas a una entidad parecida a la antes abatida.

Todo aquello sólo el tiempo lo podría dejar claro, y para eso primero debía haber confianza, por lo que se dejó llevar por la corriente del cazador de aspecto pulcro y joven, cuya sonrisa animada lo hizo relajarse más de lo que podría esperar.

## Décima Quinta Ofrenda: Difamación

Luego de su encuentro con Chūnfēng, lo primero que los extranjeros pidieron al hombre es que les recomendara un buen hotel, cosa que hizo sin pensárselo mucho, a donde fueron a parar ambos cazadores a bañarse y arreglarse con la ropa que les había enviado Acoss desde Nwarvus, la cual iba acorde con las necesidades de ambos y el ambiente de moda en el continente.

Tan pronto los dos cazadores aparecieron en la recepción del hotel, Chūnfēng los alabó por sus nuevas vestimentas y los guío a su restaurante favorito, en donde él se tomó la molestia de pedir la comida que todos probarían.

Los cortes llegaron a la mesa, crudos, algo que extrañó a los invitados, más luego una parrilla en medio de la mesa fue encendida, y Chūnfēng comenzó a cocinar los alimentos, algo que hizo entender a ambos foráneos de qué trataba el asunto, por lo que imitaron al hombre con mucho gusto y curiosidad, a la par que platicaban.

—No quiero ser entrometido, pero me llama mucho la atención que algunos cazadores extranjeros vengan a nuestro continente. He escuchado de algunos que van a Hexlevus, pero no para acá desde que la guerra se extendió todavía más —comentó Chūnfēng al cocinar atentamente, algo que provocó a Annia y Mergo verse a las caras, para luego asentir.

—No estamos de vacaciones —contestó Mergo.

—¿Ah no? ¿Negocios acaso? Supongo representan una familia poderosa, una agencia o algo así.

—Tampoco es el caso. Estamos aquí por un asunto personal —extendió Annia, algo que sorprendió al anfitrión, para luego levantar la mirada y sonreír.

—¡Vienen a cobrar venganza o algo similar! ¡Increíble!

—¡No! Nada de eso —aseguró la mujer con una enorme sonrisa en el rostro, contagiado también su compañero.

—¡Vaya! Ahora sí que no tengo la más mínima idea. ¿Qué es entonces? —preguntó el hombre, para luego regresar su mirada a la carne que cocinaba.

—¿Has oído hablar de Dandy? —Esto fue dicho con algo de cautela por Mergo, cosa que hizo a Chūnfēng apretar el entrecejo confundido, para luego su rostro irse relajando en señal de recordar a qué se referían.

—¡Claro que sí! Dandy, el dragón justo, ¿cierto? —Esa declaración dejó a ambos cazadores extrañados, pues no esperaban que le cambiara el adjetivo por el que ellos lo conocían. —Era una especie de personaje infantil. Recuerdo que, cuando era pequeño, los espectáculos de títeres callejeros siempre mencionaban a Dandy, y lo mostraban como alguien imparcial y completamente honrado a la hora de tomar decisiones. Era como esta lección de siempre decir la verdad y hacerla ver la luz en todas las situaciones. Tenía hasta una canción, me parece. —Lo contado impresionó todavía más a los cazadores, por lo que no pudieron callar más.

—¿Una canción? ¿Puedes cantarla? —pidió Annia, algo que hizo reír un poco a Chūnfēng, el cual vio lo serios que estaban ambos al respecto y, en lugar de bromear, mejor les dio información que pudiera servirles.

—Siendo honesto, no recuerdo ni cómo va. No obstante, conozco a alguien que estaba obsesionado con Dandy. Tarareaba la dichosa canción antes de cualquier ensayo en los *dramas* o presentaciones en vivo, mientras se arreglaba en soledad —confesó el anfitrión, algo que hizo a ambos cazadores extranjeros verse el uno al otro confiados—. ¿Vienen a investigar sobre un personaje para niños? ¿Es eso a lo que vinieron a Vonrvus?

—No exactamente, pero sería de mucha ayuda si nos puedes poner en contacto con esa persona que sabe la canción de Dandy —explicó la chica de pelo rosa, algo que hizo pensar a Chūnfēng—. Te pagaremos con gusto el trabajo. De eso no lo dudes.

—¡Ja, ja, ja! No es necesario. No necesito dinero ni nada por el estilo. Me parece divertido y por supuesto que les ayudaré. Sin embargo, la persona que buscan vive en la capital del continente, y para llegar a él necesitamos avisar de una vez que vamos para allá. No es una mala persona, pero siempre está ocupado y… —En aquella pausa, el rostro del hombre se entristeció por unos momentos, mas luego se compuso para continuar. —¡No importa! Hablaré con él mañana temprano y partiremos luego de que me presente en el auditorio principal antes del mediodía. ¿Les parece bien? —Todo esto hizo que tanto Annia como Mergo sonrieran alegres, pues entendían que seguramente este nuevo aliado les haría el camino mucho más fácil a encontrar a aquel monstruo que tanto están buscando.

—Bueno, hay algo más que me gustaría preguntar —comentó Mergo de la nada, algo que nuevamente llamó la atención de Chūnfēng.

—Sí, dime.

—¿Has sabido del ataque de una criatura extraña parecida a los noxakos? No hablo de uno normal, sino de un monstruo de verdad. Algo mortal y peligroso. —Esto hizo pensar a Chūnfēng, el cual frunció el ceño y pensó unos segundos con la mirada baja, para luego cerrar ambos ojos, respirar y responder.

—Creo que no. He escuchado cosas, pero nada en concreto que pueda ser útil para saber qué fue o dónde ocurrió. Lo siento. —Esas palabras bajaron el ánimo de los cazadores, además de sentirse avergonzados por hacer tantas preguntas. —No obstante, conozco a alguien que podría saber algo. Y está en esta ciudad, en la misma agencia que yo. —Lo revelado alegró a los extranjeros, aunque la cara de Chūnfēng no parecía estar del todo convencido de recurrir a esta persona.

—¿Crees que podamos hablar con él? —preguntó Annia con cautela, observado el rostro nervioso y la sonrisa del anfitrión.

—Bueno, ese no es el problema… —Mientras hablaban, los tres se percataron de que se escuchaban pasos que iban hacia ellos, por lo que Annia y Mergo tomaron sus armas discretamente en forma de precaución, hasta que notaron cómo unos hombres de trajes elegantes iban hacia la mesa donde estaban, seguidos por uno que no poseía playera, sino sólo una capa blanca con una pintura a mano muy hermosa dibujada sobre ella.

El hombre alto, de tez morena y cabello corto llevaba unos botines altos, un pantalón holgado oscuro y unos guantes sin dedos muy llamativos. El sujeto de cuerpo musculoso y delgado se paró frente a los cazadores, con todos los demás hombres detrás acomodados perfectamente de manera ordenada, para luego aquel hablar.

—Buenas tardes, señor y señora —saludó a los extranjeros primero, para luego dirigirse al chico—. ¡Zhang Chūnfēng!

—Nguyên Hung gēge, justo estábamos hablando de ti —explicó nervioso el anfitrión, algo que hizo bajar la guardia a los invitados.

—¡Deja de perder el tiempo y regresa a la agencia! La presentación de mañana es importante y tienes mucho que practicar para que salga perfecta.

—¡Lo sé! Sólo vine a pasar un rato con mis nuevos amigos. Tan pronto terminemos de cenar, iré para allá —comentó el hombre ya regañado. Luego, la imponente mirada de Hung se dirigió a los invitados, los cuales se sintieron nerviosos con tan sólo ser observados por tan imponente hombre.

—Ustedes no son de Vonrvus. —Esas palabras hicieron sudar frío a ambos por unos momentos, para luego continuar escuchando lo que el adulto tenía qué decir—. Perdonen la interrupción y mis modales. Soy Nguyên Hung, cazador de la capital y representante de varias marcas que están publicitadas por todo el continente. En estos momentos estoy trabajando con Zhang Chūnfēng en una campaña de cremas cosméticas y andamos de gira. Por suerte, ésta es nuestra última parada y ya será libre por dos semanas para hacer lo que quiera. Mientras tanto, debe ponerse al corriente con sus actividades como los demás.

—¡Sí, ya lo sé, gēge!

—Entonces sé más responsable, Zhang Chūnfēng. Te espero en el estudio tan pronto termines. No vayas a desviarte. Con permiso. —Terminó de decir el hombre para luego retirarse junto con todas las personas que llevó con él, cosa que impresionó a los cazadores.

—¡Wow! Eso es tener presencia. De verdad quiero una de esas cremas que anuncian —comentó Annia al aire, con los brazos cruzados y observando a Hung irse.

—¿Estás bien, Chūnfēng? —preguntó Mergo al notar algo desanimado al joven, el cual sonrió un poco y respondió.

—Sí, es sólo que estoy cansado de esta gira. Me gustaría cazar un poco para desestresarme y regresar a jugar videojuegos a mi casa todo el día, o conseguirme una cita romántica de ensueño con alguien adorable. ¡No lo sé! Estoy cansado de ser modelo y actor. —Eso generó la pregunta obvia entre sus colegas, que no tardaron en cuestionarlo.

—¿Cómo funciona toda esa cuestión en Vonrvus? Estoy segura que hablo por los dos cuando digo que nos llama mucho la atención, puesto en Nwarvus nos dedicamos únicamente a cazar —explicó Annia curiosa, lo que hizo suspirar a Chūnfēng, quien luego contó todo.

—En el norte del país los cazadores funcionan justo como lo acabas de decir, pero en el centro y sur, las cosas son, por muy lejos, diferentes. Las agencias que entrenan a los cazadores también nos preparan para ser *Idols.* Hace tiempo se descubrió que nuestro oficio generaba mucha admiración de las masas, por lo que era fácil vendernos como producto a las personas del país con bajos recursos o que tuvieran un familiar cazador que les haya proveído de lo suficiente durante un tiempo y estén ya cómodos con ese dinero. El objetivo es generar más cazadores para crear nuevamente escases entre estas personas que ahorraron y están ya bien.

—Eso es… cruel. Conozco muy pocas personas en Nwarvus que ahorran y viven bien con algunos orbes, pero nadie los molesta —agregó Annia, mortificada.

—Acá es diferente. La gran mayoría de personas, en algún punto, reunió buen dinero con los orbes y se quedó tranquila de hacer su vida normal, sin necesidad de seguir cazando. Eso creó un estancamiento económico alrededor de los orbes, por lo que ahora los cazadores de alta gama también somos *Idols* que hacen a la gente gastar en nosotros, para que tengan la necesidad de seguir cazando al ver nuestro ejemplo y consumir así nuestro material. Estos cazadores sin entrenamiento son los que están trayendo orbes continuamente y moviendo la economía junto a nosotros de manera indirecta.

—Entonces, ¿cuándo cazan?

—Al inicio. Primero hacemos un par de *dramas* para televisión. Otros cantan y bailan en grupos, modelan o hacen cosas similares. Cuando llegamos a cumplir 22 años, nos envían a cazar en grupos de manera forzosa durante dos años, y regresamos con muchas ganancias que nos aseguran la vida por al menos treinta años, pero debemos seguir trabajando en las agencias como modo de pago por el entrenamiento y los cuidados de los dos años de caza. Así hasta que podemos jubilarnos a los 60 años, aproximadamente. —Lo contado dejó a ambos cazadores sin palabras, más a Mergo, quien no podía creer lo diferente que todo era en ese continente.

—¿Qué edad tienes, Chūnfēng?

—26 años. Gēge tiene 35 y ha hecho un gran trabajo representando nuestra agencia. Es muy conocido y admirado por todo el continente sin falta. —La información hizo que ambos cazadores sintieran un gran respeto por el hombre que acababa de estar con ellos. —¿Ustedes qué edad tienen?

—Yo tengo 32. No sé qué edad tenga Mergo.

—28 recién cumplidos. No estamos muy lejos tú y yo, Chūnfēng.

—Es verdad —respondió alegre el chico.

—¿Quieren decir que soy una anciana, malditos? —preguntó molesta Annia, pero de forma jocosa, algo que puso un mejor ambiente en la mesa, para luego continuar con la comida hasta que todos quedaron satisfechos. Pidieron la cuenta y Chūnfēng se ofreció a pagar por todos, continuada la velada con una caminata hacia el hotel donde se hospedaban ambos cazadores de Nwarvus.

En el camino, los extranjeros se maravillaron con lo viva y moderna que se veía la ciudad en el horario nocturno. Había mucha gente todavía en las calles, la mayoría aparentemente enfiestada, otra que se notaba estaba saliendo de sus trabajos, y otros más se veían listos para iniciar jornada.

Los anuncios, ya de por sí en el día eran ostentosos, en la noche era imposible pasar de ellos, sobre todo de los panorámicos, protagonizados por Chūnfēng y también Hung, al cual ya distinguían ambos foráneos.

Después de muchas risas y andar paseando, los cazadores llegaron hasta el hotel, en donde se despidieron momentáneamente de Chūnfēng, mismo que agradeció la compañía e invitó a ambos a ir a la presentación que tenía el día de mañana, de donde partirían hasta la capital sin problemas ni interrupciones, o al menos eso aseguró el más joven de los tres.

—Ahí estaremos sin falta, amigo.

—¡Sí! Tenlo por seguro —respondieron Mergo y Annia respectivamente, algo que alegró muchísimo al menor.

—¡Muy bien! Descansen y nos vemos mañana en la tarde. ¡Zàijiàn! —Luego de eso, ambos cazadores entraron en su habitación, y antes de irse a dormir, conversaron un poco de todo lo que aprendieron ese día.

Parecía que todavía no podían procesar del todo las grandes diferencias culturales que se vivían dentro del continente, sobre todo el hecho que los cazadores como lo eran Hung y Chūnfēng no tenían nada de libertad hasta ya una edad muy avanzada.

Annia, en parte, comentaba que estaba bien, porque sólo eran dos años de caza, lo que les aseguraba una vida larga a la mayoría, al no tener necesidad de seguir arriesgándose en dicha labor. Por otra parte, Mergo mencionaba que había gente como Chūnfēng que definitivamente prefería seguir cazando con tal de tener más libertad, aunque eso significara arriesgar tu vida.

Las opiniones estaban algo dispares, mas no llegaba a un desacuerdo tal que los dejara enemistados.

Los dos decidieron dejar el asunto, al menos por ese día, e irse a dormir de una buena vez, pues saldrían sin falta al día siguiente y no querían perderse la presentación de su nuevo amigo, el cual estaba sin duda ganándose el cariño de ambos extranjeros.

Al regresar hasta el estudio donde estaban practicando para la presentación del día siguiente, Chūnfēng fue recibido por Hung, pues estaba esperándole en el lugar de manera un tanto impaciente.

—¡Tardaste mucho, Zhang Chūnfēng! —reclamó el hombre, a la par que el cazador menor se retiraba sus prendas y se colocaba otras que estaban ahí puestas ahí para él, enfrente de todos los presentes que iban a ayudarle a todo.

—¡Duìbùqǐ, gēge! Hace mucho que no conocía nuevos amigos. Sólo quería pasarla bien un rato. —Se excusó el pequeño al arreglarse, cosa que no convenció al hombre.

—No quiero sonar entrometido. Tú sabes lo que haces, pero te pido no sólo como tu representante y compañero, sino como tu amigo, que tengas cuidado con quien te juntas —explayó el hombre preocupado, algo que molestó un poco al menor.

—¿Nunca vas a dejar de recordármelo? ¿Cuándo va a parar? —preguntó con una voz molesta, dada la espalda a Hung al pronunciar esas palabras.

—Perdona, es sólo que me preocupo por ti, Zhang Chūnfēng.

—¡Xièxiè! ¡Vamos a empezar! —Declarado eso, todos tomaron sus posiciones y el ensayo comenzó sin más demoras.

## Décima Sexta Ofrenda: Cazadores idóneos

Annia se encontraba en su habitación, plácidamente dormida y roncando como es habitual. Cosa que fue interrumpida súbitamente, junto al cambio de su rostro, lo que indicaba que estaba pasándole algo incomodo, algo que perturbaba su sueño.

Dentro de su mente veía claramente su pasado. Observaba su hogar en Nwarvus, a sus padres felices y a sus dos hermanos mayores jugando. Annia tenía cinco años, y se hallaba feliz con sus muñecas, les cortaba el cabello y les hacía cortes parecidos a los de artistas de *rock,* mientras reía y pintaba con acuarelas los rostros y pelo, así como el cuerpo de los juguetes.

—*¿Otra vez haciendo estrellas de rock, mi niña?* —preguntó la madre a la pequeña, la cual asintió alegre.

—*Ellas van a dar un concierto en Qwinbakvus, y con la música, toda la gente dejará de estar enojada y no habrá más guerra.* —Sus dulces palabras provocaron ternura en su madre, la cual acomodó su cabello también pintado y le dio un beso en la frente.

—*Sí, mi niña. Pronto va a estar la comida. Por favor, cuando te llame, vienes* —dicho eso, la mujer se puso de pie y salió de la habitación.

Luego de un rato, la niña se recostó, cosa que le hizo quedarse dormida involuntariamente, con sus muñecas en mano y su puerta cerrada. Pasó algo de tiempo, tanto que la pequeña Annia despertó al sentir hambre, por lo que ésta se puso de pie y salió de su habitación, corrió a la sala gritando el nombre de su madre y buscándola con la mirada.

Algo había sucedido. La casa estaba completamente destrozada. Cada rincón del hogar tenía algo destrozado, marcas de garras en las paredes e incluso sangre en algunas partes, lo que atemorizó a la niña, empezado su llanto antes de siquiera saber qué era lo que ocurría.

Al llegar a la cocina, detrás de la mesa, se escuchaba algo moverse, además de un sonido chicloso, como si se estuviera masticando algo continuamente. Annia observó la escena con cuidado, y lo que encontró fue a su madre en el suelo, muerta, cuyas entrañas estaban siendo devoradas por un noxako de aspecto inolvidable. Uñas largas, mandíbula extremadamente grandes y cuentas de los ojos vacías era parte de la apariencia infernal de la aberración.

Al escuchar el llanto de la menor, la criatura se detuvo y volteó hacía de donde provenía el sonido, por lo que comenzó a reír de una manera que se podría describir demoniaca. Annia cayó al suelo, paralizada por el miedo, con lágrimas en los ojos y su corazón a punto de salir de su pecho.

—Ma-mamá… ¡Mamá! ¡Papá! ¡Adán! ¡Félix! ¡Ayuda! —gritó desesperada el infante, sin recibir respuesta alguna, a la par que aquel ser se paraba en dos piernas, revelado lo lánguido y alto que era, con un estomago notablemente más ancho que su esquelético ser.

Las risas del monstruo no paraban, así como se acercó a Annia agachándose, la envolvió con sus garras y abría la boca para tragársela de un tajo, sin cesar el llanto de la menor, observada la profunda garganta del demoniaco ser que estaba por tragarla.

—Ayuda… Papá… Mamá… Por favor… Alguien ayúdeme —decía entre sueños Annia, perlada en sudor frío, brotadas lágrimas de sus ojos a pesar de estar dormida.

De pronto, tanto la niña del recuerdo como la adulta gritaron, a la vez que aquel ser se detenía, comenzaba a inflarse y estallaba de un momento a otro, lo que generó un orbe nox y dejó bañada la niña en restos del monstruo, paralizada por el suceso.

—*¡Hay una niña! ¡Ricardo, hay una niña aquí!* —gritó la voz de un joven, mismo que se acercó hacia Annia—. *No temas, pequeñita. Vamos a sacarte de aquí* —mencionó el adolescente con un extraño acento extranjero, respondido por su aparente compañero, un muchacho todavía más joven que él, mismo que también parecía no ser de Nwarvus.

—*¡Déjala, Morgrem! ¡No podemos cuidarnos la espalda y a ella también!* —decía el chico de cabello hasta debajo del mentón, mismo que parecía estar combatiendo noxakos fuera.

—*¡No voy a dejarla aquí para que muera! Ven, pequeña. Salgamos de aquí* —dicho eso, Morgrem tomó a Annia con ambos brazos y la recargó sobre su hombro con sus manos sobre su espalda.

—*La próxima vez yo elijo a dónde vacacionar.* —Se quejó Ricardo al ver cómo su amigo salía de la casa de la niña.

—*¡Esta bien, nena! ¡Vámonos!* —aclarado eso, Annia pudo ver cómo la zona completa estaba destrozada, al igual que el muro cercano que los protegía del exterior había sido demolido, lugar por donde los noxakos estaban accediendo.

—Annia… ¡Annia! —gritaba Mergo, hasta que la mujer despertó en brazos de su compañero. Dicho se hallaba en su habitación, a poco tiempo ya de ser la hora en la que ambos despertaban, preocupado por los gritos de la mujer.

—¡Mergo! ¿Qué pasó? ¿Qué haces aquí? —preguntó Annia desconcertada y agitada.

—Tuviste un terror nocturno.

—¿Un qué? —Luego de un suspiro, Mergo explicó.

—Son pesadillas tan intensas que tienen repercusiones en tu estado físico. Puede ir desde gritos, sonambulismo y hasta convulsiones. Son peligrosos en muchos casos, puedes vomitar y ahogarte sin darte cuenta, además que entras en un estado de mucho estrés. —Lo dicho dejó a Annia más tranquila, pero un poco mortificada a la vez.

—Ya veo, tiene nombre.

—¿Hace mucho que los tienes?

—Desde niña. Mis compañeritos idiotas de cuarto siempre se quejaban de ello, al igual que Kaito —confesó la chica, algo que hizo a Mergo hacer una pregunta que tenía atorada desde hace tiempo.

—Kaito Zhou. ¿Qué era tuyo? —La pregunta sin dudas hizo cambiar la expresión de Annia a una de fastidio.

—Así es, «era». Ya no es nada —replicó la mujer, para luego ponerse de pie—. Ya hay que comenzar nuestro día. Le prometimos a Chūnfēng ir a verlo y eso haremos.

—Cierto. —Luego de eso, ambos se pusieron de pie, se arreglaron e hicieron sus ejercicios de siempre. Annia practicó nuevamente con aquella extraña luz y logró lo que ella consideró un avance, para luego reunirse con su compañero y salir hacia el evento de Chūnfēng.

Aquello iba a ser celebrado en la plaza principal del centro comercial más grande de la ciudad, donde ya mucha gente estaba reunida plácidamente y en espera a los organizadores, así como los modelos.

Annia y Mergo tomaron asiento entre toda la gente, se les dio unos abanicos de mano para moverlos cuando salieran sus modelos favoritos y entre otras cosas. Las fans de los hombres eran muy dedicadas y se portaron muy amables con ambos, les preguntaron que quienes eran sus *bias,* término que adjudica a tu chico favorito. Ambos respondieron que Chūnfēng, por lo que les dieron pulseras, bandanas y camisas con el rostro del hombre, cosa que Annia gustosa usó de momento. Mergo sólo observó extrañado.

Al ya ser la hora, el escenario se encendió en luces, la música inició y luego de unos bailarines hacer un pequeño *performance* y anunciarse el producto principal, apareció Chūnfēng junto con otros cinco muchachos, mismos que cantaron una canción en el idioma original de Vonrvus.

Casi todo el público, la mayoría mujeres, cantaron al unísono de los jóvenes cazadores, aplaudieron y movieron los abanicos al ritmo de la música, algo que impresionó a ambos extranjeros y que sorpresivamente fascinó muchísimo a Mergo, por lo que se colocó la camisa e imitó a las muchachas, notado aquello por Chūnfēng y dedicándoles a sus nuevos amigos un par de guiños en medio el espectáculo.

Al final, todos aplaudieron y apareció Hung saludando a los presentes y tomando la voz con los muchachos detrás de él alineados, incluido Chūnfēng.

—¡Bienvenidos a la pequeña presentación de nuestro grupo juvenil del momento! ¡*Hunteen*! —Esto provocó que las espectadoras hicieran mucho escándalo, pues parecían encantarles el grupo. —Agradezco a los increíbles patrocinadores que nos han traído de gira todo el año. *Galactic Face,* el cuidado del rostro fuera de este mundo y sus nuevas cremas de uso diurno y nocturno: *Day caring* y *Night caring.* Para que el rostro tenga una piel suave y de ensueño. También agradecemos a *Hangukon,* la marca de telefonía con mejor alcance de todo Vonrvus y el mundo. Cuyas redes telefónicas llegan hasta lugares inimaginables. Las líneas aéreas de Hangukon están por todos lados. Finalmente, agradecemos a *Shui Green* y sus nuevas bebidas *Y-Cola y Z-Cola*. Los mejores sabores de refresco jamás antes vistos. ¡Gracias a todos! —Luego de ese enorme comercial, nuevamente las chicas hicieron un escándalo para después cada chico agradecer a los fans y dedicar unas palabras.

Los muchachos recibieron muchos aplausos y gritos de emoción, declarados sus experiencias durante el tour hasta en ese momento, cosa que parecía tenerlos agotados y contestos. Al final, Chūnfēng fue el que terminó de hablar.

—¡Muchas gracias a todos por estar acá! Me siento muy afortunado y bendecido por este año y todo lo que mis compañeros y yo hemos logrado. ¡Gracias Gēge! Sin ti, no estaríamos aquí. Nos has cuidado mejor que nadie y de verdad has llenado nuestros corazones de mucho amor. ¡Eres el mejor! —Esto hizo que Hung se sonrojara un poco y todas las chicas gritaran a coro el nombre del mayor, cosa que también hicieron Mergo y Annia, llevados por la emoción del momento.

—Como ya saben, todo lo bueno tarde o temprano debe de acabar, y es ahora cuando cerramos esta presentación con una canción más de los muchachos. Esta semana que estuvimos aquí trabajando con las marcas fue espectacular y este evento gratuito es nuestra forma de decirles a todos ustedes: ¡Gracias! —dicho eso, una canción que tenía mucho la palabra «Thank you» y «Xièxiè» fue recitada por los muchachos, una que era más calmada y como una balada, donde no hubo baile, sólo interpretación.

Al final, cada uno de los cazadores hizo una demostración de sus habilidades, finalizada por Chūnfēng, quien creó un montón de pétalos rosados que rodearon el escenario y las gradas, lo que llegó hasta Mergo y Annia, sujetados los pequeños objetos, desvanecidos en las manos de ambos.

—Entonces él lo provocó esa vez. ¿Qué crees que sea? ¿Una ilusión? —preguntó la pelirosa.

—No, me parece que es un tipo de energía. Se sintió un poco cálida al tacto —dicho eso, el espectáculo terminó, y todo mundo abandonó el sitio casi de inmediato.

Los cazadores decidieron esperar ahí mismo al joven, pues parecía que se iban a quedar solos al fin de cuentas, lo que sería más accesible para el artista, ya que nadie imaginaría que iría a las gradas a encontrarse con alguien.

—¡Ey! Alguien me avisó que seguían aquí. Fue inteligente hacer esto en lugar de ir a buscarme. Hay muchos guardias en la entrada trasera, incluso dentro de los camerinos —explicó el muchacho al momento de arribar, con una ropa similar a la que llevaba el día anterior, pero en su chaleco había un diseño de flores de cerezo.

—¡El espectáculo estuvo de lujo! ¡Y fue gratis! ¿Cuándo vuelves a presentarte? —preguntó emocionado Mergo, visto con impresión y algo de decepción por Annia.

—¡Je, je! ¡Xièxiè! Para su desgracia, y mi fortuna, hasta dentro de un mes. Habrá mucho tiempo libre hasta entonces —respondió Chūnfēng apenado—. ¡Wow! Hasta están usando una playera con mi rostro. Veo que *Teenie* les regaló artículos para que combinaran con el público. —Al mencionar eso, Mergo se sonrojó y se retiró las cosas.

—S-sí. No queríamos ser groseros —expresó el hombre con la mirada apartada, seguida una pregunta de Annia.

—¿*Teenie?*

—Así se hacen llamar nuestras fanáticas. Son buenas chicas y chicos la gran mayoría. Estoy orgulloso de decir que hemos hecho felices a muchas personas con nuestra música —comentó alegre el chico.

—Entonces ya somos parte de *Teenie.* Algo me dice que debería darme vergüenza. —Lo último Annia lo dijo en voz baja para sí misma, decepcionada.

—¡Bueno! ¿Ahora a dónde vamos o qué haremos? —cuestionó el más joven, cosa que levantó el ánimo a ambos cazadores gracias a su buena energía.

—¿A dónde más? A la capital. Es hora de encontrarnos con ese conocido tuyo que sabe sobre Dandy. ¡Al *Dandymovil*! —exclamó Annia con mucha emoción y lanzando su puño al aire.

—¿Dandymovil? —preguntaron tanto Mergo como Chūnfēng, cosa que avergonzó a la chica.

—Bueno, creí que sonaría *cool.* ¡Vámonos ya, puta madre! —Luego de eso, los tres fueron hasta el hotel donde se hospedaban los cazadores, tomaron sus cosas y se pasaron hasta el lugar donde estaba quedándose Chūnfēng, el cual tomó sus cosas y se despidió de sus compañeros de grupo.

Al final, el chico encaró a Hung y habló con él sobre lo que planeaba hacer. El hombre, preocupado, no hizo otra cosa más que escucharlo, para luego responder.

—Zhang Chūnfēng, estoy consciente que eres alguien responsable e inteligente. Confío en que sea lo que hagas, vas a hacerlo bien. Sólo asegúrate de ir con cuidado y no bajar la guardia nunca —aconsejó el hombre al hacer una pequeña reverencia al pequeño, respondido por el menor con la misma acción, pero de 90 grados.

—¡Gēge! ¡Gracias por todo! ¡Nos vemos dentro de un mes! —declarado eso, el hombre abandonó feliz el lugar y se reunió con Annia y Mergo, recibido con mucha alegría y observados desde un piso alto del hotel por Hung.

A la salida de la ciudad, abordado ya el transporte donde se irían por Annia y Chūnfēng, Mergo empacó las cosas de todos y pensaba ir al volante, mas luego se le ocurrió una mejor idea.

—¡Chūnfēng! Creo que tú deberías ser el que maneje. Estoy seguro que podrás guiarnos mejor hasta la capital que un mapa. —Esas palabras enternecieron el corazón del menor, mas luego hizo una declaración un poco vergonzosa.

—Bueno, es que hay un problema con eso.

—¿No sabes conducir?

—No es eso, Annia jiějiě —dijo el chico apenado.

—¿Entonces? —Después de la interrogante de Mergo, ambos vieron al joven desconcertados, lo que hizo que se colorara de los nervios y la vergüenza, para luego responder con un pequeño grito.

—¡No sé cómo llegar a la capital! —Esto provocó un silencio incomodo, mas luego ambos rieron, dadas unas palmadas en la espalda del pequeño por Annia.

—¡No te preocupes! Tenemos un mapa.

—¿Y sí mejor yo los llevo? —Esto fue dicho por otra voz, misma que vino desde detrás de todos.

—¿Gēge? ¿Qué haces aquí? —cuestionó Chūnfēng al ver que se trataba de Hung.

—¿No es obvio? Quiero ayudarlos a cumplir con su misión. Si son amigos de Zhang Chūnfēng, son aliados míos, y creo que es inapropiado no ayudarlos cuando puedo —explicó el hombre sin camisa y capa dorada, llevado unos pantalones entallados que parecían estar conformados por escamas de oro, mientras que en el hombro derecho de Hung estaba lo que parecía la cabeza de un dragón—. ¿Qué dicen, colegas? —Annia y Mergo se vieron el uno al otro, después vieron la cara de Chūnfēng y su evidente deseo. Obviamente quería que los acompañara Hung, por lo que aceptaron.

—Adelante. ¡Bienvenido a bordo! —afirmó alegre Mergo.

—Entre más seamos, mejor —declaró Annia, cosa que provocó al hombre mayor dar un salto y caer en el asiento del piloto.

—¡Todos a bordo! —Los cazadores abordaron y se acomodaron, alegres—. Siguiente parada: Vonzenor —declarado el destino, el auto arrancó y los cazadores partieron al norte.

## Décima Séptima Ofrenda: Confianza

El día era bastante caluroso, la carretera larga y el viento un tanto fresco, mas no lo suficiente para ignorar el sol que estaba pegándoles en la cara a los cazadores, mismos que estaban callados al andar en el auto que continuaba conduciendo Hung, el cual no apartaba la mirada del camino, con Annia de copiloto, cuyo rostro de cansancio y fastidio era evidente.

Mergo no sabía qué decir, y hace rato que se había creado un silencio incomodo después de que Chūnfēng contara muchas cosas durante casi cuatro horas. Luego de eso él decidió guardar silencio para ver si alguien comentaba algo, pero parecían muy tensos.

—¡No aguanto más! —gritó Annia al llevarse las manos a la cabeza y erguirse en su asiento.

—Aquí vamos —condenó Mergo al verla.

—¡Hace demasiado calor! ¿No podemos parar en alguna ciudad cercana o algo para que pueda refrescarme en una habitación con aire acondicionado en modo polar? —Se quejó la chica, lo que hizo reír a Chūnfēng y Hung.

—Es cierto, hace demasiado calor el día de hoy —secundó el mayor, para luego Annia notar que efectivamente estaba sudando mucho.

—Odio este clima. Entre más vayamos al norte, más calor hace. Es un fastidio —ultimó el más joven, cosa que alegró a la cazadora.

—¡Por fin! Más gente que tiene sentido común. No como otros. —Al decir eso, la chica miró con desprecio a Mergo, el cual se molestó mucho al notar aquello.

—¡Ustedes son unos exagerados! Los tres tienen descubierto el abdomen. Incluso Hung no tiene camisa, no deberían estarse quejando con el viento que hace —replicó Mergo, algo que hizo reír a todos los demás. Luego, el mayor comentó algo sobre eso.

—Eso es cierto. El viento está ayudando mucho a que no estemos muriendo, pero sí estaría bien hacer una parada en una ciudad cercana antes de atravesar hacia la capital.

—¿Ya vamos a llegar? —preguntó impresionado Mergo, cosa que respondió de inmediato Hung.

—Sí, mañana mismo llegaríamos a la ciudad centran de Vonzenor. ¿Vamos hacia un lugar en específico? —La pregunta del hombre hizo que ambos cazadores foráneos vieran al menor, quien respondió de inmediato.

—Al auditorio *Sakura.* Vamos a ver la presentación de ese día. —Eso confundió un poco a los extranjeros, e hizo que Hung hiciera un gesto un tanto serio. Parecía que no le agradaba del todo la idea.

—Está bien. Hay que apurarnos entonces. La presentación es mañana en la noche. Creo que podemos llegar a medio día si vamos directo y acampamos.

—¡Ah! ¡Maldita sea! Temí que dijeras eso. —Se quejó Annia, lo que le regresó la sonrisa al conductor.

—No te preocupes. La noche en este lado de Vonrvus es muy fría. Vamos a dormir bastante bien y sin problemas. —Ese no era el problema, sino que Annia sabía que debían hacer guardias en la noche dos de cada equipo medio turno y la otra los restantes, por lo que no descansaría bien.

—*Okay*. Gracias por preocuparte, Hung —la mujer se cruzó de brazos y suspiró.

Pronto llegó la noche, y luego de un camino bastante caluroso y agotador, los cazadores se reunieron alrededor de la fogata que encendieron Annia y Mergo. Hung y Chūnfēng cazaron un par de conejos que procedió Mergo a cocinar, aunque él no comió de ellos, pues es vegetariano, a diferencia de los demás que disfrutaron de la buena sazón del hombre a pesar de no haber probado el animal.

—¡Está delicioso! ¿Cómo es posible que puedas prepararla tan bien si no te gusta? —preguntó emocionado Chūnfēng, cosa que sonrojó un poco a Mergo.

—Mi madre me enseñó a cocinar todo tipo de platillos. Le preocupaba que me casara con una mujer que no supiera cocinar y le gustara la carne. Por eso me instruyó para preparar de todo. —Esas palabras fueron dichas con mucha nostalgia y alegría, algo que llenó de calidez el corazón de todos.

—Estoy segura que está muy orgullosa de ti —comentó Annia, para luego levantar la mirada Mergo y sonreírle.

—Supongo que lo está —dijo con una frágil sonrisa que denotaba cierta tristeza.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Hung, curioso.

—Sí. Dos hermanas mayores y un hermano menor.

—¿Y alguno sigue viviendo con tu mamá o son todos cazadores?

—Todos están muertos. —Aquello dejó a los presentes sin palabras, especialmente a Chūnfēng, quien hizo la última pregunta.

—Yo… ¡Duìbùqǐ! ¡Lo siento mucho! No sabía…

—Descuida, no pasa nada. Es normal que asumamos cosas así. No es tu culpa —aseguró Mergo con el mismo rostro melancólico que tenía desde que comenzó a hablar de eso.

—No, fui muy entrometido. Esas cosas no se preguntan a la ligera y… —Antes de continuar, Annia tomó a Chūnfēng del brazo, lo que llamó su atención e hizo callar.

—Ni siquiera yo lo sabía. No había forma de que nos enteráramos. Mergo es una persona muy reservada, es normal —explicó la mujer, lo que tranquilizó al menor—. Gracias por compartirnos eso. Creo que hablo por todos cuando digo que lamentamos enormemente tu perdida y esperamos tengas pronta conciliación. —Esas palabras hicieron que una pequeña lágrima cayera del ojo descubierto de Mergo, a la par que sonreía plenamente.

—Gracias. —Luego de eso, la cena continuó normal. El tema fue cambiado por Annia, la cual preguntó a los otros por su familia, cosa que respondieron que estaban en su mayoría bien, para al final regresar la pregunta a la chica, cuya respuesta fue igual a la de Mergo, mas ella se veía muy tranquila al respecto.

La cena acabó, todos recogieron sus cosas y se acomodaron alrededor del fuego, Annia y Chūnfēng un tanto alejados de éste porque tenían calor, mientras que Hung y Mergo se quedaron despiertos para hacer la primera guardia, sentados uno al lado del otro.

Luego de un rato, tanto Annia como Chūnfēng iniciaron un dueto de ronquidos que hizo a ambos hombres reír mucho, a su vez, esto rompió el hielo que había entre ambos, por lo que comenzaron a platicar.

—Veo que quieres mucho a Chūnfēng —comentó el extranjero, sin dejar de ver al pequeño—. Se nota que es muy buen muchacho. Supongo estás muy orgulloso de él. —Lo declarado consiguió cambiar el rostro de Hung a uno de impresión, a la par que veía la cálida sonrisa que tenía Mergo al ver dormir al chico.

—¿Te recuerda a alguien?

—Sí, a mi hermano Paarl. Era justo cómo él y, siendo honesto, lo extraño muchísimo. Ver a Chūnfēng me hace un poco feliz. —Esas palabras suavizaron mucho a Hung, pues desconfiaba muchísimo de los extranjeros, razón por la que decidió acompañarlos en el viaje, mas ahora estaba empezando a cambiar ese sentimiento.

—Yo tenía una aprendiz cercana, de la edad de Chūnfēng, que falleció hace tiempo. Por eso puedo entender cómo te sientes. —Aquello llamó la atención de Mergo, dirigida su mirada ahora al mayor, pues su voz triste resaltaba el dolor que sentía en aquel momento. —Un día nos llegó la noticia de que falleció y nos destrozó el corazón. En ese entonces, Chūnfēng y otro aprendiz, que también era cercano a ella, eran muy felices. No había momento en el cual dejaran de sonreír, ni siquiera por un segundo. Era un trio de amigos inseparables. Fue una tragedia. —La historia lastimó el corazón del hombre, cuya apariencia dura y fuerte se quebró, pues rompió en llanto. Su rostro se llenó de coraje y tristeza de un momento a otra al contar aquello.

—¿Tú cómo te sientes?

—Destrozado. Ni siquiera supimos qué sucedió exactamente. Y aunque no parezca, algo dentro de todos nosotros simplemente se quebró. Kosuke fue el más afectado, tanto así que se apartó de nosotros, se unió a otra agencia y desde entonces no hemos sabido casi nada de él. Por nuestra parte, he tratado de proteger tanto como puedo a Chūnfēng. Estoy detrás de él todo el tiempo y me aseguro que siempre tenga gente a su lado para que no vuelva a suceder algo así —Hung se limpió las lágrimas, suspiró y terminó de hablar ya más tranquilo.

Mergo deseaba preguntar qué fue exactamente lo que le había pasado a la otra cazadora, mas no encontraba las palabras. Sentía que sería ser muy insensible profundizar en ello.

—¿Cómo se llamaba?

—Han Seo Hyun. Era una cazadora excepcional con el poder de controlar el viento. Junto a Chūnfēng y Kosuke, eran invencibles, no había noxakos o cazador que les pudiera hacer frente. Al menos así lo fue. —Al terminar, el hombre miró hacia el cielo. Trataba de buscar algo instintivamente, mas no hallo nada en él.

—Pronto las verás. Te lo prometo. —La declaración impresionó a Hung, para luego voltear hacia Mergo, mismo que le estaba dedicando una enorme sonrisa.

—Quiero hacerte una pregunta seria.

—Sí, dime. —Después de una pequeña pausa y de tener la mirada en el suelo, Hung levantó los ojos y, muy serio, preguntó a Mergo.

—¿Piensas casarte y tener familia? —Eso dejó sin palabras al hombre, continuada la conversación por el mayor. —Dijiste que tu madre te enseñó a cocinar por miedo de que tu esposa no supiera. Cuando mencionaste ese detalle, me pareció sentir algo de deseo en esas palabras —comentó el hombre y esperó a ver qué decía Mergo ante eso. Dicho sonrió y hasta rio un poco antes de decir algo.

—Es cierto. Es algo que nunca le he dicho a nadie. Bueno, no es que tenga muchos amigos en realidad. La persona más cercana a mí ahora podría decirse es Annia, mas no compartimos mucho. Ni siquiera sé si me considera un amigo o algo así.

—¿Tú la ves como una amiga?

—No lo sé. He perdido a tantas personas queridas que me da miedo sentir más por alguien. Quiero que sea mi compañera hasta el final porque creo que hará el dolor menos intenso si sucede algo. También para ella si yo perezco. —Esa confesión consiguió hacer reír a Hung. —Crees que soy un tonto, ¿no?

—No, sólo muy ingenuo. —La respuesta molestó a Mergo, mas luego continuó el mayor, respondiendo. —No importa qué tanto lo evites, terminas amando a personas buenas como Chūnfēng, Kosuke, Seo-Hyun o Annia. Incluso, podría decir que no podría evitar quererte, amigo. —Eso consiguió que un rostro de impresión se formara en Mergo, para luego cambiar a uno lleno de felicidad.

—Gracias, Hung. Tienes razón. —Al decir eso, una alarma sonó, por lo que Annia y Chūnfēng despertaron, pues era su turno de hacer guardia.

Los otros cazadores se dieron las buenas noches de manera afectiva, lo que extrañó a los que se acababan de despertar, mas les importó casi nada, pues se pusieron a platicar de qué habían soñado y a reír, callados por Hung por escandalosos.

El amanecer llegó, todos desayunaron, se arreglaron y partieron hasta la ciudad principal del país capital Vonzenor. Ahí, Chūnfēng se apresuró a ir hasta el enorme auditorio Sakura, ayudado por Hung para que los dejaran pasar sin muchos problemas, lo que mortificó al mayor, pues temía qué era lo que pensaba hacer su pequeño amigo.

Ya una vez dentro del lugar, el menor los guío hacia los camerinos, y fue ahí donde Hung lo detuvo, pues era más que obvio hacia dónde se dirigía y a quién pensaba ver.

—¿Es en serio? ¿Sabes quién está ahí? —reprendió el mayor al tomar del brazo a Chūnfēng.

—Sé perfectamente quién está, gēge —contestó el pequeño, cuyo rostro se notaba lleno de estoicismo—, mas no puedo estar evadiendo esto. Quería una oportunidad, una excusa para hablar y ellos me la dieron. No puedo perderla —explicó el chico, cosa que extrañó e incomodó a los extranjeros.

—¿Excusa? —mencionó Annia, señalada a sí misma con un rostro de decepción.

—¿Estás completamente seguro? —Aquella pregunta con la mirada a los ojos no hizo dudar al chico, por lo que Hung lo soltó y suspiró profundo. —Espero sepas lo que haces. —Ya declarado eso, todos se dirigieron a los camerinos del lugar, donde la seguridad volvió a dejarlos pasar gracias a Hung.

Ya adentro, Chūnfēng buscó entre los camerinos el de la persona que ayudaría a los cazadores, hasta que, finalmente, dieron con el sitio, el cual era un vestidor con espejos llenos de luces y mesas enfrente de ellos para arreglarse.

En una de las estaciones, solitario, estaba un joven frente al espejo, aparentemente concentrado en arreglarse, de cabello corto negro, con una especie de soga amarrada alrededor de su cabeza y frente, portado un *yukata* de color azul grisáceo con figuras de dragones y montañas, muy bello.

—Finalmente, un cazador que usa camisa —mencionó Mergo al ver al hombre, el cual escuchó esto y miró por el espejo a quienes estaba detrás de él. Esto lo molestó muchísimo, tanto así que se puso de pie al instante con cierta agresividad, dirigida su mirada a Chūnfēng.

—¿Qué rayos haces aquí? —preguntó el cazador al levantarse de su asiento, lo que reveló que no tenía pantalones ni nada abajo. Sus piernas estaban completamente descubiertas y estaba usando un par de sandalias *geta.* El *yukata* alcanzaba a taparle poco debajo el área de la entrepierna, por lo que sus extremidades estaban bien exhibidas, mismas que se veían bien trabajadas.

—¡Oh! Vaya… —comentó Mergo decepcionado al observar al hombre de pie.

—¡Kosuke! Sé que es un poco precipitado, pero necesitamos tu ayuda. Además, quisiera hablar contigo sobre… Ya sabes… Nosotros. —Esto fue dicho con algo de pena, mas no cambio la actitud del hombre que parecía muy molesto.

—¡Yo no tengo nada qué hablar contigo! Tampoco con usted, Hung-san. Por favor, retírense antes de que llame a la gente de seguridad o yo mismo los sacaré a patadas. —Las palabras de Kosuke sonaban bastante duras, algo que incomodó mucho a los extranjeros. Después, el hombre se sentó nuevamente y trató de ignorarlos a todos.

—¿Qué está pasando? Creí que eran amigos —susurró Annia a Mergo, respondida de la misma manera.

—Lo eran, pero ha habido problemas. —Al escuchar la explicación del tuerto, Hung habló en nombre del menor.

—Kosuke-kun. Escúchalo al menos, por favor. Sé que sigues molesto, mas te prometo que no vinimos aquí a molestarte ni nada por el estilo.

—¿Usted le ayudó en esto, Hung-san?

—No, ni siquiera sabía que veníamos a verte. Lo sospeché, mas no creí que Chūnfēng quisiera arreglar las cosas, al menos no en este momento. —Hung volteó a ver al menor y le dedicó una sonrisa, pero pronto Kosuke golpeó el escritorio donde estaba con mucha fuerza, lo que hizo a todos alrededor voltear hacia su lugar, puesto de pie de nuevo el hombre.

—No me importa. Ya no quiero saber nada de ustedes —dijo en voz baja Kosuke, con sus manos apoyadas en la mesa que tenía enfrente y la cabeza baja.

—Kosuke…

—¡Fue tu culpa, Chūnfēng! ¡Por tu culpa Seo-Hyun está muerta! —gritó el chico, lo que conmocionó a todos e impresionó a los cazadores extranjeros, pues parecía que tenía razón.

## Décima Octava Ofrenda: Culpa asfixiante

La discusión entre Chūnfēng y Kosuke parecía cada vez ser más intensa, tanto así que Mergo se vio en la necesidad de decir algo para tratar de entender mejor la situación, aunque Annia le recomendó no hacerlo.

—Eso suena a mentira, pero no has dicho nada, Chūnfēng. ¿Qué significa eso? —preguntó el hombre vendado, cosa que no pudo contestar el joven, a la par que su antiguo amigo respondía por él.

—Seo-Hyun tenía esta loca idea de regresar a la caza. De explorar el mundo junto a nosotros, los tres juntos —empezó a contar Kosuke, con una voz que denotaba tristeza—. Al inicio sonaba como una idea maravillosa. Honestamente, ninguno de los tres deseaba trabajar para los patrocinadores durante tanto tiempo, ni seguir los pasos de Hung-san, por más buenos fueran para nosotros. Queríamos ser libres, tomar nuestras propias decisiones. Tanto así que terminamos por idear cuándo escaparnos y toda la cosa. —Conforme avanzaba la historia, Hung se veía más apenado, mientras que Chūnfēng empezó a llorar.

—Fue en ese momento que los atrapé queriendo huir —continuó el mayor, lo que llamó la atención de los presentes—. Escuché el plan cuando Seo-Hyun y Chūnfēng hablaban de él, mas no dije nada. Decidí consultar las cosas con Kosuke, porque sabía era el más sensato de los tres y posiblemente podría hacerlo entrar en razón para que él detuviera a sus amigos. Era un plan sólido y funcionó, convencí a Kosuke de quedarse y él a sus amigos. —Terminó por decir el hombre, para luego continuar el chico de azul que todos tenían enfrente.

—Era agotador y aburrido, pero estábamos juntos. Regresamos aquí, a la capital, y juramos estar unidos hasta que esta tontería de ser *idols* acabara. Trabajamos mucho como el trio dinámico y funcionó, hasta que otra vez la idea de escapar regresó a Seo-Hyun. Ella nos compartió esto emocionada, creía que iríamos tras ella, y Chūnfēng la alentó, pero yo no quise ir. Me alejé de ambos y ellos planearon todo para irse, sin mí. —Luego de una pausa, Hung prosiguió.

—Recuerdo que aquel día ambos no se presentaron a trabajar, y cuando consulté a Kosuke, me dijo que se habían ido para ya no volver. Que deseaban ser libres y viajar, que nunca volverían, mas no fue así. Chūnfēng volvió, no pudo seguir a Seo-Hyun. —Esto hizo que todos guardaran silencio, escuchados los gimoteos de dolor del menor, quien estaba llorando al recordar todo.

—Yo… No pude detenerla. Lo intenté, pero…

—¡Eso no fue lo que me dijiste! —interrumpió Kosuke, molesto—. ¡Di lo que me dijiste ese día! —exigió el chico, mas no hizo hablar a su amigo, así que él lo hizo—. Llegó alegre diciendo: «No necesitamos a Seo-Hyun. Nosotros dos podemos seguir con lo planeado, juntos. Ella quería irse, siempre fue la que deseaba separarse de todo, pero no nosotros» —citó el hombre, terminada la cita por Chūnfēng.

—«Yo no me quiero separar de ti, Kosuke-kun» —confesado eso, el chico de azul se acercó molesto a su compañero, dispuesto a atacarlo, pero Hung lo detuvo.

—¡Él la dejó ir sola! ¡La abandonó! ¡Eso quería, eso era justo lo que estaba planeado! ¡Ella murió por su culpa! —gritó el chico, lo que provocó más tristeza en Chūnfēng.

—Lo siento, en verdad. No creí que fuera a morir así. En serio traté de hacerla arrepentirse, pero ella misma me dijo: «Vuelve con Kosuke. Sé que es lo que quieres hacer». —Eso provocó más al otro chico, el cual estaba activando sus poderes.

—¡Kosuke-kun! ¡Detente!

—*クソ が来!* [Hijo de puta]—Luego de gritar eso, Kosuke estuvo a punto de lanzar su ataque, mas una voz detuvo todo.

—หยุดนค่ะ! [Alto] —Aquella oración hizo que todos, en seco, se detuvieran y voltearan a su costado. Al ver la figura que se asomaba, los cazadores de Vonrvus de inmediato juntaron sus palmas por enfrente de su rostro e hicieron una reverencia ante la persona que iba a presentarse al lugar.

—Khun Aerya! สวัสดีครับ! (Sawatdee krup) [Buenos días]—habló Hung, seguido por los chicos que repitieron lo mismo con mucho respeto a quien estaba ya frente a todos.

Se trataba de un hombre de edad algo avanzada, portador de un traje blanco muy bello, de estatura un tanto baja, delgado, con un sombrero fedora del mismo color de sus ropas, sin corbata y una camisa de color violeta por debajo del saco. Su mirada era feroz y su porte muy femenino, como si fuera una dama de alta alcurnia. Mergo, sobre todos, quedó impresionado al verle, mas guardó su semblante y no dijo nada.

—สวัสดีค่ะ (Sawatdee ka). Nong Hung, nong Chūnfēng. ¿Qué es lo que hacen aquí ka? —preguntó el hombre sereno, con una voz suave y delicada, mas a la vez regia y demandante.

—Me disculpo, Khun Aerya. Fui yo quien permitió a Chūnfēng venir hasta acá. Cualquier castigo deberá recaer sobre mí —explicó el hombre, lo que hizo reaccionar al menor.

—Gēge…

—¡Silencio! Perdónenos, khun Aerya. —Luego de esas palabras, el aparente superior volteó a ver a los extranjeros, mismos que agacharon la mirada al cruzarla con el desconocido.

—¿Quiénes son ustedes ka? —Esto iba a ser respondido por Hung, mas Aerya sólo le bastó levantar su mano mostrándole su palma, sin mirarlo directamente con sus ojos, para indicarle que no hablara por los extranjeros—. Mi nombre es Indra Aerya, soy la máxima autoridad entre los cazadores del sur de Vonrvus, y anfitrión de cada evento que sucede aquí en la capital. —Luego de presentarse, los desconocidos hablaron

—Somos Annia y Mergo. Provenimos de Nwarvus y venimos por ayuda —dijo la pelirosa luego de imitar a los demás con el saludo.

—Veo que eres una chica lista, y una buena cazadora, nong Annia. Por favor, dinos: ¿cómo te puede ayudar nong Kosuke ka? —Luego de eso, la chica miró al cazador e hizo la pregunta que desde hace rato deseaba hacerle.

—¿Conoces a Dandy? —Esto hizo que todos, menos Chūnfēng, se impresionaran.

—¿Dandy, el dragón fisgón? ¡Claro que lo conozco!

—¿No era «el dragón justo»? —preguntó Chūnfēng, cosa que hizo molestar a Kosuke, el cual le dedicó una mirada de odio que le hizo bajar la mirada nuevamente.

—¿Qué quieren saber de Dandy?

—Hay una canción. ¿Te la sabes? —El chico respondió que sí, a lo que Annia y Mergo se vieron el uno al otro y asintieron. Creían que sí la cantaban juntos los tres, no sólo podrían entenderse mejor con Kosuke, sino hacerles entender a todos que lo que estaban a punto de revelar era cierto.

Kosuke se extrañó de eso, y volteó hacia Aerya, el cual le indicó que recitara la melodía sin pena, a lo que el joven, luego de moverse un poco para tomar ritmo, empezó a cantar y bailar un poco.

—*¡Mira! Como Dandy, el dragón. ¡Observa! Con ambos ojitos. ¡Calla! Es un secretito. La luz caerá sobre ti. En el bosque, está mirando. Un dragón que sin duda está atento y sin temor. Juzgando, quietecito. Riéndose de todos tus errores un montón. Yo descubro sus ojitos cuando empieza esta canción, abrazo a mi amigo, Dandy, el dragón fisgón. Y dice 1, 2. ¡1, 2, 3! ¡Baila! Como Dandy, el dragón. ¡Observa! Cada pasito. ¡Calla! Sigue el ritmo. Danza al son de nuestra canción. ¡Sí!* —Al acabar, el chico extiende sus brazos y animado termina la interpretación, cosa que dejó congelados a los extranjeros, pues al inicio trataron de cantar a su par, mas resulta que la canción es completamente diferente a la de su continente.

—N-no puede ser. Es diferente. ¡No se parece en nada! —exclamó Annia, lo que extrañó a todos, menos a Aerya.

—La canción de Dandy es diferente en cada continente. Nuestra relación con el dragón nunca fue la misma ka. —Esto logró que los nativos del lugar miraran confundidos a su superior, mismo que se acercó un poco más a los extranjeros.

—Khun Aerya… ¿Está queriendo decir que Dandy es real? ¿El personaje infantil?

—El mismo, nong Hung ka. Hace muchos años, Dandy viajaba por el mundo trayendo conocimiento y paz a todos, hasta que desapareció tras la aparición de los noxakos ka. Mis abuelos contaban historias sobre él: un ser que le gustaba entrometerse en la vida de la gente para saber historias que luego guardaba en su vasta biblioteca ka. Por eso se le llamó «el dragón fisgón» ka. —Lo dicho generó alivio en los extranjeros, pues ya podían hablar claro al ver que Aerya confirmó la existencia de Dandy.

—Nosotros estamos aquí porque estamos buscando a Dandy. Tal vez no lo hayan notado, pero el cielo de su continente se vuelve cada vez más oscuro. Esto es culpa de los orbes nox, y aunque su cielo no es ni por encima tan oscuro como lo fue el nuestro, pronto lo será. Tanto así que los noxakos se volverán más peligrosos —explicó Mergo, algo que alentó a los cazadores.

—Es cierto. El cielo de nuestro continente es más opaco conforme pasan los días. ¿Por qué creen que Dandy está en Vonrvus ka? —preguntó Aerya, respondido por Annia.

—No «está» aquí. Aparentemente se encuentra encerrado o algo así. Lo que si podemos asegurar que ronda el continente es una criatura parecida a un dragón que seguramente ha estado asesinando a sangre fría a cualquiera que se le atraviese. Si lo derrotamos, no sólo estaremos un paso más cerca de recuperar a Dandy, sino que su cielo se va a esclarecer. —Esto impresionó en sobremanera a los cazadores de Vonrvus, no obstante, hubo algo más que los dejó sin palabras.

—Y eso también hará parpadear los orbes, ¿no es verdad ka? —Las palabras de Aerya dejó mudos a los extranjeros y confundidos a los demás.

—Khun Aerya. ¿A qué se refiere? —preguntó el mayor, temeroso de la respuesta.

—Luego de que el cielo se aclaró en Nwarvus, los orbes dejaron de administrar energía por un par de segundos. Hubo un apagón total en todo el continente ka. Fue como si los orbes hubieran parpadeado, como si una fuerte tormenta azotara las conexiones eléctricas y la luz se fuera por unos momentos. La muerte de esas criaturas que describen puede ocasionar que los orbes dejen de funcionar ka. Esa vez fue un parpadeo. ¿Qué nos asegura que aquí no dejarán de funcionar para siempre ka? —Los cazadores no sabían ni qué decir, hasta que Mergo dio un paso al frente y, temeroso a que se fueran en su contra, habló de corazón.

—Yo quiero acabar para siempre con los noxakos —habló estoico, con los ojos viendo a los cazadores de Vonrvus.

—¡Mergo! —Tomó Annia a su compañero del brazo, mas éste agarró su mano y la miró a los ojos, lo que le indicó que confiará en él.

—He estado viajando durante la mitad de mi vida buscando una solución a esta plaga. Asesinando a cada maldito hijo de perra que me he topado en el camino. He renunciado a las riquezas, el poder y admiración de otros al mantenerme oculto y no tomar un sólo orbe conmigo para su venta. ¡Odio a esas cosas y haré todo lo posible para eliminarlas! Dandy es la solución, sé que él podrá ayudarnos a erradicar esta plaga que ahoga a nuestro mundo, y si el costo es deshacernos de la comodidad de los cazadores, entonces voy a hacerlo. Nada vale más que la vida de toda la gente que está siendo asesinada y perturbada por estas pesadillas vivientes. ¡Vale más nuestro mundo que el egoísmo de los que desean seguir viviendo a costa del mal que provocan los orbes! —Lo dicho dejó a los cazadores de Vonrvus sin palabras. Mergo se veía nervioso, igual que Annia, hasta que Aerya tomó la palabra.

—Lo que ustedes hacen… Es muy valiente ka. —Comenzó a decir el hombre, mientras se colocaba enfrente de Mergo. —Van a ganarse muchos enemigos en el camino, más que Danya y sus aliados de Nwarvus. —Eso impresionó a la chica pelirosa, mas no a Mergo. Dicho continuaba con su mirada seria clavada en los ojos de Aerya.

—Lo sé.

—¿No tienes miedo a fracasar ka?

—Ya he fracasado. Sólo me queda esto. —La respuesta hizo sonreír a Aerya, confiado y alegre.

—Tienen mi apoyo ka. La criatura que buscan está en el bosque de la primavera. Ahí fue donde nuestros ancestros y los del norte de Vonrvus firmaron la paz en tiempos de guerra. Hay un santuario muy bello rodeado de *sakura.* En ese lugar sin dudas se encuentra la criatura que buscan —afirmó Aerya, lo que hizo a ambos extranjeros verse el uno al otro impresionados, para luego sonreír alegres de haber obtenido la información que buscaban.

—¿Cómo está tan seguro, khun Aerya? —preguntó Annia, cosa que el superior respondió de inmediato luego de un suspiro, pues sabía estaba a punto de desatar otro problema.

—Ha habido ataques a la redonda del sitio. A diez kilómetros de radio exactamente del lugar, aparecen restos de cazadores. Sólo quedan algunas de sus pertenencias como tiras de sus ropas, mochilas u otros objetos. Creo que es la criatura que busca, misma que oblitera a quien sea se acerque a la zona. Su último ataque fue reciente, asesinó a una novata del norte apenas salió de su ciudad a iniciar la cacería. Es una misión suicida ir, pero si ya derrotaron a uno, tengo fe en que podrán con éste. —Al terminar, Kosuke se dirigió a Aerya, lo que tanto temía este último.

—¡Khun Aerya! ¿Esa criatura es la que mató a Seo-Hyun? —Aerya no deseaba contestar, mas afirmó con su cabeza y ojos cerrados a la pregunta de Kosuke, apenado, lo que hizo enojar al menor. —¡Lo supo y no nos dijo nada! —exclamó el joven, detenido por Hung.

—¿No escuchaste? ¡Es una misión suicida! Si te lo decía, hubieras hecho una estupidez. ¡No estamos jugando, Kosuke-kun! —mencionó el mayor, lo que hizo enojar todavía más al chico, para ahora dirigirse a los extranjeros.

—¡Iré con ustedes!

—¡Kosuke-kun! —gritaron Hung y Chūnfēng, observado todo por Aerya en silencio.

—¡Esa cosa asesinó a mi amiga! ¡Éste es mi continente! ¡No me voy a quedar sentado o bailando en un escenario mientras otras personas resuelven algo que debería ser responsabilidad mía! —gritó molesto a los cazadores de su país, luego se dirigió a su superior mayor—. Khun Aerya, pido permiso para ir y apoyar a estos cazadores. Por favor, no lo defraudaré. —La pasión en los ojos del chico hizo que Aerya sonriera y respondiera casi de inmediato.

—Tienes mi permiso y bendición ka. Vuelve a casa seguro y victorioso, nong Kosuke ka. —Eso impresionó al joven, quien luego se puso serio y asintió para despedirse con las palmas de sus manos juntas frente a su rostro y haciendo una pequeña reverencia a Aerya, todo para darse la vuelta y unirse a los extranjeros.

—Khun Aerya. ¿Está seguro? —preguntó Hung, observada la respuesta positiva de su superior.

—¡Yo también iré! —exclamó Chūnfēng, colocado al lado de los cazadores—. Ustedes son mis amigos, todos. No dejaré que se enfrenten a esa cosa solos. No volveré a abandonar a un amigo —dicho eso, Chūnfēng vio a Kosuke, el cual agachó la mirada y la regresó a su amigo, asintiendo con un rostro serio.

—No irán solos. Yo también iré —aseguró Hung, se despidió de Aerya y se colocó al lado del ya formado equipo.

—Perfecto, ka. Ustedes cinco enfrentarán la amenaza de nuestro continente. Les ordeno pelear con valor, cuidar a sus aliados, vencer a la bestia y regresar a salvo aquí, con el cielo iluminado. ¡Tienen mi bendición! *¡Su-su na ka!* —exclamó el hombre, decididos todos a ir hacia la guarida de la horrible criatura que ha estado asesinando a los cazadores de Vonrvus, llenos de convicción, pasión y sed de venganza, por los caídos, por los que se les arrebató un ser querido, por quien vive temeroso. Esta vez, los cazadores pelearían no sólo por ellos, sino por el mundo entero.

## Segunda Ceremonia: Veritas

En una gran iglesia, cuya tenebrosa luz entraba por los diferentes vitrales y alumbraba pobremente a sus presentes, un sacerdote, el principal, luego de dejar rezar a los siervos, habló fuerte y claro para todos.

Sus palabras inspiraron el corazón de los presentes, y sus alabanzas fueron escuchadas por este representativo de la iglesia, torcidas las esperanzas y ennegrecida la luz de la verdad ante aquellos que rendían culto a aquel que ha sido casi olvidado.

La misa acabó. Los feligreses se retiraron y cuando el padre estaba recogiendo sus instrumentos sagrados, escuchó unos pasos, mismos que iban en sentido contrario de la gente que estaba saliendo, quienes hacían reverencia ante tal imponente personaje.

Aquel llegó a estar frente al padre, el cual le daba la espalda e impresionó al ver que sus monjes se agacharon para reverenciar a la figura que tenía por detrás, hasta que volteó y la observó, imitada la acción de todos.

—¡Su alteza! Por favor, díganos: ¿en qué puede ayudarlo estos lacayos suyos? —preguntó el sacerdote, observada la siniestra risa del soberano, mismo que le indicó el camino a donde deseaba ir, guiado por el representante de la fe.

Luego de pasar por algunos lugares, ambos llegaron hasta una habitación extraña, cuya puerta estaba pintada de blanco con un marco celeste, de donde se podían escuchar extraños susurros.

—Su alteza, ¿está seguro? —cuestionó el hombre, retractado al segundo—. ¡Por favor! No me mal interprete, mas me temo que es peligroso tratar con él. Hágalo con cuidado, mi señor —advertido, el soberano abrió la puerta, encontrada una habitación únicamente iluminada por la luz de la figura divina hallada en el vitral que tenía enfrente, adornado el sitio con pintura de un mar y sus olas azules, de bello cielo celeste lleno de estrellas y con barcos lindos acomodados por doquier.

Frente al rey, se hallaba una cama, e hincado al pie de ella, rezando tranquilo, estaba a quien buscaba, cuya concentración en la oración no fue interrumpida por nada del mundo, hasta que hizo el símbolo de persignación, fue que el rey le habló.

—Hola, Abraham. —Esas palabras hicieron que la pequeña figura se levantara, cubierto por la luz, ennegrecida su silueta, de la cual una sonrisa siniestra apareció ante la realeza y el padre que, sin dudas, le temía enormemente.

…

El grupo de los cazadores iban en marcha hacia el santuario, al cual, según Hung, llegarían apenas en un par de horas, pues estaba cerca de la capital, por lo que no esperaron mucho, empacaron y se subieron al auto, en donde manejaba el mayor, Annia estaba de copiloto y detrás se hallaban Kosuke, Mergo y Chūnfēng, en ese orden, incomodo el de en medio por obvias razones, pues la tensión seguía entre los chicos.

El camino no era tan largo, pero así lo pareció, pues nadie deseaba decir ya nada. A pesar de todo, Kosuke se negaba a hablar bien con Chūnfēng, y se notaba al mirar siempre hacia el campo, ni siquiera hacia adelante como los demás, aunque su amigo sí lo observaba, pues esperaba cruzar miradas.

—El calor y estos muchachos van a hacer que me vuelva loca —comentó Annia ya harta, respondida por Mergo.

—Dímelo a mí. Estoy entre el conflicto. Creo que me sentiría menos presionado bajo un edificio. —Se quejó el hombre, lo que apenó a Chūnfēng e hizo reflexionar a Kosuke.

—¿Podemos hablarlo? Por favor.

—No, Chūnfēng.

—¿Por qué? ¡Al menos escúchame todo lo que tengo que decir!

—No quiero, no me obligues a arrepentirme de acompañarlos a pelear. —Aquello molestó mucho a Chūnfēng, mismo que explotó al momento.

—¡Ya me cansé de ser condescendiente!

—¡Chūnfēng! —gritó Hung para llamar la atención del menor, cosa que no funcionó, emocionada Annia por ver qué sucedería, tenso Mergo al hallarse en medio.

—¿Crees que no me culpo por lo que le pasó a Seo-Hyun? ¿Piensas que vivo mi maldita vida tranquilo? ¡Todas las noches pienso en ella! Me digo a mí mismo: «¡Pudiste hacer algo para que regresará! ¡Debiste detenerla!». ¡Conmigo es suficiente! No necesito que vengas a recordarme que esto es mi culpa también —reclamó el joven, sin mirarlo aún Kosuke—. Recuerdo su sonrisa, su voz, su aroma. Absolutamente todo. La extraño demasiado, tanto como a ti. Y yo alejé a ambos. Por mi culpa perdí a mis dos amigos, a quienes más amo en el mundo.

—Yo también siento culpa —respondió adolorido el de azul, cosa que causó un tremendo silencio—. Fui parte de eso. Pude haber ido. Pude haberlos detenido de nuevo, mas no lo hice, porque pensé primero en mí, en lo que quería. Fui egoísta y ahora cargo con ello.

—Kosuke-kun…

—La matamos, Chūnfēng. Esa es la realidad. No fuimos buenos amigos de Seo-Hyun, no merecemos siquiera seguir sin ella —confesó Kosuke al borde del llanto.

—Eso no es verdad —respondió sorpresivamente Annia, observada por todos—. A lo que entiendo, ella tomó la decisión de irse sin ustedes. Tal vez ella quería eso desde un inicio y no lo sabían. —Luego de decir eso con calma, Kosuke habló.

—¿Cómo mierda puedes decir eso si ni la conociste?

—¿Y tú sí? ¿Sabes todos sus secretos? ¿Cuál es su color favorito? ¿Cuál fue su cumpleaños más memorable? ¿Cómo se llamó la primera mascota que tuvo? ¿Al menos tuvo mascotas? ¿Cuál fue el primer diente que se le cayó? ¿Cuál fue su primer recuerdo de la infancia? ¿Por qué los quería tanto? —Todas esas preguntas no tuvieron respuesta. Kosuke y Chūnfēng agacharon la cabeza, frustrados y apenados. —Yo no pude despedirme de mi familia cuando fue asesinada por los noxakos. Estaba peleada con mis hermanos, a quienes amaba mucho y no les pedí nunca perdón. Ni siquiera los vi en todo el día porque estaba jugando sola en mi habitación el día que los masacraron. Pude hacer mil cosas para evitar su muerte, yo también lo pienso. A lo mejor, si estuviéramos juntos, hubiéramos salido a comer y nuestra suerte hubiera sido otra. No lo sé, y nunca lo sabre, y no tiene caso que me sienta mal por ello porque ya pasó. Están muertos, cada uno de ellos. Han Seo-Hyun está muerta ya, y yo creo que se odiaría a sí misma en el otro mundo si supiera que sus mejores amigos no se hablan por la decisión que tomó. —Esa confesión dejó mudos a todos, e hizo llorar a Kosuke, tanto que rompió en llanto, abrazado por Mergo, mientras Chūnfēng veía.

Así duró un buen rato, sin que nadie dijera algo, hasta que, de repente, se tranquilizó y volteó a ver a Chūnfēng. Aquel se veía apenado, con lágrimas en los ojos y algo confundido por todo.

—Yo siento que las cosas nunca serán iguales, Chūnfēng —confesó Kosuke, lo que entristeció a la mayoría—, pero ella tiene razón. Una desconocida conoce más a nuestra amiga que nosotros. Prometo intentarlo. Vamos a reunirnos y hacer un esfuerzo. Por ella. —Esas palabras le dieron mucha alegría a Chūnfēng, quien se puso a llorar, abrazado por Kosuke por encima de Mergo, mismo que trató de hacerse a un lado para no estorbar, mas le fue imposible, aunque eso no molestaba a los otros.

Annia se burló de su compañero al ver esto y él le regresó un dedo de en medio como respuesta, junto a una mueca de desagrado que la mujer respondió con una lengua de fuera y una sonrisa, algo que terminó imitando el hombre, escuchados los lamentos y disculpas de los amigos de momento.

Por su parte, y es algo que notó Annia, Hung también estaba llorando, cosa que alegró mucho a la mujer, tomada la mano del hombre por ella, dedicada una sonrisa hermosa al mayor, regresada otra por su parte.

Después de que las cosas se tranquilizaron, hubo otro silencio corto, nuevamente destrozado por la pelirosa, la cual no tardó en preguntar cuáles eran las habilidades de cada uno como cazadores.

Primero habló Hung, el cual explicó que tiene el poder de hacer que los objetos ganen mucha energía y que, al impactar algo con ellos, el golpe es cientos de veces más poderoso de lo que debería de ser.

Luego contestó Chūnfēng. Explicó que puede crear pequeños pétalos de energía, mismos que pueden ser inofensivos o peligrosos al grado de poder derretir lo que tocan, por lo que advirtió alejarse de él cuando los use, pues al no haber algo que controle su dirección, podría ser contraproducente con aliados cerca de él.

Por último, Kosuke dijo que podía crear una especie de dagas hechas de energía, muy ligeras y que pueden ser manipuladas con el uso del viento, algo que hizo a ambos jóvenes bajar la mirada, pues ya se había explicado que Seo-Hyun controlaba las corrientes de aire, por lo que hacía que las dragas y los pétalos fueran en la dirección que ella deseará, cosa que creaba un combo de ataque increíble.

También Kosuke explicó que el objeto que el formaba y lanzaba cortaba como tal, a diferencia de los pétalos de Chūnfēng, que son un daño más al tacto.

Después de que Mergo explicara que puede mover objetos a voluntad después de tocarlos y Annia que puede lanzar elementos, que ella crea por medio de magia, como si fueran balas, entró el tema importante: el enemigo.

Los tres nuevos miembros del grupo estaban curiosos de saber a qué exactamente se iban a enfrentar, cosa que Mergo y Annia no supieron decir, pues tampoco estaban cien por ciento seguros de ello.

Explicaron a los demás lo que vivieron en contra de aquella cosa que vencieron en el palacio celeste, al igual que, desgraciadamente, cayó en combate su acompañante de ese entonces, cosa que puso un poco tenso todo.

—Bueno, si es ciego entonces tenemos ventaja —comentó para romper el mal momento Chūnfēng, respondido por Annia.

—Prácticamente no si abre todos sus «oídos». Con eso creo que hasta puede escuchar tus latidos. Es imposible esconderse —secundó la mujer, para luego todos pensar un momento.

—Somos cinco, y tenemos experiencia. No hay niños, así que, sea a lo que nos enfrentemos, lo haremos bien y sin necesidad de pérdidas. Sé que así será —continuó Kosuke, a lo que le siguió Hung.

—No permitiré que nada les pase, a ninguno de los cuatro. No podría verle la cara a khun Aerya nunca más. —Luego de decir eso, el hombre vio que estaban ya llegando al bosque del santuario, mas algo sucedió. La tierra comenzó a agrietarse, tanto que hubo una explosión debajo de ésta que tumbo el vehículo donde todos iban.

La mayoría cayó de pie, excepto por Chūnfēng, quien fue sostenido por Hung, para luego ver cómo desde las profundidades emergían no uno, ni dos, sino cinco noxakos con un orbe incrustado.

—¿Qué demonios son esas cosas? —preguntó Chūnfēng, respondido por Annia.

—¡Noxakos mamados! ¿Siempre habrá cerca de esas cosas?

—¡Ja! Antes te quejabas del nombre —replicó Mergo a la chica, atacados ambos por uno de los monstruos, aunque el embate fue bien esquivado—. Hay un orbe dentro de la parte más alta del cuerpo. ¡Hay que destruirlo para vencerlos! —explicó Mergo, por lo que los cazadores de Vonrvus se prepararon para la acción.

—Ya saben qué hacer, muchachos. —En ese momento, Hung corrió hacia el auto, mientras que Mergo y Annia se fueron en contra del noxako que estaba atacándolos, destrozaron sus brazos y las extremidades surgidas, a punto de llegar al centro. Desgraciadamente, otro más saltó hacia ellos y casi los aplasta, cosa que fue detenida por Hung, pues ya había tomado su enorme mazo de cabeza de dragón y, con un sólo golpe, destrozó por completo al gran monstruo en el aire, lo que reveló su centro.

Al momento, Annia lanzó dos balas recargadas que destruyeron aquel centro, lo que eliminó a la pesadilla viviente. A la par, Mergo se lanzó en contra del que originalmente estaban atacando, mismo que no se esperó y arremetió en contra del hombre, mas aquel se barrió en el suelo y se colocó detrás de éste, lanzó su espada y rebanó el cuerpo de la criatura.

Al ver lo sucedido, Annia tomó el brazo de Hung y luego de una pirueta, impulsado por un salto propio y la fuerza de la mujer, el cazador consiguió ser lanzado por su compañera con éxito, llenó de energía su mazo y golpeó con todas sus fuerzas el centro de aquel ser, lo que lo asesinó sin problemas.

Al acabar, todos voltearon hacia los otros dos chicos, y su sorpresa fue tal al ver que los pétalos de Chūnfēng, dirigidos por su sombrilla, estaban acabando con el segundo noxako, terminado el trabajo por las dagas de Kosuke que arrojaba ágilmente desde su abanico de mano negro, lo que destruyó el siguiente núcleo, únicamente quedando sólo un noxako frente a todos.

Dicho suceso juntó a los cazadores, y sin miedo, la criatura se lanzó en contra de sus enemigos, arrojado Mergo por Hung hacia la criatura, atravesada ésta por el hombre, quien, desde adentro, consiguió eliminarla luego de unos momentos, por lo que los demás iban a actuar, hasta que la vieron ceder.

Cinco prismas fueron creados, lo que llamó la atención de los nuevos, pues era la primera vez que veían algo así.

—¡Vaya! Sí que somos un buen equipo. No fue nada difícil —comentó aliviada Annia.

—Necesito una explicación de eso —expuso Hung, al mismo tiempo que Mergo se les unía caminando.

—A veces, los noxakos encuentran un orbe que, aparentemente, es compatible con ellos. Al hacerlo, se unen con él y se vuelven así de fuertes. El resultado es esa cosa, misma que no quiero saber qué es capaz de hacer —terminó de decir Mergo al apuntar al prisma, mismo que iba a tomar Kosuke, hasta que un extraño sonido se escuchó a lo lejos.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó Chūnfēng, con sus ojos puestos en el bosque.

—¿Será la criatura? ¿Así suena?

—No, Hung. Eso sonó más a un noxako —expuso Annia, para todos ver cómo de entre los árboles surgía otro noxako, mas éste era completamente diferente, pues era lánguido y tenía un par de alas que le permitía volar, y además de ello, en cada una descansaba un orbe nox, lo que la volvía sin dudas bastante imponente, cuyo abdomen poseía una boca que le atravesaba todo el dorso, sin cabeza—. ¡D-dos! ¡No puede ser! —temió la mujer, para luego ver a Mergo, quien estaba molesto y listo para combatir.

—Jamás había visto algo así. ¡Prepárense! —ordenó el hombre, lo que colocó a los cazadores en posición de combate.

El noxako echó un grito desde su gran hocico, y desde el aire, extendió sus alas y lanzó de cada orbe un poderoso rayo que fue disparado a sus oponentes.

—¡Cuidado! —gritó Hung, separados todos por un salto para evitar el embate, lanzada el arma de Mergo, misma que pudo cortar el ala del noxako y detener el ataque.

Lo malo es que inmediatamente la extremidad, pocos segundos de ser cercenada, se regeneró ahí en el aire, y la criatura se preparó para atacar como si nada hubiera ocurrido.

Annia entendió entonces que debían apuntar a los orbes, por lo que pidió a todos distraer a enemigo mientras ella apuntaba al orbe del ala derecha, escuchado el rugido del noxako volador, cuyo ataque letal fue disparado de nuevo hacia Chūnfēng, Hung y Kosuke. Dichos lo evadieron magistralmente.

De nuevo, la espada de Mergo volvió a él, no sin antes cercenar el ala opuesta al monstruo, aprovechado esto por Annia para disparar dos potentes alas al orbe y dar en el blanco, sin embargo, su sorpresa fue que éste también se comenzó a regenerar. No tan rápido, pero sí a una velocidad un tanto favorable.

—¡Mierda! Eso sí que no es bueno —dijo para sí misma la mujer, llamada por Kosuke.

—¡Tratemos con ambas! —exclamó el chico a los cazadores—. Hay que destruirlas al mismo tiempo —dicho eso, la criatura se aventuró a ir en picada para atacar directo al joven que dijo eso.

En ese momento, ya abajo y con sus garras puestas en dirección del cazador de azul, Hung se colocó entre ambos, cargó un golpe de su martillo y trató de darle al enemigo con una exactitud increíble, el cual sostuvo el martillo con ambas manos, absorbido el golpe, con sus piernas sobre la tierra.

La acción dejó atónitos a todos, hasta que la aberración se hundió en la superficie por la fuerza del golpe que detuvo, lo que les indicó a todos que era tiempo de atacar.

—¡Ahora! ¡A las alas! —gritó Hung, abierto el hocico de la criatura, por donde aparentemente iba a salir otro rayo que iba directo al mayor.

De inmediato, Chūnfēng quemó por completo el ala derecha y Kosuke atacó al orbe, mientras que Annia cercenó la izquierda y Mergo apuñaló el orbe de está. Las acciones destruyeron por completo los orbes y la luz del interior de la boca se apagó, cosa que deshizo al noxako enfrente de todos y creo dos prismas de momento.

—¡Vaya! Pensé que saldría algo peor. Pero son sólo dos de estas cosas —comentó Annia, cansada y asustada.

—Entonces pueden encontrar más de un orbe que les embone —teorizó Hung, más tranquilo.

—Aparentemente —dijo decepcionado Mergo, un tanto pensativo—. Hay que avanzar al santuario. Lo que nos espera ahí es mucho peor que esto. Estén listos, que eso fue sólo una bienvenida. —Al escuchar eso, todos se prepararon y caminaron hacia el dichoso lugar donde se encontrarían a la criatura de pesadilla.

Dentro del bosque se enfrentaron a algunos noxakos normales, que no fueron un problema para ninguno, hasta que los árboles del lugar comenzaron a ser cerezos, con bellas flores rosadas que adornaban todo, justo en el atardecer.

Al llegar al santuario, todos lo vieron. Posado sobre el templo del sitio, tranquilo y sin moverse ni un poco, se encontraba la figura de un lánguido dragón negro que estaba sobre sus dos patas traseras, con la cola envuelta alrededor de la estructura, cuyas grandes alas oscuras estaban un tanto retraídas, lo que daba a entender que estaba dormido o en reposo.

Cuando vieron que no se movía, Annia y Mergo no tardaron en acercarse un poco más para atacar, aunque algo sucedió al momento.

De la nada, se abrió lo que parecía ser un ojo, justo en el estómago de la criatura. Aquel vio a los cazadores de entre los árboles, antes de llegar al prado del santuario. La pupila de aquel se dilató, y a la par, muchísimos más ojos se empezaron a abrir rápidamente, cubierto el cuerpo del ser por completo de éstos, extendidas sus alas de inmediato y tomando vuelo para esquivar las balas de Annia y el arma de Mergo, las cuales fueron disparadas al ver el ojo.

—No es ciego. Es todo lo contrario —explicó Chūnfēng, observado el dragón que se lanzó en contra de ellos, alejados del lugar que quedó destrozado al caer la bestia sobre él, tumbados los árboles restantes por un golpe de la cola del ser que no hacia un sólo ruido.

—Es mudo. No tiene boca. Al menos nos salvaremos de ese maldito rayo que escupía el otro —comentó Annia al observarlo bien y notar que no rugía, y era cierto. Este monstruo no poseía boca, su cabeza puntiaguda y cuernos listos peinados hacia atrás sólo conseguía volver la apariencia de este ser con múltiples ojos más horrible.

—¡Ataquen! —gritó Hung, disparadas balas por parte de Annia, la espada de Mergo, los pétalos de Chūnfēng y las dagas de Kosuke al dragón, mismo que cerró sus ojos y se cubrió con sus alas los pétalos y la espada, cosa que lo ayudó a defenderse completamente, mientras que las dagas y las balas parecieron no hacerle mucho daño.

Lo increíble es que Hung, sin miedo, se acercó a la cabeza de la bestia y, con una fuerza brutal, la golpeó usando su martillo con un movimiento de media luna ascendente. Eso hizo que la aberración se levantara en sus dos patas traseras, evidentemente dañada, azotada del pecho por Annia y Kosuke, donde había algunos ojos abiertos que efectivamente consiguieron lastimar.

El arma de Mergo pasó por su cuello y cortó un poco de éste, para luego regresar a él. No obstante, el enemigo no parecía nada contento, por lo que dio un zarpazo a Hung, cubierto él por su mazo, aunque alcanzado arañar el pecho por las largas garras de la criatura y arrojado lejos, hacia el templo.

—¡Hung-san! —gritó Kosuke al ver que el hombre cayó sobre el suelo de pie y se consiguió detener gracias a que clavó su martillo en el piso.

Ya erguido, el ser oscuro abrió sus alas tanto como pudo, a la par que abría todos sus ojos al mismo tiempo, mismos que comenzaron a despedir una intensa luz.

La escena hizo reaccionar a Mergo, el cual recordó lo que dijo Aerya sobre las víctimas de la criatura, por lo que no esperó y advirtió a los demás.

—¡Cúbranse de inmediato! ¡No vayan a asomarse por nada del mundo! —Gritó el hombre, mismo que corrió tras algunos árboles que estaban cerca de él y Annia, tumbados por el mismo enemigo.

Kosuke y Chūnfēng se fueron tras una enorme roca, mientras que Hung se puso detrás del templo. Ya salvar guardados, todos pudieron observar cómo el sitio entero se llenaba de una irradiante luz que, por suerte, no alcazaba a tocarlos.

Temerosos, continuaron cubiertos, hasta que la luz cedió por completo, lo que parecía indicar que podían ya regresar al combate, cosa que adelantó el enemigo, pues atacó de inmediato a Annia y Mergo al embestir los árboles que usaron de protección, arrojados lejos y casi la mujer siendo aplastada por un árbol que Hung alcanzó a apartar en el aire con su martillo, dada su mano a la cazadora para ésta ponerse de pie, ya que fue golpeada ferozmente por el embate anterior.

Por su lado, Mergo esquivó la cola del enemigo que trató de empalarlo al estar el sobre el suelo, arrojada su espada para tratar de golpear el cuello del dragón, repelida ésta por un zarpazo del monstruo, arrojado su ser completo hacia un Mergo desarmado.

Hung corrió entonces para interceptarlo, pero el dragón lo vio gracias a sus múltiples ojos y lanzó su cola hacia él, por lo que Annia disparó una bala de aire y fuego por enfrente de Hung, lo que causó que éste fuera arrojado hacia atrás y pudiera esquivar la extremidad, apaliado Mergo de momento, herido por las garras del oponente en brazos y piernas de forma un tanto profunda.

Annia no tardó en dispararle a la cabeza de la bestia, mas no le hizo daño al estar cerrados esos ojos. Pronto, por detrás, Chūnfēng trató de cubrir al oponente en pétalos, mientras que por otro costado Kosuke lanzó sus dagas, todo visto por los ojos en la espalda de la criatura, repelido fácilmente y de inmediato, atacados ambos por la cola que, con un simple embate, consiguió lanzarlos lejos.

A su vez, Mergo se quitó la cadena el cuerpo y enrolló una de las patas del dragón. Aquel trató de volar, mas Hung estaba listo para darle un golpe, percibido por su enemigo y tratado de ser repelido con un ala, mas el embate fue tan poderoso que consiguió doblar el ala, lastimado el dragón.

Annia vio la oportunidad favorable en disparar a la herida que creó en el cuello Mergo, y varias de las balas dieron en el blanco, cosa que lastimó muchísimo a la aberración. A su vez, Kosuke y Chūnfēng regresaron a la acción, arrojadas muchas dagas del primero al mismo punto que Annia, por lo que el ser no tuvo otra opción más que volver a abrir todos sus ojos y eliminarlos de una vez ahora que estaban reunidos.

Todos notaron la acción, así que corrieron a defenderse del embate, mas la criatura los engañó, pues en realidad deseaba que escaparan, y con ello pudo librarse de la cadena que envolvía su pata y golpear con mucha fuerza a Annia. Dicha fue estampada contra un árbol de frente, golpeada su espalda, seguido de Chūnfēng, al cual le lastimó una pierna gracias a una patada hacia atrás de la bestia que clavó sus garras en dicha extremidad.

Mergo entonces recuperó su espada y trató de apuñalar a la criatura, mientras que Hung iba molesto de nuevo hacia el enemigo para abatirlo, mas el dragón voló, y desde el cielo abrió sus ojos, lo que indicaba que trataría de erradicarlos desde ese punto.

Nuevamente, todos corrieron. Mergo hacia Annia, misma que estaba ya cubriéndose bajo el árbol a donde fue a dar, al igual que Hung iba de nuevo al templo, aunque esta vez le quedaba más lejos. Por su parte, Kosuke fue hacia la roca que había usado antes, mas vio que Chūnfēng estaba yendo muy lento y que posiblemente no podría alcanzar a salvarse.

Resignado, Chūnfēng cayó al suelo y vio al dragón sobre él, listo para acabar con su vida, aceptando su destino, molesto y enrabietado por no poder vengar a su amiga.

—¡TE ODIO! —gritó el joven al ver su inminente muerte, para luego ser abrazado y cubierto por completo por Kosuke, mismo que se colocó en el hombro la sombrilla de Chūnfēng.

—Yo te amo, Chūnfēng. Siempre supe lo que sentías por mí, y quiero que sepas que yo también lo siento. Perdóname por tomar esta decisión tan egoísta. Es lo mínimo que puedo hacer —dicho eso, la luz cubrió a todos, escuchados los gritos no sólo de Chūnfēng, sino los de Hung y los demás cazadores, a la par que, con una sonrisa solemne, viendo a la cara de su amigo, Kosuke le plantó un beso tierno en los labios en el momento final, mientras la luz lo terminó de erradicar hasta convertirlo en menos que ceniza, liberada una última lágrima de su rostro, la cual cayó sobre el de Chūnfēng.

—¡Kosuke! —gritó desesperado el chico, desaparecida la luz y asomándose Mergo para ver que Kosuke había muerto, además que la luz alcanzó al brazo izquierdo de Hung, el cual se había desintegrado por completo—. ¡王八蛋! —gritó furioso el chico, mismo que se puso de pie y despidió una cantidad impresionante de pétalos que llenó el aire por completo, tanto así que ascendieron hasta la bestia y estuvieron a punto de golpear a sus compañeros.

A su vez, Mergo arrojó su arma de tal forma que se metió entre el enorme torbellino rojo creado por Chūnfēng, para luego ascender hacia el enemigo, lo que llevó detrás de sí el huracán de flores y atropelló en pleno vuelo al dragón de lleno, atinada el arma al ala lastimada, que lo hizo descender en el mar de pétalos.

No podían escuchar el chillido, pero sin dudas la bestia gritaba de agonía al ser quemado brutalmente por los pétalos, aunque ahora estaba frente a Chūnfēng, atacado el joven por el dragón con una embestida de su cabeza que lo mandó lejos. Cosa que no impidió que siguiera arrojándole una enorme cantidad de pétalos que estaba dejándolo ciego lentamente, al igual que lo quemaba.

Mergo aprovechó eso y lanzó su espada al cuello de la bestia, acción que consiguió dañarlo todavía más y que le hizo girar hacia el cazador vendado, mas el poder que estaba despidiendo Chūnfēng era demasiado, por lo que el monstruo se apresuró en darle un zarpazo y acabar con él, golpeado por el martillo de Hung, pues se había acercado desde un costado a pesar que sangraba mucho y, con la fuerza que le quedaba, lanzó su arma que dio un tremendo golpe a la bestia en la cabeza, cosa que pareció confundirla.

Tanto Hung como Chūnfēng cayeron sobre rodillas al suelo, extenuados por sus heridas, escupida sangre por el más joven, todavía enfurecido y gritando de la frustración al ya no poder atacar.

El dragón, recuperado y sin pétalos que lo molestaran, se irguió una ver más y se preparó para obliterar a todos. A su vez, Annia se puso de pie, lastimada, pero con mucha energía. Apuntó con ambas armas al dragón por la espalda y se concentró tanto como pudo.

—Vamos… ¡Funciona! ¡Tú puedes, Annia! —Se dijo a si misma y cerró los ojos sabiendo que la luz estaba a punto de quemar a todos. Mergo tomó su arma en manos y se preparó para detener al dragón lanzando su arma, Hung golpeó el suelo frustrado y Chūnfēng gritó de rabia a todo pulmón.

Annia vociferó a todo pulmón cuando un par de cuernos dorados aparecieron por encima de su frente, iluminado el cuerpo de la cazadora al instante y recargadas sus armas con esta luz. La mujer abrió sus ojos y disparó dos poderosos proyectiles desde sus pistolas, dos haces de luz que penetraron al dragón con una facilidad enorme, atravesada la espalda y pecho de éste, cosa que detuvo el ataque del mismo.

Enrabietado, Mergo lanzó su arma una vez más, aquella atravesó el cuello por detrás del dragón y el hombre fue hacia él cuando éste tuvo que ponerse sobre sus cuatro patas gracias al daño ocasionado. El vendado saltó sobre la bestia, tomó su arma en el aire y, con un sólo tajo, consiguió cercenar el cuello de la bestia, lo que la mató.

Esto ocasionó que la aberración se transformara en una poderosa luz azul que entró en Mergo al instante, a la par que los restos se reunieron al desintegrarse el cuerpo, cosa que disparó un poderoso rayo del mismo color al cielo, iluminándose éste por completo en pleno crepúsculo, apreciándose la gran diferencia de luz a pesar de ello.

Por otro lado, los orbes nox de todo Nwarvus se apagaron, no por unos instantes, sino por horas. A la vez que los orbes no sólo de Vonrvus, sino de todo el mundo entero parpadearon, notado esto por cada uno de los cazadores y habitantes del mismo.

Danya, desde su posición, notó esto, cuyo semblante se apretó de inmediato en furia, pues entendía lo que acababa de suceder.

—Ya es tarde. Esos bastardos lo consiguieron —emitió de momento, sumido todo un continente en oscuridad, por lo que se empezó a generar un pánico que llevo a casi un enorme motín en cada ciudad hacia las grandes empresas que controlan el flujo de los orbes. El caos estaba avecinándose, y los magnates detrás de esto, así como los cazadores, estaban temerosos de lo que pudiera pasar si eso continuaba.

Por suerte, la energía volvió y todo regresó casi a la normalidad, pues las personas estaban más que listas a actuar a la próxima vez que ocurriera.

Mientras tanto, algo extraño estaba sucediéndole a Mergo. El hombre estaba gritando y se retorcía en el suelo, rodeado de la energía azul que entró a su cuerpo.

Annia notó aquello, por lo que caminó hacia él como pudo, pues entendía qué era lo que pasaba y quería ayudar al hombre, mas le estaba siendo difícil llegar, por lo que gritó.

—¡No lo rechaces! ¡Acéptalo! ¡Es Dandy! ¡Está dándote de su poder! ¡Siéntelo, Mergo! —gritó la mujer, mientras dentro de la cabeza del hombre se veían imágenes de su familia muerta, de su pueblo destrozado y de un noxako que estaba encima de él, atacándolo, sujeto él de niño con fuerza tremenda mientras el ser lo destrozaba por completo, sin que pudiera hacer nada.

Los gritos del cazador no cesaban, hasta que Annia consiguió abrazarlo con todas sus fuerzas, a la par que lloraba y lo llamaba por su nombre, cosa que fue tranquilizando el dolor. Luego, de la nada, un par de enormes garras de dragón de luz azul se manifestaron sobre los brazos de Mergo, cosa que tanto Annia como él vieron sorprendidos, ya el hombre tranquilo.

—Esto es… —Él se percató de los cuernos de la mujer.

—Me pasó lo mismo. Tardé en saberlo manipular, pero sé que podrás hacerlo con el tiempo —confesó Annia, desapareciendo tanto sus cuernos como las garras. Esto provocó a Mergo abrazar fuerte a la mujer.

—Gracias, amiga. —La acción causó mucha felicidad en Annia, la cual abrazó de vuelta a su amigo con mucha fuerza, sin evitar que las lágrimas surgieran.

Luego de unos momentos, se acercaron a Hung y a Chūnfēng, mismos que estaban lastimados tanto física como emocionalmente, pues Kosuke se sacrificó por su amigo, el cual estaba inconsolable. Lloraba, pataleaba y gritaba ahí mismo, expulsadas sólo maldiciones de sí mismo, sostenido por Hung al usar su único brazo y pidiendo perdón.

Al llegar la noche, algo increíble pasó. El lugar se llenó de un montón de imágenes transparente de personas. Algo que extrañó y asustó mucho a los presentes, hasta que se dieron cuenta que se trataban de imágenes que reconocían. Todos eran personas que habían muerto.

—¿Q-qué? ¿Qué es esto? —preguntó Annia, respondida por Hung.

—Hay una leyenda que dice que los espíritus de quienes dejaron el mundo antes que nosotros nos visitan en el santuario durante el término del crepúsculo… Entonces…

—Sí, estamos aquí por ustedes —dijo la voz de Kosuke, el cual se hallaba proyectado en el lugar con una frágil sonrisa.

—Kosuke… ¡Kosuke! —gritó desperado Chūnfēng, a la par que vio cómo Seo-Hyun se ponía a su lado.

—Seo-Hyun. ¿Estás aquí?

—Sí, Hung-san. Finalmente han vencido al ser que estaba atormentando esta zona. Por fin podremos descansar en paz —recitó la amiga de los chicos, completamente serena, cosa que provocó más llanto no sólo en Chūnfēng, sino en todos.

—¡Lo siento! No pudimos protegerlos. ¡Esto no debió ser así!

—No, Hung-san. No se culpe. Debe estar orgulloso de todo lo que logramos juntos. Nosotros estamos felices de haber compartido con usted en vida —explicó Kosuke, seguido de Chūnfēng.

—¡Eres un imbécil! ¿Cómo te atreves a decirme algo así antes de morir? ¡Te odio, Kosuke! —gritó el chico, para luego respirar, limpiarse las lágrimas y ponerse de pie con dificultad—. Nunca los voy a olvidar, nunca dejaré de ser su amigo, y nunca voy a amar a alguien como te amé a ti, Kosuke. Prometo que ayudaré a Annia y a Mergo a acabar con esas cosas. Voy a proteger a Hung gēge con mi vida. ¡Voy a hacerlo! —vociferó el joven, quien cayó de rodillas y fue abrazado por los espíritus de sus amigos, para luego ser llamados los otros cazadores.

—Mergo, hijo —dijo una mujer al hombre. Al verla, no pudo evitar llorar con más intensidad, mientras un par de niños llamaban a Annia.

—¡Has crecido mucho, hermanita! —dijeron ambos infantes, observados con mucho dolor por la mujer.

—Nada de lo que pasó es tu culpa. Debes dejar de pensar en que la muerte llegó a nosotros porque no pudieron hacer más.

—No importa qué haya pasado antes de irnos. Nosotros siempre vamos a amarte hasta el último día de la existencia del mundo. Del universo. De la realidad misma —declararon la mujer y luego los hermanos de Annia.

—No, mamá. Ya no lo haré. Descansa, por favor. Ya no te preocupes por mí —pedía el hombre vendado al sostener a su madre en brazos.

—Yo los amo con todo el corazón. Nunca dejo de pensar en ustedes cada segundo. Aunque sean un par de imbéciles egoístas —dicho esto, la chica se puso de rodillas y fue abrazada por sus dos hermanos mayores, sin dejar ella de llorar.

—Ha llegado la hora de irnos —anunció una joven de ojos verdes, sonrisa radiante y vestimenta de un cazador novato, seguida por Dante quien se manifestó frente a todos.

—Cazadores, tienen un camino largo por recorrer. El destino del mundo está en sus manos. No nos arrastren con ustedes, lleven nuestro recuerdo en su corazón y déjense guiar por el amor que les tuvimos mientras estuvimos en vida. ¡Que nuestro sacrificio no sea en vano, cazadores! —exclamó el niño, el cual tenía la atención de todos, para luego desaparecer las figuras espectrales, cosa que calmó el corazón de los presentes.

—Gracias, mamá.

—Hermanitos, salúdenme a papá y a mami de mi parte.

—El cielo. ¡Miren el cielo! —exclamó Hung, observado un bellísimo mar de estrellas que adornaba bellamente cada esquina de éste.

—Te dije que te lo iba a mostrar, ¿no? —comentó Mergo alegre, y eso hizo reír a Hung de momento, con el corazón cálido.

—Son ellos —dijo Chūnfēng con lágrimas en los ojos y viendo las estrellas—. Están allá arriba, viéndonos. Yo sé que sí. —Luego de esas palabras que tocaron el corazón de todos, el viento sopló fuerte, lo que purificó las almas de los cazadores, ahora en una paz que no habían sentido en muchos años.

## Décima Novena Ofrenda: Atrapados

Una vez que todos recuperaron el aliento, un tanto desanimados, se vieron en la tarea de abandonar el bosque del santuario para regresar a un lugar seguro donde pudieran descansar antes de avanzar a su siguiente destino.

En el camino, en el cual iban andando a un paso un tanto lento, el silencio acompañó a todos de manera incomoda. La pérdida de Kosuke los había dejado bastante heridos, sobre todo a los cazadores de Vonrvus, mismos que no sabían con qué cara pensaban enfrentar a Aerya, a quien le prometieron cuidar al joven.

—¿Faltan todavía tres más? —preguntó de repente Hung. Él había sido vendado del brazo con los repuestos que cargaba Mergo para sí mismo—. Hay tres más de esas cosas allá afuera, ¿cierto? —insistió el hombre, cosa que provocó a los cazadores de Nwarvus verse a el uno al otro, preocupados.

—Efectivamente. Hay todavía tres más y vamos a derrotarlos. Arnbvus, Hexlevus y Qwinbakvus son nuestras siguientes paradas, sin importar lo hostiles o peligrosos que sean dichos lugares, iremos —explicó Annia, cosa que dejó boquiabierto a Mergo.

—Permítanos ir con ustedes —pidió el menor, cosa que impresionó mucho a los extranjeros—. Tan pronto Hung gēge se recuperé, podrá pelear. Daré todo de mí para hacer esto de una mejor manera. Ahora que irán a un nuevo continente, quien sabe si tendrán la suerte de encontrar aliados como pasó aquí. Éramos 5 y como quiera alguien murió. No sabemos qué puede hacer el siguiente monstruo o qué tan difícil será llegar a él, sobre todo en Qwinbakvus. —Lo dicho por Chūnfēng puso a pensar a los cazadores, para luego aceptar su oferta.

—Bien, regresemos con Aerya para que Hung pueda recuperarse. Una vez esté mejor, partiremos ya sea a Arnbvus o Hexlevus —declaró Mergo, cosa que agradecieron los nativos del lugar.

La caminata continuó, y cuando empezaron a ver el final del sitio, también encontraron algo más allá en la salida.

Tan pronto se acercaron a las afueras del bosque, los cazadores fueron atacados por magia de otros de su misma calaña. Con mucho esfuerzo, todos lograron esquivar la agresión, para luego darse cuenta que un batallón de al menos veinte cazadores estaba esperándolos, listos para atacar.

—¿Qué demonios? Son cazadores de Nwarvus —mencionó la chica al ver bien a sus agresores, emergido de entre todo uno de ropas verdes y negras, cuya piel morena y grandes músculos lo hacían resaltar de entre los demás—. ¡Ah, mierda!

—¿Lo conoces?

—Sí, es Denzen Basilisco —contestó Annia a Mergo, cosa que hizo que el cazador girará los ojos de momento.

—Con un demonio. Lo que nos faltaba —sentenció el hombre, colocado en posición de combate al igual que Annia y los demás, aunque se les veía agotados.

Los cazadores que estaban del lado de Denzen hicieron lo mismo, listos para arremeter contra todos, mas el aparente líder levantó la mano en señal de que no hicieran nada hasta su comando, lo que provocó que todos se relajaran y el pudiera avanzar unos pasos hacia el frente.

—Annia Lawrence, heredera de Kaito Zhou. ¡Debería darte vergüenza! Lo que estás haciendo sin duda decepcionaría mucho al gran asesino de cazadores. Seguir sus pasos es algo mucho mejor para ti que esto: ganarte el odio de el mundo entero, en lugar del de un pequeño grupo de envidiosos —declaró el hombre, confiado y sonriente, cosa que molestó a Annia.

—¡Wow! Ella es la niña que Kaito Zhou entrenó. Ahora muchas cosas me hacen sentido —comentó Hung, algo que confundió a Chūnfēng.

—Gēge, ¿Quién es Kaito Zhou? —preguntó curioso y en voz baja el joven, cosa que no fue respondida de inmediato por el mayor, pues Annia se adelantó a contestarle a Denzen.

—¡Qué Kaito se vaya a la mierda! Me vale verga qué es lo que piensa de mí o mis decisiones él y el mundo entero. Además, ciertamente jamás seguiría el camino de un imbécil ególatra y dañado como él —declaró la mujer, cosa que sorprendió a todos.

—Kaito Zhou es un famoso asesino de cazadores. La gente poderosa lo contrataba para asesinar a personas que estuvieran en un gran pináculo de riqueza gracias a su buena caza de orbes nox, tanto así que desbalanceara la economía del lugar por sí solo. Hace tiempo, las grandes corporaciones consiguieron controlar el flujo de dinero proveniente de los orbes, mas había cazadores que continuaban juntando orbes y ganando muchísimo dinero. Tanto así, que ya era imposible llenar sus bolsillos. Se volverían dueños de todo. Kaito era contratado para asesinarlos, lo que le dio inmunidad a la ley y otros beneficios. Se dice que cazaba noxakos día y noche, mas nunca vendió un sólo orbe a nadie. Vivía de matar otros como él —contó Hung, escuchado por Annia.

—Es verdad. Kaito era una persona despreciable y sí, él me enseñó absolutamente todo lo que sé, mas eso no lo hace, ni de lejos, una buena persona. Nadie de aquí lo conoce como yo, y les aseguro, que sí vieran quién realmente es, no quisieran ser como él por más torcido que su sentido de la moral esté —declaró la mujer, apuntado Denzen con sus armas.

—¡Qué desperdicio! Supongo que aquí termina todo. Adiós, Annia y… Ustedes —dicho eso, el hombre dio un salto y golpeó la tierra con fuerza usando sus piernas, luego se agachó y lanzó ambas manos desde abajo hacia lo más alto que pudiese. Eso provocó que debajo de los cazadores heridos brotaran enormes estalactitas filosas hechas de tierra, conseguido por todos esquivarlas con algo de problema, lo que hizo caer a Hung y a Annia, pues eran los más lastimados.

—¡Con un carajo! —Se quejó la chica, observado Denzen y cómo daba la orden a sus acompañantes de atacar.

Todo parecía ir en contra de los cuatro compañeros y amigos, y justo cuando más proyectiles variopintos de los enemigos fueron arrojados hacia ellos, algo sucedió. Una enorme barrera de pétalos fue creada por Chūnfēng, cosa que pudo protegerlos del primer embate, mas lo desmayó al momento.

Annia gritó el nombre del menor, desesperada, a la par que se ponía de pie a duras penas y se hacían presentes los cuernos de Dandy en su cabeza, lista para atacar, mas no fue necesario.

Sin que nadie lo esperara, un auto salió del bosque a toda velocidad y se detuvo justo enfrente de los cazadores heridos, del cual bajó una figura de imponente belleza, gran porte y hermosa vestimenta ostentosa y femenina. La mujer le dio la espalda a los que parecía querer proteger, a la par que encaró a Denzen y su ejército.

—Sawaatde ka. Nong Denzen —mencionó la mujer, cosa que impresionó al enemigo, al igual que los demás, cuya voz Mergo y Annia reconocieron al instante.

—¡Khun Aerya! ¿Qué hace aquí? —preguntó Hung, apenado.

—Me informaron que alguien estaba rastreándolos ka. Me temí que sería una persona que no les deseaba bien y me tomé a la tarea de venir a asegurarme que no intervinieran en su regreso a salvo a casa. ¿Dónde está nong Kosuke ka? —La pregunta de la mayor hizo que Hung agachara la mirada, avergonzado de poder responder. —Entiendo ka. Estoy segura que fue muy valiente y que hizo lo que le pareció lo mejor. Han triunfado, cazadores. Ahora es mi turno de regresarles el favor y dejarlos que continúen. Suban al auto y abandonen lo más pronto posible Vonrvus, que ya está invadida por Danya y su ejército ka. Existen dos aeropuertos en dos ciudades igual de retiradas de este punto al norte. Vayan a cualquiera ahora. Yo me encargaré de ellos ka —aseguró la mujer, cosa que impresionó tanto a Mergo como a Annia.

—Yo me quedaré a ayudar. No puedo dejar a khun Aerya sola. En cuanto a Chūnfēng, será mejor que lo dejen aquí para que nos los estorbe al huir —mencionó Hung, luego hizo una pausa y continuó—. Prometo que, tan pronto las cosas se calmen y esté mejor, los vamos a alcanzar. Mergo, no olvides tus sueños, amigo. Pelea por hacerlos realidad. —Esas palabras crearon una bella sonrisa en ambos foráneos, para luego ser comandados por Aerya.

—¡Vayan! ¡Andando! —ordenó la mujer, cosa que puso en marcha a los cazadores, quienes abordaron el vehículo.

Los enemigos iban a atacar el auto, mas la mujer se interpuso entre ellos y el coche, para luego sus aliados huir del sitio, tratados de ser perseguidos. No obstante, misteriosamente, los dos vehículos que fueron tras ellos se descarrilaron y chocaron, como si algo hubiera pasado.

—Señora Aerya. No me haga pelear contra usted. ¡Mi madre sabrá de su traición! —amenazó el joven, cosa que hizo reír a la mujer que tenía enfrente, respondido luego de eso el hombre.

—Yo le he dejado muy claro a Danya mi posición. Tú deberías ya entenderlo ka. —Luego de eso, el sujeto dio un paso hacia atrás, atemorizado, a la par que Annia y Mergo continuaban escapando, conducido el auto por el hombre, pues la cazadora estaba marcando a Geron, mismo que le respondió casi de inmediato.

—*¡Señorita Annia! ¿Es usted?*

—Efectivamente, Geron. Vamos de salida de Vonrvus hacia Hexlevus. ¿Crees que puedas comprarnos boletos para la ciudad más cercana al bosque de la primavera hacia el norte del mismo? —El antiguo mayordomo de Anette contestó con las opciones.

—*Hay dos ciudades a la misma distancia del sitio. Gharna y Bosna. Ambas tienen aeropuerto y línea para envíos. ¿A cuál le compro? La primera está más hacia el este y la otra en dirección opuesta* —explicó Geron, cosa que hizo pensar a Annia.

—¿Sabes algo? Vimos a Denzen Basilisco. —Escuchar eso preocupó al aliado de los cazadores, continuada la llamada por la cazadora. —¿Cree que Danya está esperando a ver dónde compramos boletos para interceptarnos? —Eso dejó mudos a Mergo y Geron, a la par que este último pensaba en qué contestar.

—*Seguramente sea el caso. ¿Qué haremos?* —Esperó a la respuesta el mayordomo, con la cabeza fría Annia de momento.

Por otro lado, Danya se encontraba a medio camino de ambas ciudades, en espera de una señal que la haga avanzar a una de las dos para, efectivamente, interceptar a los cazadores y ponerles fin de una buena vez, junto a otro equipo pequeño de servidumbre a su servicio.

De un momento a otro, un hombre se acercó a la mujer con noticias. Dichas no fueron recibidas con mucho humor por la líder.

—Mi señora, todavía no hay movimientos en los vuelos programados para las afueras del continente. ¿Está segura que comprarán boletos en estas dos ciudades?

—Sí. No es que no confíe en Denzen, pero Annia y Mergo son hábiles. Estoy segura que encontraran la forma de escapar, y su aliado les comprará boletos para irse de aquí y seguir con sus estupideces. —El hombre en cuestión que tenía enfrente recibió una llamada, la cual le dio la información que necesitaban.

—¡Tenía razón! Dos boletos hacia Hexlevus fueron comprados, salida del aeropuerto de Bosna. A nombre de Ravina Balona. —Esto hizo que la mujer sonriera siniestramente, pues entendía que era un alias para pasar desapercibidos.

—¿Qué estamos esperando? ¡Vamos a Bosna! —Al decir eso, sucedió algo increíble. El hombre recibió otra llamada, cosa que lo sorprendió.

—¡Espere! M-mi señora. Compraron otros dos boletos, pero esta vez hacia Arnbvus, salida desde el aeropuerto de Gharna. Están a nombre de Annia Lawrence. —Aquello dejó atónita a la mujer, pues entendía que posiblemente se trataba de una trampa.

—¡Mi señora! ¿A dónde partiremos? ¿Cómo sabremos a dónde irán? —preguntó la comandante de Danya. Dicha se encontraba pensativa, sin saber exactamente dónde estarían los cazadores, a dónde se estaban dirigiendo.

«Maldita perra. Se nota que es heredera de Kaito. Es tan escurridiza como él», pensó la mujer al momento, hasta que habló con sus subordinados.

—Annia cree que es lista, mas no tanto como nosotros. Hexlevus es la tierra donde vive uno de sus aliados: Morgrem. Puede que haya puesto otro nombre y lo deje menos obvio, porque Hexlevus es cercana y Arnbvus no, lo que nos indica que va a las tierras heladas, mas está herida y sin aliados que la cubran. Irá a ver a Morgrem. ¡Hacía Bosna! —ordenó Danya, cosa que hizo acelerar al conductor el auto donde iban montados, seguidos por otros vehículos hasta la ciudad.

A la par de ello, Annia continuaba hablando con Geron en camino a su destino, mismo que ya había sido decidido por ella y Mergo.

—*Ya están comprados los cuatro boletos. Espero llegue a su destino pronto, señorita Annia* —deseó Geron, para luego pasarle un número nuevo y rectificarle las mismas instrucciones que la vez pasada, colgada la llamada.

—¿Estás segura que Danya se va a equivocar? —preguntó Mergo, un tanto preocupado por la situación.

—Más qué segura. La muy idiota cree que me conoce, mas no es así. Ya le envié mensaje a Acoss para que nos mande ropa a nuestro destino. Veamos cómo nos va esta vez en el nuevo continente, sin aliados de nuevo —ultimó la cazadora, continuado el viaje.

Por su parte, Danya llegó hasta la ciudad y fue directo al aeropuerto junto a sus sirvientes, minutos después, sus enemigos también arribaban a su destino e iban hacia el aeropuerto. Los dos equipos atravesaron la puerta del edificio casi al mismo tiempo, sólo para encontrarse con una sorpresa: uno de ellos había fallado en saber qué era lo que pensaba el otro.

—N-no están. Es casi la hora de salida del vuelo y no están, señora —concluyó uno de los trabajadores de la magnate, cosa que la hizo enfurecer en demasía.

—¡Maldita zorra de porquería! Al menos ahora sé dónde estás. —En eso, alguien le llamó a Danya desde el teléfono de quien le dio la mala noticia.

—Mi señora, la busc…

—¡No estoy de humor! ¡No quiero…!

—Es el rey de Qwinbakvus. —Aquello dejó a la mujer sin palabras, para luego tomar el teléfono y escuchar la voz del soberano.

—No, escapó la maldita con su tonto amigo. Están en camino hacia Arnbvus desde el aeropuerto de Gharna. Así es, es lo más seguro. Entiendo, esperaré allá entonces. —Danya se dio cuenta que le colgaron, por lo que miró hacia el cielo. Allí notó el brillante amanecer, para luego sonreír complacida y de manera siniestra.

Mergo y Annia, ya arriba del avión, miraban la misma escena desde las alturas, preocupados por lo que les pudiera pasar en el nuevo continente, pues sabían que todos conocían su destino, y lo mucho que estaban preparándose para asesinarlos sin falta.

Esta vez pudieron huir con facilidad gracias al apoyo de los aliados formados en Vonrvus, mas no tenían idea si algo similar pudiera suceder en las nuevas tierras, si tan siquiera tendrían la suerte de formar nuevas alianzas en contra de los monstruos que deben vencer.

Algo era seguro: en esos momentos, tenían muchísimos más enemigos que aliados, y pronto esto podría reflejarse de una manera irrecuperable, algo que de verdad les merme la esperanza de acabar con los noxakos de una vez por todas.

—Pase lo que pase, no podemos rendirnos, Mergo —comentó luego de un suspiro Annia, tomada su mano por su amigo, el cual le sonrió.

—No lo haremos. —Con esa promesa, ambos abandonaron el continente, embarcados hacia Arnbvus, la tierra gélida al norte del mundo.

## Vigésima Ofrenda: Viento polar

En una habitación iluminada por grandes lámparas blancas, se hallaba personal de medicina revisando el estado de un hombre severamente lastimado, cuya apariencia parecía casi ser la de una momia. El pulso del mismo que era débil y cada aliento fue tomado con mucha dificultad.

Los médicos y enfermeras discutían sobre el estado del sujeto, hasta que, de repente, unos tacones se escucharon entrar a la habitación, sonido que fue detectado luego del de las puertas automáticas apartarse, algo que no despertó el interés de los trabajadores, sino hasta el sonido del caminar, por lo que voltearon a comprobar de quién se trataba.

Al ver a dicha persona, todos hicieron una pequeña reverencia, saludaron cortésmente y se retiraron del sitio a prisa, lo que dejó solo al enfermo con su visita.

—Madre… —dijo el enfermo, herido e irreconocible, con el respirador en la boca y varios catéteres puestos en ambas manos.

—Denzen. ¿Qué pasó? —preguntó la mujer al salir de las sombras, revelada así Danya.

—Los encontramos, y dimos todo para derrocarlos, pero los ayudó la señora Aerya —explicó el joven, asustado y cansado.

—Aerya… Esa maldita perra me las va a pagar —susurró la mujer, escuchado el toser de su hijo.

—Lo siento, madre. Hice todo lo que pude y fallé. Lamento decepcionarte —explicaba el hombre a su progenitora, la cual lo veía fríamente desde una distancia considerable de la cama—. Tan pronto me ponga de pie, iré a por ellos a…

—No será necesario —interrumpió la madre, cosa que hizo temblar a Denzen—. Ya se han tomado acciones para interceptar una vez más a ese par en Arbnvus —explicó Danya, tomó su móvil y marcó un número.

—Perdón, madre. No pude hacer nada. Su rango es increíble —se excusó el cazador herido con una voz débil, respondida la mujer desde el otro lado del móvil.

—¿Dónde está Indra Aerya? —preguntó a quien tomó la llamada, contestada al poco tiempo—. ¿Cómo que no está? ¿Y los otros cazadores? Ya, veo. Me haré cargo personalmente entonces —al declarar eso, la mujer colgó el teléfono y volteó hacia su hijo—. Aerya y sus protegidos están desaparecidos. ¿Hacía donde se fueron luego de que te humillaron? —cuestionó la mujer, cosa que hizo a su hijo morirse del miedo.

—Y-yo… No…

—¡Habla claro! —gritó Danya, cosa que consiguió sacarle lágrimas de los ojos de Denzen.

—No lo sé… —Eso hizo que la mujer expulsara un veneno negro que el enfermo respiró, mas eso no le causó ningún problema. Luego gritó porque sus ojos comenzaron a arder, retorciéndose en su cama con ambas manos posadas enfrente de sus cuencas.

—¡No! ¡Lo siento! ¡Lo siento, madre! —vociferó el malherido al revolcarse ahí en su miseria.

—Te regresaré la vista si es que te redimes. Te enseñé mil y una vez el rango de Aerya y cómo combatirla. Eres tan inútil como tu hermana Danielle. ¡Me dan vergüenza! Última vez que me digno a venir a verlos malheridos. A la próxima, mandaré a matarlos por ineptos. No merecen llamarse Basilisco —sentenció la mujer, abandonada la sala por ella, escuchados los gritos del pobre Denzen a lo lejos.

…

Por otro lado, Annia y Mergo transitaban en medio de una poderosa tormenta invernal, envueltos en un mar de nieve que caía del cielo con un poder descomunal.

A pesar de ir a pie, Annia iba muy tranquila. Ella llevaba un par de guantes, botas, unas orejeras y *goggles*. Fuera de eso, tenía una blusa sin mangas escotada y un short de mezclilla blanco. La mujer no mostraba un ápice de molestia a pesar de la tormenta.

Por otro lado, Mergo tenía una enorme gabardina polar, con su gorro envuelto en lana suave, grandes guantes, botas y un pantalón resistente, además de flexible, mas muy caliente por dentro. El hombre iba temblando y batallaba al andar, pues la tormenta era muy poderosa, al grado del viento empujar al cazador bruscamente en fuertes arranques.

Llevaban ya un rato transitando, y la razón por la cual no iban en vehículo era justo porque les advirtieron que se estancaría de inmediato por el clima, así que decidieron viajar caminando para no ser atrapados por Danya y sus aliados en la ciudad donde arribaron. Era arriesgado, mas Annia insistió en que podría transitar sin problema alguno. Grave error para Mergo.

—Oye, no quiero sonar grosera, pero estamos retrasándonos mucho. Según lo que nos dijeron, ya estamos cerca de la dichosa estación para cazadores. No seas, nena, Mergo —comentó a su amigo, quien no podía creer lo que escuchaba de su descubierta compañera.

—C-c-c-c-con un… ¡D-d-d-demonio! ¿Cómo es p-p-posible que no tengas f-f-frío? —preguntó el hombre rechinando los dientes y temblando.

—¿De qué hablas? ¡El clima está perfecto! Es justo como me gusta, hasta siento algo de calor gracias a los guantes y botas, pero no quiero que se entumezcan luego. Si aparecen noxakos, no podría combatir —explicó la mujer, algo que extrañó a Mergo.

—¿Cómo es posible que se entumezcan las extremidades y no tu cuerpo que literal está expuesto a la tormenta?

—¡Porque las extremidades no generan tanto calor! ¡Duh! —Se burló la chica, agachado Mergo, decepcionado por la respuesta.

—¿Segura que ya vamos a llegar? En serio, no resisto este clima. ¡Está horrendo! Ni siquiera puedo ver qué hay delante.

—No te preocupes. Dijeron que estaba a cuatro horas, lo que significa que estamos a punto de llegar. Han pasado ya media hora de más, pero es porque eres lento.

—¡Estás loca si de verdad no tienes frío! —Se quejó el sujeto, para luego seguir, hasta que, finalmente, Annia notó algo frente a ambos.

—¡Mira! Linternas nox. ¡Hemos llegado! —explicó la chica, cosa que alegró al hombre.

En medio del enorme campo de nieve, oculta por la tormenta, se hallaba una gigantesca cabaña de madera que estaba adornada por múltiples orbes nox, creados varios caminos hacia ella con estos, alineados a un par de metros unos de otros hasta la construcción.

Mergo y Annia se acercaron con cautela, navegando en la profunda nieve y asegurándose que ninguna criatura de pesadilla se acercara a ellos en el camino, pues no querían causar un problema a un lugar que, ciertamente, para ellos es nuevo.

Después de ir casi a gatas, estaban ya frente a la bella puerta de madera tallada, abierta con dificultad por la mujer, empujada también por Mergo, mismo que cayó de cara en el cálido interior del sitio, cosa que no impidió Annia al hacerse a un lado, observado con algo de vergüenza a su amigo darse contra el suelo, todo eso presenciado por un aparente recepcionista.

Por dentro, el sitio estaba completamente iluminado y decorado de manera muy meticulosa y bella. Se notaba que quien había creado el lugar había puesto mucho en empeño en su cálida apariencia hogareña, pues quien entraba podía sentir el ambiente familiar y arrullante del sitio.

—¡Bienvenidos a la posada Brightpeak! Les encargo la puerta por favor. La tormenta hoy es muy fuerte —dijo el hombre de la recepción con un acento marcado, alegre y amable.

Annia pateó a su amigo para hacerlo rodar al interior, colocado Mergo frente al recepcionista del otro lado de la barra, todavía temblando.

—Tu novio no se ve nada bien —mencionó el simpático trabajador, a la par que la mujer, con dificultad, consiguió cerrar la puerta de la entrada.

—No es mi novio, y estará bien. ¡Gracias por recibirnos! —expresó la chica, para luego notar a un hombre pelirrojo, alto, de ojos verdes y gran musculatura ser quien los había empezado a atender—. ¿Tiene habitación para dos personas? —preguntó la mujer, cosa que hizo sonreír al recepcionista.

—¡Ustedes están de suerte! Sólo tengo una habitación y justo tiene dos camas separadas. Tiene un costo de tres orbes nox las 24 horas. Incluye víveres para la retirada, desayuno, almuerzo y cena, así como agua caliente, cobertores y todo para que estén cómodos en su estadía —explicó el amable trabajador, por lo que Annia tomó la mochila que cargaba Mergo y tomó los tres orbes que pedía.

—¡Aquí tiene! A nombre de Vanessa Kink. —Ese nombre hizo dudar al desconocido, y al ver a la mujer, ella giró los ojos de inmediato, hizo un gesto de molestia y explico. —Es mi apodo de cazador. No me gusta mi nombre.

—¿Cómo se apellida?

—Shoemaker. —Lo dicho hizo reír al recepcionista, mas al ver el rostro molesto de Annia, se detuvo y disculpó de inmediato.

—Ustedes no son de por aquí, ¿cierto?

—No, venimos de Hexlevus. Estamos de vacaciones, sólo que mi amigo no creyó que el frío le pegara tanto. —Luego de eso, Mergo volteó hacia ambos, enojado.

—¡J-j-j-jodete! —Le dio la espalda ahí en el suelo a Annia y se colocó en posición fetal.

—Ya veo. No se preocupe por sus orbes. Los cazadores están bajo un juramento de tregua en estas instalaciones o de cualquiera en Arbnvus. Se puede apostar los orbes, mas nunca pelear por ellos. Ustedes también entran en este acuerdo al firmar esta hoja para quedarse. Si lo rompen, nos dan el derecho de atacarlos y quitarles todo. Además, serán vetados de por vida —las tenebrosas palabras del recepcionista asustaron un poco a la cazadora, misma que tomó el contrato, lo leyó y firmó de inmediato.

—¡Listo! —Entregó el papel, y al ver la firma, el sujeto se puso muy contento. Archivó el documento y entregó la llave a Annia.

—Habitación 310. ¡Qué tenga una estadía agradable en Brightpeak! —declaró el hombre tranquilo. Después, Annia tomó de una cadena que rodea a Mergo y lo arrastró hasta la escalera que subía al segundo piso, lugar en donde se hallaba su habitación. Ésta se encontraba justo a un par de metros de la recepción, por lo que no era problema llevar a Mergo hasta allá.

Justo al poner un pie sobre la escalera, la puerta de la entrada se abrió, lo que dejó entrar a un joven que iba vestido muy similar a Mergo, mas aquel se veía muy fresco y cargaba un par de enormes mochilas consigo, abierta y cerrada la puerta con mucha facilidad al momento.

El sujeto, aparentemente delgado y de tez morena, se quitó la *hoodie* de encima y los *goggles*, lo que reveló unos bellos ojos azules y un rostro de hermoso, con un cabello negro bien peinado y una sonrisa coqueta inigualable.

—¡Björn! ¡Buenas noches!

—*¡God kväll!* Muchacho. ¿Estuvo buena la caza? —preguntó emocionado el hombre de la recepción, cosa que hizo sonreír a quien estaba entrando con mucha calidez.

—¡Bastante bien! ¿Tienes una habitación para mí? —Esa pregunta fue dicha a la par que Annia continuaba subiendo e iba perdiendo de vista al joven, mismo que volteó a verla antes de que la pared desconectara sus ojos de ella.

—Lo siento, pero ya se acabaron. —Fue lo último que oyó la mujer antes de continuar subiendo, escuchados los «auch» de Mergo con cada escalón que subía, pues estaba golpeándolo con éstos sin tener cuidado.

Pasó unos treinta minutos desde que llegaron a la habitación Mergo y Annia. La mujer se duchó y dejó a su amigo sobre su cama, encobijado y con la calefacción a un nivel agradable. No para ella, mas acordaron apagarla una vez que ella saliera de bañarse.

Al salir de la ducha, Mergo ya se hallaba sin el traje aparatoso encima, lo que reveló un atuendo invernal más discreto con una bufanda encima, y aunque el ambiente ya estaba cálido, el hombre continuaba con su nariz enrojecida y temblando un poco.

Annia hizo burla de él y le permitió bañarse, a la par que retiraba la calefacción y acomodaba las pocas cosas que llevaban en su maleta, observados sólo dos orbes nox que le sobraron después del gasto recién hecho, lo que la hizo suspirar.

Mergo salió de ducharse ya arreglado y notó a Annia en cama, sentada en posición de flor de loto, con los cuernos de Dandy manifestados sobre su cabeza. Su cuerpo despedía una tenue luz dorada.

La escena sorprendió al cazador, mas tampoco fue para que se detuviera. Él continuó con su rutina de siempre para dormir, cuyos sonidos desconcentraron un poco a su amiga.

—¿Cómo vamos a hacerle de ahora en adelante? Necesitamos ir a cazar para obtener más orbes —explicó el hombre, algo que respondió Annia sin abrir sus ojos o perder la concentración.

—Mañana la tormenta deberá bajar. Con eso podremos buscar algunos noxakos a los cuales venceremos para pagar la siguiente cuota. Hay que comprar un vehículo, así que necesitamos más orbes en general —contestó la cazadora, misma que respiró hondo luego de eso.

—La capital está algo lejos. Nos tomará un buen tiempo ir hasta allá. Yo digo que preguntemos en otros países para no ser tan obvios, ahora que definitivamente están persiguiéndonos para matarnos.

—En eso tienes razón. Hay que ser cautelosos de ahora en adelante —dicho eso, alguien tocó la puerta, lo que hizo a Annia abrir sus ojos y hacer desaparecer la manifestación del dragón.

Sin pensarlo, Mergo tomó su arma y se preparó para atacar, detenido por su amiga al instante.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —preguntó la pelirosa a su amigo.

—¿No acabas de darme la razón?

—No aquí, bobo. ¿No escuchaste a «Biyor»?

—¡Björn! —corrigió el vendado.

—¡Ese! No podemos pelear. Será mejor que bajes eso. Voy a abrir a ver quién es. —El hombre enfundó su arma y la dejó cerca, sentado ahora en su cama, tranquilo.

Por su parte, Annia se dirigió a la puerta, se colocó frente a ella y tomó la perilla. Suspiró hondo y abrió la puerta, revelado del otro lado al chico que llegó después de ellos al lugar.

—¡Hola! Espero no importunar nada —expresó alegre y apenado a la vez el desconocido al saludar.

—¡No somos novios! —dijeron al unísono los amigos, con tono de decepción.

—¡Perdón por eso, entonces! —admitió apenado con una mano tras la nuca, con una bella sonrisa.

—¿Necesitas algo? ¿Te podemos ayudar…?

—¡Novan! Cazador Novan Carr de Hajkarn. ¡Mucho gusto! —Extendió su mano hacia Annia y ella, tras al verla y quedarse pasmada, reaccionó y la tomó con alegría para saludar.

—Vanessa. ¡Mucho gusto! Él es mi amigo, Mario.

—Hola…

—¡Mucho gusto, Vanessa, Mario! Perdón que los moleste, pero me temo que ya no hay habitaciones en el lugar y la tormenta es bastante voraz. —El joven hizo una pausa y vio hacia la ventana detrás de Annia, donde se observaba la fuerte ventisca. —Me preguntaba si serían tan amables de dejarme pasar la noche con ustedes. Les pagaré con dos orbes y puedo dormir sin problemas en el suelo. ¿De acuerdo? —La propuesta no sonaba para nada mal, y por la forma confiada y alegre con la que lo decía, el chico Novan se podría decir que era de fiar, mas los cazadores no se podían dar el lujo de creerse todo de ahora en adelante.

## Vigésima Primer Ofrenda: Precaución

Extrañados, los cazadores del extranjero veían a Novan en la puerta, con dudas de si dejarlo pasar para que durmiera con ellos o rechazarlo. Aunque, por una parte, necesitaban los orbes que les pensaba dar a cambio, eso para quedarse en otra posada más delante en caso de no encontrar más noxakos en el camino como les sucedió antes.

Mergo y Annia se vieron el uno al otro, y de la nada, la chica tomó la decisión que sentía era la más conveniente debido a la complicada situación, aunque eso significara tener precauciones extra, ya que no sabían si Novan era en realidad un aliado de Danya.

—Me parece un buen trato. Puedes quedarte —acordó la mujer, algo que le generó una bella sonrisa al joven en su rostro, para luego Annia abrirle la puerta de par en par y dejarlo pasar con sus maletas, ayudado por Mergo, pues se puso de pie y se ofreció a darle una mano, algo agradecido por Novan.

El cazador de Arnbvus de inmediato sacó un par de cobijas y una bolsa de dormir que tendió en el suelo, cerca de la puerta, donde no había nada alrededor. Ahí acordó que dormiría sin molestar a nadie. Después, buscó su pijama entre sus cosas, para luego anunciar que tomaría una ducha antes de dormir, seguido de su ida al baño, cerrada la puerta de éste detrás.

Eso hizo que la mujer se sentara al lado de Mergo para hablar sobre la decisión tomada, todo en voz baja.

—¿Estás segura de esto? Creo que fue una pésima idea dejarlo entrar. Si no pagó la entrada aquí, y le estamos dando asilo, no firmó el convenio para no atacar a los demás, ¿no? —preguntó Mergo algo mortificado.

—¿Tú crees que lo dejarían quedarse sin cobrarle o hacerlo firmar? Obvio que no. Además, conoce a *Yorn*.

—Björn… —corrigió el hombre de nuevo a su amiga.

—Sí, ese. Me da la impresión de que es un buen hombre, no un esbirro de Danya y su loca familia. —Esas palabras parecieron convencer por unos momentos a Mergo, quien suspiró al final y fijó su mirada en el techo, lanzado su cuerpo hacia atrás y sostenido por sus manos tras su cuerpo, apoyadas en la cama.

—Espero no te equivoques. Si da nuestra posición o nos ataca, habrá sido un desperdicio de tiempo el no haber tomado otro vuelo en lugar de venirnos por tierra. Todo será en vano —destacó el hombre, para luego su amiga tranquilizarlo.

—No te preocupes. También es posible que él mismo nos pueda dar información sobre Dandy. Sólo tenemos que hablar con él. Yo siento que es un potencial aliado —expresó la chica y regresó a su cama, en donde se acostó, se colocó un par de audífonos y se puso a escuchar música.

Por su parte, Mergo anunció que iría a la parte de abajo a por un libro, cosa que hizo sin mucha preocupación, hasta que notó a mucha gente reunida en la sala de estar, pues la cena estaba a punto de ser servida. Entre ellos se hallaba Björn, al cual el cazador se dirigió.

—¡Hola! Disculpe, señor Björn. Quería hacerle un par de preguntas, si no es mucha molestia —expresó el hombre, contento el recepcionista de responder—. Es sobre la cena y el chico moreno que llegó después de nosotros. Quiero saber a qué hora sirven el alimento y si el joven pagó para poder quedarse. Le dimos oportunidad de permanecer en nuestra habitación y, no me malentienda, pero de dónde vengo no es fácil confiar en desconocidos. —Todo eso provocó un par de risillas en el hombre alto y musculoso, contestado Mergo luego de eso.

—No te preocupes por Novan. Es un buen muchacho, cumplido, amable y servicial. Es un poco exagerado cuando se trata de cuidar sus pertenencias, además de cuidadoso, mas es un chico bien educado. No les causara problemas mientras no toquen sus pertenencias. Y sí, él pagó un orbe para ver quedarse sin habitación, e igualmente firmó el acuerdo —concluyó el hombre, cosa que alivió a Mergo.

—Menos mal…

—En cuanto a la cena, estará lista en quince minutos. Por favor, avise a su amiga que baje con usted para que puedan acompañarnos. —Luego de eso, Mergo sonrió y afirmó a Björn, tomó uno de los libros de la estantería que estaba cerca de recepción y regresó a su habitación, donde se halló con la mujer todavía en cama, pero moviéndose como si bailara ahí donde estaba.

La escena le sacó una sonrisa al hombre, mismo que se sentó en su propio mueble para dormir y se dispuso a leer el texto que adquirió abajo, sin molestar a nadie. A su vez, él escuchaba el agua de la regadera que estaba usando Novan, mismo que continuaba bañándose con mucha tranquilidad, cuyo cuerpo disfrutaba cada momento la suave caricia del agua cálida, mientras el joven, con las manos enjabonadas, tocaba su cuerpo y respiraba hondo, tranquilo.

Luego de un rato, Novan finalmente salió de ducharse, ya arreglado con un pijama de color celeste, lo que hizo a los dos cazadores voltear hacia él y ver su enorme sonrisa y tranquilidad, algo que les provocó imitar el gesto, iniciada una conversación por Mergo.

—La cena está a punto de ser servida. ¿Nos acompañarás? —preguntó el cazador al muchacho, algo que el joven respondió luego de colocarse calcetines y tenis un tanto cómodos.

—¡Por supuesto! ¿Bajamos de una vez? —preguntó el chico, para luego Mergo tomar una almohada y lanzarla a Annia. Dicha la golpeó en el estómago y la hizo retirarse sus audífonos.

—¿Qué *pedo*? —preguntó la mujer a su amigo, algo que extrañó al más joven.

—¿*Pedo?* —se preguntó en voz baja al no entender el significado que le daba a la palabra.

—¡Vamos a cenar! ¿O no tienes hambre?

—¡Claro que tengo! ¡Vamos! Estoy ansiosa por probar la comida de este continente —confesó emocionada Annia, saltó de su cama y bajó con los dos hombres hasta el comedor, donde estaban ya reunidos todos los cazadores que se quedarían en la posada.

La gente ya se hallaba sentada y con alimento frente a ellos, disfrutando de éste, saludado Novan por la gran mayoría de los presentes, regresada la cortesía por el muchacho de manera amena y cálida. Eso hizo a ambos cazadores confiar más en él.

La cena estuvo deliciosa. El alimento servido sin dudas tenía un sabor muy diferente a lo ya probado antes, y Annia lo disfrutó con tanta enjundia que hizo a los cazadores de la región ganarse su confianza y afecto, causadas risas, preguntas y amistad entre todos.

Lo visto generó un gran alivio en Mergo, una paz sin igual. Jamás había visto a tantos cazadores convivir de esa manera tan tranquila, positiva y energética. Sin envidias, competencia o rencores. Todos se notaban tan unidos que podría decirse eran como una enorme familia. Algo como lo que vio con Hung, Chūnfēng y Kosuke, pero elevado a la décima potencia.

Fue entonces que la cerveza fue servida, pagada por un hombre de vestimentas hechas de pieles de animal, abundante barba castaña y tatuajes por todo el cuerpo, quien se puso de pie y dio un brindis por todos y la posada, algo que hizo a los cazadores levantar sus tarros o vasos, bebido el alcohol después de eso.

Aparentemente muchos de los huéspedes deseaban quedarse más de un día, pues una pequeña fiesta había iniciado, mas los cazadores extranjeros decidieron mejor ir a descansar, por lo que agradecieron la hospitalidad y se retiraron, seguidos una hora después aproximadamente por Novan, el cual se impresionó de ver que seguían despiertos. Uno leyendo y la otra todavía escuchando música, pero ya se notaban que estaban a punto de quedarse dormidos por los bostezos que daban.

Al arribar, Novan se retiró sus tenis y se sentó en lo que había tendido en el piso, para luego dirigirle la palabra a Mergo, algo que notó Annia, por lo que detuvo la reproducción de la música sin que sus compañeros de cuarto lo notaran.

—No quiero sonar muy metiche, pero quisiera saber a dónde se dirigen. Es extraño que los extranjeros se tomen la molestia de transitar a pie, más en esta zona que está lejos de los campos de caza. —Lo dicho llamó la atención de ambos cazadores, algo que rápido Mergo preguntó.

—¿Campos de caza? ¿Qué es eso? —La duda hizo reír a Novan, mismo que retiró su mirada y la devolvió a Mergo luego de su expresión de impresión y risa.

—Lo sabía, en otros continentes no se maneja igual que aquí. En Arnbvus, los encerrados son los noxakos, no las personas. Se ha detectado exactamente dónde aparecen las despreciables criaturas y se han cercado dichas áreas por todo el continente sin falta. Los cazadores pueden acceder a ellas por medio de los numerosos portones que hay alrededor de la gran barrera construida, vigilada por guardias todo el tiempo. Ahí dentro es el único lugar donde hallarán noxakos para que puedan obtener orbes y poderse sustentar aquí. —Las palabras de Novan impresionaron mucho a ambos extranjeros, continuada la conversación por Mergo.

—Pensamos dirigirnos a la capital. Hay algo que quisiéramos saber y creemos que allá encontraremos la información. Decidimos venir a pie para disfrutar más del continente. —La respuesta dejó pensativo al muchacho, el cual no resistió en hacer la pregunta más obvia.

—¿Qué es lo que quieren saber? —cuestionó Novan, para luego decir algo antes de que Mergo contestara—. ¡Lo digo porque tal vez pueda ayudarlos! Así no tienen que ir hasta allá —comentó el joven, respondido por Annia.

—Buscamos información de Dandy. —Esto hizo que ambos voltearan a la mujer, cosa que le pareció extraño al joven.

—¿Dandy, el dragón glotón? —La pregunta provocó que ambos cazadores se pusieran nerviosos, pues tenían ya una idea de a qué podrían enfrentarse ahora. —¿Qué hay de él? Es sólo una caricatura infantil. ¿También existe de dónde vienen?

—Sí, efectivamente. ¿Sabes si tiene alguna canción o algo así? —cuestionó Mergo, a lo que fue respondido casi de inmediato.

—La tiene, mas no la sé. Lo siento. Hace años que no la escucho —confesó el hombre, y luego Annia continuó.

—Escuché que hablabas de una zona exclusiva para cazar. Pronto ocuparemos más orbes si queremos sobrevivir. ¿Cuál es la más cercana? —Esto hizo que Novan pensara un poco, mas luego sonrió de una manera un tanto siniestra.

—Hay que pagar para entrar a las zonas. Sólo la que está cerca de la capital, al norte, es gratuita. Las montañas más altas de todo el continente, los montes Ghekjar, están repletas de noxakos. Estoy seguro que podrán hacerse de muchos orbes ahí. Las demás zonas de caza cobran dos orbes por cazador, y dudo que puedan cumplir esa cuota. Yo vengo de una así que está al este, y conseguí llenar mis mochilas después de tres días. Escasean un poco los noxakos ya en ese lugar. Tardan en aparecer. —La confesión dejó fríos a ambos extranjeros, pues observaban en el rostro del chico cierta malicia y gusto por la eliminación de las criaturas que no era hecha por odio o desprecio, sino con placer.

—Entiendo. Tendremos que ir hasta allá entonces. Gracias por la información —sentenció Annia, para regresar a poner música, mas la detuvo el escuchar hablar a Novan.

—Tengo exactamente 33 orbes en mi posesión. Espero no vaya a ver algún tipo de problema con esto durante la noche. —Aquello puso el ambiente tenso. Era obvio que se trataba de una amenaza, y eso consiguió incomodar y molestar a los cazadores de Nwarvus, a la par que Novan simplemente se acostaba hasta quedar dormido, apagada la luz de la habitación al ya tener mucho sueño los restantes.

Durante altas horas de la noche, cuando ya todos se encontraban dormidos, Annia tuvo un pequeño ataque de sed. Se levantó y vio hacia la ventana, por lo que notó que la tormenta seguía igual de intensa, cosa que la desanimó un poco.

Pronto, la chica tomó su mochila y buscó agua, pero no hallo nada. Fue hasta la de Mergo a gatas, y sucedió lo mismo. Sus reservas estaban acabadas, por lo que se puso de pie y caminó hasta la puerta, pasado de largo a un Novan dormido.

Al sujetar la perilla de la salida, la mujer notó que estaba extremadamente fría. Aun así, trató de abrirla, cosa que le fue imposible. Era como si el pestillo estuviera atorado por algo, a lo que rápido éste se comenzó a congelar, envuelta la mano de la mujer en el hielo.

—¡Mierda! ¿Qué es esto? —preguntó la mujer, lo que hizo despertar a Mergo y tomar su arma, apresurado en agarrar una pistola de Annia y lanzársela, sujeta aquella por la mujer y apuntada su mano para tratar de liberarse con una bala de fuego.

—Yo que tú no hacía eso —dijo la voz de Novan, quien se sentó sonriente ahí en su lugar.

—Así que fuiste tú, Novan —concluyó Mergo y apuntó con su espada hacía él, igual que Annia con su pistola.

—Esa arma es de juguete. No eres Vanessa, sino Annia Lawrence, heredera de Kaito Zhou, el asesino de cazadores de Qwinbakvus que se alojaba en Nwarvus. ¿Cierto? —preguntó Novan, confiado.

—¡Vaya! Nos atrapaste. Supongo que te han de pagar bien para seguirnos hasta acá y atacarnos —concluyó la mujer, cosa que extrañó al joven.

—¿Eh? ¿De qué hablas?

—¡No finjas! Suelta a Annia y pasaremos de largo esto por el acuerdo que los tres firmamos. Pelearemos fuera si quieres, niño. —Luego de eso, Novan se confundió todavía más, regresada su mirada a Annia.

—¡No sé de qué hablan! Lo que sí sé es que tratan de robarme. No me sorprende de alguien que fue criada por un sujeto como Kaito. Supongo que es mentira que no sabes dónde está e irán a verlo a la capital. Es tan obvio —alardeó el joven, cosa que hizo reír a todo pulmón a Annia, lo que confundió nuevamente al chico.

—¿Qué te robé? ¿Estás loco? No me interesa qué este haciendo Kaito. Me dejó sola hace ya doce años y desde entonces nadie sabe sobre él, ni siquiera yo. Sé que sigue por ahí el maldito, no entiendo sus razones y no las quiero saber. Además, si algo me enseñaron mis padres e, incluso, el imbécil de Kaito, es a no robar. Yo no he tomado tus tontos orbes. ¡Revísalos! —El joven, al escuchar eso, contó sus pertenencias y se dio cuenta que tenía razón, por lo que soltó a la mujer de inmediato, ya muy fría la mano de Annia, calentada por sus propias habilidades.

—¿A dónde ibas, entonces?

—A tomar agua. Siempre se levanta a esta hora con sed, pero se nos acabó toda la que traíamos. Registró nuestras mochilas, fue lo que escuchaste, de seguro —respondió Mergo por su amiga, confirmado por al pelirosa.

—Yo… Lo siento… —mencionó Novan sin poder ver a los cazadores, volteados los ojos de Annia hacia arriba, misma que abrió la puerta y salió a beber, dejados solos los hombres.

—Por favor, Novan. No menciones quienes somos. Sé que suena raro, pero nos quieren muertos personas de Nwarvus, y tal vez ya de todo el mundo. Sé que apenas nos conocemos, pero entiendo que eres un buen hombre. ¿Podrías hacer eso por nosotros? —pidió Mergo, cosa que afirmó Novan con su cabeza.

—Lo haré, pero tengan más cuidado. Björn también se dio cuenta que se trata de Annia. —La noticia mortificó un poco al Mergo, mas Novan continuó hablando al ver su expresión. —Él jamás los vendería, ténganlo por seguro. Sólo deben de ser más precavidos si desean pasar en incognito. Vayan a la capital con cuidado, y espero consigan lo que buscan. Buenas noches —dicho eso, el joven se acurrucó y trató de dormir, mientras Mergo lo observaba preocupado por lo que se venía pronto para él y su amiga.

## Vigésima Segunda Ofrenda: Hermandad helada

Durante la noche, en el país de Vonrvus, Danielle caminaba con su muleta de una manera más cómoda por un largo pasillo a media luz, en una de las instalaciones médicas del enorme continente, misma donde se encontraba todavía en recuperación su hermano Denzen, el cual se hallaba sentado en un cómodo sofá, con los ojos vendados y ya con una apariencia un poco más saludable a la que tenía después de haberse enfrentado a Aerya.

La chica entró a la habitación y vio a su hermano, solo, derrotado y temeroso. Éste, al oír los pasos de su hermana menor, de inmediato dedujo que se trataba de ella.

—Dan, ¿has venido a verme o a burlarte de mí? —preguntó el hombre, cosa que hizo fruncir el ceño a la menor.

—No digas disparates, Denzen. ¿Qué te pasó en la cara? Khun Aerya decidió cegarte a cambio de perdonarte la vida? —Las palabras de la menor hicieron que su hermano bajara la mirada, además de que tembló un poco y apretó los labios en lugar de responder. —Khun Aerya es muy poderosa… No me extraña que hayas perdido en su contra, no tienes porque aver…

—Fue mamá —tajó el chico de la nada, notada sangre detrás de los vendajes del joven, como si estuviera llorando—, ella me cegó —continuó el hombre, lo que dejó sin habla a la chica.

—Ya estoy harta —expresó Dan al bajar la mirada y apretar los puños—. Nos tratan como si fuéramos basura, después de todo lo que nos hemos esforzado. ¡Khun Aerya es uno de los cinco terribles! Era obvio que iba a pasar esto, y aun así peleaste. ¿Eso no es suficiente? —cuestionaba la chica a su hermano, cosa que hizo sonreír al mal herido.

—¿Estás loca? ¡Claro que no es suficiente! —expresó el mayor, cosa que hizo a la chica mirarlo molesta—. ¡Somos la herencia de los Basilisco! No importa qué haya enfrente, debemos enfrentarlo y salir victoriosos. Mi derrota fue una vergüenza, mamá tenía todo el derecho de castigarme, mas no importa. Los doctores dicen que puedo entrenar para luchar sin mi vista. ¡Voy a servir a nuestra familia hasta el último día de mi vida! ¡Para eso nacimos, mocosa mal agradecida! —Las palabras de Denzen y sus gritos dejaron paralizada a Dan, misma que cerró los ojos y sonrió levemente.

—Ya veo… Definitivamente odio a esta familia —declaró la mujer, cada vez mostrando más sus dientes.

—No importa qué tanto nos odies. Sigues siendo parte de nosotros y sigues avergonzándonos con tu inmadurez e inexperiencia. ¡Perdiste una pierna por estúpida, y ahora, maldita coja, sólo te queda quejarte y tratar de avanzar! ¡Jamás estarás encima de nosotros! —Se burló Denzen de su hermana, a la par que el rostro de la chica pasaba de uno alegre a siniestro, con una notoria sonrisa malévola en él que denotaba una gran malicia y oscuridad.

—Ya me cansé —confesó Danielle, al mismo tiempo que despedía un poderoso veneno oscuro de su ser—, ya no viviré a la sombra de ustedes, malditos esclavos. —El veneno se esparció por toda la habitación y ahogó a quienes lo llegaran a respirar.

Danielle salió caminando con su muleta de la habitación, con una apariencia tan diferente que difícilmente alguien la reconocería al verla. Físicamente era igual, mas emocionalmente había evolucionado por completo.

«No voy a dejarme hacer menos. No voy a permitir que sigan pisoteándome estos malditos mal nacidos que se hacen llama “mi familia”. Voy a aplastarlos. Detendré a mi madre y sus estúpidos lacayos que son mis hermanos. Lo siento, padre, pero tal vez yo nací para acabar con esta familia de una vez por todas», pensó la chica al abandonar el hospital, con camino hacia otro continente lejano a Vonrvus.

…

El amanecer llegó a el helado continente de Arnbvus. Los cazadores que se hallaban en la posada *Brightpeak* se levantaron e hicieron sus labores matutinas antes del desayuno, al igual que Annia y Mergo, quienes notaron que Novan ya no se encontraba en la habitación, sino en el baño, aparentemente preparándose para bajar.

Al salir de dicho lugar, el joven se veía ya arreglado y listo para el desayuno, mientras que sus compañeros de cuarto se notaban todavía adormilados y con cierto recelo a salir de sus camas por el intenso frío que se sentía dentro, a pesar de la calefacción que había en el lugar.

Sorpresivamente, al ver por la ventana, los cazadores se dieron cuenta que la tormenta seguía su curso. No había cedido ni un poco, cosa que les mortificó al saber que ya no tenían manera de mantenerse y avanzar en la localidad. Aparentemente todo se iba a complicar muchísimo si no ponían un plan en acción rápido.

Por lo pronto, Annia sugirió a Mergo bajar a desayunar y esperar a que el clima mejorase en la tarde, pues era muy temprano todavía y podría ponerse más tranquilo en el transcurso del día, algo que no convencía del todo al hombre.

A pesar de eso, los cazadores fueron al comedor y se hallaron con varios residentes un poco tranquilos y derrotados. Aparentemente la resaca de las bebidas de la noche anterior estaba haciendo efecto al momento, por lo que ellos pidieron un desayuno un poco más picoso que los ayudara a superar el malestar. Por su parte, Novan pidió algo cien por ciento vegano, cosa que sorprendió a los cazadores de Nwarvus.

Aprovechando el ambiente familiar, Annia tomó la palabra en medio de la ingesta, lo que llamó la atención no sólo de Novan y Björn, sino también del resto de cazadores.

—Disculpen, es obvio que no somos de por aquí, y quería preguntar si la tormenta va a calmarse pronto o seguirá igual de intensa todo el día hasta mañana —preguntó la mujer con algo de nervios, no tanto por hacerlo, sino por la posible reacción de Björn al enterarse que, tal vez, ya no pueden pagar la recepción.

—Continuará así hasta medio día. Ahí bajará un poco, mas no para que sea seguro transitar —explicó el hombre que invitó las bebidas la noche anterior—. En nuestro continente, las tormentas duran días, incluso la semana entera. La caza comúnmente se hace en los días donde no está el clima tan hostil, porque a los noxakos no parece afectarles, sino beneficiarles —terminó de decir el hombre, cosa que mortificó a la chica.

—¿Algún problema? —preguntó Björn, lo que puso nerviosos a los extranjeros, para luego responder Novan por ellos en un tono semi burlón.

—Están preocupados porque ya sólo les quedan cuatro orbes a lo mucho. Es obvio que están en una situación difícil en este continente extraño —explicó el joven, algo que molestó a los extranjeros.

—¡Ja, ja, ja! —Comenzó a burlarse el hombre de barba que le había respondido a Annia de forma alegre, para luego retomar la palabra. —¿Era ese el problema? No se preocupen. Puedo regalarles algunos orbes para que puedan seguir.

—¡Qué generoso eres hasta con los extranjeros, Bardan! La mayoría se los prestaría —destacó Björn al alegre cazador veterano, mismo que se puso de pie con su enorme tarro lleno de cerveza.

—¡En este continente nos ayudamos los unos a los otros sin falta! ¡Los cazadores somos una familia dentro de este ártico lugar, donde la esperanza parece perdida y escondida entre las grandes capas de nieve! —expresó con mucha alegría Bardan y tomó un sorbo grande a su cerveza, para luego terminarla y azotar el tarro de vidrio contra el suelo, cosa que lo destrozó y asustó a los cazadores de Nwarvus.

—M-muchas gracias, señor Bardan. ¡Si necesita cualquier cosa, por favor, avísenos! —prometió Mergo, cosa que alegró mucho al veterano. Luego, Björn fue quien habló.

—¡Es verdad! No sé cómo sea en su continente, pero en Arnbvus las cosas fueron muy mal cuando comenzaron a aparecer los noxakos. Nuestra gente ya estaba acostumbrada a los malos tratos del clima, pero, con la llegada de estas criaturas, una era de desesperanza y oscuridad nos invadió. Fue entonces que el primer noxako cayó en manos del primer cazador conocido, el gran Van Lord.

—¡R.I.P. Van Lord! —exclamó Mergo, cosa que todos enunciaron luego de él en coro, por respeto al manipulador del metal que fue uno de los más poderosos cazadores de la historia, además de tratarse del primero.

—Esta noticia llegó a nuestro hogar, cuando ya mucha gente había sido masacrada por estas criaturas. Nuestra población pasó a ser de apenas un 30% de la original. Fue horrible, por lo que nos prometimos apoyarnos los unos a los otros como cazadores y salir adelante en contra de los noxakos. Grandes hermanos ya caídos hallaron las zonas donde estos monstruos aparecían y las cercaron para que la gente común pudiera ser libre y descansar en sus hogares sin el miedo a que una pared caiga y sean asesinados en una invasión, como lo fue en los ataques terroristas de Nwarvus. —Eso hizo que Annia bajara la mirada, pues su familia fue víctima de dicho suceso.

—Es muy alentador todo lo que cuenta. Definitivamente las cosas son muy diferentes aquí, porque en Nwarvus todos son muy competitivos. Incluso, es muy común ver a los cazadores matarse unos a otros por simples riñas sin sentido. Yo he pecado de ello, porque una parte de mí lo veía normal —confesó apenada Annia, para luego ver a Mergo—. Entonces conocí a este sujeto, me inspiró a cambiar y a hacer las cosas de manera diferente. A tener un nuevo objetivo en mi vida. He visto muchos cazadores morir durante toda mi trayectoria como una, y apenas tuve la desdicha de ver caer a compañeros que de verdad dieron todos de sí mismos por un futuro mejor. Me dolió en el alma. Ya no soy la que era antes… —Todo eso provocó un silenció incomodo, mas luego un cazador aplaudió y se puso de pie, imitado por todos los demás, excepto Novan, quien no se levantó, mas si chocó sus palmas con una bella sonrisa dedicada a Annia.

—Estoy orgulloso de ti, amiga —declaró Mergo, lo que consiguió hacer que la chica se pusiera de pie alegre y gritara feliz a todo pulmón.

—¡Yo soy Annia Lawrence, de Nwarvus! ¡Voy a dar todo de mí para hacer de este un mundo mejor! —Eso hizo que las personas estallaran en alegría, impresionados por saber que se trataba nada más y nada menos que la heredera de Kaito Zhou. Sin dudarlo, se acercaron a la chica para platicar y hacerle preguntas, invitándole alcohol y alimento.

A su vez, Mergo vio la escena feliz, aunque su expresión cambió cuando escuchó la voz de Novan hablarle.

—Ciertamente están a salvo aquí —explicó el joven, observado con impresión por Mergo—. Nadie en nuestro continente aceptaría dinero por traicionarlos. Sabemos qué están siendo buscados. La familia Basilisco ofrece mucho por sus cabezas o paradero, pero aquí no somos así. Están a salvo —expresó de manera presunciosa el cazador, a la par que comía plácidamente, cuya mirada juguetona no se despegaba de Mergo. Dicho lo veía serio, pues le daba mal espina el joven.

—Supongo que no lo saben —dijo Björn al extranjero, lo que llamó su atención—. Hay una zona de caza aquí cerca, en el pico más alto del país. Es una zona peligrosa, y repleta de noxakos. Podrían hacer buenas ganancias con unas horas que estén ahí. Ella es la heredera de Kaito Zhou, supongo que tú también eres muy fuerte. Es un lugar peligroso, pero estarán bien. Cuesta sólo un orbe el acceso. —Aquello llamó la atención de Mergo, mas hizo enojar a Novan.

—No deberían de ir —tajó el joven, molesto—. Ese lugar es barato y nadie lo visita porque es muy peligroso. Muchos cazadores muy buenos han muerto ahí en tan sólo un par de horas que entran. —Lo dicho dejó sorprendido a Mergo y un tanto triste a Björn.

—Es cierto. He visto cazadores muy buenos ir no y volver, pero es porque se adentraron a la montaña. Si se quedan en las faldas, estarán bien —aseguró Björn, para luego Novan levantarse tempestivamente, agradecer por la comida e irse a su habitación.

La escena dejó incomodos a los que la notaron, pues muchos de los presentes estaban haciendo un escándalo con Annia, tanto que ni siquiera notaron la ausencia de Novan.

—Perdona esa mala actitud. Una persona muy importante para él falleció en dicho lugar. Desde entonces hace como si no existiera, trata que ningún cazador vaya para el sitio sin importar qué tanto lo necesiten. Yo tampoco lo recomiendo, sólo a cazadores que sé tienen una fuerza increíble. El *Brightpeak* no es para novatos. —Las palabras de Björn dejaron sin dudas una marca en Mergo difícil de borrar, por lo que agradeció y continuó conversando con el recepcionista, a la par que comían y festejaban con los demás.

Una hora después, los cazadores del extranjero subieron a su habitación, y justo al abrir la puerta, encontraron a Novan a punto de salir, ya equipado con todo para ir al exterior. Eso dejó a ambos impresionados, pues la tormenta continuaba muy hostil como para navegar con facilidad, mas eso no le importaba al joven.

—¡Por favor, no vayan! —exclamó molestó el chico, cosa que confundió a Annia y puso serio a Mergo—. Si tienen aprecio por sus vidas, por su amistad, no vayan a ese maldito lugar. No vale la pena. ¿Quieren orbes? ¡Les regalo seis para que vayan a otra zona de caza! —ofreció el joven, cosa que extrañó a los cazadores, pues en la noche anterior se mostraba con mucho recelo de sus cosas.

—Novan…

—¡Por favor, Mergo! No vale la pena. —Eso fue emitido con más calma y tristeza, apretados los puños del joven y rechinados sus dientes.

—Emm… No entiendo qué demonios sucede. ¿Mergo? —preguntó la mujer, a lo que su compañero habló.

—Hay una zona de caza cerca de un enorme monte que tiene el mismo nombre que esta posada. Aparentemente es una zona extremadamente peligrosa, por lo que es barato entrar. Björn me sugirió ir un par de horas y volver con ganancias, mas Novan…

—Lo siento, Annia. Ese lugar… No es bueno. Acérquense y sentirán esa pesada aura ignominiosa que carga el sitio. Sin duda alguna, se trata de un lugar maldito. —Esas palabras provocaron que la chica mirara sorprendida a Mergo, y éste sólo atinó a verla y asentir con la cabeza.

—Lo siento, Novan, pero me temo que tenemos que ir.

—¿Qué? ¿Acaso son suicidas? —cuestionó el hombre, y notó los rostros serios y estoicos de ambos cazadores que le miraban de vuelta, algo que golpeó su corazón al instante.

—Nosotros vinimos a buscar algo sumamente poderoso y peligroso. Un ser con una capacidad asesina increíble que seguramente ha estado acabando con cazadores y personas de maneras horribles. Según lo descrito por todos, el monte *Brightpeak* esconde algo similar. Nadie que haya sobrevivido lo ha visto, debe estar en el corazón del monte, y por eso Annia y yo debemos ir a buscarle. Es eso a lo que vinimos hasta Arnbvus —confesó Mergo, cosa que dejó sin habla al muchacho, para luego éste respirar hondo y mantener compostura.

—Ya veo. Entonces les deseo mucha suerte, y ojalá regresen con vida, porque ese lugar, o lo que sea que se esconde ahí, no tendrá piedad de ustedes. Me dio gusto conocerlos —dicho eso, salió de la habitación molesto, y aunque Annia trató de detenerlo, Novan se retiró molesto. Sólo se pudo escuchar cómo abandonó la posada sin mirar atrás, para luego escucharse el portazo por todo el sitio.

—Mergo, ¿crees que de verdad esté ahí? —preguntó Annia, cosa que su amigo contestó de inmediato.

—No lo creo. Estoy seguro de ello. Las historias que recolecté durante el desayuno lo dejan claro. La siguiente aberración que afecta a Dandy se encuentra en ese lugar y es nuestro deber encontrarla y hacerla añicos. Hay que prepararnos para irnos cuando baje la tormenta —declaró el hombre, asentido por Annia.

Fue entonces que los dos se metieron y encerraron en la habitación, pues Mergo pidió a su amiga que le ayudara a canalizar la energía que había ganado tras derrotar al ser oscuro de Vonrvus, algo que parecía que ella ya dominaba por completo, mas confesó luego que no era así, que apenas y comenzaba a entender cómo funcionaba aquel poder.

Sin más preámbulo, ambos meditaron durante el resto de la mañana. Pusieron todo su empeño para manifestar el gran poder que se les había otorgado, pues pronto lo deberían usar en contra del siguiente gran enemigo que les esperaba en el monte *Brightpeak*.

## Vigésima Tercera Ofrenda: Congelamiento

Preparados, Mergo y Annia tomaron sus pertenencias, situadas dentro de sus pequeñas mochilas. Pronto se dispusieron a abandonar la habitación que habían rentado, para bajar a comer e irse del lugar directo hacia el sitio donde creían que la aberración que buscaban se hallaba.

Antes de salir, Mergo se detuvo en la puerta y dirigió su mirada a su amiga, la cual se extrañó de dicha acción.

—¿De verdad estará ahí? Sé que suena lógico, pero ¿Cuál es el plan si nos equivocamos?

—Supongo que ir a la capital con los orbes que consigamos. Es mucha suerte, ¿no? Llegamos apenas e inmediatamente lo encontramos —preguntó la chica un tanto apenada.

—Ciertamente no. En Vonrvus tuvimos que recorrer medio continente para hallarlo. Es normal que a veces tengamos menos dificultades en hacer ciertas cosas. Sé que suena increíble, pero posiblemente estemos cerca de acabar aquí en Arnbvus, solamente estuvimos dos días, tres a lo mucho si contamos lo que seguirá de vencerlo —resaltó el hombre, algo que dejó pensativa a Annia.

—Sería bueno ir con aliados, o al menos preguntar a los demás si saben algo sobre Dandy. —Aquello hizo a Mergo suspirar, mas luego asintió y se dirigió al comedor junto con la cazadora, donde fueron bien recibidos por todos.

Una vez más, y por última vez, posiblemente, los cazadores convivieron en paz y se alimentaron jubilosamente, hasta que Mergo quiso tomar la palabra al pararse de su asiento, algo que llamó la atención de todos.

—El día de hoy Annia y yo partiremos a la zona de caza ubicada en el monte *Brightpeak.* Sé que se trata de un lugar peligroso, y es justo la razón por la cual ha llamado nuestra atención. Creemos que nuestro objetivo se halla en el corazón de la gran montaña. —Las palabras del hombre dejaron a todos confundidos, seguida Annia de hablar sin ponerse de pie.

—¿Alguien conoce a Dandy? —La pregunta hizo dudar a todos, hasta que alguien respondió.

—¿Dandy, el personaje infantil? Era un dragón marioneta, ¿cierto? Recuerdo que, cuando era niño, los gitanos iban de arriba abajo con sus caravanas y daban espectáculos con títeres y marionetas. Dandy salía entre ellos, con una canción de presentación. —Eso llamó la atención de los extranjeros, hasta que otro cazador habló.

—¡Cierto! Recuerdo que estuvieron en mi ciudad. Era un dragoncito muy gracioso.

—¿Alguno recuerda cómo iba la canción? —Desgraciadamente, ambos cazadores pensaron un rato, pero le dieron una respuesta negativa a la mujer, por lo que Mergo continuó.

—Dandy no es sólo un personaje infantil. Es un dragón de verdad y está encerrado en algún sitio. Tenemos la certeza de que será liberado o vendrá a nosotros si vencemos a las criaturas que parecen estar impidiéndole regresar. Hay una en cada continente y es nuestro trabajo liquidarlas. —Lo dicho hizo que todos comenzaran a hablar desordenadamente, preocupados por esto, excepto Björn y Bardan. Dichos estaban sumamente serios.

—Tal vez no lo noten como nosotros, pero, si en las ciudades han estado usando la energía de los orbes, entonces su cielo debe estar oscureciéndose más y más a causa de esto. Si continua, el continente entero entrará en una oscuridad total y el frío bajará a temperaturas no habitables. Tal vez las tormentas son así de feroces por lo mismo —explicó la mujer y volteó a la ventana, observada la nieve caer no de manera tan brusca, mas sin cesar un sólo momento.

—Eliminar a esta criatura limpiará su cielo por completo, como lo ha hecho en otros continentes. No obstante…

—¿Mergo? —Trató de detener Annia, pero el hombre levantó su mano y mostró su palma a su compañera, lo que le hizo a la mujer ceder.

—Es posible que los orbes nox de todo el continente dejen de funcionar por un periodo de tiempo indeterminado. Nos tememos que, una vez derrotados las cinco criaturas, los orbes en todo el mundo se volverán inútiles. —Aquello hizo los cazadores se pusieran de pie, de manera agresiva, mas Björn golpeó la mesa con fuerza, cosa que los detuvo.

—Aún están bajo el trato. No pueden atacarlos, señoras y señores. —Las palabras del recepcionista hicieron que todos se sentaran, a excepción del hombre vendado, para seguir Björn hablando. —¿Están locos? Si eso sucede, los orbes no tendrán valor. La economía va a derrumbarse y cada uno de nosotros perderemos todo. Ustedes también se volverán obsoletos y esas cosas seguirán afuera, los noxakos.

—El objetivo de buscar a Dandy es que nos ayude a acabar por completo con los noxakos. —Dicha declaración hecha por Mergo dejó a todos perplejos, tanto que se creó un silencio sepulcral en el lugar. —Suena irreal, ha pasado tanto tiempo en el cual hemos vivido con esas cosas que asumimos así será siempre, y sé que muchos de ustedes aman ser cazadores, pero, ¿vale la pena la destrucción de nuestro hogar y el sufrimiento de las víctimas de los noxakos? Yo creo que no. Por eso dediqué mi vida a eliminarlos, no cazarlos, y estoy en el punto donde me hallo cerca de conseguirlo. —Las respuestas a eso de los presentes se quedaron trabadas en sus gargantas al escuchar a Mergo, quien parecía estar a punto de romper en llanto.

—Necesitamos ayuda. Hemos luchado con dos de esas cosas que parecen dragones deformes y hemos tenido apoyo. Desgraciadamente, esas mierdas son extremadamente fuertes, tanto que tuvimos bajas. Personas se han sacrificado por un mejor mañana, y estamos dispuestos a hacer lo mismo. ¿Alguien que desee pensar en los demás antes que en sí mismo? —Lo declarado fue extremadamente duro para todos, mas luego una cazadora agregó algo.

—Ustedes son los responsables de los apagones de Vonrvus y Nwarvus. Creí que era coincidencia, mas ahora todo tiene sentido. Desgraciadamente, no pienso ayudarlos. Lo siento. —Luego de eso, todos comenzaron a remarcar que no podrían de su parte, hasta que uno de ellos se puso de pie de la nada y alzó la voz.

—¡Yo los ayudaré! —exclamó Bardan, para luego darle un sorbo largo a su cerveza y terminársela—. El mundo nos necesita. No es tiempo de ser egoístas. Es hora de ser héroes. —Eso dejó impresionado a los presentes, sobre todo a Björn, mas no dijo nada, pues entendía perfectamente la compresión de su amigo sobre el tema y sus razones para ir con ellos.

—¡Muchas gracias! Daremos todo para regresar sanos y salvos —agregó Mergo y retomaron sus asientos para terminar de comer.

El ambiente ahora era un poco incomodo, mas no les impidió ingerir alimentos y prepararse para salir nuevamente a la intemperie, detenidos en la puerta por Björn, quien les deseo un viaje seguro a los tres, cosa que agradecieron los extranjeros alegremente.

Como era de esperarse, Bardan guio a los foráneos hacia el lugar en cuestión, a la par que platicaban un poco sobre ellos mismos para que el tiempo del recorrido les pareciera más corto. Aquí el hombre de abundante barba fue protagonista. Explicó que tenía dos matrimonios fallidos y estaba en el tercero, en todos tuvo hijos y los más jóvenes tienen entre 3 y 6 años. No ve a ninguno muy seguido, y aunque ya falta poco para que tenga cincuenta años, todavía ninguno de sus hijos mayores ha conseguido darle nietos o siquiera casarse.

Contó que su primer matrimonio fue arreglado, cuando tenía apenas quince años y fue con una mujer que le superaba por el doble de edad. Luego, la dejó cuando se supo valer por si mismo y se enamoró de su segunda esposa, a la cual atrapó engañándolo con un cazador famoso. La última la conoció en la zona de caza cercana a la capital, y hasta ahora todo iba bien.

Annia y Mergo estaban fascinados por la diferente cultura del lugar ártico, más por la manera desinteresada en la cual el cazador veterano contaba todo eso con cierto orgullo y hasta presunción. Algo que les parecía muy curioso.

Luego de un par de horas, todos consiguieron ver la gran muralla que cubre la aparatosa montaña que es el monte *Brightpeak,* cuya cima parece casi indivisible por los que se encuentran a la distancia de ésta. No sólo por las nubes de tormenta, sino porque es ridículamente alta.

Cuando estuvieron ya muy cerca, dirigidos a los grandes portones que son el único acceso visible, algunos guardias se acercaron para verificar que no sean hostiles, reconocido Bardan de inmediato por algunos, extrañados de que el hombre requiera entrar a dicha zona.

Entre todos los trabajadores había uno muy joven. Annia se dio cuenta que éste tenía rasgos gitanos, por lo que no tardó en preguntarle sobre Dandy, cosa que mortificó un poco a Mergo, mas el muchacho, quitado de la pena, respondió muy alegre y con un acento bellísimo.

—¡Claro que sé quién es Dandy, el dragón glotón! Mi padre recreaba un pequeño número de títeres en su caravana cuando era joven y nómada. Entre las marionetas, estaba Dandy, y siempre se presentaba con una canción —explicó el guardia muy alegre, cosa que generó una enorme sonrisa en los extranjeros.

—¿Podrías cantar la canción? —Aquella petición puso muy nervioso a aquel joven, pues todos sus compañeros lo vieron de manera extraña, hasta que Mergo hizo una ofrenda.

—Te daremos un orbe si lo haces. —Esto despertó el interés del chico, mismo que se puso a aplaudir para ganar ritmo e inició la canción.

—*No me quiero esperar. No me quiero aguantar. Así gordito me voy a quedar. No me gusta el tofu. No me gusta el football. Así gordito me siento mejor. Si no quieres tu comer, (¿ah, no?), de huesos te vas a ver. Y tu panza va a doler, para siempre ¿ya lo ves? Si no quieres tu comer, con lombrices vas a andar. Flaca y larga vas a ser, Dandy ya no te querrá.* —La interpretación dejó muy claro a los cazadores de qué se trataba. Era algo que sin dudas atemorizaba mucho a ambos, pues tenían ideas en la cabeza que no deseaban enfrentar. Al menos no tan pronto.

—Gracias. Es justo lo que deseaba saber. —El orbe fue entregado por Annia y los tres cazadores accedieron a la zona por medio del gigantesco portón.

Detrás de aquel, un gran valle nevado se escondía, lleno de numerosos árboles y una larga vereda que llevaba hasta las faldas de la montaña, la cual tenía un aspecto completamente tenebroso.

—Así que nos toca el que tiene exceso de gusto. Un dragón seguramente lleno de bocas por todos lados y con un apetito voraz —concluyó Mergo, algo que extrañó a Bardan.

—¿Con esa canción saben el aspecto del enemigo? —preguntó incrédulo y casi burlón el hombre, respondido por Annia.

—Dandy en Nwarvus tiene una canción que habla sobre lo justo y gomoso que es el dragón. La justicia es ciega y si no tienes visión, siempre te parecerá que te ves bien ante todos. El monstruo no tenía ojos, pero sí muchos oídos, haciendo alusión a que escucha en lugar de dejarse guiar por su vista.

—La canción de Vonrvus hablaba sobre todo lo contrario. Como te juzgaba y siempre te observaba, mas nunca te lo decía, siempre callado. La cosa que vimos estaba repleta de ojos y no poseía boca, fue claro entonces que las canciones describen a la perfección a estas cosas, no a Dandy como tal —explicaron Annia y Mergo respectivamente, algo que dejó perplejo al hombre.

—Eso quiere decir que éste tendrá muchas bocas. Aparentemente tiene un gran apetito. Pero, ¿de qué va a carecer? —Esa cuestión los hizo pensar un poco antes de avanzar, dada una respuesta por Annia.

—Me parece que tiene que ver con el tofu. Es lo único diferente que menciona la canción.

—También habla de lombrices —secundó Mergo, algo que los hizo pensar—. ¿Qué tienen en común?

—Bueno, en Arnbvus el tofu es famoso por ser inodoro. —Eso puso una cara de asco en Annia.

—¡Qué asco! ¿Cómo que inodoro? ¿Tiene forma de escusad…?

—Se refiere a que no huele, tonta —explicó el vendado, cosa que hizo reír y sonrojarse a Annia.

—¡Ah! ¡Ya! ¡Ja, ja, ja! Espera, las lombrices no pueden oler como tal. Lo hacen por medio de su piel, pero no es lo mismo que percibimos nosotros.

—Así que no tiene sentido del olfato. No creo que nos ayude mucho saber eso —explicó el hombre mientras miraba hacia la montaña—. El gusto y el olfato están conectados. Tal vez por eso come mucho, porque desea sentir sabores, pero le es imposible. Es muy triste entenderlo. —Esas palabras provocaron el silencio de los extranjeros, luego se vieron el uno al otro desconcertados. —Es hora de irnos. El camino hacia el monte *Brightpeak* no será fácil, y si nos tardamos más, la tormenta nos puede atrapar —aseguró el hombre, iniciado el camino hasta la enorme montaña por él, acompañado de ambos cazadores que iban detrás del veterano, con cierto miedo a lo que pudiera ocurrir.

El tiempo pasó, y entre más se adentraban al bosque en las faldas del coloso, más noxakos aparecían, algo que no fue problema combatir, y hasta fue de bastante provecho por los extranjeros, pues pudieron obtener varios orbes nox que seguramente usarían en un futuro para mantenerse seguros en el regreso.

Todo parecía ir de maravilla, hasta que, de pronto, la nieve comenzó a caer de manera un poco más brusca, lo que volvió difícil el tránsito hacia la montaña.

Annia y Bardan iban bien, mas Mergo resintió el frío y la senda inclinada, por lo que pidió un pequeño descanso a ambos.

La cazadora, al ver que su amigo caía sobre una rodilla, se regresó a ayudarlo, notado por ambos que ya estaban iniciando la escalada por la montaña, cosa que les alegró y animó un poco de momento.

Bardan no hizo nada, sólo vio a los cazadores desde adelante, por lo que suspiró hondo y decidió hacer algo que sorprendió a ambos extranjeros.

El hombre sacó una gran hacha y la levantó hacia el cielo, para luego hacer un corte hacia la montaña, lo que hizo a la tormenta cambiar de dirección y abrirles paso por la senda que deberían de seguir. Esto dejó perplejos a Mergo y Annia.

—Mi poder me permite controlar el agua. No importa en qué estado se halle. ¡Vamos! Ya estamos cerca —Luego de eso, Mergo se puso de pie con la ayuda de su amiga y le pidió dejarlo intentar ir solo, a lo que ella, preocupada, aceptó.

Los tres continuaron su camino, adentrados más y más en el corazón del gran monte nevado, donde muy posiblemente aquel ser pesadillesco estaba esperándoles para enfrentarlos con todo su tremendo poder.

Por su lado, Novan regresó a la posado, en donde hallo a Björn registrando a algunas personas. El joven buscó de reojo a los cazadores de Nwarvus, y lo extrañó no verlos de momento, pues la nieve seguía agresiva.

—Björn. ¿Los cazadores del extranjero se fueron a pesar de la tormenta? —preguntó el chico, para luego ser respondido por el recepcionista.

—Olvídate de ellos. Fueron hasta la zona de caza del *Brightpeak.* Y no fueron solos, sino con Bardan —eso extrañó al chico, pues entendía que no era habitual del hombre hacer eso.

—¿Y eso que los llevó? Le ofrecieron orbes, supongo.

—No exactamente —Björn explicó al joven parte de lo sucedido y éste entonces suspiró, pues entendía qué pasaba.

—¡Vaya estupidez! Supongo que es un adiós para ese par de tontos soñadores.

—Supongo que sí. Además, la criatura del monte *Brightpeak* es invencible. Han firmado su sentencia de muerte por todos lados —dicho eso, el recepcionista se fue del lugar, dejado solo a Novan, mismo que caminó hacia su habitación con sus maletas llenas de nuevos orbes.

## Tercera Ceremonia: Exquisitus

La tormenta de nieve aumentó su poder considerablemente. El monte *Brightpeak* era famoso en todo Arnbvus por muchas razones. Una de ellas era porque muy pocos habían podido subirlo, además de ser quien se cobró la vida de todos aquellos que no pudieron llegar hasta la cima del mismo.

De esto hablamos sobre personas del continente que estaban preparadas para subir. En ese momento, Annia y Mergo, dos extranjeros, trataban de escalar más allá de las faldas de la temible montaña, con una tormenta de nieve golpeando sus cuerpos de forma indiscriminada, abatido principalmente Mergo por el poder de dicho clima brutal y congelante.

—No puedo más… —confesó Mergo, mientras temblaba y sentía sus extremidades, así como su rostro, completamente helados—. El clima es demasiado intenso, siento que me voy a congelar —mencionó de rodillas en la nieve y levantó la mirada, con lo que vio que Bardan, algo por delante de ellos, se veía normal. Por su parte, Annia se notaba aparentemente bien, pero estaba temblando un poco. Ya le estaba afectando.

—No podemos parar. Hay que seguir. Estamos muy cerca del corazón del monte —explicó el hombre de barba, mientras Annia retrocedía y trataba de levantar a Mergo.

—¡No! Es demasiado. ¡Deberías ayudarnos y detener un poco la tormenta como lo hiciste antes! Hay que buscar refugio si ya no puedes. Debe de haber una caverna cerca y…

—Lo siento —emitió Mergo entre dientes, sujeto a su amiga.

—Estarás bien. Vamos a superar esto.

—No lo creo —comentó el hombre, a la par que observaba su hacha—. Me temo que su viaje, ha de terminar aquí —explicó el sujeto con una mirada fría e inexpresiva, alzó su arma y la azotó hacia los extranjeros con un poder tal que levantó una onda de nieve y agua que fue directo a los cazadores de Nwarvus.

De inmediato, Mergo invocó las garras del dragón y empujó a Annia lejos, a la par que él mismo, a duras penas, consiguió evitar el golpe.

—¡Hijo de perra! —gritó Annia al prepararse para atacar, mientras que Mergo lanzó su espada al hombre, detenida aquella a medio camino por la tormenta.

—Es inútil. Tu arma no puede con toda la nieve que estoy atrayendo de la tormenta. —La declaración provocó que ambos cazadores se impresionaran. —Así es, los he engañado. No ha aumentado el poder de la tormenta. He sido yo quien ha hecho esto con el mínimo aumento que hubo desde que llegamos al monte.

—¿Por qué? ¡Danya te pagó!

—Te equivocas. No tengo interés en esa mujer y sus ofertas. Esto es por mi cuenta, traidores —declaró Bardan, preparado para atacar.

—¿Traidor? ¿No te mordiste la lengua, maldito? —gritó Annia, apuntó con sus armas y disparó al hombre, mismas que evitó el de barba al levantar una muralla de nieve frente a él, la cual se volvió agua pronto.

—Ustedes están traicionando a cada cazador de este mundo. Nuestras cómodas vidas serán sustituidas por mediocres rutinas en nauseabundos trabajos. Algunos cazadores sabrán usar sus riquezas adquiridas y triunfarán, mas los nuevos están condenados a una vida simplona, sólo porque un par de malditos egoístas decidieron que era tiempo de desaparecer a los noxakos y hacer que los orbes dejen de funcionar. ¡Qué tienen en la puta cabeza! —gritó enfadado Bardan y agitó su hacha hacia Annia. Dicha evadió el embate de agua y hielo que le lanzó y disparó nuevamente, esquivadas las balas por su agresor, rosándole un par en un brazo.

—¡Imbécil! ¡El mundo se está acabando! ¡No habrá hogar ni nada si la oscuridad lo consume todo! ¿Cómo no puedes entender eso?

—¿Y cuándo ocurrirá? ¿En 30 años? ¿En 50 años? Ya no estaremos para ese entonces. ¡Qué importa! —pregonó el sujeto al seguir atacando a Annia, esquivados los embates por la mujer a la par que continuaba contraatacando, protegido el hombre de barba por su habilidad de controlar el agua.

—¡Tienes hijos! ¡Tu descendencia no vivirá por tu egoísmo! —reclamó la mujer, cosa que hizo reír al hombre, burlas que alteraron a ambos cazadores, sobre todo a Mergo, que no podía ni pararse por el frío.

—¡No me hagas reír! Esos malditos críos lo único que hacen es quitarme dinero, al igual que las putas de mis ex esposas. Odio que en este país las mujeres tengan que contraer matrimonio para dejar que te las cojas. Al menos las hermosas. Perdí la cuenta de hijos que tengo, y no me importa. Ésta es mi vida y es para mí. Ser cazador es lo que me mantiene pudiente y libre. No dejaré que me lo quiten así el mundo entero muera. —Luego de eso, el sujeto trató de golpear a Annia con otro embate, mas vio algo por la vista periférica, un objeto que se acercó a él.

Se trataba de Mergo, quien invocó una vez más las garras azules de dragón y se lanzó hacia Bardan con todas sus fuerzas, detenido el zarpazo del vendado por el hacha del barbón, impresionado por la voluntad del extranjero.

—¿Tienes otro poder además del arma? ¿Qué significa esto? —preguntó extrañado Bardan, atacado por Annia, pues cargó su arma y le disparó con balas poderosas.

Uno de los proyectiles logró darle en una pierna, mientras que el otro lo consiguió evadir con dificultad, golpeado Mergo por el hacha de Bardan, cubierto el vendado por sus garras de dragón, aunque sí fue lanzado lejos y lastimado por el agua que empezaba a congelarse en sus enormes extremidades de luz azul.

—¡Mergo! —gritó la chica y llamó la atención de su camarada, a la par que Annia lanzó múltiples balas de fuego al arma del cazador, acción que la liberó de la nieve y el hielo, encendida en un tono un tanto rojizo que emitía vapor.

Pronto, Mergo saltó hacia su arma para sujetarla, mas Bardan se atravesó en el camino del hombre, alzó su hacha con ambas manos y trató de abatir directamente a su enemigo.

—¡Ni siquiera lo pienses! —Pero lo que no se esperó el de barba es que Mergo, bajo él y abierto a un mortal ataque de su hacha, le sonriera.

La espada atravesó el pecho del hombre, a la par que un montón de balas cercenaban su brazo derecho a quemarropa. El hombre cayó sobre una rodilla, derrotado.

—Toda mi vida, la viví sin preocupaciones. Los noxakos, esas cosas, jamás fueron un problema para mí —decía el sujeto mientras la tormenta se detenía, se volvió más gentil y menos congelante—. ¿Quién diría que moriría en manos de un par de cazadores poseídos por fantasías bobas y complejo de héroes? —maldijo, para luego tratar de atacar a Mergo con una estaca de agua nieve que brotó desde enfrente de él, destruida por una bala de Annia a medio camino.

—¿Héroes? ¡No me hagas reír! —exclamó la mujer, para luego caminar hacia Bardan sin dejar de apuntarle con el arma roja—. Somos exterminadores, Bardan. Nuestro trabajo es eliminar a todos los noxakos sin importar las consecuencias. Salvar nuestro mundo de las estupideces que nuestros antepasados hicieron. La humanidad está en decadencia absoluta. Que no lo veas, no te convierte en un villano, sino en una víctima. Que lo notemos y queramos hacer algo, no nos hace héroes, sino conscientes. ¡Llévate eso a la tumba, idiota! —Terminó de decir al tener el arma pegada a la cabeza del hombre.

—¡Les ofrecí mi amistad! ¡Les abrí los brazos! ¡USTEDES SON UNOS MAL AGRAD…! —La mujer disparó, lo que asesinó de inmediato al hombre.

—Mucha palabrería para mi gusto —ultimó Annia, para luego acercarse lento a su amigo—. ¿Estás bien? Busquemos una cueva y encendamos una fogata.

—Sí, creo que un poco de calor me haría bien —aseguró el hombre, apoyado en su amiga, misma que lo condujo a una zona entre varios pinos en búsqueda de algún tipo de refugio, encontrada una cueva solitaria luego de unos treinta minutos.

Allí adentro, Annia reunió algunas ramas y las encendió con sus balas, aunque tardó un poco en hacerlo.

El fuego consiguió calentar a Mergo, mismo que se dio cuenta que tenía algunas heridas causadas por Bardan, así que la mujer se encargó de vendarlas y cubrirlas bien para que el frío no lo molestara o terminara gangrenando.

—Creo que debo ir sola —propuso Annia, cosa que alteró mucho a Mergo.

—¡No! Estás loca, mujer. No tenemos aliados y el clima es complicado.

—¡Exacto! Si no triunfo, todavía puedes regresar, recuperarte y enfrentarlo con verdaderos aliados. Debe de haber alguien que sí pueda ayudar.

—¡Entonces regresemos ambos! Vamos por ayuda. —La sugerencia de Mergo, lejos de agradar a Annia, pareció molestarle.

—Si regresamos sin Bardan, creerán que lo asesinamos a sangre fría. Podrían vernos como estafadores. Si no regreso, sería más creíble.

—¿Cómo puedes decir algo así? —reclamó Mergo, furioso—. ¡Estás loca! ¡Vamos a enfrentar a esa cosa juntos! Ni siquiera sabemos si se encuentra aquí. —El hombre se puso de pie, y miró a su amiga desde arriba con todo el estoicismo posible. —Iniciamos esto en Nwarvus juntos y vamos acabarlo así, Annia. Estoy listo para sacrificar todo, hasta mi vida, por deshacerme de esas mierdas. —Esto provocó que la mujer, en lugar de seguirlo, hiciera una pregunta.

—¿Qué te hicieron, Mergo? —Aquello dejó al hombre sin palabras, agachó la cabeza, apartó la mirada y apretó los puños, completamente furioso.

—Yo vivía cerca de un bosque… Mis padres solían estar fuera de casa, así que mis hermanos mayores nos cuidaban a los más pequeños. —Comenzaba a contar el vendado, mientras que sus palabras se volvían imágenes para la chica de cabello rosa.

…

Una noche, cuando mis padres no llegaron a la hora de siempre, escuché que todos iban a jugar a las escondidas en mi patio.

Ese lugar era enorme, nuestra casa era de las más grandes, ya que mi abuelo fue un herrero muy renombrado, mismo que forjó el arma que llevo conmigo y la usó para parar un conflicto de mi país años atrás, cuando era apenas un joven de 15 años.

El mayor de mis hermanos comenzó a contar. Puedo escuchar en mis memorias cómo empieza el retroceso de los números, mientras las risas de mi completa hermandad llenaba el sitio, al igual que el eco de sus pasos alejándose y colocándose en sitios donde nadie los viera.

Yo quise ser más atrevido, así que me puse detrás de una barda cerca del límite de nuestro territorio, el cual daba directo a un pequeño terreno baldío entre varios hogares, repleto de árboles, cavernillas y un riachuelo.

Estaba tras la pared, con la mitad de mi rostro escondido y mis ojos plantados en mi hermano mayor, atento a sus movimientos y cuenta, hasta que escuché una voz detrás de mí.

—¿*PoR Qué TE eSConDeS? nO Me tenGaS MIeDo, pEQueÑo* —mencionó la extraña voz desde atrás. Miré en dirección de donde lo había oído, mas no vi nada que no fuera maleza, árboles y oscuridad—. *VeN, nO TE hARé DAñO. SOmoS AmIGos, ¿LO OlVIdasTE?* —Mi corazón latió más rápido, y entonces vi una sombra que me invitaba a seguirlo, ahí detrás, a la par que se alejaba.

Tenía curiosidad, no sonaba como algo malo. Quería seguirla, y lo hice. Dejé atrás todo para ver quién me estaba llamando. No había miedo, sólo incertidumbre, y muchas ganas de hacer un nuevo amigo.

Escuchaba como se alejaba, como iba por delante mío, como sugería cosas que no entendía del todo y como reía de manera muy extraña. Todo iba relativamente bien, hasta que estuvimos cerca del riachuelo y se detuvo. Me acerqué a él, mas no vi nada. Desapareció.

Me di cuenta que estaba ya muy lejos de casa. Que estaba perdido. La luz de la luna era lo único que observaba, y el miedo me invadió tan pronto el sonido del viento golpeando las hojas de los árboles y el agua que corría resonaba entre las rocas.

—¿D-dónde estás? —pregunté, temeroso. Un pobre niño de cinco años, abandonado, fue entonces atacado por detrás.

—¡AQUí esToY! —gritó el ser más repugnante que haya visto. Era como un hombre alto, delgado, pero su rostro se abría por completo en una boca llena de lenguas y numerosos dientes, misma que me mordió el rostro y me metió aquellas extremidades húmedas en mi boca, a la par que me lamía la cara y respiraba jadeosamente sobre ella.

Traté de gritar, de morderlo, pero nada funcionaba. El noxako arrancó mi ropa, me rasguñó, me acarició, y entonces, como si fuera un enfermo sexual, introdujo lo que parecía ser su miembro viril a mi… Me violó.

—*¡EReS Mio! ¡naDiE MÁs vA A ToCArTe! ¡TOdoS uSTeDEs sOn MÍoS!* —mencionaba aquella cosa, a la par que repetía una y otra vez cosas asquerosas, lo mucho que le gustaba mi cuerpo, todo lo que disfrutaba hacerme, y lo que me iba a seguir haciendo hasta que muera.

No sé cuánto tiempo pasó, pero llegó un momento en el cual me desconecté. Dejé de luchar. Sólo sentía cómo seguía abusando de mí, mientras mi mirada, el único ojo que me quedaba, estaba viendo la luz de la luna.

Fue entonces que un cazador me encontró y asesinó a aquel ser. Un orbe cayó sobre mí, mas no me moví. Mi salvador, cuyo rostro no recuerdo, trató de hacerme entrar en razón. Fue imposible, estaba en *shock.* Lo vi, presencié todo, no obstante, no pude moverme.

Regresé a casa, atendieron mis heridas y estuve bajo cuidado mucho tiempo. No hablé, difícilmente comía y odiaba que me tocaran. Fueron dos años muy duros para mí.

…

—El mayor problema fue que, cuando por fin tuve el valor de confesar qué pasó, nadie me creyó. Me dijeron que los noxakos no hablaban, que sólo me atacó, que no abusó de mí, que no tenían el entendimiento para algo tan malicioso como eso. Me llamaron mentiroso y exagerado. —Las palabras del hombre fueron dichas con lágrimas en los ojos, a la par que Annia estaba aterrorizada, con ambas manos cubriendo su boca.

—Yo… —Antes de decir algo más, se escucharon pasas desde el fondo de la caverna. Mergo no pareció impresionarse, mientras que Annia apuntó asustada hacia el fondo.

Desde la oscuridad, se escucharon llantos. Cada vez más cercanos, hasta que se reveló la figura de un niño con un muñeco de Dandy en sus manos. Nuevamente, el espejismo de Mergo apareció frente a los cazadores.

—Siempre que lo recuerdo… Siempre aparece… Creí que me había vuelto loco, pero cuando estábamos en Nwarvus, el lugar con neblina me recordó mi hogar, sus bosques, y ese horrendo día. Por eso ha venido. Por ello está aquí, frente a nosotros —explicó al ver al niño ahí, solo, con lágrimas en sus ojos, tallados estos por su mano libre.

—¿Qué demonios es? ¿Qué significa? —preguntaba Annia, desesperada y completamente horrorizada, contestada por Mergo.

—No tengo la más mínima idea. —De la nada, la figura infantil lloró a punta de gritos, mismos que se fueron deformando hasta adquirir un sonido no humano, lo que provocó a la mujer disparar al infante hasta desaparecerlo. El niño y todo lo que llevaba con él se desvaneció en el aire.

—Yo te creo —aseguró Annia, ya más tranquila—. Te creo sin dudarlo, Mergo. Estoy segura que esas mierdas son más de lo que sabemos. Tenemos que acabar con ellas. ¡Tenemos que encontrar a Dandy! —Lo dicho provocó que Mergo asintiera con la cabeza, serio, dirigidos ambos hacia el exterior, cuya tormenta era un poco más hostil, mas no lo suficiente para detenerlos.

Luego de avanzar por la misma senda que los estaba llevando Bardan, los cazadores encontraron a varios noxakos gigantes que atacaron sin pensarlo. Las balas de Annia consiguieron abrir a uno, y Mergo lanzó su arma para terminarlo. Por otro lado, este mismo se lanzó con las garras de dragón hacia un segundo objetivo, el cual fue partido por un zarpazo de Mergo como si de mantequilla se tratara, destruido el orbe por las balas de Annia.

Así fueron cayendo uno a uno, hasta que dos noxakos con alas aparecieron. Parecían ser un problema, pero la espada de Mergo y las balas de Annia probaron ser suficientes para acabar rápido con uno. El segundo dio más problemas, pero al final, Mergo pudo usar sus garras para destrozar los orbes al mismo tiempo, algo que lo hizo agotarse mucho, pues dicha técnica le sustraía mucha energía.

De pronto, luego de abatir a todas esas aberraciones, la nieve debajo de los cazadores tembló, hasta que de ella comenzó a surgir un gigantesco monstruo de piel verde oscura, cuyo hocico titánico se alzó entre la poderosa tormenta, dado un grito por el ser, mostrado su enorme estómago y pequeñas patas, así como sus deformadas alas y sus múltiples ojos en fila a los costados de la poderosa mandíbula que cargaba, similar a la de un cocodrilo.

—¡Lo encontramos! —aseguró Mergo.

—¡No parece un dragón!

—¡Tiene alas! ¡Debe de ser! —Luego de eso, muchísimas bocas se abrieron por todo el cuerpo de la criatura, mostrados dientes y largas lenguas que salían de éstas—. ¿Aún tienes dudas?

—¡Ni loca! ¡Ataca! —Mergo de inmediato lanzó su espada hacia el enemigo. Dicha trató de cortar la dura piel de este ser, mas no le hizo ni un rasguño, al igual que las balas parecían rebotar en él, cosa que desalentó un poco a los cazadores.

La aberración, enfadada y hambrienta, se lanzó hacia ambos al abrir su imponente hocico, revelados cientos de cadáveres atascados entre sus numerosos dientes. Estos llenaban por completo la cavidad hasta lo profundo de su garganta y parecían moverse por voluntad propia.

Al ver esto, los dos cazadores corrieron y saltaron hacia atrás, lo que consiguió salvarlos del mordisco y una muerte segura. No obstante, las múltiples bocas lanzaron sus lenguas y sujetaron a ambos de brazos y piernas.

Por suerte, la Palkelenber regresó a Mergo y cortó las lenguas con cierta facilidad, cosa que hizo cerrar las bocas y provocar un grito de dolor a la criatura. Esto consiguió que Annia disparara a las lenguas que la sujetaban, obtenido el mismo efecto.

Una vez libres, la mandíbula del monstruo fue abierta de par en par hacia arriba, surgida una titánica e imponente lengua espinada desde lo profundo de su garganta, la cual se azotó hacia Annia con un poder devastador, evadida a duras penas por la mujer.

Mergo lanzó su arma hacia dicha extremidad y consiguió lastimarla, cosa que generó un chillido todavía más fuerte de parte del enemigo, quien retrajo su lengua y se dispuso a tratar de morderlos nuevamente.

—¿Entendiste? —preguntó a gritos Mergo.

—¡Perfectamente! —respondió Annia, a la par que ambos se concentraron en acabar con las lenguas que seguían fuera, cosa que cerraba las bocas del monstruo, tanto así, que provocaban la salida del órgano muscular bucal.

Ambos, al ver esa extremidad, atacaban a dicha con todo su poder. Annia decidió emerger los cuernos de dragón y disparar ambas balas de luz a la lengua, mientras que Mergo la esquivó y arañó con las garras azules al tenerla ya cerca. Ambos ataques fueron efectivos, mas no suficientes.

La cola de la criatura consiguió golpear a un Mergo descuidado, a la par que Annia era perseguida por la mandíbula del enemigo, dispuesto a seguirla y tragarla de un bocado.

Mergo notó aquello, mas estaba herido, cansado y abatido por el frío. Tanto así que sus garras azules desaparecieron y no pudo regresarlas de momento. El hombre tomó su arma y corrió como pudo para ir tras la bestia y tratar de llamar su atención, mas era demasiado tarde, aquel ya había alcanzado a la cazadora, abrió su gigantesco hocico y dio un mordisco imposible de evadir por Annia.

—¡No! —gritó Mergo, al instante que un montón de estalactitas de hielo surgían del suelo y levantaban al enemigo que aparentemente no terminó de morder, pues una titánica estaca de hielo se manifestó frente a la chica y la salvó.

La aberración cayó de espaldas luego de ser empujada por esa creciente estructura de hielo, y luego del aparatoso movimiento, desde un costado, apareció un hombre joven con patines de hielo que fue grácilmente deslizándose gracias a estos hasta hacerse presente.

—No iban a empezar sin mí, ¿cierto? —Luego de eso, el hombre se quitó los *goggles* y la capucha, revelándose Novan, retirado su pesado abrigo para mostrar un traje entallado que le permitiría moverse libremente.

—¿Novan? ¿Qué demonios? —preguntó Annia, la cual había sido salvada por el mismo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Björn me lo contó todo. Cómo el mundo sufre. Su objetivo real en todo esto. La necesidad de acabar con esta cosa que asesinó a mi maestro, Thakar. ¡Jamás se lo perdonaré! En su mandíbula aún está su brazo con el brazalete que le regalé. Tenía que ayudarlos. ¡Vine a vengarme! —gritó el joven, cosa que provocó al ser nauseabundo retomar postura y atacar con sus lenguas a Novan.

El joven, con una agilidad impresionante, patinó sobre un camino de hielo que iba creando gracias a su don, para luego hacer piruetas en él que lanzaban poderosas estacas de hielo, dados saltos con giros que hacían al agua congelada a su alrededor concentrarse y generar embates todavía más potentes que estaban dañando a la criatura.

Annia y Mergo, inspirados por el joven, siguieron su paso y lanzaron sus ataques en contra del monstruo. Aquel sacó la gran lengua y los extranjeros advirtieron a Novan sobre la debilidad de ésta, por lo que el joven, al esquivar con una gracia impresionante el ataque de dicha extremidad, patinó en reversa, se agachó, acomodó los brazos por detrás y dio un salto con múltiples piruetas que arrojaron un sinfín de lanzas de hielo que atravesaron por completo la gran extremidad, hasta que la inmovilizaron, por lo que el enemigo trató de retraerla.

Para desgracia del monstruo, eso fue imposible, pues el hielo incrustado le impedía a la lengua volver, así que Annia disparó sus balas de luz a un extremo cercano a la raíz del órgano y Mergo lanzó la Palkelenber con todas sus fuerzas a la misma área, cosa que le permitió cercenar de un tajo el punto débil de la criatura.

Un grito de dolor iracundo fue emitido, a la par que dos gigantescas bocas detrás de las malformadas alas se abrieron. De estas cavidades surgieron un montón de lenguas que se enrollaron en las extremidades hasta formarlas de manera adecuada que pudieran ayudarle a volar a este ser.

—¡Esto debe ser una puta broma! —emitió Annia, para luego todos atacar las alas de la aberración, inútil el embate, pues el enemigo saltó con una agilidad increíble y tomó vuelo a gran velocidad.

La escena parecía en verdad terrorífica y paralizó a los cazadores por unos momentos, hasta que de la mandíbula principal del ser disparó un poderoso aliento de fuego que todos evadieron a duras penas, seguido por la persecución hacia Annia de el mismo, abierto el estómago por debajo de la pesadilla, revelada otra titánica boca de ella.

Mergo recuperó su arma y la lanzó para tratar de distraer al ser que estaba terco con atacar a Annia, mas la Palkelenber fue repelida por un simple coletazo del monstruo. Por suerte, Novan iba patinando a toda velocidad hacia Annia, para luego saltar y lanzar varias lanzas a la boca del enemigo.

Eso hizo enfadar al ser volador, y provocó que Novan se agachara mientras giraba, creada así una colosal estalactita que ascendió hacia la criatura y alcanzó a golpear levemente a un ala. Annia no desaprovechó la oportunidad, y con dificultad, consiguió lanzar otro par de balas de luz a la misma extremidad afectada por Novan, conseguido hacerle un agujero que terminó por tumbar al ser desde el cielo hasta caer nuevamente a tierra.

Ya abajo, Mergo y Novan se acercaron para atacar. El primero con su espada y el segundo patinando, listo para arrojar más hielo. Desgraciadamente, la criatura parecía estar abatida, con sus ojos cerrados, y cuando menos se lo esperaron, abrió los ojos de golpe, usó sus alas y cola para lanzarse en contra de Mergo a una velocidad impresionante y así devorarlo de un bocado.

Novan notó eso y reaccionó creando un pilar de hielo como el que usó para defender a Annia, a la par que quedó frente al estómago de la criatura, conseguido Mergo ser salvado.

El acierto pronto se volvió error, pues la boca del estómago se abrió y fue directo a por el joven, a quien devoró de un tajo.

Lo sucedido encendió una gran furia en los cazadores, lo que les dio fuerza de crear las garras azules y los cuernos dorados respectivamente. Mergo, enrabietado, tomó la mandíbula gigantesca del ser con ambas garras, saltó y arrancó junto a un gritó de furia la parte superior de ésta, revelada una parte blanda del ser.

Todas las lenguas de las bocas fueron a por él, quien cayó sobre una rodilla entre sus numerosos dientes que ya estaban lastimándole, mas Annia saltó por enfrente del hombre y disparó dos poderosas balas al interior del monstruo.

—¡MUÉRETE! —Gritó la mujer, las balas atravesaron a la criatura y pronto la asesinaron.

El cuerpo de la pesadilla se volvió luz verde pura, para luego salir disparada al cielo y golpear las nubes de tormenta, desaparecidas al instante, iluminado el ahora cielo nocturno de Arnbvus por completo.

Pasó una vez más. Los orbes de Nwarvus y Vonrvus se apagaron durante horas. Los del continente helado titilaron en más de una ocasión por un periodo de tiempo un tanto alarmante. No obstante, lo más increíble, es que los orbes de Hexlevus y Qwinbakvus también parpadearon una vez. Esto mortificó demasiado al mundo entero. Se sintió el verdadero terror.

El estómago del ser dejó detrás un montón de esqueletos. Muchísimas personas habían sido devoradas por él, todas destajadas por los múltiples colmillos.

A su vez, la luz verdosa entró en Annia, la cual recibía la fuerza de Dandy y su nueva habilidad, la cual le formó un par de alas de dragón verdes tras la espalda, mismas que desaparecieron tan pronto se revelaron, agotada la mujer luego de esto.

—¡Annia! ¿Estás bien? ¡Recibiste otra bendición de Dandy! ¡Tienes alas! ¡Podrás volar! —Dijo emocionado Mergo, mas vio a su amiga llorando, completamente destrozada—. ¿Annia?

—¿Siempre debe ser así? —Se preguntó entre lloriqueos—. ¿Tiene que morir alguien para que demos nuestro máximo, Mergo? ¡Somos patéticos! —gritó la mujer al caer al suelo, golpeada la nieve bajo ella hasta lastimarse los puños.

—Annia… Lo siento… Tienes razón, somos débiles. Nuevamente alguien se sacrificó por nosotros —comentó apenado y frustrado el vendado.

—¡MALDICIÓN! ¡PERDÓNAME, NOVAN!

—No, son unos imbéciles —mencionó una voz desde la pila de esqueletos, surgido el joven de estos, cubierto de hielo, aunque parte de éste estaba derretido, el cazador se veía intacto—. Realmente pareció que esperaron a que me matara, bobos.

—¡Novan! —dijeron los extranjeros al unísono y corrieron hacia el joven, abrazado por ambos.

—¡Ey! ¡Je, je, je! Yo también me alegro de estar bien… Gracias —mencionó el chico, a la par que regresaba el abrazó y temblaba un poco—. Por un momento creí que había acabado. Me envolví en hielo y eso me protegió, pero el jugo gástrico de esa cosa estaba a punto de matarme, hasta que lo vencieron. Son increíbles —explicó el joven, mismo que alzó la mirada al cielo—. Así que este es el verdadero cielo noc… ¿Qué rayos es eso? —señaló Novan, cosa que hizo a los cazadores levantar la mirada.

En el cielo nocturno de Arnbvus, por todo sitio, podía apreciarse una bella luz oscilante de colores fríos que se proyectaba de una manera extremadamente bella. Espectáculo que todos en el sitio pudieron apreciar, pues la tormenta cedió por completo en cada esquina del extenso continente.

—Esa es… La aurora boreal —dijo Annia, impresionada.

—I-imposible. Hace años que no se ve aquí en Arnbvus —comentó incrédulo Novan.

—Ahora es visible de nuevo. Es el fruto de nuestra hazaña. El mundo comienza a respirar nuevamente —declaró Mergo con una gratificante sonrisa, mas luego cayó sobre una pierna, debilitado completamente.

—¡Mergo! ¿Qué pasa? —preguntó Annia, para luego ser sostenido por Novan y notar que sangraba.

—¡Está herido! Sus vendajes en manos y piernas sangran. Tiene heridas en las piernas de los colmillos que estaban en la mandíbula. ¡Hace un frío terrible! Puede estar congelándose y causándole gangrena. Tenemos que calentarlo de inmediato —explicó el muchacho, asustado.

—De camino para acá vimos una cabaña abandonada. ¿Crees que podríamos ir allá?

—Sí, esos lugares eran estaciones viejas como las posadas, pero sólo de descanso. Tal vez haya medicinas o un calentador viejo que sirva con orbes. —Ambos cargaron a Mergo y lo llevaron hasta el dichoso sitio.

La cabaña abandonada se notaba ya bastante vieja. Tenía algunas linternas sin orbes alrededor, y aunque sus paredes se veían maltratadas y su techo se hallaba destrozado, tenía cierta calidez que el exterior no.

En un sofá tendieron a Mergo, mientras que Novan buscó un calentador y consiguió encenderlo con un orbe que llevaba Annia. Aquel funcionó perfectamente, aunque de repente se apagaba gracias al efecto causado por asesinar a la bestia.

Mergo no dejaba de temblar, mas se sintió mucho mejor gracias al calor, cobijado con el abrigo de Novan. Lo cual permitió dejarlo dormir durante un tiempo.

Pasó una media hora, y Annia conversaba con Novan sobre sus viajes y todo lo que habían visto, cosa que inspiró mucho al joven. Definitivamente su mirada acababa de cambiar en torno a los extranjeros.

De pronto, Novan sacó de su pantalón un brazalete de plata y lo vio con nostalgia, derramadas lágrimas de sus ojos al observarlo con detenimiento.

—Iré con ustedes. Esto tiene que detenerse. No podemos dejar que los noxakos o esas cosas sigan sueltas —declaró el muchacho, convicción que le dio calidez al corazón de Annia.

## Vigésima Cuarta Ofrenda: Actuación perfecta

Mientras hablaban en la cabaña abandonada en medio de la fría montaña, Novan y Annia se percataron de un extraño sonido que provenía desde uno de los sitios más oscuros del lugar, uno de donde aparentemente antes no había nada.

Ambos cazadores, asustados, se pusieron en guardia y cubrieron a Mergo, quien continuaba dormido y mal herido.

—¿Un noxako? No me sorprende —aseguró Annia, para luego escuchar más pasos que desde la negrura iban hacia ellos.

—No, hay algo raro. Dudo que… —Fue entonces que se hizo visible gracias a la poca luz que entraba por el techo, por donde también caía un poco de nieve acumulada del techo, tumbada por el viento.

Un niño de unos aparentes diez años fue revelado. Dicho vestía un par de botines blancos, un sombrero, pantalones cortos y uniforme de marinero, todo con líneas azules que lo resaltaba del color más claro. No obstante, los ojos rojos del infante, además del pastel que cargaba en su mano derecha con cierta facilidad, lo volvían un tanto atemorizante, algo que confundió mucho a los cazadores.

—¿Qué demonios hace un niño aquí? —preguntó Novan al bajar la guardia, a la par que el chico se detenía debajo del agujero del lugar, observado con cautela por los cazadores.

—Oye, niño. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo llegaste? —mencionaba la mujer sin dejar de apuntarle.

—Baja eso, puede que…

—¡No seas ingenuo! Es un cazador, obviamente. ¿Cómo entraría aquí si no lo fuera? Sólo conozco a un loco que traería a un niño a este lugar y dudo que sea el caso —explayó la mujer, con los ojos bien puestos en la cara inexpresiva del infante—. Deja de fingir y dinos qué quieres. Puede que se trate de una ilusión como la que ve Mergo. Ese pastel me hace pensar en ello, mas creo que es muy pronto para bajar la guardia. —Al decir eso, el infante volteó hacia Mergo y lo observó detenidamente. Luego de eso, colocó el pastel que llevaba frente a él y lo sujetó con ambas manos.

Annia y Novan vieron callados la escena, cómo la nieve caía sobre el niño que no quitaba los ojos del pastel, para luego regresar la mirada a los cazadores y de pronto, sin previo aviso, hundir su rostro en el voluminoso postre de betunes celestes y blancos en favor de tragarlo precipitadamente.

La escena extrañó a la mujer, misma que sólo veía cómo el infante estaba devorando la tarta, sin detenerse y de manera monstruosa, algo que la perturbó un poco, decidida a disparar. No obstante, de la nada, Novan comenzó a sentirse mal. Annia volteó hacia su compañero y notó que tenía el rostro completamente rojizo y estaba haciendo arcadas como si deseara vomitar.

Novan, en un intento desesperado por respirar, se indujo vomito, pues sentía que algo estaba atorado en su garganta, lo que le dio paso a expulsar la comida de su estómago. Annia lo ayudó haciendo una maniobra de desobstrucción al entender qué le pasaba, mas no parecía funcionar. El cazador estaba cada vez más débil y continuaba ahogado y vomitando.

—¿Qué pasa? ¿Cómo es… posible? —mencionó la chica, para luego voltear hacia el niño y notar que aquel levantó la cara repleta de betún, revelada una daga oculta dentro de la tarta—. ¡Hijo de puta! —gritó la mujer y apuntó al infante, quien tomó de inmediato la daga y la empuñó.

La sorpresa de Annia fue sorprendente al notar que el niño se apuñaló el estómago de inmediato, cosa que la dejó paralizada.

A su vez, Mergo despertó con un grito de dolor, y cuando la mujer volteó a verlo, notó que escupía sangre y parecía estar herido del estómago.

—¡MERGO! —gritó desperada la pelirosa y corrió hacia él. Le arrancó la chaqueta y playera para ver su estómago y notar que tenía la herida de una daga ahí mismo, y que pronto aparecieron más y más, como si lo estuvieran apuñalando varias veces, acción que hizo gritar a Mergo de dolor, a la par que la chica no hallaba cómo defenderlo, por lo que volteó a ver al niño. Aquel estaba clavándose la daga una y otra vez mientras reía a todo pulmón.

Novan continuaba vomitando y Mergo ahora tenía múltiples puñaladas en el estómago, por lo que Annia, enrabietada, se puso de pie, invocó los cuernos y las alas de Dandy y apuntó al niño desplegando todo su poder.

El chico no se movió al ver esto, mas luego saltó detrás de un mueble al sentir que una estaca de hielo lanzada por Novan iba a golpearlo, mismo arrebate que falló al igual que las balas de luz que disparó Annia.

—¡Mierda! ¡Resistan! ¡Voy a matar a ese mocoso! —aseguró la chica y nuevamente Novan vomitó, lo que le hizo quedarse inconsciente de momento.

Por su lado, el niño estaba detrás del mueble comiendo más pastel, lamidos sus dedos llenos de betún, con la daga en mano, a punto de clavarla nuevamente, no sin antes asomarse.

—Él me dijo que eran dos. Uno más es un estorbo, pero morirá. Van a morir los tres. Mi rey, no le fallaré —susurró el niño, listo para atacar. Para su infortunio, un estruendo se escuchó, y con una velocidad increíble, Annia saltó con el impulso de sus alas verdes al otro lado de la habitación, donde quedó frente a frente con el chico, al cual disparó dos de sus balas de fuego, pues su energía estaba ya casi agotada y le era imposible continuar con las de luz.

Al notar esto, el niño sonrió y, en lugar de evadirlas, únicamente volteó tan rápido como pudo a ver a Mergo, atravesado por los proyectiles aparatosamente en un hombro y pulmón. Al mismo tiempo de ello, él lanzó su daga a Annia y pudo clavársela en la pierna de la mujer, ocasionada su caída y aparatoso choque contra los muebles viejos de la casa, al igual que con una columna. Esto provocó que cayera el techo sobre ella y la dejara mal herida de momento.

Annia, al tratar de salir de los escombros, notó que el niño se puso de pie como si nada. Por otro lado, Mergo estaba gritando nuevamente, herido en el hombro y pecho, cuyas marcas parecían haber sido hechas con sus balas.

—I-imposible… ¿Qué demonios pasa? —preguntó la mujer, tomado un tubo por el infante en camino hacia ella, que muy apenas podía arrastrarse por el dolor y que estaba desarmada, pues el choque le hizo soltar sus pistolas.

—Van a morir. No tienes qué entender cómo —explicó el niño al alzar el tubo sobre la mujer.

—Danya te envió… ¿Cómo nos encontraste?

—Ninguna Danya me pidió matarlos y no fue difícil saber dónde estarías. Muchos cazadores hablan rápido cuando ya no pueden respirar —aseguró el niño y trató de golpear con todas sus fuerzas a Annia con el tubo, mas ella lo detuvo con ambas manos antes de ser apaleada por él.

—¡No será así de fácil, mocoso de porquería! —replicó Annia al tratar de detener al infante, mas éste la golpeó en la entre pierna y luego le dio un fuerte azote en la cabeza de derecha a izquierda con el objeto metálico que llevaba en las manos. Annia cayó al suelo aparatosamente, lastimada y mareada.

—Se acabó, cazadores. Ya no hay más qué hacer —continuó diciendo el niño, se posicionó de nuevo sobre Annia y levantó el tubo para golpearla—. Todos los problemas que nos causaron ya son cosa del pasado. Este lugar será su tumba —explicó el mocoso, y cuando trató de golpear a Annia, ésta se defendió con una tabla de madera que interpuso entre ella y el ataque, para luego golpear al niño, resentido el ataque por Novan, lo que lo hizo escupir por un momento.

Fue entonces que Annia lo notó, cuando el infante se dio cuenta que lo golpearía, en lugar de esquivarlo, miró hacia Novan, lo que conectó el ataque con él.

—Ahora… entiendo. Eres un puto muñeco *vudú.* Aunque debes de ver a tu victima para que funcione. No sé porque no lo haces en mí, pero me aseguraré de arrancarte los ojos antes de que veas a mis amigos otra vez, hijo de perra —aseguró la mujer al ponerse de pie con la tabla en mano, lista para pelear.

El niño, sorprendido por la deducción, tomó el tubo con ambas manos y trató de clavárselo en la garganta mientras veía a Mergo. Annia, atemorizada, usó sus alas para volver a interceptar al mocoso con un poderoso salto, mas fue inútil, pues el niño esquivó el embate y golpeó en la espalda con el objeto a la mujer, lo que la sembró frente a él.

Luego de eso, el niño la agredió repetidas veces en el cuerpo, escuchados los gritos de Annia por él. La pelirosa cubrió su cabeza con sus brazos para evitar embates por el chico, donde golpeaba con más frecuencia para romperle las extremidades o las muñecas, sin detenerse un momento.

Cansado ya de tanto golpe, el niño giró el tubo y se dispuso a encajárselo a Annia, observado por ella en el último momento, temerosa.

Annia, aceptando ya su destino, cerró los ojos y sintió como algo cálido llegó a su cuerpo, como la sangre se hizo presente sobre su pie. Al abrir los ojos, vio cómo la Palkelenber estaba atravesando el pecho del niño, cuya sangre estaba derramada sobre ella, vomitada por el infante sorprendido, hincado Mergo en el suelo al caer por la fatiga de haber lanzado su arma, desmayado luego de eso, a punto de morir.

Annia aprovechó eso y, con toda la fuerza que tuvo, tomó el arma de Mergo por su empuñadura que sobresalía a duras penas del pecho del niño.

El infante, molesto, trató de atacar a la mujer, mas aquella detuvo el arma y mordió la mejilla del niño con todas sus fuerzas, expulsada la Palkelenber del cuerpo con una patada que le dio, al igual que su mejilla, para luego girar el arma y, con una destreza torpe, tratar de decapitarlo, mas no tenía la agilidad con la espada para hacerlo de un tajo y sólo consiguió lastimarlo, por lo que soltó el arma y saltó hacia él para tumbarlo y así colocarlo boca abajo, con sus ojos tapados por su mano.

Hubo forcejeo, el niño trató de huir, mas el peso de Annia era bastante a su comparación. Sin pensarlo, la mujer tomó un trozo de hielo que halló cerca y golpeó la cabeza del niño con él una y otra vez, usadas todas las fuerzas que tenía, congelada su extremidad y abierta la cabeza del niño con este trozo hasta hacerlo sangrar por montones, mientras gritaba desesperado y lloraba.

Finalmente, el infante cedió y murió, lo que permitió a la mujer soltar el hielo. Annia vio su mano temblar, roja por las quemaduras del frío, mas eso importó poco, pues se puso de pie a duras penas y corrió hacia Mergo y Novan, quienes estaban inconscientes, todavía vivos.

La mujer trató de ayudar a Novan con maniobras de desobstrucción, conseguido hacerlo toser y, por consecuente, respirar. El joven se pudo sentar, para ser dejado por Annia, la cual le quitó los vendajes a Mergo del rostro y los usó para tratar de cubrir sus heridas, grapadas las que le hizo el enemigo en el estómago con una grapadora de mano que encontró Novan luego de ver la situación.

—Está muy mal herido… Morirá si no lo atienden en un hospital —aseguró el chico, escuchado el llanto de desesperación de Annia, la cual vendaba al hombre.

—¡No dejaré que muera! ¡No puedes dejarme, Mergo! —decía la chica temblorosa, abrazado el hombre por ella al terminar de hacer lo posible por curarlo.

—Cerca de aquí hay un aeropuerto que lleva directo a Hexlevus, a la capital, donde están los mejores hospitales del mundo. El vuelo te llevará en una hora, pero dicho lugar se halla a tres, caminando. Una corriendo y unos quince minutos volando —explicó Novan, agotado—. Usa las alas que dices ganaste por Dandy y llévate a Mergo. Es la única esperanza que tienes de salvarlo —todo eso no calmó a la chica que sostenía a su amigo en sus brazos.

—¡No podré! Nunca he volado. ¡Nadie aceptará ayudarme!

—¡Claro que lo harán! —dicho eso, el joven tomó la maleta con sus orbes y se la colocó en la espalda a Annia, al igual que la espada de Mergo y sus pistolas—. Hay muchos pilotos de avionetas que llevan mercancía clandestina por mucho menos que lo que llevas. Sé que puedes —explicó el hombre, aparentemente sin poder convencer a la mujer.

—¡Novan! Yo…

—¡No dudes, Annia! Mergo te necesita. —Al decir eso, ambos vieron el rostro pálido del hombre—. Es hora de que le pagues el favor que me dijiste te hizo al salvarte la vida —dicho eso, Novan abrazó a la mujer y a Mergo, para luego ayudarlos a ponerse de pie.

Con Mergo en brazos, Annia se concentró y desplegó las alas verdes de luz, dobló sus rodillas y saltó tan alto como pudo con ayuda del aleteo de sus nuevas extremidades, alcanzado el cielo. El vuelo se dio de manera natural y la mujer surcó el firmamento nocturno hacia la ciudad que le mencionó Novan, misma que podía ver a la distancia y que identificó fácil por los numerosos aeropuertos.

—Resiste amigo, no dejaré que mueras —prometió la mujer a pleno vuelo, apurada en llegar a su destino.

Por su parte, Novan se sentó unos momentos, mas luego notó que algo brillaba del otro lado de la habitación, cerca de los escombros que cayeron gracias al choque de Annia con ellos.

El hombre, temeroso a que el enemigo estuviera vivo, caminó hacia aquel lugar tratando de rodear al pequeño cadáver, hasta que tomó el objeto que estaba buscando: la daga del niño.

Al observarla con detenimiento, Novan se dio cuenta que tenía tallado un símbolo que lo hizo asustarse de inmediato, pues se trataba de la insignia del imperio de Qwinbakvus, cosa que le hizo entender que el muchacho había sido enviado para matarlos por el rey de aquel continente, no por Danya.

—Maldita sea… Necesito hacerles saber esto de inmediato. Debo de ir con el terrible a toda costa —dijo para si mismo el joven, con los ojos puestos en el cielo y en la aurora boreal, pues era esa la esperanza que le había sido obsequiada por Annia.

Los cazadores de Nwarvus llegaron hasta la ciudad aeropuerto del país Yagarn, donde Annia encontró pronto a una piloto que aceptó su oferta y con la cual partieron de inmediato.

—Entonces, los dejaré cerca de un hospital, ¿cierto? —preguntó la mujer que se preparaba para despegar, sujeta Annia de la pared del viejo aeroplano, con Mergo recostado en su regazo.

—No, iremos al norte de la capital. Vamos a ver a Morgrem —declaró la chica, cosa que hizo sonreír a su conductora. Aquella se colocó sus gafas, puso la mirada enfrente y despegó hacia Hexlevus.

## Vigésima Quinta Ofrenda: Incurable

«Había pasado ya mucho tiempo desde que no los veía. Desde la última vez que tuve contacto con ellos, con los que me salvaron años atrás, cuando creí que todo se había acabado para mí».

…

Me encontraba en Nwarvus, decidida a seguir mi propia senda lejos de todo lo que había aprendido de Kaito Zhou, el hombre que tanto odiaba y admiraba. No obstante, me hallaba perdida en un bosque vasto de oscuras posibilidades, sin entender qué podría ser lo mejor para mí o para quienes todavía me amaban sin que yo lo supiera.

—Colección de tarjetas con álbum incluido. Todas sin pegar. Dandy y sus amigos edición 2. El precio inicial es de 10 orbes nox —proponía el moderador en una subasta de la capital, donde se estaban ofreciendo productos oficiales de Dandy.

—Cincuenta por el álbum —exclamé al levantar mi paleta, sentada en medio de mucha gente rica interesada que me voltearon a ver desconcertados.

—¡Wow! ¡I-increíble! ¡50 orbes por parte del número 27! ¡50 orbes a la una! ¡50 orbes a las dos!

—Cincuenta y un orbes —exclamó un hombre que estaba retándome, mismo que volteó a verme con un rostro confiado, para que yo subiera la apuesta y tengamos este tonto «estira y afloja» que hace divertidas a las subastas.

—Cien orbes —propuse de inmediato sin dejar de ver al sujeto. Dicho se quedó boquiabierto luego de eso.

—¡100 orbes a las tres! ¡Vendido al número 27! —La gente murmuró por mi decisión, mas 100 orbes no era nada a comparación a todo lo que Kaito había dejado atrás. Eran tantos los que tenía ocultos que gastarlos así era lo mejor que podía hacer por ellos.

Después de adquirir los únicos tres artículos que fui a buscar, me puse de pie y retiré a tomar aire fresco fuera del nido de serpientes ridículas que estaban ahí metidos.

La noche en la ciudad aún era joven, y justo cuando creí tener un minuto de paz, el postor que me peleó antes, un hombre apuesto y de muy buen ver, salió detrás de mí.

—Supongo que te gusta mucho adquirir cosas que no tuviste en tu infancia —comentó el sujeto, cuya apariencia de niño rico me molestaba demasiado.

—¿Así ligas? ¿Molestando a quien te gusta y haciéndola gastar el doble en un artículo que ciertamente nadie quería? —pregunté molesta, cosa que el tipo tomó de buena manera, a la par que fumaba un habano.

—Definitivamente usted sabe cómo llamar mi atención, señorita Annia Lawrence. —Sus palabras provocaron que mi rostro se dirigiera al de él. No puedo negarlo, su rostro era muy bello, y su confianza me atrajo, tanto que estuve viéndolo por encima de mi durante algunas horas, sudado y escuchando sus gemidos en sintonía con los míos, envueltos en suaves sabanas de su *penthouse*.

El hombre terminó recostado sobre mí luego de haber acabado por enésima vez, agotado y respirando dificultosamente, al igual que yo, la cual lo apartó para beber un poco de agua al sentarme en la orilla de la cama que compartíamos.

—Eso fue increíble. Necesitamos repetirlo pronto. Dame 15 minutos y puedo seguir —sugirió el sujeto, a lo que respondí con una leve sonrisa y un rostro que denotaba dureza e impresión a la vez.

—Se te va a caer el pene si continuas así —comenté de manera sarcástica, algo que hizo reír al hombre y lo hizo lanzarse de espaldas para acostarse completamente y mirar al techo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Espero que no sea sobre Kaito. —Eso hizo que el hombre pusiera una cara de estúpido.

—¿De verdad no sabes dónde está? —La cuestión me molestó muchísimo. Estaba harta de que todos siempre dijeran lo mismo. —Sé que han pasado ya muchos años, pero la gente sigue creyendo que está oculto y no muerto. —No dije absolutamente nada sobre eso, sólo me puse de pie, tomé mi ropa y me dispuse a salir del lugar.

—Adiós —contesté sin más, cosa que molestó al sujeto.

—¿De verdad te vas a poner así sólo por eso? ¡Es verdad lo que todos dicen! ¡Exageras! —No volteé, salí, cerré la puerta y me coloqué mi ropa en el pasillo del hotel en donde estábamos, situado en la zona más poderosa de la capital.

Cuando por fin comencé a irme del lugar, el tipo salió de su habitación e insistió por última vez en esa ocasión.

—No hagas nada estúpido —pedí amablemente, mas no me escuchó.

—¡Admítelo! ¡Tienes miedo de que esté muerto! —Luego de eso, saqué mi pistola roja y apunté al desgraciado.

—Tienes suerte de no ser un cazador. Estarías muerto —repliqué furiosa, a lo que el tipo sonrió.

—Eres sólo una mujer olvidada por la leyenda. En realidad, no eres nadie sin Kaito. —Esas palabras me enfurecieron demasiado, tanto que disparé una poderosa bala de fuego.

Todos salieron de sus habitaciones y me observaron apuntando, molesta. Bajé el arma y me di la media vuelta, lo que dejó al sujeto en el suelo, sentado, asustado y con un marco de la puerta del hotel destrozado y en llamas.

Las miradas estaban sobre mí como siempre. Quienes no me conocían pensaban que era una tonta cazadora débil. Los que sabían quién era sólo les preocupaba saber qué había pasado con el estúpido de Kaito. Nadie en realidad sabía quién era yo. El maldito tenía razón y era algo que de verdad me hervía la sangre.

Caminé hacia la parte horrible de la capital, donde la gente indeseable se reúne, sólo para que alguien me molestara y así tener una excusa de matar.

—¿Eres Annia, cierto? ¿Qué hace una perra como tú en este lugar? ¡Éste no es sitio para gente rica y famosa! ¡Estás en el barrio equivocado, perra! —Tan pronto la mujer se me acercó luego de insultarme, sonreí y estaba dispuesta a asesinarla, hasta que alguien me habló.

—¡Alto, nena! —Esa voz, sabía perfectamente a quién pertenecía, por lo que bajé el arma, miré hacia atrás y lo vi—. Mucho tiempo sin vernos, mi chiquita —mencionó el sujeto de lentes, barba y sonrisa amigable.

—Morgrem… —no pude evitar explotar en felicidad y correr hacia él, mismo que me recibió con los brazos abiertos.

Resulta que el hombre fue a vender algunas de sus medicinas mágicas a unos magnates en la capital de Nwarvus. Aunque no les entregó el paquete completo, pues me obsequió tres de ellas y me hizo prometerle que no buscaría problemas innecesarios.

De alguna manera, Morgrem fue más mi padre que Kaito. Ni siquiera estuvo conmigo durante más de una semana, pero confiaba mucho en él y lo escuchaba. Sus consejos eran mis reglas, y he vivido con la certeza de que mi hogar se encuentra en donde Morgrem esté.

Hexlevus, el continente de los artífices, es sin dudas mi hogar en ese caso. Y aunque estaba preparada para ir a vencer a nuestro siguiente enemigo, no estaba lista para lo que vería en dicho lugar.

…

Annia estaba sentada en el avión, con sus ojos puestos sobre el debilitado Mergo, cuya apariencia estaba cada vez peor, pues su piel se veía ya muy pálida, y definitivamente estaba sufriendo mucho dolor, al punto que estaba sudando sin parar y parecía estar desmayado.

—¿Falta mucho? —preguntó la pelirosa, a lo que la piloto respondió.

—No, estamos a diez minutos de aterrizar. Ya pedí permiso, por lo que no habrá problemas de buenas a primeras —explicó la mujer, mas luego observó la situación en cuestión—. Eres Annia Lawrence, ¿cierto? —La pregunta que más odiaba la cazadora parecía asomarse nuevamente, cosa que la hizo suspirar.

—Sí lo soy y no sé…

—Están ofreciendo 500 orbes por tu cabeza —tajó la mujer, cosa que dejó boquiabierta a Annia, para luego ponerse en guardia—. Es una oferta imposible de rechazar, amiga. —Eso puso todavía más alerta a la pelirosa, mas su expresión cambió al escuchar lo siguiente. —Hay ropa mía en las maletas que están frente a ti. También hay un carrito de limpieza que me robé de un hotel. Lo uso para transportar orbes sin que se den cuenta los cazadores y me los roben. Puedes acomodar a tu amigo ahí. Tengo un par de hiyab extras, como el mío.

—M-muchísimas gracias —respondió Annia, para pronto ponerse de pie y cambiarse lo más rápido que le fuera posible, ocultado su cabello y puestas prendas que difícilmente la identificarían—. ¿Cuál es tu nombre?

—Malak. Mucho gusto, Annia. —Esas palabras llenaron de calor el corazón de la mujer, la cual procedió a ocultar a su amigo en el carro de limpieza que pronto empujaría fuera del avión cuando se estacionara.

Antes de eso, Annia notó algo. Por enfrente del avión se notaba ya el gran continente y su atmosfera, cosa que dejó a la chica sin habla, pues Hexlevus se notaba sombrío, lleno de una espesa niebla y un aura ignominiosa que le daba un aspecto tenebroso.

Eran las diez de la mañana, el sol debería estar en su completo apogeo, mas no era así, y no había nubes que taparan el cielo. Éste simplemente era muy opaco a comparación de los otros continentes, mas no suficiente como para que pareciera de noche.

—Está muy oscuro… —comentó la pelirosa al ver el exterior, palabras que causaron una pequeña risilla en Malak.

—Es un continente muy industrial. Siempre tiene este ambiente vaporoso y oscuro a pesar de estar despejado. ¿No lo sabías? Supongo que la gente que viene por primera vez o no sale mucho debe ignorar este tema —explicó la piloto, algo que dejó pensando a la cazadora, pues sabía que todo eso era obra del abuso de los orbes.

Una vez detenidas en el aeropuerto, la compuerta de la unidad aérea fue abierta por la parte posterior de ésta, de donde surgieron Malak y Annia, empujado el carro por la última, recibidos por varios hombres de ropas militares.

—Bienvenidos a Hexlevus. ¿Motivo de visita?

—Sólo estamos de paso. Vamos hacia Nwarvus en realidad —respondió hábil la piloto, cuyas palabras no fueron para nada cuestionadas por el personal.

Rápido, Malak firmó unos papeles, dio un saludo militar a los hombres y se despidieron de ella tanto como de Annia con una sonrisa, lo que las dejó solas.

Sin más preámbulo, la cazadora dirigió el carro de limpieza a través de la estación del aeropuerto hasta salir de él, donde se despidió de la piloto.

—Ya no tienes que acompañarnos. Si te quedas un par de días te regreso tu ropa en un rato libre que tenga —aseguró la pelirosa, cosa que hizo reír a Malak.

—Aquí estaré. ¿Te veo en dos días en ese restaurante? —preguntó la mujer y señaló el local, cosa que extrañó a la chica—. Puedes usar mi hiyab para que no te reconozcan. Cuando escuché tu descripción, dijeron: «Es una mujer de cabello rosa que viste como prostituta saqueadora de tumbas antiguas». —Aquello hizo reír a Annia, para luego continuar Malak. —Cuídense.

—Te veré en dos días allá a las 8 de la mañana.

—¡Así será! —dicho eso, ambas se fueron en direcciones diferentes.

Al caminar, Annia trataba de recordar el nombre de la calle donde Morgrem vivía, pues se lo había dicho en repetidas ocasiones, mas la mujer era muy mala para recordar cosas así, hasta que notó una gran mansión bastante vistosa entre las casas de los ricos. Sobre todo, porque muchas estructuras de la misma parecían estar mecanizadas, repletas de gigantes engranes que se movían sin parar. Esto era algo que compartía con otras casas grandes, como si fueran algún tipo de robot gigante que en cualquier momento se levantaría y transformaría para pelear.

Sin más preámbulo, la chica caminó hacia el castillo con grandes engranajes y tocó el titánico portón, atendida por un chico de anteojos y bata blanca, aparentemente un científico.

—¡Ayúdeme, por favor! ¡Mi amigo está herido! —Tan pronto Annia dijo eso, reveló que dentro del carrito se hallaba Mergo, desmayado y casi muerto.

—¡Por la luz! ¡Traigan una camilla de inmediato! —vociferó el hombre a otras personas con bata, aparentemente doctores—. Nosotros nos encargaremos de él. Tiene dinero, ¿cierto? Sino va a tener que…

—Sí tengo y les pagaré de inmediato —explicó la mujer al tratar de entrar, impedido el paso por el joven.

—Lo siento, pero a la casa del señor Morgrem no puede pasar. Aceptamos heridos, no sus molestos familiares —aseguró el chico, a lo que Annia decidió replicar.

—¡Vengo a ver a Morgrem! ¡Soy Annia Lawrence! —Sin pensarlo, la chica se retiró el hiyab y mostró su cabello rosa, lo que dejó atónito al joven.

—S-señorita Annia… ¡Señorita Annia! Pase, por favor —pidió el científico, cerrado el portón detrás de la cazadora.

El aparente castillo en realidad era un hospital de apariencia completamente rustica, pero bien equipado con los aparatos más modernos y costosos existentes. Los doctores y equipo de enfermería trabajaban arduamente dentro del lugar, encontrados muchos pacientes muy graves que eran monitoreados constantemente por los empleados y aprendices de Morgrem.

—No puedo creer que por fin haya venido, señorita Annia. El maestro Morgrem estará feliz de verla. Estoy seguro que sí —comentaba el joven que guiaba a la cazadora a través del lugar, quien sonaba algo nervioso—. Soy Yair, por cierto.

—Mucho gusto, Yair. ¿A dónde llevaron a Mergo? —preguntó de manera seria la mujer.

—¿Mergo? ¡Oh, claro! El herido fue a cuidado intensivo. Ahí le inyectarán la vacuna EMP-020. Ustedes lo conocen como «Elixir de Morgrem», me parece. —la información hizo que Annia bajara la mirada unos momentos. —¡Lo trajo justo a tiempo! No se preocupe. Dudo que sus heridas sean del tipo *Tenebris.* —Aquello dejó a la chica extrañada, por lo que no pudo evitar preguntar.

—¿Cuáles son esas?

—Las que son hechas por un ente poderoso y oscuro. No un cazador, sino algo más. Son imposibles de curar por completo en la mayoría de los casos. ¿Acaso él…?

—No —interrumpió la cazadora—, un niño cazador nos atacó en Arnbvus. Quiero creer que no será problema tratar esas heridas.

—Estará bien —al decir eso, ambos llegaron hasta una recamara pisos más arriba de la entrada, parados frente a su gran puerta de roble, digna de un tenebroso castillo de terror. Yair tocó la puerta un par de veces y habló—. Maestro Morgrem, tiene visitas que creo le agradarán.

—Abre, nena —permitió el dueño de la mansión, para luego Yair dar paso a ambos por la entrada, lo que le dio a Annia la oportunidad de ver dentro un vistoso laboratorio donde Morgrem, quien estaba ocupado dando la espalda a la entrada, se hallaba—. ¿Qué necesitan?

—Hola, Morgrem —al escuchar la voz de Annia, el hombre se detuvo, dejó lo que estaba haciendo frente a la mesa de enfrente y levantó la mirada, sin voltear hacia atrás, con el corazón acelerado.

## Vigésima Sexta Ofrenda: Soporte único

—¿Annia? ¿Qué haces aquí? —preguntó Morgrem al voltear a ver a la mujer, misma que estaba a punto de llorar—. ¿Pero qué esperas, nena? ¡Ven, por favor! —pidió con los brazos abiertos el hombre de barba y anteojos, a lo que Annia, sin poder resistir llorar más, se lanzó sobre él para ser abrazada y rompiendo en llanto.

—¡Siento tanto llegar así! ¡No sabía a dónde más ir! Mi amigo Mergo estuvo a punto de morir y estamos en peligro constante —balbuceaba la pelirosa, acariciada por Morgrem ahí en sus brazos, mecida levemente a los lados por el paternal hombre.

—Ya pasó, nena. Ya estás bien aquí y no necesitas avisarme para venir a verme. Tranquilízate, por favor —pidió amablemente el anfitrión, con una voz serena y un rostro lleno de amor por la chica.

—Maestro, me informan que el acompañante de la señorita Annia ya se encuentra estable. Dirigiré personalmente su recuperación y le daré noticias —propuso Yair, a lo que su superior asintió sin soltar a su visita.

—Me parece bien, Hope. Déjanos solos, por favor.

—En seguida. Con permiso —dicho eso, quien recibió y guio a Annia, se retiró del lugar, lo que permitió a Morgrem separarse de la muchacha para verla directo a los ojos, algo que no pudo hacer de buenas a primeras, pues la cazadora tenía la mirada puesta en el suelo.

—Nena, tranquila. Cuéntame qué sucedió. ¿Por qué llegan los dos tan heridos? —preguntó el hombre al notar las múltiples heridas que Annia también tenía sobre el cuerpo, usados sus poderes curativos para sanarla.

—Nos atacó un niño psicópata en una de las montañas de Arnbvus, en el *Brightpeak* —explicó la chica con un suspiro, ya más tranquila.

—¿Qué rayos hacías allá? Sé que te gusta el frío, pero esa montaña es peligrosa —comentó Morgrem sin detener la curación.

—Es una historia muy larga. De hecho, es otra razón por la cual he venido hasta Hexlevus. —Al oír eso, el hombre se detuvo de usar su magia, prácticamente ya curada en su totalidad Annia, lo que alertó a la chica.

—El parpadeo de los orbes aquí en Hexlevus… —Esa noticia dejó a la mujer boquiabierta, anonadada de que haya sido ya el fenómeno de forma mundial. —Es tu culpa, ¿cierto? —Annia se quedó sin respuesta durante unos momentos, para después voltear hacia la derecha con culpa, no pudiendo ver de vuelta a Morgrem. —Lo suponía. Desde que escuché que tu cabeza tenía precio, y que quien hacia la oferta era Danya, sabía que estos eventos que tienen loco al mundo eran responsabilidad tuya —explicó mortificado Morgrem, dada su espalda a la mujer y apoyando ambas manos en su escritorio, donde tenía varios orbes nox.

—Morgrem… Yo sé que…

—¿Qué demonios está pasando, Annia? —cuestionó el hombre un tanto molesto—. Una vez me dijiste que no querías seguir ya los pasos de Kaito, que ibas a tratar de dejar de matar cazadores para desquitarte de tus problemas y que tratarías de vivir tranquilamente en la capital de Nwarvus o sus alrededores, eliminando noxakos y completando tu colección de Dandy. ¿Qué pasó con eso? —Lo dicho por Morgrem hirió a la mujer, la cual estaba tras él un tanto mortificada, mas se armó de valor y respondió a las interrogantes.

—Lo sabes, Morgrem. Sabes perfectamente qué le está pasando al mundo gracias a los orbes nox. Dudo que no tengas idea de ello. Con tan sólo ver Hexlevus, cualquiera se daría cuenta de que algo está mal, sobre todo un hombre de ciencia como tú. —Las palabras de la chica hicieron al hombre suspirar y voltear a verla, preocupado por ella, principalmente.

—Sé que los orbes están oscureciendo el cielo de nuestro mundo. Entre más se usen, más negro es el cielo, a un grado que está afectando a los seres vivos. Muchas plantas que antes crecían altas y bellas aquí en Hexlevus, ahora son enanas. Es obvio que el mal que provoca esto es cada vez más grave para la vida en nuestro mundo. Eso lo tengo bastante claro —declaró el anfitrión, apenado.

—¿Entonces? Ya debes de saber que he esclarecido los cielos de Nwarvus, Vonrvus y Arnbvus. Sabes que para eso he venido a Hexlevus, y que también iré a Qwinbakvus —confesó la mujer, un tanto molesta.

—¿Qwinbakvus? ¿Eres suicida acaso? ¿De verdad vale la pena hacer esto? ¿Más que tu vida?

—¿Salvar el mundo no lo vale? —Al decir esto, Morgrem rio, apretados sus labios luego de eso.

—¿Quién crees que eres, Annia? ¿Un super héroe? ¿Salvar al mundo? ¡Estás alucinando! ¡Ya no eres una niña! El mundo no necesita ser salvado y no puedes hacerlo sola.

—¡He eliminado todo rastro de oscuridad en el cielo de tres continentes! ¿Qué más prueba quieres de que estoy consiguiéndolo?

—¿A qué costo? ¡Estás arriesgando tu vida, la de tu amigo y la seguridad del mundo entero con ello! ¡De la sociedad misma como la conocemos! —exclamó Morgrem enrabietado—. Los orbes nox cada vez están dejando de funcionar por más tiempo. Primero en los lugares donde «purificaste» el cielo, y ahora en todo el mundo. Si sigues haciéndolo, posiblemente se apaguen para siempre. ¿Entiendes qué significa eso? ¡Habrá un enorme caos en el mundo! ¡La economía va a derrumbarse! ¡La gente se volverá loca! Los cazadores que antes eran multimillonarios se volverán extremadamente pobres de la noche a la mañana.

—Eso es todo, ¿cierto? —preguntó enojada y con calma a su amigo, decepcionada—. Si los orbes dejan de funcionar tendrás que abandonar tus proyectos, tus experimentos, tu poder y hegemonía aquí en Hexlevus y en el mundo —declaró la mujer, cosa que provocó a Morgrem bajar la mirada.

—Gracias a eso salvo vidas. Tengo este castillo y a todo el personal trabajando para mí por los orbes que gané en el pasado, por los que sigo consiguiendo gracias a las medicinas que desarrollé con la tecnología nox y mis habilidades médicas. Sin los orbes, ya no podré hacer nada de esto. No es el dinero, ni la fama. Es mi vida entera. He dedicado todo a sanar gente y curar enfermedades con la tecnología y el don curativo con el que nací. Sin los orbes…

—Seguirías salvando vidas. Tus poderes de sanación no se irán, y entiendo que nos va a mermar muchas cosas, pero es lo que necesitamos para sobrevivir. El mundo morirá si no esclarecemos el cielo, Morgrem. —Luego de decir eso, el anfitrión suspiró y regresó sus ojos a su amiga.

—¿Qué hay de Qwinbakvus? —preguntó serio, algo que atemorizó un poco a Annia.

—¿A qué te refieres?

—No hay forma en la que puedas acceder a ese lugar sin salir herida. Y si entras, dudo que puedas regresar con vida —explicó el hombre con dureza, mas no hizo a Annia ceder.

—¿Crees que tengo miedo? ¡Ya he derrotado peores cosas que el ejército de Qwinbakvus! Encontraré la manera de acceder y cumpliré con la misión —aseguró la cazadora, molesto Morgrem por ello.

—¡Claro que no! No tienes idea de lo psicópatas que son esos sujetos. Ir allá es suicidio. Mejor déjalos, que el cielo de ese maldito continente termine de oscurecerse. Nadie los va a extrañar si pasa —propuso Morgrem, algo que extrañó y enojó a Annia.

—¿Y crees que se van a quedar cruzados de brazos? ¡Invadirán con todo lo que tienen a los otros continentes! ¡No tiene caso! No detendrá la guerra oscurecerles el cielo, sólo la incitará todavía más —teorizó la mujer, para luego Morgrem cambiar drásticamente el tópico del continente.

—¿Cómo lo haces? —preguntó con voz baja y serio—. ¿Cómo es que esclareces los cielos y haces que los orbes dejen de funcionar? ¿Desde cuándo lo haces?

—Desde que conocí a Mergo —confesó la chica—. Él me salvó la vida y me demostró que los noxakos no son sólo peores de lo que siempre creí, sino que también están saliéndose de control. Nuestro objetivo es obliterarlos de una vez por todas, extinguirlos. Para ello, buscamos a Dandy, porque sí, el dragón existe de verdad y es la clave para eliminar tanto la oscuridad de los cielos como a los noxakos. Desgraciadamente no sabemos qué le sucedió, pero sí que, en favor de hallarlo, debemos aniquilar a unas criaturas semejantes a dragones que se hallan en los cinco continentes. Una por cada lugar. —La información hizo que Morgrem se quedará perplejo, para luego caminar hacia Annia y tomarla de los hombros, asustado.

—¿Los mataste? ¿Has matado a tres ya?

—Así es. Cuando mueren, el cielo se esclarece por completo y los orbes titilan. —Eso dejó a Morgrem sin palabras, para luego soltar a la chica y llevarse una mano a la cabeza.

—N-no puede ser… —dijo el hombre para sí mismo al lanzarse a una silla, donde se sentó al quedar casi sin aliento de la incredulidad que le invadía.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? Sabes algo, ¿no? —dicho eso, el hombre miró a la chica seriamente, cuyos ojos llenos de terror hicieron entender a Annia lo que pasaba.

—¿Me creerás si digo que no?

—En lo absoluto —contestó la chica un tanto decepcionada—. Ayúdame, Morgrem. Derrotemos al monstruo de Hexlevus y regresémosle luz a tu cielo —pidió la chica, mas el científico se puso de pie y le dio la espalda a su amiga.

—Lo siento, nena. No voy a ayudarte en esto —declaró Morgrem con una voz que sonaba derrotada—. No sé cómo te convenció ese tal Mergo, pero yo no voy a dejar mi trabajo, ni voy a arriesgar mi vida por algo que no quiero que pase. Perdoname si soy egoista, pero estás sola en esto. No voy a detenerte, eso está claro —aseguró el anfitrión, algo que molestó muchísimo a Annia, la cual apretaba los puños con la mirada baja y el ceño fruncido.

—¿Cómo puedes decir eso, Morgrem?

—¡No insistas! —gritó enojado el hombre, asustada Annia por ello.

—¡No le grites a mi chiquita, puta *Murgrem!* —mencionó alguien desde la entrada, cuya esbelta figura y largo cabello Annia identificó de inmediato, lo que la puso muy alegre.

—¡Ricardo! —exclamó emocionada la chica, notada la confiada sonrisa del hombre que llevaba un enorme antifaz que le cubría por completo los ojos.

—¡Hola, reina! ¡Cuánto tiempo sin escucharte! —resaltó el hombre, cosa que extrañó un poco a Annia, quien no pudo evitar correr para abrazar a su amigo.

—¡Te extrañé muchísimo! Me gustan tus lentes. ¿Cómo puedes ver con ellos? —preguntó la cazadora, cosa que provocó a Ricardo emitir una frágil sonrisa.

—No puede ver ya —explicó Morgrem, lo que dejó atónita a Annia, sujeta aún por Ricardo—. El monstruo que viniste a asesinar le lastimó los ojos y fui incapaz de curarlo por más que traté. Todavía estoy intentándolo sin mucho éxito.

—Ya no importa, Morgrem. Ya estoy acostumbrado a vivir y pelear sin mi vista gracias a estos lentes que construiste —agregó Ricardo, palabras que molestaron a su amigo.

—¡Ves lo peligroso que es! Las heridas que causa esa cosa son del tipo *tenebris.* No puedo curarlas. Si te lastima de muerte, será tu fin. No sólo eso, la desactivación de los orbes impedirá que mis estudios continúen y jamás podré curar a Ricardo.

—¡Morgrem!

—¡Es la verdad! —Exclamó molesto el mayor luego de su amigo—. ¡Es mi culpa que te haya pasado esto y voy a arreglarlo! No voy a dejar que te quedes así, Ricardo. No ayudes a Annia en esto, por favor —pidió el científico, a lo que el ciego, con una solemne sonrisa, replicó.

—Y voy a apoyar a mi chiquita, y soportas, panzona. —Luego de eso, Ricardo tomó la mano de Annia y la jaló para llevarla consigo lejos del lugar, contestado por Morgrem.

—¡Nunca más volverás a ver! ¿Eso es lo que quieres? ¡Ser un indigente ciego!

—Sí y te da mucho coraje, chica. Nos vemos luego —ultimó el de cabello largo, abandonado el científico en su laboratorio, triste Annia por haber visto a sus amigos pelear.

—Lo siento, Ricardo. Yo no vine con intención de causar problemas.

—No te disculpes, reina. La Morgrem ya entenderá que hacemos lo correcto y se nos va a unir. Ella es muy icónica y se va a dejar de pendejadas al rato. Sólo dale tiempo de procesar todo —aseguró Ricardo al caminar de la mano con su amiga, ya más tranquilos—. Entonces, ¿el tipo que está bien madreado en urgencias es tu novio? —La pregunta hizo reír a la pelirosa, tanto que los pasillos se llenaron de sus carcajadas.

—No, para nada. Y no me gusta. Sólo somos amigos y cómplices en todo este desastre —aclaró la mujer, palabras que alegraron a su acompañante.

—Qué bueno que hayas hecho un gran amigo y que hayas dejado tu vida banal para hacer cosas buenas por este mundo.

—Como Morgrem y tú siempre quisieron que hiciera —agregó la joven, algo que hizo sonreír a Ricardo—. ¡Qué coraje! No puedo creer que Morgrem haya dicho eso.

—¡Déjala! Mi chiquita está impresionada. Te prometo que reaccionará. Mientras debemos esperar a que tu amigo se cure y yo mismo te llevaré con la criatura para que la derrotemos juntos —aseguró el hombre, lo que provocó a Annia mortificarse un poco.

—¿Cómo sucedió? —preguntó la pelirosa al poner su mano sobre el rostro de Ricardo, acariciado éste por ella de manera tierna.

—Morgrem escuchó sobre el monstruo y creíamos que matarlo crearía un orbe más especial de lo imaginado. Al fin y al cabo, esta chica podría curarnos a lo estúpido. Luego de combatir un rato y hacerle un mínimo daño al ser oscuro, éste alcanzó a arañarme los ojos, y cuando Morgrem trató de curarme, fue inútil. Huimos después de eso a duras penas, y desde entonces soy ciego —contó el mayor con nostalgia, demostrada gran fortaleza en sus palabras.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace cinco años atrás, nena. No te dijimos nada porque no queríamos preocuparte, pero fue la razón por la cual no acompañé a Morgrem a Nwarvus la última vez. Estaba entrenando para acostumbrarme a este dispositivo que me cubre los ojos, el cual crea vibraciones al detectar cambios de luz por enfrente de mi rostro, como si fueran mis ojos. Eso me hace percibir mi alrededor. La ceguera no me detuvo, me hizo más fuerte —declaró Ricardo con una gran sonrisa, orgullosa Annia de escuchar aquello.

—Tal vez no consiguieron algo en contra de ese sujeto, pero yo sí traigo algo especial —explicó la pelirosa, buscó en su mochila y sacó de ella el prisma nox que consiguió en Arnbvus, tocado por Ricardo al momento, lo que lo dejó perplejo.

—Definitivamente hay que hablar con mi chiquita luego de que se le pase el enojo —dictó el cazador de cabello largo, ansioso por saber qué opinaba Morgrem del descubrimiento de Annia.

## Vigésima Séptima Ofrenda: Perdida

Lentamente, y con algo de pesar, Mergo finalmente pudo abrir sus ojos, observado que a su alrededor se encontraban paredes blancas de lo que parecía ser un hospital, repleto de engranes que sobresalían de las esquinas del sitio, mismos que estaban en constante rotación.

El hombre, confundido, tocó su rostro y se percató de que no llevaba puesto sobre éste los vendajes de siempre.

—Finalmente despertaste —dijo la voz de Annia, a lo que el joven volteó hacia ella para notar que se hallaba sentada a su lado, con nueva ropa y un café en la mano, puesto en un vaso para llevar.

—Annia… ¿Qué sucedió? —preguntó con una voz tranquila y rasposa, aparentemente adolorido y todavía extenuado.

—¡Ey! Estás bien, en buenas manos. Nos encontramos en el famoso castillo de la sanación, propiedad de Morgrem, en Hexlevus. Te están atendiendo los mejores doctores a disposición. Tuviste una pequeña cirugía, pero todo salió bien y sanarás en un par de días a como el doctor Hope me dijo —explicó la mujer, tomada la mano de su amigo al instante.

—Gracias, Annia. ¿Cómo llegamos hasta acá? ¿Dónde está Novan?

—Puedo volar, literalmente. Muy rápido y con la facilidad de cargar a alguien.

—¡Wow! Esas alas verdes… ¡Eso es increíble! —Sonrió al destacar aquello.

—Novan se quedó en Arnbvus, en la cabaña donde te tratamos por primera vez.

—¿Y el asesino?

—Lo maté. Era sólo un niño, pero seguramente fue enviado ahí por Danya —concluyó la chica, algo que hizo a Mergo recargar su cabeza en la almohada con la vista al techo, pensativo.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que un asesino entre por la puerta de este hospital, mate gente inocente y de paso a nosotros? —preguntó el hombre con un rostro serio, observado por Annia de momento.

—Eso no va a pasar —mencionó el doctor Yair al entrar en la sala—. Éste es un fuerte, además de un hospital. El maestro Morgrem jamás dejaría que eso ocurriera, y ya lo han intentado sin éxito alguno. Así que quédese tranquilo, Mergo. Aquí sanará sin problemas. —Las palabras del joven provocaron que Mergo sonriera lastimosamente.

—Supongo que usted es el doctor Hope.

—Yair Hope a su servicio. Señorita Annia, el maestro Morgrem sugiere que duerma en la mansión. Le tiene una habitación preparada cerca a la de Ricardo y él.

—Gracias, Yair. Yo mismo informaré a Morgrem que no me quedaré aquí —acertó en decir la mujer, cosa que impresionó un poco al doctor para luego asentir e irse.

—¿Cuánto pagaste?

—En realidad, nada. Morgrem es una persona muy cercana a mí.

—Dijiste que lo conociste en Ghalax y que tuviste suerte de haberle caído bien.

—Mentí —reiteró con vergüenza Annia—. No me gusta decir que Morgrem y yo tenemos una buena relación porque los cazadores comúnmente buscan beneficio de eso. Debí contártelo luego de que vencimos a «D». —Al decir eso, el hombre hizo un gesto de confusión.

—¿Quién es «D»?

—Son cinco entes y cada uno es un aparente dragón. Decidí llamarlos por las letras del nombre de Dandy hasta que sepamos qué son —explicó la chica, cosa que hizo reír mucho a Mergo.

—Nos toca ir contra *D* de nuevo, entonces.

—Así es, la segunda *D.* La minúscula que espero le haga honor a ello y no ser tan fuerte —bromeó la chica, para luego poner un rostro serio, desvanecida su sonrisa.

—¿Sabes algo de él? —Lo dicho hizo que Annia se pusiera de pie y diera unos pasos lejos de la cama donde estaba Mergo, dada su espalda a su amigo de momento, cruzada la chica de brazos.

—Sí, conozco a alguien que sabe dónde está e, incluso, tienen experiencia peleando en su contra —esa información impresionó mucho al hombre, mismo que se sentó en la cama e hizo un gesto de dolor—. ¡Tonto! Acuéstate de nuevo, no estás ni por asomo listo para pararte —mencionó la mujer, a la par que había regresado su mirada al herido para ir hasta su cama y ayudarle a acomodarse bien de nuevo.

—Debemos ir a acabar con él. Tan pronto pueda salir de esta cama, lo haremos —aseguró Mergo, cosa que Annia parecía no estar tan de acuerdo con él.

—Ricardo, una persona también muy cercana a Morgrem y a mí, se ofreció a ayudarnos. Tal vez podamos hacerle frente sin que tengas que involucrarte —comentó condescendiente la mujer, algo que no pareció agradarle a Mergo.

—¡Annia!

—¡No tienes por qué arriesgarte otra vez! Estás muy mal herido y te necesito en contra de Qwinbakvus —exclamó Annia, cosa que tranquilizó al herido—. Sabes que nuestra prioridad es acabar con esto. Danya tratará de atacarnos y no podemos darle tiempo. Deja que Ricardo y yo nos encarguemos.

—No, Annia. Espera a que me recupere e iremos los tres. Esas cosas son muy fuertes y debemos hacerlo juntos. Si no lo hacemos así, habrá más muertes —la declaración hizo que la chica suspirara, mas luego le dio la razón a su amigo—. ¿Cómo los conociste? A Ricardo y Morgrem. ¿Cuál es la historia? —Luego de pensarlo un poco, Annia dio un respiro profundo y se preparó a contarlo todo.

—Supongo que es tiempo que te cuente sobre mí. Mi historia por completo. No es algo que me guste mucho, pero me parece que mereces saber la verdad más que nadie. —Las palabras de la mujer se volvieron imágenes en la mente de Mergo, pues sus sentimientos y precisión al contar todo eran tan exactas que transportó al hombre al pasado.

…

Cuando era niña, ocurrió un atentado terrorista en mi ciudad, en Ghalax, de donde soy originaria. Fue la primera vez en Nwarvus que ocurría eso, así que la gente no estaba preparada para los cazadores sociópatas y los noxakos que invadieron la zona de inmediato al caer los muros que nos protegían.

Fue horrible, mi familia fue masacrada por las criaturas. Mi madre, mis hermanos y mi padre fueron asesinados, aunque nunca supe qué pasó con este último al final, mismo que no apareció ni en casa ni en los registros de fallecidos a como Morgrem y Ricardo me mencionaron.

Ellos me rescataron cuando creí que estaba perdida. Asesinaron a los noxakos y me salvaguardaron durante el atentado, asesinados muchos de los terroristas por Ricardo, quien ágilmente demostró ser un cazador increíble a pesar de ser muy joven.

Por otro lado, Morgrem tampoco se quedaba atrás, ya que usó sus habilidades curativas para salvar a muchos de los heridos, a la par que dejaba a Ricardo sin un sólo rasguño.

Ellos habían tenido éxito en una misión de Hexlevus. Como premio, se fueron a recorrer el mundo, a excepción de Qwinbakvus. Fue coincidencia que estuvieran ahí y me pudieran rescatar, o tal vez fue el destino. Nunca lo sabremos con certeza, supongo.

Al final del día, quedé huérfana, y aunque los jóvenes cazadores deseaban llevarme con ellos y hacerse cargo, el estado se los negó, pues eran menores de edad. No podían dejar que una niña se fuera con dos extranjeros por más que hayan ayudado a la ciudad.

Por ello, Morgrem y Ricardo tuvieron que despedirse de mí en un orfanato. Me prometieron que siempre cuidarían de mí, incluso desde la distancia. Que cuando los necesitase, podría ir a verlos a Hexlevus.

Años después, ambos se convirtieron en leyendas, cuyos nombres ahora son mundialmente famosos, al igual que de quien realmente pretendió adoptarme.

Nunca me fue bien en el orfanato. Los niños me molestaban mucho por mi cabello rosado y me la pasaba agarrándome a golpes con ellos. Era muy común vernos a todos en riña en el patio que tiene vista a la calle, donde un montón de bravucones se la pasaban violentándome cuando les hacía caras en respuesta a sus bromas fuera de lugar e insultos.

Yo no era una niña débil. Nunca lo fui. Respondí cada agresión y lloraba al hacerlo, al defenderme, al entender que jamás volvería a ver a mis padres, a mis hermanos y posiblemente a Morgrem y Ricardo, quienes me habían amado los pocos días que estuvieron conmigo.

«Reinita, vamos a volver por ti. Sólo tennos paciencia. Seremos grandes y poderosos. Te lo prometo», recordaba esas palabras de Ricardo y su fuerte abrazo antes de despedirnos. Jamás lo olvidé ni por un momento.

Hasta que la tragedia continuó encontrándome.

Un día, cansada de los abusos de esos mocosos, reuní todas mis fuerzas y disparé de mi mano una bola de fuego que quemó el rostro del desgraciado que siempre incitaba a todos a molestarme. El chico gritó y se retorció en el suelo luego de eso, presenciado el acto desde el otro lado de la barda que encerraba el orfanato por un hombre de cabello revuelto, delgado, tez aperlada y mirada desafiante.

Los encargados del lugar llegaron y pretendieron darme una tunda mientras se llevaban al niño herido, echada justamente la culpa a mí por todos.

—¡Me tienes harta, niña mal criada! —gritó la enfermera antes de proporcionarme un golpe, mas un disparo se escuchó en el momento, cuyo sonido llenó el aire alrededor de forma ensordecedora. Fue la primera vez que escuché algo similar y las miradas de todos se posicionaron hacia el sitio de donde vino el sonido.

—Alto ahí —mencionó el hombre que nos miraba desde afuera, con un arma de juguete en mano, apuntada hacia el cielo.

De pronto, aquel desconocido corrió a un árbol cercano, pisó sobre su tronco, saltó hacia una rama alta, se abalanzó con un brazo sobre ella y, de un salto con pirueta, sobrepasó la barda hasta llegar al otro lado de ella, aterrizaje sobre una rodilla que impresionó a los presentes.

—¿Quién es usted? —preguntó la enfermera que todavía me sujetaba del brazo, puesta yo detrás de ella para protegerme.

—Soy Kaito Zhou y quiero adoptar a la niña de pelo rosa —aseguró el hombre al apuntarme con su mano libre del arma, cosa que no convenció a la enfermera.

—No creo que eso sea posi…

—¿Tiene acta de nacimiento, comprobante de domicilio y es mayor de edad? —preguntó un doctor al presentarse en la escena e interrumpir a la enfermera.

—Sí, poseo todo eso a la mano. Tengo 20 años, supongo que califico como mayor de edad —respondió Kaito, invitado por el médico a pasar hacia el interior del orfanato, seguido por la enfermera y por mí.

Pasaron un par de horas. Entrevistaron mucho a Kaito y tuvo que hacer algunas vueltas, a la par que yo estaba castigada en la sala del director del orfanato viendo cómo todos, incluido el misterioso pistolero, caminaban de un lado al otro para hacer el trámite.

Al final, me hicieron ir a una habitación, donde estuve sola con quien pretendía adoptarme, observada por un par de enfermeras en todo momento.

—Hola Annia Lawrence. Soy Kaito Zhou, un cazador de Nwarvus. Mucho gusto —expresó el hombre cruzado de brazos y con su cara de pocos amigos, observada yo con una frialdad increíble.

—Hola señor Kaito Zhou. Mucho gusto —respondí apenada y un poco feliz, porque estaba segura que por fin abandonaría el lugar, que finalmente alguien me querría como su hija, aunque imaginaba más un par de padres, no una persona solitaria.

—A este lugar no le parece muy bien que un cazador, como yo, te adopte.

—¿Por qué? —pregunté confundida y asustada de que mi oportunidad se fuera.

—Porque dicen que prefieres a una mamá y un papá. —Aquello molestó a las enfermeras, mas no me detuvo de responder.

—¿No tienes esposa?

—No, y nunca la tendré. Soy homosexual, de hecho. Y no creo en las relaciones, me parece que apestan. —Las palabras de Kaito me confundieron mucho, tanto que fruncí el ceño y ya no dije nada.

—Creo que es sufici…

—Sin embargo. —El hombre interrumpió a una de las enfermeras al momento. —Prometo que voy a cuidar de ti y te enseñaré a ser la chica más fuerte del mundo. Tanto, que jamás volverás a sentir miedo. Voy a estar ahí para ti hasta que puedas asesinar incluso a dioses. —Eso hizo molestar a las enfermeras, y cuando trataron de detener la entrevista, yo me puse de pie, corrí hacia Kaito y lo abracé.

—Lléveme con usted, señor Kaito Zhou. Por favor —atiné a decir, con lo que las enfermeras, asustadas, se vieron la una a la otra y fueron con el doctor a comentarle lo sucedido.

Ese día abandonamos el lugar, tomados de la mano Kaito y yo, con mi mochila llena de lo poco que me quedaba y la incertidumbre de lo que sería mi vida de ahora en adelante.

—Recuerda bien este lugar. —Me dijo Kaito al tener ambos la vista sobre el orfanato. —Cada día que creas que no puedes más, piensa en el infierno que viviste aquí. Eso puede darte fuerza para seguir. No lo olvides, Annia —explicó el hombre, para luego caminar y llevarme con él lejos del sitio, hasta una casa fuera de los muros de la ciudad, una que estaba cercada y parecía abandonada.

—¿Aquí viviremos? ¿Y los monstruos? —pregunté asustada al ver a donde habíamos llegado. Miré a Kaito y ni siquiera me había volteado a ver, su rostro seguía serio e inerte.

De la nada, un noxako hizo acto de presencia y levantó la mirada hacia nosotros, con toda la intención de atacarnos. Yo grité del miedo, mas Kaito sólo levantó su mano libre de mí, sujeta un arma en ella, con la que apuntó hacia la criatura sin voltear a verla, disparada una bala que dio en la cabeza de la misma, eliminada al instante.

—Posees habilidades muy similares a las mías, Annia —atinó a decir Kaito, finalmente observándome—. De ahora en adelante iniciaremos con tu entrenamiento. Vas a convertirte en mi heredera, la más poderosa cazadora jamás antes vista por este mundo. Espero estes lista, niña —dicho eso, el hombre caminó a la casa, todavía sujetándome, en donde iniciaría un nuevo infierno para mí.

## Vigésima Octava Ofrenda: Puntería exacta

Dentro de un titánico castillo oscuro, en lo que parecía ser una imponente sala de estar, se hallaba sentada cómodamente Danya en uno de los sofás, misma que fumaba sin ser perturbada en el lugar, en espera de algo.

La mujer, quien parecía estar desprendida de lo que sucedía a su alrededor, observaba los numerosos cuadros que estaban adornando las paredes del sitio. Aquellos poseían pinturas de personas que se notaban importantes, poseedoras todas de una singular corona que, con el pasar de las obras, se notaba más y más vieja.

Luego de un rato, una persona rodeada de nobles y guardias se hizo presente en el lugar donde la mujer lo esperaba. Aquella, al escuchar que se aproximaban, se puso de pie e hizo una reverencia leve a quien estaba presente, para luego ser invitada a sentarse junto con otras personas que se les veía bien vestidas.

—Bienvenidos sean todos. Lamento que hayan tenido que viajar hasta acá, mas parece que es necesario debido a la situación que enfrentamos —mencionó la figura de aparente máxima autoridad, sin dejar Danya de fumar al escuchar eso.

—Mi rey, no hay nada de que lamentarse. Es obvio que la situación se está saliendo de control y necesitamos hacer algo rápido si queremos detener a los traidores Annia Lawrence y su acompañante —comentó uno de los hombres elegantes, escuchada la risa de una mujer que también parecía ser muy poderosa.

—La señora Danya ha estado cazándolos todo este tiempo sin éxito. No tratamos con simples traidores, sino con terroristas. Estas personas provocan la extinción del mundo como lo conocemos, y ahora que se encuentran en Hexlevus, estarán sólo a un paso de acabarlo todo, de venir a Qwinbakvus y cumplir con su fétida misión —explicó aquella dama con coraje, algo que alteró a los presentes, excepto al rey y a Danya.

—Es cierto —comenzó a hablar el terror de Nwarvus—, no he tenido éxito en eliminar a esas molestias. A donde van hacen grandes aliados, e incluso se las ingeniaron para asesinar a Abraham, quien pensábamos no tenía rival alguno. Las cosas se han salido de control y acepto parte de la culpa. Me confié en Nwarvus y estoy pagando los platos rotos ahora —terminó de decir Danya, dado un largo sorbo a su cigarrillo.

—Ya me cansé de ser paciente —declaró el rey, cosa que llamó la atención de los presentes—. Es hora de que el mundo entero descubra porque Qwinbakvus es el continente más poderoso de todos —dicho eso, el hombre se puso de pie, notada la corona sobre su cabeza, la misma que se ve en los cuadros alrededor—. Destruiremos el lugar donde se ocultan en Hexlevus, así como lo hice con la isla *Yubime.* Se acabó la compasión y los métodos sigilosos. El tiempo de demostrar nuestro poder ha llegado. —Luego de eso, todos los empresarios que estaban presentes se inclinaron ante el rey, excepto Danya, la cual se puso de pie.

—Enviaré a los Basilisco restantes a dirigir su ataque, majestad. No le fallarán. —La mujer se inclinó y tomó la mano del hombre, para luego besarla en símbolo de respeto.

Los presentes en la sala, maravillados por las palabras del soberano de Qwinbakvus, escucharon atentos su plan y próximos movimientos, sin haber una palabra en contra de sus deseos, mismos que se harían realidad en la proximidad de los días a como mencionó el propio rey.

…

Dentro de una cafetería cerca del aeropuerto, Annia esperaba paciente a Malak, a la par que tomaba un café y comía una dona con glaseado de maple encima, observada la calle por ella con algo de impaciencia, hasta que la persona que esperaba hizo acto de presencia.

—Diez minutos tarde. Lamento la demora —se excusó Malak al tomar asiento frente a la chica, misma que sonrió de momento.

—Está bien. En realidad, llegué también después de las ocho. —Aquello hizo que la mujer viera extrañada a Annia, y una vez sentada, respondió a eso.

—Aquí tardan en darte el café nueve minutos. A menos que hayas llegado a las ocho con un minuto, lo dudo. —Esa declaración provocó una risa impresionada de Annia. Ella se cruzó de brazos y se recargó en su asiento.

—¡Atrapada! ¡Ja, ja, ja! Es cierto, llegué tres minutos antes. Perdón por tratar de hacerte sentir menos mal.

—Gracias, Annia —sonrió complacida Malak ante lo confesado, cosa que puso feliz a la pelirosa—. ¿Cómo sigue tu amigo? —La pregunta sorprendió un poco a la cazadora, sobre todo la coqueta sonrisa que le salió al preguntar.

—Pues… ¡Bien! Se encuentra de maravilla. Se está recuperando y pronto iré a verlo. Supongo que puedes acompañarme. —La mujer, al terminar de decir eso, se acercó a la piloto con una mano cerca de su boca, cosa que imitó Malak sin acercar una extremidad a su rostro, más bien poniendo por enfrente su oreja para escuchar mejor. —Es soltero, si te interesa. —Aquello provocó risas en ambas mujeres, regresadas a su lugar.

—Me caes muy bien, Annia. ¡Quiero un *pay* y un café! —solicitó la mujer de tes oscura, a la par que continuaba jovialmente platicando con su nueva amiga.

En un punto, la plática pareció ser tan divertida que ya estaban compartiendo algunas anécdotas un poco personales, muchas aparentemente bastante graciosas, hasta que, luego de tres rebanadas de tarta, dos rosquillas y nueve tasas de café, la plática pareció turnarse un tanto seria.

—Mis padres murieron esa noche —confesó Malak con la mirada en el café y una voz apagada, cosa que puso sería a la pelirosa—. Habíamos pasado una tarde tan divertida que creí imposible que algo malo pudiera suceder, mas pasó. Qwinbakvus atacó nuestra ciudad con una fuerza brutal, asesinó a la gran mayoría de las personas ahí, incluida mi familia entera, únicamente siendo yo sobreviviente al atentado que derrumbó nuestra casa. Cuando los soldados del otro continente me vieron, pensaron en asesinarme. Tenían ordenes de aniquilar a los sobrevivientes, y cuando apuntaron con sus armas, él apareció y los asesinó con un par de tiros. —Esas palabras dejaron boquiabierta a Annia, completamente congelada.

—No puede ser…

—Sí, Kaito Zhou fue quien me salvó a vida —explicó la mujer, cosa que no podía creer la cazadora que se cubrió la boca con una mano, desvió la mirada y se recargó en su silla.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace casi 28 años. Yo tenía cinco en ese entonces.

—Un año antes de que me encontrara. ¿Qué sucedió después? —preguntó curiosa la pelirosa, para la piloto suspirar y responder.

—Me llevó a un lugar seguro y me preguntó que si tenía poderes de cazador. Le dije que no, se decepcionó y me llevó a un orfanato en la capital de Vonrvus, donde pasé unos años antes que me adoptara una linda pareja a los que tengo la suerte de poder llamar familia. Ambos siguen viviendo allá y voy a verlos cada dos meses —explicó Malak con una frágil sonrisa, sorbido su café por completo al momento.

—Kaito fue por mi luego y me adoptó porque notó que teníamos habilidades similares —agregó Annia, con un rostro molesto.

—¿No son las mismas?

—¡Oh, no! Las de Kaito son mejores. Muchísimo más poderosas que las mías. Él tiene el poder de volver cualquier elemento una bala y dispararla, y cuando digo cualquiera, incluyo toda la tabla periódica. Yo sólo manifiesto los elementos de los puntos cardinales: agua, tierra, fuego y aire —explicó Annia, suspiró y vio hacia afuera, a las personas que pasaban cerca de la cafetería—. ¿Por eso nos ayudaste? ¿Por qué Kaito te salvó? —Las cuestiones provocaron que Malak sonriera, dio una mordida a su última rebanada de tarta, la masticó y tragó antes de responder.

—No, fue porque Mergo es muy lindo. —Eso hizo que Annia apretara el entrecejo, incrédula. —Era una broma. Tranquila, mujer. Si te soy sincera, jamás había visto el cielo tan hermoso como lo es ahora en Nwarvus, Vonrvus o Arnbvus. Genuinamente creo que, lo que haces es maravilloso. ¡Pude ver la aurora boreal! Algo que hace años no aparecía en el cielo. Además de eso, cuando estuve en Vonrvus, con mis padres, tuve una visita de khun Aerya. —Eso impresionó a Annia, y de inmediato, hizo preguntas.

—¿Cómo se encuentra? ¿Sabes si Hyung y Chūnfēng están bien? —Lo desesperada de la mujer hizo a Malak sonreír nuevamente, para luego asentir ante eso. —¡Menos mal! Esas son muy buenas noticias. ¡Gracias!

—Khun Aerya me pidió venir a Hexlevus a dejarle una carta a Morgrem. Luego de eso, tuve una parada en Arnbvus y vi lo que lograste ahí también. Ahí le creí a Khun Aerya, pues me dijo lo siguiente cuando la vi: «Hay dos cazadores. No, dos grandes héroes y guerreros que están dándolo todo por salvar nuestro mundo. En este momento se hallan en Arnbvus y son los responsables de que nuestro cielo sea tan hermoso de nuevo. Me veo en la necesidad de ayudarlos, por lo que quiero que le des esto a Morgrem de mi parte, si eres tan amable, Malak». —La cita dejó sin palabras a Annia y con una leve sonrisa, agradecida.

—¿Héroes? Es un título muy grande para mí, al menos —confesó la mujer y soltó un profundo suspiro.

—Creí que era una tontería, más cuando me dijo que ustedes son los causantes de que los orbes estén a punto de apagarse.

—Sí, es cierto. Si tenemos éxito, muy posiblemente ya no podrás volar con ningún avión conocido. —Las palabras de Annia dejaron un rostro sombrío en Malak, pero ésta cambió la faz a una tranquila mientras comía el resto de su pie.

—Eso no es verdad —aseguró la mujer, alegre—. Sé que hallaremos la forma. Es sólo cuestión de esperar. —Esa declaración hizo que Annia sonriera, confiada. Ahora le caía mejor Malak que antes.

—Entonces nos ayudaste porque crees en nuestra causa.

—Y porque a tu amigo Mergo le patearon muy fuerte el trasero. —Ambas rieron ante eso, después, pagaron la cuenta y salieron de la cafetería alegres.

—Iré a ver a Mergo. Puedes venir si gustas. Sirve que los presento —Malak sonrió ante eso, para luego suspirar al ver el gris cielo de Hexlevus.

—Sólo si me aseguras que este lugar dejará de verse así de gris.

—¡Es una promesa! —Annia extendió su mano y Malak la tomó alegre. Juntas asistieron al castillo de Morgrem y con algo de dificultad, la pelirosa consiguió hacer pasar a Malak para que conociera a Mergo, cosa que hizo reír a la cazadora, pues la piloto se notaba no sólo nerviosa, sino también sonrojada al ver a Mergo ya sin vendas cubriendo su rostro o repleto de sangre.

Por su parte, el hombre, al ver a la chica, no pudo evitar sonreír como estúpido, pues Malak era muy hermosa, cosa que le hizo sentirse de una manera que se puede considerar «graciosa» al momento.

—H-hola. Mucho gusto, Mergo —dijo Malak, cosa que el hombre iba a responder, sonrojado, mas recordó que no tenía puestas las vendas y volteó el rostro, apenado.

—Mucho gusto… ¿Tú eres quien nos trajo hasta acá? —preguntó sin ver a la mujer, cosa que le preocupó a ella, mas Annia le puso una mano en el hombro a la piloto y se acercó a ambos.

—No tienes por qué ocultarte de nuestra amiga. No es como los demás. Nos apoya al cien por ciento en lo que hacemos. Por eso nos ayudó, Mergo. —Al oír eso, el hombre volteó hacia la chica y ella le sonrió tímidamente, cosa que respondió Mergo con una lágrima en su único ojo.

—Gracias, de verdad. —Aquello enterneció a la mujer, tanto que se llevó ambas manos al pecho.

—Malak, Mergo. Mergo, Malak. Los dejaré solos porque debo ir a hablar con Yair. ¡Conózcanse! —Al decir eso, la chica se fue casi corriendo. Después volteó para ver a los dos y notar que parecían estarse llevando muy bien, tanto que le daba algo de envidia.

Las horas pasaron, y el tiempo de las visitas terminó, por lo que Annia regresó a ver a los posibles enamorados y fue ahí cuando se despidió de la piloto, asegurado que iría pronto a ver a ambos, agradecidos los cazadores con ella por todo.

—¡Vaya! Ella es increíble —destacó Mergo impresionado.

—¡Y es muy guapa! ¿No lo crees? —Aquello provocó que el hombre se sonrojara, a lo que Annia, con una gran sonrisa, continuó—. ¡Oye, no tienes qué avergonzarte! Parece que le gustas también, y mucho.

—Yo… No lo sé. No creo que estemos en buenos momentos para enamorarnos, Annia. —La declaración provocó que la pelirosa se sentara y comenzara a contar más sobre su vida pasada, cosa que hizo a Mergo volver al pasado junto con su amiga.

…

Eso mismo decía Kaito. A los pocos días de llegar, me enseñó cómo manifestar mis poderes sin un canalizador, sin una pistola. Siempre me levantaba y me hacía repetir la misma frase que jamás voy a olvidar.

—Un cazador no confía en nadie. No es tiempo para casarse y tener hijos. No hay lugar en este mundo para sentimientos inútiles que no te harán sobrevivir. El amor y la amistad no matarán noxakos jamás —decía una y otra vez mañana tras mañana, a la par que corría alrededor de la casa semi cercada donde vivíamos, con el miedo a que uno de esos monstruos saliera de la nada a corretearme, cosa que pasó más de una ocasión, asesinados por Kaito tan pronto pasaran la cerca.

El hombre me dijo que seguiría corriendo alrededor del hogar hasta que les perdiera el miedo, hasta que entendiera que sus balas eran más rápidas y certeras que los monstruos, que él jamás fallaba, que su tino era perfecto y eso era en lo único que yo debía confiar.

Corrí alrededor de esa maldita casa durante casi un mes, y fui atemorizada por muchos noxakos, hasta que, finalmente, ni me inmuté cuando uno estuvo a punto de capturarme, y en el momento que la bestia me tocó, al mismo tiempo que usé mi poder para defenderme, Kaito le disparó en la cabeza, asesinado por ambos embates y producido un orbe en reacción a ello.

—Por fin. Creí que nunca lo lograrías, niña —concluyó el desgraciado al verme frente al orbe y ordenarme que regresara al interior de la casa para almorzar, continuado mi entrenamiento sobre mis habilidades después de eso.

Comíamos siempre lo mismo. Arroz con huevo, atún o pollo. Nunca algo completamente diferente. Estaba harta, pero era mejor que nada. Pensaba: «con razón Kaito está tan delgado». Y entonces recordaba la comida desabrida del orfanato, lo molestos que eran los demás niños y las muchas veces que tiraron mi comida.

Cómo Kaito dijo, el pensar en mi tiempo allá me hizo valorar lo que ahora tenía. No había platicas amenas, sonrisas, ni ambientes cálidos; pero había silencio y un plato que podía disfrutar sin que nadie me dijera nada. Incluso, Kaito jamás me apresuró en comer. Esperaba pacientemente a que terminara, con sus ojos bien puestos en mí, como si me examinara, y de vez en cuando, levantaba su mano con el arma en ella para matar a algún noxako que se acercara.

Al principio el ruido me asustaba, mas luego casi ni lo notaba, sólo me continuaba sorprendiendo la gran puntería que ese sujeto poseía. Una que parecía digna de un rey demonio rojo.

## Vigésima Novena Ofrenda: Secretos

…  
  
Unos días antes de que llegaran Mergo y Annia a la mansión de Morgrem, el hombre recibió una noticia extraña de uno de sus tantos aprendices mientras platicaba con Ricardo en su taller, donde parecían estar ya desde hace rato.

—Reina, entiendo que mi chiquita está haciendo movimientos arriesgados, pero es por el bien del mundo. ¡Tú mismo le dijiste que hiciera algo bueno con sus dones! ¿No fue lo que se supone que hablaron cuando se vieron? —preguntó Ricardo, sentado en una de las mesas de trabajo del anfitrión, mismo que continuaba sobre otra estación realizando su labor.

—Le dije que encontrara algo bueno y satisfactorio que hacer con las habilidades que había ganado gracias al zoquete de Kaito, no que encontrara una forma de ser odiada por el 90% de la población mundial incluida gente poderosa y, seguramente, los cinco terribles —exclamó Morgrem, fastidiado.

—Khun Aerya y el poderoso terrible de Hexlevus no la odian. La apoyan, de hecho —explicó Ricardo, cosa que hizo girar los ojos de Morgrem.

—Sabes a lo que me refiero.

—No, tú sabes exactamente de qué estoy hablando, cual es mi punto. Reina, Annia está salvando el mundo. Purifica la oscuridad en los continentes y destruye a las amenazas que son los *Tenebrarum.* Ella es un héroe —explicó Ricardo al ponerse de pie y caminar hacia Morgrem, cosa que hizo a su amigo detenerse y molestarse.

—Mi chiquita está haciendo todo bien, y está logrando cosas increíbles, pero no quiero que le pase nada —explayó el hombre con una voz que se iba quebrando—. Tarde o temprano, enviarán a alguien que no pueda vencer. Ella no es como Kaito y espero jamás lo sea. Ni siquiera en lo invencible —explicó el médico, observado el rostro ciego de Ricardo, cuyas cicatrices de garras estaban a la vista en el momento—. Jamás me perdonaré lo que te pasó, nena.

—Ya, Morgrem. Estoy bien, no tienes por qué seguir culpándote. Por favor. —En ese momento, tocaron a la puerta y ambos voltearon hacia quien pedía su atención.

—Lamento interrumpir su charla, maestro Morgrem —decía una muchacha que era aprendiz del anfitrión, colocados sus lentes Ricardo de momento.

—¿Qué pasó?

—Hay una chica en la entrada. Insiste en verlo, tanto que tomó de rehén a Hope. De nuevo —aclaró la mujer, cosa que hizo a Morgrem y Ricardo girar los ojos y hacer un gesto de fastidio.

—¿Cuándo va a aprender mi chiquita Hope a no abrir la puerta a desconocidos? —Se quejó Ricardo.

—Supongo que nunca. Vamos, nena. —De inmediato, ambos hombres bajaron hasta la entrada del castillo, donde varios médicos estaban a la expectativa de lo que haría la mujer que tenía sujeto a Yair del cuello por detrás. Aquella vestía una vieja capucha con capa que se notaba sucia y maltratada, misma que ocultaba su identidad, mas no su pierna prostética.

Al verla, Morgrem dio unos pasos al frente junto a Ricardo, detenidos frente a la agresora y su rehén.

—Lo siento, maestro —dijo Yair al verlo.

—Ya hablaré contigo luego, Hope. ¿Qué necesitas, mujer? ¿Tan desesperada como para amenazar a mis protegidos y perder todo mi respeto? —preguntó Morgrem molesto, cosa que hizo a la mujer retirarse su capucha para revelar a una Danielle maltratada, sucia y con el cabello corto—. Danielle Basilisco.

—Perdonen, pero si no lo hacía así, dudo que me escucharían. Vengo a proponer algo y no estoy con las manos vacías. —Al decir eso, desató algo que tenía envuelto en tela que colgaba de su cintura, descubierta al ponerla frente de ella y revelar así que era un prisma triangular nox.

—Eso es… el núcleo de un *Mad Maximus* —mencionó impresionado Morgrem, cosa que provocó una sonrisa en la chica.

—Así que ya los conocen y es así como los llaman —replicó alegre la chica, todavía sostenido Yair por ella, asustado el chico.

—¡Felicidades! Tienes mi total atención, y no de la manera más positiva, he de decir. Esa cosa que llevas es extremadamente peligrosa. Sólo la puedes vender en el mercado negro, pero estoy dispuesto a escuchar qué quieres de mí por ella. ¿Qué tienes en mente, Danielle? —Luego de esa pregunta, la chica sonrió de manera oscura, soltado Yair al momento.

El joven aprendiz corrió hacia Ricardo y éste lo abrazo para cerciorarse que estuviera bien, cosa que extrañó a los presentes.

—Esto, mi gran señor Morgrem, va a ser un viaje que nos va a gustar tener —aseguró la mujer, a la par que caminaba hacia el hombre para entregarle el prisma, mismo que el médico vio con miedo y fascinación.

…

Actualmente, Morgrem estaba en su taller. Trabajaba de manera ardua y constante en un proyecto especial que le estaba exigiendo no sólo labores medicinales sino también mecánicas, estudiados muchos planos que ya había desarrollado con otros colegas y haciendo infinidad de pruebas.

Pronto, unos pasos se harían presentes en el taller, en medio de un análisis profundo de las fallas que tuvo el último experimento hecho.

—¿Qué pasó, nena? ¿Finalmente Annia dormirá en el castillo o sigue rechazándonos? —preguntó Morgrem, mientras analizaba su trabajo.

—Aún no la he visto el día de hoy. Ya es su tercer día aquí. Supongo que sólo espera a que Mergo se recupere —comentó el hombre de cabello largo, cosa que hizo reír a su amigo.

—Ya veo. ¿Entonces hay algo en lo que te pueda ayudar o sólo vienes porque me extrañas? —bufó el científico, para luego Ricardo caminar hasta la mesa donde estaba trabajando y colocar el prisma nox que le dio Annia hace unos días—. ¡A la verga! ¿De dónde sacaste eso?

—Nuestra chiquita me lo dio el día que llegó. Estaba esperando a que tuviéramos otra discusión para usarlo de *as bajo la manga* y darte en tu madre, nena —confesó alegre y decepcionado Ricardo.

—Me alegro que no haya pasado. ¿De dónde lo sacó?

—Ha visto varios. Aparentemente más que nosotros. No obstante, es el único que cargaba con ella —lo dicho hizo que Morgrem dejara lo que hacía para sostener el prisma en sus manos y verlo de cerca—. ¿Crees que con este puedas cumplir lo que nuestra diosita nos pidió? —La cuestión consiguió hacer que Morgrem suspirara, mas luego levantó la mirada, confiado, y asintió, puestas manos a la obra nuevamente sobre su trabajo, inspirado.

Al hacer eso, Ricardo recordó su conversación con Annia al momento de recibir el prisma, algo que lo dejó un tanto pensativo.

…

—¿Sabes qué es? —preguntó Annia luego de cederle el objeto a su amigo, mismo que lo tomó impresionado, asegurado de que era lo que creía.

—Sí, es el núcleo de un noxako al que se le denomina *Mad maximus* —explicó el de cabello largo, cosa que hizo entender a Annia algunas cosas.

—¡Oh! Tal vez Mergo escuchó mal —dijo al entender el mal nombre que su amigo le había dado al monstruo, con un rostro que demostraba mucha vergüenza.

—¿Dónde lo encontraste? ¿Lo compraste en el mercado negro?

—¡Pff! ¿Con quién crees que hablas, Ricardo? Mergo y yo hemos derrotado a más de una de esas cosas. ¿Sabías que hay noxakos que vuelan y poseen dos orbes nox en lugar de uno?

—¿Luchaste en contra de *Passar agilis?* —cuestionó molestó el hombre, lo que dejó perpleja a la mujer.

—¡Wow! Dos preguntas: ¿Cuántos noxakos diferentes hay? ¿Y todos tienen nombres raros? —respondió la chica, cosa que hizo a Ricardo dar unos pasos lejos de ella con el prisma en manos.

—Especies conocidas sólo hay cuatro, incluida la común. Están los noxakos que hallan un orbe en sintonía, los Mad Maximus. Eso quiere decir que tienen dentro la energía exacta a la que ellos producirían en su orbe. —La noticia dejó sin palabras a Annia, la cual vio cómo Ricardo giraba hacia ella para tenerla de frente, notado el prisma en manos ahora mostrado. —Éste tiene la combinación de ambas energías, pero depurada. No es tan agresiva como la de un orbe, pero es muchísima más. Es como si mejorará en todo aspecto de una forma muy siniestra, cabe aclarar.

—Entonces los «pasa alijes» …

—Passar agilis —corrigió Ricardo.

—Sí, esos. Son aquellos que encontraron dos orbes que están en sintonía con el que puede producir, ¿cierto?

—Exacto, y existen otros que se llaman «*metamophum famen».* Son los que tienen ya tres orbes a su disposición y son extremadamente peligrosos. La mayoría habitan los alrededores de la isla en ruinas, Yubime —explicó Ricardo, cosa de dejó sin palabras a Annia por unos momentos.

—La isla sagrada. Hace años que no había escuchado de ella —confesó con una voz apagada.

—Es normal. Ahora es desierta. Nadie se atrevería a acercarse a ella ni de chiste por la cantidad exagerada de noxakos que hay en los alrededores. Luego del desastre natural que se suscitó en el sitio, ninguno de los habitantes sobrevivió, hasta lo que sabemos. No hay razones ni para explorarla. —Esas palabras provocaron que la chica se quedara en total silencio, cosa que de inmediato notó el hombre.

—Nena, ¿todo bien? —Ricardo puso una mano sobre el hombro de Annia, ella volteó hacia él y tomó su extremidad tiernamente.

—Sí, no tienes por qué preocuparte, Ricardo.

—Sabes que cuentas con nosotros. Que la puta *Murgrem* diga lo que quiera, pero sabes lo mucho que te quiere y que siempre está al pendiente de ti —aseguró con una gran sonrisa, provocada una ligera en la mujer.

—Lo sé perfectamente. Aunque tampoco puedo obligar a Morgrem a ayudarnos.

—No, yo espero que cambie de opinión al final y llegue a salvarnos para pavonearse frente a nosotros. Ya vez que es bien icónica ella —bufó al final Ricardo, escuchado un suspiro de Annia—. Has pasado por mucho desde que empezaste este viaje con Mergo, y mira cómo ha terminado él. Creo que debemos evitarle estresarse por ahora y dejarlo recuperarse por completo. Vamos tú y yo a vencer al Tenebrarum. Habla con Mergo y consigue su aprobación. En todo caso que se niegue, esperaré —prometió Ricardo, abrazado por la pelirosa.

—Muchas gracias. No tengo palabras para agradecerte —sinceró Annia con la voz quebrada.

—No, gracias a ti por lo que estás haciendo. Has sido muy valiente y quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, nena —dicho eso, ambos se separaron, derramadas algunas lágrimas por la mujer—. Vamos a lograr esto y después invadiremos Qwinbakvus para derrotar al último de los Tenebrarum, aunque el mundo se quedé sin su energía, lo habremos salvado —aseguró Ricardo estoicamente.

Annia se separó del hombre y fue a buscar donde pasar la noche. Un lugar para descansar después de todo lo que había tenido que vivir en los últimos días.

La mujer habló con Acoss para que le enviara ropa, y al día siguiente recogió el paquete de Mergo y ella, junto a las prendas que usarían para ir hasta Qwinbakvus, elegidas y diseñadas para aquel asalto final. Cosa que puso muy feliz a la mujer al verlas, colocadas las de Hexlevus al momento.

…

En la sala de Mergo se encontraba Malak platicando con él de manera jovial, arribada Annia de momento y extrañada de ver que la piloto se encontraba ahí. Al verla sus amigos, estos se vieron el uno al otro apenados, comenzada la plática por la pelirosa.

—¿Me perdí de algo? —preguntó en un tono de broma, cosa que hizo reír a los presentes.

—Fui muy temprano por un café y le traje pastel de fresas a Mergo. Es su favorito. —Esa información le impresionó a la chica, por lo que volteó hacia su amigo.

—Ayer salió el tema en la conversación. Estoy agradecido por ese pastel. La comida del hospital es muy insípida. —Se quejó el hombre en voz un poco baja, respondido de inmediato por una voz que vino desde el pasillo.

—Y saludable. La gente no se cura con cosas dulces, señor Mergo —emitió algo molesta una enfermera que reparte la comida, lo que provocó risas los presentes.

—Veo que has hecho muchos amigos aquí. Me alegra saber eso —confesó la pelirosa feliz.

—Yo me tengo que retirar. ¡No te lo tomes a mal, Annia! Sólo vine un rato a conversar, pero ya se hizo tarde y hay cosas qué atender. ¡Prometo venir pronto a hablar con ambos! ¡Adiós! —Se despidió la mujer de piel negra, aparentemente apresurada por irse, acción que hizo a Annia denegar con la cabeza.

—¿No le crees? Lleva diciendo diez minutos que debía irse —dijo Mergo a su amiga, la cual no apartaba la vista de la dirección por donde se fue Malak.

—Y, aun así, se fue justo cuando llegué. Supongo que fue una excusa interna para finalmente convencerse de hacerlo. —Esa deducción hizo a Mergo fruncir el ceño, sentada Annia a su lado. —¿Hoy quieres que hablemos de mi tortuosa juventud de nuevo?

—¿Eso quieres? Me gusta saber más de mi amiga, pero si deseas hablar de otra cosa, te escucho. —Luego de unos momentos, la mujer se recargó en su asiento, se cruzó de brazos y pensó bien qué decir.

—¿Sabías que existen noxakos que tienen tres orbes incrustados? —La pregunta dejó a Mergo serio, para luego suspirar y responder.

—Sí, los he visto, mas nunca he luchado contra ellos. ¿Morgrem te advirtió de esos?

—No, Ricardo me contó de ellos y me dijo que se llaman «megazordo ramen»—contestó, segura la mujer.

—Me parece que ese no es el nombre.

—Lo que sea. El punto es que, tal vez, donde se halle la d minúscula se encuentren algunos de esos. Hay que estar preparados para lo que sea.

—Siempre. Ya estoy sintiéndome mejor. Según Yair, en un par de días podré pararme sin problemas. En una semana, estaré listo para combatir —las buenas noticias alegraron a Annia, para luego comenzar a hablar.

—Eso me recordó algo que viví con Kaito. Supongo que es tiempo de continuar mi historia.

## Trigésima Ofrenda: Tiro certero

…

Mi entrenamiento para ser un cazador ejemplar duró todo el tiempo que estuve con Kaito. Sin vacaciones, sin descansos, sin vacilaciones, sin pequeñas pausas. Debía dar todo de mí para volverme tan o más fuerte que el hombre con el tiempo, y por ello, dedicaba mi vida a volverme mejor.

Dormía en una habitación de distancia a la del hombre, y recuerdo que la primera vez que un noxako entró a mi cuarto durante la noche, me despertó el sonido del arma de Kaito. Lo único que vi fue cómo el monstruo dentro de mi cuarto se desvanecía y dejaba un orbe detrás, parado mi tutor detrás de la puerta con su arma en mano.

—Tienes que estar al pendiente siempre de tu entorno. Incluso cuando duermes —explicó el hombre, asustada yo al momento, confundida—. Si no lo dominas, los noxakos van a asesinarte mientras duermes.

—¿Cómo voy a descansar entonces? —pregunté, confundida.

—Puedes hacerlo, sólo que despertarás si escuchas un mínimo ruido. Verifica que no sea un noxako o una amenaza. Examina los siguientes sonidos, y si escuchas voces o respiraciones normales, pueden ser cazadores nada amigables. Si se oyen jadeos y pasos arrastrados, es un noxako que debe ser eliminado. Todo lo demás son sólo ruidos nocturnos que ignorarás para regresar a descansar —esclareció el hombre para mí, aunque yo continuaba sin entender y él lo notó—. ¿Qué pasa?

—Yo… cuando duermo pierdo la consciencia. No creo que pueda hacer eso.

—¡Sí puedes! —exclamó, exigente.

—Mamá decía que, si no dormías bien, podías morir.

—Es cierto, pero sí estarás dormida.

—No, porque al dormir pierdes la conciencia. ¡Es imposible!

—Yo lo he hecho desde siempre —aclaró Kaito, observadas sus ligeras ojeras que ahora podía destacar sin problemas—. Tal vez no duermas como los demás, pero te mantendrá más segura que ellos. Trata de hacerlo, de estar siempre alerta, consciente, aunque estés dormida. Debes hacerlo o morirás igual. —El hombre se retiró.

Pasaron muchas noches en las que yo estaba muy agotada por el entrenamiento matutino. Debía correr, usar mis dones, hacer ejercicios y mejor mi puntería. Todos los días sin falta.

Desayunábamos antes que el sol saliera, almorzábamos cuando el astro estaba en lo más alto y cenábamos luego del crepúsculo. La rutina era igual siempre y empecé a acumular heridas por todo el cuerpo, así como musculo y recuerdos de momentos donde lloraba desesperada por querer vivir una vida normal, pero a Kaito no le importaba. Él sólo necesitaba que yo me volviera fuerte, requería de un heredero y no pensaba en absolutamente nada más.

Las noches continuaron y los noxakos seguían entrando a mi habitación, asesinados por Kaito momentos antes de entrar a mi espacio personal, acumulados los orbes en una esquina del sitio en señal de mis fracasos a responder en la noche, contada una pila alta de ellos; no obstante, lentamente fui comprendiendo lo que Kaito me había dicho.

Al inicio me desvelaba, luego me rendí y dormí sólo para despertar varias veces por el sonido de los disparos. Después, me acostumbre a despertar en la madrugada al escuchar pasos cerca. Me levanté de la cama justo cuando el noxako iba a entrar al cuarto, asesinado aquel por Kaito, el cual no dijo nada, sólo regresó a su habitación.

Al poco tiempo, conseguí levantarme al mínimo ruido, y sí, era agotador. Prácticamente descansas, pero el mínimo sonido te levanta, y cómo dijo Kaito, debía investigar qué lo producía para tomar la decisión de volver a dormir o tratar de defenderme.

Tantas noches y tanto sacrificio me hizo saber cómo sonaban los noxakos. Desperté muchas veces antes de que incluso entraran a casa y les disparé con mis habilidades desde el segundo piso, asesinados en las escaleras, cosa que el hombre calificó como un buen trabajo, aunque luego de levantarme se me dificultaba mucho volver a descansar de verdad. Con el tiempo lo dominé.

Al cumplir trece, Kaito me consiguió un arma y me enseñó a usarla a como él lo hacía. Estaba emocionada, al mismo tiempo que aterrorizada, porque sentía que tenía una enorme responsabilidad en manos ahora que debía entrenar mi puntería todo el tiempo.

Disparaba parada, al saltar, correr, rodas en el aire, en el suelo, al nadar, al caer, al ser empujada, sostenida, restringida y atacada. Todos los escenarios posibles el hombre los colocó ante mí para que nunca fallara un tiro, ni en las peores condiciones. Lentamente, mi puntería se volvía más y más buena, parecía que ya no podía fallar ni un sólo disparo, hasta que comenzamos a practicar con objetivos en movimiento, con noxakos principalmente. Ahí la cosa cambiaba mucho y sólo significaba que debía continuar mejorando.

Recuerdo que, una vez, mientras comíamos, ambos nos dimos cuenta que se acercaban un grupo de personas. Kaito vio mi rostro, cómo observaba a la ventana preocupada y luego atinó a hacerme algunas preguntas.

—¿Qué son?

—Personas. Caminan muy bien como para ser noxakos y son muy ruidosos como para ser animales.

—¿Cuántos?

—Aproximadamente cinco. Tal vez seis. —Todo eso Kaito lo corroboró con sólo asentir usando su cabeza. Luego, me pidió terminar mi comida, se puso de pie y caminó fuera de la casa hacia los sujetos. Yo no vi nada, únicamente escuché lo que ocurría.

—¡Kaito! ¡Maldito bastardo, por fin te encontramos! —gritó uno de los hombres, aparentemente alegre y molesto a la vez.

—¿Qué necesitan? —preguntó el pistolero serio, a lo que fue respondido de inmediato.

—¡Venimos a matarte de una vez por todos, im…! —Antes de poder terminar esa frase, se escucharon múltiples disparos, para darle bienvenida a un silencio sepulcral que al inicio me sorprendió, mas no tardé en asimilarlo y seguir comiendo.

Kaito regresó a la mesa, se sentó en su asiento y continuó con el almuerzo. Al acabar, lavé los trastes como siempre y ayudé a llevar los cadáveres al bosque que teníamos cerca, todos los cuerpos estando agujerados en la frente, justo en medio de las cejas, y en el pecho, por delante del corazón. Kaito los despachó tan rápido que seguro ni pudieron reaccionar.

—¿No te preocupa que nos hayan encontrado? —pregunté al mayor, cosa que contestó sin vacilar.

—De seguro el sujeto que nos trae de comer les vendió esa información. No quiero que lo maten y nos dejen sin víveres, así que le pedí hacerlo si le preguntaban o algo por el estilo, para que no lo amenacen o maltraten —explicó el sujeto, a lo que yo, con mis ojos puestos en los cadáveres, cuestioné.

—¿Por qué te odian?

—Porque maté a sus amigos, familiares o aliados. —La respuesta me dejó perpleja, y cuando cruzamos miradas, me lo dijo sin pena alguna. —Me llaman Kaito Zhou, el asesino de cazadores. Aunque parece que las personas con habilidades son lo que este mundo necesita, también existen muchos que abusan de este increíble poder que se les ha otorgado. Acumulan riquezas titánicas y causan un desequilibrio incontrolable en las naciones que puede afectar de una manera terrible al mundo entero. Para ello se crearon a los *terribles,* quienes representan a los cazadores más poderosos de cada nación en favor de intimidar a aquellos que se quieran pasar de listos, mas no siempre funciona y, como quiera, nacen estos parásitos que arruinan todo. Ocupamos balance y es para lo que trabajo, para eliminar a los cazadores que creen que son dioses —aclaró el hombre, lo que me dejó perpleja de momento, a la par que arrastrábamos un cadáver.

—Entonces ellos…

—Posiblemente maté a su jefe, por su apariencia. Tal vez al familiar de uno, o simplemente a un amigo que era una de esas dos cosas y los contrató para eliminarme. Soy muy bueno en lo que hago y no a todos les parece, pero a mí me importa un carajo el dinero, el poder, la fama o el sexo. Lo único que deseo es que este estúpido mundo no se caiga a pedazos. Es todo —dicho eso, dejamos el cuerpo entre la maleza y fuimos por el siguiente hasta terminar con la labor.

Al terminar el entrenamiento, ese mismo día, durante la cena, decidí hacer una pausa y volver a hablar con Kaito, mismo que parecía más serio de lo común.

—¿De dónde eres? —La pregunta dejó sin palabras al hombre, cosa que parecía no querer responder, hasta que, finalmente, habló.

—No tengo la más mínima idea —confesó en voz baja y con una mirada perdida—. Fui adoptado por una familia en Vonrvus, pero no soy originario de allá. No sé si tuve hermanos biológicos o porqué me abandonaron, mas nunca me importó. Los Zhou me dieron todo lo que necesité durante toda mi vida. Fueron amables, cálidos y me enseñaron todo lo que sé. Mi padre quería que fuera fuerte para cuidar de mi hermano mayor, y yo también lo quise así, siempre.

—¿Dónde está él?

—Murió. Todos ellos están muertos. —Lo dicho provocó un silencio sepulcral en el lugar, para luego Kaito terminar de comer y retirarse, lo que me dejó sola.

Empezaba a entender al hombre, el porque era así de frío y desalmado, porque creía esas cosas tan duras que me repetía a diario a memorizar. Era su forma de ver al mundo y la manera que lo tenía con vida. Lo que él pensaba que era la mejor forma de continuar de pie sin remordimientos.

Una parte de mi comenzaba a querer ser cómo Kaito, a pesar del rencor que había acumulado con los años.

Luego de cumplir trece, un día, Kaito recibió una carta traída por un sujeto bastante extraño. Sin siquiera agradecer, el hombre tomó la carta y su mensajero se retiró para desaparecer en las sombras del bosque.

Kaito abrió el sobre y leyó lo que decía, encendido en llamas el papel en sus propias manos hasta volverse cenizas. Luego de eso, él subió a darse una ducha mientras yo practicaba mi tiro en pirueta aérea. Al acabar de arreglarse, el adulto salió de casa y caminó hacia mí para decirme lo que tenía planeado hacer.

—Me temo que debo irme por un tiempo a realizar un trabajo.

—¿Irás a matar a alguien? ¿A dar balance?

—Algo así —respondió sin mucho ánimo.

—¿Por qué no puedo ir contigo?

—No estás lista. Sólo eres un estorbo por ahora. Vas a quedarte y continuarás practicando hasta que regrese. Cuando llegue, pondré a prueba tus habilidades y espero notar mejoría, mocosa —amenazó Kaito al dar pasos lejos de mí, en favor de irse.

—¿Cuánto tardaras?

—No sé.

—¿A dónde irás?

—¡No te importa!

—¡Sí me importa! —Eso hizo que se detuviera, para luego girar su cabeza hacia su lado derecho hasta alcanzar a verme sin mover su cuerpo.

—Al norte de Vonrvus, a una zona de conflicto entre ellos y Qwinbakvus. —Aquello me mortificó, y se lo hice saber.

—¡Estás loco! ¡Esa zona es muy peligrosa!

—No para mí. Te veo en un rato, escuincla. La caravana viene mañana, sólo dale tres orbes. Elige lo suficiente y no te largues. No importa cuánto tiempo tarde, me daré cuenta si abandonaste este sitio. —Con esa amenaza y un arma de acero arrojada a su costado, Kaito se retiró.

Recogí el objeto que abandonó y me di cuenta que era una pistola que me había dejado usar en el pasado de práctica. No era tan poderosa como las que él poseía, pero eso no era importante. Que el tiro sea perfecto lo fue siempre.

Pasó mucho tiempo. Días, semanas y meses. Kaito no parecía volver ni daba señales de vida. No obstante, me había enseñado bien. Apenas daban un pie dentro de la caza los noxakos, me despertaba e iba a asesinarlos. Mejoré mi puntería maravillosamente y comencé a comer cosas un tanto diferentes gracias a la caravana. Tenía años sin probar cosas dulces, y aunque podría enojar a Kaito, yo le diría que no me había dicho nada sobre comprar la misma comida.

Cuando ya se había hecho mucho tiempo, me empecé a preocupar. Tanto que pedí un televisor a la caravana, misma que me dio sin problemas, donde traté de ver noticias acerca de lo que pasaba entre Vonrvus y Qwnbakvus sin respuesta alguna de él.

No mencionaban a Kaito en ningún medio conocido de noticias por más que escuchara las mismas durante todo el día.

Pasaron nueve meses y el hombre no regresaba. Pensé muchas veces en abandonar el sitio, en largarme y hacer mi vida en otro lado, en comenzar de nuevo. Ya no era una niña, ni era débil. Muy por el contrario, me había vuelto extremadamente fuerte.

—¡Oye, mocosa! ¿Dónde está Kaito? —preguntó un sujeto acompañado de una mujer que parecían muy molestos. Ellos llegaron en el atardecer, cuando continuaba practicando mi tiro en movimiento. Al verlos, noté que eran cazadores, por lo que estaba lista para lo que fuera.

—Él no está aquí. ¿Para qué lo quieren? —cuestioné sin mirarlos y continué disparando, a lo que el sujeto de piel oscura, enrabietado, respondió.

—¡Tú eres familia de él! Lo sé porque tienes su misma habilidad. Si mueres, tal vez sienta lo mismo que nosotros sentimos cuando mató a nuestra pequeña. ¡Ese bastar…! —Antes de terminar su frase, lo hice. Kaito me entrenó para ello todo ese tiempo y no dudé ni un segundo. Disparé en la frente del hombre y en el corazón al instante.

La mujer que lo acompañaba, posiblemente su esposa, notó eso y se veía que estaba lista para gritar y atacar, mas la despaché de inmediato de la misma manera, con la misma bala de fuego. Ambos estaban muertos por mi mano, lo que me hizo temblar unos momentos y respirar desesperada, asustada por la hazaña.

Sentí que me faltó el aire y que quería llorar, pero me sostuve a mí misma, caminé hacia los cadáveres e hice lo que siempre hacíamos Kaito y yo.

Al dejarlos en el bosque regresé a casa, y aunque lo intenté, no pude dormir.

A la mañana siguiente estaba lista para abandonar el lugar y hacer mi vida, mas no iba a hacerlo. Debía cumplir con lo que Kaito dijo, y así lo hice, por más que tuviera días de debilidad, cumplí con las ordenes que me dio.

El imbécil llegó dos semanas después a la hora del almuerzo, mientras comía pasta y veía la televisión, la cual destrozó con un par de disparos.

—La televisión es un distractor. Cuando seas una adulta decides si perderte en ella, no ahora —explicó el hombre, dio unos pasos y se sentó a mi lado, tomada pasta de momento para comer.

—¿Sólo eso? ¿Destrozas mi televisión y me regañas? —pregunté enfadada, sin respuesta alguna—. ¿Dónde estabas?

—Te dije a donde fui y qué iba a hacer.

—¡Tardaste nueve meses!

—Tuve más trabajo de regreso. No tengo forma de avisarte. Deja de quejarte, mocosa. —Estaba tan molesta que estuve a punto de arrojar mi plato y el de Kaito lejos de la mesa cuando me paré, pero el hombre me apunto con su arma al instante, lo que me detuvo. —La ira es estúpida, hace que hagamos cosas sin sentido. No tienes por qué estar molesta, controla tus emociones y demuéstrame lo mucho mejor que eres que los demás.

—¡Vinieron a matarte de nuevo!

—¿Cuántas veces?

—Tres… Los maté en tu lugar.

—Ellos te hubiera asesinado si no lo hacías. Has aprendido bien. —Su respuesta me tenía enervada, y cuando levantó los ojos para verme, hizo algo que nos dejó impresionados. —Demuestra tu progreso. ¡Ahora! —Dicho eso, lanzó una moneda de diez centavos al aire, la más pequeña de todas las existentes, justo a un costado suyo por encima de él.

De manera veloz, tomé mi pistola y disparé al objeto tres veces hasta desvanecerlo en el aire, acción que Kaito vio y provocó que dejara de comer, emitida una grata sonrisa confiada en su rostro al verme.

—Yo…

—¡Excelente trabajo, Annia! Estamos listos para entrenar más en serio. Celebraremos esta noche con un banquete especial. Espero estés lista. —Jamás había visto tan feliz al sujeto. Tanto que sentí temor, al mismo tiempo que mi corazón parecía estar muy alegre por ello.

## Trigésima Primer Ofrenda: Abandono

…

Jamás olvidaré aquella noche. Durante toda la tarde me la pasé entrenando sola, como ya lo había hecho casi todo el año, a la par que Kaito se la pasó en la cocina preparando lo que parecía ser una cena muy especial por mi gran avance.

En todos los años que teníamos viviendo juntos jamás me había celebrado mis logros. Siempre me decía que era mi deber y que era la razón por la cual me había adoptado, para continuar con su legado y ser una excelente cazadora. Todo eso me hizo creer que no me veía como una hija, o tan siquiera como un ser humano, pues fue cruel, exigente y manipulador todo el tiempo. Incluso, jamás le había visto sonreír hasta el momento.

Sea lo que le hubiera pasado en esos nueve meses, definitivamente lo cambió un poco, tanto así que estaba preparándome toda una cena en celebración a mi esfuerzo.

La noche llegó, y cuando entré a la casa vi una mesa repleta de deliciosa comida recién hecha, cuyo olor invadía la casa por completo. Todo se veía tan bien preparado y cuidado que no quería esperar a sentarme para comer, sobre todo porque estaba agotada a más no poder.

—Felicidades, Annia. —Me dijo el hombre, llamada por mi nombre nuevamente. Ya no era «mocosa», «escuincla», «niña», «torpe» o cualquier cosa similar. Escuchar mi nombre me hacía muy feliz. —Conseguiste avanzar muchísimo por tu propia cuenta. Me esperaste durante nueve meses con paciencia e hiciste todo lo que te pedí. Estoy satisfecho con tu desempeño y quiero darte este pequeño festín en honor a ello. A que has completado gran parte de nuestra meta. —Esas palabras fueron lo más dulce que había dicho nunca, y por ellas, sonreí plenamente, me senté frente a él y comenzamos a comer, no sin antes yo decirle algo.

—Gracias, Kaito. Por rescatarme y enseñarme tanto. Estoy sumamente agradecida de todo lo que he aprendido y siento que te entiendo cada día más y más. Quiero mejorar, quiero ser lo que esperas de mí. Déjame demostrarte que puedo serlo. —Mi respuesta hizo al hombre asentir, orgulloso, para luego servirme arroz con varios camarones en tempura.

Disfrutamos mucho de los alimentos, le dije todo lo que había hecho mientras no estuvo presente y lo que había pedido a la caravana que nos trae víveres. Él pareció gustarle escuchar todo eso, emocionado, alegre de mi desempeño y fidelidad.

—Estos panes son pastelillos lunares. Sólo se preparan en año nuevo, pero quise hacerlos hoy porque eran mi platillo favorito que preparaba mi madre. Espero te gusten. —Al probarlos, hice un sonido y una mueca de mucho gusto, devorados más después del primero.

—Ahora entiendo porque te gustaban tanto. ¡Están exquisitos!

—Mi madre los preparaba mucho mejor que yo, pero es un buen aproximado —comentó Kaito un tanto melancólico, por lo que decidí hacer unas cuantas preguntas sobre él, puesto no sabía nada de su pasado, ni su familia. Nunca le pregunté porque desde el día uno me dio a entender que jamás podríamos ser así de abiertos o cercanos. Ahora era diferente.

—¿Cómo era tu familia? Tus padres y hermano. Si se puede saber —lo dicho provocó un suspiro en el hombre y un rostro lleno de mucho dolor—. Kaito, si no quieres…

—Eran disciplinados —interrumpió para responder, con una voz fría y dura—. Mi padre era un gran cazador, el antiguo terrible de Vonrvus. Por otro lado, mi madre era un pilar en la política del continente entero, un ejemplo conservador de las costumbres y servidora del pueblo, venerada y admirada por todo mundo. Mi hermano… sólo era una persona más y ya. No tenía cargos, ni habilidades mágicas —explicó Kaito serio, para luego levantar su mirada y verme.

—Ya veo… ¿Puedo saber cómo murieron? —La pregunta provocó que el hombre sonriera levemente y respirara profundo, mirado el techo del lugar.

—Supongo que lo mereces. Has estado encerrada aquí conmigo, entrenando, partiéndote el alma sin tener verdadero contacto humano todo este tiempo. Similar a lo que me sucedió a mí, pero no tenemos que ser exactamente iguales para que tú seas mejor que yo. Si queremos que me superes, debe haber cambios, y ser sincero puede serlo, porque mi padre nunca me contó sus razones, sino fue mi madre, y en el lecho de muerte —confesó Kaito, regresada su vista a mí.

—Te escucho.

—Fui adoptado desde que era un bebé porque mi hermano nació con una condición incurable. No podía hacer nada por sí mismo, estaba condenado a pasar su vida encerrado, sin poder hacer nada mas que esperar su muerte, y mientras sucedía, trataba de arrastrar a una miseria a quien podía. Sobre todo, en los últimos años… —narró con coraje el hombre, cruzado de brazos—. Mis padres deseaban que fuera un acompañante de él, su único amigo en el mundo. Pero, a mis cinco años, al mostrar talento en mis habilidades mágicas, mi padre decidió alejarme de él para entrenarme, para volverme un heredero digno de su linaje, aunque no llevara su sangre. Mis primeras memorias con mi hermano son dulces y lindas. Recuerdo mucho su sonrisa, su gran amor y su bella voz llamándome para jugar. Luego de que ocurriera eso, todo cambió. Él se volvió frío, distante y odioso. Nos obligaban a pasar tiempo juntos, pero lo único que sucedía era que el me insultaba y me llamaba basura por ser el hijo que nuestros padres necesitaban, al mismo tiempo que me recordaba que era adoptado y que jamás traería verdadero honor a nuestros ancestros y nombre. Odiaba a mi hermano, lo escuchaba gritarles a todos, a la servidumbre, a mis padres, a sí mismo. Todo el tiempo estaba en riña, con muchísimo rencor al mundo que lo rodeaba y a la vida misma. Hasta que su condición empeoró, y aunque tratamos de llevarlo con los mejores doctores y curanderos, nada pudieron hacer por él. Sus últimas palabras a nosotros tres fueron dichas con lágrimas en los ojos, y son cosas que jamás voy a olvidar. Al final, mis padres se quedaron con su cadáver y me alejaron de ellos, ni siquiera pude ir a su funeral a despedirme. —La anécdota me dejó muda, sobre todo al observar que el sujeto quería llorar, pero se negaba a hacerlo.

—Lo lamento…

—No, no lo hagas —replicó furioso a lo dicho—. Luego de eso, mi padre excedió el entrenamiento. Cuidó que todos mis movimientos y habilidades fueran perfectos, que jamás fallara un sólo tiro de habilidad y que me convirtiera en el siguiente terrible que no sólo atemorizaría a los cazadores imbéciles de Vonrvus, sino del mundo entero. No sería como él, me convertiría en la personificación total del miedo, en el *Terror* de nuestro mundo, *Vusaendal.* Luché, lo hice con todas mis fuerzas, pelee contra mi padre, contra cazadores fuertes que el traía de todos lados, y me hizo romperme más de una vez en mil pedazos, sufrir embates nauseabundos, golpes que nadie más podría superar y heridas que hasta la fecha siguen molestando. Hasta que a mis diecisiete conseguí volverme el monstruo que soy ahora, y todo fue a que, una noche de verano, cuando caminaba por el centro de la ciudad, asesiné a un par de asaltantes que tenían armas de fuego consigo. Al tocar las pistolas lo entendí, sabía que con ellas podría volverme lo que mi padre tanto deseaba, o quizás algo peor. Regresé a casa, y cuando peleé como era costumbre, con cada vez más cazadores, los asesiné de inmediato usando las pistolas y mis habilidades, cosa que dominé casi al primer intento, pues mi talento era evidente, nací para ser un pistolero nato. Desgraciadamente eso no le gustó al viejo y me reprimió por usarlas, tanto que trató de golpearme, pero estaba harto, así que le puse un alto y lo amenacé con mis armas. Al inicio, él se burló de mí, me dijo que no estaba preparado para enfrentarlo enserio y no dije nada, sólo hui por esa noche. Decidí largarme por una vez de esa maldita casa. —Lo contado me hizo entender más a Kaito, y aunque sé que sufrió, por alguna razón, replicó todo eso en mí, y quería saber por qué.

—¿Qué pasó después? —pregunté con una voz cálida y pasible, a lo que el hombre, decidido, continuó.

—Los cazadores pueden obtener mucho poder gracias a sus riquezas. Tanto así, que se vuelven tiranos, se convierten en amenazas para la sociedad misma y el balance de nuestro mundo. El estar afuera del sitio me hizo darme cuenta que, nuestro país entero, así como muchos otros, estaban en completo subyugo de la familia Zhou. Mi padre, al ser el terrible, abusó de su poder y se convirtió en lo que se supone debía evitar. No sé si lo hizo consciente o no, pero vi el daño que causaba, yo mismo lo viví toda mi vida sin darme cuenta. Así que tomé una decisión y volví, sólo para matarlo. —Las palabras de Kaito dejaron me dejaron paralizada, a la par que se ponía de pie e iba por una caja que trajo desde lejos para ponerla en la mesa. —Nuestro combate fue largo y doloroso, mas al final pude triunfar. Lo tuve a mi merced y le dije qué estaba mal con él, en lo que se había convertido, y le di la oportunidad de redimirse, mas dijo esto: «La gente no cambia una vez que se corrompe. Confiar en ellos es el error más grande que puedes cometer, Kaito. Sólo la muerte es la solución». Luego de eso, disparé una bala de acero a su frente y acabé con él por siempre. Mi madre, al ver la escena, me maldijo. Puso la culpa de la muerte de sus seres queridos en mis hombros y se encargó de manchar mi nombre tanto cómo pudo, pero el apellido nunca me lo quitó. Era un recordatorio del monstruo que ahora era y que debía cargar con la culpa de la muerte de mi padre y mi hermano por siempre, así como la suya. Se suicidó pocas semanas antes de entrar en bancarrota y ser desterrada de su propia mansión o peor. La maldita había causado mucho daño y me lo hizo saber todo para que entendiera bien sus motivos. —Kaito colocó ambas manos en la tapa de la caja y me vio directo a los ojos sin decir nada.

—Eso fue horrible. Lo bueno es que no te detuvo.

—No, me dio fuerzas. Tanto que continué entrenando, día con día. Durante tres años mejoré mi puntería más de lo que ya era. Aprendí mucho más, me he vuelto increíblemente mejor y sigo mejorando con forme pasa el tiempo. Ahora, a mis veintiocho años, son el cazador más poderoso que el mundo haya visto jamás. Mi sólo nombre pone a raya a los terribles de los cinco continentes y el mundo respeta el balance como debe de ser. Sí, soy odiado y menos preciado, mas no me importa que no lo entiendan. No pueden hacer nada más que callar y seguir las reglas. Esa es la realidad de la sociedad, Annia. Ellos nunca van a cambiar con abrazos y amor, siempre serán unos abusivos, no dudarán en volverse un sucio deposito nauseabundo de podredumbre a cambio de poder, fama o sexo. ¡Es patético! Por eso, el Terror es indispensable, el asesino de cazadores debe continuar, con cada generación. ¡Tú te volverás el siguiente! —dicho eso, abrió la caja y me mostró las armas que ahora poseo, mismas que sostuve en mis manos con mucho orgullo de convertirme en la heredera del hombre que tenía enfrente—. No ocupamos familia, ni amor. Sólo lealtad y compromiso. ¡Sirve a tu mundo, Annia! ¡Sirve a Vusaendal! —Luego de eso tomé mis armas, salí y vi a un noxako aproximarse, eliminado con las dos primeras balas disparadas de mis nuevas herramientas, hechas por el mismo herrero que fabricó las actuales de Kaito.

—Estoy lista para hacerlo. Sin vacilar, me volveré el Terror como lo eres tú, Kaito —mencioné emocionada, por lo que el hombre me pidió mis armas de vuelta, guardadas en la caja.

—Para eso, tendrás que derrotarme, aunque sea una vez. Si no lo haces, jamás te daré las pistolas que confirmarán tu independencia y ascenso como heredero. Se quedarán en el altar de la sala por siempre. ¿Estás lista? —Al decir eso, sacó unas pistolas con pintura dentro, cuyas balas son un poco más lentas que las nuestras, pero suficiente para poder tener embates decentes.

Así comenzó nuestro entrenamiento nocturno, el cual pasó a ser diario. En la mañana practicaba puntería, en la tarde resistencia y en la noche combatía contra Kaito, quien se volvió el mismo hombre duro y frío después de aquella noche, lo que me hizo entender que no había tiempo de sentimentalismos, que las emociones positivas sólo nos volvían más débiles, que la lealtad y el orden era lo único que importaba en este mundo para sobrevivir. El exterminio de los parásitos que amenazan Vusaendal era prioridad para nosotros, los Terrores.

Pasaron los años, y nunca conseguí atinar una sola bala en Kaito, a diferencia de él que me llenaba por completo de pintura siempre que podía. Era increíble verlo combatir en serio, su habilidad de disparo, su puntería y velocidad eran simplemente alucinantes, dudo que hubiera existido un ser capaz de darle un sólo golpe al hombre por más que lo intentara. No podías ganarle a Kaito Zhou en combate, no podías asesinarlo mientras duerme porque te escuchará respirar lejos de él, aunque le dispararas a distancia al él estar descansando, Kaito escucharía el proyectil y se las ingeniaría para evadirlo o destrozarlo en el camino. Era tan poderoso, que ya no podía considerarlo un ser humano, ni siquiera un cazador. Él era como una deidad del miedo, la encarnación literal del Terror.

Al final, luego de varios años de insultos por su parte, e instrucciones de qué estaba haciendo mal, conseguí avanzar un poco y una de mis balas le rosó la pierna derecha, lo que provocó que el sujeto sonriera un poco, bañada yo en disparos durante todo el embate.

Estaba feliz de al fin ver mejoría, y no sólo eso, estaba consiguiendo volverme más hábil al esquivar las balas. Kaito estaba batallando más en llenarme de pintura y eso me hacía extremadamente feliz. Estaba consiguiendo, lento pero seguro, llegar a su altura.

Entonces sucedió. Un día, Kaito se la pasó observando el cielo. Ahora que lo pienso, tal vez se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, y eso le preocupó. Hasta la fecha no tengo idea de qué rayos estaba sucediéndole, pero sí sabía que algo andaba mal y resultó ser en una situación que no esperaba por nada del mundo.

—Mañana a primera hora me iré a *Yubime.* No sé cuánto tarde, pero espero resultados cuando regrese, Annia. Vamos a luchar y más vale puedas atinar una bala sobre mí si tardo más de lo adecuado —resaltó el hombre, cosa que me dejó sin palabras al momento.

—Está bien. Ten un lindo viaje a la isla. Tráeme un regalo si puedes —contesté con una sonrisa burlona, cosa que el hombre ignoró por completo al comer su arroz con atún pacientemente.

A la mañana siguiente despedí al hombre, mismo que me recordó todo lo que debía hacer y que, esta vez, me prohibió comprar una televisión. Yo asentí sonriente, y justo al darse la vuelta para irse, la inseguridad nació en mi corazón y preferí decirlo a guardármelo.

—Vas a volver, ¿cierto? —pregunté temerosa—. No importa que tardes mucho, tú vas a volver —luego de eso, Kaito se detuvo, volteó hacia mí y me respondió con una seguridad impresionante dicha duda.

—Mi lealtad a ti es primero que todo. Voy a volver, sin importar qué. Y cuando lo haga, no quiero decepcionarme de lo que has hecho en mi ausencia. Nos vemos pronto. —Esas fueron sus últimas palabras antes de irse nuevamente a su destino, dejada sola para entrenar día con día sin hacer otra cosa que no sea lo que él me dijo que hiciera. Para no olvidar cuál era mi razón de ser y lo que tenía que hacer.

Pasaron entonces tres largos años, y no había señales de él por ningún lado.

Perdí la cuenta de cuantos asesinos fueron a buscarlo, todos despachados por mí. Cuantos noxakos eliminé sin fallar, cuantas veces mejoré mi habilidad de disparo y cuantos días estaba atenta a los alrededores para ver si volvía, en la lluvia, en el frío, en la soledad, siempre esperando. Hasta que un día, derrotada, pedí una radio a la caravana y busqué lo que sea sobre él, hasta que un día, finalmente, supe qué pudo haber pasado.

—*Hoy se cumplen ya tres años de la tragedia ocurrida en la isla Yubime, lugar considerado el último santuario existente a la creación de nuestro mundo y el universo entero. Nunca nadie podrá olvidar el enorme desastre natural que arrasó con la isla entera, cuyo poder apocalíptico terminó por acabar con la vida de todas las personas que se encontraban en la isla en aquellos momentos. Muchos cadáveres se perdieron en las profundidades del mar, y los pocos rescatados estaban, en su mayoría, irreconocibles. La tormenta, ayudada con el tsunami, fue la furia que ocasionó esta terrible tragedia que, hasta la fecha, seguimos recordando con pena y luto.* —Lo entendí entonces. Kaito estaba muerto, pereció no a la mano de algún cazador o conjunto de ellos, de algún noxako, sino de la misma naturaleza. El maldito me había dejado ahí por quien sabe qué y ahora estaba sola, y sin haber terminado lo que empezamos.

…

Mergo, así como Yair, Ricardo y Malak, se hallaban escuchando la historia, acompañados de varios médicos y enfermeras más que simplemente se acercaron al sitio, curiosos y atrapados en la historia de la mujer.

—Ya no importa ocultarlo más, fingir que no quiero saber de él para aparentar que sigue vivo. Salí al mundo y me declaré la heredera de Kaito Zhou, cosa que sorpresivamente ya todo mundo sabía. Ya era conocido que Kaito había adoptado a una niña en el orfanato de Ghalax. Estaba tan decepcionada, tan triste, que perdí el camino que Kaito me puso. Me dejé llevar por excesos, recaí muchas veces en vicios durante seis largos años, hasta que me encontré con Morgrem, y fue él quien me regresó por el buen camino. Él me dijo: «Nena, no tienes que ser como Kaito. No tienes que enaltecer tu nombre por los demás. No debes pensar en nadie más que en ti y lo que deseas para quién eres en realidad. Busca dentro de ti qué es lo que más sueñas y vuélvelo realidad. Cumple con tus propios sueños». Volví a entrenar, me alejé de las cosas que me hacían mal y me convertí en lo que el estúpido de Kaito quería: Un heredero, pero a mi manera.

## Trigésima Segunda Ofrenda: Unión absoluta

Todos los presentes se quedaron sin palabras, no sabían que decir ante tal noticia, hasta que Ricardo decidió romper el silencio.

—Entonces… Kaito Zhou murió. ¿Estás segura, chiquita? —preguntó impresionado, cosa que los médicos y cercanos a los cazadores de Nwarvus estaban esperando ser respondido.

—Kaito era un imbécil, pero cumplía su palabra. Jamás me hubiera abandonado a mi suerte tanto tiempo. Ya hubiera aparecido en estos años buscándome para reclamarme. Además, volví muchas veces a la cabaña y todo seguía justo cómo lo dejé, sin rastros de él haber vuelto. Es un hecho, prácticamente —condenó la mujer, a lo que todos comenzaron a comentar la información, incrédulos.

—¡Silencio! —ordenó Ricardo al ponerse de pie y empezar a hablar—. Lo que escucharon no va a salir de este hospital. Sé que Annia dijo que no tenía caso ocultarlo, pero me parece que no son noticias que debemos soltar a la ligera. Ella habló porque se siente en un lugar seguro, no lo convirtamos en algo diferente. Si Kaito murió en el cataclismo…

—No fue un cataclismo —comentó Yair desde el fondo del público, cosa que llamó la atención de todos—. Perdón por interrumpirte, Ricardo. Pero lo que sucedió en Yubime no fue un cataclismo. —Todos se quedaron perplejos ante tal noticia, excepto Mergo, mismo que veía directamente al doctor con un semblante serio.

—¿Puedes explicarte mejor? —pidió el hombre ciego, cosa que puso algo nervioso a Yair.

—Mi padre trabajó en la embajada de Qwinbakbus durante un largo periodo de tiempo. Como muchos de aquí sabrán, nuestro continente fue el último en perder lazos diplomáticos con ellos tras justamente dicho evento en la isla Yubime. Hay muchos rumores de por qué sucedió y el gobierno salió a decir que fue por la constante guerra que ha habido entre Vonrvus y ellos, pero es mentira. Mi padre asegura que fue Qwinbakvus quien ordenó un ataque especial a la isla para destrozarla, para acabar con los habitantes de ella, cosa que terminó nuestra relación con ellos. —Lo dicho dejó a todos anonadados, hasta que, luego de unos momentos, alguien habló.

—¿Por qué harían eso? ¿Sabían que Kaito estaría ahí? —preguntó Annia, molesta y poniéndose de pie.

—No lo creo. Las razones son inciertas, pero me parece que hay más información de la que mi padre, que en paz descanse, me quiso compartir ese día. Hay documentos en el edificio presidencial de la capital, pero también existen algunas copias de los mismos en nuestro palacio de gobierno —resaltó Hope, cosa que provocó a Annia mirar a Mergo, el cual asintió al observarla.

—¿Dónde está ese dichoso palacio?

—Yo te llevaré, reina —aseguró Ricardo con una enorme sonrisa—. Sé exactamente donde buscar, así que no será un problema.

—Yo también iré. Me siento listo para salir de esta cama —propuso Mergo, confiado.

—¿Estás seguro? Apenas llevas una semana aquí. ¿No es riesgoso? —preguntó Malak, a lo que fue respondida por Yair.

—Sus heridas están completamente curadas. Un poco de terapia física en un par de horas, buen descanso y mañana en la noche podrá pelear como siempre. —Las noticias alegraron al hombre tuerto, aunque preocupó un poco a la aviadora.

—Estaré bien. Me he enfrentado a monstruos horribles. Una pequeña misión acompañado de dos grandes cazadores como Annia y Ricardo será pan comido.

—Verdaderamente, chica. Mañana en la noche los veo en la salida trasera del castillo —citó el ciego para luego retirarse, cosa que hicieron todos menos Malak, y Annia, aunque esta última decidió también dejar solos a sus amigos para ir a ver a Morgrem.

En su taller, el hombre continuaba trabajando arduamente, algo que no había parado de hacer desde que Annia y Mergo llegaron. Por ello, la mujer decidió ir a visitarlo para hablar con él, bien recibida por éste.

—¿Morgrem?

—¡Ay! ¡Pasa, nena! ¿En qué puedo ayudarte, reina? —preguntó gustoso al ver a su amiga, misma que llegó sonriente y se colocó a su lado.

—Sólo quería hablar contigo. Saber que estás bien, qué has hecho, entre otras cosas. ¿Sabes? Hace mucho que no tenemos una plática así, desde que me encontraste en Ghalax —explicó la chica, algo que hizo sonreír al hombre.

—Nena, quiero pedirte una disculpa si fui muy duro aquella vez. Yo sólo estaba preocupado por ti —mencionó con una voz apacible, algo que hizo reír a la cazadora.

—No tienes por qué disculparte, Morgrem. Estaba tomando un mal camino y fue tu preocupación y amor lo que me puso de vuelta donde pertenezco. —Al decir eso, el científico agachó la mirada y suspiró. —Sé que no te…

—No, nena —interrumpió Morgrem, observado el techo por él de momento—. Ricardo, por más que me cague, tiene razón. Estás haciendo lo correcto, como siempre quisimos, y eso me hace sentir muy orgulloso de ti. En serio que sí. Soy yo el que simplemente está siendo egoísta.

—Morgrem…

—Es la verdad, pero debo seguir adelante en lo que creo que es mejor para mí. No puedo apoyarte en esto, de verdad que no. Lo siento mucho, chiquita. —Las palabras del hombre fueron dichas con mucho arrepentimiento, y aunque Annia deseaba darle la contraria, prefirió suspirar y abrazar a su amigo.

—Está bien, Morgrem. No importa, en serio. Ya has hecho mucho por mí, por todo el mundo. Mereces no involucrarte en esto que podría cambiarlo todo para ti. —Esa confesión consiguió hacer llorar un poco al anfitrión, el cual regresó el abrazo a la chica.

—Muchas gracias, reina. Estaré aquí siempre que necesites hablar o si sólo quieres conversar. Te ayudaré en lo que pueda, sin respingar. Nunca dudes en venir a ésta, tu casa. —Al oír eso, Annia sonrió y asintió.

—Voy a quedarme en el castillo. Acepto la oferta que me hicieron desde el inicio y perdona por no tomarla al principio.

—No te preocupes, chiquita. Debimos ser más maduros desde un inicio. Nos dejamos llevar.

—Sí, un poco. Te amo, Morgrem.

—Y yo a ti, preciosa. —Ambos platicaron de muchas cosas ya más personales. Durante la noche, la conversación se volvió muy jocosa, más cuando Ricardo se unió a ella, lo que deformó en anécdotas muy graciosas sobre ambos, chismes y de más cosas que pusieron muy feliz a la pelirosa.

Por primera vez en mucho tiempo, Annia observó su alrededor y sintió en su corazón que estaba junto a su familia, como siempre lo había deseado, lo que la volvió inmensamente feliz, tanto que lloró de un momento a otro, preocupados Ricardo y Morgrem por eso, hasta que la chica explicó todo y provocó un abrazo entre los tres.

Ya más tarde por la noche, la chica fue hasta su habitación y se lanzó a su cama, observado el techo del lugar, en el cual estaba pintada una constelación que parecía ser una especie dragón, lo que dejó pensando un poco a la mujer sobre la relación del ente y Hexlevus, así como de Morgrem y éste ser. Había algo que le estaban ocultando sin dudas.

La noche pasó normal, todos descansaron sin problemas. Amaneció y, de igual manera, el día transcurrió completamente tranquilo, hasta que el crepúsculo marcó la hora de salida de los cazadores del hospital para encontrarse con Ricardo, mismo que estaba ya esperando a ambos, vestidos con sus ropas que Acoss les envió, además de Mergo poseer sus vendajes como siempre, lo que aduló Annia al momento, alegre de ver a su amigo sano y listo para la acción.

Pronto, los tres cazadores llegaron hasta el palacio de gobierno, justo en una de las puertas de servicio viejas que parecían no ser vigiladas por nadie, cercanas a un terreno rocoso y ciertamente abandonado, pues el enorme castillo estaba en las orillas de la enorme ciudad y dicha parte daba hacia los terrenos baldíos que tocaban el exterior de la metrópolis.

Ahí, Ricardo se acercó y palpó un poco la puerta, lo que lo dejó pensativo un rato, cosa que le hizo sonreír un poco.

—Entonces. ¿Cuál es el plan? —preguntó Mergo, curioso.

—Deja que Ricardo se encargue. Sólo sé paciente —dijo Annia tranquila, observado Ricardo por ambos.

El cazador ciego, luego de dar un golpe sonoro a la puerta, como si la hubiera tocado para abrirla, generó un fuerte sonido que se esparció alrededor. Luego, tranquilo, caminó hacia una gran roca que se hallaba al costado, tocada aquella con cierto cuidado, como si la examinara, colocado él en cuclillas.

De la nada, Ricardo se puso de pie, volteó su rostro a la puerta y corrió en su dirección, mas, en lugar de ir hacia ella, saltó sobre la pared y anduvo en ésta hasta dar un par de pasos a una velocidad increíble, terminado con un salto en dirección contraria del edificio, efectuada una pirueta en el aire, para luego caer al menos a dos metros de la pared escalada, sobre una rodilla y el rostro viendo al suelo.

—Que demo… —mencionó Mergo, para luego Ricardo levantar la mirada y saltar a su costado, aparecida la enorme roca que antes tocó por encima de donde estaba el cazador, la cual cayó a gran velocidad. No obstante, antes de tocar el suelo, ésta fue teletransportada a la altura donde apareció por primera vez, y así repetidas veces, ganando cada vez más velocidad—. ¿Qué rayos?

—Esa es su habilidad —respondió Annia, confiada—. Ricardo puede hacer que los objetos que toca puedan teletransportarse a un lugar donde él haya estado en los últimos 30 minutos, aproximadamente. Uno a la vez para máxima concentración o varios, pero sin el enfoque que vez, ya que es capaz de decidir también la dirección de disparo de éstos, lo que significa que, si hace que un objeto caiga muchas veces, como la roca, generará una velocidad de movimiento brutal, para luego poder usada como bala al ser disparada de otro lugar en cualquier dirección —terminó de explicar la chica, mientras la roca continuaba acelerando a un ritmo descomunal.

—¡Im-impresionante! La concentración para seguir sabiendo cuándo teletransportarlo desde esa altura y sin ver debe ser perfecta. Es un genio —comentó Mergo, a lo que sonrió Annia y Ricardo.

—No es un genio. —Luego de eso, la roca, a gran velocidad fue disparada hacia la puerta, lo que la destrozó por completo junto a la pared de manera estrepitosa, activadas las alarmas del palacio al momento y despejado el camino para que pudieran entrar. —Es el terrible de Hexlevus —esto dejó a Mergo anonadado, a la par que Ricardo y Annia corrían al interior del edificio, desaparecida la roca del lugar, seguidos por el cazador vendado.

—¡Los archivos están al final del corredor a la derecha! No hay muchos guardias, pero pronto llegarán. Busquen la caja que tenga el nombre de Qwinbakvus o el nombre del padre de Hope. ¿Entendido? —preguntó el terrible, asentido por sus acompañantes, quienes llegaron hasta el lugar, cuya entrada fue derrumbada por la misma roca al haberse adelantado Ricardo y saltar hacia atrás para desde ahí proyectar el mazacote, defendida la entrada por él mismo mientras los otros entraban a buscar el objetivo.

Annia y Mergo indagaron entre todas las cajas para encontrar algo, al mismo tiempo que personal del lugar se hacía presente, detenidos al ver que se trataba de Ricardo, el cual se notaba tranquilo a pesar de todo.

—¿Qué pasa, reinas? ¿No van a pelear? —dicho eso, todos los guardias trataron de acercarse al terrible, más la gigantesca piedra apareció entre ellos y Ricardo, obstruido el paso hacia donde estaban los intrusos, lo que les dio tiempo a los cazadores de completar la tarea.

—¡Lo encontré! Esta caja debe de ser —dijo Annia la tomar los archivos del continente en guerra.

—Yo hallé reportes de Yubime hechos por varias personas, entre ellas Gerardo Hope. Supongo es el padre de Yair.

—Llevemos ambas, hay que irnos —dicho eso, ambos salieron de la sala y se encontraron con el terrible, mismo que, al escuchar que ambos iban hacia él, se acercó para tocar las cajas y hacerlas desaparecer, lo que dejó libres de cargas a los cazadores.

—Prepárense a pelear, nenas —comentó Ricardo, destrozada la piedra por los guardias, quienes exigieron a los presentes detenerse—. Lo siento, pero nos tenemos que ir. —Annia disparó varias balas a los presentes, defendidos aquellos por sus propias habilidades, mientras que un gran fragmento de la roca desapareció frente a todos, cosa que extrañó a los enemigos de los invasores.

Poco tiempo después, la misma roca salió disparada de entre los guardias, golpeado el más cercano, para luego volver a desaparecer y reaparecer, proyectada a otra dirección y alcanzado un nuevo objetivo. En cuestión de segundos, la roca despachó a todos los enemigos sin necesidad de matarlos, lo que dejó el camino libre a los invasores.

Sin más preámbulo, los cazadores corrieron fuera del palacio, interceptados por más guardias que fueron abatidos de la misma manera, hasta que, finalmente, los tres cazadores consiguieron salir del lugar, acomodada la puerta que derrumbaron al inicio en la salida, lo que les facilitó el escapar y no ser perseguidos al momento.

Una vez lejos del sitio, cansados y emocionados, los extranjeros celebraron, mientras Ricardo se le notaba alegre y completamente inmutado a pesar de todo el esfuerzo físico hecho.

—¡Eso fue increíble! Nunca había visto un cazador con una habilidad tan destacable y exacta, sólo algunos con poderes sumamente destructivos, como Danya —comentó Mergo, emocionado.

—Esa chica es bien icónica, pero también es bien horrible. Qué mal que se la hayan topado —agregó Ricardo, invitados ambos a caminar hacia el hospital, seguido el ciego sin más por ambos cazadores.

—Eres el terrible más joven, ¿cierto? —preguntó Annia con algo de duda, contestada al momento.

—Verdaderamente, reina. A los diecinueve ya era el terrible del continente y me he mantenido desde entonces —acertó a decir Ricardo, cosa que fascinó mucho a Mergo, preguntadas muchas cosas al terrible en el camino, hasta que, finalmente, llegaron al hospital, en donde las cajas se encontraban ya revisadas por Yair, quien recibió órdenes de esperar dichos objetos y examinarlos en el transcurso del regreso de los cazadores.

—¿Y bien? ¿Lo hallaste? —cuestionó Annia, cosa que provocó a Yair suspirar y entregar unos documentos a la cazadora.

—Aquí está. Es peor de lo que imaginé —mencionó el hombre, lo que dejó perpleja a Annia, al igual que a Ricardo cuando escuchó lo que decía dicho archivo.

De inmediato, los tres corrieron para encontrarse con Morgrem, el cual seguía en su taller, aunque era muy tarde y él ya había terminado su labor por aquel día en ese mismo momento, acomodado casi todo en su lugar cuando irrumpieron los cazadores apresurados, cosa que extrañó al científico.

—¿Todo bien, reinas? —preguntó el anfitrión, respondido por Annia.

—No lo creo. ¿Qué sabes del proyecto *Maestro titiritero?* —La pregunta dejó a Morgrem sin palabras, lo que hizo a todos espantarse de inmediato.

—Puta *Murgrem…* —comentó Ricardo, preocupado al saber que todo lo puesto en el documento era verdad.

## Trigésima Tercer Ofrenda: Control

Ricardo, Mego y Annia encaraban al dueño de la enorme mansión y hospital, quien claramente conocía sobre lo que Qwinbakvus tenía entre manos, tal vez un poco más que eso.

—Pasó hace mucho tiempo, cuando éramos apenas unos chavitos. El día que regresamos de Nwarvus, un hombre misterioso se me acercó y me dijo que estaba buscando científicos para un experimento con noxakos. En su momento, se me hizo raro que viniera a verme, mas me dijo que conocían mis primeros trabajos y sabían que tenía mucho talento, por lo que, personalmente, uno de los encargados del laboratorio había venido a buscarme. Obviamente lo rechacé al escuchar qué deseaban —contó Morgrem un tanto asustado, para luego sentarse y suspirar un poco.

—¿De qué se trata, nena? —preguntó Ricardo. El anfitrión miró al techo y respondió.

—Como su nombre lo dice, es sobre controlar a los noxakos para fines bélicos —explicó Morgrem, lo que dejó a los presentes sin palabras, aparentemente más afectado Mergo al escuchar eso.

—¿Qué? ¿Es posible? —cuestionó Annia al dar un paso al frente, molesta.

—No sabría decirte con certeza; sin embargo, si hallaron información más actualizada del proyecto, entonces seguramente lo consiguieron. Las personas que me buscaron eran de Qwinbakvus, y obviamente estaban aquí porque todavía teníamos buenas relaciones diplomáticas con ellos, algo que se terminó luego del incidente en la isla Yubime, como ya sabrán —respondió el científico, sembradas más dudas en los cazadores.

—Reina, esto es muy malo.

—Lo sé, Ricardo. Si Qwinbakvus ha logrado controlar a los noxakos, no tardará en atacar con ellos. Vonrvus… No. El mundo entero está en peligro. Definitivamente hay que hacer algo en contra del continente.

—¿Qué, Morgrem? Esos hijos de puta son el continente más grande. Todo mundo sabe de su enorme poder, ahora con un ejército de noxakos, estamos lejos de poder siquiera llegarles a los talones.

—¡Te equivocas, Annia! —mencionó Mergo, lo que llamó la atención de todos—. Aún hay esperanza. Sí cumplimos nuestra misión, si encontramos a Dandy y nos ayuda a eliminar a los noxakos por completo, no habrá ejército al cual temer. Es nuestra única esperanza —explicó el hombre, lo cual hizo sentido para Ricardo y Annia.

—Morgrem. Por favor, no tenemos otra opción. Necesitamos tu ayuda para vencer al que ustedes llaman «Tenebrarum» —pidió la pelirosa, desesperada.

—¿Cómo lo llaman ustedes?

—«D minúscula» —contestó Mergo, muy serio.

—¡Ah! Interesante —mencionó con un tremendo tono de decepción y burla.

—¡Cómo se llame! Necesito tu ayuda, Morgrem. ¿Sabes qué hará Qwinbakvus cuando llegue aquí con un ejército y conquiste el continente? —preguntó Annia, a lo que el hombre, triste, respondió.

—Seguramente me convertirán en su esclavo y mi trabajo será para ellos —concluyó el científico—. Desgraciadamente, para ustedes, prefiero eso a ya no poder hacer nada.

—¡Morgrem!

—¡No, nena! Ya dije que no. ¡Respeta mi decisión! —exclamó Morgrem al ponerse de pie, cosa que molestó mucho a Annia, sujetada del brazo por Ricardo.

—Deja a la puta *Murgrem,* nena. Si no quiere ayudarnos, que soporte cuando hayamos obtenido la victoria o no nos vuelva a ver.

—¿Ahora me vas a chantajear emocionalmente, Ricardo? ¿Qué falta?

—¡Ya nada, reina! Mañana partiremos al castillo del norte a vencer a la «d minúscula». Tú sabes lo que haces, al igual que nosotros —sentenció Ricardo, a la par que tomaba a los cazadores de Nwarvus y los retiraba de la habitación, guiados a una parte de la gran terraza del edificio.

Ya ahí, Ricardo se colocó en la orilla del lugar, se cruzó de brazos y dirigió su mirar hacia el norte, avistado desde esa altura una estructura gigantesca que resaltaba en el horizonte, misma que tenía un aspecto en ruinas, claramente abandonada.

—¿Es ahí? ¿En ese castillo se encuentra el Tenebrarum?

—Chiquita, ya decídete por el término —bufó Ricardo con una enorme sonrisa, mas luego aquella se apagó y continuó con la respuesta—. Sí, ahí está lo que están buscando. Por suerte, lo tienen algo cerca, no tendremos que irnos muy lejos que digamos —comentó el terrible, examinada la estructura por ambos extranjeros.

—¿Cómo es, Ricardo? ¿Cómo ataca? —preguntó Mergo, lo que hizo pensar un poco al hombre.

—Es de un tamaño impresionante —empezó por describir el ciego—. Su cuerpo parecía desgastado, como si estuviera altamente dañado por algo, cubierto por partes de piedra, como de las que está hecha el viejo castillo. Ataca con sus extremidades, principalmente —aclaró el hombre, algo que dejó pensativos a los demás.

—¿Cómo supieron que estaba ahí?

—Fácil, chiquita. Lo vimos volar cerca y aterrizar allá. Al principio creíamos que se trataba de un noxako, pero nos equivocamos. Fue una batalla difícil y con obvias consecuencias. —Ricardo tocó con delicadeza el antifaz que cubría su rostro, para luego sonreír un poco. —Ahora que sabemos que es un enemigo poderoso, sé que podré vencerlo. Más porque tengo su ayuda, chiquitas —confesó ya más tranquilo, algo que generó confianza en los cazadores.

—Ricardo, ¿usted no conoce la canción de Dandy? —Lo dicho por Mergo hizo al terrible denegar con la cabeza, para luego ocurrírsele una idea.

Los extranjeros fueron guiados de vuelta al interior del castillo por Ricardo. Aquel los llevó hasta el comedor del hospital, lugar donde la mayoría de los empleados y algunos familiares de los pacientes se encontraban.

Una vez ahí, Ricardo fue hasta la cocina y pidió el micrófono por donde voceaban a los trabajadores, usado aquel por el cazador para dirigir unas palabras a los presentes.

—¡Atención a todos! Nenas, ¿de pura casualidad alguien conoce la canción de Dandy, el dragón ingenioso? —Hubo un silencio incomodo de inicios, hasta que una joven enfermera levantó la mano, llamada a acercarse a los cazadores de Nwarvus para que escucharan la melodía—. Vamos, reina. Cántala, por favor —pidió Ricardo, a lo que la joven, nerviosa, respiró e inició con la interpretación.

—*¡Roar! ¡Roar! ¡Roar! ¡Roar! Dandy es un dragoncito que es muy divertido. Todo el día trabaja con sus garras. Con su roar, roar, roar por aquí, por allá. Porque hoy es un día especial. ¿Qué haces Dandy, con tanta y mucha prisa? Con tu martillo rojo y tus blancas turquesillas. La máquina está ya y sí creo que aguante. No me oirá hasta que salga el sol. Dandy no escucha nuestros gritos, siente el vientecito. Menea su colita y arma su maquinita. Aprieta las tuerquitas y martillea las clavijas. Y sigue así hasta que salga el sol* —terminó de cantar la chica, sonrojada porque hasta bailó un poco de momento.

—Gracias, nena. Estuvo bien icónica tu interpretación —aludió Ricardo, para luego pedirle a la chica de la cafetería darle lo que pida a la enfermera, pagado por él todo—. ¿Y para qué querían saber eso? —preguntó el cazador a los extranjeros, cosa que ambos, apenados, respondieron.

—Va a sonar como una locura. Digo, ¿qué cosa no lo es en todo esto? Pero las canciones de Dandy son completamente diferentes en cada continente y cuentan un poco de a qué nos vamos a enfrentar —explicó Annia primero.

—Por ejemplo: en Arnbvus, la canción hablaba de lo comelón que era Dandy, y nuestro amigo resultó ser un enorme estómago y mandíbula con alas y patas, además de cola, claro —continuó Mergo un tanto irónico.

—El punto es que debemos descubrir en qué está discapacitado el dragón y tomarlo como ventaja, así como nos pasó en Nwarvus —ultimó la pelirosa, lo que llamó la atención a Ricardo.

—¿Los Tenebrarum están discapacitados?

—Prácticamente. El de Nwarvus era ciego. Por otra parte, el de Vonrvus no tenía hocico, por lo que podemos decir que no tenía sentido del gusto. Obviamente eso no nos ayudó en otra cosa más que en saber que no nos atacaría con mordiscos —comentó Mergo, pensativo.

—El anterior tenía un enorme hocico, por lo que supongo que tenía un gran sentido del gusto, pero no recuerdo haberle visto una nariz.

—Eso es estúpido —replicó Ricardo de inmediato—. Sin el olfato, el gusto se pierde un poco.

—No totalmente. Recuerden que estás cosas no son seres comunes —lo dicho por el vendado ocasionó que Annia y Ricardo se quedaran en silencio, pues trataban de encontrar sentido a la canción.

—«El dragón ingenioso». No suena a nada que pueda relacionar con algún sentido. Tal vez tiene que ver con algo del tacto, porque mencionó que sentía el viento y se ocupa del tacto para sujetar de mejor manera las herramientas—concluyó la pelirosa, seguida por su mejor amigo.

—También dice que no te escucha cuando trabaja. ¿Será que éste es el sordo? —cuestionó Mergo, terminado eso por Ricardo.

—A como lo han dicho, entonces, ¿cómo será su último oponente? —Aquello dejó a los extranjeros impresionados, respondido por Annia.

—Con un gran olfato y sin sentido del tacto. Será interesante de ver —alegó Annia, con un rostro estoico y emocionado, contagiados esos sentimientos a sus acompañantes, interrumpidos de momento.

—¡Annia! ¡Mergo! ¿Tienen un minuto? —pidió Malak al llegar hasta donde estaban, saludado Ricardo y retirado para atender unas cosas y dejar juntos a los demás.

—¿Qué pasó, Malak? ¿Todo bien?

—Sí, Annia. Es sólo que hoy en la noche deberé partir a dejar unos encargos en Arnbvus. Volveré hasta dentro de tres días para visitarlos y quería que supieran para que me esperen —explicó la chica, algo que extrañó un poco a ambos.

—¡Claro que te esperamos! Digo, sería bueno vernos antes de despedirnos —dijo Annia, cosa que puso un tanto triste a Mergo.

—Justo por eso quería que no se fueran sin mí. Sé que quieren ir a Qwinbakvus —eso provocó que el vendado levantara la mirada, impresionada Annia por lo dicho—. Déjenme llevarlos hasta allá —los dos cazadores se quedaron perplejos al oír eso, exaltado un poco Mergo.

—¡No creo que sea buena idea!

—¿Mergo?

—No, Annia. Malak no es una cazadora. Corre mucho peligro al pilotar en ese continente lleno de psicópatas. ¿Qué pasa si lograron lo que Morgrem dijo y envían noxakos de dos orbes a por nosotros? No podemos arriesgar a Malak —discutió el hombre, justo enfrente de la aviadora.

—Lo siento, señores cazadores, pero me sé cuidar sola. No tienen por qué protegerme o preocuparse por mí —respondió ofendida la chica de tez negra, replicada de inmediato.

—No es que no confiemos en ti. El problema es que es sumamente peligroso y estaríamos arriesgándote sin razón alguna —explicó Mergo. Eso molestó un poco a Malak.

—Ustedes están haciendo todo lo posible por hacer de este mundo un lugar mejor. No me importa los riesgos, quiero ayudar, aunque sea un poco. —Esas palabras inspiraron a Annia, quien le puso una mano en el hombro y miró con confianza a los ojos de la piloto.

—Entonces lo haremos contigo sin falta, Malak —Mergo iba a reclamar, mas antes de hacerlo, la pistolera continuó—; no obstante, prométenos que tendrás un plan de escape bajo la manga, sino no lo haremos. —Malak, al escuchar eso, parecía estar enfadada, mas luego sonrió y le ofreció una mano a su amiga.

—¡Es un trato! —Annia tomó la extremidad y ambas sonrieron alegres, para luego despedirse Malak de ambos con un fuerte abrazo, notado la pelirosa que tanto Mergo como la piloto se vieron a los ojos unos segundos antes de que la mujer partiera, algo que llamó la atención de la pistolera.

—Lindos ojos. ¿Cierto?

—¡Muy bellos! —comentó Mergo sin pensarlo, enrojecido por la vergüenza al escuchar las burlas de su amiga hacia él y Malak, molestado así hasta que la noche cayó y ambos se fueron a dormir tranquilamente a sus respectivas habitaciones.

La noche parecía ir normal, mas eso cambió en la alborada. Junto a los primeros rayos del sol, un fuerte estruendo despertó a la ciudad entera, al igual que un pequeño temblor que se sintió más fuerte en la orilla norte de la metrópolis.

De inmediato, los vigilantes del muro exterior encendieron una alarma a toda la ciudadanía, anunciado que una fuerza terrorista estaba tratando de tirar el muro, cosa que lograron luego de varios bombardeos, invadido todo por un montón de noxakos y, además, aparentes soldados con habilidades de cazadores.

Morgrem, Annia, Mergo y Ricardo fueron levantados por el escándalo, primero Annia al escuchar los pasos de un enorme ejercito acercándose.

Al hallarse en el pasillo, Yair les pidió a todos ir hasta la azotea, en donde los cazadores consiguieron arribar sólo para notar algo impresionante: un gigantesco ejercito conformado por noxakos estaba rodeando la zona por completo, destruida la muralla en varias partes, coladas las criaturas sin mucha dificultad a la ciudad.

Mergo y Annia, de inmediato, se prepararon para defender a Hexlevus, a la par que Ricardo tomaba el altavoz más poderoso del castillo y daba un llamado a los cazadores de la región.

—¡Atención a todos los ciudadanos de nuestra hermosa ciudad! Estamos bajo un ataque terrorista, uno muy similar al que Morgrem y yo vivimos en Nwarvus. No tengan miedo, cazadores, protejan a los civiles y luchen con todas sus fuerzas. ¡Es hora de demostrar de qué están hechos los cazadores de Hexlevus! —dictó el hombre, provocados los susodichos a salir de sus hogares a combatir y defender la zona, mientras Ricardo se preparaba para bajar, no sin antes hablar con Morgrem, quien estaba a su lado—. Nena, ya comenzó. Espero no te arrepientas de lo que has decidido. —Ricardo se retiró corriendo para salir al campo de batalla, dejado Morgrem en solitario, observado todo desde el techo de su enorme hogar.

## Cuarta Ceremonia: Gnosis

De forma rápida, el ejército de Qwinbakvus, conformado por numerosos noxakos pequeños, mad maximus y passar agilis, fue avanzando hacia el interior de la ciudad donde se encontraban Annia y Mergo, los cuales estaban ya entrando al campo de batalla, acompañados por Ricardo y muchos otros cazadores, listos para combatir.

Una vez cerca de todos, los extranjeros notaron que había unos sujetos con una extraña armadura que llevaba un orbe nox iluminado sobresaliendo de la espalda, el cual parecía emitir una especie de luz que no sólo alteraba a los noxakos cercanos, sino que también los mantenía a salvo de ser atacados por estos.

Varios de ellos utilizaron sus habilidades en contra de los cazadores de Hexlevus, mas hubo respuesta por la defensa del continente, misma que empezaba a pelear de manera efectiva en contra de la invasión, revelados cada vez más cazadores, a la par que continuaba el titánico ejército adentrándose al lugar.

—¡Chiquita! Necesitamos que derroten al Tenebrarum —gritó Ricardo a los extranjeros, cosa que los extrañó al momento de combatir codo a codo con los cazadores de Hexlevus.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver? —preguntó Mergo, lanzada su espada y eliminado un gran número de enemigos.

—¡Los orbes! Si se apagan, los noxakos dejaran de seguir las órdenes. Es obvio que esos trajes son resultado del proyecto *Maestro titiritero.* Yo protegeré la ciudad, confío en ustedes. —Lo dicho hizo que Annia se reuniera con Mergo cuando recuperó su arma, a lo que la chica tomó a su amigo de la cintura por detrás en un abrazo, brotadas sus alas y despegados ambos del suelo al aire para ir en dirección de la enorme estructura donde el tenebrarum descansaba.

Ricardo observó la escena y confió de todo corazón que lograrían su objeto, no obstante, algo inesperado sucedió. Una especie de espada fue lanzada desde el medio del ejército Qwinbakneano, misma que casi arroya a los cazadores, mas sí consiguió destrozar un ala de Annia, por lo que la obligó a aterrizar en medio de todo, disparadas balas de luz y el arma de Mergo a los alrededores para asegurar la caída.

De pronto, de entre toda la tierra levantada por los embates, se escuchó cómo el arma que lanzaron regresó hasta dicho lugar, preparados los cazadores de Nwarvus para ver de quién se trataba, revelado un sujeto alto, de tes morena, cabello corto y gran armadura negra con una titánica espada caminar hacia ambos. Su vestimenta poseía donde grandes orbes nox incrustados en los hombros.

—Annia Lawrence y Mergo. ¡Al fin nos conocemos! —resaltó el joven, tomada su arma en manos, misma que parecía estar echa de energía pura.

—¡Déjame adivinar! Eres un Basilisco, ¿cierto?

—¡Vaya, Annia! ¿Cómo lo supiste? —preguntó el caballero, sonriente.

—Te pareces mucho a tu madre. Supongo que tan desesperada está que se alió con Qwinbakvus —continuó Mergo, declaración que provocó risa en el hombre.

—Lamento decepcionarlos, pero sólo vine a traerles un juguetito que sin duda acabará con este juego del gato y el ratón que mi familia y ustedes han estado jugando. —Al momento de declarar eso, un noxako gigantesco apareció detrás del hombre, brotado de la tierra que apenas estaba disipándose.

Aquel ser era tremendamente alto, de cuerpo fornido, torcidos algunos músculos, grandes brazos y extraño dorso, sin cabeza visible. La criatura, muchísimo más grande que el hijo de Danya, se colocó a su lado y esperó las órdenes del hombre.

—Mátalos en nombre de mi madre —dicho aquello, el hombre retrocedió y les dio la espalda a los cazadores, lanzada el arma de Mergo hacia el muchacho, repelida por un espadazo del monstruo, el cual desenvainó desde su interior un gigantesco espadón hecho de carne tenebrosa que llevaba incrustados, a lo largo de la hoja, tres orbes nox, mientras que en la empuñadura había un prisma triangular expuesto.

Esto dejó paralizados a los cazadores, más cuando aquel ser agachó su cuerpo, colocó su mano libre en la tierra y reveló muchísimos colmillos incrustados de hombro a hombro, revelados ojos en su espalda y abdomen, abierta una gigantesca boca desde donde debería estar el cuello, observados ambos cazadores por la abominación que les rugió desde el sitio, lanzada a una velocidad vertiginosa hacia ambos contrincantes.

—¡Mierda! —gritó Annia, esquivado el embate por ambos, lanzada la criatura hacia Mergo, quien rápido consiguió tomar de vuelta su arma e interceptar el poderoso golpe de la titánica espada, escuchados los rugidos de la extraña criatura al ser empujado por ésta en el choque del acero de ambos—. Esto no puede estar pasando. —De inmediato, Annia invocó sus cuernos y disparó balas de luz al monstruo, absorbidas por él fácilmente, llamada su atención y aprovechado esto para Mergo invocar sus garras y así empujar al noxako con su arma lejos de él, esquivado un zarpazo de momento, caído de pie y sujetada su arma con ambas manos, adquirida una pose de combate que causó un temor tremendo en los cazadores.

De pronto, cuando parecía que las cosas no podían ir peor, se escuchó un fuerte rugido, proveniente del castillo abandonado al norte del lugar.

Un temblor se hizo presente luego, al igual que el movimiento de las estructuras del castillo, recuperando movilidad engranes que se percibían desde la distancia, hasta revelar que las estructuras, paredes, torres y metales estaban mezcladas con una robótica y siniestra criatura escamosa que pronto se liberó junto a un poderoso rugido.

—Esto debe de ser una broma —dijo Morgrem al observar todo desde su hospital, cómo el dragón extendía sus alas y tomaba vuelo en dirección a donde el conflicto estaba tomando forma, presenciado todo por los presentes, atemorizados de aquel ser de proporciones gigantescas que iba surcado los cielos en dirección al castillo de Morgrem.

—E-es gigantesco… —comentó Mergo, asustado, atacados ambos por el noxako armado, evadido el ataque de forma eficaz, contratacado de inmediato por los extranjeros, sin lograr nada.

—*¡Morgrem!* —sonó en la mente de los presentes—*. ¿Dónde estás? ¡Vamos a terminar lo que empezamos, Morgrem!* —decía una imponente voz oscura en la mente de los cazadores presentes, escuchados los rugidos del dragón a la par de ello.

—¿Qué demonios es eso? ¿Lo escuchas? —preguntó Annia al continuar disparando balas normales al enemigo, lanzado hacia ella, pero interceptado por Mergo con su arma, iniciada una pelea de espadas ahí mismo.

—¡Una voz! ¡Se escucha una voz! ¿Qué significa? —preguntaba Mergo, hasta que activó las garras azules y consiguió hacer retroceder a su enemigo.

—*¡Ahí está de nuevo! ¿Quién es? ¿Eres tú, Morgrem?* —cuestionó la voz, detenido el dragón a medio vuelo, cuyo rostro giró hacia los extranjeros—. *Son ustedes.* —Luego de esa declaración, la bestia escamada y mecánica abrió su hocico y lanzó una poderosa llamarada púrpura tan concentrada que parecía un láser.

Aquel ataque llenó el campo de batalla y eliminó a tanto noxako hubiera de por medio, excepto al armado, mismo que saltó desde antes y se colocó encima de una estructura de piedra algo cercana, a la par que Annia y Mergo se salvaron al volar lejos.

—Yo me encargo del noxako. Tú deshazte de esa cosa —propuso Mergo, observado el dragón que ya los había visto, lanzado otro aliento hacia ellos, evadido y dejado el vendado en el suelo.

—¡No mueras, maldito!

—Tú tampoco. —Una vez aclarado eso, Annia regresó a volar e invocó los cuernos dorados, con los que disparó un par de poderosas balas a un ala de la criatura, escuchadas quejas de dolor por parte de ésta.

—*¡Impresionante! ¿A cuántos han vencido ya? ¿Soy acaso el último?* —preguntó el dragón, atacada Annia por la cola de éste en pleno vuelo, esquivada la agresión y disparadas más balas de luz al ala—. *No, todavía falta uno más. Impresionante. ¡Ja, ja, ja!*

—¿Qué eres, maldita cosa? ¡Responde! —exigía la mujer, aparentemente no escuchada por el dragón que la atacó de vuelta con su aliento, lanzado en picada después de ver cómo la mujer esquivó eso, todo en favor de atinar un zarpazo, pero Annia pudo colarse entre los embates, correr por su larga pata delantera y saltar hasta cerca de su cabeza, evitado un mordisco y lanzadas más balas a la misma ala que cada vez se notaba más dañada.

—*¡Nunca vas a vencerme así, hechicera! ¡Necesitas más poder del que tienes! ¡Eres débil!* —aseguró la voz, para luego el monstruo volador atinar un poderoso coletazo a la mujer, lo que la derribó hasta el suelo.

—¡Annia! —gritó Mergo, atacado por el noxako armado, mismo que giraba su arma por encima de su cuerpo al saltar hacia el cazador, acción hecha antes de abatir con todas sus fuerzas a éste con un poderoso espadazo que el vendado pudo absorber perfectamente con su arma sujeta al usar sus garras azules.

Una vez en esa posición, resistido el ataque, el ser abrió su hocico de entre sus hombros y se torció para tratar de morder al cazador y trozarlo de un tajo. Mergo pudo saltar hacia atrás y evitar la agresión, lo que le costó un espadazo que lo mandó a volar en contra en una gran estructura de piedra abandonada, destrozada aquella y destruida sobre el cazador. El noxako rugió, y sin dudarlo, saltó con su espada hacia Mergo, quien brotó de entre los escombros y atinó un poderoso zarpazo a su enemigo, seguido de su arma, pues aquella había sido lanzada antes de ser estrellado, y ésta llegó desde la espalda del noxako para conseguir atravesarlo en ese punto.

La criatura rugió de dolor, y el cazador saltó para ir detrás del enemigo, tomar su espada y, con la fuerza de las garras, conseguir rebanar a la mirad todo el dorso trasero del monstruo. Dicho cayó a los escombros, derrotado, al igual que Mergo, pues rodó por el suelo, cansado y temeroso a ver que su oponente se levantara, lo que no pasó al momento.

—¡Bien! ¡Annia! ¿Dónde…? —Pero al momento de voltear para buscar a su amiga, su rival salió disparado de entre la nube de escombros levantada para ir en contra de Mergo, conseguido atinar un corte en el pecho del cazador al éste girar en un intento de defenderse, seguido de una patada que lo mandó a volar lejos, reposicionado en favor de hacerle frente a la criatura que se había regenerado ya por completo de la herida anteriormente hecha. —Lo que temía. ¡Maldición! —gritó Mergo al lanzarse en contra de su rival, al igual que éste rugió e hizo lo mismo.

Por su parte, el dragón disparó su aliento a donde había caído Annia, evadido aquel por el vuelo de la mujer, que aunque estaba mal herida, pudo conseguir moverse para no acabar rostizada.

—*¡Éste es el final de tu búsqueda, hechicera! ¡La muerte espera ansiosa tu esencia!* —dictaba la voz en la cabeza de todos, dirigida a la cazadora, respondida en la mente de la mujer al disparar a la misma ala dos poderosas balas.

«¡No te tengo miedo, maldita porquería de dragón!», sentenció en pensamientos, cuyo embate al ala resultó en desestabilizar al dragón, mismo que bajó para enfrentar el dolor.

—*¿Miedo? No, niña. ¡Tienes terror!* —contestó sorpresivamente la criatura, escupido fuego en dirección a la cazadora, notado por ella que el ala estaba siendo reparada por algún tipo de extraño mecanismo oculto bajo la carne y escamas del ser tenebroso.

«¿Qué eres, maldita porquería? ¿Qué son ustedes y dónde está Dandy?», preguntó la mujer al volar por encima del dragón, escuchado un extraño silencio de momento.

—*¿No sabes qué es lo que estás haciendo? ¡Vaya broma! Los humanos son patéticos, no merecen el apoyo que les fue regalado. No merecen que vuelva a ayudarlos. No merecen vivir después de lo que hicieron. Me alegro tanto estar aquí. Estoy feliz de ser yo quien pueda destrozarlos, humanos. Iré a despertar al último una vez que acabe con ustedes, y juntos, destruiremos todo* —aseguró el dragón, reparada su ala y recuperado el vuelo, dirigido a una velocidad impresionante hacia Annia, a la cual embistió con su cabeza hacia abajo, bañada en el fuego de su aliento sin la mujer poder evadirlo.

—¡Annia! ¡ANNIA! —gritó Mergo al ver la escena, atravesado su costado derecho por la espada de la criatura que enfrentaba, lanzado a la derecha de ésta para caer en la tierra y rodar en ella, derrotado—. Mal…dita sea. ¡ANNIA! —llamó desesperado el hombre, notado por el dragón que la cazadora continuaba con vida, protegida por las alas que la enrollaron, mas abatida en el suelo, lista para perecer.

—*Los humanos no deben vivir más. Este mundo será consumido por la oscuridad del tiempo y olvidado en el espacio eterno. Su planeta jamás volverá a ver la luz del día* —aseguró el dragón, listo para lanzar otro poderoso aliento a la mujer.

«¡Ni siquiera lo pienses, ridícula!», manifestó alguien desde su mente, lo que hizo al escamado voltear al castillo de Morgrem.

Los cazadores de Hexlevus, agotados y casi derrotados, miraron hacia el castillo. Mergo, a punto de perder la consciencia, vio cómo la gigantesca estructura comenzó a abrirse, movimiento que se logró gracias a los grandes engranes que sobresalían de las paredes, revelados así muchísimos cañones de tamaños colosales salir de la estructura, parado Morgrem por encima de ellos, con una mirada confiada, las piernas separadas y los brazos cruzados, recto y estoico.

—¡Esa es nuestra reina icónica! —gritó Ricardo al saber qué sucedía por el sonido generado de las armas que su amigo ocultaba dentro del hospital.

—¡Adiós, pendeja! —Morgrem chasqueó los dedos y los enormes cañones dispararon hacia el campo de batalla, lo que llenó todo de una niebla blanca brillante los alrededores, al igual que el aire, pues una de estas poderosas balas golpearon al dragón.

Al inicio no pareció hacer nada a los enemigos, por lo que ellos continuaron atacando sin temor. El noxako armado usó ambas manos, tomó su espada, la levantó y estaba listo para dar el golpe de gracia a Mergo, rodeados de la niebla blanca; sin embargo, su ataque fue detenido por la garra azul del hombre, mismo que estaba lleno de energía y se estaba curando de su herida a una velocidad impresionante.

Pronto, varias balas de luz fueron disparadas al cuello del dragón, mismo que volteó hacia abajo, notado como Annia iba volando hacia su rostro en favor de acertar un poderoso golpe a su hocico que lo desbalanceó en el aire, recuperado el control por él.

La medicina curó a todos los cazadores, mas no a los noxakos, así que los defensores de la ciudad continuaron peleando a la par que eran curados por la neblina blanca que Morgrem siguió arrojando desde el castillo, cosa que no sólo sanó heridas, sino dio energía extra a los cazadores de Hexlevus para abatir sin problema alguno al gigantesco ejército que perdía rápido ventaja.

—¡No vamos a rendirnos, Qwinbakvus! ¡Hexlevus no va caer ante tus *mamadas!* —gritó el hombre en el megáfono que provocó ser oido en toda la ciudad, animados los cazadores a seguir peleando, cosa que le dio oportunidad a Ricardo de abandonar la ciudad para ir a ayudar a los extranjeros, a la par que despedazaba a los cazadores enemigos en el camino, pues los ataques normales eran curados por la niebla de Morgrem.

—*No tiene caso. Yo no soy como los demás horrores que enfrentaste, niña* —explicó el dragón, cuyos movimientos extremadamente rápidos consiguieron atinar algunos golpes a Annia, curados por la neblina blanca de Morgrem, acertadas múltiples balas doradas en todo el cuerpo del escamado, debilitado por ello.

En caso de Mergo, su batalla en contra del noxako con espada llegó al punto que aquel pudo cercenarse una pierna, puesta de vuelta por el hombre de inmediato, lo que la curó gracias a la niebla. Sin dudarlo, el vendado se lanzó en contra del monstruo luego de arrojar su espada. Usó sus garras para tratar de abatirlo, a la par que el arma voladora estuvo a punto de golpearlo, mas parecía todo inútil, pues el ser repelió los zarpazos con su propia arma y evitó el ataque volador con su salto, cosa que le hizo caer cerca de donde estaba Mergo para tratar de rebanarlo, cosa que falló al evitarlo el cazador.

Sin descanso, la criatura se abalanzó sobre Mergo, destrozada en mil pedazos por una piedra que fue disparada desde detrás de ella, caída la espada al suelo e incrustándose en él, asustado Mergo por lo presenciado y aparecido Ricardo en la escena.

—¿Estás bien, reina? —preguntó el terror, ofrecida una mano y tomada por Mergo al momento.

—Sí, Morgrem me salvó.

—¿Qué era esa cosa?

—Un regalo de los Basilisco. ¡Olvídalo! ¡Hay que ayudar a Annia! —exclamó el vendado, apresurado.

Justo cuando ambos se echaron a correr en dirección al dragón, escucharon un sonido raro, por lo que se detuvieron y voltearon hacia los restos del noxako antes destrozado, sorprendidos de ver lo que sucedía.

Alrededor de la empuñadura de la espalda, de forma muy rápida, los fragmentos de la criatura se comenzaron a juntar para ir formando los brazos, dorso y piernas del enemigo, regenerado por completo de manera casi inmediata.

—Esto debe de ser una broma —mencionó Mergo al ver cómo la criatura se lanzó hacia ambos con un alto, posicionado Mergo con ambas garras para atacar, Ricardo continuando parado sin siquiera inmutarse, y generada una sonrisa en su rostro al momento.

—Mala elección, reina —comentó el terror, aparecida la misma piedra que atropelló al noxako antes, la cual golpeó con fuerza en el aire al monstruo, mas esta vez interpuso su arma para no ser destruido por ésta.

El oponente cayó de pie frente a ambos, para luego ser golpeado múltiples veces por la misma piedra, al mismo tiempo que Ricardo caminaba en su dirección, tranquilamente, hasta que el enemigo consiguió partir la piedra con su espada, emitido un rugido de furia luego de eso.

—Ricardo…

—¡Yo me encargo de él! ¡Ayuda a mi chiquita! —ordenó el terror, cosa que cumplió de inmediato el cazador vendado.

Por su parte, Annia continuaba dañando al dragón. Aquel estaba ya desesperado por no poder dañar a la mujer ni una sola vez, más porque cada vez que usaba sus alas para dispersar la niebla blanca, Morgrem lanzaba otra bala a su cuerpo que esparcía más de la medicina, hasta que se hartó el escamado de ello.

—*Se acabó, Morgrem.* —Al decir esto, el tenebrarum ignoró los ataques de Annia y se dirigió al hospital, interceptado por el arma de Mergo que consiguió golpearlo en la garganta, abierta una herida con ello.

Molesto, el dragón pensó en lanzarle su aliento, mas Annia golpeó su hocico con una embestida y disparó sus balas dentro de éste, lo que le causó mucho daño al monstruo.

Frustrado, el enemigo usó toda su fuerza para dispararse en contra del castillo de donde las balas estaban siendo disparadas, algo que los cazadores no pudieron detener, pues no creían que un ser tan grande pudiera hacer tal hazaña.

El dragón, molesto, chocó en contra de la estructura, destruyó las armas de este con sus garras y cola y tumbó el techo con un cabezazo, lugar donde Morgrem estaba parado.

—¡Morgrem! —gritó Annia al volar a toda velocidad hacia el dragón, mismo que abrió su hocico y disparó su aliento con todo su poder al lugar donde el hombre había caído, asegurada así su aniquilación—. ¡No! —emitió la mujer, manifestados los cuernos con más poder, adelantada por enfrente del escamado.

La criatura se impresionó de verla, mas no le importó, pues planeaba darle un zarpazo, cosa que no sucedió gracias a dos poderosas balas que Annia lanzó desde sus pistolas, las cuales empujaron lejos del castillo de Morgrem al ser tenebroso.

Una vez abajo, la criatura hizo tantos destrozos como pudo, caídas torres, hogares y de más edificios de la ciudad, hasta que Mergo consiguió tomarlo de la cola con las garras azules y, con una fuerza generada al momento, logró lanzar fuera de la metrópoli a la criatura, caída de espaldas en el terreno baldío después del muro destrozado por los invasores que estaban ya retirándose.

Annia, enfurecida, voló por encima del dragón, preparadas sus balas de luz para ser disparadas. Y justo al estar cerca de la criatura, aquella sorpresivamente levantó su cabeza y atinó un poderoso aliento que quemó y lanzó hasta el castillo a la pelirosa, todavía consiente, pero abatida por completo, desparecidos los cuernos y alas al instante.

—No… maldito… —balbuceaba la mujer entre los escombros, llena de quemaduras, heridas y tierra.

—*Es inútil. No pueden ganar. No importa qué tanto lo intenten. La humanidad está destinada a perecer. ¡Éste es el inicio de su final!* —aseguró el escamado, tomado el vuelo de nuevo. Mergo trató de detenerlo, pero fue golpeado por la cola del monstruo, rechazada luego su arma por una de las garras de la bestia—. *Es tiempo de perecer* —explicó el tenebrarum, voló hacia la ciudad y rugió, listo para atacar a los ciudadanos y asesinar a todos.

En ese momento, cuando la esperanza parecía haberse acabado, apareció Ricardo haciéndole frente. La gente se impresionó de verle un poco herido, pero sonriente y confiado, como siempre.

—¿Ricardo? —expresó Mergo, mientras notaba que el hombre estaba parado en dirección a la enorme criatura que iba hacia ellos.

El terror, sin más, comenzó a correr para acercarse a su enemigo. Luego saltó sobre los escombros, teletransportó algunos frente a él y, de una manera impresionante, empezó a subir, arrojados pedazos de piedra o concreto lo suficientemente grandes para que él pudiera montarlos, dirigidos hacia el dragón.

Uno tras otro, Ricardo consiguió llegar hasta quedar a la altura de la bestia, misma que disparó su aliento hacia él, evadido por el cazador, al igual que un mordisco del escamado, superada a la bestia por encima de ésta hasta aterrizar sobre el enemigo.

Ya hecho eso, el hombre continuó corriendo sobre la espalda del titánico dragón, saltó la llegar en medio de las alas y nuevamente se impulsó con trozos de concreto, hasta que superó por completo al enemigo y cayó seguro en tierra firme al amortiguar su caída con una piedra que usó como patineta.

—*Si crees que voltearé para seguirt…* —Antes de terminar de hablar la criatura, Ricardo sonrió y de la nada una torre del reloj de tamaño colosal cayó encima del dragón, lo que le hizo estrellarse aparatosamente contra el suelo, destrozado por el increíble peso de la estructura. —*¡Maldito!* —exclamó el dragón, lo que provocó que la misma torre le cayera encima una y otra vez, hasta que se destruyó por completo, debilitado el escamado ahí en el suelo.

—Se acabo, ridícula. Ganamos —aseguró el terrible, al mismo tiempo que el tenebrarum trataba de ponerse de pie.

—*No, esto no termina aquí, Ricardo. Ustedes no tienen idea de lo que viene. Pronto, el mundo se verá sumido en el verdadero terror.* —Al terminar de decir eso, Mergo tomó su espada y, con las garras azules, consiguió clavarla en la cabeza del dragón, atravesada por completo. —*Espero estén listos. ¡Je, je, je!*

El enorme cuerpo del dragón se volvió una poderosa energía púrpura que pronto se reunió y disparó hacia el cielo, liberado aquel de la oscuridad que lo envolvía y revelada la poderosa luz que pulverizó a los pocos noxakos que quedaban cerca, admirado el verdadero firmamento y su luminosidad por todos aquellos que habían sobrevivido al enfrentamiento, llenos de esperanza y paz al ver aquella escena.

Desgraciadamente, aquello duró apenas unos momentos. De inmediato, los orbes nox simplemente se apagaron, seguido de un pequeño temblor que apenas duró dos segundos, algo que sucedió en todo el mundo.

La energía de los orbes se había ido, así como el pánico en todos lados comenzó de inmediato, incluido Hexlevus, en donde los cazadores y habitantes temían a que esto se debiera por el ataque de Qwinbakvus, aterrados del poder que podían poseer.

A su vez, la energía del tenebrarum abatido entró en el cuerpo de Mergo, lo que le dio dos patas hechas de luz púrpura sobre sus piernas, con grandes garras que le hicieron sentir extremadamente ligero.

—¡Annia! —dijo para sí mismo el cazador y, con una fuerza bestial, el hombre consiguió saltar desde las afueras de la metrópolis para llegar hasta donde se hallaba la mujer—. ¡Annia! ¿Estás bien? ¡Annia! Dime algo, por favor —pedía el vendado, respondido por una sonrisa de la pelirosa.

—Estoy viva, tonto —contestó la mujer con una débil mueca, todavía agotada—. Lo conseguiste, maldito.

—En realidad fue Ricardo. Lo que hizo fue impresionante —aclaró Mergo, tomada su amiga en sus brazos y bajados de los escombros del castillo en búsqueda de Ricardo, el cual parecía no estar yendo hacia ellos, lo que les preocupó.

—¡Chiquita! —habló una voz familiar, observado por los cazadores un Morgrem lastimado, pero vivo, asistido por Jair. Éste último parecía estar sólo sucio.

—¡Morgrem! ¡Estás bien!

—Dentro de lo que cabe, reina. Pero sí, estoy a salvo. Estaba listo para un ataque así, aunque subestimé a ese bastardo —confesó el hombre, puesta su mano sobre Annia, la cual fue completamente curada, sin rastro de nada.

—Gracias, de verdad. A ti también, Jair. No estaríamos aquí de no ser por ustedes.

—No, chiquita. Gracias a ti por todo —comentó orgulloso Morgrem, observado el cielo por él—. Nunca creí que vería algo tan hermoso como este cielo. Es todo por ti —lo dicho puso muy feliz a la chica, generadas lágrimas de sus ojos—. ¿Y la Ricardo?

A la par de todo eso, Ricardo parecía estar sufriendo algo en su cabeza, por lo que se retiró el antifaz que usaba desesperado y gritó de dolor, cuyas cicatrices sobre sus ojos comenzaron a brillar de la nada, para luego irse curando lentamente.

—¡Ricardo! ¿Estás bien? ¿Te dañó? —preguntó Morgrem al correr hacia él y sujetarlo, escuchada una risa por parte del hombre.

—Puta *murgrem.* ¡Puedo ver! —exclamó emocionado el terror, derramadas lágrimas y con su mirada puesta sobre su mejor amigo—. A la madre, estás bien culera, mamona. Te jodieron los años. —La respuesta hizo reír a Morgrem, quien estaba llorando de felicidad, abrazados ambos al momento.

—Todo acabó, reina. Por fin se terminó —concluyó Morgrem, alegre.

—Te equivocas, reina. Esto apenas está comenzando —aclaró Ricardo y le señaló a su amigo todos los orbes nox en el campo de batalla, mismos que estaban apagados, sin un ápice de energía.

—Esto es malo. Es muy malo —dijo el hombre al tomar uno de los orbes y ver que estaban completamente vacíos.

—¿Ahora qué haremos? —preguntó Jair a los cazadores que parecían estar sin esperanzas.

—Terminar lo que empezamos —respondió Mergo, estoico.

—Es verdad. Es hora de ir a Qwinbakvus y darle un cierre a esta locura. —La declaración de Annia provocó emoción en Mergo, Ricardo y al final en Jair, para luego todos ver el rostro apagado y preocupado de Morgrem, con su mirada baja, mismo que levantó y llenó de confianza junto a una enorme sonrisa.

—¡Esas perdedoras van a conocer el verdadero terror! —declaró el científico, listos para iniciar la invasión hacia el ultimo continente.

## Trigésima Cuarta Ofrenda: Alianza Bélica

Luego de la invasión, la ciudad donde Morgrem vivía continuaba en reparación, unidos los ciudadanos de la misma para ayudar en alguna labor de reconstrucción, curación u orientación para los demás.

Los arquitectos y obreros estaban dando lo mejor de sí en la reparación del muro, acuñada mano de obra de cada uno de ellos en favor de facilitar el proceso, resguardados por la luz del día y por varios cazadores que también estaban ayudando en las labores de albañilería y construcción, sin bajar la guardia para evitar que los noxakos los tomaran por sorpresa.

Por otra parte, un equipo especializado había recogido las armaduras de los cazadores que envió Qwinbakvus, mismas que estaban siendo examinadas y desmanteladas en el área sur del castillo, donde hubo una cantidad pequeña de daños, pues el lugar donde el tenebrarum llegó a destruir es, en su mayoría, la zona norte de la edificación, sitio en donde Morgrem se encontraba con algunos arquitectos.

—También necesito que recuperen las piezas que había aquí. Por más dañadas que estén, los tamaños de las que vamos a fabricar están impresas en ellas. Por favor, que no me tiren nada de esta área en cuanto a mecanismos —explicó Morgrem al pasar con cuidado entre los escombros, seguido por los arquitectos y sus trabajadores.

—Las torres será lo más complicado de levantar, señor Morgrem. Deberemos reconfigurar toda la zona en favor de estructurarlo de manera que no dañe los cimientos de lo que quedó en pie —comentaba uno de los hombres, cosa que hizo suspirar al cazador.

—Está bien. Por suerte las torres del sur no fueron dañadas. Hasta eso, tiene suerte la maldita —mencionó al ver la torre más alta entre las que quedaron de pie, aparecido Ricardo al momento.

—Reina, ¿ya acabaste de planificar la reconstrucción? Me gustaría que saliéramos con Annia a cenar a algún lado. Date tiempo antes de que caiga el crepúsculo y no tengamos luz —atinó a decir Ricardo, algo que molestó a su amigo, pero acordó en hacer de inmediato.

—Los veré mañana. Será mejor que se vayan regresando a sus casas antes de que algo malo suceda —propuso el científico a los arquitectos, lo que tomaron muy bien para luego retirarse—. Esto de no tener energía de los orbes es horrible. ¿Cuándo crees que regrese? —preguntó decepcionado y casi cayendo al tropezar con un escombro, salvado por Ricardo.

—¡Cuidado! —Exclamó al sostener y ayudar a Morgrem a salir del lugar—. Annia y Mergo mencionan que no saben cuánto tarde. No hay movimiento en ningún continente. Aparentemente nadie tiene energía, ni siquiera Qwinbakvus, que es el continente restante por acabar —explicó el terrible, para luego sonreír su amigo.

—Esta vida es patética. Espero que Annia y Mergo dejen las cosas así y decidan irse a terminar de vivir sus vidas a Nwarvus o incluso aquí.

—Sabes que eso no va a pasar.

—Sí, lo sé —sentenció el hombre al andar por el castillo al lado de Ricardo, observado el cielo por este último a través de las ventanas, alegre.

—Jamás creí que volvería a ver, y mucho menos un cielo tan bello como éste. Siempre recordaba esa lúgubre atmosfera de nuestro país, y a hora se ve tan hermoso.

—Ni te creas, nena. La niebla siempre fue algo normal aquí. No creo que dure tanto el cielo así de despejado.

—Morgrem, ya tenemos dos días con poca niebla.

—Y sin energía nox. —Se quejó, fastidiado. —Me siento un inútil de muchas maneras, excepto cuando ayudo a curar a los pocos pacientes que nos quedan. Aun así, esto es lo que nos esperan cuando triunfen, ¿cierto? Una era llena de oscuridad —predispuso Morgrem, algo que molestó un poco a Ricardo.

—No soportas, puta *mugrem.* Encontrarás otra forma de generar energía. Yo sé que sí —aseguró con una sonrisa Ricardo, acompañado por su amigo hasta un restaurante cercano, lugar en donde Annia y Mergo los esperaban para platicar, cenar y conocerse mejor sin ninguna presión.

—Entonces, ¿cómo venciste al noxako de la espada? —preguntó Mergo al terrible, quien sonrió de inmediato al escuchar eso.

—¡Ay, chiquita! Es que una ya es bien *pro* con los enemigos como ese. No fue de otra más que darle macanazos hasta que se cayera —presumió el hombre, lo que hizo reír a Morgrem.

—¡Ya vas a empezar con tus mamadas, Ricardo! Di bien qué pasó. No saben si se van a topar más de esos en Qwinbakvus —exclamó Morgrem entre carcajadas, jocoso el ambiente al todos escuchar sus palabras.

—Seguramente los habrá —declaró Annia, ya más en seria—. Qwinbakvus va a ser un festival de noxakos y cazadores listos para matarnos. No tengo idea de cómo es que vamos a llegar hasta allá sin que nos exploten a medio camino. Las fronteras están barricadas y cubiertas por altísimos muros. Escalar no parece una buena opción, además —concluyó la chica, a lo que continuó Ricardo.

—Los orbes de la espada eran su punto débil. Los destruí todos al mismo tiempo. Al final, sólo quedó el prisma, y cuando parecía que iba a regenerarse por completo, lo destrocé, a lo que la esencia de todo me entregó un objeto que ya tiene Morgrem en su poder.

—Sí, un cubo de cristal de interior negro, sin energía gracias a sus acciones —acusó el hombre, apenados los extranjeros al escuchar eso.

—¡No le hagan caso! Está insoportable desde el día que se fue la energía —declaró el terrible e hizo reír un poco a los cazadores, recibidas muecas de desprecio por parte de su mejor amigo.

—De verdad sentimos los inconvenientes, Morgrem. Pero vale más la vida de cientos de miles de personas, a mi parecer —aseguró Annia, respondida por el científico.

—Chica, si destruyen los orbes, cientos de miles de personas se verán afectadas por la falta de energía. Suponiendo que logran acabar para siempre con los noxakos gracias a Dandy. ¿Crees que las cosas mejorarán? Habrá guerras, golpes de estado, revoluciones y derrumbes económicos en todos lados.

—Sí, chica. Los cazadores sufrirán un montón. Lo sabemos —resaltó Ricardo, cruzado de brazos—. No obstante, a la larga las personas que estaban en pobreza extrema regresarán a estar en clase baja o media. No estaremos en esta estructura piramidal donde la cúspide es ridículamente pequeña y la base es en extremo larga, porque sí hay muchos cazadores, somos el veintidós por ciento de la población mundial, pero muchos mueren, no tienen éxito o están encarcelados por crímenes de odio. La falta de los orbes depara un mejor futuro a la larga, aunque te duela admitirlo. —Todo eso hizo evidente el enojo del científico, quien suspiró y respondió.

—Para qué me hago pendeja. Es cierto, a la larga es lo mejor. Mi problema es que el conflicto de en medio será pesado, además que no podré hacer nada en muchísimos años hasta nuevo aviso —admitió ya sin respingar, secundado por el terrible.

—Reina, tú eres bien icónica. Sé que hallarás la manera de trabajar con otro tipo de energía en un parpadeo. Serás una revolución de la tecnología en todo nuestro mundo. —Lo dicho alegró mucho a Morgrem, a la par que los más jóvenes lo animaban a ello.

Al salir del restaurante y llegar al castillo, a pocos minutos de terminar el crepúsculo, Morgrem se acercó a los extranjeros para darles las buenas noches y disculparse, algo que ambos supieron perdonarle, hasta que, de la nada, la energía en los orbes regresó de golpe, lo que iluminó la ciudad entera y restauró muchos de los aparatos del hospital.

Todo eso hizo saltar a Morgrem de la alegría, para luego correr a su laboratorio y continuar trabajando, escuchada la radio por Ricardo y observado un televisor por Annia y Mergo en sus respectivas habitaciones, pues esperaban noticias de otras partes del mundo.

El terrible fue el primero en captar una señal, por lo que fueron llamados los extranjeros de inmediato a su habitación, oído lo que estaban diciendo algunos noticieros locales y nacionales a través de la comunicación.

—*Luego de cuarenta y ocho horas sin energía de los orbes nox, finalmente ésta acaba de regresar en todo Hexlevus. No tenemos noticias sobre los demás continentes en este momento, pero se espera que pronto los orbes vuelvan a encenderse sin problema alguno. Por otro lado, el temblor que se sintió justo luego de que la energía se fuera, se dice se sintió un poco más fuerte en las zonas próximas al océano Jubiloso. Los reportes dicen que parecía como si procediera de aquella zona, aunque nada se ha verificado hasta el momento* —explicaba el reportero, algo que extrañó a los cazadores.

—¿El océano Jubiloso? Creí que el temblor lo habíamos generado nosotros. ¿Será que Dandy está atrapado en el fondo? —preguntaba Annia, respondida por Ricardo, pues Mergo se notaba serio y preocupado por ello.

—*¡Acabamos de recibir respuesta de Arnbvus! La energía ya regresó hace apenas unos diez minutos al continente. ¡Ya recibimos respuesta de Vonrvus! Están apenas encendidos los orbes por allá. Es claro que no hay respuesta de Qwinbakvus gracias a los problemas de relación que hay entre nuestros continentes, más porque hubo una invasión justo antes del apagón y se le ha declarado guerra a nuestro hogar. La situación tiene a los lideres de Hexlevus discutiendo sobre la respuesta que se dará desde que la ciudad atacada salió victoriosa.* —Aquella declaración hizo a todos verse los unos a los otros, preocupados. —*En caso de Nwarvus, nos tememos que no tienen energía todavía. Se sabe que todo empezó allá y que, claramente, siempre son los más afectados tras cada apagón. También se rumorea que pronto la energía no volverá y los orbes perderán absolutamente su valor. Todos tememos al futuro que aguarda esto.* —Las noticias, luego de eso, fueron principalmente sobre cosas que habían ocurrido gracias a la falta de energía, nada inusual.

Por el momento, los cazadores decidieron abandonar la habitación de Ricardo, quien decidió apagar la radio para ya descansar. Algo que no se esperaban los extranjeros es que, al regresar a su habitación y ver la televisión encendida, presenciaran en ella un reportaje en donde se encontraba Danya hablando, misma que se le veía bastante molesta.

—*Sé que voy a sonar a que estoy exagerando, pero esto ya se ha salido de las manos de todos los que buscamos paz en nuestro mundo. Nwarvus sigue sin energía, y sabrá el Creador cuándo va a volver. Tal vez nunca. Me duele ver a mi país sumergido en la oscuridad, atemorizado de los noxakos gracias a un par de cazadores egoístas que buscan tener un cielo lindo sin las consecuencias de esto* —explicaba la mujer, llamado Ricardo por Annia para que viera la entrevista.

—*Señora Basilisco. ¿Quiénes son los causantes de esto?* —preguntó un reportero, agachada la vista de la mujer, la cual respiró hondo, regresó sus ojos a los reporteros y, por último, a las cámaras, a donde miró con desprecio.

—*Una es cazadora de mi natal Nwarvus. Annia Lawrence, hija adoptiva de Kaito Zhou y su heredera. No sabemos dónde demonios se encuentra el asesino de cazadores, pero es evidente que su hija has estado encargándose de provocarlo para que salga del agujero donde está y se rencuentren. El otro es cómplice de la mujer. Se llama Mergo y no se sabe mucho de él más que tiene una espada de doble hoja y que está vendado de la cara. Ellos se encuentran en Hexlevus y son la razón por la cual el mundo está a punto de entrar en una era de oscuridad.* —Después de eso hubo múltiples preguntas lanzadas al azar, cortada la transmisión para pasar a otra pantalla donde se mostraban fotos de Annia en su perfil oficial de cazador, al igual que de Mergo, mas las fotos de éste eran tomadas de imágenes producidas por camaradas de seguridad de algunos sitios en Nwarvus.

—¡Maldita Danya! No se cansa de jodernos. Se alió con Qwinbakvus para matarnos, y como quiera, la desgraciada tiene el descaro de dar esas declaraciones en público desde Vonrvus. ¿No le pesa en la consciencia engañar al continente enemigo de su aliado para hacer sus estupideces? —Se quejó Annia, sorprendido Ricardo al escucharla decir eso y verla bastante molesta.

—¡Qué raro! Yo creí que la admirabas.

—«Admiraba». Ya no más desde el ataque en la capital de Nwarvus —explicó la mujer, dado un suspiro al final por ésta—. ¿Crees que venga una ola de psicópatas a querer matarnos luego de esa declaración? —preguntó un poco más tranquila, a lo que Ricardo pensó un poco.

—Al menos aquí en la ciudad dudo que alguien te odie tanto. Todos te vieron pelear valientemente en la invasión, así que quiero creer que no habrá problemas por ahora. Sólo quejas de la puta *murgrem* —explicó el hombre, para luego escucharse cómo alguien iba corriendo a toda velocidad hacia la habitación, alertados Mergo y Annia—. Descuiden, es mi chiquita Hope. —En eso, el médico mencionado entró cansado, pues había usado toda su energía para encontrar a uno de los presentes lo más pronto posible.

—¿Todo bien, Hope? —preguntó Mergo, a lo que respondió el médico un tanto alterado.

—Sí, pero es un mensaje de Vonrvus para ustedes, Annia y Mergo. —La noticia mortificó a los cazadores, pues creían que se trataba de alguna amenaza o algo similar. —Malak anuncia que viene para acá y espera ser recibida en el aeropuerto mañana, sin falta, a las cinco de la mañana. —La noticia alivió a todos, dejados por Ricardo al momento.

—Sí, mañana estaremos ahí —contestó Mergo, tranquilo—. Por favor, Yair. ¿Podrías despertarnos si eres tan amable? Media hora antes, si no es mucha molestia. —El médico asintió ante esto con una gran sonrisa dibujada en su rostro.

—¿Cinco de la madrugada? ¡Esa mujer está loca! —exclamó Annia, lanzada a su cama boca arriba, dejada también por Hope luego de desearles buenas noches a ambos.

La noche pasó tranquila. Ahora que los orbes estaban en función, todo Hexlevus consiguió tener una noche bastante amena, al igual que se turnaron los arquitectos y albañiles, así como cazadores, en la reconstrucción del muro exterior, puesto era prioridad, por lo que parte de la metrópolis seguía en pie durante las horas nocturnas.

El horario nocturno dio su paso hasta media hora antes de las cinco, despertados por las enfermeras Annia y Mergo, las cuales fueron avisadas por Hope sobre lo acordado con el vendado.

Sin muchos problemas, los cazadores de Nwarvus consiguieron levantarse, hacer poco de su rutina matutina y dirigirse hasta el aeropuerto caminando, pues Annia decidió no volar a un lugar que les quedaba diez minutos a pie, aunque llegarían algo tarde de lo acordado.

Una vez en el aeropuerto, preguntaron por Malak, y les respondieron que todavía no llegaba, lo que se les hizo un tanto raro, pues la mujer conocía bien sus tiempos. Por fortuna, en ese instante, les llegó información de la torre de control, avisados que acababa de reportar Malak que estaba a punto de aterrizar.

Cerca de la pista, ambos extranjeros observaron el aeroplano descender desde el cielo hasta estacionarse a medio camino del sitio, acercados empleados y más personal para recibir a Malak y registrar que no haya problemas con ella y lo que lleve en su vehículo, algo que no mortificó a los cazadores, para luego ir al lugar y darle la bienvenida a su amiga de vuelta.

—¡Buenos días, madrugadora! Menos mal que estás bien y regresaste —dijo Annia muy feliz, abrazada la mujer, seguida de Mergo. Dicho hizo lo mismo, pero el tiempo de la muestra de afecto fue un poco más largo y cariñoso, separados él y Malak al darse cuenta de ello, apenados.

—¡Qué bueno que volviste! Me gusta verte bien. ¡Me alegre! Quiero decir…—mencionó sonrojado el hombre, apenada la aviadora.

—Lo mismo digo. Estoy dichosa de verlos sanos y salvos, a pesar de todo lo que sucedió. Debí estar aquí para apoyarlos —declaró la mujer, extrañados los cazadores.

—¡No! Menos mal que te fuiste. Te pudo suceder algo —explicó Annia, algo que hizo muy feliz a la mujer, agradecida—. Ahora, ¿por qué tan temprano? ¿Te seguían allá o qué? —Esa pregunta no fue respondida por Malak, sino por una voz femenina que vino desde el interior del aeroplano.

—Eso se debe a mí. —Luego de decir eso y llamar la atención de los cazadores, ambos vieron cómo una mujer comenzó a bajar del avión. Aquella vestía botas negras a la rodilla, pantalón ajustado, una chaqueta al cuerpo de manga larga con bellos bordados en las orillas de éstas y adornada con una gran bufanda que caía por detrás y delante de la mujer.

La misteriosa acompañante de Malak poseía una piel exquisita de color negro, una figura acuerpada y un cabello trenzado oscuro que estaba envuelto sobre su cabeza y tendido hacia detrás de ella como una majestuosa cascada que llegaba a mitad de su espalda.

La mujer vio sonriente a los cazadores, con ambas manos tras su cuerpo y mostrados sus ojos verde oliva que parecían estar clavados en los extranjeros.

## Trigésima Quinta Ofrenda: Planificación

Dentro de la cafetería que queda cerca del aeropuerto, Malak, Mergo y Annia escuchaban a la mujer que trajo la piloto contarles una historia. Aquella extraña se hallaba de pie, no sólo explicando los sucesos, sino actuándolos y dando voces a los personajes que mencionaba.

—Entonces, luego de toda esa mierda que el secretario de defensa de Qwinbakvus dijo, propuso una rendición pacifica para los países del norte de nuestro continente. Fue ahí cuando el general al mando, Keibi, dio un paso al frente, y con una actitud fuerte y demandante, grito: «*Oh, hell to the no, man!* Nuestro continente no va a ceder territorio sólo por tu lindo ejército. Si quieres conquistar nuestras tierras, *come and fight against me for them, if you dare!* —explicó la mujer, emocionada.

—¿Una pelea uno contra uno? ¿Lo hizo? —preguntó Mergo, emocionado.

—¡Claro que no! El ejército de Qwinbakvus era enorme. No podía darse el lujo de perder así —contestó Malak, metida también en la historia.

—Pero había honor de por medio. Rayshea nos acaba de decir que el respeto era lo que movía a estas personas. Quedaría como un cobarde si no aceptaba —secundó Annia, a lo que todos voltearon a la que estaba relatando las cosas.

—Así es, todos están en lo correcto. No pelearon, pero no por mano del secretario, sino por el que era, en ese entonces, el consejero del mismo. Al notar que iba a aceptar el desafío, lo detuvo en seco y le dijo que había formas más certeras de hacer su voluntad. A la semana, sin previo aviso y rompiendo todos los acuerdos de paz, Qwinbakvus atacó la bahía de Larvon. La guerra dio inicio desde entonces, y no se ha detenido un sólo día. Es verdad, hemos perdido territorio. El continente «oscuro» gana más y más poder conforme pasan los años y nos han demostrado que pronto dominarán todo el norte de Vonrvus, y de ahí, posiblemente, el mundo —ultimó Rayshea, cuyo rostro de molestia e incertidumbre dejó pensando a los demás.

—Esto es estúpido. ¡No necesitamos más razones para atacar más que la de vencer a «Y»! Perdonen, Malak, Rayshea, pero no quiero se parte de esta guerra —anunció Annia, recargada ahora en su asiento, con la mirada baja.

—Annia…

—Lo siento, Mergo. Pero Kaito tenía razón. Los cazadores ya de por si somos un blanco fácil para tragedias, ser partícipe de un conflicto bélico me suena a que nos volveremos algo todavía peor. No puedo luchar a favor de Vonrvus por empatía. No me parece lo justo.

—Qwinbakvus atacó Hexlevus hace unos días sin importarle nada. ¿No es eso suficiente para ti? —preguntó Rayshea, palabras que provocaron a Annia levantarse y retirarse.

—Me suena a que Danya pidió ayuda y fue respondida por ellos. La entrevista lo deja claro.

—¿Y si Qwinbakvus ya ha atacado otras partes antes sin que te dieras cuenta? —Eso hizo que Annia se detuviese antes de salir. Ella giró su cabeza para ver a Rayshea y esperar a que dijera más. —Mataron a miles de personas inocentes en la isla *Yubime.* La desaparecieron por completo de los mapas. Atacaron múltiples veces campamentos neutros en Arnbvus, lo que dejó cabañas fantasmas, destruidas por sus ambiciones de conseguir orbes nox extraños. Enviaron ataques terroristas azarosos a varias partes de Nwarvus, bajo el nombre de un grupo que sinceramente nunca existió. —Eso último dejó a la mujer sin palabras, mientras que Rayshea tenía una mirada estoica, segura de sus afirmaciones.

—¿El ataque a la ciudad de Galvan?

—Completamente orquestado por ellos —declaró la mujer, acercada a ella Annia molesta, hasta quedar de frente.

—¡No soy estúpida! Pudiste investigar mi pasado y saber…

—¿Qué tú fuiste una de las víctimas de aquel atentado? ¿Qué mataron a tus dos hermanos mayores, a tu madre y padre? ¿Qué jamás encontraron siquiera el cadáver de este último, por lo que su tumba sigue vacía hasta la fecha? *Girl, I know all the shit you went through.* Es por eso que vine a verte a ti, en específico. Por que tienes motivos para apoyarnos, porque está en tu camino y porque Qwibakvus *can eat shit the day we’ll arrive at their big ass walls, carrying all the wackos and trickos we know to pull the shit out of them. Damn! This is your chance to get revenge, girl.* No me digas que no lo deseas con todas tus fuerzas. Tener redención y respuestas de todo lo que pasaste. —Las palabras de Rayshea hicieron pensar a Annia unos momentos antes de hablar de nuevo.

—¿Sabes porque fueron esos atentados?

—No exactamente. Nos parece que estaban probando su control sobre los noxakos, pero entendemos que algo buscaban, porque de repente se retiraron sin decir más. Creíamos que se debía a que los cazadores los repelieron con tal sencillez, que decidieron retroceder, mas nunca hacen algo así. Fuimos tontos al creerlo. Qwinbakvus no cambia. —La respuesta dejó molesta a la pelirosa, apretados sus puños y ceño al momento gracias a la ira.

—Annia, nunca hemos recibido una ayuda tal para enfrentarnos a nuestra misión. Tú misma dijiste que la entrada a Qwinbakvus era suicidio. Tal vez no tenga que ser así. Podemos entrar fácilmente e ir directo hacia nuestro objetivo para acabar con esto —propuso Mergo.

—Qwinbakvus es el continente más fuerte gracias a su avance en la energía nox. Si la eliminan por completo, volverán a ser los debiluchos de antes. Ganaremos la guerra y crearemos verdadera paz. Tienen mi palabra de honor —resaltó Rayshea, observada con desconfianza por Annia.

—¿Ustedes no extrañarán la energía nox?

—No, vivimos bien sin ella antes. Perderla nos volverá más fuertes. Todos en Vonrvus los apoyan, incluso sus dos terribles. Khun Aerya y yo. —Eso dejó a los nativos de Nwarvus sin palabras, intercambiadas miradas por ambos. —¿Y bien? ¿Lo haremos? —Extendió su mano Rayshea para sellar el trato con Annia, recibida por la pelirosa luego de ver ella que Mergo lo aprobó.

—¡Perfecto! Hay que irnos a Vonrvus entonces para iniciar los preparativos de todo. Nos reuniremos con el consejo de guerra del norte y de ahí lanzaremos el ataque que nos dejará entrar —explicó Malak al ponerse de pie y seguir a Rayshea, dejados los extranjeros solos en el café.

—Sigo creyendo que es una mala idea —mencionó Annia al sentarse de vuelta enfrente de su amigo, mismo que comía un *muffin* de vainilla y tomaba café caliente.

—Entiendo que parezca que estamos apoyando la guerra. Yo tampoco creo que sea lo correcto, pero es nuestra prioridad destruir al *tenebrarum* restante —aclaró serio el hombre.

—¡Ja! ¿Tenebrarum? ¿Ya te gustaron los términos de Morgrem y Ricardo?

—Está bien. Hay que derrotar a «Y» —corrigió Mergo con una sonrisa en el rostro.

—Temo por la vida de nuestros aliados en todo el mundo. Chūnfēng, Hung, Aerya, Novan, Ricardo y Morgrem. Danya es capaz de todo con tal de conseguir lo que quiere, y si se ha aliado con Qwinbakvus, entonces las cosas van a empeorar más de lo que podíamos esperar si atacamos a esos sujetos y les declaramos la guerra —explicó la pelirosa.

—Annia, ellos ya nos aclararon que vienen contra nosotros. No tengas esperanzas de haber mal interpretado el mensaje —dijo Mergo un tanto desanimado, a lo que su amiga, resignada, le dio la razón.

Pasó la madrugada rápido, y tan pronto el sol empezó a bajar hacia el horizonte, las mujeres del norte de Vonrvus fueron convocadas al hospital de Morgrem. Ahí, se encontraron no sólo con Annia y Mergo, sino también con el dueño del lugar, el terrible de Hexlevus y otros políticos importantes del continente que fueron llamados por el anfitrión.

Ya todos presentados, Rayshea se puso de pie y, de forma seria, empezó a hablar.

—De primera instancia, quiero expresar que me alegra que su terrible haya recuperado la vista. Ricardo, *congrats, baby* —expresó la mujer, obtenida una sonrisa de a quien aduló como respuesta—. Queridos amigos de Hexlevus. Nuestra historia nos dice que los cinco continentes, antes de ser formados, fueron una sola identidad grata en donde la gente convivía en total paz y armonía. Fue esto hasta que Qwinbakvus nació gracias al mito que todos conocemos, lo que inició la conquista y el separado de nuestro gran continente principal, de nuestro mundo, Vusaendal. Sé que quieren seguir viviendo en paz, que la guerra trae horribles consecuencias, pero no la iniciamos nosotros. Sólo queremos terminarla. Una vez que la energía de los orbes nox desaparezca, tomaremos la ciudad capital de Qwinbakvus y acabaremos con esto. Es hora de tener paz para lo que nos resta de existencia en este mundo, antes de que eso se acabe —explayó la mujer, tomado su asiento luego de eso.

—¿Qué propone, señorita Rayshea? —La pregunta de uno de los políticos hizo sonreír a la mujer de piel oscura, misma que miró a todos confiada y respondió.

—Aerya participará conmigo en el altercado, pero quiero que también nos ayude Ricardo. Nuestro objetivo será hacer que Mergo y Annia entren. Una vez ellos dentro del continente, escaparemos y esperaremos a que apaguen los orbes para atacar de llano con el ejército. Me encantaría que ayudara en eso también, pero no es necesario.

—¿Y cómo harán dicha proeza? Qwinbakvus está armado hasta los dientes en la frontera. Suena a misión suicida —mencionó otro de los invitados, desconfiado.

—La zona aledaña del continente oscuro a la nuestra tiene varios muros titánicos que la cubren. Un avión puede pasar cerca y evadir los ataques con cierta facilidad hasta lo que se le llama «el muro del cielo» —explicó alegre Rayshea, extrañados todos ante ese término.

—¿Qué es el «muro del cielo», Morgrem? —preguntó Annia en voz baja, respondida de inmediato.

—Se trata de una especie de pared hecha con energía nox pura. Destruye todo lo que toca y se dice es impenetrable —dijo en susurros el hombre, para luego levantar la voz—. ¿Ya sabe cómo va a pasar dicho obstáculo, Rayshea?

—¡Claro! El muro está formado por energía que provienen de varias máquinas alineadas en una pequeña muralla que se nota debajo de los límites de ésta. Es donde los terribles de Vonrvus atacaremos para abrir una brecha que el avión pueda pasar. Ricardo se quedará en el avión y será quien lo regrese en dirección contraria una vez que Mergo y Annia atraviesen eso, pues sólo quedará un muro más a la distancia, el de la capital. Sé que ahí encontrarán la respuesta que buscan y será su responsabilidad hacer esto último de la manera que crean es mejor. —Las palabras de Rayshea dejaron a los cazadores de Nwarvus un poco atónitos, secundado el plan por Ricardo.

—Suena muy sencillo, y peligroso. Aunque creo que sí es posible conseguir algo así. El problema es que quedaremos atrapados entre todos los soldados.

—Puede ser, pero nuestro ejército tratará de distraer lo más que se pueda al batallón de la frontera, por lo que tendrán que tomar una decisión: perder el fuerte frontal o detener a dos cazadores de llegar hasta el interior de su horrible continente —planteó la terrible, discutido aquello por todos.

—Eso significa que atacarán primero y entre la confusión nosotros entraremos.

—Sí, Mergo. Justo eso.

—Me parece un plan bastante decente —admitió Annia, cruzada de brazos en su silla—. Estoy dentro si los demás lo están.

—¿Ricardo? —preguntó Morgrem, serio.

—Yo apoyo a mi chiquita en todo. Además, Rayshea es toda una reina icónica. Confío en ella plenamente.

—¿Qué opinan ustedes, señores del parlamento? —El cuestionamiento del anfitrión los hizo hablar un par de minutos entre ellos, hasta que llegaron a una conclusión.

—Hexlevus está feliz de poder ayudar, incluso con una parte de su ejército. —Eso impresionó a todos, inclusive a Rayshea, misma que inclinó su cabeza, levantó las cejas y sacó los labios al oír eso. —No vamos a dejar que Qwinbakvus venga a hacer destrozos y se salga con la suya —afirmó el representante del parlamento, levantada la sesión.

Ya separados todos, Morgrem se acercó al grupo conformado por todos los cazadores, luego de haber hablado con sus otros invitados.

—Prepararé una ración decente del elixir para que puedan llevarse. Tengo poco gracias a la invasión, pero puedo crear más en la proximidad de los días. ¿Cuándo se irán?

—En poco menos de una semana. Gracias, Morgrem —aclaró Rayshea, dirigida ahora a Mergo y Annia—. Qwinbakvus es una tierra engañosa. Ya ni siquiera existen mapas de cómo es ahora o señales de qué puede haber más allá del muro del cielo. Lo que sí, es que podrán identificar la capital fácilmente por su estructura principal.

—Sí, conozco el mito. Debe seguir ahí a pesar de todo —aseguró Annia, alegre Rayshea de aquello.

—Hay que prepararse para la invasión. Deberían entrenar, sobre todo esos nuevos poderes que ganó Mergo. Les ayudaré en lo que pueda —comentó Ricardo, algo que alegró mucho a los cazadores de Nwarvus.

Fue así que los días comenzaron a pasar uno a uno, en donde Mergo y Annia se la pasaron entrenando con el terrible de Hexlevus para mejorar sus habilidades, exploradas éstas al máximo para la pelea que estaban a punto de enfrentar en el último continente, preocupados por la amenaza que podría significar el tenebrarum restante, a la par que formaban valor y confianza en que podrían derrotarlo sin ningún problema gracias a la experiencia ganada en anteriores combates.

Por su parte, Morgrem consiguió acabar los dos ambiciosos proyectos que tenía encima, lo que le dio una paz inconmensurable por unos momentos, pues al ver el cielo despejado y la luna casi llena, se dio cuenta que había una posibilidad de que esa sea la última vez que pueda crear algo similar, pues la energía de los orbes pronto se perdería para siempre.

Después de un suspiro, el científico mandó un mensaje a Aerya y esperó respuesta un par de horas, sin obtener alguna señal de la terrible, por lo que tomó su otra creación y se apresuró a subir a la torre más alta de su castillo, la que estaba también más al norte, en completa soledad.

Una vez arriba, tocó la pesada puerta de madera y acero que daba a la entrada de la cima, escuchada una voz al otro lado que le dio permiso de acceder, cumplido aquello por el científico.

Dentro, encontró una habitación con una cama, un pequeño peinador, varios libros regados por doquiera y una ventana que dejaba entrar la luz nocturna del exterior, misma que alumbraba tenuemente a la persona que se ocultaba en el sitio.

Aquella vio a Morgrem y éste le mostró el resultado de su trabajo, cuya luz hipnotizó al huésped, creada una enorme sonrisa en su rostro.

—¿Lo conseguiste?

—No fue fácil, pero está listo.

—¿Cómo sabes que funciona?

—Debes confiar en mí y dejar que lo una. No hay pruebas, sólo resultados en esto. —La fría declaración del hombre dejó a aquella persona sin habla, mas sus sueños estaban delante suyo, esperando a ser cumplidos.

—Está bien, lo haré. No tengo opción —decidió estoicamente al ponerse sobre un pie, notada la sonrisa de Morgrem.

—En dos días se irán a Qwinbakvus. ¿Qué harás tú? —preguntó el anfitrión a su invitado, lo que le hizo suspirar profundo, cerrar los ojos y abrirlos directo hacia el rostro del científico.

—Lo que siempre debí haber hecho. —La voz decidida llenó la habitación, al igual que sus gritos la cámara del laboratorio médico de Morgrem, cuya operación fue un rotundo éxito. Tanto, que el creador temía de su resultado, emocionado por ver de qué era capaz dicho instrumento.

## Treigésima Sexta Ofrenda: Invasión continental

Qwinbakvus, el gran continente oscuro, como algunos lo llaman popularmente, se encuentra al noreste de Vonrvus, al sureste de Arnbvus y al este de Hexlevus, cruzando el océano del Aullido.

Durante muchísimos años, el lugar se ha considerado el más imponente entre las cinco naciones de Vusaendal, y si bien es un sitio ya desconocido, no es imposible de penetrar.

Dirigidos sobre un avión especial, cargado con varios orbes nox, los invasores estaban dirigiéndose directo al continente, notado que, al alejarse más y más de Vonrvus, el cielo se comenzaba turnar oscuro, tanto que llegó un punto donde pareció que era de noche, notadas luces a la distancia tanto en el suelo como en el aparente aire, provenientes de las barricadas de Qwinbakvus.

—¡Invasores! ¡Tenemos invasores! —gritaban aquellos que habían avistado el pequeño avión, preparadas enormes armas que funcionaban con las habilidades de los cazadores, disparadas poderosas balas al cielo, evadidas por el vehículo aéreo, el cual comenzó a moverse a una velocidad impresionante hacia los lados, evitado todo hasta cruzar la primera barricada.

—¡Se ha atravesado la primera resistencia! ¡Repito! ¡Se ha atravesado la primera resistencia! ¡Veinte minutos antes de llegar al muro del cielo! —mencionó otro soldado, preparados los defensores de la segunda barrera, la cual era diez veces más alta que la primera y estaba armada hasta los dientes, apuntado todo hacia el avión.

—¡Fuego! —gritó uno de los generales, acribillado en el aire el vehículo, mismo que, de manera impresionante, evadía todo.

Por otro lado, en el castillo de Qwinbakvus, en la sala del trono, descansaba el rey del lugar, acompañado de sus fieles guardias que estaban cerca, en completo silencio, hasta que la puerta del sitio fue tocada y el soberano dio permiso de pasar a quien estuviera fuera.

De inmediato, un hombre con armadura se introdujo, hizo una reverencia y, al pedirle su rey levantar la mirada, le informó lo que le acababan de aclarar para su alteza.

—Majestad, el príncipe y la princesa vienen en camino. —Lo dicho hizo sonreír al hombre, mismo que respondió a esto con una gran serenidad y aparente alegría.

—Han pasado tantos años. Me alegro que por fin nos vayamos a reunir. Que los reciban como lo merecen, ¿entiendes? —La pregunta puso nervioso al hombre de armadura, pero aquel captó sin dudas lo dicho y se retiró para hacer saber las órdenes del rey a todos.

Por su parte, los invasores consiguieron atravesar a duras penas la segunda defensa, avisado que se dirigían al muro del cielo, mismo que podía ser apreciado de cierta forma, pues una especie de pantalla transparente con tonos tornasol se hallaba frente al avión, torcida como si fuera un enorme manto que se extendía a lo largo y ancho del continente.

A medio camino, el vehículo bajó su velocidad, a la par que, desde su interior, salió disparado un haz de luz que se adelantó a la nave, el cual cayó justo a unos pocos metros del muro del cielo, en el suelo, cerca de una pequeña muralla que poseía extrañas antenas con múltiples orbes nox que, sin dudas, estaban generando la titánica pantalla celeste.

De la luz disparada emergieron Aerya y Rayshea, las cuales se notaban preparadas para luchar. Varios cazadores descendieron para atacar, al igual que militares con armas nox y algunos noxakos controlados por ellos, a los cuales Rayshea, con un simple tronar de sus dedos, dejó cegados gracias a un poderoso destello que emitió de su ser.

Luego, Aerya dirigió su mano hacia uno de los soldados cercanos, el cual gritó de dolor y se hinco, aterrorizado, pues toda su sangre abandonó su cuerpo por medio de sus ojos, nariz y boca hasta quedar seco, caído muerto con su cuerpo tan delgado y pálido que parecía una momia.

El líquido rojizo, de la nada, se volvió una especie de látigo de cabeza puntiaguda, la cual danzó al son de los majestuosos movimientos de Aerya, penetrados y cortados por la sangre todos los soldados, cazadores y noxakos cercanos, parecida el arma sanguinolenta una especie de largo listón carmesí que el terrible manejaba a la distancia.

Por su parte, Rayshea se volvió un haz de luz y se disparó a sí misma hasta la cima de la muralla, destrozado el borde donde aterrizó y apuntada por los guardianes que estaban allí arriba con sus armas, carbonizados por la poderosa luz emitida en sus contras, sin poder haber atinado un sólo proyectil gracias a la intensa luminosidad que la mujer emitía, alcanzada por Aerya, quien estaba siendo rodeada por su látigo sanguíneo.

Ambas observaron la imponente antena y cómo generaba la pantalla que era el muro del cielo, proyectados ataques por ambas hasta destruir la máquina por completo. No obstante, esto no abrió un hoyo en el último obstáculo, pues las antenas cercanas lograban cubrirlo adecuadamente a pesar de no haber presencia de la que estaba en medio de ambas. Por lo que, tanto Aerya como Rayshea, de inmediato, se separaron para atacar cada una otro generador, destrozados los enemigos cercanos al instante, por más resistencia que pusieran.

La mujer de piel negra llegó primero a la antena derecha, y con todo su poder, lanzó un ataque que la hizo añicos. Por su parte, apenas dos minutos más tarde, Aerya consiguió desaparecer la antena izquierda, logrado el objetivo, pues una enorme grieta se formó en el muro del cielo, justo enfrente del avión que, de la nada, aceleró para ir hacia el otro lado sin más problemas.

Desgraciadamente, justo debajo de la primera antena destruida, una más resurgió, manipulada por personal que parecía estar dentro de la muralla. Esto generó nuevamente el muro, cubierto lentamente desde el fondo hasta la parte de arriba, mostrado apenas un agujero por donde difícilmente el avión iba a poder pasar.

—*Motherfucker!* —gritó Rayshea mientras trataba de volver al centro.

—*Hia!* —maldijo Aerya, quien estaba ya de regreso para intentar eliminar la nueva antena.

Todo indicaba que el avión iba a estrellarse contra el muro, pues el agujero era ya muy pequeño y las terribles no iban a alcanzar a destrozar la máquina que lo estaba cerrando. Sin embargo, desde el interior del avión, fue disparada una figura que consiguió atravesar el muro con éxito, cerrado por completo aquel al instante y volteado el avión en dirección contraria en un parpadeo, alejado del muro, a salvo.

—*They did it! Let’s go, Aerya!* —exclamó Rayshea al ver que su compañera se dirigía a ella, disparadas balas y de más agresiones hacia ambas, hasta que se sujetaron sus manos y Rayshea se arrojó hacia el cielo, lanzado Ricardo desde el avión en dirección a donde se hallaban las terribles de Vonrvus.

Justo al momento de los tres cazadores reunirse en el aire y tomar las mujeres la mano de Ricardo en el acto, casi vencidas Rayshea y Aerya por la gravedad, el avión apareció alrededor de todos, en donde cayeron de pie, a excepción de la mujer de tez oscura, la cual se golpeó el trasero.

—¡Lo consiguieron! —declaró alegre la piloto, a lo que su compatriota se puso de pie y comenzó a bailar, alegre.

—*That’s the shit, girl!* ¡Pan comido! —presumió Rayshea, escuchado un estruendo afuera, a la par que el avión se agitó un poco.

—Todavía tenemos que salir de aquí. No canten victoria tan pronto —comentó Ricardo, dirigido al frente del avión para ver el exterior junto con Malak, notadas muchísimas balas que iban hacia ellos, evadidas la gran mayoría por la piloto en su elevación, rosada por unos pocos proyectiles que dañaron la nave, mas no hicieron suficiente daño como para tumbarla.

Fue entonces que todos vieron cómo el ejército de Vonrvus se encontraba atacando la primera defensa, distraída parte de la guardia del continente, acción que les estaba facilitando la salida.

Surcando los cielos de Qwinbakvus, lejos del muro del cielo, se hallaban los dos cazadores de Nwarvus, mismos que eran atacados por muchísimos noxakos de dos orbes que volaban la zona, destrozados uno a uno con cierta facilidad, a la par que seguían avanzando.

De la nada, un montón de armas surgieron del suelo, aparentemente pilotadas por soldados comunes, cargadas con energía nox, las cuales dispararon al ser que volaba en dirección a la capital.

Al proyectar la primera bala, la cosa voladora se dividió en dos, dirigido un extraño sujeto hasta la maquina más cercana, destruida al instante, abalanzado a la siguiente y así consecutivamente, todo esto al paso de quien continuaba en vuelo.

Al ya avanzar, varias avionetas se acercaron a quien surcaba el cielo, preparados para atacar. Esto hizo que quien volaba lanzara poderosas balas luminosas que destrozaron a muchos defensores en el aire, lanzado desde el suelo por un salto el que atacaba a las armas en la tierra, destrozado en el camino hacia el cielo un par de avionetas y, cuando aquel terrestre estuvo a punto de caer, quien volaba se colocó debajo de éste para que saltara sobre ella y así poder continuar atacando a los enemigos aéreos, tanto avionetas como noxakos.

Una danza mortal se produjo en el cielo oscuro de Qwinbakvus, hasta que los enemigos, protectores del continente, cedieron, continuado el camino de los invasores. Dichos, al final, consiguieron encontrarse con la gran capital, resaltada gracias a una imponente torre bicolor que brotaba entre todo el reino y su gran castillo, defendido el sitio por una gran muralla, atravesado por un vasto rio y rodeado todo por una cantidad absurda de noxakos normales, con uno y dos orbes, quienes estaban vagaban a los alrededores, aparentemente desorientados.

—Ahí está, la capital de Qwinbakvus. La torre es la señal, es el lugar de las leyendas —aclaró Annia al detenerse en el aire al volar con sus enormes alas verdes, parado sobre sus hombros Mergo, quien poseía las garras azules en sus manos y las púrpuras en sus piernas. Ambos vestían con elegantes ropas de combate confeccionadas por Acoss, llevado ahora un parche por Mergo, lo que lo hacía ver mucho mejor que antes.

—¿Qué haremos? ¿Cómo haremos para entrar sin ser vistos? —preguntó el hombre, a lo que la mujer, con sus armas en manos y cuernos dorados sobre su cabeza, respondió.

—No creo que sea posible. Este lugar nos debe muchas explicaciones, y creo que el único que puede realmente responder es el hijo de perra que se sienta en el trono de ese gran castillo bicolor —declaró Annia, confundido su compañero al momento.

—Ir directo es suicidio. ¿Alguna idea brillante para que no nos ataque todo el ejército?

—La torre. Vayamos allá en silencio como quieres. Está pegada a la estructura sur del palacio. Posiblemente podremos entrar por ahí sin enfrentar tanto guardia —aseguró la mujer, para luego ambos rodear la capital, ahora Mergo sujeto de la cadera de Annia, colgado de ésta al volar.

Fue entonces que ambos vieron el vasto rio y cómo parecía no estar defendido en lo absoluto, por lo que la chica voló a la orilla de éste y se introdujo en él, impulsados por Mergo bajo el agua hasta llegar a la reja que impedía el paso al interior de la ciudad, destruida con un zarpazo del hombre, finalmente introducidos en la metrópolis.

De la manera más silenciosa posible, ambos nadaron por el rio hasta la torre, pues Annia sabía gracias a la leyenda que ésta se construyó sobre el canal y que había una parte subterránea que conectaba con el agua, así que no tuvieron problemas en llegar y adentrarse al sitio, mismo que parecía completamente desolado por dentro, además de un tanto oscuro, secados con magia de viento que la chica pudo usar al instante para no dejar rastros.

Ya adentro, tanto Mergo como Annia deshicieron sus partes de dragón para no llamar la atención, y al momento, sintieron un calor inmenso, como si estuvieran dentro de un gran horno, lo que extrañó al hombre, mas no a la pelirosa.

—Espero todas las leyendas no sean ciertas —comentó la chica al caminar cuidadosamente hacia las escaleras y verificar que no haya nadie.

—¿Qué hay en la torre según tú? —preguntó Mergo, aunque Annia parecía incrédula hacia su amigo.

—No puedo creer que nunca hayas escuchado sobre este lugar. Literalmente, mamá me contaba todas las noches sobre él antes de dormir —aclaró la cazadora, observada la cara de intriga de Mergo, dado un suspiro de decepción por ella—. Bien, se supone que hace muchos años, esta torre apareció de la nada justo aquí. Dentro de ella, hay grandes cantidades de lava ardiente que descienden como cascadas desde la cima hasta el segundo piso.

—¿Qué? ¡No puede ser! —exclamó impresionado Mergo, callado por Annia con un chistido, molesta.

—¡Lo sé! Suena ridículo, pero a este punto ya me lo creo todo. Se supone que aquí, en el sótano, hay un cofre que tiene una dotación infinita de pociones que te dan resistencia al fuego. En otras palabras, seríamos capaces de nadar en la lava para subir hasta la cima de la torre, pero no queremos eso.

—¿Hablas de ese cofre? —Fue entonces que el hombre señaló una extraña arca blanca con el símbolo de la luz por encima de ésta, la cual resaltaba de entre todos los demás compartimentos presentes.

—¡Wow! Definitivamente hablaba de ese —dicho eso, la mujer se dirigió al cofre y trató de abrirlo, sin tener éxito alguno. —Creo que está con llave. ¡Vaya, estupidez! —resaltó al ponerse de pie y regresar a la escalera—. Aunque, es emocionante descubrir que las leyendas son un tanto ciertas —comentó y comenzó a subir, seguida por Mergo, el cual tenía su arma en manos para cualquier cosa.

Los cazadores llegaron a la planta baja, donde se encontraron con una escalera que daba al siguiente piso, notado que el lugar estaba completamente desierto, al igual que el calor se sentía todavía más fuerte.

Con cuidado, ambos exploraron la zona por su parte, hasta que Mergo salió por la zona sur y Annia por la norte, avistado un balcón por ambos, desde donde se apreciaba la enorme ciudad repleta de una conglomeración de edificaciones grises, resaltado un cielo en completo tenebroso, cuya aura espectral causaba a las plantas crecer torcidas y grises, así como generaba un ambiente ignominioso en todo el continente.

Por otro lado, Annia encontró a entrada al castillo, más estaba cerrada con llave, aparentemente bien sellada, por lo que abrirla causaría un fuerte estruendo y era lo que menos querían ambos cazadores.

—Imposible. No hay guardias, pero tampoco forma de entrar sin hacer un escándalo —concluyó la pelirosa al dirigirse hacia Mergo.

—Mira todo este lugar. ¿Cuántos orbes crees que hayan usado como para crear tanta oscuridad? —Se preguntaba el tuerto, colocada Annia a su lado para ver el panorama que su amigo presenciaba.

—No lo sé, pero no tenemos tiempo. Recuerda que hay un ejército haciendo tiempo allá afuera. Debemos avanzar lo más pronto posible.

—Bien, ¿cómo entraremos entonces? —La cuestión dejó a Annia pensando unos momentos, observada la escalera al segundo piso.

—¿Y si la llave está en la cima? —Aquello hizo que la expresión de Mergo cambiara a una de impresión y miedo de inmediato.

—¿Estás loca? ¿Cómo vamos a subir por la lava si no tenemos las pociones?

—Tal vez ni haya lava, subamos —dicho eso, la mujer se fue hacia las escaleras, acompañado de su amigo.

Una vez arriba, ambos pudieron ver cómo desde el techo del lugar, en lo más alto, caían cuatro grandes cascadas de magma ardiente, rojizo y brillante, el cual era depositado en lo que parecían ser pequeños estanques que, por alguna razón, nunca se desbordaban.

—¿Decías? —Preguntó Mergo, a lo que ambos sólo pudieron quedarse atentos a la lava, sin decir más.

## Trigésima Séptima Ofrenda: Infierno

Las cascadas de magma ardiente descendían desde el elevado techo de la habitación en la cual Mergo y Annia se hallaban, ambos tratando de idear un plan para subir y avanzar hacia el castillo de Qwinbakvus, el cual era su verdadero objetivo.

—¿Será que habrá una apertura en la cima? —Se preguntó la mujer, por lo que extendió sus alas verdes de dragón y voló hasta la parte superior de cada una de las fuentes de lava, encontrado que la única entrada al siguiente piso estaba completamente abarcada por completo por el magma.

—¿Algo?

—No, nada. Y ya estoy muriéndome de calor, bajemos por favor. —Se quejó Annia al descender, completamente sudada.

En la parte más baja de la torre, donde estaba el canal de agua, la chica pelirosa se lavaba el rostro para quitarse el calor de encima, sentado Mergo en la escalera que va hacia la planta baja, observado el cofre por él, donde se supone están las pociones de resistencia al fuego.

—¿Crees que haya una forma de abrirlo? —cuestionó Annia mientras se acercaba al baúl, mismo que trató de abrir con sus manos.

—Tal vez lo haya —dicho eso, Mergo expulsó las garras de dragón e intentó levantar la tapa con todas sus fuerzas, inútil su esfuerzo—. ¡Maldición! Está completamente sellado por magia de los dragones, seguramente.

—Ya veo, creíste que al usar las garras el cofre reaccionaría. Buen intento, amigo —destacó Annia, la cual fue a sentarse donde antes se hallaba el tuerto, acompañada por él de momento—. ¿Qué haremos? Hay una guerra allá afuera esperando que hagamos algo. ¿Crees que sea prudente entrar al castillo directamente?

—En lo absoluto. Por donde pasemos, nos verán. El castillo es muy vistoso. La entrada por este lugar era nuestra mejor opción —atinó a decir el hombre, decepcionada su amiga de dicha respuesta.

—Menudo problema. Nunca creí ver este lugar en persona, y lejos de fascinarme, está fastidiándome. Sobre todo, por el calor —confesó la cazadora, abanicado su rostro con su mano al momento, cuya mueca expresaba agotamiento.

—¿No hay algo en los cuentos que nos den una pista de cómo abrir el cofre? ¿Algo que sea útil?

—No lo creo. Supongo que, si te cuento lo que sé, tal vez detectes algo que yo no. —Ante tal proposición, Mergo asintió, por lo que Annia empezó a hablar sobre la torre. —Sucedió hace mucho tiempo. Los primeros pobladores hablan de un día en el cual, de la nada, un poderoso rayo de luz se hizo presente en el horizonte, mismo que ascendió desde la tierra hacia el cielo y abrió las nubes, a la par que iluminó el cielo por unos minutos. Temerosos, muchos propusieron huir de la luz, pero hubo una persona que quería lo contrario. Un cazador, común y corriente, de nombre Darko fue quien incursionó a ver qué había sucedido. Tras andar siete días y siete noches, finalmente, dio con esta torre, misma que estaba sobre el mismo rio y en la misma posición que ahora, a diferencia que un poderoso pilar de luz, parecido a un faro, salía desde ella en dirección al cielo, donde se perdía su límite. Darko, armado con un hacha de mano y temeroso, entró al imponente edificio bicolor, encontradas dos cosas que le llamaron mucho la atención. La primera, era que la torre estaba completamente repleta de magma ardiente, al rojo vivo, como si estuviera brotando de un volcán. Lo segundo, es que, en el sótano de la torre, había muchos cofres con diferentes materiales y víveres, mas había uno especial que poseía un montón de frascos de vidrio rellenos de un líquido anaranjado brillante. Aquel, sin dudas, invitaba a quien lo viera a ser bebido. Darko era un hombre curioso e inteligente, por lo que, pese al peligro que significaba, bebió el contenido de un recipiente del cofre especial, cosa que le hizo perder por completo la sensación al calor. Fue entonces que entendió lo que debía hacer —contó Annia, impresionado Mergo al oír todo eso.

—¿Tocó la lava? ¡Qué valiente!

—¡Estúpido, dirás! —corrigió la mujer, continuada la historia—. Pero sí, Darko subió y se acercó a al magma. No sentía la mínima sensación de calor. Percibía el agua fría, el viento tibio, más no el intenso poder de la lava que estaba a su lado. Por ello, con un valor inigualable, tocó la roca fundida, misma que no le hizo ningún daño.

—¡Vaya! ¿Y entonces nadó hasta la cima? ¿En magma?

—Sí, se deshizo de sus pertenencias por miedo a que se quemasen, excepto de una pulsera que olvidó, y se dio un chapuzón en el magma. Al ser tan denso, tuvo la oportunidad de navegar en él hasta llegar a la siguiente habitación, donde se dice que vio algo impresionante, un lugar tan hermoso y de pesadilla que es difícil de describir.

—¡Increíble!

—Después, al usar su sabiduría, consiguió llegar hasta la cima de la torre, en donde se dio cuenta que su pulsera de cuerda seguía intacta, lo que quería decir que no tenía por qué desvestirse. La pócima lo protegería con todo y prendas.

—¡Ja, ja, ja! Por suerte no había nadie cerca —bufó Mergo, atento a la historia.

—Ya arriba, el hombre vio el origen de la luz: un artefacto legendario que estaba colocado en medio de la torre, rodeado de una simbología que estaba seguro era obra de seres superiores a todo lo conocido. El cazador, fascinado, investigó todo lo que estaba ahí, hallada una extraña puerta que parecía llevarlo a otro lado, uno del que nunca habló, mas sí fue a él, pues al regresar, se volvió un completo iluminado, parlante de la lengua divina y conocedor de muchísimas cosas que, de inmediato, compartió con sus iguales. Darko, el primer erudito, regresó a su pueblo y les habló a todos de la torre y sus maravillas, invitados sus hermanos humanos a construir un reino alrededor de ésta, seguido por apenas tres grandes familias, mismas que fundaron Qwinbakvus, el primer continente de Vusaendal. —Lo dicho dejó a Mergo sin palabras, asombrado por sus alrededores, mismos que ahora veía con mucha emoción. —¡Mira nada más! Cambió tu perspectiva del lugar. —Se mofó Annia de su amigo, mismo que le dedicó un rostro de decepción.

— ¡Bueno! No conocía la historia. —Se excusó el hombre. —Estamos en la primera estructura hecha por la humanidad. Más bien, descubierta por Darko. No obstante, todo lo demás si fueron los primeros peldaños de todo lo que conocemos hoy en el mundo.

—Exactamente. Yo creo que es la razón por la cual Qwinbakvus está haciendo guerra. Pues luego de la muerte del rey Darko, varias personas, hartas del mandato del heredero, decidieron irse del reino, exiliadas a voluntad. Todos ellos fundaron los otros cuatro continentes que conocemos ahora. Primero fue Vonrvus, luego Hexlevus, Arnbvus fue el tercero y el último, Nwarvus. Aquello enfureció al anciano rey, pues se arrepintió de permitir a sus retractores abandonar el reino con vida y crear sus propios reinados en otros lados usando el conocimiento de su padre. Para suerte de todos, murió poco después. Aunque su hijo fue quien inició la guerra décadas después, reclamado que el mundo le pertenece a Qwinbakvus —terminó Annia con un suspiro.

—¿En serio?

—¡Nah! Eso último lo agregué yo —confesó la chica—. No obstante, todo lo demás es cierto.

—Pero, no vimos el faro de la leyenda. ¿Qué hay con eso?

—No sé sabe exactamente. Hay rumores de que un día simplemente desapareció, al igual que la puerta que atravesó Darko para volverse el hombre sabio que alguna vez fue —ultimó la joven, preocupado Mergo por ello.

—¿Y qué pasó con…? —En ese momento, desde una de las esquinas oscuras del sótano, se comenzó a escuchar un llanto, mismo que ambos cazadores identificaron de inmediato. —No puede ser… —explayó Mergo, aparecido nuevamente su versión infante frente a ambos, la cual parecía un tanto diferente, pues al verlos, dejó de llorar y se puso serio.

—Hay algo raro —resaltó Annia, preocupada, con su arma rosa apuntando a la imagen del infante.

—Lo sé, espera un poco antes de disparar —propuso el tuerto, observado el pequeño, que no dejaba de mirar a ambos.

—¿Crees que se deba al lugar? ¿Por qué recordaste…?

—No lo hice —tajó Mergo—. Bueno, algo así —confesó el hombre, para luego ambos ver cómo el pequeño caminó hacia el cofre blanco, parado frente a él y viéndolo sin decir nada—. Imposible… —Luego de unos momentos, la imagen del infante tocó el cofre y lo abrió con una facilidad impresionante, lo que dejó perplejos a los cazadores.

—¿Cómo…? —Antes de terminar, el rostro del Mergo pequeño deformó, pegado un grito bestial desde el fondo de su garganta, por lo que el tuerto usó sus garras para destrozar la imagen, desvanecida del lugar. —Demonios…

—Este sitio, el ambiente que se siente, me recuerda a mi hogar —explicó Mergo, al mismo tiempo que veía dentro del cofre blanco y sacaba dos pociones de él—. No sé cómo sucedió, pero aquí están. ¿Lista para nadar en lava? —preguntó el hombre, a lo que Annia, desconcertada, agitó su cabeza de lado a lado para salir del trance que el hecho le había puesto encima y asentir a lo dicho por su amigo, tomado el frasco que le ofrecía.

Ambos bebieron el contenido brillante de las botellas de vidrio hasta el fondo sin dudar, para luego Annia, por primera vez en la vida, sonreír de oreja a oreja, como si le hubieran dado la mejor noticia de su vida. La mujer saltó, gritó de la emoción y abrazó a Mergo efusiva, completamente feliz.

—¡No siento nada de calor! ¡Es un sueño hecho realidad! —exclamó dichosa la mujer, vista una sonrisa nerviosa en Mergo, quien también estaba percibiendo lo mismo que su amiga.

—Se siente extraño, pero no mal. Es impresionante… ¿Qué haces? —preguntó el hombre al ver que Annia tomaba varias pociones y las guardaba en sus bolsillos.

—Sólo tomo un par de provisiones por si se acaba el efecto.

—Sí, claro —respondió decepcionado, cerrado el cofre por la chica, para luego ambos subir hasta el segundo piso, en donde, temeroso, Mergo metió su mano en la lava, la cual tocó sin problema alguno, tampoco afectado su guante—. La leyenda es verdad. Es hora de subir —propuso el cazador, zambullido en el magma y nadando dificultosamente hasta la cima, lo cual estaba dejándolo muy agotado—. ¡Demonios! Es más difícil de lo que parece…

—Por supuesto, tonto —bufó Annia al volar e ir hasta la cima de otra cascada, por donde se metió hasta llegar al otro lado—. ¡Wow! —En el segundo piso, la pelirosa encontró un titánico mar de lava ardiente, con cascadas que cubrían las paredes internas de la torre, al igual que brotaban desde varios puntos del techo hacia el suelo, rojizo el ambiente, bastante bello a la vista. —Ahora entiendo a qué se referían —al momento de decir eso, Mergo surgió de uno de los ductos que iban hacia el piso de abajo, con las garras de dragón expuestas, usadas para llegar más rápido.

—¡Tremendo lio! Al menos lleg… ¡Wow! ¡Esto es maravilloso! —destacó el hombre, al mismo tiempo que Annia exploraba la zona al volar, encontrada la salida detrás de una de las fuentes de lava del techo.

—¡Acá! ¡Salta, bobo! —señaló la mujer y el tuerto se lanzó hacia donde estaba Annia, tomado por ella y arrojado al punto de subida, donde se encontraron con la última habitación, la cual estaba llena de estructuras hechas con roca incandescente que parecía estar ya un tanto solidificada, al igual que más lava que fluía por todos lados, encontrados algunos bloques con el mismo símbolo que poseía el cofre de abajo.

Ahí, la salida era más que obvia, pues había una escalera en una de las orillas del lugar, por donde Annia y Mergo subieron, hasta una cascada de magma, misma a la que se introdujeron para salir al exterior, a la cima de la torre, donde no había nada de roca fundida, mas que la del estanque por donde llegaron.

—Finalmente, la cima —mencionó Mergo y un relámpago se escuchó, iluminado el cielo un poco a la par de eso—. ¿Está nublado? —preguntó el hombre, finalmente fuera del magma, seguido por Annia, quien miró el cielo, extrañada.

—Supongo que sí, pero con esta oscuridad no sabría decirte —comentó la cazadora, la cual caminó hasta el centro del lugar, notado que en aquel estaba un podio construido con un material especial—. ¡Mira! Toda esta superficie está hecha completamente de oro —destacó Annia, observado el lugar por Mergo, al igual que los diferentes símbolos tallados en la superficie del metal precioso.

—¿Aquí es donde estaba el faro, cierto? —preguntó el hombre, notada otra cosa por Annia.

—Sí, y creo que la puerta estaba acá —al decir eso, la chica señaló un lugar en el suelo, donde se aprecia una especie de sombra creada por el desgaste del tiempo de algo que estuvo colocado entre varios bloques con los símbolos de los dragones, a lo que ambos se percataron de una singularidad en la plataforma donde debía ir el faro—. Hay letras, aparentemente en la base.

—Sí, están en drakoniano… —aseguró Mergo, confirmado por su amiga.

—Maldición… —dijo decepcionada la pelirosa al ponerse de cuclillas y ver el texto.

—No te preocupes —declaró el hombre, se acercó y se colocó al lado de Annia, puesta su mano sobre el texto—. *Ne lux nigvahl bem kinnvon palke eno diar.* «Las siete torres que atraviesan el espacio y tiempo» —leyó y tradujo sin problemas al instante, señalado con sus dedos donde iba la lectura al decirla.

—¿Puedes leer Drakoniano? —Cuestionó sorprendida Annia, casi reclamando.

—Hay cosas que todavía no hemos hablado sobre mí —confesó su amigo con una ligera sonrisa en el rostro—. Te prometo que tan pronto termine esto, te lo contaré todo. —Luego, el continuó leyendo, mas sólo habló la traducción. —«Aquellos que sean dignos, serán llevados a la sala por la cual podrán visitar los demás lugares donde se encuentran las más maravillosas cosas del universo. Con ello, podrán llenarse de muchos conocimientos y grandezas. Sólo si los siete faros se encuentran iluminados por completo». Es lo que dice —terminó la lectura al darle la vuelta al podio, escuchado el suspiro de Annia de momento.

—Suena interesante, pero no nos ayuda en nada —sentenció la chica, puesto de pie el hombre.

—Te equivocas —corrigió Mergo al dirigirse hacia el otro lado de la torre, por donde llegaron—. Me parece que buscábamos esto —dicho eso, el tuerto tomó una llave que colgaba de una cadena al otro lado del estanque por donde salieron, ignorada al ambos brotar y ver hacia el lado contrario—. Ésta debe de ser…

—Es hora de entrar al maldito castillo —sentenció la cazadora, alegre de poder continuar.

## Trigésima Octava Ofrenda: Madre e hija

La llave encontrada embonó a la perfección dentro de la cerradura de las grandes puertas que daban al interior del castillo de Qwinbakvus, a donde pudieron acceder con cautela Mergo y Annia, los cuales cuidaban no ser observados por los guardias en favor de no alarmarlos.

Ambos cazadores corrían por los pasillos de la enorme edificación tenebrosa, cuya decoración rojiza y negra le daban un aspecto gótico y macabro, además de malévolo.

Conforme avanzaban, se hallaron con algunos guardias, a los cuales consiguieron despachar antes que pudieran alertar a los demás. Los ataques simplemente los dejaban fuera de combate en la mayoría de los casos, pues la idea no era ir a cometer un genocidio, sino ir por respuestas y salir, mas era importante encontrar a alguien que asegurara la información, y los invasores estaban seguros que la familia real era la clave, o al menos algún aristócrata con el que pudieran hacerse.

Luego de avanzar dentro de la construcción hasta una de las salas centrales, los cazadores se dieron cuenta que la sala del trono podría encontrarse cerca gracias a que podían observar la plaza principal del palacio desde allí, mismo que Rayshea advirtió se encontraba frente al lugar donde descansa el rey.

Por ello, Annia sugirió tratar de ir en esa dirección, accediendo a una habitación que estaba resguardada por dos imponentes guardias, a los cuales pudieron vencer sin problema alguno.

La enorme puerta fue abierta y ambos cazadores se introdujeron al extraño salón aparentemente vacío, extenso y con grandes pilares a los costados, encontrados con una particularidad al otro lado del mismo, antes de la salida que daba seguramente al pasillo que llevaba a la sala del rey.

—Esto debe de ser una broma —destacó Annia al ver dicho obstáculo, tragada saliva por Mergo, preparados ambos para atacar.

—Finalmente. Annia y Mergo, un par de molestas basuras se hallan a mi merced, donde deberían estar —habló la voz de la mujer, a la par que las puertas detrás de los invasores se cerraban y sellaban.

—¿Tanta es tu desesperación por detenernos que te aliaste con Qwinbakvus, Danya? —La pregunta de Mergo hizo reír a la terrible de Nwarvus, quien poseía un largo pitillo con un cigarro en la punta, el cual estaba fumando delicadamente, con gran clase, vestida de manera elegante la mujer en colores negros y verdes, acompañada de pieles y similitudes a escamas de serpiente.

—Se nota que no saben nada del mundo, malditas alimañas. Estoy ciertamente cansada de seguirlos, de oír noticias de cómo han estado triunfando en su tonta búsqueda por quitarnos todo lo que amamos, de «salvar» este mundo. ¡Basta de idioteces infantiles! —gritó la mujer, enrabietada, mas conteniendo su postura—. Mergo, Annia. Les doy esta última oportunidad de detenerse. Abandonen su misión autoimpuesta y regresen a tener una vida pacifica en algún rincón del mundo. Juro por mi madre, Dalessa, que no buscaré ya hacerles nada y retiraré los cargos en su contra. —Lo ofrecido hizo a los cazadores verse el uno al otro, desconcertados. — ¿Y bien?

—Lo siento, pero no está en discusión.

—*Hijole,* yo creo queno se va a poder —secundó Mergo a Annia, pues su amiga se notaba más sería de como siempre era.

—¡Ja! Menudos niñatos. Han leído muchos cuentos de hadas, me temo. El bien lo escriben los que ganan, y éste no va ser su caso. —Al decir esto, una enorme nube de veneno púrpura surgió de la mujer, lo que rodeó por completó las paredes y el techo de la enorme sala, al igual que la entrada y salida. —Ésta será su tumba, cazadores —Destinó Danya, a la par que sus contrincantes manifestaban la presencia del dragón, listos para atacar, mas sucedió algo increíble. Detrás del veneno de Danya, a sus costados, surgieron dos noxakos con espada que se colocaron rectos tal cuales caballeros, listos para seguir las ordenes de la mujer.

—¿C-cómo es posible? —preguntó Mergo, impresionado.

—Mátenlos —dicho eso, los noxakos abrieron sus enormes hocicos y rugieron en dirección a los cazadores, para luego saltar hacia ellos agresivamente.

—¡El veneno morado es como acido! Si lo tocas te derretirá ¡Ten cuidado! —advirtió Annia, pues emprendió vuelo en favor de esquivar al monstruo que fue a atacarla, a la par que Mergo saltó. Ambos lanzaron ataques hacia las criaturas, quienes parecieron salir mínimamente lastimadas por ellos.

—Así que sabes cómo funcionan mis venenos. ¿Debería sentirme honrada o acosada?

—¡Te admiraba! Eras un ejemplo a seguir luego de que Kaito me abandonara. Lástima que tú misma cambiaste eso —reclamó la pelirosa a la terrible, quien se dirigió a toda velocidad hacia su enemigo para dispararle con sus pistolas.

—¡Vaya niña tonta! —exclamó la mujer, envuelta en su veneno, desaparecida por completo a la vista de la cazadora. Como quiera ella disparó sus balas elementales en dirección a la antigua posición de su enemigo, únicamente escuchada su risa por todos lados en el veneno—. Es inútil. Un par de cazadores tan débiles como ustedes jamás van a derrotarme. —En ese momento, el noxako que iba tras Annia saltó y estuvo a punto de tajarla con su espada, mas la chica lo pudo esquivar a duras penas, notado que el veneno estaba creciendo e inundando la habitación por completo.

Mergo, quien luchaba contra el otro noxako en el suelo usando su espada y garras, notó que el espacio empezaba a reducirse, por lo que saltó hasta el centro, hecho lo mismo por su amiga. Los invasores quedaron espalda contra espalda, en guardia, con la vista puesta en sus dos enemigos oscuros.

—¡Maldita sea! ¡Eres una cobarde, Danya! —gritó Mergo, desesperado ante la situación.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué pasa? ¿Las cosas no van a acabar como en las historias que sus mamás les leían de niños? ¿Se dan cuenta que la realidad es otra? Bienvenidos a su fin, alimañas. Me encantaría subestimarlos y darles una oportunidad, pero me temo que no soy de ese tipo de «villana». —Las nubes de humo, al término de las palabras de la terrible, se precipitaron al instante hacia los enemigos de Qwinbakvus, a la par que los noxakos se arrojaron hacia ellos con todo el poder que se permitieron, próximos a un choque que sin dudas aniquilaría a los intrusos.

No obstante, al unir sus espaldas y fuerzas, Annia consiguió disparar múltiples balas de luz que destruyeron las esferas de la espada del noxako que se lanzó hacia ella. Mergo, a su vez, lanzó un poderoso zarpazo que abrió la nube de veneno, acción que les dio oportunidad de salir de ella, arrojada la chica por la garra de Mergo y saltando él en dicho proceso, adentrados a un mar de toxinas que se reunieron a su alrededor, expulsadas éstas por el tuerto al agitar sus imponentes extremidades brillantes, alcanzados por el noxako que el hombre ignoró, a quien apenas y le afectaba el veneno.

El conjunto de vapor letal comenzó a remolinear alrededor de ambos, escuchadas las risas malévolas de Danya de fondo, recuperado el otro noxako para unirse a su compañero, preparados para atacar a los cazadores, quienes hacían su mayor esfuerzo por no morir desintegrados.

Pronto, un extraño brillo rosa aparecería entre el profundo mar de veneno, detrás de los cazadores, al cual Annia pensaba atacar, mas luego se detuvo al ver que era una figura la que se acercaba a los dos, una que no estaba siendo dañada por la nube acida de la terrible.

Los noxakos agredieron a los cazadores, y detrás de ellos surgieron dos lanzas doradas hechas de vapores que arrojaron y atravesaron a los monstruos hasta hacerlos chocar contra una pared y pilar que estaba al otro lado del salón, abiertos los brazos de par en par a los costados por la nueva integrante del combate, cosa que despejó el veneno enemigo y abrió el camino, revelada Danya justo donde la habían visto en un inicio, molesta ante la presencia nueva.

Aquel salvador, quien se mostraba como un ente encapuchado, se aproximó hacia los invasores, pasados de largo, extrañados aquellos sin apartarle la mirada, ni interrumpirla en su entrada y andar.

—Por fin te dignas a aparecer. ¿Qué crees que haces? —preguntó Danya al encapuchado, cuyos pasos metálicos y rítmicos hicieron entender a los extranjeros de quien se trataba.

Ella se retiró la capucha, hasta revelar su rostro estoico y cabello corto platinado.

—He venido a saldar mi deuda, madre —declaró Danielle, quien se notaba muy diferente de a como la recordaban sus salvadores.

—Imposible. ¿Qué haces aquí?

—No hay tiempo para explicaciones. El rey se halla atravesando la puerta que está detrás de ella. Yo me encargaré de vencerla, ustedes encuéntrenlo y cumplan con su destino —respondió a Annia de manera seria, lo que provocó a los cazadores asentir, listos para continuar.

—¿Derrotarme? ¡Que disparates dices, Danielle! ¿En eso te has convertido al final? ¡En una traidora!

—¡Silencio, madre! Has sido tú quien me ha vuelto lo que soy. ¿Esperabas algo más? —Molesta, la mujer esperó un poco antes de responder, resignada y digna.

—Para nada. —Sin más preámbulos, Danya extendió su brazo y arrojó un nubarrón de veneno verde hacia los cazadores, adelantada Danielle a sus compañeros y expulsado un poderoso ataque de vapor celeste brillante que chocó y desintegró el veneno de la mayor, avanzada la agresión hacia aquella, la cual tuvo que quitarse de la salida para evadirlo.

—¡Ahora! —gritó Danielle, por lo que los invasores aprovecharon y trataron de salir del salón, cosa que Danya quiso impedir, ocultados sus enemigos gracias a una imponente pantalla rosa de humo que colocó su hija entre su progenitora y aliados, conseguido el escapar de los cazadores.

—Así que es esto lo que me gano por darte todo, Danielle —aseguró la mujer al ver a su hija, la cual le regresaba una mirada llena de furia.

—Sí, todos los años de exigencias, humillaciones y maltratos generan traidores. ¡Ríndete, madre! No quiero hacerte daño. ¡Mira el mundo a tu alrededor! Si Qwinbakvus no es iluminado, caerá en manos de la penumbra. —Las declaraciones hicieron reír a la terrible, a la par que los noxakos espadachines se reponían.

—No puedo creer lo débil que eres, Danielle. No aprendiste nada todos estos años. Sigues siendo la misma niña caprichosa de siempre.

—No, te equivocas. Aprendí, y mucho, pero no gracias a ti, sino a este último mes que estuve viajando. Sola, coja y abandonada. Fue cuando me di cuenta de la verdadera mierda que ha sido mi vida y del terrible monstruo que tenía por madre, al igual que mi padre —resaltó la joven, tomada su túnica vieja y maltratada que la cubría—. Pero ya no más —dicho eso, la chica se desprendió de la prenda y reveló un atuendo de combate, al igual que su pierna mecánica hecha por Morgrem, potenciada por un prisma triangular nox—. ¡Yo soy libre, madre!

—Menuda historia que te has hecho en la mente, Danielle. ¿Qué crees que eres? ¿Un super héroe? ¿Una salvadora? ¿Crees que te ves impresionante al hacer tal teatro? ¡No me hagas reír! Yo te di la vida y tengo todo el derecho de quitártela, adefesio.

—¡Inténtalo, perra! —gritó Danielle, lanzado un poderoso veneno rojizo hacia ella por su madre, contrarrestado por su propia toxina rosa, atacada por los noxakos que escoltaban a su progenitora, mismos que estaban a nada de acabar con ella.

Pronto, el prisma en la rodilla de la pierna mecánica brilló y comenzó a girar, lo que le hizo a Danielle dar una patada en el aire que creó una navaja en forma de media luna con su veneno dorado. El producto partió a la mitad a los noxakos, caídos a los costados de la chica, rebanados, para luego la joven aplastar violentamente los orbes de la espada de uno de ellos con su prótesis, al igual que el prisma, conseguido la destrucción de aquel, y la regeneración del otro, de quien evadió su mordisco.

Danya, oportunista, se lanza en contra de su propia hija envuelta en una gigantesca bola de veneno oscuro que consiguió atropellar a la chica. La joven se protegió con su propia toxina verde brillante, mas fue arrojada de todos modos contra la pared, donde fue golpeada en el proceso.

Rápido, Danielle tuvo que levantarse y esquivar, pues el noxakos restante clavó su espada con un salto a donde ella se hallaba, pateados dos orbes en el proceso por la mujer, lo que hizo al monstruo lanzar otro mordisco hacia la joven, disparadas dos lanzas de veneno dorado que consiguieron destruir las otras estructuras nox, acabado el enemigo al instante.

Por desgracia, esa distracción dejó desprevenida a Danielle, envestida por otra bola de veneno hecha por su madre, esta vez arrastrada por ella hasta la pared contraria, donde terminó intoxicada por ella y sostenida del cuello, ahorcada por Danya quien usaba solo su mano derecha para cargar a la menor contra la pared.

—Se acabó, Danielle. ¡Este berrinche tuyo llegó a su fin! —Mientras declaraba eso, la mujer expulsó de su cuerpo un veneno tan oscuro como la noche, cosa que envolvió a ambas en la proximidad.

—Jamás. Me rendiré. Madre —declaró la chica, girado el prisma de su pierna y expulsado de ella un poderoso veneno blanco en forma de explosión, acción que arrojó lejos a Danya, la cual tocía por la toxina que había expulsado su hija, notada aquella de entre el brillante nubarrón blanco que había generado, curada por completo.

—¿Qué demonios es eso?

—Es un veneno que Morgrem y yo creamos. Me cura, pero daña a los demás —confesó cazadora de cabello corto, posicionada en combate para continuar—. ¿Sigues creyendo que soy una decepción, madre?

—Sí. —La afirmativa fue acompañada de muchísimo veneno rojizo, a la par que Danielle se defendió al rodearse de veneno rosado, expulsado hacia su progenitora, quien lo repelía al crear más de sus toxinas.

Una poderosa danza de grandes cantidades de nubes venenosas se hizo presente en la sala. La ponzoña expulsada por Danya, oscura e ignominiosa, era contrarrestada y envuelta por el brillante y hermoso tósigo de Danielle, terminado todo en un combate mano a mano, donde ambas se estaban propiciando golpes, envueltas en sus venenos.

La mayor debía tener cuidado, pues ya había visto el potencial de la pierna de su hija, y sabía que sería peligroso recibir una sola patada de ésta, por lo que su mirada estaba cautelosa a dicha extremidad, misma que la joven no estaba usando en el combate. Parecía que deseaba acabar con su madre a puño limpio, algo que no estaba logrando, pues Danya ya la había golpeado múltiples veces en el estómago, rostro y pecho, inyectado un poco de dosis venenosas en el proceso.

La chica ya se notaba afectada, y fue entonces que, de la pierna, automáticamente, un extraño tubo se introdujo a la estructura, lo que alivió a la joven, observado por la madre que todavía había tres tubos similares y que dos estaban ya sumidos.

Fue entonces que la mujer entendió. Aquellos cilindros eran elixires de Morgrem que Danielle estaba usando en el combate. Cosa que podía utilizar para curarse completamente o crear el veneno blanco que la sanaba de forma parcial.

La madre retrocedió al notar eso, pues sabía que su hija tenía tres oportunidades más para revitalizarse. Ella necesitaba idear un plan en favor de vencerla sin más problemas y así adelantarse a detener la invasión de Mergo y Annia.

—¡Deja de pensar en ellos! —ordenó Danielle, lista para atacar—. Yo soy tu oponente, madre. —Danya rio ante tal declaración, tomó su capa y la arrojó lejos, tronado su cuello con un par de simples movimientos y puesta en posición de combate.

—Basta de juegos, Danielle. ¿Quieres pelear? Entonces luchemos en serio —incitó la madre, lista para asesinar a su hija.

## Trigésima Novena Ofrenda: Maltrato

…

Estaba sola en el mundo, temerosa de la gran carga que significaba la expectativa de en quien me iba convertir desde el día en el que nací, aumentado dicho peso al descubrir que poseía una habilidad similar a la de mi madre, una mujer ya celebre en el mundo al cual pertenezco.

Danya Basilisco fue siempre un ejemplo a seguir en Nwarvus, nuestra tierra natal. Hija de Daniel Basilisco, mi abuelo, y la razón por la cual llevo este nombre, el cual fue un poderoso cazador que poseía el poder la petrificación con sólo tocarte y mirarte directo a los ojos.

Al morir, le pidió a Danya, su única hija, que pasara su apellido y que hiciera de sus hijos personas tan excepcionales como lo era él y ella, su orgullo.

Mi madre se tomó la tarea muy en serio, más de lo que se podría decir «normal».

Somos cuatro en nuestra familia sin contra a nuestros padres. De todos, yo soy la menor, y la única que nació con una habilidad muy similar a la de mi progenitora: el veneno. Es por esto que decidió centrar especial atención en mí desde niña. Recuerdo perfectamente el día que me lo dijo.

—Naciste con el mismo don que yo, Danielle. Fue sin dudas un regalo divino intervenido por tu abuelo, quien espera de nosotras lo mejor del mundo, de conservar su nombre y apellido en lo más alto. ¿Lo entiendes? —Asentí sin saber que me esperaba una larga vida llena de penas.

Mi madre, al ya conocer lo que ella misma podía hacer, me obligó a superarla desde temprana edad, pues creía que traspasar sus experiencias de aprendizaje en las artes del veneno haría un camino más fácil para mí. Qué equivocada estaba.

Me hacía levantarme a las cuatro de la madrugada para ejercitarme. Después, tenía que generar tanto veneno como pudiese hasta quedar agotada, al borde de desmayarme. Esto en favor de ser capaz de crear cada vez más toxinas y llegar a un punto en el cual supere la cantidad que ella podía crear a mi edad.

Desde pequeña, se me enseñó a usar mi veneno para matar. Primero fueron insectos: alimañas que pueden ser encontradas donde sea. Después, roedores, aves y otros animales pequeños. Al conseguir aniquilarlos, tuve que hacerlo con perros, gatos y otras especies de mediano tamaño. Pasamos a los caballos, toros y avestruces, terminado con un hombre condenado por mi familia a muerte, una persona de piel morena y ojos tristes que jamás olvidaré.

—Por favor, no lo haga. Me obligaron a obrar mal. ¡Perdóneme! —pedía con lágrimas en los ojos el prisionero, incitada por mi madre a envenenarlo, hincado ante mí y atado de brazos. Yo tenía apenas siete años cuando le vertí tanto veneno que expulsó espuma por la boca, oídos y ojos hasta desfallecer.

—Tardaste mucho. Práctica más la toxicidad y acidez. Quiero que mueran en menos del minuto para la próxima —dictó mi madre sin siquiera voltear a ver a la niña que lloraba y temblaba por haber matado a un pobre hombre.

Hasta la fecha tengo pesadillas con ese día. Ella lo olvidó por completo.

A la edad de once era obligada a pelear contra mis hermanos, quienes me golpeaban sin piedad con sus agresivas habilidades, lo que me ocasionó terribles fracturas, moretones y pérdida de dientes. Lloraba siempre en el suelo de la arena de prácticas luego de ser apaleada, abandonada por todos a la par que se burlaban de mí por ser tan débil, para luego ser regañada por mi madre.

—Ellos son escoria. Tus habilidades superan por creces a las suyas. ¿Qué pasa? ¿Por qué no peleas?

—Son… mis hermanos…

—¿Eso qué importa? —preguntó la mujer, molesta—. Atácalos con todas tus fuerzas, no importa quienes sean. Debes ser la mejor. —Luego de eso, en el siguiente encuentro que fue meses después, inicié desplegando una gran cantidad de veneno a mi alrededor, oculta entre él.

Mi madre, nada impresionada, observaba la escena, mientras que sus demás hijos se agarraban a golpes con todo, fastidiados de tener que buscarme.

Al final, sólo quedó el mayor de todos, mismo que tenía diecinueve en ese entonces. Él se acercó a la nube de humo y la dispersó, encontrado nada detrás de ésta. La matriarca sólo arqueó una ceja de su duro semblante y observó como aparecí detrás de mi hermano y le arrojé mi veneno más poderoso. Esto lo debilitó, mas no lo hizo caer, golpeada de llano por su habilidad, derrotada en un instante.

El mayor se rio de mí y abandonó la arena, decepcionada mi progenitora de aquello, la cual pidió a los médicos no ayudarme por mi incompetencia.

Los años pasaron y se fue haciendo costumbre usar la misma técnica de ocultarme entre el veneno, aunque comencé a atacar un poco entre lapsos, mas nunca conseguí la victoria como tal. Siempre uno de mis hermanos se me adelantaba y terminaba derrotada, sin ayuda de los médicos de la familia, humillada por todos.

Al paso del tiempo, mi madre me sacaba a enfrentar noxakos, cosa que era fácil a comparación de todo lo antes vivido, insatisfecha al ver lo mucho que me tomaba derribarlos, aunque las quejas lentamente cedieron. Creí que era señal de estar ya a un nivel que le agradara, pero no fue así.

A mis quince años fui convocada para el siguiente combate de práctica. Estaba lista para vencer a todos mis tontos hermanos, tenía en mente la estrategia perfecta para conseguir de una vez dicha hazaña, cosa que no sucedió.

Entró a la habitación nuestra progenitora, delante de sus hijos y sin ellos meterse a la arena. Dicha se colocó frente a mí, lista para combatir, lo que me dejó sin habla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no atacas? —preguntó la matriarca, escuchadas las risas de sus hijos detrás de ella—. ¡Silencio, incompetentes! —aseveró la mujer, callados los demás al instante—. ¡Ataca, Danielle! —Quería hacerlo, pero tenía mucho miedo. Había visto de lo que ella era capaz y enfrentarme a ella, podría acabar con mi vida para siempre. —Bien, entonces empiezo yo. —Un nubarrón de veneno escarlata escapó de Danya, dirigido a mí, mismo que traté de evadir, mas aspiré un poco de éste, lo que me enfureció y drogó para que fuera en contra de la mujer.

—¡Maldita perra! —grité al mismo tiempo que lanzaba una nube de toxinas verde limón, apartada de su camino por un montón de gas verdoso que la mayor desplegó.

—No resistes mi veneno del frenesí. Te hace actuar erráticamente, como una estúpida. ¡Deberías poder aguantar sus efectos como te enseñé! —reclamó mi madre, arrojada una toxina de color ocre hacia mí. Aquella, al ser aspirada, causa un dolor terrible, por lo que caí al suelo y me retorcí por la iracunda tortura que estaba viviendo, desesperada y pidiendo misericordia—. ¡Mírate! Eres patética, Danielle. No puedo creer que no seas capaz de evitar algo tan ligero como es el veneno del dolor. Acabaré con esto de una vez. —Luego de extender su mano hacia mí, una pesada nube de veneno verde oscuro me envolvió. Desperté siete meses después en cama, con un respirador y dificultad de habla.

En todo ese tiempo, ella no fue a visitarme una sola vez. Sabía de mi estado por informes de sus trabajadores, mas sólo eso. No le importaba si despertaba otra vez o no, lo único que esperaba era que lo hiciera para continuar con mi entrenamiento, pues fue lo primero que escuché de los doctores cuando me explicaron mi situación y las ordenes que tenían por parte de mi madre.

Decidí ser más estricta conmigo. Luché con más fuerza, superé mis limites y controlé mis dones de una manera infalible. Tanto así, que derroté a mis hermanos en el encuentro consiguiente a mi despertar, como si ser abatida por mi madre hubiera sido lo que me faltaba para ser mejor, y por ello estaba feliz y agradecida con ella. Fui una estúpida.

En esa ocasión no fue a presenciar el combate, por lo que fui a buscarla a su oficina, en donde se hallaba ocupada con unos hombres que ya había visto antes en casa. Dos que pertenecen más a la guardia de mi padre que a los trabajadores de la familia Basilisco.

—¿Qué quieres Danielle? Sigue entrenando —dictó la mujer sin siquiera voltear a verme.

—Gané, madre. Le gané a mis hermanos —dije con mucho orgullo, feliz, pero ella no se inmutó.

—¿Sigues ahí parada como estúpida? ¡Ve a entrenar, Danielle! —Sus palabras me hicieron enojar, por lo que la ataqué, respondido mi veneno con el propio. —¿Qué crees que haces?

—¡Pelea contra mí! ¡Te ganaré!

—No tengo tiempo para tus juegos. Yo sí tengo cosas importantes qué hacer.

—¿Tienes miedo? —Pensé que eso haría que me siguiera la corriente, pero, sin siquiera mirarme, abandonó la sala, demostrado que seguía siendo indigna ante sus ojos. Que no importaba qué tanto me esforzara, ella nunca iba a estar feliz. Nunca iba a estar complacida.

Por eso me fui, y ahora que crecí, estoy lista para vencer.

…

Danya saltó bastante alto, seguida por una estela en un veneno oscuro y verdoso que se esparció por toda la habitación, rodeada Danielle de su propia toxina verde brillante para evitar que la de su madre la alcanzara.

La mayor, envuelta en su gas, se disparó hacia su hija, la cual preparó su pierna mecánica para lanzar un ataque. Disparó dicha agresión con una patada que la progenitora esquivó sin muchos problemas, propiciado un golpe directo al rostro de la menor, inyectado veneno en el proceso.

Sin esperar, ya en el suelo y frente a su hija, Danya esparció de su gas ocre, lanzado desde sus manos directo al rostro de Danielle. Aquella, en respuesta, desapareció frente a sus ojos, oculta en la nube de toxinas doradas que ella misma creó como defensa.

La terrible, en guardia, aguardó a que su hija apareciera, cuya mirada trataba de peinar toda el área tan pronto podía, observado su verde veneno llenar la habitación completa.

«No me rendiré, madre», pensó Danielle antes de atacar con su pierna mecánica, golpeada la mujer con ella, aunque ésta pegó sus brazos para defenderse de la patada, cosa que no impidió que saliera volando y chocara contra la pared, alejado el gas del impacto gracias a la fuerza impuesta sobre el viento.

Danielle, envenenada, corrió hacia su madre, llenas sus manos de ponzoña celeste, lista para lanzarla a la mayor, mas aquella se rodeó de un montón de gas escarlata, perdida la visión de la hija por unos momentos y retrocediendo, pues no quería ser manipulada por dicha defensa.

Poco después, del humo desatado, fueron disparadas dos columnas toxicas que casi golpean a Danielle de manera directa, protegida de dicha agresión verdosa con su propio veneno del tono, arrojada al suelo por la intoxicación que le había provocado a su pesar.

Sin piedad, Danya emergió de la pared escarlata y arrojó su veneno negro directo a su hija, evitado aquel gracias a que la pierna de la chica consiguió lanzarla a su costado derecho, casi alcanzada por la nube negra ponzoñosa que se esparció alrededor luego de chocar por el suelo.

Con temor, Danielle se levantó y saltó para colgarse de una columna, observado el campo de batalla bañado en gas oscuro, parada su madre entre todo aquel desastre, golpeada y con sangre en la boca. Desde allí, la mayor arrojó dos columnas de veneno dorado hacia su hija, próximas a golpearla de llano, débil aquella por las toxinas dentro de su cuerpo.

«Todos estos años, lo único que quería es verte feliz. Deseaba tanto que estuvieras orgullosa de mí. Que nuestro legado siguiera en pie», decía para sí misma Danielle dentro de su mente, evadido el ataque al saltar a otra estructura y usada su pierna para golpear aquella con todas sus fuerzas y así impulsarse hacia su enemiga. «Pero ya no más, madre».

Danielle, envuelta en veneno rosado, llegó a impactar a Danya. Dicha, con sólo su fuerza, detuvo a su hija, tomadas ambas de las manos en una prueba de fuerza, expulsado veneno de múltiples colores por la dupla que se entremezclaban entre sí.

La menor cae entonces al suelo, débil, por lo que su madre aprovecha y la inclina hacia éste, envueltas ambas en el veneno negro que ella produce, de rodillas Danielle al tratar de parar la fuerza avasalladora de su madre.

—¡Úsalo! ¡Usa tu veneno blanco o muere, Danielle! —gritaba la madre, cosa que enfureció a la hija.

—¡No voy a caer más! ¡Ya no tienes poder sobre mí, madre! —aseguró la joven, cuyo prisma nox de la rodilla brilló y comenzó a rodar, a la par que la chica usaba su propia fuerza en los brazos y piernas para levantar a su enemiga, ganado terreno con sus venenos, dificultada la madre en seguirle el paso—. ¡Ya no soy una niña! ¡Ya no soy tu marioneta! ¡Ya soy libre! —gritó con todas sus fuerzas, propiciado un rodillazo increíblemente poderoso sobre el estomago de Danya, impacto que apartó los venenos de ambas, para luego Danielle unir sus manos y levantarlas tanto como pudo, golpeada de arriba abajo su madre con esas extremidades, provocado que un montón de veneno escarlata saliera de la mayor y fuera absorbido por la hija.

—¡Niña tonta! —vociferó la mujer molesta. Dicha ahora poseía marcas en su piel parecidas a escamas negras que brillaban en verde, tomada su hija del cuello y azotada contra el piso gracias a una fuerza descomunal, agitada Danielle por el veneno del frenesí que la hacía atacar de forma errática, como una bestia—. Te falta mucho por aprender y dominar. No eres nada —decía Danya, poseedora de unos grandes ojos dorados parecidos a los de una serpiente, abierta su boca hacia su hija, expulsado un brillo verdoso desde el fondo de su garganta, lista para disparar.

Desde lo profundo del esófago de Danya salió un mar impresionante de veneno oscuro. Tanto que inundó por completo la habitación hasta que parecía estar en completa oscuridad, densa la toxina y peligrosa como para carcomer lentamente las estructuras que conformaban el sitio, incluido el techo, las columnas, paredes e, incluso, el piso mismo.

Danya levantó el cuerpo de su hija, victoriosa y agotada, observado el mazacote derretido que había quedado en lugar de su oponente, orgullosa de haber terminado la hazaña.

Por otro lado, Annia y Mergo consiguieron atravesar el largo pasillo hacia la sala del rey, extrañados de no ver un sólo guardia en el camino, hasta que se introdujeron tras el enorme portón que indicaba la entrada a la habitación real, hallada ahí la figura del monarca, sentado sobre un imponente trono de acero negro y rojizo, paralizados los cazadores ante la escena.

—Finalmente llegaron, cazadores. Estoy seguro que nuestro encuentro es una obra digna del plan magnifico del destino —enunció el rey desde su asiento real, tranquilo y sereno.

—No, no puede ser —declaró Annia, pálida y temblorosa, algo que puso en alerta a su amigo.

—¿Annia? ¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te había visto. Has crecido mucho y ahora eres todo un heredero merecedor del puesto que Kaito dejó a tu disposición —continuó el hombre, sin dejar de sonreír.

—¡Annia! —gritó asustado Mergo, a quien su amiga pudo responder.

—Es mi padre —declaró la joven, cuyo corazón estaba débil ante tales hechos.

## Cuadragésima Ofrenda: Rey escarlata

Danya sonreía, alegre por haber completado su misión y haber derrotado a su hija a pesar de todos los beneficios que su pierna le estaba dando, del gran talento que había desarrollado durante su corto viaje por el mundo entero, animada por ello.

—Un mes. ¿De verdad creíste, Danielle, que eso sería suficiente para vencerme? Años de entrenamiento desde que tengo memoria no son comparados a eso. Mi padre era mil veces más estricto de lo que yo fui contigo. Sabía que mi deber era ser más severa, pero me ablande porque eras mi hija, porque me vi reflejada en ti. ¡Qué estúpida fui! —decía la mujer al despojo que ahora era Danielle, aun sostenido por ella—. Ya terminó —declaró ella, eliminado el veneno oscuro de los alrededores, revelada una habitación cuasi derretida por las toxinas de la mujer.

Gracias a esto, el techo también se desintegró, lo que dejó entrar un débil rayo de luz al cuarto que ahora estaba a oscuras. Dicha iluminó a la madre y a su hija, como si hubiera sido predestinado que el combate hubiera terminado así.

No obstante, cuando menos lo esperó Danya, los dispositivos de la pierna de Danielle, la cual no fue afectada por el veneno y seguía unida a ella, se activaron, introducidos los tres cilindros a ésta, iluminados los ojos de la joven, quien pegó un grito y liberó una cantidad absurda de veneno blanco brillante, bañada la madre por éste, soltada al sentir un imponente ardor en su mano. Sin pensarlo, retrocedió para evitar la ponzoña de su hija.

Danielle, contra todo pronóstico, se levantó entre la nube de veneno que ella produjo, completamente desnuda y con su cabello ahora blanco, al igual que sus ojos.

La escena impactó a la madre, mas no la hizo compadecerse, arrojado otro montón de veneno oscuro que la chica destrozó con su toxina, lanzada hacia la adulta y golpeada aquella con fuerza usando la rodilla artificial, para luego la menor tomarla del cuello y azotarla contra el piso de la misma manera como lo había hecho su enemigo hace un momento. La diferencia es que, esta vez, Danielle le puso su pierna mecánica sobre el cuello, oprimido aquel con todas sus fuerzas, sujetada la pierna por Danya para evitar ser aplastada por su hija.

—No madre, no ha acabado para mí. Esta vez no vas a ganar. Ya no soy la hija de la que te avergonzabas. Ahora soy la hija a la que debes temer. —La declaración molestó a la mayor, mas sonrió al momento, mientras perdía la batalla de fuerza.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? Si no puedes hacerlo, sigues siendo sólo una basura. Si me matas, serás siempre una parricida, pero al menos me harás sentir orgullosa —anunció sonriente, provocada la ira de Danielle.

—Debí haber hecho hace mucho tiempo. Adiós, madre —enunció la joven, levantó su pierna, como si fuera a perdonar la vida de la mujer.

—Cobarde. —Pero luego de ese insulto por parte de Danya, el rostro de la chica se llenó de ira, dado un poderoso pisotón que hizo un estruendo enorme, terminada la batalla entre la madre y su hija.

…

Annia estaba paralizada. No podía creer lo que estaba viendo frente a ella. La figura sobre el trono, a pesar de verse mucho más vieja de lo poco que recordaba de su padre, era idéntica, justo como se vería si hubiera sobrevivido al atentado.

La mujer lloraba desconsolada, confundida y con ganas de correr a brazos del hombre, mas vio su sonrisa, aquella mueca torcida y tenebrosa, por lo que se llenó de una rabia inconmensurable, apuntó con ambas armas hacia él, desplegó los cuernos y manifestó alas de dragón al instante, decidida a atacar a la más mínima provocación.

—¿Quién eres, bastardo? —preguntó Annia, confundida y molesta—. ¿Eres tú, Danilo?

—Hace tanto que no escuchaba ese nombre. Supongo es normal, ya que no tienes idea de nada —respondía el hombre sin respuestas certeras.

—¿De verdad eres el padre de Annia? El atentado ocasionado en su ciudad natal fue perpetrado por ti, entonces. ¡Tú ordenaste la muerte de tu propia familia! —declaró Mergo, molesto, sin recibir contestación del sujeto—. ¡Di algo, bastardo!

—Tú eres un *Tterim*, ¿cierto? —Eso dejó al cazador paralizado, extrañada la chica al oír eso.

—¿*Tterim?* ¿Miembro de la tribu de la isla Yubime? Ahora entiendo porque decías que tienes asuntos pendientes aquí. —Entendió la amiga del hombre, apenado aquel.

—Perdona por nunca decirlo. Sí, soy el único tterim sobreviviente al atentado. Conseguí salir de la isla gracias a…

—¿Mergo? —cuestionó Annia al ver la duda en las palabras del hombre, además de su mirada baja y avergonzada.

—A Kaito Zhou —aclaró el rey, cruzado de piernas en su trono, vestido con una bella armadura digna de un magnate, cuya corona de obsidiana y rubies brillaba por encima de su cabeza—. El terror de Vusaendal llegó a la isla antes que nosotros. Nos enteramos cuando estaba a mitad del ataque. Fue matar dos pájaros de un tiro —continuó el hombre de ojos escarlata y piel morena, orgulloso de su hazaña.

—¡Bastardo! ¡Admites haber sido tú quien envió ese ataque! —vociferó Annia, enojada.

—¡Por supuesto! Es uno de mis más grandes logros, al igual que la invasión a Ghalax. Ambas fueron un completo éxito. Las misiones dieron resultados mejores de los que esperábamos, he de decir. —Al término de la declaración, Annia cargó sus pistolas con luz, lista para disparar, apuntadas al hombre que tenía enfrente, a unos ocho metros de distancia.

—¿Cómo te atreviste a hacer algo así? ¿Por qué? —cuestionaba con rabia la pelirosa.

—¿Cuál de las dos?

—¡Habla, imbécil! —El rey no decía nada, sólo miraba confiado a la mujer, por lo que ella apuntó a su pierna y disparó, asustado Mergo por el resultado.

La bala de luz, poderosa como siempre, fue proyectada hacia el soberano, pero conforme avanzó, se fue diluyendo en el aire hasta desaparecer a un metro del objetivo, siquiera inmutado el magnate.

—Esos proyectiles sí que son poderosos. Ese es tu secreto para vencer a los horrores del dragón, ¿cierto? —comentó el hombre, recargado su codo en el trono, puesta la cabeza sobre la mano de la misma extremidad, arrogante y temerario.

—Hijo de puta… —denominó Mergo, impresionada su amiga por el fallo de su poder.

—Sé que debes estar impresionada. Es normal, suelo causar esa impresión de buenas a primeras. Siéntete libre de disparar cuantas veces quieras. Espero a que termines. —El reto ciertamente provocó a la chica, mas Mergo la detuvo, pues sabía que sería un gasto innecesario de sus habilidades.

—Espera, no te dejes provocar por ese sujeto.

—¡Mergo! Ese bastardo es mi padre. Mandó a asesinarme a mí y a mis hermanos. Por eso no lo vi en el bosque. ¡Porque está vivo! Todo tiene sentido. Su cuerpo nunca fue encontrado, casualmente desapareció de mi casa al momento y no tengo una sola referencia o recuerdo de mis abuelos paternos. ¡Eso siempre has sido! El rey de Qwinbakvus —ultimó con la vista hacia el soberano. Aquel miraba atento el suceso, divirtiéndose.

—En realidad, no. Mi padre, Daniel, era quien ocupaba este lugar cuando era niño. Lo llamaba «el rey obsidiana», pues los colores de nuestro continente son el negro obsidiana y rojo escarlata. A mí me llaman por el otro —comentó orgulloso el sujeto, molesta Annia por ello.

—¿Por qué fuiste a Nwarvus? ¿Qué demonios tramabas?

—Matar a tu madre, a tus hermanos y a ti, obviamente —explicó el sujeto, molesta la pelirosa.

—¡No te hagas el imbécil! ¿Qué hacías allá? No me vengas con la estupidez de que mamá también era de Qwinbakvus —exigió en rabia Annia.

—No, ella era de Nwarvus, igual que tú y toda tu familia —declaró el hombre—. Sólo tu padre era de Qwinbakvus. —Eso extrañó a los presentes e hizo entender a la cazadora lo que sucedía—. Creo que ya sacaste conjeturas. Así es, soy David Lawrence, hermano gemelo de tu padre, Danilo. —La declaración provocó que la cazadora casi se desmallara, sostenida por Mergo.

—¡Annia! ¡Maldición! ¡Resiste! —exclamaba el tuerto, mareada la chica por las confesiones del rey.

—Tiene razón. Mi padre mencionó alguna vez que tenía un hermano con el que estaba peleado y deseaba arreglar las cosas. ¡Ese eres tú!

—Sí, soy yo. ¡Qué amable de su parte querer algo tan bobo! Lástima que tardó más en hacer eso que mi subida al trono. Luego de morir, papá mi padre me nombró heredero. Mi esposa, de inmediato, estuvo de acuerdo en que era hora de acabar con ese desertor. Temíamos que Danilo se echara para atrás en su auto exilio al escuchar la muerte de nuestro padre y desearía regresar a reclamar su derecho sobre el trono al ser el mayor entre ambos, y el más fuerte, debo admitir. Por suerte no resistió el poder de nuestro batallón, y obviamente los herederos también debían morir. No podíamos dejar que trataran de usurpar mi lugar o el de mi querido primogénito —explicó el rey, enrabietada Annia.

—¡Bastardo! ¿Cómo puede existir un ser tan desgraciado que está orgulloso de asesinar a su propio hermano? ¿Qué clase de enfermo eres?

—El más poderoso de Vusaendal, mi querida sobrina —respondió el rey, puesto de pie al momento—. Siempre tuve celos de mi hermano. Sus habilidades de cazador siempre fueron superiores a las mías. O más bien, más aparatosas. Tenía un carisma impresionante y a todos en el reino tenía encantados. Yo sólo era el hermanito menor, el repuesto. Aun así, siempre tuve mejores cosas que él. Más fieles sirvientes, mejores notas en la escuela y una mejor esposa. Tu padre era malo cuando se trataba de pensar y de elegir mujeres, a excepción de tu madre, confieso —comentó en voz baja el rey, en tono de broma, al mismo tiempo que se acercaba a los invasores—. De hecho, sospecho que estaba enamorado de mi mujer.

—Sueñas, hijo de perra. ¡Mi padre amaba a mamá!

—Tal vez, pero nunca dejaba de repetir lo hermosa que era Danya en su juventud. ¡Vamos! Te nombro «Annia». Seguía pensando en ella a pesar de todos esos años —confesó David, cada vez más cerca de los cazadores.

—¡Por supuesto! Eres el esposo de Danya Basilisco. ¡Vaya redada!

—Sí, ¿qué cosas? Esos secretos deben hacerles entender mucho. Lo que yo no me explico es cómo vencieron a mi hermano menor. —Los cazadores se quedaron paralizados al escuchar eso, intercambiadas miradas por ambos—. ¿Qué? No saben de quien hablo. ¡Interesante!

—El niño. Eso no puede ser posible —dedujo Annia, recordado el infante vestido de marinero que los atacó en Arnbvus.

—Abraham tenía apenas un año cuando mi padre falleció, y parte de su don era el de la eterna juventud. Al menos eso creo yo —contó el hombre, sonriente—. Tuve que alejarlo del castillo porque me hacía sentir todo lo que hacía. Incluso cosas que, bueno, no me gustaba saber que estaba haciendo en privado. —Se detuvo el magnate, apuntado por las armas de los cazadores, encontrados a tres metros del monarca.

—¡Basta de idioteces! ¡Me encargaré luego de ti! ¿Dónde está el horror de Qwinbakvus? —preguntó la pelirosa, impresionado el rey.

—¡Oh! ¿Cómo sabes que yo sé eso?

—¡Responde, mal parido! —amenazó la chica.

—No te voy a decir donde está. Vas a morir justo aquí y ahora, sobrina. —La chica disparó balas elementales al hombre, y a muy pesar de la distancia, ninguna siquiera se acercó al sujeto, desintegradas en el aire por inercia.

Molesta, Annia desató el poder del dragón y expulsó un par de proyectiles luminosos, pero el resultado fue el mismo. Por consecuente, Mergo lanzó su Palkelenber, mas ésta se detuvo a medio camino, caída a pies del rey. Dicho se agachó y la tomó en sus manos, curioso.

—¡Qué arma tan rara! Supongo que los Tterim la forjaron. Sólo ellos poseen cosas tan poco prácticas —comentó el hombre, casual.

—¿Qué rayos está pasando? —cuestionó Annia, molesto Mergo al ver a David tomar su arma.

—¡Suelta eso, maldito! —advirtió para luego saltar hacia el hombre, con sus garras de dragón puestas.

Tan pronto Mergo se acercó disparado al rey, perdió las extremidades luminosas, empuñada su arma por el enemigo en su dirección, por lo que el tuerto terminó atravesado por su propia espada, frente al hombre que tanto estaba empezando a odiar.

—Me temo, amigo, tú no tienes poder aquí —explicó el hombre, lanzado Mergo de vuelta al blandir la Palkelenber, expulsado y sujetado por Annia al momento, cosa que provocó a ambos caer al suelo.

—¿Qué demonios? ¡Mis poderes…!

—Sí, mi don anula todo tipo de magia a mi alrededor. Soy inmune a sus tontas habilidades. Los noxakos siquiera pueden acercarse a mí porque se desintegran. Gracioso, ¿no? —confesó el rey, lanzada el arma de Mergo lejos de los invasores—. Ya ha sido mucha palabrería. Es momento que me encargue de ambos. —Al declarar aquello, David desenfundó su espada bastarda, misma que tenía bellas ornamentas escarlata sobre la misma, sujeta a dos manos por él.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te hizo mi gente, bastardo? —preguntó Mergo en brazos de Annia al intentarse poner de pie.

—Tú debes de saberlo. Existen numerosas leyendas sobre un santuario escondido en el corazón de la isla. En ese lugar, se adoraba a una antigua deidad que concedía todo tipo de deseos a la gente de corazón puro. El dragón era un problema que, por suerte, se resolvió sólo. No quería que la leyenda se cumpliera y alguien consiguiera deshacerse de los noxakos o los orbes nox. ¿Sabes lo poderoso que es mi reino gracias a ello? ¿Lo próximos que estamos de dominarlo todo? ¡No iba a permitir que eso cambiara por nada! —exclamó sonriente, para proceder a reír, victorioso.

—El templo Palkediarr es sólo un tonto mito. ¡Masacraste a toda una etnia! ¡A toda una población por una estúpida superstición! ¡Maldito! —gritó Mergo, lo que hizo brillar la espada y que regresara a sus manos, curado el tuerto por una energía extraña proveniente del instrumento.

—¡Oh! El chico parece estar lleno de sorpresas —comentó el rey, puesto en guardia, sin perder los estribos a pesar de lo visto.

—¡Se acabo, maldito psicópata! ¡Vengaré a mi familia, a mi tribu, a Kaito Zhou y a todos a quienes has lastimado! ¡Tu reinado se acaba hoy! —aseguró Mergo, listo para pelear con su arma.

—No dejaré que eso suceda, tterim —dijo una voz desde una entrada aledaña al salón del trono, proveniente del mismo hombre de armadura y capa que los cazadores vieron en la invasión de Hexlevus, quien entraba a escena, estoico.

—Hasta que apareces, príncipe Dariel —emitió el rey, desenfundado el espadón del joven, apuntado con una sola mano hacia los invasores.

—Su jordana termina aquí, cazadores —aseguró el nuevo enemigo, puesta en guardia tanto Annia como Mergo, listos para el combate.

## Cuadragésima Primer Ofrenda: Duelo

Dariel, sin apartar la mirada de los invasores, apuntó su pesada espada hacia ellos, convencido de poder vencerlos sin problema alguno, nerviosos los cazadores al entender que sus oponentes conocían sus habilidades a la perfección, cosa que ellos, al menos de Dariel, desconocían por completo.

En un parpadeo, en menos de lo que dura un segundo, el príncipe despareció de la vista de los extranjeros, algo que asustó sin dudas a los dos, escuchado un grito de agonía por Annia, proveniente de Mergo, a quien miró al instante, atravesado aquel por la espada de Dariel desde la espalda al pecho, levantado su cuerpo por completo por el caballero de oscuras armaduras.

—Uno menos —aseguró el príncipe, para luego lanzar al hombre con un simple movimiento hacia Annia, sujeto su amigo por ella y cayendo ambos al suelo.

—¡Mergo!

—Ha sido un placer vernos de nuevo, sobrina. Me temo que, al final, el resultado es más que obvio —predijo el rey escarlata, acariciada su arma al momento, alegre.

—Amigo, encárgate del padre. Déjame a mi primo —sugirió la chica a la par que inyectaba el elixir de Morgrem a su amigo, curada la enorme herida del pecho, mas no por completo, por lo que ambos no reaccionaron del todo bien al golpe que Dariel estaba a punto de darles, pues se apareció al lado de ambos, con su espada en manos, lista para ser incrustada en Mergo una vez más.

No obstante, esta vez Annia reaccionó a tiempo y ambos consiguieron evadir el embate, levantado el tuerto de un salto y corriendo en dirección de David para atacarlo, empuñada la espada del rey con una sola mano y apuntando a su oponente, quien movía la Palkebender de un lado al otro de forma amenazante.

Dariel, al notar que su padre sería atacado, quiso ir a auxiliarlo, mas Annia disparó en su dirección, evadida la bala ágilmente por el príncipe, puesta su mirada en la pelirosa.

—Tú vas a pelear contra mí, primo Dariel —sentenció Annia con una sonrisa en el rostro, desaparecido el enemigo frente a sus ojos.

La mujer, en un instante, saltó hacia su costado derecho, evadido el espadazo que el príncipe le lanzó en su antigua posición, chocada la espada contra el suelo aparatosamente, bañado en balas el caballero después de eso.

Impresionado, Dariel esquivó las balas y retrocedió, para luego desparecer y Annia moverse hacia adelante una vez más con un salto, girado su cuerpo en dirección contraria y apuntadas ambas armas a su primo que estaba por encima de su antigua posición, con su espada apuntando al suelo al usar ambas manos, notado que su movimiento había sido leído.

En esta ocasión, las balas consiguieron darle de lleno, aunque ninguna consiguió atravesar su armadura, sí golpeó al hombre severamente, quien cayó sobre una rodilla en el suelo, molesto.

—¿Cómo? —preguntó confundido el hombre, puesto de pie.

—¡Ja! ¿Por quién me tomas? He enfrentado cazadores, noxakos y criaturas más poderosas que tú. Fui entrenada por Kaito Zhou, el terror de Vusaendal. —Antes de terminar, el hombre volvió a teletransportarse y trató de cortar a Annia por la mitad al aparecer a su lado derecho, agachada la mujer y disparadas dos poderosas balas en el pecho de Dariel que lo hicieron volar lejos, acción que le hizo caer al suelo. —Tu habilidad es impresionante para abrir y terminar de un ataque un combate, pero eres un idiota presumido. Pudiste decapitarnos o atravesar nuestras cabezas con tu espada, pero cometiste el error de alardear y hacer un movimiento arriesgado sólo para hacerte el fuerte. Ahora que sé cual es tu don, es sólo cuestión de evadirte cada vez que desaparezcas. Estarás detrás o por encima, no hay otro sitio fuera de mi vista donde aparecer. Si no, mis ojos te captarán de primera y podré pelearte más a mi gusto. Fui entrenada para tener reflejos de felino, de arácnido. No me vas a sorprender, primo. —La declaración enrabieto a Dariel, puesto de pie y tomada su espada con ambas manos.

—Eres una perra habladora, Annia. Apenas vislumbras el potencial de mi don —dicho eso, el hombre desapareció, y cuando la chica evadió y se volteó, se dio cuenta que no estaba detrás ni por encima de ella, por lo que, en guardia, miró en todas direcciones para tratar de hallarlo, sin tener éxito alguno de buenas a primeras.

Por su parte, Mergo se adentró por completo en la zona de negación del rey escarlata, bloqueados los cortes del tuerto por el soberano con una facilidad increíble, a la par que aquel trataba de tajar al invasor con sus propios contraataques, sereno y atento a sus errores.

Llegó un punto en el cual David consiguió leer a la perfección cada uno de los embates del tterim, por lo que sus cortes se iban acercando cada vez más a hacerle daño, rasgadas las ropas del isleño, nervioso por la facilidad del monarca de acostumbrarse a su forma de combate.

Lo entendía, él no podía ganarle con su espada al rey, por lo que decidió cambiar la jugada para no quedarse atrás.

De un momento a otro, Mergo dio un estoque a su rival, mismo que evadió aquel al hacerse a un lado, para luego tratar de cortar al tuerto de derecha a izquierda, apuntado el espadazo a su cuello; no obstante, el isleño usó la facilidad de movimiento de la Palkelenber y la giró en favor de la hoja trasera golpear la espada, interrumpido el corte y arrojadas ambas armas por encima de ambos, cosa que los dejó desprotegidos, soltadas aquellas en el choque tan intenso.

El rey pareció asustarse por un momento al ya no tener su espada en manos, y fue ahí cuando Mergo apretó sus puños, se colocó firme en la tierra y con todo su poder, lanzó un fuerte puñetazo al estomago del rey, el cual aquel consiguió cubrirse al cruzar sus brazos.

A pesar de ello, el monarca retrocedió unos pasos, sentido el fuerte impacto en sus antebrazos, como si una bala de cañón le hubiera golpeado.

Al levantar la mirada al extranjero, notó que aquel tenía ambos puños a la altura de su rostro, al igual que daba pequeños saltos ahí donde estaba, listo para luchar cuerpo a cuerpo.

—El estilo de las ocho extremidades, ¿cierto? El arte marcial que en la antigüedad los dioses le mostraron a tu gente, proveniente de un lugar lejano en el cosmos. Jamás había visto a alguien ejecutarlo, será emocionante derrotar a su último usuario. —Por su parte, el soberano se colocó en una posición de combate propia, rígida y resistente a embates, completamente opuesta a la de Mergo.

Sin pensarlo más, el tuerto se lanzó hacia el rey, lanzada una patada tan rápida y perfecta que muy a penas David pudo cubrir, aunque el poder de ésta hubiera tirado a cualquiera que estuviera desprevenido. Pronto, al notar que este golpe fue bloqueado, Mergo se apresuró en lanzar otro embate de su pierna contraria, con un ritmo y poder inimaginable, tanto así que el mismo rival se impresionó, apenas alcanzado el ataque por sus brazos, resentido al no haberse colocado bien.

El desbalance provocado fue aprovechado por Mergo, quien de inmediato se incorporó y lanzó un poderoso codazo al pecho de su enemigo, dado de lleno, abierta su defensa. Por consecuente, golpeó a puño limpio la zona, sin poder responder el rey, hasta que, luego de palmar el ritmo, pudo entrometer sus manos para desviar las de su rival a los costados y así tratar de sujetarlo para derribarlo.

Lo que no esperaba era que, aunque Mergo tenía las manos indispuestas, los pies eran otra historia, y con un impulso que ni los dioses saben de donde salió, el tterim consiguió dar un salto que le permitió darle un poderoso rodillazo a la mandíbula de David, retrocedido por dicho poder, expulsada sangre de su boca por gracias al impacto, mas no logrado el tirarlo al suelo.

—Este poder… es impresionante —aseguró el hombre, sonriente y con sus dientes llenos de líquido rojizo—. ¡Muéstrame más, Mergo! —pidió el sujeto, provocado el isleño para ir a tratar de golpearlo una vez más con una patada.

Por desgracia, esta vez el hombre se dejó golpear para sujetar su pierna, misma que no pudo desenganchar Mergo de buenas a primeras, por lo que trató de agredir el rostro de David con sus puños a doblar la rodilla y saltar, error que le costó al ser levantado por el rey, evadido el puñetazo y azotado el tuerto contra el suelo aparatosamente, seguido de un poderoso puñetazo que le dio directo en el pecho, donde ya había sido atravesado dos veces.

Sin piedad, David pensaba en dar otro golpe más en el mismo sitio, pero Mergo consigue darle una patada de frente, mandado a volar a un par de metros de ahí, puesto de pie en el suelo el enemigo sin haber recibido tanto daño como el esperado, usado un simple salto por el isleño para regresar al combate, erguido y con sus puños arriba.

Los combatientes se vieron el uno al otro unos segundos, mirado de re ojo el combate de Annia por Mergo, notado que, detrás de una columna, apareció Dariel, lanzado con su espada a por la pelirosa, misma que notó aquello y apuntó con ambas armas hacia él. El príncipe, de manera ágil, arrojó cuchillos en dirección de la mujer, evadidos por ella con un simple salto para atrás, extrañada por la agresión de su oponente.

Ese movimiento fue un claro error, pues al haberse desplazado, Dariel desapareció, lo que le permitiría atacar con la ventaja de Annia tener dificultad en cambiar la acción evasiva anterior por una que le permitiera salir ilesa de su embate principal, listo el príncipe al lado de la mujer para rebanarla en dos por su espada frente a los ojos de los cazadores.

Por suerte, la mujer tenía las alas del dragón, por lo que un sólo aleteo de éstas la mantuvo a salvo, disparadas balas en contra de Dariel y esquivadas por éste, cosa que tanto ella como Mergo notaron.

«Uno». El hijo del rey corrió hacia su derecha, a la par que saltaba y agachaba para evitar las balas.

«Dos». El rey corrió hacia Mergo, listo para embestirlo y así derribarlo en orden de causarle más daño.

«Tres». Dariel empuñó su espada, Annia sacó sus cuernos de dragón y Mergo se preparó para recibir al rey.

«Cuatro». El príncipe desapareció, lo que les dio la pauta a los extranjeros que tanto esperaban.

«Cuatro. ¡Deben ser cuatro segundos!», pensaron al unísono sin saberlo los amigos, pues habían estado contando para saber que tanto tardaba Dariel en volver a teletransportarse. Mergo recibió al rey con una acción evasiva y una fuerte patada de frente para hacerlo retroceder, mientras que Annia consiguió evadir un corte de su primo, arrojada lejos de éste por un aleteo.

La mujer, de inmediato, volvió a contar dentro de su mente sin dejar de atacar con balas de fuego a su rival, esquivadas aquellas por él. «Uno, dos, tres… ¡Cuatro!», al llegar hasta dicho número, Dariel desapareció de la vista de Annia, lo que le hizo evadir y sonreír.

«Cada cuatro segundos, maldito. Sólo puedes hacerlo cada cuatro», pensó la chica, lista para ejecutar un plan que sabía Mergo entendería.

—¡Contra la pared, Mergo! —gritó la chica, extrañados los enemigos ante esto—. ¡Qué caiga por su propio peso! —Las palabras de la mujer rápido fueron interpretadas por Mergo al parecer de los oponentes al verlo sonreír, quien trató de acercarse a David, mismo que se hallaba un tanto cerca de un muro, por lo que trató de rodear a su oponente sin más en favor de alejarse de aquella.

De igual manera, Dariel tomó distancia de los muros, lanzada Annia hacia él con un simple aleteo, cosa que le obligó al príncipe a teletransportarse, mas no lejos, sino por encima de donde ha estaba, algo que la chica no esperó, conseguido un corte del príncipe en uno de los brazos de la mujer, apoyada al final aquella en la pared que tenía ahora bajo sus pies, apuntado su cuerpo a su primo, el cual no podía teletransportarse en cuatro segundos.

Rápido, la mujer se lanzó hacía él, contando. «Uno, dos», continuaba en el trayecto, cerca de Dariel, esperada con el arma cortante en manos, disparadas unas cuantas balas hacia aquel que pudo desviar con la espada o recibir de manera estoica. «¡Tres!», contó Annia, a punto de golpear con sus piernas a su primo, al igual que aquel parecía no tener que teletransportarse, pues levantó su arma, listo para abatir a su prima.

Temerosa, a chica, a último momento, decidió usar sus alas para retroceder, desparecido Dariel y conseguido un corte recto en la espalda de su prima, lo que la dañó significativamente.

Mergo notó eso, y en un descuido, el rey recuperó su espada para después irse a correr hacia el tuerto en favor de cortarlo, así como su hijo había conseguido hacerlo con su propio oponente. Para desgracia del soberano, el tuerto previó esto y se alejó de su rival, esquivado el embate y en posición para recuperar su propia arma, decidido a continuar.

—Es inútil, Mergo. Aunque acaben con nosotros, jamás llegarán al dragón. Su destino es perecer aquí en Qwinbakvus —sentenció el hombre, sujeta su arma con ambas manos.

—Sí terminará aquí, pero con la caída del último tenebrarum y de los noxakos por todo el mundo. Nuestra cruzada está por terminar y el mundo será testigo de un mañana mejor, uno en donde usted caerá. —La declaración acabó con el hombre invocando sus piernas de dragón y saltando hacia el enemigo, recibido por el choque de sus armas, usada únicamente la fuerza de ambos al tratar de abatir al otro de una vez por todas.

Al ver esto Annia, se lanzó en hacia ambos oponentes, dejado atrás Dariel, como si todo este tiempo ella hubiera querido eso, dejar al hombre lo suficientemente lejos en favor de que no fuera alcanzada al momento de unírsele en combate a su amigo.

La pelirosa voló tan rápido pudo, pasados tres segundos a unos cuatro metros antes de llegar allá, lanzado Mergo en su dirección para quedar a espaldas de la chica, lo que podría hacerla chocar con éste y así aprovechar el rey para lastimar a ambos. Lo que no sabía David, es que ese era el plan de su sobrina.

Llegaron los cuatro segundos, y otra vez Dariel apareció por encima de Annia, listo para abatirla en el momento exacto que ella lo viera, sin opciones de escapar, a penas distanciados ambos del monarca a poco más de dos metros.

Al verlo, Annia disparó sus balas a la espada de Dariel, desviada ésta del trayecto, acción que le permitió patearlo con todas sus fuerzas hacia Mergo y su padre, puesto dentro del campo de anulación de su progenitor, empuñada el arma de Mergo hacia atrás sin éste voltear, conseguido que el arma atravesara el pecho del príncipe por completo, para luego Mergo atraerlo hacia el suelo y colocar su rodilla sobre su nuca.

—Se acabó, imbéciles —declaró el isleño, pateada el arma de Dariel por Annia, quien perdió sus alas y poderes, mas estaba lista para sujetar a su primo mientras Mergo soltaba su arma y se colocaba en posición de combate, esperada cualquier cosa del rey escarlata, mismo que estaba paralizado por lo que acababa de presenciar.

—¡Rayos! ¡Padre! —hablaba Dariel derrotado, cuya sangre brotaba más rápido de lo que se podía esperar.

—¡Ríndete, David! ¡Sé acabó! —exigió Annia, con su puño apuntado a la garganta de su primo y la espada bien sujeta, amenazado de dos maneras el príncipe de morir a manos de su propia familia.

## Cuadragésima Segunda Ofrenda: Destrono voluntario

Presuntamente acorralado por los invasores y con su hijo bocabajo, inmovilizado y desangrándose, David miró con un rostro sorprendido a sus oponentes, sin soltar su espada o decir alguna palabra, a la espera de lo que pueda suceder que resulte a su favor, o al menos así lo percibieron los cazadores que tenía enfrente.

—¡Dilo! ¿Dónde está el tenebrarum de Qwinbakvus? —exigió Annia al apuntar a la cabeza de su primo con su arma, segura—. Sé que, si retrocedes, él no se podrá teletransportar. Me temo que se lleva todos los objetos que está tocando. Antes de trasladarse, noté que daba un pequeño salto para despegarse del suelo. No soy estúpida, «tío». —La confesión provocó temor en el príncipe, mismo que no parecía querer rendirse aún, pues su rostro estoico denotaba miedo, pero resistencia a ceder.

Pronto, la faz del rey mostró una ligera sonrisa, deformada la expresión en una carcajada, larga y malévola, risotadas que dejaron sin habla a los cazadores extranjeros, presenciado cómo el soberano se burlaba de la situación frente a ambos, sujetado su estómago con su mano disponible.

—¡No me hagan reír, idiotas! ¿Creen que la vida de Dariel vale más que todo el reino? ¡Son unos estúpidos ignorantes! —aseguró el rey, puesto serio y confiado luego de eso—. No les tengo miedo. Voy a ganar este enfrentamiento en contra de ambos. Puede que el estilo marcial de Mergo sea fuerte e impredecible, pero puedo derrotarlo. Y si creen que emboscándome entre ambos lograrán algo, están muy equivocados —explicó el rey, seguro de sus habilidades, listo para retomar el combate.

—Ponlo a prueba, imbécil. Terminarás peor que tu hijo —sentenció Mergo al levantar los puños, preparado para reanudar la pelea.

—Son unos tontos. Ya perdieron, no hay nada más qué hacer. Su aventurilla tonta se acabó —alegaba el monarca, colocado de lado con su arma para atacar—. Desde que Dariel entró a la sala, llamó a la guardia real. Tan pronto estén aquí, se habrá terminado. —Aquello mortificó a los extranjeros, observados el uno al otro de momento. —¿Qué? ¿Creían que no usaría a mis fieles súbditos para pelear? ¿Pensaron que esto sería un combate justo? ¡No existe justicia en la guerra, sobrina! ¡Aprende eso de nuestra familia! —Al finalizar dicho discurso, un golpeteo se escuchó en la entrada de la sala del trono, apuntadas las armas de Annia hacia allá, tomada la Palkelenber por Mergo, aunque ninguno de los dos poseía habilidades. La chica tenía sometido a su primo a pesar del peligro, quien perdía más rápido sangre al no tener la espada incrustada, desesperado y usando todas sus fuerzas para no desmayarse.

Las puertas fueron abiertas de par en par, lo que dejó ver que, detrás de aquellas no había un ejército en la espera para ayudar a su rey, sino una gigantesca nube de vapor dorado que, luego de esparcirse alrededor, dejó entrar a una figura femenina que se manifestó delante de los presentes, cuyas ropas pertenecían a Danya, mas no la portaba la terrible de Nwarvus.

—¡Danielle! ¿Qué haces aquí, hija? ¿Dónde está tu madre? —preguntó confundido David, observada la chica de cabello corto y blanco por él.

—Hola, padre. Lamento decirte que mamá no estará disponible nunca más para joderme o apoyarte —aseguró la mujer, nacidas sonrisas de los rostros de Annia y Mergo, pues era obvio que la joven había derrotado a su madre y había llegado en su auxilio—. Hola, Dariel.

—¡Perra! ¡Ayúdanos! —exigió el mayor de los hermanos Basilisco, mas sólo recibió una sonrisa cínica de la menor.

—No, tonto. Yo vengo a acabar con esto de una vez por todas. No voy a ayudarlos, voy a hacer esto por mí misma —explicó la chica, cosa que borró las sonrisas de los invasores.

—Bien, hija mía. Demuestra de lo que eres capaz —explayó aliviado el rey escarlata, a la par que Danielle se acercaba a los presentes.

—Voy a llevar a Qwinbakvus a la grandeza. Haré de este continente y de todo el mundo un lugar mejor. ¡Voy a darle honor a mi gente!

—Maldita sea, Dan —replicaba Annia, molesta.

—Y lo voy a hacer tomando el trono. —Eso último borró la sonrisa de su padre, quien ahora estaba confundido—. Así es, mi querido rey. He venido a derrocarlo y así quedarme con la corona. Soy la legitima heredera al trono ahora que mis hermanos mayores me han cedido su derecho de sucesión. Tan pronto acabe contigo y con Dariel, me volveré la nueva reina de Qwinbakvus, detendré la guerra que tanto ha atormentado a Vonrvus, así como al mundo, y, por supuesto, guiaré a Mergo y Annia hasta el lugar donde el Tenebrarum descansa. ¡Se acabó, padre! —La declaración hizo que el hombre corriera hacia la chica, espada en mano, listo para atacar.

—¡Los guardias vendrán! ¡Están todos acabados! —Pero antes de poder lograr si quiera tocar a Danielle, otra espada se interpuso en su camino.

Surgido del veneno, apareció Denzen, hermano mayor de Danielle, mismo que curó y ahora tenía como aliado, quien defendía a su hermana y le ayudó desde un inicio a infiltrarse al castillo.

—Hola, padre.

—¡Denzen! ¡Maldito mal agradecido! ¿Cómo se atreven a revelarse en mi contra?

—Se acabó, padre. Ríndete o muere. No hay de otra —ofreció Danielle, retrocedido el monarca al ser repelido por su hijo, protegida la menor.

—¿Creen que es así de fácil? No importa lo que hagan, hay un ejército allá afuera a mi disposición, el pueblo entero peleará por su rey.

—No lo creo —replicó la chica, seria—. Las personas están cansadas de tu guerra, las ambiciones de nuestros antepasados, el estúpido encierro al que los has obligado a vivir todos estos años. En este momento, Daria está dando un discurso que sonará algo así. —Mientras hablaba, efectivamente la hermana mayor de Danielle estaba frente al pueblo de la capital, sobre un podio, reunidos todos al momento, dadas a estos las siguientes palabras:

—¡Hoy es el día en el que la guerra se acaba! ¡Nuestra gente y Vusaendal ha sufrido suficiente por este estúpido conflicto sin aparente fin! ¡Debe terminar ya! ¡Basta de seguir las tontas ambiciones de mis antepasados, de nuestros difuntos reyes y reinas! Es hora de hacer un cambio de verdad, de demostrar al mundo que nuestra nación es un lugar bello y próspero, pero no por medio de la guerra, sino de la paz. ¡Somos un mundo! ¡Somos todos hermanos! ¡Qwinbakvus! ¡Acepten el alza al trono de Danielle y tiremos los muros que nos separan del mundo! ¡Fin a la guerra! ¡Inicio a una era de prosperidad y paz! —La gente, emocionada, gritaba a favor de la princesa, cantado a coro el nombre de Danielle, quien deseaban fuera su nueva reina.

—No, es imposible. ¿Cómo? —cuestionó David, asustado.

—Desde hace mucho —explicó Dariel, casi desmallado—. La estúpida de Daria es parte de una fuerza rebelde que había tratado de desmantelar nuestro reinado desde hace tiempo. No te dije nada porque quería eliminarla yo mismo y que me premiarás por ello.

—¡Eres un imbécil, Dariel! —gritó el padre, furioso.

—Sólo quería que estuvieras orgulloso de mí.

—Eso es lo que nos sembraste, padre —secundó al mayor Danielle, notada la desesperación de su padre—. El pueblo está en tu contra, la guardia real fuera de combate, tus aliados indispuestos y tu vida comprometida. Jaque mate. —La rabia del hombre, acompañada de su orgullo, le hizo tomar postura, levantar su espada a la altura de su rostro, cerrar los ojos con un rostro sereno, pero derrotado, y dejar caer su arma frente a él, cuyo sonido metálico y aparatoso marcó la victoria de la rebelión como de los invasores.

Esto hizo suspirar a Danielle, para luego correr aquella hasta donde estaba su hermano, lanzado su veneno dorado para dormirlo, atado y curado con el último elixir que le quedaba, mismo que había guardado para una emergencia.

Por su parte, Denzen esposó a su padre, el cual ni siquiera volteó a verle el rostro de ahí en adelante.

—Lleva a la celda más profunda a papá. Yo todavía tengo asuntos qué atender. Reúnete con Daria cuando acabes, por favor, Denzen. —El hermano asintió, tomó al hombre y se lo llevó del lugar sin decir ninguno de los dos más, atado Dariel inconsciente a una columna.

—No esperaba que hubiera un plan de rebelión allá afuera. Supongo tenemos suerte —mencionó Annia al acercarse a su aliada, la cual la miró con una leve sonrisa, aliviada.

—Te equivocas. Esto no es suerte —comentó Danielle, daba una explicación a todo—. Desde tu expedición en Vonrvus, recaudé información sobre su objetivo y planes. Gracias a Denzen, tuve acceso a lo que se sabía de los tenebrarum y que, efectivamente, existe uno aquí en Qwinbakvus, por lo que me reuní con Daria en Hexlevus, cerca de la frontera con Arnbvus, para discutir sobre una posible alianza. Ella me dijo que tenía planes de derrocar a nuestro padre desde hace años y había estado formando toda una organización de rebeldes bajo sus ordenes en pro al término de la guerra. Estaba tan emocionada que me ofrecí a ayudar y le dije que, lo más seguro, era que ustedes entrarían a la fuerza al país para llegar con el tenebrarum, cosa que aprovecharíamos para revelarnos y hacer un golpe de estado. Para nuestra suerte, no fue necesario, porque vinieron directo al castillo, algo que nos dio la oportunidad de actuar por fuera de forma pacífica, al mismo tiempo que derrocábamos a nuestros padres en privado, al igual que a la guardia real —detalló la princesa, impresionados los cazadores al saber todo eso.

—Pero, ¿cómo sabían que llegamos directo al castillo?

—Por el don de Daria. Muy útil, ¿no? —alardeó la chica, emocionados los extranjeros al escuchar eso.

—¡Bien! Me alegra que haya ascendido al trono, su majestad —comentó Mergo, apenada la chica.

—¡Hey! Todavía no soy la reina. Debe de haber una ceremonia y esas cosas primero. Nuestra prioridad en estos momentos es reunir al pueblo, salvaguardar a los más vulnerables y llamar al ejército para que abandonen sus puestos. Para ello, ustedes deben vencer al tenebrarum de Qwinbakvus, y por eso me encargaré no sólo de guiarlos, sino de darles una mano.

—Espera… ¡No tienes qué hacer esto! Eres el futuro de tu pueblo. Es peligroso.

—No, Annia. Se lo debo al mundo entero, a la gente de Mergo y a ustedes, quienes me salvaron la vida. Es el pago justo por nuestras acciones pasadas y por su amabilidad. —Las palabras de la chica enternecieron el corazón de los extranjeros, para luego llenarse de emoción y valor, listos para la batalla final.

—¡Bien, prima! Guíanos, por favor.

—¿Prima? —preguntó Danielle, desconcertada.

—¡Ah! ¿No lo sabias? Somos primas. Tu padre y él mío eran hermanos —explicó la chica, asustada Dan por ello.

—¿Mi tío Abraham tuvo hijos? —cuestionó aterrorizada la joven, corregida por la pelirosa.

—¡No! Mi padre es hermano gemelo del tuyo. Por desgracia, David lo asesinó —contó triste, cosa que lastimó un poco a la heredera.

—Cuanto lo siento. No tenía idea.

—Ella tampoco. Tu padre nos iluminó hace unos minutos. ¡Hoy si que ha sido un día muy largo y ni siquiera está cerca de terminar! —comentó Mergo, agotado.

—Sí, tenemos que vencer a «Y». Ya no tengo elixires de Morgrem. Las cosas se van a poner feas si no tenemos cuidado —secundó Annia, preocupada.

—Descuiden. Sé que unidos podremos vencer a esa cosa. Somos tres cazadores en extremo poderosos. No hay nada que nos pueda detener unidos —aseguró la chica, alegre y confiada.

—Es cierto. Ya vencimos a cuatro. Éste es nuestro último jalón. Demos todo de nosotros —confirmó Mergo, emocionado.

—Por fin el mundo tendrá un hermoso mañana. ¡Vamos, equipo! —alentó Annia, lista para combatir

—¡Sí, prima! —Bufó Danielle, escuchadas risas por parte de los tres, encaminados hacia las afueras del castillo y platicando.

—¿Por qué llevas las ropas de tu madre? —preguntó Mergo, curioso.

—Las mías se desintegraron en la batalla. No iba a estar por ahí desnuda todo el tiempo.

—Tiene lógica —secundó Annia, sonriente.

—También mi pelo cambió de nuevo a ser blanco. Lo teñí de rosa para que sintieran que estaba completamente de su lado, pero fue en vano al final.

—¡Te quedaba bien el rosado, prima!

—¡Gracias!

—¿Ese es tu color natural?

—No, Mergo. En realidad, cambió cuando me colocaron la prótesis en Hexlevus. —La confesión dejó impresionados a los cazadores, ambos viendo a Danielle. —Así es, Morgrem fue quien me la hizo. Pedí que no les dijera nada, pero siempre estuve en una de las torres encerrada desde que llegaron a su morada, incluso me hallaba presente durante la invasión de Qwinbakvus. Siento no haber ayudado.

—¡Wow! Descuida. Menos mal que el tenebrarum no te alcanzó a lastimar cuando se fue en contra del castillo.

—Sí, tuve mucha suerte, en realidad —alegó la mujer, finalmente a las afueras de la ciudad, subidos en un vehículo adecuado con orbes para que los noxakos los ignoraran, adentrados al bosque hacia una distante elevación que era un tanto aparatosa entre lo visto a la distancia.

Una vez cerca del destino, Danielle pidió a los cazadores bajar del auto y caminar tras ella, llevados ambos hasta la cima del lugar a donde habían llegado, encontrado ahí algo que, sin dudas, impresionó a los cazadores.

—¿Esto es? —preguntó Annia, sin palabras.

—Así es, es el tenebrarum de Qwinbakvus. Prepárense —confirmó la chica, notado frente a los tres un gigantesco dragón hecho de tierra, piedras y maleza, mismo que aparentaba dormir de manera plácida sobre el montículo del lugar, en completa paz, como si fuera una especie de formación natural, pues su figura convivía en gran armonía con la flora del lugar a su alrededor.

## Quinta Ceremonia: Rugitus

En la frontera de Vonrvus y Qwinbakvus, donde el ejército del primero trataba de usar todo su poder para distraer y golpear a su enemigo en pro de hacer tiempo para Mergo y Annia, sucedió algo insólito. Las fuerzas armadas del continente oscuro comenzaron a retroceder, ordenes que les habían llegado de la capital, cosa que los nativos de Vonrvus percataron al ver que estaban abandonando los puestos de combate sin más.

Rayshea, la cual se encontraba en una de los campamentos fronterizos de Vonrvus, se enteró del extraño suceso por parte de unos soldados que avisó a los comandantes en turno, sospechado por ella que algo sus aliados habían hecho para que sucediera dicho acontecimiento, por lo que sugirió no dejar ir a los enemigos, ya que creía que estaban retirándose hacia la capital para defenderla, cosa que la fuerza armada de su país no pudo ejecutar por el peligro que representaba.

—Annia y Mergo se encuentran allá. Seguramente Qwinbakvus quiere defender a la criatura que llaman «Tenebrarum». ¡Debemos hacer algo!

—Señorita Rayshea. Sé que está preocupada, pero invadir de esta manera no estaba dentro de los planes ni en el acuerdo hecho. Los aliados deberán huir o hallar una manera de regresarlos a nosotros. No hay de otra. De igual manera, sólo se adentraron hacia el muro del cielo, como si quisieran defender y ya, mas no atacar a los invasores como es común —acertó a decir el comandante, molesta la terrible a pesar de todo.

—Nong Rayshea ka. Por favor, sea paciente —pidió Aerya al acercarse a su igual—. Me temo que algo más está sucediendo. Será mejor esperar a ver qué pasa ka —aseguró la terrible del sur, cosa que, luego de un suspiro, la mujer de piel negra aceptó, observado el oscuro cielo distante del continente vecino, temerosa a lo que fuera a pasar.

—Malak, ve a la capital y avisa de esto de inmediato —ordenó la terrible norteña, atendida la orden por la mujer y lanzada sobre su avión para retirarse al momento, preocupada por Annia y, sobre todo, por Mergo.

—No mueran —dijo al aire la piloto, despegada en dirección a la capital de Vonrvus.

…

Los extranjeros, curiosos, veían la formación de tierra que se asemejaba a un dragón. Aquella aparentaba ser natural, cosa que no les quitaba lo mortificado que estaban por el peligro que podía presentar, extrañados de ver tan tranquila a Danielle al estar tan cerca de éste ser.

—Dan, ¿cuál es la canción de Dandy en Qwinbakvus? —preguntó la pelirosa, algo que extrañó a la joven.

—¿Canción? ¿De qué hablas?

—Sí, supongo que Dandy era algún tipo de personaje infantil como en los demás continentes. Debió alguna vez presentarse con alguna canción o algo similar —secundó Mergo, notada la extrañez de la menor.

—No, para nada. Dandy no tiene canción aquí y no es un personaje infantil. Es el protagonista de una terrible leyenda —enunció la joven, provocado que los extranjeros se vieran el uno al otro, atemorizados.

—¿Puedes contarla? —Al pedir eso Annia, Danielle volteó hacia la figura que tenía detrás, ya que le había dado la espalda, y una vez que suspiró profundo, preocupada, regresó sus ojos a sus aliados y contó la historia.

—Se dice que hace unos cien años, sucedió algo terrible justo en este mismo lugar. Dandy, el dragón guardián de Vusaendal, descendió sobre la torre de nuestro continente, en donde observó los alrededores por un par de días, pensativo. Nadie sabe exactamente qué era lo que quería o qué pasaba por su mente en esos momentos, pero lo que todos recuerdan es que el escamado, de un momento a otro, lanzó un poderoso rugido al aire, nacido por encima de él un titánico circulo mágico que expulsó una extraña aura que se dispersó a los alrededores, hasta alcanzar confines que se perdían a la vista. Luego de eso, el dragón pareció palidecer, por lo que voló tan alto pudo, tiró un tremendo aullido de dolor y se partió en cinco partes. Una de ellas vino a dar acá, encontrado días después lo que tenemos aquí presente —señaló a la figura Danielle, pensativa.

—¿C-cómo demonios no se sabe sobre eso? —cuestionó Annia, confundida.

—Nuestro continente ya había entrado en guerra con Vonrvus. Es un secreto entre la gente, más que nada sabido por la familia real y los aristócratas, por lo que no es muy común que salga a tema de conversación. Además, también es un cuento de terror, una simple leyenda, ya que dicen que, por las noches, la figura que tenemos enfrente brilla en color carmesí, cuyo palpitar puede escucharse en todo este bosque.

—Entonces, las figuras que hemos derrotado, ¿son fragmentos de Dandy?

—Así parece, Mergo. Aunque luego de separarse, según dicen, se pudo ver al dragón en forma de luz pura desvanecerse dentro de un circulo mágico. Como si su alma o esencia se haya ido a otro lado.

—Sé que es muy pronto para deducir cosas, pero la estatua debe tener algo que ver —comentó Annia al analizar lo relatado.

—¿Qué estatua?

—En el palacio celeste, hogar de Dandy, hay una estatua con cinco braceras que contienen los nombres de los continentes en ellas. Cuando vencimos al tenebrarum de Nwarvus, una de ellas se encendió en fuego dorado. Tenemos la teoría que, cada uno de los enemigos que hemos derrotado, ha ido encendiendo dichas braceras con fuego —explicó el tuerto, un tanto inseguro.

—Los dragones que hemos enfrentado han sido todos de colores diferentes. Amarillo, azul, verde y púrpura. Éste es color carmesí, o sea, rojo. Posiblemente las braceras se han encendido con fuego sagrado de dichos colores. La esencia original de los dragones, según recuerdo, estaba conformada por estos tipos de llamas multicolor. Tal vez, Dandy se separó de ellas, excepto por la celeste y naranja, la cual debió irse a otro lado —concluyó la pelirosa.

—¿Cómo sabes tanto de Drakologia?

—Kaito me contaba de ello en los entrenamientos. Sabía mucho de creacionismo y luminismo —confesó la chica a su prima menor.

—Por eso se veía como un ente transparente. Era su alma. El fuego celeste representa eso.

—Y el naranja la magia. Por eso pudo irse con un circulo mágico. Tiene sentido —secundó Annia a Mergo.

—Entonces, todo este tiempo han estado peleando contra los fragmentos de Dandy. Los han destruido para regresarle su esencia a su castillo y así reformarlo en uno sólo —dedujo la joven, impresionados los extranjeros al saber eso.

—Creo que sí. Teníamos una idea de algo parecido, mas no estábamos seguros. Creo que ya es más que obvio —ultimó la pelirosa, un tanto nerviosa.

—Hay que acabar con esto —sugirió Mergo, dado un paso con su espada en manos hacia el dragón de tierra.

—¡Espera! Se ve demasiado pacifico ahí acostado. ¿Crees que será un enemigo como los demás? —preguntó Annia, lo que confundió a su amigo.

—¡Claro que sí! Demos el primer golpe. Si está dormido, nadie saldrá herido al conseguir matarlo antes que se levante.

—Pero recuerda que éste tenebrarum no siente. ¿Qué tiene que ver eso con que esté aquí dormido y hecho de tierra? No me hace ningún sentido. Tal vez el espíritu de Dandy está aquí también y sólo tenemos que guiarlo al palacio. Es una posibilidad.

—Tal vez —comentó Danielle, insegura—. Por desgracia, hay muchas historias de cómo hubo gente que vino hasta acá a despertar al dragón y que no regresó nunca a su casa. Muchos hemos venido a verlo, a contemplar a la bestia de la leyenda, pero nunca la molestamos. Quienes quisieron hacerlo, simplemente desaparecieron. —El relato convención al isleño, mismo que empuñó su espada hacia la figura y caminó cuidadoso para acercarse más, esperado el combate o reacción de aquel.

Annia y Danielle, sin esperanzas de ser aquel un golpe decisivo, se prepararon para pelear, esperado lo peor desde un inicio por experiencias pasadas.

Mergo, al estar a menos del metro de la formación de tierra, escuchó un latido. El sonido era constante y sonoro, oculto debajo la maleza y piedra que era la figura del dragón, cuyo ritmo lento y suave era tranquilizante, armonioso y le dio un sentimiento de empatía al hombre, mismo que le hizo dudar de golpear a quien consideraba su enemigo, al darse cuenta que, como él, estaba vivo.

Pronto, el ojo del dragón de tierra se abrió, revelada una pupila escarlata detrás de su parpado, lo que hizo sacudirse no sólo todo su cuerpo, sino también los alrededores, tratado un primer golpe por parte de Mergo a pesar de ser ya un poco tarde.

Desde debajo de la tierra, con una velocidad impresionante, brotó una larga cola que golpeó de forma aparatosa al isleño, mandado a volar hasta que chocó contra un árbol cercano, en donde consiguió recuperarse para observar cómo la extremidad con que se le agredió se quedaba entre sus amigas y el dragón, hecha aquella de puro musculo, sin piel o escamas encima, notados los huesos y la grasa por sobre ella.

El dragón se levantó y pegó un rugido, caída la tierra y plantas que tenía encima, revelado así que aquellas estaban cubriendo su cuerpo rojizo y sanguinolento, conformado únicamente por musculo, huesos y algunos órganos que eran visibles, como el corazón, el cual sobresalía un poco de su pecho.

La criatura vio a los presentes, molesta, y expulsó de su hocico una llamarada escarlata que pretendió incinerar a los cazadores, mas aquellos consiguieron evadirla sin problemas, oculta Danielle en una gran nube de veneno celeste, iniciado vuelo por Annia y hecho un salto por Mergo con las garras de dragón puestas en las palmas y piernas.

Sin esperar un momento más, Annia disparó a la criatura con sus balas de luz, la cual parecía sólo estar conformada de la cintura para arriba, pues no se podía ver que tuviera patas traseras, y sus alas se notaban o enterradas o unidas a su cuerpo por debajo de la tierra, como una larga capa de cuero rojizo.

Mergo, apuntado su corazón por su espada, lanzó dicha arma con una fuerza increíble, detenida aquella por la cola de la bestia, impulsado el tuerto por las garras de sus piernas para arrojarse hacia la criatura y así destrozar el órgano aparatoso de su pecho, mas fue interceptado el zarpazo por uno propio de la figura infernal.

Ya frente de él, el ser carmesí intentó quemar al hombre usando su aliento, pero fue interrumpido por Annia, pues dos balas de luz dieron en el hocico del dragón, lo que le hizo ahora apuntarle a ella con su aliento en lugar de a Mergo, evadido aquel por la mujer en el aire.

Ya distraído, Danielle pudo acercarse y llenar los alrededores del ser con veneno verde, lo que le causó dolor, expulsada la chica por la cola de la criatura, evadida la extremidad con mucha agilidad gracias a la prótesis.

Con la facilidad que el dolor causado por el veneno le estaba dando, Mergo consiguió apartar las garras del dragón que estaban interfiriendo con él y, por fin, atinó a arañar el corazón del dragón, golpeado el hombre aparatosamente por la otra pata de su enemigo, lo que le hizo salir volando lejos, protegido con las extremidades de luz, sin haber recibido mucho daño.

Annia, de inmediato, disparó al órgano expuesto, lastimado todavía más gracias a aquello, arrojado más veneno por Danielle, quien evadía la cola y se ocultaba en sus toxinas, mermada la atención del dragón a su prima, confundido éste al no poder darle un sólo ataque a cualquiera de las dos.

El tenebrarum, torpe, hacia un esfuerzo tremendo para quitarse de encima a los tres cazadores que estaban hostigándolo de forma muy efectiva. Golpeaba con su cola, lanzaba fuego y daba zarpazos como podía, mas todo era inútil. Sus enemigos continuaban atinando agresiones hacia él una tras otra, notado un poco de cansancio de éste por los humanos, señal que les alegró al ver que estaban siendo efectivos sus embates.

Débil y con mucho cólera, el ser sólo consiguió refugiarse a sí mismo al retraerse, en una posición que indicaba a todos que tenía miedo o que ya no sabía qué hacer, como si estuviera desprotegido y desperado.

—*Ustedes son unos malditos inútiles* —habló el dragón, fuerte y claro, asustados los cazadores—. *¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cien años? Tal vez más ¿Esto es todo lo que tienen? ¿Es lo único que han logrado todos estos años? ¡Patético!*

—¿Qué? ¿Habla? —Se preguntó Danielle, observado cómo el dragón levantó a mirada, molesto.

—*¡Se acabó el tiempo y mi paciencia! ¡Este mundo esta destinado a perecer! ¡Los humanos son sólo una maldita plaga y será mejor que yo mismo me encargue de ellos!* —Un rugido fue emitido por el dragón, expulsadas sus alas de la tierra, abiertas por completo, mientras que sus patas delanteras se colocaron sobre la tierra para expulsar el cuerpo entero del ser, liberado a la par de su vociferación, avistado por los humanos un lánguido ser compuesto por huesos y músculos, digno de ser el anfitrión de una horrible pesadilla.

Los tres cazadores trataron de detenerlo, mas fue inútil, la criatura consiguió salir de la tierra, tomado vuelo gracias a ello, avisada por ellos en el cielo oscuro de Qwinbakvus, emitido un poderoso bramido que se extendió por todos lados, uno que fue escuchado en todo el mundo.

En Vusaendal, el chillido del guiverno fue oído con atención, distante y tenebroso, provocado de inmediato que, desde Qwinbakvus, el cielo de todos lados se turnará color escarlata, atemorizado el mundo entero por ello, pues la luz de los orbes también empezó a brillar en dicho tono.

—¿Qué está pasando, alcalde? —preguntó un hombre de la aldea Dandelan al presenciar lo ocurrido.

—Es Dandy. Mergo y Annia deben estar cerca de acabar con el último monstruo. ¡Hay que ir al palacio de inmediato! —ordenó el anciano, preparado para escalar el monte Gomoth.

Vusaendal había sido arrastrado al terror absoluto, cuyo perpetuador se hallaba listo para continuar peleando.

—*El fin de este mundo, de la humanidad como tal, ha llegado. Ne nouz lae darat daxae!* —vociferó el dragón, expulsado de su hocico una cantidad brutal de fuego que llenó por completo el bosque y sus alrededores, evadido el aliento por Danielle y Mergo, gracias a que el último tomó a la chica y saltó tan alto pudo, observado cómo la zona entera se llenaba de fuego escarlata.

—¡Maldita sea! ¡Muere hijo de perra! —gritó Annia, disparadas múltiples balas de luz que, con una agilidad impresionante, el dragón consiguió evadir al volar a gran velocidad, disparado hacia la pelirosa en el aire, expulsado fuego de su hocico para envolverse en él y con eso golpear a la chica, misma que pudo evitar el golpe a duras penas, lo que provocó su caída.

Los contrincantes del ser, sin otro remedio, cayeron en el mar de fuego, usada la palkelenber para crear un terreno donde no hubiera fuego y así aterrizar tanto Mergo como Danielle en él, mientras que Annia usó sus alas para hacer lo mismo, segura en la tierra, mas sofocada por el fuego.

—*Sus intentos son en vano. ¡No han aprendido nada! ¡Son débiles!* —aseguró la criatura, lanzada otra llamarada en dirección a los cazadores, evadida, notado que el fuego que expulsó el dragón se barrió hasta una distancia casi indivisible por los presentes, demostrado el increíble poder de la bestia.

Mergo, sin pensarlo, se impulsó con las garras del dragón hacia su oponente para tratar de golpearlo con un zarpazo, evadido eso por el enemigo gracias a un aleteo, envuelto en llamas a sí mismo y dando vueltas en el aire, convertido en una gigantesca espiral formado de llamas escarlatas que viajó por el cielo para dirigirse a Danielle en picada, como una especie de serpiente aérea, misma que se arrastró contra el suelo hasta la chica.

Con el poder de la prótesis, la joven pudo expulsar una gran cantidad de venenos alrededor, barrida la zona por la aberración que destruyó todo en su camino, regresado al cielo donde dejó de girar y retomó vuelo, disparadas más llamaradas hacia Annia y Mergo desde allá, destrozado el sitio por consecuente y golpeados por el aliento de manera indirecta ambos cazadores, notado ya un inferno alrededor del imponente dragón que volaba en el firmamento, majestuoso y posando como si fuera un augurio del mismísimo apocalipsis.

La pelirosa, enrabietada, emprende vuelo para enfrentar a la bestia en el aire, evadida una embestida por el coloso, disparadas varias balas de luz que consiguieron dar en el blanco a duras penas al pasar aquel ser al lado de la joven al momento de la esquivada. No obstante, una vez que es dañado con el contrataque de la mujer, el dragón utiliza su cola al dar una pirueta en el aire tan pronto parece separarse de la chica, con la que atina a una de las alas, lo que provoca que Annia caiga al suelo.

Molesto, el oponente de los cazadores voltea y carga su poderosa llamarada en dirección a la mujer, la cual no puede defenderse al ir en picada, por lo que sólo atina a disparar balas en dirección de su oponente, evadidas todas por su rápido vuelto, rodeada la mujer para ser proyectado su aliento escarlata que iba directo a ésta, de no ser por Mergo que saltó y logró salvarla de ser directamente golpeada por ese embate.

Por desgracia, esto no los pone a salvo, pues el dragón se da cuenta de ello y vuela con el fuego en su hocico envolviéndole, convertido en ese taladro rojizo que serpentea en los cielo, demostrado una vez más cómo puede zambullirse en la tierra para golpear a sus rivales y luego retomar altura antes de detenerse y volver al surcar en el aire, separados los amigos al ver que iban a ser embestidos, cosa que no logró evitar el daño, pues fueron golpeados por las llamas y el dragón, arrojados en el mar de fuego que se extiende por la zona.

Potenciada por la extremidad artificial, Danielle consigue retirar el fuego de la zona donde cayeron Mergo y Annia, salvados ambos de dicho elemento, pero lastimados por la agresión anterior, sin tiempo de reaccionar al siguiente aliento que el guiverno lanzó sobre todos, apenas esquivado por la pelirosa al conseguir volar una vez más y por Mergo, que aunque saltó, el enemigo alzó el flujo de las llamas y alcanzó a darle de lleno al hombre en la espalda, precipitado al suelo por ello.

Con una velocidad impresionante, sin dar tregua, la bestia vuelve a convertirse en ese torbellino demoniaco, disparado hacia Danielle, quien, en lugar de evadir, sonríe y esparce su veneno a los alrededores, desparecida entre éste y atropellada la zona por el ente, quien barre y dispersa las toxinas apenas fueron colocadas ahí, retomado el vuelo, sin poder observar aquel donde se encontraba la chica o su cadáver, agredido por las balas de luz de Annia que mejor se dispuso a esquivar.

Por su parte, Mergo consigue ponerse de pie y correr a una velocidad impresionante en dirección de su oponente, sobre el fuego, mientras salta y se prepara para atacar, cuyo poderoso brinco en dirección del dragón era bastante obvio, cosa que le dio la oportunidad al coloso de reaccionar y preparar sus garras para interceptarlo en el aire, a la par que Annia se acercaba por el lado contrario a quemarropa con sus balas de luz, mismas que dieron su mayoría en el blanco.

Ya en cólera, el dragón decide acabar con Mergo de una vez, así que se concentra en éste, preparado no sólo su aliento, sino sus poderosas garras y cola, cualquier cosa que sea necesaria para matarlo de un tajo, y justo en el momento que tenía al tuerto cerca, una poderosa nube de veneno se esparce desde su espalda a todos lados, lo que confunde al dragón, hasta que abre sus fosas nasales y aspira para sentir el fuerte aroma de la joven tras de él, misma que consiguió subirse en su último ataque.

Gracias a que las fosas nasales del monstruo se abrieron y aspiraron, mucho veneno consiguió entrar en su sistema, ventaja que ni siquiera Danielle esperaba, pues sólo deseaba confundirlo para que sus aliados pudieran dar un golpe asertivo, pero el accidente permitió más que eso. Mergo llegó hasta el pecho del dragón y estuvo a nada de lograr atravesar su corazón, no obstante, el guiverno consigue moverse un poco con su gran velocidad y es su hombro el cual es terriblemente lastimado, atrapado Mergo con la garra de la extremidad alcanzada, golpeada Danielle con la cola de forma aparatosa en su espalda y atrapada por ésta, evadido el aliento escarlata que iba directo a Annia, ahora dirigidas sus balas hacia sus amigos para tratar de liberarlos.

Seguro y preciso, el dragón surcó los aires en favor de atrapar a la pelirosa con sus patas traseras, notado por la cazadora que Mergo estaba resistiendo el apretón por sus extremidades de luz y que Danielle parecía desorientada, sin poder hacer nada.

Decidida, Annia voló hacia el dragón, confiada en poder evadir sus agresiones para, al menos, tratar de liberar a su amigo, quien tenía mejores oportunidades de vencer la fuerza de la bestia, y fue eso justo lo que empezó a lograr, abierta la garra del coloso lento y seguro. Por otro lado, Danielle luchaba para regresar en sí, mostrada una mueca de fastidio y persuasión, llevado en mente todo lo que había aprendido y logrado en los últimos días de su vida y la belleza del cielo que deseaba para su gente, por lo que reaccionó y desprendió un montón de veneno rosado que fue absorbido por el dragón en pleno vuelo al estar pegado a la chica.

Desesperado, el monstruo soltó a la menor en el aire, dada una pirueta para que la cola la golpeara con mucha fuerza y la clavara en el suelo desde las alturas, arrojado Mergo hacia esa misma dirección de inmediato, golpeado el corazón de la bestia por varias balas de luz de Annia, la cual estaba ya muy cerca del ser infernal.

Un cabezazo del ser rojizo atinó a la pelirosa con tal precisión, que pudo ser sembrada en el suelo a una distancia similar a la de sus compañeros. Dicha oportunidad de tenerlos juntos y dañados no iba a pasar así nada más, por lo que el dragón unió tanto poder pudo dentro de su diabólico hocico y disparó un mar de llamaradas escarlatas en dirección a sus oponentes que, incluso, levantó la tierra de tanto poder que ejercía donde su flujo desembocaba.

El valle entero se vio envuelto en fuego, tierra y ceniza, aclamada la victoria del guiverno al notar que todo estaba destrozado y dominado por las flamas rojas que, a su vez, achicharraban el mundo a la vista.

—*Y los valles del mundo se tornarán rojo escarlata, color del último presagio del apocalipsis. Indignos aquellos que son quemados por su presencia, pecadores humillados por su incomprensión y orgullo. ¡Vuela por el cielo, bestia escarlata! ¡Trae al mundo el caos de la luz rojiza que tu padre solicita en el juicio de este reino!* —recitó el dragón, dejada la zona para dirigirse hacia la frontera, donde detectó con su imponente olfato que había una enorme acumulación de humanos con habilidades de cazadores.

Annia, Mergo y Danielle se liberaron de la tierra, pues las alas de la pelirosa y las garras del hombre consiguieron defenderlos del terrible embate. Aunque tenían severas quemaduras en el cuerpo, continuaban con la voluntad de luchar. Algo que no era el caso de Danielle, la cual se notaba en extremo lastimada.

El tterim, al ver esto de la chica y cómo caía al suelo, derrotada, tomó su último elixir y lo inyectó en la joven, lista aquella para continuar gracias a la curación otorgada.

—¿Tenías uno más? —cuestionó Danielle.

—Sí, pero no quería decir nada para que tuvieran cuidado. No resultó del todo bien —explicó el hombre, puestos ambos de pie.

—¿A dónde rayos se fue? No lo veo —externó Annia al buscar en el cielo, avistado por todos casi al mismo tiempo—. Ahí está el bastardo.

—Se dirige a la frontera. ¡Tenemos que irnos! Allá hay demasiada gente tanto de Qwinbakvus como de Vonrvus —comentó Danielle, puesto sobre una rodilla Mergo y dándole la espalda a la joven, señalado que subiera para llevarla.

—¡De prisa! Tenemos que ir rápido —ordenó el tuerto, preocupada la menor por las heridas del hombre, pero haciendo caso y montándose sobre él.

Las alas de Annia fueron desplegadas y el vuelo, tanto la carrera de los restantes, inicio hacia el enemigo, quien parecía decidido a acabar con el mundo justo como lo había declarado antes.

—Algo se acerca al mural del cielo, general —anunció uno de los soldados de Vonrvus, extrañados los terribles y el hombre, acudidos a salir de la tienda en el asentamiento para ver el cielo, notada la gigantesca criatura escarlata y sanguinolenta que iba volando hacia ellos.

—*Holy shit! What the hell is that?* —preguntó el hombre, asustado.

—*The dragón.* Es la criatura que Mergo y Annia deberían estar combatiendo. ¡Khun Aerya!

—Es posible ka —contestó a Rayshea, mortificada, asumido por ambas que, tal vez, el monstruo haya eliminado a los cazadores.

Al notar a aquel ser demoniaco, los soldados de Qwinbakvus, temerosos y conocedores de la leyenda de Dandy, decidieron salvaguardarse del otro lado de su defensa mágica que era el muro del cielo, esperanzados con eso ser suficiente para detener a la criatura.

—No importa. No podrá atravesar el muro, estamos a salv… —mas antes de terminar aquello por el comandante, el guiverno usó su aliento para destrozar la defensa de izquierda a derecha hasta donde su aliento pudiera llegar, lo que hizo a la pared caer en un instante, conseguido atravesar dicho lugar para expulsar más llamas que asesinaron a gran parte del ejercito de Qwinbakvus, lanzadas habilidades mágicas hacia él de los restantes, misma que, con un sólo aleteo, el dragón desapareció.

—*Lord Creator. Bless us!* —enunció Rayshea, espantada ante lo visto.

—No podemos dejarlos morir así. ¡Ejército de Vonrvus! Prepárense para atacar. Esa cosa no distingue de donde somos, se los aseguro. ¡Ataquen! —Tan pronto eso fue ordenado, la infantería del continente vecino lanzó sus mejores ataques al coloso, despedidas bombas mágicas de aviones de combate, disparados rayos de energía desde tanques y proyectadas habilidades desde tierra al acercarse las personas a tratar de destrozar al monstruo.

Todo ello fue evadido o repelido por la bestia, aniquilados los vehículos aéreos por las garras del dragón, abatidas las armas terrestres gracias a su giro rápido y achicharrados los soldados con su infernal aliento escarlata. La escena era digna de una pesadilla.

—¡Maldita sea! ¿Cómo te atreves, *fucking shit?* —emitió Rayshea, disparada con un haz de luz hacia el dragón, atrapada aquella con la garra sana del tenebrarum en el trayecto, impresionada la mujer por esto—. *How?* —Se preguntó la terrible, observada por el ente demoniaco que estaba listo para morderla y partirla a la mitad, de no ser porque una imponente lanza sanguínea fue lanzada desde el suelo, cortesía de Aerya, la cual reunía la sangre de los cientos soldados caídos, formado un titánico ídolo con varias serpientes por detrás que se lanzaron en contra del dragón, evadidas aquellas a duras penas, capturado el guiverno al final por la sangre de Aerya.

Rayshea trató de liberarse, mas parecía imposible, así que se encendió en luz pura para intentar quemar la mano de la bestia y destrozarla, cegado el coloso gracias a esto, por lo que se enojó, lanzó una gran llamarada escarlata al ídolo rojizo que terminó por destrozarlo completo y bañar a Aerya de fuego, a la par que tomaba vuelo sobre la tierra árida que había formado, cerca de ella sin descender por completo, para ir arrastrando a gran velocidad a Rayshea en ésta, dirigido también su aliento a la garra a la par del vuelo, finalmente tomada altura, soltada la terrible y golpeada con la cola luego de una pirueta, lo que la proyecto hasta el asentamiento de Vonrvus, destrozado parte de él.

—¡Khun Aerya! ¡Rayshea! —Gritó el comandante, observado el dragón, cómo le miraba directo a él, a quien lanzó un poderoso aliento que quemó los alrededores del sitio, desparecido el campamento militar de Vonrvus en un instante.

El hombre, rendido, abrió los ojos, y notó que, a su lado, detrás de unas rocas, de hallaban Aerya y Rayshea, lastimadas gravemente, pero vivas y todavía de pie.

—*You guys!* —enunció el hombre, impresionado.

—Esa cosa es demasiado poderosa ka. Debemos pensar bien antes de atacar —analizó la terrible del sur, notado cómo el coloso continuaba atacando a los soldados restantes, casi aniquilados todos.

—*Damn it!* ¿Cómo es posible que exista una cosa así? —De pronto, al tener las esperanzas por los suelos, el dragón percibió un aroma familiar, por lo que volteó hacia atrás de él y notó que los cazadores que debían estar muertos regresaron, lanzada Danielle hacia éste por Mergo, el cual usó todas las fuerzas de sus garras para completar dicha tarea.

El guiverno, nada tonto, trató de evadir el embate, pero entonces Rayshea se disparó hacia él, casi dándole un golpe, mas ella fue repelida gracias a un garrotazo. Aerya usó sus habilidades para amortiguar la caída de su par, alcanzado el monstruo por Danielle, la cual expulsó veneno blanco a los alrededores del dragón, absorbido éste en cantidades grandes, sofocado el tenebrarum por el increíble poder de la toxina y curada la chica al momento, por lo que el coletazo que le dio para alejarla de él fue bien absorbido por ella.

De igual manera, Mergo se lanzó y alcanzó a capturar a la chica en el aire, aunque su aterrizaje fue un desastre, pues ambos cayeron mal y rodaron por el suelo, señal del tuerto encontrarse sumamente dañado.

En el cielo, Annia disparó a quemarropa balas al pecho del dragón, fastidiado aquel por los ataques de la misma, lanzado su aliento a aquella, golpeado en la espalda por Rayshea, la cual utilizó un embate de estallido una vez conectó con la criatura, herida que casi lo hace descender del cielo.

Forzado, el monstruo se envolvió en su fuego y atropelló a Rayshea una vez que se la quitó de encima, luego a Annia, para luego caer en la tierra e ir a por Mergo y Danielle, alcanzado el torbellino a ser desviado por un tremendo embate de sangre que Aerya lanzó, golpeada la terrible del sur a pesar de sus esfuerzos.

Ya en el aire, el dragón expulsó su aliento sin tregua, evadido a duras penas por algunos, golpeados los restantes por él, quienes fueron a quien pudo dañar el monstruo con el ataque anterior.

—*Sus esfuerzos son buenos, pero no suficientes. ¡No han demostrado nada más que sus patéticas debilidades! ¡No existe la fuerza que necesitan para seguir adelante! ¡Van a perecer, humanos!* —aseguró el tenebrarum, arrojado hacia Mergo y Danielle, escondidos tras el veneno de la chica.

Esta vez, el dragón usó su olfato para distinguir donde estaban ambos y fue directo a por el tterim, quien, en lugar de huir, se plantó en la tierra, adquirió una posición defensiva y, con las garras de luz, detuvo al dragón en pleno ataque, tomada su cabeza desde sus esqueléticos cuernos, observado Mergo frente a frente por el monstruo.

—No sé de qué demonios estás hablando, sin embargo, te aseguro que éste no es nuestro fin, bestia —enunció el hombre, quien pegó un fuerte grito al tratar de partir con sus garras la cabeza del dragón, colocada sobre la tierra el monstruo y lanzado el hombre hacia el cielo por un movimiento de látigo de la cabeza y cuello, soltado éste por el impulso y listo para ser achicharrado por el guiverno, pues apuntó con su hocico en dirección de su oponente.

Desde el cielo, y con la boca del dragón abierta de frente, el isleño usó sus garras para girar en el aire y lanza su palkelenber a toda potencia hacia el interior de su rival, escupido el aliento y superado por el arma voladora, la cual consigue dar en el blanco, atravesado el hocico de éste por aquella y salvado el tuerto por esto, incrustada la espada en la garganta del tenebrarum.

A lo lejos, se escucha una explosión, de donde sale disparado un haz de luz proyectado en dirección al dragón, el cual intenta tumbarlo con su cola, mas es intoxicado por el poderoso veneno de Danielle, misma que es alejada gracias a un fuerte aleteo, dispersadas las toxinas y alcanzada Rayshea a ser abatida por la extremidad trasera a como lo había planeado.

No obstante, detrás de ella venía Annia, misma que impacta con sus piernas directo sobre el corazón del dragón y, con ambas pistolas cargadas de luz y sus cuernos brillando, la mujer dispara como loca al órgano, lo que consigue destrozarlo por completo, asesinada la aberración de inmediato, escuchado su rugido de agonía al momento.

—*Están listos, humanos* —aseguró el enemigo, últimas palabras que aseguraron la victoria de los cazadores.

El cuerpo del monstruo rápido se va transformando en luz, misma que es disparada hacia la capital de Qwinbakvus, justo por encima de donde le encontraron antes, cuyo choque con el cielo limpia la terrible oscuridad que ocultaba el color rojo del firmamento que había dejado la criatura en el mundo.

Sin más, la gran mancha escarlata en el techo de Vusaendal se disuelve, revelado detrás el amanecer de un nuevo día, imagen que pareció llenar de esperanza y paz a aquellos que lo presenciaron todo, incluso a los que estaban dentro de su celda, con la esperanza a que acabara de una vez a favor del monstruo.

Annia, rodeada de la increíble fuerza del dragón, sufrió tanto que pegó un sonoro grito al cielo, para al final conseguir obtener el poder de la bestia, desplegada una gran cola de su cuerpo, del mismo color que el enemigo vencido.

—Se acabó —dijo la mujer pelirosa sobre una rodilla, agotada y abatida—. Finalmente se terminó —enunció al momento, caído Mergo cerca de ella sin él poder detenerse o amortiguarse de alguna forma, sembrado en la tierra, a penas consciente.

—De… monios… —enunció el hombre, débil y casi desmallado.

—¡Mergo! —Annia fue cojeando hacia su amigo, alcanzado aquel para ser tomado por ella en brazos, hincada en la tierra—. ¡Idiota! ¿Estás bien? ¿Alguna herida para preocuparnos? —cuestionó la mujer, notada la sonrisa forzada del isleño.

—Todo bien. Ganamos, ¿cierto? —preguntó el hombre, con una lágrima en su ojo.

—Sí, se acabó. Por fin terminó. —Ambos juntaron sus frentes con los ojos cerrados, felices y en paz, con el corazón y el alma llena. Aunque parece que no todo eran buenas noticias.

Un terremoto se hizo presente no sólo en las cercanías, sino en todo el mundo. La magnitud de éste fue tal, que en muchas partes la tierra se trozó, los edificios cayeron, el mar se agitó y las criaturas temieron por sus vidas, pues el estruendo parecía que destrozaría el planeta entero.

Junto al temblor, desde las profundidades del océano Jubilo, surgió la isla Yubime, como si hubiera estado escondida bajo las aguas todos estos años, avistada por los lugareños en las costas, impresionados al poder tener vista de la misma una vez más.

Los orbes nox, cuyo brillo se intensificó, vibraron como locos, hasta que, a la par que el temblor se detuvo, todos estos se apagaron por completo, lo que los dejó inutilizados.

Danielle, quien usaba un dispositivo impulsado por el prisma, quedó plantada en el suelo al serle imposible levantarse, pues su extremidad se había apagado así sin más y era extremadamente pesada, adherida aquella a su cuerpo.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó la chica de cabello blanco, observados los amigos que se notaban mortificados por lo sucedido.

—Es Dandy —aseguró Annia, detenido el terremoto, lo que tranquilizó a los presentes un par de segundos. Luego, sin previo aviso, aparecido debajo de los extranjeros un círculo mágico de color dorado que los despareció de la escena al instante, abandonada Danielle y las terribles en el campo de batalla, asustadas por lo visto.

## Cuadragésima Tercer Ofrenda: Desencanto

Frente a la estatua de Dandy en el palacio celeste, un círculo mágico fue dibujado de la nada, cuyo resplandor llenó la sala y manifestó a Annia y Mergo en su centro, todavía el hombre puesto sobre las manos de la mujer que trataba de auxiliarlo por las múltiples heridas que seguramente aquel tenía.

Al darse cuenta de donde estaban, Annia miró extrañada a la estatua de Dandy, misma que se hallaba bastante fracturada, al punto de casi caer a pedazos. También, desde dentro de la misma, se manifestaba una extraña luz multicolor que se encendía y apagaba parecido a un palpitar, escuchado un sonido extraño de donde provenía dicho destello.

Las braceras, colocadas alrededor de la figura y sobre el mismo podio, se hallaban todas encendidas con llamas sagradas de diferentes tipos. Como ya lo habían deducido, aquellas eran de color rojo, amarillo, verde, azul y morado, por lo que, en teoría, el trabajo estaba terminado. No obstante, parecía que no era suficiente.

—Ya está listo. ¡Dandy, por favor, aparece! —alegó la mujer al observar la escena, sin respuesta alguna ante dicha petición—. Las braceras están encendidas, los monstruos derrotados. ¿Qué significa esto? ¿Por qué Dandy no aparece? ¿No era lo que iba a pasar? ¿Para qué fue todo esto entonces? —Se preguntaba la cazadora, desesperada, con pocas fuerzas.

—Algo más debemos hacer…

—¿Qué Mergo? Hemos viajado por todo el mundo, peleado batallas que eran sentencias de muerte y perdido gente en el camino. Justo hoy miles de personas murieron a causa del último Tenebrarum. ¿Todavía hay que hacer más? —preguntó la pelirosa con lágrimas en los ojos—. ¿Qué debemos hacer ahora?

—Primero, deben sanar —comentó una voz en el fondo, observado quien habló por ambos.

—Señor alcalde —emitió débil Mergo, enviado uno de los subordinados del Soriteles a la aldea para que trajera a unos curanderos, ayudados los cazadores por las personas restantes.

—Han hecho un trabajo increíble. Lograron su misión y me alegra que hayan podido llegar aquí con facilidad. Sabía que era cuestión de tiempo para volvernos a encontrarnos —aseguró el hombre, tranquilo.

—¡Qué importa! Dandy no apareció. Sólo obtuvimos una estatua aparatosa y un montón de llamas inútiles —explicó Annia, molesta.

—No es así. Estoy seguro que nos falta algo sencillo por hacer. Mientras descubrimos qué es, lo ideal es que se recuperen. Luego de eso, estoy seguro que sabremos qué traerá a Dandy de vuelta —sugirió el hombre, escuchado un suspiro de la mujer al darse por vencida por el momento, atendida por los presentes y llevados todos a otra sala, lejos de la estatua, pues ambos se negaron en bajar al pueblo.

Pasó la tarde y los extranjeros fueron tratados de sus heridas, vendados y alimentados para favorecer la curación, llevados a la cama una vez terminada la ingesta.

Al día siguiente, el alcalde y los pueblerinos se dieron a la tarea de ir a la biblioteca del palacio celeste para ver si podían encontrar un texto que les ayudará, a la par que Annia cuidaba de su amigo, que continuaba en un mal estado.

Cerca de medio día, Mergo despertó, abatido y con algo de dolor, listo para, al menos, poder colocarse sentado ahí donde descansaba, en una cama improvisada hecha con heno y una manta.

—¿Dónde están todos? —cuestionó el tuerto, observada su amiga que poseía un brazo vendado.

—Investigan en la biblioteca. Desde temprano han tratado de hallar algo que nos diga qué hacer.

—¿Qué le pasó a tu brazo?

—Me lo disloqué en la batalla. Ya me lo había acomodado, mas el dolor persistió, incluso luego de curarlo. Me recomendaron no moverlo, así que me le pusieron unas vendas.

—Menos mal —dijo aliviado el hombre, observado el cielo claro del mundo, intrigado—. Ya no hay oscuridad en el firmamento.

—No. De hecho, se ve todavía más claro que antes.

—Sí, lo conseguimos. Dudo que los noxakos puedan siquiera salir con tanta luz.

—¿Crees que podremos despertar a Dandy? —preguntó Annia, desilusionada.

—¿Por qué dices eso?

—Tal vez él se sacrificó. La historia que nos contó Danielle lo sugiere. Pero, ¿por qué? ¿Qué fue lo que hizo además de dejar esas cosas sueltas? La última de ellas estaba convencida de poder crear un apocalipsis.

—¿Qué es eso?

—El fin de nuestra raza —aclaró Annia, triste—. Según los creacionistas, el apocalipsis es una especie de juicio sobre la humanidad que terminará por extinguirla. Es voluntad divina, así que no hay nada qué hacer.

—Lo detuvimos, ¿no?

—¿Y sí no fue así? —Dudó la mujer, provocado lo mismo en su amigo. —La energía de los orbes desapareció, y creo que ahora sí es para siempre. Hubo un temblor de magnitudes catastróficas que sabrá el Creador qué tanto dañó nuestro mundo. Suena a que todo terminará pronto. —Temió Annia, cuyas palabras sonaban a resignación.

—No digas eso. Te estás adelantando un poco a los hechos. Veamos qué sucede una vez que regresemos a Dandy —propuso Mergo con una ligera sonrisa.

—Mejor cuéntame: ¿Qué pasó en la isla Yubime? —La cuestión hizo que la faz del tuerto pasara de una alegre a otra triste, apenado.

—Perdona por haberlo ocultado. Temía que no me creyeras o me vieras diferente, que me quisieras matar por ser tterim. No sabía quién había atacado la isla o por qué, y cuando escuchaba a la gente de Nwarvus hablar de eso, de cierta forma, sonaban aliviados de la caída de nuestra tribu —comentó molesto el isleño.

—Está bien. Sé que mucha gente en el mundo despreciaba el lugar por las supersticiones alrededor de aquel. Mas yo no tengo ningún tipo de problema con que seas un tterim. Sigues siendo mi mejor amigo sin importar qué, Mergo —aseguró la chica, cosa que le llenó de calidez el corazón al tuerto.

—Gracias, y bueno. Primero que nada, quiero que sepas un poco de mí y mi familia —expresó sin más, observada su arma antes de iniciar—. La Palkelenber es una herencia importante. Años antes de aparecer los noxakos, la isla Yubime se dividía en dos religiones. Los Palkerim y los Diarrrim, quienes vivían en el norte de la isla y en el sur, respectivamente. Mi familia perteneció por generaciones al segundo, y durante mucho tiempo, habían convivido en paz con los norteños, compartido el templo del que habló tu tío en Qwinbakvus.

—El templo Palkediarr. Suena a que pertenece a ambas tribus.

—Sí, era un lugar que servía para hacer ofrendas a los dioses del tiempo y espacio, hijos del Creador —explicó Mergo, mortificado—. No obstante, cuando mi bisabuelo falleció, el clan Palkerim le negó la entrada al sitio a nuestra tribu, pues creían que mi ancestro había faltado el respeto a los dioses al no ir a morir en el lugar. Era verdad, se supone que los líderes deben fallecer al pie del templo, pero mi bisabuelo no quiso hacerlo, prefirió irse acompañado de sus seres queridos, en lugar de estar en soledad dentro de dicho sitio. Por ello, los Palkerim se vieron en el derecho de reclamar la zona para ellos, e incitaron a su gente a despreciar de manera horrible a nuestra tribu.

—¿Crees que fue lo correcto? Tu bisabuelo faltó a una norma y, aunque respeto su decisión, debió saber que eso pasaría.

—Ellos exageraron, Annia —comentó Mergo, triste—. Sólo debían negarnos enterrarlo en el cementerio del templo, no adueñarse de él, mucho menos despreciarnos y tratarnos como basura. Por ello, molesto, mi abuelo, el hijo menor del antiguo líder, forjó con sus increíbles habilidades esta arma, con la que declaró guerra a la otra tribu, lo que acabó uniendo ambos clanes tras la victoria de mi pueblo, pues la idea de mi abuelo siempre fue esa: eliminar las diferencias y crecer unidos, como siempre debió ser. Para ello, tuvo que usar la fuerza bruta y sangre fue derramada, para un bien común, según me contaron desde pequeño. Desde entonces, la Palkelenber ha sido heredada al hijo menor de la familia. Se supone estaría en manos de otro de mis hermanos, mas él murió, y al ser el único que queda vivo, pues soy yo quien debe tenerla —ultimó el hombre, extrañada Annia de todo ello.

—Si tu tribu se llamaba «Diarrrim» y la enemiga «Palkerim», ¿por qué el arma que tu abuelo forjó se llama «Palkelenber»? No me digas que significa «Mata-Palkes» —preguntó temerosa la chica, hallada una pequeña risilla en Mergo al escuchar eso.

—No, no significa eso. Yo también le he dado vueltas al nombre, pero supongo es algo que sólo mi abuelo puede responder —contestó el hombre, alegre—. Lo peor del caso es que, con el paso del tiempo, se olvidó dónde estaba exactamente el templo, por lo que ya nadie iba hacia él. Se volvió casi un mito —agregó el tterim con un tono de nostalgia ante ello.

—¿Qué hay de Kaito? —continuó la mujer, preocupada—. ¿De verdad lo conociste?

—Sí —confesó Mergo, apenado—. Tu tío tiene razón. Él me salvó en ese entonces. Cuando la invasión empezó, fui por la Palkelenber para defendernos. Se la iba a dar a mi padre, pero lo hallé muerto, al igual que a toda mi familia, excepto mi hermana, quien había escapado a la playa. La seguí para tratar de salvarla, y lo único que me encontré fue a un montón de noxakos, con uno o más orbes incrustados, haciéndola pedazos. Traté de detenerlos, mas fue inútil, y estuvieron a punto de asesinarme. Tuve suerte de encontrarme con Kaito, pues aquel los eliminó con una facilidad increíble y me defendió.

—Suena mucho a él —agregó Annia, atenta al relato.

—Agradecí y expliqué al hombre lo que había visto. Me dijo que alguien estaba atacando la isla a la par de una gigantesca cantidad de noxakos, por lo que era mejor huir del sitio. Explicó que había llegado en un bote potenciado por orbes nox y que podía sacarnos a ambos del lugar si nos dábamos prisa, por lo que lo seguí. Llegamos hasta la playa, abordamos el bote y nos alejamos del lugar. Recuerdo esa última conversación como si hubiera sido ayer —aseguró el hombre, cuyas palabras se volvieron imágenes para él y Annia.

«Estábamos ya lejos de la isla Yubime. Aquella estaba siendo ocupada por una cantidad ridícula de noxakos que salía de la nada, como si algo los atrajera al lugar. Me hallaba asustado, con la Palkelenber en manos y mi mirada puesta en mi hogar que era tragado no sólo por las aberraciones, sino también por el océano mismo.

—¡El templo! —gritó Kaito, pues había mucho ruido a nuestro alrededor—. ¿Dónde estaba el templo Palkediarr? —preguntó sin dejar de ver al frente, tomado el timón del bote, pegado aquel al motor.

—No lo sé. Muchas personas creen que es sólo un mito. Hace años que nuestra tribu no lo visita o sabe de él—expliqué, cosa que molestó al hombre.

—¡Imposible! Los textos de la biblioteca dicen claramente que existe dicho lugar. La clave para acabar con todo está ahí. ¡Sé que…! —mas antes de terminar, varios noxakos de tres orbes, parecidos a tiburones, emergieron del agua, listos para atacar.

Kaito, con sus increíbles habilidades, destrozó a todos, mortificado al notar que la isla estaba desapareciendo.

—No puedo dejarlo así. ¡Necesito regresar y encontrar el templo!

—¡No, señor! ¡Olvídelo! ¡Si regresa, morirá!

—¿Cómo que señor? ¡Soy Kaito Zhou! Y no puedo dejarlo. —Dicho eso, el hombre me tomó de la mano y puso en ella el timón—. Maneja hacia está dirección. Sostenlo fuerte y llegarás a la playa de Nwarvus a salvo —explicó el hombre, puesto en la orilla del bote en dirección a la isla.

—¡No me abandone, por favor! —pedí desesperado, con lágrimas brotando de mis ojos.

—Perdón, niño. No puedo salvarte más de dos veces. Aprende a pelear por tu propia cuenta —confesó el pistolero en medio del regaño, lo que me hizo entender de inmediato a qué se refería.

—Usted fue quien me salvó esa noche. ¡Es usted! —dije sorprendido, alegre de conocer el rostro de mi salvador.

—Los noxakos te hicieron algo horrible. Si yo fuera tú, dedicaría mi vida a hacerlos pagar —sugirió el terror de Vusaendal, serio y estoico—. Tengo qué irme. ¡Suerte! —Una vez dicho eso, el hombre se lanzó al agua y desapareció de mi vista, a la par que un montón de aberraciones iban a por él, perdido de mi vista tanto Kaito como la isla, de quienes ya no se supo más».

—Lamento mucho no haber podido hacer algo más por él, no haberle siquera agradecido en su momento. Le tomé la palabra, por mi familia, por él y por mí dediqué mi vida en encontrar una forma de acabar con los noxakos. Por eso, cuando supe que eras su heredera, sabía que podía confiar mi vida a ti, que mi misión sin dudas era darte la mano como Kaito lo hizo conmigo. Por eso dejé de dudar y puse todas mis esperanzas en tus manos. Además, conforme te fui conociendo, este sentimiento de respeto y amistad creció más. Tuve mucha suerte en encontrarte —finalizó el hombre con una grata sonrisa, tranquila Annia ante el relato.

—Gracias por eso. Kaito es un imbécil, murió por nada.

—No, él estaba buscando soluciones, como nosotros —aseguró la voz de un hombre, llamada la atención de los cazadores y notado que se trataba de Geron—. Menos mal que están bien, jovenes.

—¡Geron! —emitieron ambos, alegres, saludado el mayordomo con cariño.

—Desde que supe sobre el ataque a Qwinbakvus me apresuré en llegar a Dandelan. Por desgracia, su victoria apagó los orbes, por lo que el resto del tramo tuve que venir a pie, pero ya estamos aquí —explicó el aliado, feliz de haberse reunido con sus colegas.

—Lamento decirte esto, pero no hemos podido encontrar a Dandy. Vencimos a los monstruos, pero parece faltar algo —comentó Annia, triste.

—No se preocupen. Las cosas van más tranquilas ahora. Estoy seguro que tenemos tiempo para encontrar una respuesta. Nos toca tomarlo con calma. Nadie sabe que estamos aquí, así que el caos de afuera no nos va a alcanzar —aseguró el hombre, extrañados los cazadores de esas palabras.

—¿Cree que la falta de energía…?

—¡Claro que sí! Es posible que la hayamos perdido para siempre. Habrá guerras, golpes de estado y locura; no obstante, pasaremos de ello y encontraremos la paz una vez que el dragón regrese. Ustedes concéntrense en recuperarse, el alcalde y yo haremos todo lo posible para encontrarle solución a esto —esclareció Geron, puesta una maleta frente a los aliados, cuya entrega los extrañó—. Acoss les manda esto. Me dijo que esperaba todo haya salido bien.

—Ese sujeto no descansa —bufó Annia, agradecida y feliz de recibir lo que, de seguro, eran más prendas para ambos amigos.

Una semana pasó volando. Vusaendal, sin signos de volver a obtener la energía nox, estaba incomunicada, detenida y en caos total por todos lados. Los cazadores, desesperados, iniciaron una ola de atentados en contra de los gobiernos, las empresas e, incluso, de aquellos que no poseían habilidades. Se volvió una época siniestra muy pronto.

Todo esto era desconocido para quienes se encontraban en el palacio celeste, mismos que continuaban buscando una respuesta a lo que la estatua parecía sugerir, puesta frente a ella Annia, la cual parecía seguir con su mano adolorida, pues conservaba los vendajes.

Desesperada, la mujer tenía ya varios días que observaba el objeto brillar y apagarse innumerables veces, sin parecer detenerse alguna vez, como si indicara que pidiera se terminara de resolver el acertijo, cosa que le mortificaba a la mujer.

—Vamos, Dandy. Danos una señal. ¿Qué debemos hacer? —preguntó Annia al aire, para luego acercarse a la estatua y tocar el podio, triste.

Aquella acción provocó algo inesperado. La habitación se oscureció a pesar de la gran cantidad de luz que entraba por el techo, las llamas en las braceras se agitaron y el cuerpo de la mujer se iluminó, revelado en sus tobillos un par de llamas anaranjadas que crecían cerca de estos, del lado exterior a su cuerpo.

La pelirosa, asustada, soltó el podio y retrocedió, cosa que regresó todo a la normalidad, desparecidas las extrañas llamas de sus piernas.

—I-imposible —dijo la mujer, expulsadas sus alas para ver la estatua del dragón desde arriba y notar algo nuevo—. ¡Mergo! ¡Alcalde Soriteles! ¡Geron! ¡Vengan por favor! —llamó la mujer a todos, cuyos gritos fueron escuchados y convocaron a los nombrados de inmediato, notado que la cazadora estaba a medio vuelo por encima de la estatua.

—¡Annia! ¿Descubriste algo? —preguntó el tuerto, preocupado y con una mejor apariencia que antes, sostenido por un aldeano, pues se le dificultaba un poco andar solo.

—Las patas delanteras de la estatua. Están puestas hacia arriba y tienen escritas cosas. No sé exactamente qué significan, pero caí en cuenta hace un momento que toqué el podio. Las llamas sagradas que representan la magia, las que se supone crecen en tus tobillos, aparecieron y parecían reaccionar ante la estructura. —Lo dicho hizo entender a todos lo que faltaba, emocionados de buenas a primera por ello.

—Por supuesto. Los dragones están conformados por las siete llamas sagradas. Reunimos cinco, faltan dos. Pero eso significa… —Intuyó el hombre al pensarlo bien, respondido por Geron al momento.

—Que quien dé su llama, perderá la magia de su don. —Eso dejó paralizados a todos, mientras Annia bajaba para reunirse con los demás.

—Yo lo haré —aseguró la mujer, impresionados los presentes—. Si Dandy regresa, no necesitaremos nuestros dones. Los noxakos van a desaparecer y las cosas van a cambiar para bien. No me importa perder…

—No, déjame a mí hacerlo —propuso Mergo, serio—. Mi don es menor al tuyo. Sólo puedo mover objetos por un periodo corto de tiempo. De no ser por mi Palkelenber, no sería nada. No sacrifiques todo lo que has trabajado así de fácil, Annia —pidió el hombre, cosa que le alegró a la chica.

—El problema ahora es saber de dónde recolectaremos el fuego celeste —comentó Geron, preocupado—. Es la llama del alma. Quien la seda, morirá. —Las palabras del hombre paralizaron a los presentes, hasta que Soriteles dio un paso al frente, con sus ojos puestos en la estatua.

—Yo lo haré —dijo estoico y orgulloso.

—¡Alcalde!

—¡Basta! —reprimió a los aldeanos, quienes estaban listos para abogar—. Ustedes no conocen la historia. Hace años, mi ancestro, Atenea, se hallaba moribunda al pie de esta montaña. Ella, desesperada, pidió clemencia a quien la escuchara, quería que el hijo que llevaba en su vientre naciera y viviera, no le importaba perder su vida. Fue entonces cuando Dandy descendió de su palacio y le otorgó una llama celeste que la llenó de vida, para luego hacerle prometer que, algún día, su descendencia le regresaría el favor. Atenea aceptó y tuvo un hermoso hijo llamado Aries, quien fue el primer alcalde y fundador de esta aldea con el permiso del nuestro señor dragón —contó el viejo, a la par que se acercaba a la estatua.

—Señor Soriteles… —mencionó Annia, triste.

—Durante generaciones hemos vivido en este pueblo esperando el día en el que podamos regresarle el favor a Dandy, mantenido nuestro linaje fuerte. Por desgracia, yo fui débil y una vergüenza para mis ancestros. No castigué a mi hijo luego de él abusar de su hermana; dejé a mis otros descendientes huir y ser asesinados en el camino; no pude ayudar a mi nieto, ni salvé a mi hija de su propio dolor, de mi error. El único que queda del linaje de Atenea soy yo. Sólo esto puedo hacer bien. Por favor, no me lo nieguen —explicó el viejo, con lágrimas en sus ojos, a un paso de la estatua.

—Pero… —Antes de proseguir, Annia detuvo a su amigo, mismo que la vio, preocupado.

—Creo que debe de ser así. Cuando toqué la estatua, las llamas del alma no aparecieron. Creo que sólo el señor Soriteles puede hacerlo —explicó Annia, resignados los presentes, acercadas las personas del pueblo para darle un abrazo y su adiós al hombre, al igual que agradecimientos.

—No me caben palabras para lo que está a punto de hacer, señor alcalde. Muchas gracias —emitió Mergo, apenado.

—Jamás olvidaremos su sacrificio, ni la gran persona que fue —aseguró la pelirosa, abrazados ambos por el mayor—. Vimos a Dante en Vonrvus. Él está en paz y espera que cumplamos con nuestra misión. Sé que está muy orgulloso de usted. —La declaración generó gran alivio en el hombre, cuyo corazón sentía alegre.

—Estoy agradecido de haberlos conocido y ser parte de su aventura, de su misión y de toda su historia. No abre hecho mucho, pero estoy feliz con lo que logré —mencionó Soriteles entre lágrimas, sujetados los rostros de los cazadores con sus viejas manos, tristes ambos.

—Es hora, señor —decidió Geron, listo para poner su mano sobre el podio.

—Díganle a Dandy que fue un placer servirle. Que mi familia está eternamente agradecida. —Una vez que se dijo eso, el hombre se colocó en posición y, a la cuenta de tres, ambos colocaron sus manos sobre el podio.

La oscuridad gobernó los alrededores, el fuego naranja en los tobillos de Geron y el celeste a los lados de la cintura de Soriteles se hicieron presentes, alborotados, a la par que un fuerte viento resurgió del suelo debajo de ambos, aparecido un brillante circulo mágico de los dragones para cada uno, mismo que sustrajo sus llamas y las llevó hasta las patas delanteras de la estatua, encendida en fuego celeste y naranja brillante cada una.

El cuerpo de Soriteles, sin vida, cayó al momento, sostenido por un Geron débil antes de impactar contra el suelo, donde terminaron ambos.

La estatua se agrietó todavía más, para luego apagarse la luz dentro de ella, como si se hubiera detenido el palpitar.

Un poderoso rugido se escuchó desde dentro de la estructura, disparadas las siete llamas al cielo en forma de lenguas que revolotearon en sincronía para girar por encima de todos y, unidas, regresar a la estatua, introducidas en el pecho de ésta de un sólo golpe, lo que hizo brillar en blanco puro el interior de aquella hasta que la escultura estalló, liberado un fuerte destello que cegó a los presentes e hizo temblar el palacio entero.

Frente a todos, conforme la luz se iba haciendo tenue, apareció la figura de un dragón regio, poderoso, imponente y feroz, cuyas escamas doradas, prendas cobre, ojos ámbar y grandes alas atemorizaron y gratificaron a los presentes.

—F-funcionó… ¡Funcionó! ¡Dandy regresó! —gritó Annia, emocionada.

—Sí, he vuelto. Dandileon Pridhreghdi, el dragón hechicero de Vusaendal, por supuesto —alegó el escamado con seguridad y gran orgullo, presentado ante los humanos.

## Última Ofrenda: Hechicero dragón

Con gran majestuosidad, el dragón se posó sobre el podio y observó a los presentes que, asombrados, miraban al escamado con una felicidad que no les cabía en el pecho, satisfechos por haber logrado la meta que se habían propuesto ya un par de meses atrás, con la esperanza de ser esté el fin de su travesía y de la oscuridad que tanto aterra el mundo, los noxakos.

—D-Dandy —decía Geron, débil, postrado con el cadáver del alcalde en manos, cuya apariencia alertó a los presentes.

—¡Señor Geron! —gritó Annia, misma que fue hasta donde el hombre para ver qué le sucedía, pues se ponía cada vez más pálido—. ¿Qué sucede? ¿Está bien?

—Por favor, señor Dandy… Sálvenos… Se lo… ruego. —Una vez dicho eso, el hombre murió sin más.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Dio su fuego anaranjado junto con la magia que le otorgué —explicó el dragón, llamada la atención de los presentes—. Ningún ser vivo puede vivir sin una de sus siete llamas sagradas. Claro está que sin el alma caes de inmediato, las demás llevan unos segundos —ultimó Dandileon, frío y calmado.

—Dandileon… ¡Nosotros te hemos despertado!

—Sí, tienen con ustedes una gran cantidad de magia drakoniana. Tú llevas tres y él dos de los poderes que otorgaban los horrores de luz que fabriqué con mi esencia —confesó el anfitrión del castillo, anonadados los presentes ante ello.

—¿U-usted los creó? —preguntó Mergo, asustado.

—¡Claro que sí! ¿No sabían qué estaban haciendo cuando los derrotaban? ¿No les dijo nada el sacerdote mayor de Dandelan sobre esto? —El rostro de confusión de los presentes provocó al dragón molestarse, tronados los dedos de su garra delantera al instante, creadas imágenes frente a todos de lo ocurrido—. Dejé estás instrucciones —continuó el dragón, escuchada por todos la voz del mismo en lo proyectado.

—*Me voy a ir, Artemesis. Diles a tus hijos que, algún día, unos hechiceros con dotes que serán heredados de mí llegarán a Dandelan buscándome. Tu heredero, el más joven y capaz, deberá llevarlos por el monte Gomoth hasta mi morada. Ahí encontrarán un desafío: un horror de luz. Al derrotarlo, obtendrán un fragmento de mí mismo, manifestado como fuego en una estatua que verán en el centro del palacio. Dicha seré yo, me voy a petrificar para ser despertado por estos hechiceros que, luego de una gran odisea, derrotarán a cinco de los horrores que crearé, uno por continente, para ponerse a sí mismos a prueba y así, prepararse para el mayor reto que está por venir.* —Las palabras dichas por Dandileon dejaron a los presentes, como al antiguo hombre, extrañados, por lo que, en el pasado, el escamado continuó. —*Sé que tienes muchas preguntas, pero es mejor que las cosas sean así. El mal perpetuado deber ser corregido con desinterés. Los humanos funcionan mejor así, Artemesis* —concluyó el hechicero en el pasado.

—*Mi señor Dandileon, ¿qué mal ha sido despertado? ¿Puede al menos advertirme?*

—*Unas horribles criaturas se harán presentes, Artemesis. Pronto, uno de tus hijos recibirá un poder mágico. Cuando lo haga, enséñale a defenderse de estos monstruos oscuros, y con la luz que genere la derrota de éste, podrás defender a los no beneficiados de mi magia del mal hasta mi despertar* —instruyó el dragón, para luego abandonar el sitio.

—Un momento… ¿Nuestra magia es obra suya? —preguntó uno de los aldeanos, respondido por el anfitrión.

—Así es. Fui hasta la torre bicolor en Qwinbakvus, que es el centro de nuestro querido Vusaendal, para preparar tanto mana como pudiera y así lanzar un poderoso hechizo que le otorgaría a los humanos, con una capacidad de mana mayor al promedio, un hechizo único que podrían desarrollar con entrenamiento. Éste sería suficiente para destrozar a los *Diarr Luxnobaris.* —Dicha contestación generó más dudas, extrañado ahora el dragón al ver los rostros de todos—. ¿Por qué siento que Artemesis…?

—Murió, mi señor —interrumpió uno de los aldeanos, avergonzado—. El tátara abuelo del señor Soriteles fue asesinado por un noxako poco después de haber nacido su tercer hijo. —La explicación mortificó al dragón, quien trató de dilucidar lo sucedido.

—Es posible que Artemesis les haya dicho a sus descendientes todo lo que le pedí, pero con el paso del tiempo, debió perderse el mensaje —concluyó el dragón, molesto.

—Al menos sabían que debían ser los herederos quien nos trajeran hasta acá —aclaró Mergo, despreocupado—. Dandileon, nosotros vinimos hasta el palacio a buscarle y dedujimos, luego de vencer al horror de luz que descansaba aquí, lo que debíamos hacer. Annia y yo viajamos por todo Vusaendal para vencer a las criaturas que serían nuestra prueba y conseguimos hacerlo. Usted dice que sabía se aproximaban los *Diarr Luxnobaris,* que son lo que nosotros llamamos *«noxakos».* ¿Percibió su presencia o saben de dónde vienen?

—Sí, yo sentí que la grieta fue abierta y claro que sé de su origen. Alguien hizo la estupidez más grande que pudo lograr en toda una vida y les dio entrada aquella vez. La única solución a ello es encontrar un ser humano que tenga la habilidad de pasar la «gran prueba». Sé que sueno muy críptico, pero no es mi deber contarles de qué va todo lo relacionado a la solución. De hecho, ni siquiera debí hacer este borlote en primer lugar. No obstante, deseaba ayudar a los humanos a conseguir de manera más eficiente al indicado para la tarea en sí. Ahora lo único que resta es que vayan a la isla Yubime a cumplir con la tarea final —concluyó Dandileon, impresionados los cazadores al escuchar eso.

—Yo… todavía no termino de entenderlo todo —comentó Annia, preocupada y molesta—. Los horrores que creaste asesinaron a muchas personas. Tenían la idea de querer acabar con el mundo, de iniciar el apocalipsis si era necesario. ¿Qué significa eso?

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde mi partida? —cuestionó el dragón, extrañado.

—Noventa y seis años, su señor —contestó un aldeano, apenado.

—¡Casi cien años! ¿Tardaron tanto en despertarme? ¡Por Pridhreghdi! Por eso los horrores estaban desesperados. Se supone debían haberme liberado en una generación. A lo mucho en treinta años. ¿Qué demonios sucedió? Les dejé canciones que contaban las debilidades de los horrores y el provenir de la magia, consecuencia de mi hechizo. ¿No las conocen?

—Sí existen canciones en los continentes sobre usted. No obstante, son composiciones dedicadas a los niños, y no hablan sobre la magia —contestó Mergo, extrañado.

—¿Para niños? ¡No! Los bardos deberían tocarlas para el público en general y recordarles que sus dones vienen con el propósito de hacerse fuertes y buscarme. Derrotar a cualquier horror les daría la señal de venir hasta acá. Ustedes tuvieron la suerte de venir primero, pero no se supone que… ¡Demonios! ¡Todas las canciones lo decían! «*La luz del dragón nos dio el don de derrotar a los Diarr Luxnobaris. Sé fuerte y busca a quien te entregó el don en el palacio celeste».* ¿Alguien conoce esa parte? —Annia y Mergo se vieron el uno al otro, desconcertados, molesto Dandileon ante ello—. ¿Qué rayos pasó entonces? ¿Qué hicieron los humanos con la magia y mis canciones? ¿Qué hicieron con los orbes *Diarrii?*

—Los orbes también son algo que planeó, ¿cierto? —cuestionó Annia.

—No. Cuando la magia de los D’Arc o Pridh vence a los *Diarr Luxnobaris,* un orbe es creado. Su luz es capaz de dejar a las criaturas incapacitadas, y es el uso que se les debe dar.

—Pues todo salió mal acá —secundó la mujer ante lo dicho—. Los humanos descubrieron sus dones y le sacaron provecho. Cobraban por el servicio de caza y protección, lo que les hizo ganarse el titulo de cazadores. Ignorantes de lo que planeabas, encontraron una energía enorme dentro de los orbes y la utilizaron a su favor, cosa que hizo a quienes poseían habilidades mágicas todavía más necesitados y poderosos de manera social. Se creó una gran desigualdad entre el cazador y el humano común, se construyeron políticas e instituciones que sacaron provecho a los orbes hasta el por mayor y se instigaron guerras, así como abusos, gracias a esto. ¡Cosa que se hubiera evitado si hubieras sido claro! —culpó la mujer al dragón, puesta de pie—. ¿No era más fácil ir a cada continente y explicar todo en lugar de sólo hacerlo con una persona que vive alejada de todos? ¿Qué clase de estupidez fue esa la de petrificarse y dejar al mundo a la deriva de tontas canciones y cuentos que fácil se perderían con el tiempo? ¡Todavía tienes el descaro de decir que nos tardamos! ¡Estábamos al borde del fin! —enunció furiosa la pelirosa, algo que atemorizó a los presentes, mas no inmutó al dragón.

—¿Cuál es tu nombre, humana?

—Annia Lawrence. Heredera de Kaito Zhou, el terror de Vusaendal —emitió orgullosa y estoica, de pie ante el escamado.

—Annia, quiero aclarar algo que, ya mencioné, pero, tal vez, no escuchaste —aclaró el dragón, acercado su rostro al de la mujer—. Esto es culpa de ustedes, los humanos. Alguien, cuyo nombre desconozco y ciertamente no me interesa, abrió la grieta que provocó a los que ustedes llaman «noxakos» invadir nuestro preciado mundo. Estas cosas buscan humanos, por lo que, si ustedes desaparecen, ellos también. Es muy fácil para mí dejarlos morir y ya, sin embargo, en lugar de eso, me di a la tarea de idear un plan con el cual podría darles la oportunidad de prepararse y conseguir enmendar el error. ¿Pude ser directo? Sí, mas la experiencia de toda mi vida, más de cuarenta y cinco mil años, me dice que los humanos nunca aprenden a las buenas. Necesitan sufrir, tener dolor para sacar lo mejor de sí y entender que las cosas van mal. Así que lo siento si no fui benévolo y amable con ustedes, si los dejé a la deriva, pero era lo que consideré mejor para la sobrevivencia de su especie. Si quieren, los mato a todos y ya. —Las frías palabras del dragón provocó que todos tragaran saliva, contestado por Mergo.

—No, por favor, Dandileon. Entienda un poco nuestra situación. Hemos perdido amigos en el camino, visto cosas horrible y soportado un mundo lleno de pesadillas que nos han torturado durante ya casi un siglo.

—¡Y es por su culpa! La ambición de su raza les ha condenado a extender todo esto todavía más —aseguró Dandileon, tranquilo—. Sé que deben estar molestos y frustrados por que muchas cosas que «sabían» han sido de repente desmentidas, mas no es el final de esto. Han conseguido despertarme y eso significa que están muy cerca de destruir a todos los noxakos y salvar Vusaendal, nuestro hogar —comentó el dragón con una leve sonrisa.

—Dandileon, por favor, ¿puede contarnos todo lo que sepa sobre esto? Sé que quiere ayudarnos, pero necesitamos saber qué pasa. ¿De donde vienen estas criaturas? ¿Por qué buscan sólo humanos? —preguntaba la pelirosa, lo que hizo al escamado suspirar.

—Me encantaría contarles todo lo que pudiese sobre esto, pero juré no hacerlo. Las criaturas son un problema de la familia D’Arc, y nosotros, los Pridh, estamos en su totalidad a raya de ello. En teoría, no debería siquiera ayudarlos, mas creo que es injusto que, por un imbécil, todos deban sucumbir. Hago lo que está a mi alcance para guiarlos a la victoria —explicó Dandileon, apenada Annia al entender aquello.

—Yo… Lo siento mucho, Dandileon.

—No te preocupes. Eres ignorante y es entendible que estés molesta. Yo también lo estaría si no comprendiera lo que sucede, mas lo entenderás una vez que estés frente a *la gran prueba.*

—¿A qué se refiere con eso, señor? —preguntó el tuerto, mortificado.

—Bueno, será mejor que les diga todo lo que pueda. —Relajado, el dragón se sentó sobre el podio, invitados los presentes a hacer lo mismo, cosa que sin dudar siguieron. —Sentí que lo habían hecho. Alguien arrancó la única línea de defensa que existe en cada mundo contra los *diarr luxnobaris.* Sabía que, en poco tiempo, esas cosas iban a comenzar a aparecer y hacer destrozos. Claro que puedo eliminarlas, pero nunca acabaría de hacerlo. Dedicar mi existencia entera a ello no es algo que deba hacer, mas quería ayudar de todas formas, por lo que hablé con un dragón de otro mundo para pedirle consejo y me recordó del hechizo que usé en todos. Uno que originalmente pertenece a los bardos, pero los dragones hemos podido desarrollar versiones para todas las clases. La idea era simple: haría que los más capaces tuvieran poderes mágicos, y con ello, se entrenarían a sí mismos para derrotar a los *diarr luxnobaris,* cuya fuerza les sería útil en favor de ir hasta la isla Yubime y encarar *la gran prueba,* de la cual no puedo comentarles mucho. No obstante, entendí que necesitaba una cantidad absurda de mana para cumplir dicha tarea y que, como siempre, los humanos podrían tomar estas habilidades y sólo sobrevivir con ellas, no querer superarse. Por ello, con ayuda de otro de los dragones, escribí las canciones que sabía serían siempre recordadas y escuchadas, donde indicaba el deber de los que tuvieran magia; expliqué mi plan a Artemesis a lujo de detalle, mismo que me aseguró cumpliría mis ordenes, al igual que entendía debía sacrificar a su heredero en turno para regresarme a la vida; volé hasta Qwinbakvus y concentré tanto mana como pude, dada forma y personalidad a los horrores que estaba a punto de desatar junto a mi fuego sagrado, encomendado dentro de cada uno más magia que ayudaría a quienes los derrotaran en los siguientes asaltos, a la par que liberarían mi poder sobre el mundo y sus alrededores, cosa que extenuaría a los *diarr luxnobaris* de momento. El día llegó, volé tan alto pude, lancé el hechizo sobre todo Vusaendal y separé mi esencia en cinco, creados los horrores para cada continente, listos para ser un cruel reto que despertaría lo mejor de los humanos y les daría las armas que necesitarían para *la gran prueba.* Una vez hecho eso, me transporté a mi hogar, sobre este podio, y me petrifiqué, listo para ser liberado por ustedes, confiado en que lo harían tarde o temprano, y no me equivoqué —aseguró el dragón con una leve sonrisa—. Estoy orgulloso de ustedes y lamento que mis métodos hayan sido algo malévolos, mas son necesarios —externó Dandileon, apenados los presentes por dudar de él.

—A pesar de todo, conseguimos liberarle, señor Dandileon. Murió el nieto de Soriteles, quien nos guío hasta el palacio por primera vez y se sacrificó en favor para traerlo. También en Vonrvus, murió un joven en combate llamado Kosuke, al igual que dos grandes ejércitos en los limites de Qwinbakvus y el anterior mencionado. Hubo un momento en el cual creímos que iba acabarse todo, mas conseguimos salir adelante para llegar a su liberación. Todo comenzó porque la humanidad había oscurecido el cielo gracias a los orbes, pues utilizar su energía ennegrece el firmamento, mas derrotar a los horrores que dejó lo ha aclarado de nuevo, a la par que desactivó los orbes. En este momento el mundo está en caos por ello, por la pérdida de la energía y, por consecuente, del valor de los cazadores —explicó Annia, calmada.

—La energía de los orbes no es algo que esté bajo mi poder. Que se hayan apagado es gracias a la protección que otorgó la magia de los horrores al ser derrotados. Entre más vencieran, dicha bendición debió durar más, y esta última quedará así por poco menos de un mes. ¿Cuánto ha pasado desde su última victoria?

—Una semana, me temo —expresó la pelirosa.

—Les quedan poco más de dos semanas de protección. Una vez que ese tiempo pase, los *diarr luxnobaris* se volverán locos y atacaran sin piedad a todos, sedientos de su búsqueda por matarlos. Veo que están un poco heridos, pero puedo sanar sus heridas para que vayan a la isla Yubime a terminar con esto y con esas cosas —expuso el dragón, emocionados los cazadores por ello, aunque Mergo miró al suelo confundido y triste, para luego tomar la palabra.

—Hay un problema con eso —explicó el hombre, apenado—. La isla Yubime desapareció. Fue atacada por un ejército de *diarr luxnobaris* dirigido por el antiguo régimen de Qwinbakvus. Yo mismo vi cómo la isla entera, mi hogar, fue tragado por el mar.

—No te preocupes por eso. La isla ya debe de estar en la superficie —aseguró el anfitrión, extrañados todos de ello.

—¿Cómo lo sabe?

—Fácil, Annia. Yo mismo conjuré un hechizo de protección sobre aquella antes de ir a Qwinbakvus —confesó Dandileon, lo que continuaba impresionando a los presentes—. ¿Qué? ¿Creían que no estaba preparado para todo? ¡Por favor! El problema se originó en ese lugar. Había una posibilidad de los humanos ir hasta allá y destruirlo porque creían que eso los salvaría. Por ello, conjuré un encantamiento de protección que hundiría a la isla tan pronto ésta se viera amenazada. Al derrotar a mi último horror, el encantamiento debió ceder. Un terremoto debió sentirse en todas partes, obra de eso mismo. —Aquello dio explicación a lo vivido, por lo que, entendidos, los presentes estaban decididos en avanzar y ser pacientes, guiados por el dragón.

—¡Muy bien! Partiremos a la isla tan pronto sea posible —enunció la pelirosa, puesta de pie, confiada.

—Vamos a terminar con esto de una vez por todas. Por fin, nuestro objetivo será cumplido. Nuestro sueño se hará realidad —secundó Mergo, alegre.

—¿Cuál es tu nombre, *Diarrrim?* —preguntó el dragón, impresionado el tuerto por saber el dragón su origen étnico.

—Mergo Diarr.

—Annia, Mergo. Ustedes son los que van a librar *la gran prueba.* Para ello, deberán incursionar hasta la isla Yubime y entrar en el templo *Palkediarr.* Ahí, encontrarán el instrumento que les dará la entrada a su destino, con lo que podrán cerrar la abertura que permite a las criaturas entrar a este mundo para siempre —explicó Dandileon, provocada emoción en los cazadores—. ¿Cuáles son sus hechizos? Los dones con los que nacieron.

—El mío es crear balas de elementos. Puedo dispararlas por medio de estas armas como Kaito me enseñó.

—Interesante uso de *orbe cromático.* Aunque me parece que no puedes lanzar todos los elementos disponibles. Sólo los básicos. ¡Qué extraño! —señaló el dragón, para luego voltear con Mergo—. ¿Y tú?

—Puedo controlar objetos que toqué hace poco. Los manipulo con la mente y hago que se muevan a voluntad.

—*Telekinesis* es un hechizo muy bueno. Me alegra que con algo tan simple hayas llegado tan lejos como para matar a dos de mis horrores.

—Gracias. Principalmente uso mis habilidades sobre mi arma, la *Palkelenber.* —Al escuchar eso, la expresión del dragón cambió de manera drástica, acción que alarmó un poco a los presentes.

—¿Dónde está dicha arma?

—Donde dormíamos. Deje traerla —respondió el tuerto al dragón. Mergo regresó con el arma en manos, ofrecida al escamado, el cual la vio de cerca y rechazó tocarla.

—Interesante. Sin dudas, su destino es ir y enfrentar *la gran prueba* —aseguró Dandileon, retirada de su vista la Palkelenber—. Van a necesitar toda la ayuda posible. Cuando me dijeron que usaban la energía de los orbes, me parece que también la empleaban para vehículos, ¿cierto? —Ambos cazadores afirmaron aquello, apenados.

—Nadie puede movilizarse, a menos que sea a pie o por medio de montura. Estamos algo limitados —explicó la pelirosa.

—Está bien. Yo me encargaré de eso más delante. Por ahora será mejor que se tomen otros tres días más para descansar. Yo debo recuperarme de los casi cien años que fui una piedra y ponerme al corriente con otras cosas. Cuando llegue el momento de partir, se los haré saber —sentenció el dragón, se puso de pie y se dirigió hacia la biblioteca, ahora solos los cazadores ahí en el palacio, junto a los aldeanos que no sabían siquiera qué decir.

—Creo que sería una buena idea comentar al pueblo de Dandelan sobre el fallecimiento del alcalde, así como el de Geron. Hay que hacerles un funeral digno —comentó Mergo, a lo que todos asintieron, dejado solo el palacio celeste por el momento, encaminados al poblado en las faldas del monte Gomoth.

Una vez abajo, tristes, los habitantes del lugar recibieron a los cazadores, gobernado el sitio por la tristeza y el sopesar de las personas cercanas al anciano que había dado su vida por el despertar del dragón, organizado de inmediato una ceremonia para despedirlo.

En medio de lo sucedido, luego de unas palabras dichas por los allegados del hombre mayor, un rugido se escuchó desde lo alto de la imponente montaña, bajado desde su castillo el dragón dorado para hacerse presente en la ceremonia, colocado por encima de todos, observada la pira donde descansaban ambos fallecidos frente a él, dedicadas unas palabras a los difuntos.

—Geron de Nwarvus y Soriteles de Dandelan. Ambos hombres valientes y honorables que dieron su vida por Vuseandal, por un bien mayor, por la humanidad y su sobrevivencia. Aquellos que conocen el gran valor del sacrificio no son más que héroes, galardonados seres que deben ser recordados y premiados con paz eterna, cuyos nombres estarán siempre presentes en nuestros corazones. Gracias, Geron, Soriteles. ¡Qué un mejor mañana llegue a Vusaendal! ¡Juro que su ofrenda de vida no será tomada en vano! —Luego de eso, el dragón expulsó una llamarada dorada de su hocico que prendió fuego a los cadáveres, maravillados los presentes al ser testigos de una tradición que su pueblo había perdido, pues antes era el dragón quien despedía a todos y esa fue primera vez en noventa y seis años que volvía a hacerlo.

Una vez terminado el trabajo, el dragón miró a los cazadores que le liberaron y ascendió a su castillo, donde pareció quedarse lo que restó de la noche, mientras que Annia y Mergo estuvieron en la casa del alcalde a petición de los lugareños.

El par no pudo dormir durante la noche. Tenían tantas preguntas sobre lo que habían escuchado del dragón que parecían atormentarlos durante la velada, hasta que Annia se sentó en su cama y decidió hablar.

—Sé que estás despierto —dijo la chica, observada por el tuerto.

—No es como que finja o algo.

—Mergo, ¿no crees que hay algo raro en todo esto? ¡Digo! Creo todo lo que dijo Dandy, pero siento que el problema es algo más allá de un error humano. Me parece como si hubiera algo más allá afuera queriendo acabar con los humanos. De hecho, Dandy confirmó que existen humanos en otros mundos, así como dragones, ¿verdad? —Entendió de momento la mujer, cosa que le hizo a Mergo abrir su ojo de la impresión.

—¡Es cierto! ¿Cómo no nos dimos cuenta antes?

—Supongo estábamos pensando más en el destino de nuestro propio mundo que en otra cosa.

—Por supuesto —ultimó el hombre, seguido de su suspiro—. ¿Qué harás una vez que esto acabe? —preguntó a su amiga. Eso la hizo ver hacia la ventana, triste.

—Dandy dijo que nuestras habilidades fueron otorgadas por él para defendernos de los noxakos y así poder atender la dichosa prueba. Una parte de mí sabe que, una vez completada la tarea, nos quitará a todos este poder —concluyó la pelirosa, resignado Mergo de ello.

—Lo mismo pensé en su momento —confesó el tuerto—. Es muy probable que nos retiré la magia al acabar todo. Creo que es una buena idea. Sin los noxakos, la magia no debería ser usada por humanos.

—Toda mi vida he dependido de ella. No sé qué haré de ahora en adelante —explicó la mujer, dado un suspiro largo antes de seguir—. Supongo que iré a con Morgrem para ayudarle a encontrar una nueva fuente de poder. Otra opción es quedarme con Dandy y ser su discípula o algo. Cualquier cosa me hará feliz una vez que hayamos terminado con la labor final —dijo alegre la mujer, seguida de su amigo.

—A mi me gustaría tener una familia —respondió, alegre y con la vista al cielo—. Ver a mis hijos crecer, envejecer con una bella esposa y conocer a mis nietos en un hogar lindo y tranquilo. Eso me encantaría —contó el hombre, con el corazón contento.

—Malak será una buena esposa. —Lo declarado sonrojó al hombre, el cual volteó hacia su amiga, quien le veía con una grata sonrisa.

—¿Crees que seríamos un buen matrimonio?

—No lo creo, mi amigo. Lo sé —confesó feliz, entusiasmada por el futuro del hombre—. Desde que se conocieron, sabía que harían una buena pareja. Se notaba de a leguas que se gustaban mucho.

—¡Je, je, je! Es la primera vez que me gusta una chica tanto. Desde que la isla cayó, nunca había puesto atención en esas cosas, pero Malak tiene algo. Sus ojos y sonrisa llenaron mi corazón de alegría. Me di cuenta que estaba enamorándome de ella —relató el hombre, feliz.

—Ella está igual que tú.

—¿En verdad?

—Sí, y quiero me prometas algo.

—Por supuesto. ¿Qué pasó?

—Cuando acabemos con esto, vas a pedirle matrimonio, me vas a invitar a la boda y vas a ser muy feliz a su lado —aquello consiguió no sólo una sonrisa de parte del hombre, sino sus lágrimas, para luego ambos abrazarse mutuamente.

—¡Claro que así será! Muchas gracias por tu amistad, Annia.

—Gracias a ti, Mergo. Le diste un gran sentido a mi vida. Me salvaste y, por eso, estoy en eterna deuda contigo.

—¿De qué hablas? Tú me has salvado ya más de una vez. Estaría muerto de no ser por ti. —La plática continuó hasta altas horas de la madrugada, donde los dos por fin sintieron sueño, por lo que se acostaron cada quien en su cama y quedaron completamente dormidos.

Pasaron tres días y las heridas de los cazadores fueron sanadas en su totalidad por el dragón, quien estaba preparado para continuar con lo planeado, advertidos los cazadores antes de continuar.

—Lamento mucho que nuestro convivio no fuera tan longevo como hubiera querido antes de su última misión, pero las cosas así deben ser por ahora —comentó Dandileon antes de mandar a los cazadores lejos—. No puedo meterlos a la isla directamente, pero puedo llevarlos al puerto, en donde se hallarán con los aliados que he reunido para ustedes —aseguró el escamado, extrañados los cazadores de escuchar eso.

—Gracias por todo, Dandileon. Prometemos regresar victoriosos de la misión —explayó Annia.

—Cumpliremos nuestra parte y salvaremos a Vusaendal en su nombre —secundó a su amiga Mergo, sonriente el dragón ante ello.

—Es un placer darles la mano a mis hermanos *Vusae’rim* —gratificó el anfitrión, serio de momento—. Debo decirles que, una vez cumplan con su deber, retiraré la magia de la humanidad entera. Espero entiendan el porqué de mi decisión —confesó Dandileon, palabras que crearon unas sonrisas solemnes en los humanos presentes.

—Ya lo suponíamos. Es justo, sólo lo recibimos para esto. Una vez cumplido, no lo necesitaremos más.

—La humanidad ha vivido sin la magia por mucho más de mil novecientos once años. Podrá continuar sin ella más adelante —aclararon Annia y Mergo, respectivamente.

—Me es grato que estén conscientes de ello. Estoy orgulloso de ambos. ¡Qué la luz del Gran Amo Pridhreghdi los guie hasta su victoria! —Dicho eso, un haz de luz apareció bajo los pies de los cazadores, transportados hasta una de las costas de Nwarvus, la más cercana a la isla Yubime.

—Esto es Nwarvus. No puedo equivocarme —comentó Annia al ver los alrededores.

—La isla. Tenía razón Dandy. Ha vuelto a resurgir —declaró el hombre al ver su hogar en las lejanías, nostálgico.

—¡Espero estén listos para nuestro último jalón, nena! —Declaró una voz a lo lejos, encontrado por los cazadores Morgrem y Ricardo, quienes estaban caminando hacia ellos.

—¡Morgrem, Ricardo! ¡Qué gusto verlos! —expresó Annia al correr hacia los brazos de sus amigos, llena de jubilo al verlos una vez más.

—¡Felicidades por su victoria, reina! Dandileon nos contó todo —contó Ricardo, impresionados los amigos.

—¿Él fue a buscarlos?

—No sólo a ellos —respondió Novan a Mergo, el cual iba acompañado de un hombre alto y musculoso que llevaba grandes pieles blancas encima de él.

—¡Novan! Qué felicidad que estés bien —confesó Annia, saludado el joven por ambos cazadores.

—Yo también estoy muy feliz de verlos. Él es Einar, el terrible de Arnbvus —presentó a su acompañante, alegre aquel de saludar a los amigos.

—Un placer conocer a nuestros salvadores, a los guerreros que despertaron a Dandileon, el dragón —expresó el terrible, apenados Mergo y Annia por ello.

—Claro que todos los terribles tienen que estar aquí —aseguró Rayshea, acompañada de Aerya, Chūnfēng y Hung.

Los cazadores no podían creer lo que veían y fueron a saludar de forma eufórica a los chicos del sur de Vonrvus, alegres aquellos de verlos.

—No íbamos a dejarlos solos —aclaró Chūnfēng, seguido de Hung.

—Kosuke nunca nos perdonaría abandonarlos —explicó Hung, quien tenía un brazo mecánico como el de Danielle, cortesía de Morgrem, mismo que poseía un prisma nox que estaba funcionando.

—¿Cómo es posible que esa cosa esté activa? —preguntó Annia, extrañada.

—Dandileon las activó —dijo la voz de Danielle, quien caminaba con su propia prótesis, al lado de su madre.

—¿Eh? ¡Tu madre está viva! —Externó Mergo, impresionado.

—Dandileon habló conmigo y mi esposo. Entendí que nuestra raza puede perecer si somos estúpidos y tercos, cosa que mi amado marido no captó. Yo lo sé, nos toca unir fuerzas y acabar con esto de una buena vez. El enemigo de mi enemigo es mi amigo, ¿cierto? —declaró la mujer, confesión que no hizo confiar a Annia.

—De todos aquí, fuiste la única que trató de matarnos, tía.

—Lo sé, pero eso ya no importa. Prometí al dragón ayudar y eso haré. Es mi deber como protectora del mundo, no simpatizante tuya. Cuando esto acabe, me volveré sirviente fiel de Dandileon como acuerdo, en lugar de podrirme en prisión. Creo que fue una buena oferta, ¿no? —explicó Danya, provocada una sonrisa confiada en la pelirosa.

—Ya veo. Ésta es, de verdad, nuestra última misión. ¡El destino de Vusaendal está en nuestras manos, cazadores! ¡En marcha! —declaró Annia, señalada la isla a la par de ello, listos para embarcarse hacia aquel destino y lograr acabar con el mal que se halla en ella, para iniciar lo que Dandileon mencionó era *la gran prueba.*

## Sexta Ceremonia: Adversarius

Sobre un bote impulsado por un orbe nox que Dandileon encendió, los terribles de todo Vusaendal navegaban hacia la vieja isla, temerosos a lo que pudieran enfrentar allá adentro, pues esperaban las peores pesadillas jamás vistas en su vida, algo que hiciera frente a lo nombrado «la gran prueba» por el dragón.

Distanciado, Mergo se hallaba en la proa, sostenido de la orilla de aquella, observado su hogar con algo de recelo y miedo, además de nostalgia.

Novan, quien llevaba algo para él, se acercó al hombre y le tocó su hombro delicadamente.

—Luego de que te fuiste, encontramos esto entre la nieve. Espero te sea de ayuda en la batalla —explicó el hombre, dadas las cadenas que el tuerto siempre cargaba.

—Gracias, amigo. Pensé nunca volvería a verlas. Son un regalo de un hombre al que le salvé la vida en la costa. Las usaba para pescar y fue un arma muy útil para mí durante todos estos años, un recordatorio de la amabilidad de la gente.

—Me alegra entonces haberlas regresado a su dueño. Verás que todo saldrá bien, amigo —predijo el joven, cuyos ojos vieron el apagarse de la sonrisa de Mergo, para luego su vista regresar a la isla.

—Se siente raro volver a casa luego de tanto tiempo —confesó Aerya, con su rostro apuntando al destino.

—¿Khun Aerya? ¿Usted también es un tterim? —preguntó impresionado el muchacho de Arnbvus, escuchado aquello por los demás que no estaban muy lejos.

—Abandoné la isla cuando era niña debido a un conflicto entre las tribus del lugar. Mi familia fue sobreviviente de los Palkerim, y hasta la fecha, soy lo último que queda de ello. Tengo noventa y tres años de edad, aunque no los aparente ka —explicó Aerya, impresionados todos al saber dicha historia.

—Somos más parecidos de lo que creí, entonces… —comentó Mergo cabizbajo.

—Sí, me di cuenta que sabías que también era un tterim desde que nos conocimos, pero no dijiste nada. Agradezco tu discreción, y que seamos nosotros, un Diarrrim y un Palkerim quien le ponga fin a esto.

—Lamento mucho lo sucedido en el pasado. Yo…

—No tienes porque disculparte por cosas que hicieron nuestros antepasados —interrumpió la mayor, tranquila—. Mis padres se negaron a contarme qué fue lo que sucedió, pues deseaban que mi corazón estuviera libre de deseo por venganza u odio hacia nuestros hermanos isleños. Hicieron bien, y sé que lo importante es saber unirse para un bien mayor, sin importar qué tan horrible haya sido el antes. Todo por un mejor futuro. —La sabiduría de Aerya inspiró a todos, reverenciada por Mergo primero, seguido de los demás, honrados por su presencia.

—Será un honor pelear a su lado, Khun Aerya.

—Mi nombre es Indra. Aerya es un nombre inventado para encajar en Vonrvus.

—Claro, Indra. Estoy listo para acabar con esto de una buena vez —declaró Mergo, regresados los ojos de los cazadores a la isla, la cual no parecía verse más cerca.

—¿Soy yo, o hace rato que no avanzamos? —mencionó Annia, lo que extrañó a Morgrem, revisado el mapa del barco y confirmado lo dicho por la mujer.

—Es cierto. No estamos avanzando. Estamos estancados a pesar del motor estar encendido —explicó el médico, confundidos los presentes por ello, hasta que, en el cielo, un círculo mágico luminoso apareció, de donde brotó Dandileon al momento.

—¡Lamento el inconveniente! Parece que mi hechizo de protección sigue en pie. Éste no permitía a nadie acceder a la isla. Es lo que los tiene detenidos aquí —aseguró el dragón, extrañados Annia y Mergo ante tal revelación.

—Hace años un cazador consiguió adentrarse a la isla no una, sino dos veces. ¿Cómo es eso posible? —comentó Mergo.

—¡Vaya! Debió ser una persona muy habilidosa.

—Era el mejor de todos —detalló Annia, respaldada por los demás.

—Espero estén listos, porque una vez que libere el hechizo, los diarr luxnobaris los atacarán con todo. —Al decir eso, los aliados tomaron posición de combate, acomodados alrededor de la nave, listos para pelear con Annia, Mergo e Indra enfrente. —Perfecto. Suerte, cazadores de Vusaendal —dijo el dragón y rugió desde el cielo en dirección a la isla, lo que derribó una poderosa pared mágica que él mismo había colocado en el lugar, oscurecido los alrededores de inmediato como si se hubiera hecho de noche, ocasionado por la gran concentración de noxakos dentro de la isla Yubime.

Rápido, desde las profundidades del mar alrededor de la meta, un montón de sombras se dirigieron hacia el bote de los cazadores, destrozado aquel desde el fondo, para luego saltar los atacantes a la superficie y revelarse como extrañas criaturas deformes con aletas y extremidades torcidas, adecuadas para el nado rápido, cuyos tres orbes nox sobresalían de su espalda.

—¡Ataquen! —gritó Mergo, dado un salto por Annia junto con su cola, alas y cuernos listos, disparadas múltiples balas de luz que asesinaron a varias de éstas criaturas, surgida una parvada de noxakos de dos orbes desde la isla hacia ella, proyectados láseres en su dirección, los cuales la pelirosa fácil evadió.

Antes de hundirse el bote, Novan creó una plataforma de hielo sobre el mar que abordaron todos, disparados sobre aquella hacia la isla gracias a que Ricardo tomó un trozo de madera grande para moverlo a una velocidad increíble y que éste impactara sobre el helado transporte improvisado de los cazadores, mismo que chocó y se destruyó contra la playa, recibidos por varios noxakos de un sólo orbe a los cuales despacharon sin muchos problemas Rayshea, Danya y Danielle.

Einar, al ver los problemas que tenía Annia en el cielo, lanzó un viento polar hacia los números enemigos alados, agregados los pétalos de Chūnfēng en dicha agresión, lo que consiguió abatir a la mitad de las criaturas, obliteradas las restantes por la mujer, hecha una lluvia de prismas nox como resultado.

—Bien, es justo lo que esperaba. No nos defrauden, humanos —dijo Dandileon para sí mismo y desapareció de la escena tras otro círculo mágico.

Annia descendió, destrozó tantos noxakos pudo y abrió camino hacia el interior de la jungla isleña, adentrados todos al ser guiados por Mergo, quien iba por delante de Indra, la cual usaba sangre que trajo en bolsas para defenderse de los noxakos comunes que trataban de detenerlos.

De la nada, ya en el corazón de la jungla, aparecieron seis noxakos con espada, listos para atacar a la par de un ejercito de otros tipos de bestias con números de orbes menores a tres.

A esto, Ricardo reacción y trajo una gran roca que vio en la playa, misma que ya había estado moviendo a la par que se adentraban a la zona, con la cual abatió a tres de los monstruos, destruidos los orbes por Annia y Novan.

Los otros tres trataron de alcanzar a Danya, Danielle y Hung, mas el último detuvo el ataque de la espada del primero, encendió el prisma nox en su hombro y, con un poder brutal, golpeó el arma de su enemigo, lo que la destruyó por completo con todo y orbes.

Los presentes se quedaron impresionados y Morgrem orgulloso, procedidas madre e hija en destrozar a los dos restantes con sus toxinas, acabado el trabajo por Hung que quebraba los orbes como si fueran de un cristal muy delgado.

A todo esto, un cúmulo innumerable de criaturas fueron rodeando a los cazadores, cosa que les obligó a acercarse más y más entre ellos, asustados de tantos enemigos que parecían salir de la nada, resilientes e imparables a su parecer.

Los noxakos no se reducían, aumentaban a pesar de las grandes cantidades de veneno, los atropellos con los objetos de Ricardo, las acribillada de las balas de Annia y el viento frío de Einar con los pétalos mortales de Chūnfēng. Esto mortificó mucho a Mergo, quien sintió que su arma comenzó a latir. Al observar la Palkelenber, ésta cambió el color de su empuñadura a ser rosada una vez más, lo que le causó una sonrisa a su portador.

—¡Al suelo, ahora! —ordenó el hombre, acatado aquello por los aliados de inmediato, tomada la Palkelenber en manos del hombre, puesta sobre su cabeza en lo más alto que sus brazos pudieran permitirle y girada a una velocidad allí encima de él como si estuviera cortando enemigos a su lado.

La espada brilló en un color magenta intenso al suceder esto, rebanados los noxakos alrededor de Mergo sin importar que tan lejos de él estuvieran, destrozadas sus filas y abierto el circulo donde aquellas estaban sofocando a los cazadores.

Los demás vieron impresionados la hazaña, anonadados ante el increíble poder del arma de Mergo, quien se detuvo una vez que las amenazas cedieron, encontrado sólo un mar de orbes y prismas alrededor de todos, puesto sobre una rodilla Mergo en el suelo, agotado.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó Annia, extrañada.

—El verdadero poder de la Palkelenber. Lo perdió cuando salí de la isla. Ahora que lo ha recuperado, nuestras oportunidades de ganar son indiscutibles —declaró el hombre, confiado con su arma en manos, levantada la moral de sus aliados.

Justo en el momento, tres noxakos de un orbe aparecieron, eliminados de tajo por Annia y Rayshea, puestos de pie todos y continuado el camino hacia el corazón de la isla, eliminados más de los monstruos en el transcurso sin muchos problemas.

Al momento de continuar, los cazadores se adentraron a lo que fue la aldea del tuerto, invadida por múltiples aberraciones que consiguieron eliminar sin muchos problemas, buscada con la mirada de Mergo alguna señal de vida de sus familiares o alguien natal de la isla, pero todo en vano. Lo único que se podía apreciar eran cadáveres y hogares destruidos, lo que le hizo al hombre derramar una lágrima única antes de continuar el recorrido.

—¿Sabes dónde está el templo? —preguntó Annia al correr y pelear.

—Sí, todos lo saben, mas nadie había regresado a él desde la unificación. Ésta exactamente en el centro de la isla. Veremos un *tori* que anuncia la entrada. No debemos de estar tan lejos, tal vez a unos veinte minutos del lugar a este paso —explicó el hombre, desplegadas las alas de la mujer para ver el cielo, seguida por un número impresionante de noxakos de dos orbes que se alzaron a su par, destrozados algunos por ella y otros por Chūnfēng y Einar.

—¡Baja! Es muy peligroso volar —enunció Morgrem, atendida la orden del mismo por la pelirosa, acabados los noxakos que la siguieron por Mergo y Danielle.

—¡Lo vi! Hay una especie de claro en medio de la jungla, donde no crecen palmas ni arboles de otro tipo, sólo pasto. Hay una construcción en medio de éste.

—Es ahí, ¿qué tan lejos está?

—Sí, a unos veinte minutos —rectificó la mujer, reanudado el avance por los presentes hacia el sitio en cuestión, dado todo de ellos en su búsqueda del templo de la isla.

Entre más se acercaban al destino, de forma misteriosa, la cantidad de noxakos disminuyó, cosa que temían sería al revés, mas aquello indicaba que las criaturas estaban esperando a ser liberadas, por eso estaban acumuladas en las orillas de la isla y no al contrario.

Al fin, Mergo pudo ver el *tori* de color cobalto, aquel que anunciaba la entrada al santuario y, por consecuente, al templo que estaba en medio de éste.

—¡Ahí está! —gritó Rayshea, aparecidos varios noxakos de espada entre la meta y los cazadores, acabados por la mujer que anunció el fin del recorrido e Indra, las cuales los aniquilaron con una facilidad impresionante. Ya limpio el camino al templo, los cazadores se detuvieron a unos cinco metros de la entrada al claro, tras Mergo.

Ahí, los aliados, extrañados, fueron testigos de una increíble verdad.

El tuerto, asustado y confundido, se acercó para ver bien hacia cielo de entre los árboles, por encima del templo, donde había lo que parecía ser una grieta en la realidad misma. De aquella, uno tras otro, brotaban noxakos que forzaban su entrada al mundo, expulsados desde ahí y cayendo al suelo cerca del templo, sólo para ponerse de pie y correr azarosamente hacia las orillas del santuario.

Uno de los monstruos que recién llegó, alterado, sintió la presencia de los cazadores y se dirigió hacia estos, enrabietado. Annia iba a disparar, pero Mergo la detuvo sin dejar de ver a la criatura, misma que, al tratar de atravesar el *tori,* desapareció frente a los ojos de todos.

—¿Qu-qué demonios significa eso? —preguntó la pelirosa, contestada por Morgrem.

—Ahora entiendo. Esa grieta es el origen de los noxakos en nuestro mundo. El santuario protege la isla, y al intentar ellos de abandonarlo, son teletransportados a otro lugar del mundo. Supongo yo, al azar —explicó el científico, atemorizados los demás de escuchar eso.

—Entonces, el origen de todo es la isla —dijo Einar, lo que puso un poco tenso el ambiente.

—Sí, Dandileon, el dragón, nos explicó a Annia y a mí que, por la ambición de un humano, la grieta se abrió. Me temo que la pelea entre nuestras tribus, Indra, fue lo que provocó esto —dedujo Mergo, no convencida su compatriota de ello.

—Sé que tiene que ver con eso, pero me temo que va más allá. ¿No les comentó nada más?

—Por desgracia, no —alegó Annia, decepcionada—. Mencionó que había prometido no decir más, pues son asuntos que no son de su deber.

—Entonces, las bestias creadoras están involucradas en esto —explicó Hung, temeroso.

—Gēge, ¿qué son las bestias creadoras?

—Entidades cósmicas que forjan el universo entero. Hijos del Creador, hermano del padre y amo de todos los dragones, los cuales llevan su nombre —contestó Ricardo, con sus ojos puestos en la grieta—. Los colores de los *tori* y los nombres de sus tribus me hacen pensar que están relacionados al tiempo y espacio. ¿No es así? —preguntó el terrible de Hexlevus.

—Sí, es cierto ka —respondió apenada Indra—. Es un secreto que juramos guardar, pero ¿qué caso tiene ahora? El mundo está en el declive y no tenemos tiempo para hacer las cosas más misteriosas. Cuenta la leyenda que esta isla fue construida con la magia de las bestias hermanas del tiempo y espacio, desde su centro, en ese altar. Una de ellas, no se sabe cuál, creó el recinto tiempo después y encargó a nuestros ancestros rendirle tributo a como lo vieran adecuado para ellos, con la única condición de jamás entrar en el templo —contó la terrible sureña de Vonrvus, con su mirada puesta en la construcción.

—Dentro se debe hallar la clave para acabar con esto. Dandileon lo dijo: hay un instrumento que nos permitirá obtener la victoria. ¡Hay que avanzar y acabar con esto! —Dicho eso, tanto Annia como Mergo avanzaron, seguidos por todos.

La pelirosa, temerosa, se detuvo frente al *tori,* y antes de atravesarlo, lo contempló unos momentos, como si supiera que estaba haciendo algo malo. Aun así, decidió ignorar su instinto y avanzó. Al poner un sólo dedo dentro del sitio, una extraña energía expulsó a todos lejos, destrozados los árboles y palmeras alrededor, quebrada la barrera que parecía transportar a los noxakos fuera.

Los cazadores, puestos de pie tan pronto pudieron, observaron cómo alrededor del templo una negrura densa fue liberada, a la par que un fuerte estruendo, acompañado de un ligero temblor, se hizo presente.

—¿Ahora qué?

—Vino desde el interior del templo —comentó Danya luego de su hija, escuchado otra vez el ruido, pero más fuerte.

—¡Prepárense! —gritó Hung, puestos todos en guardia, a la par que el edificio en el centro del santuario estallaba y liberaba una cantidad gigante de una amalgama de noxakos que fueron torciéndose y creciendo hasta que se creó una criatura titánica de cuatro brazos repletos de orbes nox; una cabeza con tres rostro y largos cuernos que apuntaban al cielo; un dorso delgado y adornado con múltiples prismas nox sin orden alguno que mostraban lo fuerte que era.

El ser no tenía piernas, sólo estaba constituido por la parte de lo que sería un cuerpo humanoide de la cintura para arriba, cuyo tamaño era casi del mismo del santuario mismo, sepultado aquel sobre su propia formación.

La criatura tiró un grito bestial al cielo, emergido de su carne un montón de soldados aberrantes sin cabeza, pero con cuchillas en vez de brazos y piernas. Sus dorsos semejaban una especie de agujero parecido a una boca cerrada con fuerza sin labios.

—¡M-maldita sea! ¿Cómo demonios?

—¡Menos preguntas y más acción! —tajó Mergo al escuchar a Danielle, iniciado el combate por parte de los cazadores, expulsadas las garras y piernas de dragón por Mergo, dado un salto alto para atacar desde el cielo al monstruo, mismo que abrió su hocico, el cual poseía en el fondo una especie de estrella de cristal que brillaba con una intensa luz similar a la de los orbes nox, lugar de donde proyectó un rayo que estuvo a punto de golpear de llano al hombre, de no ser porque Annia lo rescató en pleno vuelo.

—¡No hagas cosas imprudentes! —regañó Annia a su amigo, seguidos por la agresión de la bestia, la cual destruía lo que tocaba, oculta la abertura en la realidad que vieron antes dentro del pecho del monstruo.

—Dentro de su garganta hay algo muy brillante. Ése debe ser su punto débil.

—Mergo, ese noxako está conformado por unos doscientos orbes nox y varios prismas. No importa si hay uno más bonito que los demás, debemos destruirlos todos si queremos ganar y tu arma es la única que puede —explicó Annia, vista la Palkelenber por el tuerto.

—Es verdad. Lo siento. —De pronto, el enemigo miró a los terribles que combatían con sus vástagos, listo para lanzarles un ataque desde su boca, disparadas balas de luz por Annia para llamar la atención de su enemigo, lanzada Rayshea al momento de voltear la criatura de vuelta a la pelirosa, interceptada por una de las cuatro grandes extremidades y devuelta con un golpe a donde estaban los demás, donde de inmediato Morgrem la curó.

—¿Estás bien, reina?

—Esa mierda es veloz. ¿Cómo puede serlo si es tan grande? —preguntó Rayshea luego de escuchar a Morgrem.

—Hay que planear algo antes que estas cosas nos aniquilen —sugirió Einar, el cual asesinaba tantos despojos del enemigo cómo podía, aunque aquellos continuaban brotando del titánico ser.

—Mergo y Annia pueden con el grandote. Debemos distraerlo lo más que podamos para que puedan darle verdaderos golpes. Es lo que nos toca —explicó Chūnfēng, puesto frente a todos.

En ese momento, un montón de lacayos fueron directo a él, liberados múltiples pétalos por el hombre, empujados por el viento de Einar junto a una gran cantidad de veneno de Danya y su hija, acción que barrió con muchos enemigos y alcanzó a golpear al monstruo principal, cosa que parecía causarle algo de molestia.

—¡Defiéndannos! ¡Nosotros nos encargamos! —enunció Danielle, atacados por más vástagos que Rayshea e Indra consiguieron abatir, defendidos por los restantes, puesto Morgrem cerca de quienes atacaban directo al ser titánico.

Con esa oportunidad en manos, Annia y Mergo se separaron en el aire, activada la Palkelenber para destrozar tantos orbes como pudiera Mergo de los brazos de la izquierda, mientras Annia hacia lo mismo con los de la derecha, evitada la total concentración del enemigo gracias al daño que causaban los terribles en su fondo.

Eso provocó que, de la nada, algunos soldados que enviaba la criatura se destrozaran por si solos al instante, cosa que les dio a entender a los demás lo que significaba aquello.

—¡Yo lo haré! —dijo Rayshea para luego proyectarse hacia el cielo en dirección a Annia. Aquella la vio, asustada, notado que la mujer se detuvo y estuvo a punto de caer, sostenida por la pelirosa para evitar su descenso.

—¿Qué diablos hac…?

—Los orbes controlan a los enemigos pequeños —tajó Rayshea, desesperada—. Si se regeneran, no tiene caso destruirlos. Estoy segura que tiene un punto débil —explicó la terrible, molesta Annia por ello.

—Maldito Mergo, tenía razón. —Al decir eso, la bestia pegó un grito y de su dorso, cerca de los prismas, emergieron grandes seres alados parecidos a hocicos se que abalanzaron contra Chūnfēng y compañía, lanzada Rayshea por Annia hacia ellos para ésta proyectarse en luz y atropellarlos, lo que los deshizo y tumbó, continuado el ataque en conjunto que cada vez rodeaba más a la abominación

La terrible del norte de Vonrvus se repuso, avistado entonces que los monstruos que atropelló se curaron de inmediato para ir a atacarla, al menos dos de ellos, pues los demás regresaron con su objetivo principal, detenidos por una roca que Ricardo les lanzó a una velocidad impresionante, dañados de gravedad por ésta que seguía abatiéndolos sin piedad.

Las heridas comenzaron a hacerse presentes en los aliados, y aunque Morgrem consiguió curarlos una y otra vez, aunque el extender el combate se volvía cada vez más extenuante para todos. Annia y Mergo consiguieron destruir la mayoría de los orbes y prismas, lo que detuvo en varias ocasiones a los lacayos, tanto pequeños como grandes, mas éstos objetos se regeneraban tan rápido que no había forma de terminar con todos de un tajo, ni siquiera con las balas y la Palkelenber.

Por ello, la mujer voló hacia su amigo y lo sostuvo en el aire en favor de hablar con él sobre el enfrentamiento que llevaban a cabo.

—¡Debe tener un punto débil!

—¡Te lo dije desde un inicio! —Se quejó Mergo, pensativo. —Estoy casi seguro que es la cosa en la garganta.

—¡Suerte abriéndola sin que te dispare!

—Tiene tres bocas. ¿Crees que pueda proyectar el rayo por las tres?

—Apostaría a que sí —sentenció la mujer, seguidos por varios de los grandes lacayos voladores, aniquilados por los esfuerzos de ambos—. ¡Nos toca comprobarlo! —Lanzó Annia a su amigo hacia el otro lado de la criatura, mismo que pasó por encima de aquella y golpeó la cima de la cabeza con su espada sin obtener algún resultado más que la provocación del enemigo.

Annia, de igual forma, disparó directo a la cara que tenía enfrente, la cual se vio más enfurecida, pues la mujer no se movía de donde estaba, por lo que fue esa boca la que se abrió para revelar su interior y disparar el rayo, no sin antes Annia ver a lo que Mergo se refería.

La agresión luminosa fue proyectada en dirección de la pelirosa. La mujer evadió esto con facilidad, a la vez que Mergo tomó su cadena y la lanzó en contra del rostro que tenía enfrente, enredada su arma en las fauces de la bestia al atravesarla con la punta filosa que poseía.

Al ya estar bien adherida, a la par que caía, el tuerto separó sus brazos como si estuviera sosteniendo los labios de la boca que tenía enfrente, lo que provocó a la cadena jalarlos y abrirlos por completo contra la voluntad del monstruo.

La consecuencia fue que el rayo que proyectaba hacia Annia se debilitó, enterados ambos de ello y liberada la cadena para volver a manos del hombre, pues un poco del láser escapaba por la otra boca abierta y el tuerto temía que eso destruyera la cadena.

Todo eso fue visto por Indra, la cual rompió filas y corrió hacia el enemigo principal, extrañados los demás por esto.

—¡Vuelvan a hacerlo! —gritó la terrible, para luego lanzar un montón de sangre a la cara restante.

Al entender qué planeaba, Mergo cayó al suelo y saltó de vuelta con su cadena en mano, proyectado hacia la boca de la misma cara, al igual que Annia se acercaba a la restante a la par que disparaba. La mujer estaba siendo atacada por un montón de vástagos voladores, mas la cola carmesí que poseía reaccionó por su cuenta y los golpeó de una manera tan brutal que los proyectó al suelo de un sólo tajo, libre de continuar con su agresión.

Al ver esto, la cara frente a Annia, ya bastante destrozada, abrió sus fauces para tratar de asesinar de una vez a la mujer, momento justo en el cual Mergo con la cadena e Indra con la sangre pudieron abrir las bocas restantes, exhibido el centro de la criatura, el cual era una bella estrella de luz nox que flotaba en el medio de la garganta que mandíbulas compartían.

—¡Ataquen! —ordenó Annia al expulsar tantas balas pudo hacia el lugar, mas antes que cualquier otra agresión pudiera acceder, la boca que tenía la pelirosa enfrente se cerró, lo que le permitió al monstruo liberar dos pequeños rayos que golpearon cerca de Indra, evadido el otro por Mergo—. ¡No!

—¡No se detengan! —exclamó la terrible sureña de Vonrvus, con heridas y un rostro estoico, lista para usar toda su sangre y abrir la boca restante del enemigo, pegado un grito por ella gracias al dolor.

—¡Morgrem! —exclamó Ricardo, mientras que todos dirigían sus ataques a una de las fauces de la criatura.

Annia disparó tanto pudo con sus balas, Chūnfēng, Einar, Danielle y Danya dirigieron sus poderes hacia el hocico que tenían enfrente, lanzada la Palkelenber por Mergo como una lanza, empleada su garra azul para dicha acción.

El arma, junto a las otras agresiones, alcanzó a golpear a la luz de la criatura de manera estrepitosa, seguido del estallido de su cabeza, cosa que no provocó a los vástagos detenerse, y fueron justo algunos de los pequeños los que destrozaron con sus extremidades a una débil Indra, descuartizada antes de siquiera sus trozos poder tocar el piso.

—¡INDRA! —gritó Mergo desesperado, abatidos los monstruos por Hung, aunque era demasiado tarde.

Los cazadores con habilidades de dragón, enfurecidos, destruyeron tantos prismas como orbes pudieron, lo que fue eliminando a los soldados uno por uno, hasta que no quedó más amenazas, pues esta vez, los orbes no se recuperaron.

Una tremenda energía se sintió en el interior del pecho de la criatura, la cual succionó su enorme cuerpo frente a los cazadores, hasta que implotó y liberó una honda que pudo haber empujado a los presentes, mas ya estaban preparados para ello a diferencia de la primera vez.

Todo lo que quedó del gran rival fue una pequeña perla con un brillo tal que iluminó por completo la isla entera, aunque ver dicho objeto directamente no lastimaba la vista de nadie.

Annia descendió y se reunió con los demás, al igual que Mergo, abatidos por la pérdida de Indra, agotados y un poco heridos gracias a los esfuerzos de Morgrem, quien estaba en completo extenuado. Tanto que ni siquiera podía mantenerse en pie, ayudado por Ricardo.

—Nos salvaste, nena. Debes estar orgullosa.

—No, no pude salvar a Indra. ¡Debí seguirla cuando se separó de nosotros! —Respondió Morgrem a su amigo, decepcionado.

—Ella sabía lo que implicaba salir del círculo. Lo que hizo fue valiente y honrado. Se sacrificó por todos —enunció Danya, cosa que molestaba a la mayoría, mas dentro de sus corazones sabían que tenía toda la razón a pesar de quién venían esas palabras.

—Lo siento, Indra. Ojalá hubiéramos podido hacer más por ti —dijo Mergo al acercarse a donde estaban sus restos, con lágrimas brotando de su ojo, hincado en la tierra.

—Ya acabó —enunció Hung, agotado—. Era lo que ella más deseaba y lo logró. Sé que descansa en paz con los demás que se han ido —ultimó el hombre, acercado Novan al grupo, cojo por múltiples heridas en una de sus piernas.

—¿Ahora qué sigue? —preguntó el patinador, observado los restos del templo por Annia.

—Sigue en pie. De alguna manera el recinto no fue destruido por completo y los noxakos han dejado de brotar. Hay que ir hacia allá y acabar con esto. Daremos un entierro digno aquí en su hogar a Indra una vez terminemos —dictó la pelirosa, asentida por Mergo, quien la vio a los ojos con un rostro decidido, dada la mano de la mujer a su amigo para ayudarle a ponerse de pie y envainar la Palkelenber antes de proseguir.

Los cazadores restantes se adentraron al santuario, recogido por Rayshea la perla resultante del gigantesco monstruo, dejada atrás la mujer por los demás.

—Deja eso ahí, Rayshea. Será mejor dejar que Dandileon se encargue de él —explicó Einar, lo que hizo a la mujer dejar caer de su mano la joya, para luego avanzar hasta las ruinas del templo con los demás.

Desde el interior, los cazadores pudieron ver al otro lado del claro el *tori* magenta que marcaba la otra entrada al lugar desde el norte de la isla, además de notarse por completo diferente la vegetación de dicha zona, como si fueran áreas distantes en lugar de colindantes.

Annia y Mergo subieron las escaleras del templo y notaron que éste parecía vacío, a excepción de lo que parecía una especie de podio de manera cuadrado, donde descansaba lo que entendieron era una especie de base para colocar un arma o algún objeto en ella, mismo que estaba ausente.

—No está —dijo Annia, molesta y desesperada—. ¡No hay nada! ¡Desapareció! —enunció furiosa, buscado lo faltante con su mirada en el suelo, echada a él para mover las tablas y lo que estuviera cerca en favor de hallar el dichoso objeto—. ¡No se queden ahí viendo! ¡Ayúdenme a encontrarlo!

—¿Qué es? —preguntó Danielle un poco atemorizada como los demás al ver así a su prima.

—¡Es un objeto! ¡Tal vez un arma! ¡No lo sé! ¡Tenemos que hallarlo! —Annia sintió que alguien le puso su mano sobre el hombro, a lo que ésta se volteó para gritarle. —¡No hay tiempo, Mer…! —Mas no era su amigo, sino Danya la que estaba ahí al lado. —¿Qué mierda quieres? —Luego de eso, Danya le metió una bofetada a la chica, detenidos los demás por Ricardo al querer ir a defenderla.

—Necesitas tranquilizarte. La encontraremos, Annia. Si no está aquí, está allá afuera, en el mundo. Vamos a hallarla tarde o temprano. No pierdas la calma en un momento como éste. Eres el ejemplo de todos aquí, recuerda eso —enunció la mujer, tranquilizada la chica ante eso.

—Es cierto —admitió la pistolera, puesta de pie—. Ni se te ocurra volver a ponerme una mano encima.

—No me arrepiento —bufó orgullosa la tía, notado algo por Chūnfēng.

—Oigan, ¿por qué el arma de Mergo está brillando tanto? —preguntó el joven, puesta la atención de todos sobre la Palkelenber, misma que, incluso, empezó a vibrar.

—Imposible… ¿Mergo? —enunció Annia, tomada el arma por el hombre, desenvainada y puesta sobre el altar, encajada de manera perfecta sobre la base del templo, lo que liberó un poderoso brillo magenta de ésta que cegó a todos, levantada al aire por si sola mientras giraba una y otra vez al ascender, cuya velocidad aumentó hasta que, luego de varias revoluciones, el objeto se volvió un haz de luz que se transformó en una especie de ser humano, atado con varias prendas llenas de cintos y correas, libreado aquel de su mordaza y lo que le ataba las piernas, ahí en el aire frente a todos. Sus ojos estaban detrás de una especie de antifaz sin ranuras, aunque al mover su cabeza hacia los cazadores daba la impresión de estarlos observando.

—*La gran prueba está por comenzar* —dijo una voz ignominiosa proveniente del ser recién formado, presencia que dejó a todos sin habla y sin poder siquiera moverse.

## Última Ceremonia: Finis

La extraña figura, regia y poderosa, descendió desde el cielo de manera grácil, hasta que la punta de una de sus piernas tocó de forma delicada la base donde se supone que la Palkelenber debería ir, postrado ahora sobre este sitio, cuya apariencia dictaba se trataba de alguien relacionado con el arma o la bestia del espacio.

—¿Quién eres tú? ¿Qué le pasó a la Palkelenber? —preguntó Mergo, extrañado, observado por sus aliados, pues estos entendían qué es lo que había ocurrido.

—*No te engañes, Mergo. Sabes muy bien que yo soy el arma legendaria Palkelenber* —respondió el sujeto, serio—. *Durante todos estos años he esperado mi regreso al templo, de donde nunca debí salir. Aunque esto marca mi retiro y el inicio de una nueva arma que defienda Vusaendal de la amenaza de los Diarr luxnobaris. La era de un nuevo guardián está por comenzar y todos ustedes serán presente de ello. De un hecho histórico y sagrado* —aseguró el extraño, lo que impresionó a los presentes, mas no a Mergo, quien parecía confundido.

—No, esto no es posible. ¿Cómo es que…? ¡Mi abuelo te forjo! Entonces, él sabía sobre los nox…

—*Tu abuelo, Ebrietis, no era un herrero* —interrumpió el arma, sin perder la postura—. *Fue siempre un niño mimado y ambicioso que rompió las normas de las tribus y las bestias sagradas para su propio beneficio, lo que ocasionó todo este desastre que hay en nuestro querido Vusaendal.* —Las palabras dichas dejaron anonadado al tuerto y espantados los demás de oír eso.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó Annia, tranquila.

—*Puedo ver dentro de las mentes de quienes me empuñan. Mergo, cuando era pequeño, robaba los caramelos de su vecina, porque ella era egoísta y no le gustaba compartirlos, aunque su madre le pedía hacerlo. Lo hacía para repartirlos entre sus hermanos y luego jugaba con ellos antes de la puesta de sol.* —Lo declarado provocó al tterim soltar una lágrima de su ojo, recordados aquellos momentos con gran claridad. —*Te mintieron desde pequeño. Ebrietis les mintió a todos sus hijos, hermanos y amigos. Fue un niño envidioso e incorregible desde temprana edad, mimado por su madre, Yharma, la cual le repitió una y otra vez desde pequeño que, a pesar de ser el séptimo hermano, la vida lo había preparado para cosas grandes, que estaba destinado a ser más de lo que él pudiera imaginar. Sin saber que eso alimentó al monstruo en el que se convirtió de adulto* —contaba el arma, cuyas palabras se volvieron imágenes para quienes lo escuchaban atentamente.

…

«Cuando Ebrietis III cumplió los veintiún años, su hermano mayor, Maxike CCXVIII, asumiría el liderazgo de la tribu después de su padre, Kaharam, quien se encontraba muy enfermo debido a su vejez.

Maxisik, nombrado como uno de los lideres más nobles y justos de todos los tiempos. Aquel ancestro no tenía comparación alguna con otro que haya vivido antes o después de él, por lo que era un honor llevar su nombre, y era eso lo que le inspiró al hijo mayor de Kaharam ser muy querido y respetado por todos los Diarrrim, pues el hombre era generoso, firme y honrado, reflejo de cada uno de los que estuvieron antes que él, y era eso lo que le generaba mucha paz a la mayoría de los más viejos, pues sabían que llevaría a su gente a una era longeva de armonía como lo había sido por más de 10000 años ya.

Por desgracia, ver el claro ascenso de su hermano, y la atención que ahora tenía sobre él, sólo generó celos y rencor en el corazón de Ebrietis, quien deseaba con todas sus fuerzas ser quien tomara dicho puesto. Aunque para ello, debía ser nombrado por su padre o hermano. Otra opción es que toda su familia muriese y él ser el único sobreviviente, o que Maxike le pasara el mando al siguiente y así hasta llegar a Ebrietis, cosa que era prácticamente imposible.

Todas esas ideas rondaban por la cabeza del hombre. “¿Qué debo de hacer para que mi padre me nombre a mí su heredero?”, “¿cómo puedo convencer a todos de darme el lugar que merezco?”, “¿habrá una manera de asesinarlos sin que los demás sepan que fui yo quien lo hizo?”, entre otras preguntas que Ebrietis no dejaba de lucubrar.

Fue entonces que el día de dar ofrendas en el altar llegó. Los Diarrrim acostumbraban dejar los más bellos y jugosos frutos junto con inciensos y pescado bien cocinado al pie del templo, todo ya preparado para ser entregado por Kaharam, la cual sería su última ofrenda y anuncio a su heredero para tomar su puesto.

Al santuario, donde ahora nos encontramos, fueron las sacerdotisas y los monjes de ambas tribus, acompañados de los lideres y familias como es costumbre en un cambio de liderazgo, puestos frente a frente las actuales cabezas, aunque le costó mucho a Kaharam hacer esto, lo logró, entregada su ofrenda al pie del templo junto al otro hombre.

—¿Ya listo para dejar el puesto, señor Kaharam?

—Sí, Melesy. Mi hijo, Maxike CCXVIII, será quien tome el mando como dicen nuestras tradiciones —explicó el hombre, orgulloso de hacer pasar a su hijo al santuario, pues sólo los monjes, sacerdotisas y lideres entran a éste.

Maxike, encantado y temeroso, accedió al lugar por primera vez, hecho una reverencia ante el líder de la otra tribu que le ganaba por al menos veinte años.

—Llevas el nombre de una persona muy importante, Maxike, así como mi hijo menor, mi propio heredero, lleva el de nuestro gran protector. No nos decepciones, pues tu padre, inclusive con sus ciento cinco años, sigue siendo un gran y fuerte líder —comentó Melesy, serio y orgulloso, respondido por Maxike, quien estaba honrado de dichas palabras.

—Haré honor a mis ancestros, mi gente y nuestras tradiciones, líder Melesy. Nos aguarda otra era de paz entre nuestras tribus —aseguró el heredero, tomados los antebrazos de ambos en signo de confianza y alianza, paz para la isla Yubime y sus habitantes.

Las familias celebraron dicho acontecimiento ahí donde estaban, tranquilas y alegres, observado el templo por Ebrietis todo el tiempo, como si algo dentro de él le dijera que debía entrar en aquel recinto, que su interior era la respuesta a sus problemas.

—Yo debí nacer en la tribu Palke —comentó el menor en la fiesta de sucesión celebrada en su aldea, horas después de haber dado la ofrenda, cuyas palabras sólo eran escuchadas por Yharma—. Si hubiera nacido allá, yo sería el líder y no Maxike. —Continuaba quejándose al beber vino, molesto.

—Maxike tuvo la suerte de nacer primero. Desde pequeño se le privó de muchas cosas y ha sido entrenado hasta el cansancio por tu padre para convertirse en su sucesor. A sus cincuenta años apenas verá cumplida dicha meta, ya casado, con dos hijos y un tercero en camino. Toda su vida se dedicará a eso y sólo eso. Jamás tendrá libertad, nunca podrá hacer lo que de verdad desea y se verá condenado a instruir a su hija mayor, Jhenie, a seguir sus pasos —explicó la madre, cosa que no satisfacía al menor.

—¿Y si eso es lo que él quiere? No suena a condena, sino a regalo.

—¿Eso que importa? ¡Tú tienes un enorme abanico de posibilidades! Él sólo tiene eso y ya. La vida lejos de la isla ha cambiado mucho. Vusaendal se ha vuelto un mundo maravilloso que tú, como algunos de tus tíos, podría llegar a explorar si quisiese, para volver aquí sólo a morir.

—Yo no quiero irme —aseguró Ebrietis—. Quiero convertirme en el líder de nuestra tribu. Es todo lo que siempre he querido.

—Jamás lo serás, por más que lo desees. No puedes cambiar las reglas así nada más. No tienes el poder para hacerlo, hijo. Lo siento. —Esa confesión hizo al menor ponerse de pie de forma brusca y abandonar la fiesta, cosa que todos observaron sin decir nada. Antes de largarse, Ebrietis ignoró el llamado de su padre, quien notó su berrinche y deseaba regañarlo, mas no lo detuvo por más que le gritó.

Maxike pensó en ir por él, pero su antecesor se lo prohibió, pues era más importante celebrar que preocuparse por los caprichos de alguien cómo él. Ese fue un grave error.

El joven se adentró a la jungla, y cuando menos lo esperó, se hallaba frente al *tori* que marca la entrada al santuario, resguardado aquel por dos guardias de la tribu, mismos que conocían al muchacho de toda la vida y a quien le tenían cierta confianza, la suficiente como para ser manipulados por el asusto joven.

Ebrietis no era fuerte, ni ágil y mucho menos inteligente, pero era astuto. Tanto así que, cuando los guardias lo vieron de frente, fingió indignación y tristeza, algo que les extrañó mucho a aquellos que cuidaban la zona.

El menor de los hijos de Kaharam lo decidió en ese momento al ver el templo otra vez. Debía entrar en él para saber lo que ocultaba y así tener más poder. Lo sabía, como todos en la isla, que sea lo que ocultara dicho recinto, era un tesoro de las bestias sagradas, uno que, tal vez, podría cumplirle los sueños al hombre.

—¿Ebrietis? ¿Qué haces aquí? ¡Deberías estar con tu familia celebrando el ascenso de Maxike! —emitió uno de los guardias, secundado por el compañero.

—¿Qué te pasa, Ebrietis? ¿Por qué lloras? —preguntó el restante al notar las lágrimas en el rostro del joven, mismas que ya sabía controlar gracias a sus berrinches de niño.

—Durante la ceremonia de la tarde lo vi. Las guardias Palke se burlaron de mí. ¡No sé por qué, pero los vi hablando entre ellas mientras me miraban a los ojos y se reían! —La mentira enfureció a los presentes, quienes tocaron una campana que estaba cerca del *tori* para anunciar a los vigilantes del otro lado reunirse con ellos dentro del santuario, cerca del templo.

Los Palkerim y Diarrrim habían tenido 10000 años de paz entre ellos. Sí, surgían roces en numerosas ocasiones, mas nunca el conflicto había llegado a tal grado de volverse una guerra después de haberse erigido el templo en el santuario, cosa que antes era un tanto común.

Por ello, no era difícil hacer que ambos bandos discutieran por cosas como la antes mencionada, sobre todo entre aquellos que se veían a diario, como era los guardias de las entradas al santuario.

Ya una vez enfrente los unos a los otros, las dos guardianas de los Palke exigieron saber qué sucedía.

—¿Se puede saber por qué pidieron vernos? ¿Ha sucedido algo malo? Las ofrendas siguen donde deben de estar —explicó una de las mujeres, poseedora de dos grandes cuchillas que continuaban envainadas y colgadas a los costados de su cintura.

—Los guardias diurnos se estaban burlando de Ebrietis en la ceremonia. ¿Cómo pueden permitir eso? ¿Tu gente no tiene respeto? —preguntó uno de los Diarrrim, cuya arma era una lanza.

—¿De qué hablas? Las chicas diurnas son nobles y respetuosas como todas nosotras. Jamás le faltaríamos el respeto a nadie. Menos a alguien que no conocemos —contestó la otra, quien tenía cuchillas atadas en sus antebrazos, las cuales se giraban al momento de querer emplearlas para quedar frente a sus extremidades, como una extensión de éstas.

—¿Cómo que no lo conocen? ¡Es hijo de Kahanam! ¡Irrespetuosa! —Dicho eso, los Diarrrim alzaron sus armas, al igual que las Palkerim, quienes se notaban ya molestas como ellos.

—¡Nos referimos a que jamás hemos tratado con él! ¡Bajen sus armas, ridículos!

—¡Bájenlas ustedes primero!

—¡Ni locas! —Llevados por la ira y el calor del momento, los cuatro empezaron una batalla sin sentido, aprovechado aquello por Ebrietis, quien se coló en el santuario y, con un sigilo impresionante, dentro del templo, en donde dudó abrir las puertas de éste para acceder a él, mas haciéndolo al final por la gran ambición que le invadía por dentro.

Ya dentro del templo, me pudo observar puesto en mi base, en completa armonía sin ser perturbado y cumpliendo mi deber divino que era proteger a Vusaendal de la invasión de los Diarr luxnobaris.

Desde que me vio lo entendió, lo poderoso que yo era y lo peligroso que era tomarme. Notó el brillo que provenía de mí y la energía que emanaba sobre la dimensión nuestra en contra de donde provienen las aberraciones. A pesar de todo eso, de entender la posibilidad del mundo entero peligrar si me tomaba, él me sujetó con ambas manos y retiró de mi base, lo que interrumpió el ritual en el que llevaba concentrado casi diez mil años.

Todos lo sintieron, tanto Ebrietis como los guardias, que algo muy malo había sucedido, que las cosas ya no eran seguras y que, por desgracia, estaban en peligro ellos y el mundo entero.

—¿Qué fue eso? —preguntó una de las guardias Palkerim al detenerse los cuatro de combatir.

—¡Algo sucedió! ¡Algo muy malo! ¡Sé que lo sintieron!

—¿Ebrietis? ¿Dónde está Ebrietis? —En ese momento que el Diarrrim notó la ausencia del joven, aquel salió del templo frente a los guardias, con el arma en manos, los cuales presenciaron el acto blasfemo que había cometido.

—¿Cómo te atreves a faltarle el respeto así a nuestros ancestros, a las tradiciones y a las bestias sagradas? ¡Tu destino es la muerte! —emitió el hombre que le había creído desde un inicio, empuñadas las armas hacia Ebrietis por parte de los cuatro guardias, quienes estaban listos para aniquilarlo.

—Me temo que mi verdadero destino no es ese, sino reinar, y todos ustedes estorban —confesó el joven, lanzados los cuatro guardianes hacia él al pegar un grito de guerra, mas fueron fácilmente rebanados por Ebrietis, quien me blandió con suma facilidad, lo que le dio la victoria con tan sólo un golpe sin moverse de donde estaba—. Mi reinado acaba de iniciar y nada, ni nadie, va a detenerme —enunció para los guardias, mismos que continuaban conscientes a pesar de estar partidos a la mitad, notado cómo el joven cerró las puertas del templo detrás suyo y comenzaba a abandonar dicho lugar conmigo en manos.

—¡Regrésala! ¡Si no lo haces…! ¡Si no…! —La mujer murió antes de continuar, al igual que los demás que siquiera pudieron decir algo al respecto.

Lo sintió, como usé toda mi energía para advertirle que no debíamos abandonar el santuario. Tenía esperanzas de, si me regresaba lo más pronto posible en el altar, poder restaurar todo como era debido y evitar la entrada de los Diarr luxnobaris, pero Ebrietis hizo caso omiso a mis advertencias. Sabía perfectamente que sacarme del área era asegurar un destino cruel, y aunque más se alejaba del templo más me resistía, al final, consiguió sacarme, lo que condenó al mundo entero.

Esto alertó de inmediato tanto a la bestia sagrada del espacio como a Dandileon, quienes entendían qué había sucedido y sus consecuencias, lo que los llevó a actuar como consideraron mejor.

Al día siguiente, en el turno de cambio de guardias, ambas tribus notaron la tragedia, sin poder entender qué era lo que había sucedido, sobre todo la extraña razón por la que los guardias de ambos bandos estaban dentro del santuario, como si estuvieran defendiéndose de algo, unidos.

Maxike y Melesy, consternados, sentían que algo debió pasar en el templo, pero sabían que no debían entrar a él y decidieron, por el momento, darles entierro digno a los valientes guardianes antes de hacer alguna deducción o investigación, a la par que Ebrietis, en lo profundo de la jungla, practicaba conmigo en favor de llegar a manipularme a la perfección.

Una semana después de largos entrenamientos, consiguió entenderse con mi forma y así seguir con su plan, mismo que llevó a cabo tan pronto pudo.

El joven, con el arma en mano, se acercó al santuario y pidió a los guardias pasar, pues tenía que hablar con los Palkerim, cosa que los presentes parecían desaprobar, mas le dieron la oportunidad de hablar con las guardianas del otro lado, mismas que lo escoltaron hasta la aldea de la parte norte, convencidas por él al haberles dicho que tenía información sobre quien había asesinado a sus iguales.

Al llegar hasta el hogar de los Palkerim, Ebrietis vio que todos estaban reunidos con Malasy, pues continuaba investigando qué había pasado con las guardias que perdieron la vida en el santuario. Cosa que le permitió acercarse, ya que las guardianas lo llevaron justo a eso.

—¿Ebrietis? ¿Qué significa esto? —preguntó el líder, cosa que hizo al joven desenfundar su arma, alarmadas las mujeres que estaban cerca de él, apuntado con sus armas y retiradas un paso de distancia para salvaguardarse.

—Ríndanse ante mí y declárenme su líder. Si lo hacen, les perdonaré la vida. —Lo dicho estuvo a punto de hacer reír a todos, más por el rostro serio y lleno de locura del chico, pero Malasy los detuvo con un sonoro “¡Silencio!” de su parte.

—Ebrietis, ¿estás consciente de lo que pides y del peligro que estás pasando?

—¿Eso crees? —respondió confiado al líder, cosa que le hacia entender a aquel que algo tenía entre manos.

—¿Tu familia sabe de esto?

—Pronto lo sabrán.

—¿Fuiste tú quien asesinó a los guardias?

—No, estaba terminando de forjar mi arma, con la cual voy a reinar la isla Yubime —declaró el joven, a lo que el líder no tuvo de otra.

—Me temo que no puedo rendirme ante ti. Me lastima que quieras empezar una guerra innecesaria entre nuestras tribus, pero no puedo detenerme ante tales amenazas por mi gent… —Antes de terminar, de un sólo tajo en el aire, a una distancia increíble, Ebrietis asesinó a Malasy al cortarle la cabeza, procedidos otros cortes que acabaron con las guardianas que tenía cerca, aterrados los presentes ante tal habilidad y escena.

—¿Alguien más se quiere poner en mi contra? —preguntó el asesino, apuntada el arma a los demás, los cuales no tuvieron de otra más que postrarse ante él y jurarle lealtad, asesinados los herederos de Malasy luego de eso, al igual que cualquiera que no se hincara ante él.

Para el atardecer, Ebrietis ya había regresado al santuario con sus seguidores tras él, listo para encarar a su hermano, a quien convocó junto con el pueblo y su familia, extrañados de verlo.

—¿Qué significa esto? —cuestionó Maxike, enfurecido.

—Ahora soy el líder de los Palke, aunque eso está por terminar. Voy a unir ambas tribus. Basta de ser dos, es hora de volvernos una sola entidad —explicó Ebrietis con el arma en mano, confundidos los presentes Diarrrim ante ello.

—¿Estás loco? ¿Cómo puedes decir eso? ¿Dónde está Malasy?

—Está muerto, Maxike. Yo lo maté —confesó el menor de los hermanos, asustados los presentes de ello—. No se quiso rendir ante mí a pesar de mis advertencias, y al ver mi poder, los Palke se postraron a mi favor. Lo mismo que debes hacer, hermano. Cédeme el poder o muere —ordenó Ebrietis, confundidos los presentes.

—Imposible... ¿Cómo?

—Su arma, señor. Es capaz de cortar lo que sea a pesar de la distancia. No existe nada igual y es imposible detenerle —confesó uno de los ahora súbditos de Ebrietis, escuchada la risa del autoproclamado líder al momento.

—¿De dónde sacaste eso?

—La forjé yo mismo con el favor de Swedavidio. ¡Mi destino es reinar ahora que poseo el poder para hacerlo! —anunció el joven, para luego Maxike voltear al templo, temeroso de haber sido éste saqueado por su hermano.

—¡Tú!

—¿Te rindes sí o no? —Maxike quería resistirse, mas creyó que era más prudente hacer caso y planear un contra golpe luego, cosa que nunca logró, porque al verlo titubear, Ebrietis lo asesinó.

—Me… Me rindo…

—Mentiras. —Con un corte horizontal, el joven asesinó a su propio hermano frente a todos, a sangre fría. —Cualquiera que se oponga en mi camino sufrirá la misma consecuencia. Prometo traer una era mejor a nuestra isla. Sólo deben aceptar que yo estaré al mando y ya. ¿Qué dicen? —Temerosos, los restantes aceptaron aquello, excepto Yharma quien lloró sobre el cadáver de su hijo mayor, mientras se culpaba de lo sucedido, asesinada por Ebrietis al instante.

Una vez en el poder, el usurpador obligó a las tribus unificarse y dejar de llamarse “Diarr” o “Palke”, sino “Tte”, pues había escuchado que existía una fuerza más allá de la creación y la luz, misma que le parecía era mejor adorar que los antiguos dioses que nunca habían hecho nada por ellos a su parecer. Tal vez este tercero respondería algún día.

En su lecho de muerte, Kaharam llamó a Ebrietis, mismo que fue a verle, serio, listo para escuchar las últimas palabras del viejo.

—Lo que hiciste no tiene nombre. Algún día, pagaremos por este error y espero, de todo corazón, que puedas perdonarte por ello, porque ninguno de nosotros, ni nuestros dioses, lo harán jamás —declaró el hombre, moribundo, con lágrimas en sus ojos.

—De ahora en adelante, mi familia será la que reine. El menor de mis hijos recibirá la herencia del liderazgo y mi arma, la Palkelenber, como muestra de ello. Ya nadie se volverá a llamar Maxike, lo prohíbo. Tú era se acabó, anciano. —Al terminar de entonar esas palabras, triste e impotente, murió Kaharam, a quien se le dio entierro fuera del santuario, mismo lugar a donde se le negó la entrada a todos».

…

Los cazadores estaban anonadados ante tal historia, sobre todo Mergo, quien cayó de rodillas sobre el suelo de las ruinas del templo, avergonzado y dolido por tan terrible verdad, enfurecido por el egoísmo de su antepasado.

—Amigo, esto no es tu culpa. No cargues con algo que tú no hiciste, de lo que no estabas siquiera enterado. Indra lo dijo, lo importante es arreglar las cosas, no buscar culpables —enunció Annia al colocarse en cuclillas junto a su amigo, tomado de los hombros por ella—. No dejes que esto te afecte, no te corresponde sufrir por ello.

—No lo sé, me suena a que es justo —explicó el tuerto sin poder ver a Annia o los demás—. Mi familia debió hacer algo, levantarse en contra de mi abuelo Ebrietis, regresar el arma tan pronto el muriera, pero no lo hicieron.

—*Era imposible* —explicó la Palkelenber, atento a lo dicho—. *Nadie sabía de mi origen, ni sobre los noxakos como tal hasta que te atacaron. Kaito Zhou fue el primer cazador en pisar la isla Yubime, a pesar que algunas personas dentro ya estaban naciendo con habilidades, nunca fueron necesarias de usar hasta ese punto. Ustedes tuvieron una era muy pacifica mientras el mundo vivía una época de terror.* —Lo dicho, en lugar de mejorar el estado de Mergo, pareció empeorarlo. —*No podían hacer nada al respecto* —continuó el arma—. *Tu madre, de haberlo sabido, me hubiera regresado, aunque ya era demasiado tarde. Se que lo hubiese intentado, pero creció con las mismas mentiras que tú, al igual que toda la generación que le siguió. Nadie sabía la verdad y no había forma de creer que un arma pudiera detener lo malo que sucedía allá afuera, lugar del que no tenían conocimiento* —ultimó el sujeto, tranquilizado el tuerto.

—Bien, te regresamos, pero es obvio que ya es demasiado tarde, mas no para salvar Vusaendal. ¿Qué debemos hacer? ¿De qué trata la dichosa «gran prueba»? —cuestionó el isleño, cosa que le fue respondida después de una pausa.

—*Hace más de 10000 años, la grieta que se haya encima de este lugar fue abierta. Para contenerla, era necesario crear un arma que mantuviera un ritual especial en seguimiento por toda la eternidad, misma que se quedaría postrada en este sitio sin ser perturbada, como un candado que impide el acceso mientras siga colocado en la cerradura. Es tiempo de crear un arma nueva, pues yo me he oxidado gracias a que me quitaron de mi base y me es imposible cerrar por completo la abertura para contener los horrores que se hallan del otro lado. Un sustituto conseguirá, sin lugar a dudas, sellar la grieta y mantener Vusaendal a salvo* —explicó la Palkelenber, lo cual no terminó de ser entendido por los demás.

—¿Cómo creamos una nueva arma? —preguntó Morgrem, mortificado, pues entendía qué era lo probable para ello.

—*Así como sucedió antes. Con un sacrificio. Uno de ustedes, como yo lo hice, debe dar su vida para crear un arma nueva y así, salvar su mundo.* —Lo confesado dejó perplejos a los cazadores, sobre todo al dúo bendecido por Dandileon, los cuales se vieron el uno al otro y se colocaron de pie, sin decir nada.

—Yo lo haré —exclamó Annia, segura—. Yo voy a sacrificarme para crear una nueva arma. Mi dest…

—¡No! —emitió Mergo, molesto—. ¡Yo soy quien debe morir!

—¿De qué rayos hablas?

—Annia, tu tienes un futuro brillante por delante. ¡Mira a estas personas! Todos son amigos cercanos tuyos o familiares. Yo no tengo a nadie allá afuera cómo ellos, sólo a ti, a Hung y a Malak.

—¡Exacto! Los tienes a ellos y pronto a más. Puedes empezar a vivir y formar muchas amistades increíbles, volverte una persona completamente diferente si te das la oportunidad. Toda tu vida has estado cazando en solitario, abandonado, sin tribu, ni amigos. Mereces cambiar eso.

—¡No! ¡No es verdad! Mi vida no vale tanto como la tuya. ¡Piensa en toda la gente que va a extrañarte! ¡Aprecia lo que tienes!

—¿Por qué tú no aprecias lo que posees? ¡Todos estos años de lucha serán en vano si mueres aquí! ¡No puedes hacer esto! ¡Ya disté suficiente!

—¡Fue mi tribu quien inició esto! ¡Es mi deber repararlo! —La discusión se volvía cada vez más apasionada entre ambos, llegado hasta agresiones físicas que se empezaban a deformar en una pelea, lo que provocó a los demás intervenir.

—¡Basta! —Gritó Morgrem, molesto—. ¡Yo me sacrificaré! —Aquello dejó a todos perplejos, escuchado lo que el hombre tenía qué decir—. Sin la energía nox, mi vida se volverá monótona y aburrida. Ustedes son héroes, ya dieron mucho. Nos toca a nosotros sacrificar algo.

—¡No, estás loca! —reclamó Ricardo—. Eres la única persona que conozco que puede guiar al mundo por una era tecnológica mejor. Hallarás una nueva fuente de energía y nos darás luz, Morgrem. Yo, sin mi don, no soy nadie. ¡Quiero ser el sacrificio!

—¡Déjense de payasadas! —explayó Danya, dado un paso al frente—. Luego de esto, regresaré a prisión en Qwinbakvus, donde seguramente me podriré. Prefiero ser útil y proteger el mundo con mi vida por toda la eternidad. Déjenme redimirme al ser sacrificada.

—Desde que Kosuke se fue, las cosas en mi vida han sido muy tristes —declaró Chūnfēng, cabizbajo.

—No digas eso, Chūnfēng.

—Lo siento, Gēge, pero es la verdad. Prefiero ser yo el sacrificado.

—¡No! Ustedes eran mi responsabilidad. ¡Debí protegerlos en su momento! Ese papel me debe tocar a mí —declaró el hombre, puesto por enfrente de su pupilo.

—Mucha de mi gente pereció en combate gracias al tenebrarum carmesí. No pude siquiera proteger a mi par, Indra. Sacrificarme como ellos lo hicieron sería un honor —destacó Rayshea, segura de esa decisión.

—A mí no me vean, tengo un continente qué dirigir —explicó Danielle, junto a Novan y Einar que no decían nada al respecto, entendido que no tenían deseos de ser sacrificados—, pero si me lo piden, lo haré. Puedo ser el sacrificio que necesitan.

—¡Danielle!

—No importa, madre. Confío en mis hermanos. Al final del día, cualquiera de nosotros puede ser el que suplante al arma, no importa quien, sólo hay que decidir.

—Estoy de acuerdo con ella.

—Igual yo —agregaron Einar y Novan, respectivamente.

—¿Qué demonios les suceden? ¡Ninguno de ustedes debería hacer algo así! Todos tienen cosas importantes qué atender. Familias y amigos que los esperan en casa. ¡No pueden ceder a la vida sólo así! —regañó a todos Annia, muy enfadada.

—¡Tú también estás en esa situación! ¡Deja de ser hipócrita!

—¡Y tú un maldito mártir! ¡No dejaré que ninguno de ustedes se sacrifique!

—*¿Quién les dijo que ellos estaban tomados en cuenta?* —preguntó el arma, a la par que una extraña onda era expulsada del sujeto, misma que lanzó con magia a los aliados de la dupla original hasta las afueras del santuario. Una vez allí, se pusieron de pie y trataron de regresar al sitio, pero una extraña barrera mágica invisible se los impedía, golpeada aquella con la magia de los cazadores sin éxito alguno de poder siquiera dañarla.

—¿Por qué? ¿Qué significa esto? —preguntó desesperado Ricardo, observado el templo y sus amigos desde lejos, a los cuales el arma les volvió a hablar.

—*Sólo ustedes poseen la fuerza necesaria para atender la gran prueba y volverse el arma que defenderá Vusaendal en mi lugar. ¿Cuál de los dos será el sacrificio?* —La pregunta dejó a ambos pensativos, mas luego inició una vez más una discusión entre ellos, pues no podían dejar al otro ser quien ofrezca su vida en favor de salvar al mundo, lo que desesperó al arma. Dicha flotó sobre el altar, cosa que llamó la atención del dúo, asustados por lo que pudiera pasar—*. Sucede una vez más, no hay una ofrenda clara. Por ello, tendremos que decidirlo por combate* —explicó la Palkelenber, asustados los cazadores al oír eso.

—¿Por combate? ¿Los va a hacer pelear entre ellos? —preguntó Morgrem, mortificado.

—*Ambos lucharán contra mí, y quien pueda vencerme, será el sacrificio. ¡Prepárense!* —advirtió el arma, asustados Mergo y Annia ante esto, expulsadas sus extremidades luminosas al ver cómo, con una velocidad alucinante, el ahora oponente se lanzó en contra de ellos y, sin que pudieran responder, los pateó para separarlos y enviarlos lejos, colocados de pie con cierta dificultad gracias al impacto.

La Palkelenber, sin tregua, se lanzó en contra de Annia, la cual trató de atinarle al menos una bala luminosa, mas la espada esquivó todo al correr de un lado al otro con una velocidad incomparable, hasta llegar a donde se encontraba la chica, dada su espalda a ella y atinada una poderosa patada en el mentón de la pelirosa que la disparó al cielo, para luego el enemigo saltar y, en el trayecto, continuar surtiéndole de embates con sus piernas una tras otra hasta que, a la máxima altura de la cúpula mágica, levantó una de sus extremidades bajas y le atinó una poderosa agresión con el talón en la sien, lo que lanzó a la mujer de forma aparatosa al suelo, levantada una gran cantidad de tierra a su alrededor.

—¡Annia! —gritaron los espectadores de dicha hazaña que pasó en segundos, molesto Mergo por esto, lanzado hacia la Palkelenber con sus garras listas, evadido cada ataque del tuerto por su rival en el aire, a la par que ambos caían al suelo, para luego responder el oponente con varias patadas en los brazos y piernas a Mergo, terminado con cuatro giros y golpes en su estomago y cara que le acabaron proyectando a su derecha, rodado por el suelo del lugar, llegado de pie al piso el arma sin problemas.

—Ahora entiendo lo dicho por la espada —emitió Ricardo, temeroso—. Ninguno de nosotros podría contra tal poder —admitió el hombre, aterrorizados los presentes al ver la fuerza del enemigo a vencer.

Annia y Mergo se levantaron, lastimados, pero relativamente bien, listos para el contraataque que ejecutarían unidos, hecho esto en vano, porque el rival los evadió tan fácil que se permitió tomar al tuerto de los hombros y lanzarlo hacia la pelirosa, chocados los aliados entre sí, lanzado de vuelta Mergo por la cola de Annia hacia la espada, esquivado el hombre de nuevo y golpeado en el estómago de forma estrepitosa por la rodilla de la Palkelenber.

Hecho eso, dejó a Mergo en el aire y le propició otra patada que lo mandó lejos, en contra de una pared, pero en lugar de chocar contra la cúpula mágica, éste fue teletransportado al lado contrario, continuado su trayecto desde allá, terminado su camino en el suelo, dañado.

—¿Qué fue eso?

—Magia espacio-tiempo —contestó Danya a su hija—. La cúpula por dentro evita el espacio exterior a ella. Tocar los bordes te enviará al lado opuesto, a menos que sea cerca de la cima. En todo caso, no sabría decir qué ocurriría —explicó la terrible, impresionados los demás de ello.

La pelirosa disparaba mientras volaba y rodeaba a su rival, evadida cada bala por aquel mientras corría y se acercaba a ella, aunque eso le fue permitiendo a Annia acostumbrarse a sus movimientos, por lo que sus proyectiles estaban cada vez más cerca de golpearlo, imposible de evitar la agresión que le dio directo en el estómago a la mujer, inclusive después de la cola haber tratado de intervenir y haber fallado al lanzar su dorso hacia atrás el arma.

Al ir en caída el enemigo, Mergo decidió correr y lanzarse hacia él para interceptarlo a media trayectoria, donde no pudiera defenderse de manera adecuada. Por desgracia, cada zarpazo que daba era evitado por las piernas del arma, predicho cada uno de los movimientos de tuerto, por más veloces que estos fueran, hasta el punto de Mergo desesperarse y tratar de usar el arte marcial de su tribu en contra del oponente. Aquel reaccionó y detuvo el rodillazo del hombre con una defensa de pierna idéntica a la que usaría alguien que sabe emplear del mismo estilo de combate.

—*Me alegra ver que las buenas tradiciones no se perdieron en todos estos milenios* —comentó sonriente la espada, para luego darle un rodillazo en el mentón a Mergo, sujeto su cuello con la pierna flexionada sobre éste y dada una vuelta en el aire cerca del suelo para estrellar de llano al hombre en éste, impacto que le dañó de manera considerable.

Lanzada al vuelo, Annia trató de atropellar a la Palkelenber con un golpe de su cola carmesí. El arma evitó eso de un salto alto, seguido aquel por la pelirosa en el cielo, esquivadas balas y agresiones de la extremidad rojiza de la mujer, cuyos embates no paraban, ni conseguían dar, aunque sea, una en el blanco.

«¿Será posible darle, aunque sea un golpe, a este bastardo?», se preguntó Annia en pleno vuelo, desaparecido de su vista el enemigo, reacción que el hizo saber que estaría detrás de ella, por lo que golpeó con su cola con todas sus fuerzas hacia atrás suyo y consiguió darle un poderoso golpe al sujeto, lo que le estaba obligando a caer al suelo, impresionada la cazadora de su hazaña y apuntado con ambas pistolas para acribillarlo en el trascurso que parecía indefenso.

Sin dificultad, la Palkelenber giró sobre sí mismo, evadidos los proyectiles de la mujer uno a uno, hasta que terminó sobre el suelo, en donde cayó de pie pero se encontró con Mergo, el cual usaba sus extremidades y las artes marciales para hacerle pelea al enemigo, habidos choques de rodillas contra rodillas, pantorrillas contra codos y pies contra puños, pues el arma no permitía que le tocara, a pesar de sólo poder usar sus piernas, la mitad de extremidades que podía emplear Mergo.

—*Eres muy bueno. Estoy muy orgulloso de ti* —dijo el arma y contratacaba, defendido Mergo como le era posible, en camino Annia a auxiliarlo—. *Eres un digno sucesor del hombre más poderoso de tu tribu.*

—¡Entonces déjame ser el sacrificio!

—*No así* —Al estar a punto de ser golpeado por Annia, Mergo también preparó un puño desde arriba hacia abajo y otro a la derecha, cerrado el paso a la izquierda por su pierna y lista su otra rodilla por si trataba de embestirlo.

Al quedar sin alguna escapatoria, el arma saltó y detuvo la cola de Annia con una pierna entera, usada la otra para enrollarse en el brazo izquierdo de Mergo y usar su pie para detener la pierna del mismo lado, con lo que pudo empujar al hombre por completo y que no lo alcanzara con sus otras extremidades, arrojado hacia su amiga.

Para desgracia del arma, la pelirosa ya esperaba esto, por lo que, una vez cerca su camarada de ella, la chica apuntó con ambas armas a su enemigo, enredada la cola carmesí en su pierna y puesto él en el aire, sin salida. Las balas fueron proyectadas por la mujer, quien sonrió victoriosa ante aquello, evadidas algunas, pero atinadas muchas a quemarropa, hasta que la Palkelenber se recuperó y pudo darle una patada a ambos que los lanzó lejos de él, lastimado apenas por la agresión.

—Podemos ganar, maldita sea. ¡Vamos a vencerlo, Mergo! —gritó emocionada la cazadora con su amigo en brazos, ambos puestos de pie para ver a su enemigo, que se le veía como si nada, mientras que ellos estaban golpeados y con ligero sangrados, incluida la boca.

—¡Hagámoslo! —emitió el hombre, puesta al vuelo Annia hacia el arma sin dejarle de disparar, cosa que el rival evadió al acercarse a la mujer, notado que detrás de ella iba Mergo corriendo. A último momento, la pelirosa se elevó para dejar pasar a su amigo y ambos combatientes de cuerpo a cuerpo encontrarse uno frente al otro. Estos se dieron sin tregua un intercambio rápido de golpes que levantó una gran nube de polvo alrededor.

Por su parte, Annia se lanzó hacia el enemigo, notado aquello por ambos, mas Mergo atinó a tratar de capturar al rival, cosa que él iba a impedir de no ser porque la mujer le disparó desde arriba, sostenido por el tuerto al final.

Decidido, Mergo saltó sujeto al arma y dejó caer al suelo, lo que puso al rival encima de él y enfrente de Annia, misma que iba directo hacia abajo, quedada la espalda del isleño en el suelo. Una vez así, la pelirosa giró para dar un coletazo lo más fuerte pudiera, emitida una patada doble por Mergo, cuyos ataques conectaron fuerte sobre la espalda y estómago del enemigo, desplegada una onda de poder de estos que se hizo sentir en todo el santuario.

Los aliados de la dupla festejaron esta hazaña, esperanzados con la victoria de sus amigos, aunque esto no pareció dañar del todo a la Palkelenber, pues luego del impacto, giró ambas piernas sobre los brazos de Mergo para liberarse de éste, pateado su costillar derecho en el suelo para mandarlo lejos, puesto un pie del arma en el suelo y dado un salto rápido para girar y golpear a Annia hacia el cielo, regresados los pies en la tierra y dobladas ambas rodillas para saltar con gran poder hacia la mujer, abatida por múltiples patadas que trató de cubrirse con las alas y cola, cosa que no evitó el increíble poder que le estaba golpeado por todos lados, hasta que al final, sujeta con ambas piernas de la cola, el enemigo gira en vertical sobre sí mismo con la mujer agarrada para luego proyectarla en contra del suelo, de donde no pudo recuperarse inmediatamente.

Al notar eso, la Palkelenber se lanzó con todo su poder en su contra, esperanzado en poder acabar con ella de un tajo, mas Mergo, recién levantado, vio aquello y corrió hacia el sitio para auxiliar a Annia, la cual reaccionó a último momento y se quitó al girar hacia un lado, evitado el rodillazo que se volvió de doble a una sola, pues el rival notó que, al final, iban a esquivarlo, dada pauta de tan siquiera patearla lejos en favor de tener sólo a Mergo cerca, ya que estaba a nada de alcanzarlos.

La última acción le permitió al arma recibir sin problemas al tuerto, a quien bloqueó cada una de sus agresiones y terminó por patear en el mentón para proyectarlo al aire, de nuevo. No obstante, en lugar de darle múltiples golpes en todo el cuerpo, el enemigo se agachó y saltó con giro para darle una patada en las costillas, justo donde ya le había lastimado, rotación que repitió al menos seis veces más en el aire, hasta que la gravedad se los empezó a tragar.

Para esto, Annia regresó en sí y se arrojó en contra de la espada, la cual le lanzó al hombre con otra patada, sostenido aquel por la mujer y luego ambos sujetos por debajo de las axilas, desde atrás, por la Palkelenber, quien giró en la caída hasta golpear de forma aparatosa a ambos rivales contra el suelo, conseguido por Annia golpearlo con la cola gracias a que primero trató de dispararle a duras penas, esquivado ese embate más no el coletazo que lo envió lejos.

La mujer se puso de pie, pero su amigo la detuvo al sostenerle el brazo, todavía en el suelo, notado que se hallaba abatido en su totalidad, con la mirada cansada, mucha sangre derramada de su boca y una expresión de debilidad increíble.

—Espera, Annia —dijo el hombre, con poca fuerza.

—¡Mergo! ¡Vamos, no te rindas! ¡Todavía podemos vencerlo!

—Déjame ser el sacrificio.

—¿Qué?

—No lo entiendes… No se va a detener… —En ese momento, la versión infantil de Mergo apareció a lado de ambos, cosa que le hizo a la mujer mirar preocupada a su amigo, quien rápido le explicó.

…

«Cuando estábamos a punto de ser transportados, Dandileon y yo fuimos solos a su biblioteca por unos momentos. Ahí me atreví a preguntarle por las apariciones de mi versión infantil. Quería saber: ¿qué significaban?, ¿se irían si acababa con los noxakos? De no ser así, ¿cómo podría eliminarlo? Pero algo inusual sucedió. Frente a Dandileon, por más que pensé en esos sucesos, mi reflejo no apareció.

—Yo… ¡Señor Dandileon! Le juro que… —decía temeroso a que no me creyera, mas aquel me detuvo, serio.

—Te creo, Mergo. Sea lo que te ha estado atormentando, no tiene que ver con los Diarr luxnobaris o con lo que ellos te hicieron —explicó el dragón, pues le conté toda mi historia en el camino al lugar—. Me temo que, lo que te está siguiendo, lo hará por siempre. Puedo intentar ayudarte, mas no aseguro nada, mi querido amigo. Es algo con lo que deberás lidiar hasta la muerte, probablemente. —Tenía la esperanza de dejarlo atrás, de vivir una vida normal sin la tortura de mi horrible pasado, del abuso del que fui víctima. Mas todo indica que no podré hacerlo».

…

—Por favor, déjame terminar con esto. Libérame, amiga —rogó con lágrimas en su ojo y temblando, sin mucha fuerza en su ser.

—No, Mergo. No lo haré —replicó la mujer y abrazó a su amigo—. No voy a dejar que tu historia termine así. No voy a permitir que tus únicos recuerdos buenos sean los que vivimos en esta aventura loca. Me niego a que seas así de infeliz, a negarte la posibilidad de cumplir tus sueños y encontrar la manera de liberarte para siempre, amigo. ¡Jamás voy a abandonarte! —Dicho eso, el hombre abrazó a su amiga fuerte y un increíble resplandor envolvió a ambos, notado por la Palkelenber que se lanzó a toda velocidad hacia la dupla, detenido por la cola de Annia y golpeado por una garra azul que lo proyectó lejos, mas no estaba ésta sobre Mergo, sino en la mujer, que ahora poseía las cinco extremidades del dragón.

—Gánale, Annia. Véncelo por los dos —pidió el hombre, sonriente y abatido sobre el suelo.

Annia, estoica y con lágrimas en sus ojos, saltó alto y emprendió un rápido vuelo, con el cual alcanzó a la rival para darle un montón de golpes que empezaban a abrir las defensas de aquel ser, mismo que estaba impresionado al inicio, mas luego sonrió, pleno.

Mergo, notado que Annia estaba ya a la par del arma, suspiró y se rindió, cuyos ojos perdieron brillo y su cuerpo se extendió ahí en la tierra, sin más energía.

—¡MERGO! —gritó Hung al tratar de atravesar la cúpula, sin tener éxito alguno—. ¡Necesitan curarlo! ¡Está en peligro! —pedía el hombre, desesperado, intentado todo por los terribles para abrir la barrera mágica, cosa que parecía imposible.

—¡Derrótalo, Annia! —exclamó Morgrem, escuchado por la mujer, quien, en pleno combate aéreo, abrió su boca y expulsó un poderoso aliento luminoso que dio de llano al arma, lastimada por esto y proyectada hasta el suelo, mas todavía fuerte para continuar corriendo y evitando el ataque a distancia de la mujer que la misma seguía lanzando, al mismo tiempo que volaba en dirección a su enemigo, como todo un dragón.

Los terribles no se rendirán en tratar de acceder, Mergo estaba inerte, con una sonrisa frágil en su rostro, en completa paz, mientras que Annia y la Palkelenber continuaban luchando, lanzados zarpazos rápidos al enemigo por la pelirosa, evitadas las patadas del arma con la cola y las patas purpura, golpeado, al final, el rival con la cabeza de la mujer cuando consiguió sujetarlo de los hombros con las garras y envolver una pierna con la cola y la otra con las extremidades bajas de ella.

Luego del testarazo, que fracturó el antifaz que le impedía ver al arma, la mujer abrió su boca y expulsó el rayo más poderoso que jamás se halla visto, lo que lanzó al enemigo hasta el suelo, levantada una onda de choque impresionante gracias al impacto en el piso, arrojada Annia en dirección a aquel para continuar los golpes que no dejó de dar una y otra vez, terminado todo con un salto, un aleteo y un giro que dio de resultado un golpe de cola brutal, cuya conexión con el arma resultó en un pequeño temblor.

La barrera cayó y la Palkelenber fue derrotada, lo que permitió a los demás cazadores entrar al recinto en ayuda de Mergo, sujeto por Morgrem de inmediato para palpar su cuerpo, sin que aquel reaccionara.

Descendida del cielo, golpeada y agotada, Annia puso los pies en la tierra, desparecidas sus extremidades y casi cayendo por la debilidad de sus piernas, mas resistido aquello por la fuerza que todavía poseía en su voluntad.

—Sus costillas están rotas y tiene varios órganos lastimados. Su corazón ya no late, pero creo que, si le curo con todo lo que tengo, puedo salvarlo. —Dicho eso, Morgrem usó todo su poder curativo restante sobre el hombre, sobre exigiéndose y casi desmayado por ello, sujeto por su amigo Ricardo, notado cómo el dorso del tuerto dejó de estar sumergido y dejando de verse morado, ahora un poco rosado.

Morgrem, aliviado por ello, colocó su oreja sobre su pecho, mas no escuchó nada.

—No, Mergo. Resiste, amigo. ¡No te vayas! —dijo el científico al tratar una maniobra de resucitación, aunque se hallaba débil y no lo conseguía, por lo que Hung tomó su lugar con cuidado y trató de hacerlo el mismo, para luego revisar su corazón, sin respuesta alguna.

—Mergo, no nos hagas esto. Ya se acabó. Tienes que levantarte, amigo. Ganamos, vamos a acabar con todo. ¡Tú me dijiste que querías tener una hermosa familia, que deseabas cocinar para tus amigos, que no era el fin esta cacería! ¡Mergo! ¡Despierta, maldito! —Por más que lo intentaron, el hombre no reaccionaba, su corazón seguía sin palpitar.

Abrazado por Hung, quien lloraba amargamente sobre él, Mergo continuó alegre, cuyo rostro lleno de tristeza a Annia, la cual observaba todo desde la distancia, recordados los hermosos momentos que había vivido con su amigo, de las aventuras que tuvieron, de los combates que libraron juntos y de la calidez y sonrisas que le había regalado en esos últimos meses.

«Gracias, Annia», recordaba la mujer la voz de su amigo en la última noche que platicaron. «Me has dado los mejores días de mi vida. Eres mi mejor amiga, mi hermana. Mi alma gemela de aventuras».

Los recuerdos le dieron un terrible pinchazo en el corazón a la cazadora, quien cayó al suelo de rodillas, vistas sus lágrimas descender al piso que tenía en la mira, derrotada e impotente.

—Esto no debería ser así. Yo debía ser quien muriera. ¡Sólo yo! ¡Perdóname, Mergo! Tardé demasiado a pesar que me disté tu poder —emitía la mujer sin dejar de sollozar, lanzado un grito al aire por ella que lastimó a los presentes, quienes no podían evitar llorar. Incluso Einar y Danya derramaban lágrimas, aunque se les veía más tranquilos.

Al momento, la Palkelenber se puso de pie, como si nada, pero en lugar de verse agresivo, caminó tranquilo hacia el templo y se colocó enfrente del altar para darle la espalda y ver directo a Annia con su cuerpo.

—*Serás tú el sacrificio, entonces* —preguntó el arma, tranquila, aunque luego derramó una pequeña lágrima, cosa que sólo la joven notó, detalle que le hizo dejar de estar enojada.

—Mergo ha muerto. Su muerte no será en vano. Yo seré el sacrificio que necesitas para formar la nueva arma —dijo la mujer, para luego los demás acercarse a ella y despedirse, no sin antes la chica ir con Hung, quien sostenía todavía el cuerpo de Mergo, triste—. Gracias, amigo. Nos veremos pronto, lo prometo. —Dicho eso, la mujer besó la frente del hombre tuerto y le abrazó con todas sus fuerzas, para luego ponerse de pie y caminar hacia el templo en dirección a su destino, observada por todos los presentes, orgullosos, tristes y estoicos ante la presencia de una mujer digna de ser llamada, no el terror, sino un verdadero héroe. La heroína de Vusaendal.

—*¿Lista?*

—Estoy lista. —De pronto, las ataduras del arma se disolvieron, revelado el cuerpo de un apuesto hombre detrás de ellas, cuyos rasgos eran similares a los de Mergo e Indra. Aquel fue iluminado en un color magenta precioso, abiertos sus hermosos ojos hacia la cazadora y extendida una mano para ser tomada junto a una brillante sonrisa de paz y calidez.

Annia, agradecida, dio un paso a frente y sujetó la extremidad del hombre, lo que la bañó de la poderosa luz que irradió de tal forma que rodeó su ser y cegó a los presentes, al mismo tiempo que ella escuchaba la voz del arma hablarle por última vez con el tono de un hombre joven.

«Gracias, Annia. Por fin te voy a alcanzar, tonto. Sé que me sigues esperando. Estoy listo para verte».

La luz, así como brilló con una gran intensidad, desapareció en un parpadeó, encontrado detrás de ella nada. Era como si se hubiera tragado a Annia y al arma sin haber dejado rastro, lo que dejó a los presentes sin palabras, con la confianza de un mejor mañana y el recuerdo de una gran mujer en el corazón.

## El Sacrificio: Espacio

«¡Ah! Pero qué terrible destino es el que te ha esperado tanto tiempo», mencionó una voz detrás del vacío. La luz ya se había disuelto, el brillo que antes cegó a Annia se había vuelto una terrible oscuridad, a la par que el calor del mundo, de su hogar, desapareció, enrollada ahora en un siniestro frío que parecía engullirle el alma cada vez más.

«Has venido desde tan lejos para esto. ¿No estás orgullosa?», preguntó aquel ser, quien Annia estaba segura se hallaba dentro de su cabeza, pues no parecía que sus alrededores pudieran producir algún sonido.

«No te preocupes. No hay nada de qué preocuparse más», aseguró quien le hablaba, y al mismo tiempo de eso, la vista de la mujer fue haciéndose más y más clara, hasta que pudo observar sus alrededores, el lugar donde ahora se encontraba.

En su entorno, Annia podía observar un montón de espacio negro infinito en todas direcciones, distinguido a lo lejos únicamente destellos magentas que parecían ser tan lejanas como las estrellas mismas que se apreciaban desde el nocturno cielo de Vusaendal. A su vez, enfrente de ella, se formaba un camino de piedra rosada que le marcaba una senda hacia lo que parecía una extraña ciudad torcida, con calles en espiral, edificios sin forma uniforme y arboles como objetos amorfos que eran dignos de una pintura fantástica.

Annia, temerosa, sintió como su cuerpo, de estar flotando, descendió de manera delicada sobre aquella vereda de piedra, y sin más qué poder hacer, en lugar de volar, decidió caminar por ella para ver si podía ver algo.

Ella sabía que estaba muerta, que su sacrificio fue satisfactorio y que, de seguro, había salvado a sus amigos y mundo, por lo que estaba orgullosa y tranquila. Ahora cabía preguntarse si ese sería su lugar de descanso, si siempre transitaría en dichas calles como si fuera ese una especie de limbo en donde debía pasar la eternidad en favor de proteger a quienes más amaba.

Con esas ideas en la cabeza, y sus recuerdos de tan gloriosa aventura, Annia caminó con una sonrisa en el rostro observando todo lo que le rodeaba, fascinada por tanto cosa hallara y con un hambre de conocer y explorar por siempre dicho sitio.

Entró a varias viviendas, examinó decenas de objetos y se dio cuenta que ya no sentía dolor, cansancio ni hambre. Era libre, un alma puesta en otro sitio en donde podría estar en paz para siempre, sin que ya nadie la moleste.

Contenta, siguió andando durante horas, sin problema alguno, pensativa y solitaria, sin problema alguno, hasta que escuchó en la lejanía unos pasos que le parecieron lentos y ligeros, como si quien caminara lo hiciera con una gracia difícil de imitar.

Al voltear el rostro, la mujer de cabello rosado notó a una figura masculina de estatura un tanto baja, piel clara un poco asoleada, cabello castaño corto y ondulado, cuerpo firme y ojos color magenta que eran tan cálidos como el rojo mismo. La sonrisa de aquel joven era vivaz, pero combinada a sus ojos podría notarse lo siniestra y torcida que era, presa posible de alguna locura o malévola mente que se le ocultaba dentro de aquella bella apariencia casi divina, pues, de una manera inexplicable, se sentía que ese joven resplandecía, aunque así no fuera.

Las ropas blancas con simbología rosada y toques dorados hicieron creer a Annia que no se trataba de una persona común, sino de alguien de quien debería cuidarse, y aunque ya estaba muerta, notó que continuaba llevando consigo sus dos pistolas: Strega y Bugia.

Con ojos llenos de estoicismo, la mujer se posó de lado, lista para cualquier embate, con sus manos puesta cerca de sus armas, tal cual hábil pistolera siempre fue y todavía era a pesar de estar muerta.

—¡Uy! ¡Qué tensa te vez! —aseguró el hombre, cuya voz grave y suave, tal cual la de un joven, tranquilizó de forma leve a la pelirosa.

—¿Quién eres? —preguntó demandante la mujer, sin siquiera parpadear ante tal presencia quien, ella asumía, era peligrosa.

—Tu maestro te instruyó bien, Annia Lawrence. Deberías saber dónde te encuentras y a quien tienes enfrente. —Lo dicho hizo a la pistolera arrugar el entrecejo, fastidiada. Luego, con algo de confianza, giró los ojos a su alrededor para explorar el sitio, lo que fue haciéndole relajar el cuerpo lentamente, pues se estaba acordando de todo lo que Kaito le había enseñado en sus años más tiernos, cuando se sentaban a la hora de la cena y hablaban sobre el universo y la creación misma, sobre Arctoicheio, el padre de todas las bestias sagradas y forjador de cada elemento, al igual que Pridhreghdi, amo de todos los dragones y fuente inagotable de luz eterna, así como de caos y vida.

Annia lo entendió. Sí, había abandonado Vusaendal tan pronto tocó a la Palkelenber, pero había ido tan lejos que cruzó fuera de su propia dimensión, el *Catonium.*

—Imposible… ¿Esto es la *Palketenhak*? —Aquella pregunta no fue respondida, solo una mirada de confianza y sonrisa a boca cerrada fue mostrada a la mujer, lo que le hizo entender a quien tenía enfrente. —¡T-tú eres Swedavidio! —concluyó Annia, tartamudeando y horrorizada, a lo que la imponente bestia mostró sus blancos dientes, de los cuales resaltaban sus caninos, que eran más grandes de lo habitual.

—Te lo dije. Tú sabes dónde te encuentras y quien soy. Solo que creíste que morir era desaparecer o ir a una especie de fosa común para los espíritus. La realidad es que lugares así no existen como tales. Sí, hay sitios en donde los espectros se reúnen, pero no es obligatorio ir. Para ti, al sacrificarte en mi nombre, tu destino fue caer hasta aquí, mi hogar y ahora el tuyo —explicó la bestia del espacio, tranquilo y solemne, parado frente a la mujer, a algunos metros de ella.

—¡Es un honor conocerle! ¡Estar siquiera frente a su presencia! —exclamó la joven, puesta sobre una rodilla y agachada su cabeza para reverenciar a la criatura divina, misma que rio ante tal hazaña de forma sonora, impresionado.

—¡Levántate, Annia! No tienes por qué hacer algo como eso, mas lo agradezco —ordenó la criatura, levantada la mirada de la pistolera, misma que se puso de pie al instante—. Aquí, en mi reino, nadie se arrodilla ante otros. Si quieres mostrar respeto, mírame directo a los ojos y háblame desde el fondo de tu corazón. Eso para mí es mostrar verdadera gratitud y amor ante quienes han construido el sitio donde has habitado en tu mortal existencia —explicó aquel de sonrisa brillante y macabra, cosa que no dejaba tranquila a Annia, mas se había ganado toda su lealtad y cariño con ello. Ahora el respeto que sentía dejó de ser por miedo o historias que le dictaban hacerlo. Se volvió genuino.

—Mi corazón está lleno con tanto honor que me ha permitido tener, Swedavidio. Es un privilegio el poder servirle y hacerle compañía en este, su reino —expresó de todo corazón la mujer, a lo que la bestia puso ambas manos tras su espalda y levantó el rostro, curioso.

—No soy Swedavidio como tal, Annia —corrigió aquel, cosa que confundió por un momento a la pistolera—. Sí, soy la voz y voluntad de la bestia del espacio, pero esto que vez no es más que u simple avatar. No, mi verdadero yo se encuentra fuera de esta dimensión, a la cual solo entro cuando las cosas salen de balance —explicó tranquilo, lo que hizo entender de inmediato a la humana.

—Jamás creí que la bestia del espacio no acudiera tan seguido a su propio reino. ¿Cómo puedo llamarte entonces?

—Este avatar se le conoce como David, un nombre que mis hermanos le dieron cuando todos estos títeres vivían en un mismo mundo.

—El mundo de las divinidades…

—Yo no lo llamaría así —bufó David, con un rostro lleno de enjundia—, pero sí es a donde te refieres, porque sé que el universo lo ha apodado de formas similares —concordó el avatar, para dar unos pasos a su derecha al observar lo que para ellos era el oscuro cielo del Palketenhak.

—¿Es cierto que allá habitan cientos de dragones?

—Tal vez ya son cientos. La última vez que estuve, ya habían más de cincuenta. No dudo que generaciones posteriores alcanzaran el doble de población de estos —confesó David, fascinada Annia al imaginar un mundo repleto de dichas bestias maravillosas a las cuales adoraba.

—Espero no sea indiscreción, pero ¿las bestias sagradas no tienen hijos? —Eso hizo reír al avatar, quien miró extrañado a la mujer, pues le era extraño que preguntara por cosas que, sin dudas, creía que no tenían prioridad sobre otras cosas, en especial sobre ella y su destino en el lugar.

—Sí, es posible, mas no heredan nuestro poder divino en ningún sentido —respondió tranquilo y pensativo, extrañada Annia por lo escuchado—. Solamente el heredero de nuestro padre puede engendrar verdaderos hijos. Bestias sagradas que heredan el poder de la creación y es capaz de concebirlas sin la necesidad de otra entidad más que su voluntad. —Eso iluminó el rostro de Annia, la cual estaba curiosa por saber más.

—¿Quién es el heredero? —Eso fue dicho con mucha emoción y ya más confianza, algo que tajó el sentimiento, pues al ver la cara seria del avatar, la mujer decidió tranquilizarse y esperar respuesta, decidida a no ser tan pasional en lo que preguntaba y no dejarse llevar.

—No lo sé. Podría ser cualquiera, pues nuestro padre no nos lo ha revelado como tal. Tenemos nuestras sospechas, pero me temo que son temas difíciles de tratar por el momento. —Esas palabras dejaron muy claro a Annia que era mejor ya no hablar de dicho tema, pues la mirada del avatar, así como su rostro, se volvió fría y nostálgica, denotado un profundo dolor sobre aquello que podría ser una tragedia entre las divinidades, algo impensable para la mujer.

—Perdón si fui un tanto inconsciente con mis preguntas.

—No, estoy feliz con ello. Te muestras como eres y es justo lo que deseo. No lees mi mente ni conoces mi historia. Es estúpido disculparse por hacer preguntas, pues la sed de conocimiento es algo que cualquier ser pensante debe tener y condenarla es el premio de los ignorantes. —Lejos de enojarse, la bestia premió la curiosidad de la mujer, aunque ya no estaba cómoda de hacer tantas preguntas sobre su familia, prefirió ahondar sobre otras cosas.

—Iba a decir que, si deseaba saber algo sobre mí, me lo preguntara. Pero creo que usted sabe todo de mi vida.

—Sí, conozco todo de todos gracias a los poderes de mis hermanos. Cuando conozco a una persona, uso la magia de Hemaxitae y Nerobertot. Con ello, soy capaz de entrar en el más recóndito suceso vivido por los mortales, a la vez que memorizo todo para saber con quien trató. Cuando tocaste a Tulpak, usé esos poderes para enterarme de a quien estaba recibiendo aquí, en mi reino —explicó la bestia, cosa que extrañó a Annia.

—¿Tulpak?

—Sí, es el nombre del antiguo sacrificio antes que tú. Creo que conocías solo el arma que nació de ese ritual, la que llamaban «Palkelenber».

—Tulpak… ¿Era el hombre que luchó contra mí? ¿Aquella era su apariencia al morir?

—La que viste al final.

—No se veía más joven que yo.

—Tenía treinta años cuando se ofreció el primer sacrificio y guardián eterno de Vusaendal. Por desgracias, años después sería la tribu rival quienes lo sacarían del santuario, lo que interrumpió el ritual y te trajo hasta acá. —Dicha confesión dejó atónita a la mujer, continuada la conversación por el avatar. —Así es. Tulpak pertenecía a los Palkerim, como ustedes los llamaban, quien se ofreció en lugar de Maxike para sacrificarse a sí mismo y salvarle, lo que le dio pauta a vivir muchos años y engendrar descendientes que terminaron hasta la generación de aquel que profanó el templo, interrumpió el ritual y robó la única cosa que mantenía el mundo a salvo. Más delante, el mismo generaría más hijos, cuyo último vivo es nada más y nada menos que tu mejor amigo, Mergo. —La noticia sorprendió un poco a la mujer, para luego entender algunas de las cosas suscitadas en la isla.

—Qué curioso fue aquello en verdad.

—¿Sabes qué es más curioso? —preguntó el avatar, emocionado, mientras que Annia se notaba extrañada—. Que los dos sacrificios han sido palkerim. —Annia quedó pálida ante tal declaración.

—¿Cómo? ¿Yo soy…?

—Sí, una descendiente de la familia de Tulpak. Llevas la sangre de su familia corriendo por tus venas, por más diluida que esté —confirmó el hombre, lo que extrañó a la pistolera.

—¡No puede ser! Mi madre era de Nwarvus y mi padre de Qwinbakvus. Ninguno tenía rasgos de los palkerim.

—Es evidente, pero ¿no se te hace raro que hayas nacido con el cabello rosado? —preguntó el avatar, sonriente—. Tulpak tenía el cabello castaño oscuro y Maxike de color cobrizo brillante, como el de Mergo. No obstante, había personas en las tribus que poseían cabellos y ojos de color magenta en el norte, al igual que en el sur había algunos cuyo pelo e iris cobalto resaltaban entre todos. Mergo heredó dichos ojos, y tú el cabello de tu tátara abuela, quien era descendiente de la hermana menor de Tulpak. Aquella mujer salió de la isla Yubime para conocer el mundo, así como otros de los isleños, y vivió en Nwarvus hasta que regresó a su hogar para morir y ser velada allá —explicó el hombre, aunque la chica seguía incrédula.

—Sabía que el color de mi cabello era raro, pero nunca pensé que era señal de ser un tterim.

—Hay muchos descendientes de como tú por todo el mundo, pero la sangre de los isleños es más espesa en algunos. Todos tus aliados tienen ancestros de Yubime, a excepción de Einar.

—Eso quiere decir que ya estamos muy mezclados.

—Al menos el cincuenta por ciento de los pobladores tienen sangre de los isleños. Un veinte por ciento poseen sangre palkerim, un doce de diarrrim y los dieciocho restantes poseen de ambos combinados. La mayoría sangre pura viven en Qwinbakvus y Arnbvus —aseguró la bestia, alegre.

—¡Wow! Siendo sincera… Jamás lo hubiera imaginado. Eso quiere decir que Indra y yo debimos ser pacientes muy lejanos.

—Sí, demasiado, pero lo eran.

—¡Impresionante! Me siento honrada de seguir el legado de mi ancestro, Tulpak —mencionó orgullosa la pistolera.

—Es triste, pero los palkerim, quienes me adoraban, sentenciaron a los suyos de alguna manera al ser los anfitriones del sacrificio. Ellos son los que deberían permanecer vivos, con descendientes de sangre pura. No los diarrrim, los cuales cometieron múltiples errores sobre todo esto —condenó la bestia, pensativo, lo que refutó la mujer.

—Bueno. En realidad, nadie sabía lo que había dentro del templo. No podemos culparlos del todo.

—Te equivocas. Sí había personas que lo sabían —corrigió el avatar, serio—. Sé que Tulpak te explicó lo que vio al ser sostenido por Ebrietis, el abuelo de Mergo. Pero todo ello fue solo desde su perspectiva, lo que resulta en una versión incompleta de los hechos.

—Eso quiere decir que había personas que sabían sobre la Palkelenber y lo que hacía.

—Sí, los lideres y sus herederos estaban enterados —contestó David, tranquilo—. Maxike estuvo presente en el sacrificio y se le explicó todo sobre el ritual, además de la existencia de los diarr luxnobaris. Él, al regresar a su aldea, no dijo absolutamente nada sobre lo ocurrido, solo esperó a reunirse con los diarrrim, en donde habló en privado con la hermana de Tulpak, la nueva heredera, a quien explicó todo y le hizo jurar que solo le diría la verdad a su heredero, a la par que ocultaría a todos los demás lo que había ocurrido. La hermana lo entendió a la perfección y le aseguró que el secreto estaba a salvo con su gente. De igual manera, Maxike le dijo al menor de sus hijos, antes de pasarle el mando, lo que había pasado y el peligro que significaba tomar la Palkelenber o siquiera entrar en el templo, por lo que las tradiciones fueron respetadas y el secreto heredado hasta los tiempos de Ebrietis. Tanto Maxike CCXVIII y Melesy XXXV sabían lo que estaba pasando tan pronto vieron al traidor, pero para salvaguardar el secreto, no dijeron nada y murieron con él. Debieron entrar al templo para ver que todo estuviera en orden. Ese fue el error de ambos —especuló la bestia sagrada, seguro.

—Estoy de acuerdo. Aunque es humano cometer ese tipo de errores.

—No solo humano —corrigió de nuevo la bestia, pensativo y dado un suspiro por ello.

—David, quiero saber algo en concreto —enunció Annia, seria y con una expresión un tanto dura.

—Adelante.

—¿Qué son los noxakos? Las criaturas llamadas diarr luxnobaris, ¿de dónde vienen y por qué solo atacan humanos? —Esas preguntas hicieron sonreír al avatar, a la par que volvía a colocarse por completo frente a la mujer.

—Los diarr luxnobaris, como su nombre lo dice, son «aberraciones temporales». Sé que no sabes mucho de drakoniano, o tal vez eso no te dice mucho.

—La palabra *luxnobaris* es nueva para mí. Sí sé que *palke* es «espacio» y *diarr* es «tiempo». Tambien entiendo que *palkerim y diarrrim,* respectivamente, significan «raza espacial» y «raza temporal». Es un gentilicio.

—Sí, es correcto —felicitó el avatar—. Kaito nunca llegó a explicarte sobre la función de las siete dimensiones, solo te dijo cuales existían, ¿cierto?

—Así es. Aquellas son: catonium, riitenhak, nobtenhak, diarrtenhak, palketenhak, nimritenhak y priarctenhak —enumeró la mujer, segura.

—¡Perfecto! Cada una tiene una función sobre el catonium, que es el lugar original en cuestión. Por consecuente, las demás dimensiones fueron creadas para mantener el orden de ésta, para corregir cosas y mantenerla estable. Por ejemplo, ¿puedes ver las nubes de allá? —Señaló la bestia al apuntar con su mirada a lo que parecían nubarrones que estaban esparcidas de forma gentil por encima de ellos.

—¿Son eso errores?

—Se les llama «acumulaciones espaciales», y son fallos espaciales que he corregido y traído hasta acá. Mi avatar se encarga de verificar y controlar el número de acumulaciones existentes. Cuando éstas superan cierto número, es necesario reunirlas y expulsarlas de este lugar hacia el catonium, donde al cruzar se vuelven aberraciones de proporciones cósmicas, capaces de devorar conjuntos de galaxias, estrellas y agujeros negros super masivos como si fueran albóndigas. —Esa información dejó atónita a la pistolera, quien no tenía palabras al tratar de entender la magnitud de lo descrito. —Lo sé, imaginarlo para un mortal es complicado, pero no te preocupes. Estas cosas son destrozadas casi de inmediato por el gran Pridhreghdi y mi padre, Arctoicheio. De hecho, son esenciales para la tarea de la creación. Siempre han existido y así seguirá, es un hito del universo y su naturaleza.

—Yo… no sé qué pensar. Me parece terrorífico que algo tan enorme, poderoso y peligroso exista, así sea algo común o necesario —comentó temerosa y preocupada.

—Sí, entiendo. Algunos han logrado acabar con un numero impensable de vidas, planetas, estrellas y galaxias de un bocado, mas no es inmediato. A la perspectiva de los mortales, es posible percatarse de dicha amenaza y tratar de escapar de ella, aunque sea casi imposible lograr dicha proeza. Los que no, solo perecen y no de manera tan inmediata, sino que pasan milenios hasta que algo suceda de manera lenta y constante —continuó la bestia, lo que no cambio para nada el estado de Annia.

—¡Qué horrible! ¿Qué tan seguido esas cosas aparecen?

—¿A mi perspectiva? De vez en cuando. A la tuya, es imposible que puedas comprender dicha cantidad ni en eones, pues el número muchísimo más grande de lo calculable por tu mente —aseguró la bestia, sonriente—. A este punto, supongo, entiendes que los errores temporales se convierten en aberraciones cuando se acumulan y son expulsados.

—Claro, y parece que, a diferencia de las espaciales, estas son pequeñas y numerosas —concluyó Annia, mostrado un rostro de desaprobación por parte de David, uno que denotaba su error.

—De hecho, no. También se transforman en entidades de tamaño cósmico, diferentes a las espaciales, mas no en tamaño —corrigió el avatar.

—¿Entonces? ¿Qué significa esto?

—Bueno, para que lo entiendas debes saber primero qué son errores temporales. Por ejemplo, los errores del espacio son los que acuñen a los fallos de materia que se hace presente en lugares donde no deberían estar. Pueden ser grandes y pequeños, desde planetas enteros, hasta casas u objetos extraños que aparecen donde no deberían estar. ¿Nunca te pasó que viste algo durante un tiempo en un sitio y de repente desapareció de ahí cuando lo necesitabas? —Aquello le abrió los ojos a Annia, nacida una sonrisa en su rostro al recordar que eso le sucedió muchas veces.

—¡Sí! ¿Entonces son fallos espaciales? ¡Creí que me volvía loca!

—Suele pasar. Lo que sucede es que esas cosas desaparecen porque el espacio que ocupan desaparece o crece, así que es mi tarea recuperar dicho objeto y espacio para destrozarlo. Luego, con la ayuda del nimritenhak, puedo regresar las cosas justo como estaban, aunque sucede que, a veces, los mortales quieren tomar los objetos o buscan los lugares defectuosos, por lo que hago que elimino los registros del lugar o dejo los objetos en otros sitios. Los mortales lo llaman «efecto mándela». Sobre todo, cuando me equivoco y regreso los objetos con ligeros cambios —admite un poco avergonzado.

—¡Oh! Eso explica muchas cosas. ¿Y por qué suceden estas cosas?

—Ni idea. Son fallos en la realidad como tal. Mi padre nos explicó a mis hermanos y a mí que las cosas así son, por más simple y flojo que suene. La realidad, como todo, no puede ser por completo cuadrada, perfecta. Por lo que suceden estas cosas —sentenció la bestia del espacio, resignada.

—Bueno, eso quiere decir que el tiempo también tiene errores, ¿no?

—Sí, y son muy diferentes a los de mi zona de creación —lamentó David, tomó una pausa y continuó—. Los más comunes ocurren cuando, al instante, algo cambia. Un ejemplo es que algo cambie de un momento a otro. Pueden aparecer cosas de la nada, algo cambia de posición o lapsos desaparecen así sin más, como si algo hubiera ocurrido y cortado de tajo —expresó el avatar, pensativo.

—No recuerdo de algo similar, pero he oído historias que pueden encajar en ello.

—Todo eso se vuelve lo que se le llama «arenas temporales», mismas que caen en el diarrtenhak por todos lados. Antes, esto nunca había suscitado un problema para mi hermano, Zuàlanku. Desde que tengo memoria, hizo su labor de manera tranquila, al igual que yo, liberadas aberraciones de vez en cuando en diferentes puntos del universo, pues la cantidad de errores era la común.

—Pero algo pasó, ¿cierto? —dedujo Annia, preocupada—. ¿Qué tipo de error causa esto? —atinó la mujer, a lo que David sonrió de forma leve.

—Uno a propósito. —La respuesta extrañó muchísimo a la mujer, quien tembló un poco del temor.

—¿A propósito? ¿Cómo es eso?

—Hay un tipo de error temporal que puede ser producido de manera voluntaria por magia de mi hermano. ¿Has escuchado de los viajes en el tiempo? —La pregunta sorprendió a la pelirosa, por lo que de inmediato respondió.

—¿Es posible? Para alguien que no sea una bestia sagrada, claro.

—Sí, es posible —contestó tranquila la bestia—. De hecho, una de las razones por lo que existe la dimensión del tiempo es para cubrir los problemas que puedan generar los viajes en el tiempo. —Lo explicado hizo a la pistolera fruncir el ceño, por lo que, de inmediato, continuó. —Hay algo que se llama «línea temporal». Se supone que el tiempo puede dividirse en múltiples ramas, cada una a partir de alguna acción derivada de decisiones que toman los seres vivos. Es decir que, por ejemplo, si alguien tiene tres opciones para hacer de una acción, entonces deberían existir tres líneas temporales diferentes que se extienden como consecuencia de lo sucedido al final. Eso genera algo a lo que se le llama «multiverso», cosa que da existencia a innumerables de versiones de los mundos, sus lugares y hasta las personas. ¿Te imagines a una Annia de cabello cobalto y de sexo masculino que en lugar de pistolas use un látigo?

—¡Wow! ¿Una versión así de mí existe? ¡Qué cool! —exclamó emocionada, casi saltando.

—No, no existe —reveló la bestia, quien se bufó de la mujer—. Eso hace la dimensión: impide que exista el multiverso. —La conclusión dejó a Annia sin palabras, mas luego entendió todo.

—N-no puede ser. Se eliminan las líneas alternas y se convierten en su totalidad en arenas temporales —dedujo la pistolera, asustada—. ¿Cómo saben cuál es la línea correcta? ¿Se elige al azar?

—Te equivocas, no es así —aclaró David, impresionado—. Estuviste cerca, pero no es lo que en realidad sucede. Sí, las líneas «alternas» se transforman en arenas temporales, mas no es que se generen como ramificaciones, sino que, en nuestra realidad, solo existe una sola línea definitiva, y lo eliminado son partes de ésta misma que ya son necesarias gracias a los viajes en el tiempo hacia el pasado. Cuando alguien viaja al pasado, su simple presencia significa un cambio total, lo que generaría una línea temporal alterna. Para evitar eso, al haber un cambio en el pasado, por más mínimo que sea, elimina por completo todo lo que hay por frente de ese punto. Eso evita líneas temporales, y quien llega, al ver a su forma pasada, si es que existe, se fusiona con ella en una misma y envejece un poco de manera espiritual, por si vuelve a saltar en el tiempo, pueda morir de vejez como debe de ser —explicó la bestia, atenta Annia a todo ello.

—¿Y qué pasa con toda la gente y los lugares formados? ¿Se pierden? ¿Se desintegran? —Antes de responder, David se queda en silencio y con los ojos postrados sobre la pistolera, pues sabe que la respuesta es más que obvia, mas al final asiente—. Toda una realidad, extinta solo por un viaje en el tiempo.

—No toda la del universo —continuó David—, solo la de un mundo. Eso se debe a que cada mundo tiene la parte de su línea separada de las de los demás, pero en paralelo a todas, cuyo conjunto forma la línea única. Es decir, si hay un viaje en el tiempo en Vusaendal y todo lo que hay delante se borra, eso no afecta a los demás planetas. Lo que sí pasa, es que todo el tiempo se detiene hasta que Vusaendal, en este caso, avance hasta donde se encuentran los demás, para continuar en conjunto.

—Ya veo. ¿Siempre ha sido así?

—Sí, antes de crear la materia y elementos, el gran Pridhreghdi y mi padre, Arctoicheio, decidieron que era una buena idea eliminar cualquier posibilidad de un multiverso, por lo que forjaron este método de tiempo y la línea temporal como te lo he explicado.

—Son los viajes en el tiempo lo que es el problema, ¿cierto? —La deducción produjo un rostro serio y duro en el avatar, mismo que le lanzó una mirada penetrante a la mujer, molesto, mas no con ella y eso lo sabía Annia.

—No sé si sea exactamente eso. De lo que estoy seguro es que se debe a un reinicio infinito de una línea, misma que en todo momento, incluido éste, genera incontables líneas temporales que son borradas una y otra vez, cosa que sobresatura el diarrtenhak a un punto incontrolable. Tanto que las arenas temporales se liberan por su cuenta, no en el espacio, sino en mundos, generada por cada línea una aberración de forma infinita. —Lo confesado aterró a Annia, cuyas piernas temblaron y casi desistieron al recordar los grandes números de noxakos que enfrentó toda su vida, comprendido que cada uno de ellos era toda una porción de línea temporal truncada y echa polvo. Vidas, situaciones y lugares deshechos, convertidos en esas criaturas, tantas que era impensable no entender que se trataban de múltiples genocidios, quienes demostraban con su forma lo que en realidad eran.

—¿T-tantos? ¿Cómo puede ser? ¡Había demasiados! ¡Hay muchísimos! ¡Siguen generando!

—Y lo seguirán haciendo hasta que encontremos el mundo que se está reiniciando para detener el fenómeno y darle fin al problema —explicó David, molesta la mujer al momento.

—¿Por qué? ¿Cómo es posible que algo así pueda pasar? ¿Por qué Zuàlanku no lo corrige?

—Porque él lo causó. —Eso dejó sin palabras a la mujer, encorajinada de inmediato.

—¿Qué? ¿Su hermano lo hizo a propósito? ¡Vusaendal perdió a miles de millones de personas! ¡El universo entero debe estar siendo masacrado por esas cosas! ¿Qué demonios…?

—¡Lo sé! —exclamó la bestia, molesta, cosa que causó un temblor en el sitio, manifestados relámpagos magenta que brotaron de las acumulaciones espaciales—. Estoy consciente de lo que significa y de la irresponsabilidad de mi hermano. Tanto así que de forma personal acudí a él para que detuviera esto, solo para enterarme que todo esto inicio por mi culpa.

—No entiendo. ¿De quién es la culpa?

—Podría decirse que de ambos. Zuàlanku hizo esto como venganza por algo que hice, para arruinar nuestra labor de creación y ocasionar un cataclismo que me hiciera imposible el descanso. Gracias a esto, podría dejar que el universo entero sucumbiera, o trabajar sin descansar en protegerlo. Elegí la segunda opción, por obvias razones. —Esas palabras tranquilizaron a Annia, quien se sintió avergonzada y agachó la mirada, para luego respirar y regresar sus ojos a la bestia.

—Lo siento mucho. Yo…

—Soy yo quien debería disculparse —interrumpió el avatar, cosa que impresionó a la mujer—. Siendo sincero, traté de arreglar este problema desde un inicio al ir con mi hermano. Las cosas no terminaron muy bien que digamos, pues cuando me reveló las razones por las cuales había hecho esto, me enfureció y arremetí en su contra. Me pareció desagradable que me retara y tomara como juego la vida en el universo entero, sentí como si insultara a nuestro padre. La colisión de ambos casi produce otra catástrofe y fue la razón por la cual muchos lugares quedaron torcidos en nuestras zonas de creación. Por suerte, Hemaxitae y Nerobertot nos separaron, cosa que me hizo entender que Zuàlanku no se iba a detener, por lo que debíamos hallar solución a esto nosotros mismos.

—Hizo todo lo que pudo, David. No debe sentirse mal —comentó Annia al ver el rostro de decepción del avatar. Se notaba que de verdad le dolía todo lo sucedido, y aunque la mujer deseaba preguntar qué había hecho que enojó tanto a la bestia del tiempo, comprendió que era algo de lo que no deseaba hablar aquel, pues era evidente que lo omitía al contar todo aquello.

—Lo sigo haciendo. Luego de separarnos de Zuàlanku, mis otros hermanos me dijeron que podía contener la amenaza que representaban las aberraciones. Aquellas solo buscarían asesinar seres pensantes, como son los humanos, principalmente. Por ello, era necesario aislar los planetas habitados de las criaturas por medio de barreras mágicas que se mantenían gracias a rituales de mi magia.

—¡Oh! Eso quiere decir que los diarr luxnobaris tienen entrada libre a los mundos deshabitados.

—Sí, pues no hay nada que puedan hacer ahí. Además, por desgracia, para que el ritual protector pudiera ser efectivo, es requerido de una vida que se entregue de manera voluntaria como sacrificio. Odio que sea así, porque los mortales no tienen culpa de todo esto, mas Hemaxitae y Nerobertot dijeron que era la única forma. Cosa que significa un gran honor para nosotros —contó el avatar con una voz suave y nostálgica.

—Proteger a quienes amas siempre va a ser un honor.

—No solo eso. Es el «valor del sacrificio» —especificó la bestia—. Mi padre nos lo dijo desde hace muchísimo tiempo. Lo que significaba dicho poder que solo los mortales podían ofrecer, el increíble don que les daba a quienes pueden dar su vida a cambio de un bien mayor, algo que las bestias jamás llegaremos a entender. Sí, mi libertad está trunca gracias a que estoy al pendiente de los rituales que, por desgracia, son interrumpidos como aquí en Vusaendal, pero no se compara a dejar de existir y dejar todo en manos de un ser superior en quien no deberías de confiar. Lo que has hecho es un acto sin precedentes para nosotros. Te ganaste el respeto de los dragones y las bestias sagradas. —Esto causó mucha felicidad y tranquilidad en Annia, la cual se sintió orgullosa de su decisión, lista para continuar con el ritual que ella creía ya había iniciado.

—Me honra saber eso. Gracias por ayudar a proteger el universo, entre ello, mi mundo, Vusaendal.

—Es un placer servir. Espero pronto mis hermanos encuentren la fuente de los reinicios y puedan detenerla, lo que le daría fin a los diarr luxnobaris descontrolados de una vez por todas, devuelta la paz del universo entero —declaró David, más tranquilo.

—¿Qué hay de Zuàlanku? ¿No volverá a tratar de crear otro problema así en caso de resolver éste?

—Puede, pero Nerobertot le ha puesto un ancla mágica. Con ella, sabremos donde pone su magia de manera inmediata. Tan pronto se cree otro bucle, el puede ir a deshacerlo —respondió el avatar, cosa que serenó a la mujer.

—Perfecto. En ese caso, seguiré aquí cumpliendo mi labor sin problemas. No se preocupe por mí, David. Estoy feliz de ayudar —enunció la mujer, cosa que hizo sonreír de nuevo a la bestia, cuya tenebrosa mueca regresó a su faz.

—¿De qué hablas? Todavía no inicias con el ritual como tal —explicó el avatar, confundida la mujer ante eso.

—¿No? ¿Cómo puedo iniciar? Creí que al haberme sacrificado mi vida construiría la nueva arma y sellaría la grieta.

—Sí, eso debió pasar —contestó David en un tono un tanto burlesco—, no obstante, decidí que esta vez haría las cosas un poco diferente.

—Por… ¿Por qué?

—Bueno, Tulpak era un gran guerrero. Lo vi combatir durante toda su vida, al igual que tú. Cuando llegó hasta acá, me pidió que lo pusiera a prueba, pero me negué, porque sabía lo predispuesto que estaba y la fuerza de su voluntad para hacer las cosas. De ti no sé mucho. He visto con magia de lo que eres capaz, pero no le he sentido. Por lo cual, para que inicies el ritual, es necesario que me demuestres el poder que ocultas dentro de tu ser. Muéstrame la voluntad que los mortales poseen, Annia Lawrence. ¡Enfréntame en combate! —Pidió la bestia, aterrorizada la mujer al escuchar eso.

—P-pero… ¿Cómo puede alguien como yo vencer a una bestia sagrada? ¡Eso es impensable! —exclamó la mujer, contento David de escuchar eso.

—Cierto, ningún mortal puede vencerme en batalla. Mi poder es mayúsculo al tuyo en cuyas proporciones son impensables. Mas o te pido que me derrotes, solo que me demuestres lo fuerte que puedes ser. Te voy a probar y debes darme tus mejores golpes. Cuando me hayas «debilitado» lo que considere suficiente, entonces te aprobaré e iniciaremos el ritual, lo que llevará tu consciencia al arma y sellará la grieta, iniciado el ritual de protección —detalló la bestia con una risa retorcida escapando de su ser.

—Bien, entiendo. —Dicho eso, Annia empuñó sus pistolas y apuntó al avatar. —Estoy lista para luchar, David.

—Me gusta tu actitud. ¡Entonces comienza *la gran prueba!* —anunció la bestia, aparecido detrás de él un símbolo mágico perteneciente a la familia de las bestias sagradas, a la par que empezó a flotar con los brazos extendidos a los costados.

Las acciones del avatar ocasionaron que la ciudad torcida donde estaban comenzara a desintegrarse, presa de un terrible temblor que Annia consiguió evadir gracias a que desplegó las alas del dragón para volar hacia David, mismo que se alejaba dentro el vacío oscuro de la dimensión.

—¡A pelear! ¡No tengo miedo!

—Deberías. —Luego de decir eso, a la distancia y detrás del avatar se hizo presente una entidad de proporciones tan mayúsculas que parecía ser tan grande como la dimensión misma. Sus ojos magenta brillantes, sus largas extremidades y sus imponentes estructuras que le adornaban el cuerpo indicaban que se trataba de su verdadera forma que había entrado a combatir el verdadero Swedavidio, la bestia sagrada de espacio.

Aquella abrió sus grandes fauces, emitido un chillido parecido al de millones de placas de acero colindantes, mostrada la mandíbula inferior que parecía estar echa de alguna especie de acero precioso color platinado, al igual que múltiples partes del cuerpo, como la cola y espalda, poseían estructuras similares en forma de rombos alargados y puntiagudos.

Tras su espalda, seis brillantes y lánguidos diamantes magenta de luz flotaban, cosa que asimilaban una especie de alas bocabajo, las cuales movía de forma constante conforme se movía.

La imagen dejó pálida a Annia, pero escuchar la risa burlesca del avatar y verlo introducirse dentro de su circulo de luz la hizo reaccionar, aparecido detrás de la bestia sagrada la misma simbología, con la cual inició un ataque de rayos de luz que se precipitaron hacia la pistolera.

Pronto, Annia evadió dicha agresión y voló hacia la divinidad, sin otra opción más que disparar desde la distancia con ambas pistolas, aunque creía que sus balas ni de chiste alcanzarían algo que estaba tan lejano a ella.

Para su suerte, las balas de luz viajaron tan veloces pudieron y llegaban a atinar a su objetivo, mas éste ser parecía siquiera inmutarse por la acción, molesta la pistolera por ello y recordado que el objetivo era dañar, no vencer, por lo que continuó con lo mismo sin detenerse, evitados múltiples láseres que la bestia lanzaba desde su posición, enviados desde sus garras metálicas brillantes cuchillas que iban a una velocidad impresionante, aunque no fueron problema para Annia, pues las evadía con mucha facilidad al volar y girar una y otra vez, sin dejar de disparar.

La bestia, al ver que no sería fácil derrocarla con esos ataques simples, se dispuso a usar su poder mágico sobre el espacio, para luego lanzar nuevas cuchillas desde sus garras que, al verlas, Annia creyó que podía evitar de manera fácil, mas aquella fue sorprendida al sentir que, de alguna extraña forma, presentía que lo visto ya estaba más cerca de lo que debería, por lo que se lanzó hacia su derecha a toda velocidad, alcanzada la cola del dragón por el ataque, cosa que la desequilibró en pleno vuelo.

La agresión magenta apenas y había pasado por donde se supone que podría atinarle, lo que hizo entender entonces a la mujer que aquellas ocupaban un espacio mayor al que debían, magia proveniente de la bestia que enfrentaba.

—No voy a caer de nuevo en eso, Swedavidio —emitió la pistolera, quien voló de nuevo en dirección a la divinidad a la par que disparaba, enviados varios láseres y cuchillas en su dirección.

Annia, confiada, voló hacia un costado para evadir todo, mas un rugido de la bestia se hizo presente, lo que le hizo ver a la mujer que, por más que volara a dicha dirección, no avanzaba, por lo que optó en irse al lado contrario, evadido todo a duras penas y golpeada en un ala, aunque eso no la derribó.

Enfurecida, la pelirosa continuó su trayecto y ataque, prevenidos los cambios en el espacio que ya había hecho Swedavidio para confundirla, evadidos los embates uno tras otro sin muchos problemas por la mujer.

Por ello, comprendido que no tenía caso seguir así, Swedavidio rugió y llenó de energía magenta a su alrededor, encogido una y otra vez hasta alcanzar el tamaño de una Gargantúa, unas veinte veces de lo que era Annia, acercado a la par hasta donde se encontraba la mujer y dibujado debajo de ambos una especie de plataforma de luz magenta con el símbolo de las bestias por debajo, a donde ambos fueron a parar, comprendido por la mujer que era ahí donde debían luchar.

Otro rugido fue emitido por Swedavidio, invocados relámpagos rosados de las acumulaciones espaciales, disparadas balas por la mujer que daban a la criatura, misma que no esperó y dio un pequeño salto en dirección a Annia para aplastarla, evadido el embate por un salto con giro y aleteo de la mujer, quien cayó de pie cerca y volvió a saltar al notar que una onda expansiva de energía brotó del choque en la plataforma, casi tocada por esto.

La bestia, al verla distraída, alineó las navajas metálicas de su cola en forma de abanico y trató de cortar con estas a Annia, lanzada la pistolera al suelo de rodillas, barrida hacia adelante y con el cuerpo tendido sobre el suelo hacia atrás, cuyas manos a los costados, por completo extendidas, la dieron oportunidad de controlar la gravedad de su ser y así levantarse una vez el peligro pasó, aparecidas las garras de dragón tanto en piernas como brazos y usadas para saltar sobre la bestia y darle un par de zarpazos que sin dudas le dañaron un poco más que las balas, sin deja Annia de disparar al momento de irse alejando de su rival.

Molesta, la bestia trató de interceptar la caída de la mujer con un aliento de luz magenta, detectada la intensión por la ágil pistolera y aleteado para lanzarse a su derecha y evitar el embate, bañado Swedavidio de balas luminosas como respuesta.

Sin perder la calma, el oponente de la pelirosa rugió y creó círculos de luz dibujados en lo que sería el suelo de la arena. Estos se esparcían por todo el sitio y parecían ser peligrosos, por lo que Annia se limitó a siquiera volar sobre ellos, aprovechada la confusión por la divinidad, misma que saltó dentro de uno, cosa que le hizo avanzar hasta quedar frente a la mujer, entendido que el espacio sobre las figuras había sido eliminado, por lo que se lanzó a uno de ellos, evadido a duras penas el zarpazo que su enemigo le dio.

La mujer, confundida, atravesó por las zonas desparecidas, casi golpeada por la cola de la bestia, de no ser porque la propia, de forma automática, se interpuso ya la defendió, arrojada de todas maneras por el poderoso embate y disparadas varias balas que parecieron ir a lugares distintos de los que deberían, pues era difícil predecir la trayectoria que tendrían al atravesar los huecos.

Annia entendió que no podía usar sus pistolas, así que las guardó y preparó sus garras para atacar, lanzada al vuelo entre los vacíos, dirigida directo a la bestia que le aguardaba para interceptarla con su aliento magenta, evitado éste al entrar la pelirosa a un hueco y salir del otro lado al instante, dado un poderoso zarpazo al enemigo.

Aquello obtuvo como respuesta una agresión similar por parte del enemigo, alejada la garra de la divinidad gracias a una pirueta en el aire combinada con el golpe de la cola carmesí, abierta la boca de la mujer y disparado su propio aliento luminoso de ésta, lanzada la criatura hacia atrás por el poder expulsado, recibido un daño considerable.

Esto no detuvo a Swedavidio, quien saltó a un hueco, navegado entre las aberturas espaciales hasta alcanzar a Annia, quien confiada pensaba escapar de la misma forma, mas la bestia llenó los espacios cercanos a ella, lo que la dejó a merced de sus garras, protegida la pelirosa con las propias, las alas y cola, todo lastimado de forma leve por el ataque.

Como consecuencia, la cazadora fue arrojada hacia atrás a una velocidad vertiginosa, estrellada en una pared invisible que rodeaba la plataforma. Presa del dolor, Annia cerró sus ojos, y cuando los abrió, notó que los huecos habían sido regresados y estaban siendo utilizados por Swedavidio para acercarse, lo que le hizo a ella saltar hacia el vacío más cercano, notado que estos desaparecían tan pronto estuviera a punto de tocarlos.

La desventaja creada sugirió un nuevo plan para la pelirosa, misma que voló lejos para evitar a la bestia del espacio, la cual navegaba con salto entre los huecos tras su oponente, hasta que pareció alcanzarla, mas Annia se lanzó hacia ella y el vacío desapareció, lo que provocó a Swedavidio retroceder contra su voluntad, abanicada su garra en el aire y disparadas balas de la humana desde dicha posición, acribillada la bestia por completo.

Decidida, la bestia desapareció los hoyos y se envolvió en luz magenta, a la par que se introducía en otro símbolo mágico que, una vez dentro, se encogió y expulsó a David, quien tenía tras él aquella luz magenta que representaba a las bestias.

—Debo decir que estoy impresionado. Has aprendido muy rápido sobre mis habilidades y te has abierto paso entre ellas. Por obvias razones, puedo jugar más con esto, pero es innecesario ir a tanta complejidad. Esto es una prueba, y lo que importa es ver hasta donde puedes llegar. Sé que no importa qué te hubiera puesto, lo descubrirías y enfrentarías a la larga —anunció el avatar, alegre y confiado.

—Gracias, y supongo que esto no ha terminado —respondió confiada la mujer, con los pies sobre la plataforma y ambas armas apuntando a su oponente.

—¡Oh, no! Apenas y comienza. —David, el avatar de la bestia sagrada del tiempo, sonrió y posó tranquilo frente a la mujer, listo para atacar.

Sin más preámbulo, Annia lanzó de su boca un poderoso rayo dorado que David evitó sin problemas al arquear su cuerpo hacia atrás, dado un salto con vuelta a la derecha y hecho un brinco en dirección a la mujer, creadas varias burbujas rosadas en el camino que le permitieron llegar en un parpadeo con la pelirosa, proporcionada una poderosa patada a ésta que pudo cubrirse con su garra de dragón, proyectada hasta la pared del sitio de inmediato.

—Más huecos en el espacio. ¡Vaya fastidio! —emitió la pistolera, para luego reír David y empezar a golpear al aire, cuyos puños brillaban en magenta, lo que pareció dar directo en el cuerpo de Annia, recibidos algunos embates de lleno, cubiertos los otros en la confusión.

Después de varios ataques, David saltó y dio una patada giratoria que dio en la cara de la mujer, arrojada al suelo por eso, de pie el avatar sin problema alguno, salvaguardado por la distancia.

—¿Qué pasa? ¿Esperabas más huecos? —preguntó la divinidad, dado un salto que lo puso frente a la mujer—. No los necesito —aseguró aquel con un tono siniestro, a la par que trataba de aplastar la cabeza de Annia con un pisotón, evadido aquel gracias a los increíbles reflejos de la cazadora y sus extremidades de dragón.

Las risas de la bestia, acompañadas de sus agresiones que podían ser desde la cercanía o todo lo contrario confundieron a la pistolera, pues David daba golpes al aire que eran difícil saber si iban a darle o no, pues varias veces eran fintas que Annia se cubrió, lo que la dejó descubierta de otras partes a las cuales el avatar golpeaba sin piedad.

También, al dispararle o tratar de alcanzarlo, bastaba con un solo paso para evitar los embates, cosa que lo volvían inalcanzable y escurridizo, además de letal.

Sin importar aquello, Annia no se rindió y trató de alcanzarlo con sus partes de dragón, lo que resultaba imposible. Solo conseguía que el avatar pudiera castigarla con mayor facilidad bajar la guardia, cosa que le fue mermando la energía y vitalidad.

—¡Vamos, Annia! Estabas muy confiada hace unos momentos. ¿Qué fue lo que cambió? —preguntaba David con una sonrisa llena de malevolencia, listo para atinar otro golpe de manera directa a la mujer, quien estaba a punto de caer por el cansancio, pues su agitada respiración y múltiples heridas, algunas sangrantes, dictaban su próxima derrota.

Aun así, contra todo pronóstico, el puño de la bestia fue detenido desde la lejanía, antes de tocar el rostro de la mujer, interceptado por la garra de la misma que levantó y cubrió su cara, levantada la mirada cansada de la pelirosa hacia el avatar, mismo que estaba impresionado al ver que la pistolera lo tenía sujeto en una posición incómoda.

—Nada ha cambiado. Estaba calentando. —Dicho eso, la mujer lanzó su aliento luminoso en dirección de donde debería estar el brazo de David desde su perspectiva, cosa que atravesó la barrera de la realidad y se proyectó justo hacia la bestia, desaparecido a pocos centímetros de Annia para aparecer frente al avatar, el cual fue casi golpeado por éste.

Aprovechada la confusión, la pistolera tomó el brazo de David y lo jaló hacia ella, para atinar un poderoso zarpazo en su estomago y mandarlo a volar lejos, respuesta la bestia de inmediato y dado un salto para aproximarse, más antes de hacerlo, la mujer ya había hecho lo mismo, adelantada al recorte de espacio entre ambos y, con sus cuerpos torcidos en al realidad, Annia consiguió dar una vuelta en el aire y golpear de forma aparatosa al avatar con su cola, seguido de un montón de disparos a quemarropa que dieron en el blanco.

Emocionado, el avatar soltó la carcajada y trató de conectar puñetazos, patadas y de más agresiones a Annia, quien se defendía de forma ágil desde la distancia, respondido David por la cola carmesí que aprovechaba los huecos creados para golpear a la divinidad, expuesta aquella por cada acción que tomaba en contra de la pelirosa, hasta que consiguió tomarle de los hombros y enrollarle con la cola las manos, proyectado desde su boca un rayo que dio en el rostro de David, arrojado hasta una pared por el poder del aliento.

Al recuperarse de esto, el avatar parecía en realidad ileso, mas no se le notaban intensiones de agredir a la mujer, cosa que no la relajó ni un segundo, pues continuaba en guardia, en espera de lo que sea.

—Me es fascinante ver lo rápido que aprendes de tus enemigos. Sin duda alguna, eres una digna heredera de él —aseguró la bestia, emitida una sonrisa por Annia—. Es por eso que tu último rival no puede ser nadie más. —Al enunciar aquello, por encima de la bestia apareció de nuevo el símbolo de su familia. No obstante, en lugar de estar los cuatro diamantes por debajo de éste, se alinearon y repartieron hasta formar una especie de equis incompleta, como si estuvieran en las esquinas de un cuadrado perfecto.

La luz rosada se intensificó y, junto a un resplandor palpitante, emergió de aquel sello mágico un sujeto delgado, de estatura baja, piel morena aperlada, cabello magenta y ropas blancas. Aquel aterrizó sobre una rodilla con el rostro agachado y los brazos puestos en cruz frente a su cuerpo, sostenidas pistolas en cada mano de los mismos colores de sus ropas.

—No, esto es imposible. No puede ser —decía la cazadora, a la par que el hombre se ponía de pie, separaba sus brazos y revelaba su dura faz, sus ojos magenta cálidos y su mirada desafiante. Dicho, de inmediato y sin pensarlo, cruzó una vez más frente a su pecho sus extremidades superiores y luego apuntó con ambas a Annia, imitado aquello por la mujer en respuesta casi en automático.

—Sí, claro que es posible. Tu oponente final será tu maestro, Kaito Zhou, el terror de Vusaendal —emitió el avatar, orgulloso, dado un salto por éste para flotar fuera de la plataforma, ahora siendo un mero espectador—. Para terminar con *la gran prueba,* debes vencer a Kaito. Ese será el tan esperado final de esto y el inicio del ritual —aseguró la bestia, todavía incrédula Annia ante esto.

—¿Kaito? ¿De verdad eres tú? —preguntaba la mujer a la figura que tenía enfrente, misma que parecía no escucharle, pues no se inmutaba por sus palabras—. Tu cabello y ojos han cambiado, pero fuera de eso… —Mas antes de poder continuar, el hombre le disparó a la pelirosa, evadidas las balas a duras penas y respondida la agresión con disparos propios que Kaito fácil esquivó. —¡Hijo de perra! ¡Dígnate a responder!

—No tenemos nada que hablar, mocosa. —La voz de su maestro provocó a la chica derramar lágrimas de un rostro lleno de tristeza, mismo que se transformó en uno de rabia, a la par que atacaba al pistolero.

—¿Qué significa esto? ¿Qué haces aquí, Kaito? —preguntó la mujer, enrabietada y dirigidos múltiples disparos a su maestro que, sin esfuerzo alguno, evadió con una agilidad monstruosa—. ¡Dijiste que ibas a volver! ¡Lo prometiste! ¡Respóndeme, maldito! —exigió la mujer, y antes de poder continuar, el hombre proyectó dos balas de sus pistolas, mismas que rebotaron y reaccionaron de una manera singular que provocaron la creación de varias estacas, mismas que atravesaron el cuello de Annia como si estuviera hecho de papel.

La mujer, con sangre derramada de su cuello y boca, cayo al suelo, abatida y sin poder respirar, inundada por el dolor, la incertidumbre y la impotencia, con una rabia que le consumía por dentro.

Al levantar la mirada, vio a Kaito frente a ella, frío como siempre había sido, cuya arma le estaba apuntando a la frente y que, sin más, disparó para sembrar una bala en la cabeza de su heredera, lo que la asesinó de inmediato.

…

«Morí, ¿cierto?», dijo Annia dentro de su mente, acompañada solo por la oscuridad.

«Perdí. Kaito me asesinó», continuaba la mujer, cuyo alrededor parecía un tranquilo mar profundo.

«Hace frío otra vez. He fallado», luego de ese pensamiento, la pistolera abrió los ojos y volvió a observar lo mismo que en un principio al llegar al palketenhak. Por lo que, impresionada y molesta, en lugar de caer de manera gracia sobre la vereda de piedra, desplegó sus alas y voló hasta el otro extremo de la ciudad magenta, detenida por la risa de David que se escuchaba por todos lados.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? —preguntó la pistolera, encontrado el avatar donde mismo, el cual caminaba tranquilo hacia ella—. ¿Fue todo una ilusión?

—¿Lo fue? —contestó sonriente, sin dejar de bufarse de la pelirosa.

—¿Dónde está Kaito?

—No aquí, en definitiva.

—Fallé. Kaito me derrotó.

—Sí, lo hizo —aseguró la divinidad, alegre—, mas eso no significa el final de tu prueba. —Dicha confesión alivió a la mujer, mientras apretaba los puños del coraje.

—¿Por qué él? ¿Cómo es posible? —cuestionaba furiosa, sin temor a la bestia.

—¿Por qué no se lo preguntas en persona?

—¡Tráelo entonces!

—Me temo que no será tan fácil —explicó David, aparecido el símbolo mágico de las bestias detrás de él, quien ya estaba flotando—. Si quieres ver a Kaito, debes «derrotarme» tres veces como lo hiciste antes. Una vez hecho eso, podrás verte con tu ultimo oponente: tu maestro.

—¿Qué significa esto? ¿Cuántas veces puedo perecer y regresar?

—Las que sean necesarias. Para siempre, si tu voluntad lo permite y tu habilidad carece —sentenció la bestia, transformado en su verdadera forma e iniciado el vuelo por la pistolera.

Por segunda vez, la divinidad del espacio luchó contra Annia. Aquella, con una agilidad sorprendente, no se dejó engañar por Swedavidio y consiguió, de una manera casi similar, vencer desde la distancia; en la plataforma con su forma original y reducida; y, por último, a su avatar, que tan pronto fue golpeado por ultima vez por una lluvia de balas, trajo de vuelta a Kaito, mismo que llegó de igual manera, esta vez agredido por las garras de Annia, las cuales evadió con un simple movimiento, plantadas dos balas en el abdomen de la mujer gracias a ese descuido.

La pistolera, mal herida, cayó de forma aparatosa a la plataforma, barrida en ésta hasta chocar contra un borde. Para cuando regresó los ojos a Kaito, éste se hallaba disparándole a quemarropa, hasta asesinarla sin que pudiera siquiera decirle algo.

El ciclo se repitió. Annia despertó, se encontró con David y la batalla dio inicio por tercera vez.

La mujer mejoró, tanto que no fue tocada por los embates de las primeras dos etapas de la batalla, mas su ira permitió a David acertar un par de golpes: uno en el estomago y otro en la mejilla derecha, mismos que le dio la victoria a la larga, pues aprovechó aquello para hacerle mucho daño.

Kaito regresó a escena como si fuera un reflejo del pasado, mas ahora la mujer decidió dispararle su aliento desde lejos, proyectadas balas al hombre tan pronto aquel evadió el primer embate, mismas que no dieron en el blanco al ser esquivadas por el pistolero de una forma tan eficiente que parecía el antiguo maestro leerle la mente a la pelirosa.

Ambos pistoleros corrieron para tratar de rodearse, disparadas balas por ambos, mas las de Annia no se acercaban a Kaito, a su vez, las de éste le rosaban a la mujer, casi dadas en el blanco, a pesar de aquella volar y correr con sus extremidades de dragón.

La danza de los cazadores ya iba más a la par, quienes evadían y disparaban a un ritmo casi inhumano, cuyos ojos no se separaban de su rival y sus armas, atentos a los cambios y las posibilidades a casa segundo en reacción a lo que el oponente hiciera, mientras deducían su pensamiento y daban iniciativa a adelantarse.

Tal fue así que Kaito, de manera lenta pero segura, alcanzó a dañar los brazos de Annia. Con ello, a la mujer se le dificultó disparar, por lo que pensó que era mejor acercarse y golpearlo con su cola, proyectado su aliento como distracción en un inicio, y detenida a pleno vuelo en dirección hacia su maestro gracias a tres balas que dieron en la espalda, el estómago y la garganta.

La pelirosa, derrotada, se precipitó y terminó a los pies del hombre, mismo que le disparó en la cabeza tan pronto ella le miró desde abajo, derrotada y frustrada.

La historia se repitió, con una Annia más experimentada que, por desgracia, se confió al inicio y fue golpeada un par de veces por la primera etapa del combate, lo que le causó mucho colera y la desconcentró lo suficiente para ser tan abatida como la primera vez, hasta que la hora de enfrentar a Kaito llegó. El hombre, quien entró de la misma forma que antes, no tardó en despachar a su heredera sin que aquella atinara un simple golpe.

Fue así como, una vez tras otra, Annia continuaba fallando el desafío. A veces llegaba ilesa contra Kaito, otras un tanto dañada y un par de ocasiones, más lastimada de lo que ella consideraba debería. Era duro y humillante, pero aprendía, se volvía más ágil y consciente de cómo podía ser atacada, por consiguiente, las probabilidades de llegar con su ultimo embate sin daños eran más altas y, además, duraba cada vez más en contra de su maestro, aunque nunca atinaba un solo golpe.

Fue en el intento diecisiete, cuando Kaito cayo a la plataforma de la misma manera y ambos, a la par cruzaron brazos y se apuntaron el uno al otro, que Annia volvió a dirigirle la palabra.

—Es increíble. Has mejorado muchísimo, tal y justo recuerdo que lo hacías día con día —mencionó la mujer, orgulloso, algo que no hizo cambiar el semblante de Kaito, lo que le pareció normal, pues estaba segura que éste no la recordaba de sus anteriores fallos.

—Tu sigues siendo la mocosa inútil y torpe que recuerdo —emitió el hombre, para luego ambos enfrentarse en un duelo de balas, evadidas la mayoría y cuidándose ambos de cualquier sorpresa el otro pudiera preparar.

—¿Qué fue todo eso entonces? ¿Salvaste a Mergo porque tenía la palkelenber y luego qué? ¿Viniste para buscar a Swedavidio? —preguntaba Annia en medio del combate, sorprendida de ser contestada por Kaito.

—No tenía la más mínima idea del arma y lo que significaba. Solo vi a un chico asustado y en peligro. No pensé en otra cosa mas que ponerlo a salvo y regresar a lo que fui a la isla —aseguró el hombre, descuidada la pelirosa de un momento a otro y asesinada por Kaito una vez más.

La mujer se apresuró y volvió a encarar al hombre, quien se le notaba tan sereno como lo había sido desde que lo conoció.

—Fuiste a la isla una vez que salvaste a Mergo. ¿Por qué? ¿Sabías que tenía que ver Swedavidio?

—Ya te lo dije, me desconcentré al salvar al chico. Regresé porque deseaba descubrir el secreto de la isla. Por eso fui en primer lugar. —Annia se quedó pálida al saber que Kaito también recordaba cada batalla que estaban teniendo, lo que significaba que él también aprendía de sus movimientos, por lo que iba a ser muy difícil tratar de superarle así de fácil.

La pistolera no tenía una sola ventaja.

—¿Qué fuiste a buscar? ¿El santuario?

—El templo. En mi primer viaje, cuando te quedaste sola, conocí un mago que me ayudó a entrar al palacio celeste. Ahí, leí muchos libros sobre antiguas leyendas e historias de Vusaendal en la biblioteca de Dandileon. Muchas de ellas hablaban de los palkerim y diarrrim, las tribus originales de la isla Yubime. Yo siempre supe que los diarr luxnobaris tenían relación con el espacio o el tiempo, porque aparecían de la nada, eran teletransportadas a nuestros continentes desde puntos anidados específicos. Entendí que solo la magia de Swedavidio y Zuàlanku podía hacer algo así, por consecuente, la isla debía tener las respuestas que necesitaba. Tal vez, era ahí el origen del problema.

—Prácticamente lo es.

—No de manera exacta, pero cercana. —Al termino de eso, ambos pistoleros iniciaron el combate de balas, sin dejar de hablar.

—Entonces lo conseguiste. Llegaste hasta el santuario.

—No, no pude siquiera regresar a la playa —confesó el hombre—. Fui testarudo al tratar de volver nadando en medio del caos y los diarr luxnobaris. Tanto, que me costó la vida. Caí al fondo del mar y fui rodeado por cientos de esas criaturas, las cuales me asesinaron sin que pudiera hacer más. Al menos eso hubiera pasado de no ser porque desperté aquí. —Terminado esa parte, Kaito consiguió colarse tras un ataque directo y disparó en la nuca a Annia, invocado de nuevo luego de ella pasar las primera tres etapas del combate.

—Te eligió. Swedavidio te salvó y acogió dentro de la dimensión.

—Me ofreció un trato. —A esto, la bestia rio y continuó con lo dicho.

—Creí que Kaito regresaría la palkelenber a su lugar y tomaría la prueba como sacrificio, mas no fue así. Murió antes de ello. Por su valor y darme esperanzas de poder crear un ritual nuevo, le ofrecí vida eterna si me servía como uno de mis celestiales. Aunque claro, la forma que tiene ahora es la original. No puede con este, menos con lo que se ha convertido —explicó el avatar al bufarse de la mujer.

—Un celestial. Nada mal, Kaito.

—Servir al universo es un honor. Protegerlo es un privilegio.

—Kaito Zhou es el humano más poderoso que he conocido. Su voluntad e inteligencia es incomparable. Sería muy estúpido no aprovechar esas cualidades para un bien mayor —aseguró David, nacida una sonrisa de Annia.

—¿Escuchaste? Eres el humano más poderoso que jamás haya visto. ¿Cómo es posible que pueda ganarte?

—No es posible, mocosa.

—¡Eso está por verse! —Kaito y Annia continuaron peleando en su ya aclamada danza de balas, hasta que, en un arrebato de furia y emociones, cuando Kaito estuvo a punto de volver a triunfar, un misterioso poder despertó dentro de Annia, colmada de voluntad y deseo de poder ganar.

«No, Kaito. ¡No esta vez!», aseguró la pistolera al ver todo en cámara lenta, mientras que un poderoso brillo multicolor la bañaba y le generó una armadura escamada de luz con una larga capa verde, una pechera naranja, un casco dorado, protecciones de extremidades celestes y garras azules como botines púrpura. La cola carmesí continuaba en su lugar y la protección adquirida defendió a Annia de las balas de Kaito, a la par que trató de golpear, mas el hombre consiguió escapar.

—¿Esa magia es de dragón? —preguntó Kaito, un poco sorprendido, pero con el mismo semblante de siempre.

—¡Increíble! Usó lo ultimo que le quedaba de su fuego naranja y celeste con su aura para terminar de formar la armadura mágica que se supone debía de tener desde un inicio. Se ha vuelto mucho más poderosa de golpe. ¡Tremendo guionazo! —bufó la bestia, cosa que hizo a Kaito girar los ojos al escuchar las burlas de David, listo aquel para atacar a Annia.

—¡Esta vez caerás, Kaito! —declaró Annia con sus pistolas en mano, lanzada en dirección a su maestro, mismo que esperaba una ráfaga de balas.

La pistolera, confiada, disparó numerosas balas que su maestro consiguió evadir sin problemas, a la par que la capa verde se volvían largas alas que le acercaron a Kaito lo suficiente como para darle un zarpazo, algo que trató, pero no ella misma, sino la armadura, pues ésta se despegó de sus brazos y, con movimiento propio, se estiró para tratar de alcanzar al pistolero.

Kaito, impresionado, se concentró y usó sus propias balas para contra impulsarse en favor de esquivar el asalto, pero la cola de la mujer de le adelantó y estuvo a punto de atraparlo, junto a las balas que estaban por alcanzarle.

Sin más opciones, Kaito se incorporó hacia la mujer, dejó que algunas balas se rosaran las vestimentas y usó el mismo cuerpo de su alumna para balancearse y salir de la situación, proyectadas balas del hombre a cavidades angostas, pero al final descubiertas, de la armadura mágica, lo que lastimó a su alumna.

Annia, furiosa, arremetió en su contra y el combate se volvió mucho más salvaje y agitado. Por desgracia para la cazadora de Nwarvus, Kaito terminó por destrozarle su armadura y, una vez más, le venció en combate.

Al despertar, esta vez Annia no avanzó hacia donde se debía encontrar con David. Se quedó parada en el inicio, frustrada, con la cara baja y apretando sus puños. Lloraba de la rabia y sentía que nunca podría vencer a Kaito por más que lo intentara. Su corazón estaba rindiéndose.

De un momento a otro, la mujer levantó el rostro, llena de ira y decisión, por lo que invocó su poderosa armadura y saltó con un poder tal al vuelo que destrozó los alrededores, encontrado David de inmediato y atacado éste por la mujer, quien no recibió un solo rasguño, para transformarse e iniciar todo como era debido.

Con su nuevo poder, la chica consiguió pasar en tiempo récord hasta con Kaito, mismo que hizo lo de siempre y apuntó a Annia como ella a él, continuado el combate entre alumna y maestro.

—No importa cuantas veces tenga que pelear —recitaba Annia, vencida por una bala que rebotó—. Me vale una mierda si caigo un millón de veces —continuó hasta que Kaito le acribilló y destrozó el casco, además del rostro—. ¡No voy a rendirme jamás! —declaró para luego su oponente intoxicarla gracias a dos balas que, al chocar, soltaron un nubarrón de químicos en extremo venenosos—. ¡Voy a derrotarte, Kaito! —aseguró antes de ser penetrado su corazón gracias a cinco balas de dieron en el mismo punto exacto hasta matarla.

El numero de combates ya no importó. Annia continuaba peleando, una y otra vez. Cada vez más calmada, con más experiencia y sabiduría, lo que, de cierta forma, le acercaba a darle al menos un golpe a Kaito. Hasta que, luego de un montón de fallos, consiguió golpearlo una vez.

Esto generó gran confianza en la chica, pero por desgracia su maestro también estaba aprendiendo conforme combatían, por lo que ya no le fue posible atinar un golpe de aquella forma, lo que le hizo entender a la pistolera que debía ser ingeniosa, que necesitaba superar a su maestro incluso en su talento de mejorar con cada embate.

Esto, por más que pasaba el tiempo, parecía no suceder. Sí, Annia consiguió darle golpes a Kaito, pero no lo suficiente para decir que podría alguna vez ganarle. No a ese ritmo.

Cansada de forma mental y espiritual, Annia apuntaba al inicio de otro combate contra su maestro, con sus esperanzas rotas de poder hacer algo.

—Ríndete —sugirió Kaito—. Jamás vas a vencerme en combate. Es imposible. Soy mucho más hábil que tú, aprendo a mayor velocidad y cada vez me vuelvo más fuerte. Tu alcanzaste tu limite y no evolucionas como lo hago yo. No tiene caso —anunció el hombre antes de iniciar el combate, notado que sus palabras hicieron enojar a Annia.

—¡Deja de decir estupideces! ¡No voy a rendirme por nada del mundo! Voy a derrotarte, Kaito. —Luego de esa declaración llena de seguridad, la mujer perdió una vez más.

Así fue como continuaron los combates, uno tras otro, mas ahora Kaito repetía las mismas palabras al inicio para destrozar esa fe de su heredera, cosa que parecía fastidiarla más y más, hasta el punto de la locura, pues Annia ya no respondía a las palabras de su maestro, tan solo lo atacaba.

Luego de centenares de perder, en medio del combate, donde ya la pistolera estaba a punto de perder, con varis heridas de bala y su armadura media rota, Kaito repitió su oferta.

—Ríndete, Ann…

—¿No sabes decir otra cosa, imbécil? —preguntó la mujer a duras penas y tratando de no desfallecer del cansancio, con una mirada estoica y confiada—. No importa cuantas veces lo digas, voy a derrotarte Kaito. Vas a caer tarde o temprano.

—Lo dudo. —Luego de eso, el hombre estaba listo para acabar con ella, pero la chica había aprendido a usar cada parte de su cuerpo, cada habilidad de su armadura y cada posibilidad que Kaito le había presentado. Sí, el hombre podía descubrir más, pero esos lapsos eran bien aprovechados por la pistolera, quien se acercó decidida a vencer y, con un milagro inesperado, pudo disparar y atinas a las balas del hombre, desviadas ambas pistolas de paso.

Rápido, la armadura completa se separó de la mujer y se lanzó en contra del hombre, evadida ésta con cierta facilidad por el terror de Vusaendal, alcanzado por Annia quien le disparó un par de veces y, con la armadura puesta de nuevo al fusionarse antes de que cayera sobre Kaito, logró capturar para proyectar un aliento a su rostro.

Por desgracia, el hombre consiguió usar sus balas para desviar el rostro de la mujer y así liberarse, no sin antes recibir varios zarpazos y un coletazo de la mujer, alejado de ella hasta que cayó al suelo, retomada su posición y listo para contra atacar, al igual que Annia, adolorida y furiosa, rugió para saltar en dirección al hombre.

Ambos apuntaron con sus armas y dispararon una bala por cada una, y cuando estuvieron a punto de estas encontrarse, David detuvo el asalto.

—¡Suficiente! —ordenó el avatar, por lo que Kaito, de inmediato, se detuvo. Por otro lado, a Annia le costó, pero acató la orden, puesta sobre una rodilla en el suelo, con su armadura a punto de desaparecer, o al menos lo que quedaba de ella—. Nunca vas a ganar. Ya me quedó claro —sentenció la divinidad, cosa que molestó a la pelirosa, puesta de pie como pudo.

—¡No! ¡Lo voy a lograr! ¡Voy a acabar con él! ¡Déjame pelear! —pidió confiada la mujer, restauradas sus fuerzas con la magia de la bestia.

—Se acabó —ultimó el avatar, cosa que decepcionó a Annia, para luego dejarse caer de rodillas sobre el suelo, decepcionada.

Frustrada, la mujer gritó, sollozó y golpeó el suelo al saber que había fallado, acción que fue vista por los presentes en silencio.

—Maldita sea… ¡No sirvió de nada! Yo… Fallé —emitió Annia, se limpió las lágrimas y se levantó, apuntada una de sus armas a Kaito y David—. Denme una ultima oportunidad. Los dos contra mí. ¡Puedo hacerlo! ¡Una más!

—No es necesario —dictó David.

—¡Déjame demostrar que puedo!

—¡Ya no hay nada qué demostrar!

—¿Cómo sabes eso?

—Porque pasaste la prueba —terminó de decir David, extrañada Annia—. Todo este tiempo estaba probando tu voluntad, no tu poder. Vas a quedarte inerte en el templo, sin hacer nada más que observar a los demás hacer sus vidas, a la par que los proteges con tu mera presencia. Para eso se necesita a alguien que jamás se rinda y de eso se trata esta prueba. Pasaste, tonta —explicó David, aliviada la mujer y regresado su llanto de alegría con algo de vergüenza.

—Ya terminó, Annia. Siéntete feliz de empezar con la labor —emitió Kaito, a la par que la mujer corría hacia él y lo abrazaba, pasado de lado David, mismo que sonrió leve ante eso.

—¡Eres un idiota! ¡Pudiste haberme dicho lo que pasaba! ¡Debiste tan siquiera hablarme de Dandileon! ¡Te odio, imbécil! ¡Te odio! —repetía la mujer en los brazos de su maestro, quien le dedicó una leve sonrisa antes de tomarla de los hombros y separarla de él, limpiadas las lágrimas que caían por las mejillas de su heredera.

—No dejas de ser esa niña tonta, mi pequeña Annia. Estoy muy orgulloso de ti. —Eso provocó una grata sonrisa en la mujer, la cual se tranquilizó y volteó hacia David.

—Estoy lista, David. Iniciemos el ritual —enunció la pelirosa, segura.

—Antes que nada, debes saber que puedes verlo todo desde el templo. Tendrás vista omnisciencia en todo momento. Por otro lado, puedes escuchar a los demás hablarte, pero solo Kaito puede escucharte a ti, quien es el guardián de los ritualistas desde aquí en el palketenhak, en caso de que algo los quiera atacar. Antes era yo quien los defendía y hablaba con ellos, pero tengo más labores por todo el universo y no me puedo dar abasto. Por obvias razones, Kaito es omnipresente dentro de este lugar —explicó el avatar, sereno.

—Tulpak tenía temas de conversación muy interesantes. Sé que no me aburriré contigo —confesó el pistolero, tranquilo—. Chismes sobran en Vusaendal y en otros mundos que con gusto te voy a compartir. —El escuchar a Kaito tan aliviado y emocionado provocó gran paz en la mujer, la cual asintió a todo lo dicho para tomar la mano de David, pues se la había ofrecido, construido ahí mismo el templo donde estará siempre en el ritual.

—Gracias Annia. Bienvenida a tu nuevo hogar —ultimó el avatar, dibujado un símbolo de las bestias sagradas debajo de la pistolera, cuya luz magenta bañó y transformó a Annia en una entidad por completo diferente.

…

La luz magenta desapareció tras un poderoso destello, lo que pareció tragarse al joven que era la Palkelenber y a Annia, pues ninguno de los dos estaban presentes en el sitio.

Los cazadores, aterrorizados, esperaron a tener una señal de haber funcionado el sacrificio de Annia, mas luego algo insólito sucedió.

El latido dentro del pecho de Mergo apareció, débil y lento, mas se fue haciendo más fuerte hasta que consiguió despertar a un hombre apaliado que apenas consiguió abrir los ojos, de inmediato notando esto Hung.

—¡Mergo! ¡Mergo está vivo! —gritó el hombre emocionado, observado por todos como el isleño parecía haber revivido.

—¡No puedo creerlo! ¡Sobreviviste! ¡Que buen susto nos metiste, Mergo! —emitió Morgrem al revisar sus latidos y órganos con el tacto de su cuerpo—. Estarás bien tan pronto te vendemos. Hay que irnos y…

—¿Dónde está Annia? —preguntó el hombre, débil—. No me curen. Debo… sacrificarme. Annia, ¿dónde está? —Las palabras del hombre dejaron a todos sin habla, hasta que Danya dijo la verdad.

—Annia se sacrificó hace apenas unos segundos. Lo siento. —La noticia generó lagrimas en el ojo d Mergo, quien comenzó a gritar de la desesperación, seguido de pataleos ahí en los brazos de Hung.

—¡Mergo! ¡Detente! ¡Estás muy mal herido!

—¡No! ¡Esto no debía ser así! ¡Ella debía vivir, no yo! ¡Annia! ¡Maldita sea! —Se quejaba el hombre, para luego resplandecer en magenta por encima del templo, lo que llamó la atención de los presentes. —¡Annia! ¡Volviste! —dijo el hombre, mas solo observó como aquel destelló bajó hasta colocarse sobre el altar, cuya luz fue palideciendo hasta dejarse ver un par de pistolas que encajaron a la perfección en el lugar—. No…

—Lo logró —anunció una voz desde la entrada al santuario, por lo que todos voltearon hacia allá para encontrar con que Dandileon estaba presente, parado sobre el *tori*—. Annia se convirtió en la nueva guardiana de Vusaendal. La catástrofe por fin terminó. Su sacrificio fue bien aceptado. —Dicho eso, el dragón descendió dentro del pastizal sagrado, enfrente a los cazadores que le miraban impresionados.

—No debía ser así. ¡Ella no merecía morir!

—Ella tomó una decisión y deberías respetarla si en realidad le tenías el aprecio que dices —expresó el dragón, avergonzado Mergo por sus palabras—. La grieta ha sido sellada, ahora solo falta acabar con los diarr luxnobaris restantes. —A la par que comentaba aquello, Dandileon tomó la perla resultante del gran noxako que vencieron antes. La vio con detenimiento de entre sus dos garras y luego la sujetó con la mano entera, cerrado el puño y desaparecido el objeto a ojos de todos.

—¿No desaparecieron los noxakos? ¿Cómo haremos para…?

—Yo me encargo —interrumpió el dragón a Danielle, extendida su mano hacia la derecha, traído de la lejanía un noxako que sujetó en su mano y vio con desdén—. Vusaendal es libre de estas aberraciones. ¡Una nueva era está por comenzar gracias a Annia Lawrence, la heroína de Vusaendal! —dictó el dragón, levantó al noxako y lo hizo flotar por encima de él, incrustada poderosa magia dentro de éste—. *Ghunbae kerririm!* —conjuró Dandileon y un montón de cadenas hechas de un color dorado intenso empezaron a brotar del noxako.

Aquel parecía sufrir dicho proceso, y los conjuntos de eslabones, cuyas puntas eran como las de una lanza, se esparcieron por el cielo, como si fueran serpientes que iban en búsqueda de algo.

Por todo el mundo, de manera casi inmediata, las cadenas fueron detrás de los demás noxakos, los cuales fueron atravesados por el hechizo, en búsqueda de otro ser igual para penetrar. Al paso del tiempo, el objeto les quemó desde adentro hasta volverlos cenizas, sin excepción alguna, aunque fueran con más de un orbe o estuvieran escondidos en lo más recóndito del mundo, las cadenas los hallaron a todos y los destruyeron así sin más, exterminados todos los noxakos, excepto uno.

El hechizo terminó, y las cadenas volvieron al noxakos de donde brotaron, a pesar de los gritos y los retorcijones que aquel daba.

Los cazadores, quienes espectaron lo ocurrido, vieron como las series de eslabones se introdujeron de vuelta a la aberración, para luego caer sobre la mano de Dandileon, quien vio a la criatura sufrir de dolor y pareció pensarse dos veces el concluir. Mas luego que esta le viera, expulsó de su hocico una llamarada dorada que le aniquilo, extinguidos así los noxakos de todo Vusaendal.

—Listo. El mundo está limpio de esas cosas —aseguró el dragón, aterrados la mayoría de escuchar eso.

—Eso fue un hechizo, ¿cierto? —preguntó Morgrem, mortificado.

—Se llama «Destrucción en cadena» o «Cadena de destrucción». Se lanza sobre una raza y elimina de manera inmediata a todos aquellos iguales a ésta, excepto sobre quien arrojas el hechizo. —Lo declarado dejó pálidos a los cazadores, pues entendieron que Dandileon podía extinguir a cualquier raza en un simple parpadeo—. Mi labor aquí ha terminado. Los llevaré a casa y de ahí, todos son libres de hacer lo que quieran. Excepto Danya, obviamente —declaró el dragón, seguro, para conjurar u ultimo hechizo antes de continuar—. *Zoiv!* —Con ello, una energía dorada rodeó el templo palkediarr y sus fragmentos se fueron acomodando hasta regresarlo a su forma original, como si hubiera sido construido justo en ese momento, reparado en su totalidad.

Los cazadores, agradecidos y ya habiéndose despedido de Annia, se reunieron frente al dragón para ser teletransportados, abandonado el santuario en la isla Yubime, donde la paz reinó una vez más como siempre deberá de ser.